

Andrés Bernáldez

**HISTORIA DE LOS
REYES CATÓLICOS
DON FERNANDO
Y DOÑA ISABEL**

EL BACHILLER ANDRÉS BERNÁLDEZ

***CURA DE LOS PALACIOS
Y CAPELLÁN DE DON DIEGO DE DEZA,
ARZOBISPO DE SEVILLA***

HISTORIA DE LOS REYES CATÓLICOS DON FERNANDO Y DOÑA ISABEL

Según la edición en dos tomos con prólogo de Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, en la Imprenta que fue de Don José María Geofrin, calle de las Serpes, núm. 73, Sevilla, 1870.

Actualización limitada de la ortografía y puntuación, y regularización de algunos usos morfológicos por Javier Martínez Romeo.

**AL LECTOR.
POR EL LICENCIADO RODRIGO CARO**

Esta historia, que siempre ha corrido manuscrita a nombre del CURA DE LOS PALACIOS, ha sido citada de muchos con este título solo, y alguno mal informado llamó a este autor el BACHILLER MEDINA. Yo hice particular diligencia, viendo los libros del bautismo originales que escribió y firmó en la villa de los Palacios, siendo allí cura desde el año de 1488 hasta el año de 1513, donde hallé escrito siempre ANDRÉS BERNÁLDEZ, y algunas veces BERNAL; y en los mismos libros apuntadas algunas cosas de las que en su tiempo sucedían.

Escribe esta historia como testigo de vista de los sucesos, y conocimiento de muchas personas principales, como del gran don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Zahara, Duque de Cádiz, y Don Cristóbal Colón; ambos fueron sus huéspedes, y escribe su hábito y facciones, y así de otros señores. Tuvo ajustadas relaciones de todo lo que escribió de fuera del Reino: muéstrase entendido en la geografía y lección de la antigua historia. Su lenguaje es el que corría entonces, sin ninguna cultura, antes repite algunas cosas sobradamente, pero jamás falta a la verdad que es el alma de la historia, y así esta ha sido estimada de todos porque en ella demás de la sustancia de las cosas, refiere algunas muy particulares y que otros de aquel tiempo no escribieron, como por el discurso lo podrá ver el lector. No tuvo otro premio que de Cura de los Palacios y capellán del Arzobispo Don Diego Deza. Esto me pareció advertir, otros harán mejor juicio, yo digo lo que siento.

EL LICENCIADO RODRIGO CARO.

A esta advertencia sigue en el manuscrito la nota que copiamos a continuación, sin saber quien sea su autor.

Este libro hice trasladar de uno que tenía el licenciado Rodrigo Caro, escrito de su mano, que por su muerte fue a poder de Don Juan de Sanfelizes, del Consejo Real de Castilla, y por muerte del susodicho, de mano en mano a la de Don Francisco Flores, en quien hoy para. Es la verdadera historia que escribió el cura de los Palacios, porque además de la fe que hace el estar escrita de mano de un hombre tan grande y firmado el prólogo de su nombre, yo he mostrado este traslado al Doctor Siruela racionero de la santa Iglesia de Sevilla, que no tiene primero en todo género de buenas letras, y me ha dicho ser esta la verdadera historia, y tener él otro traslado del mismo original donde yo saqué este. Hame obligado a escribir estos renglones el ver que anda otra, que siendo trasladada de la que anda impresa que escribió Fernando del Pulgar, la quieren confirmar por del Cura de los Palacios. Esto es la verdad, y porque el lector no se ofusque, y se desengaño y lea con gusto esta, si es que desea la verdadera, he tomado el trabajo de ver muchos grandes hombres mostrándosela y todos concuerdan ser esta la verdadera. Yo confieso de mí que me duró el deseo de conseguir el tenerla muchos días, y mucha solicitud por ser autor recibido.

HISTORIA DE LOS REYES CATÓLICOS.

EN EL NOMBRE DE DIOS.

Aquí comienza la Historia y vida del Rey Don Enrique, según la escribió Hernando del Pulgar, cronista del Rey Don Fernando, y de la Reina Doña Isabel, nuestros Señores, en libro que fizo de los claros varones, con alguna cosa entretejida que él dejó de poner, que acaecieron en vida del dicho Rey Don Enrique en los Reinos de España,. y por que sus prosperidades, y sus grandes trabajos, y siniestra fortuna, acaecieron en mis días, de lo cuál yo ove vera noticia, quise tomar por principio escribir desde su vida las memorias de las cosas más hazañosas que en mi tiempo han acaecido, que yo ove verdadera información.

I. DEL REY DON ENRIQUE.

El Rey Don Enrique IV, hijo del Rey Don Juan el II, fue, hombre alto de cuerpo, y hermoso de gesto y bien proporcionado en la compostura de sus miembros; y este Rey seyendo Príncipe, dióle el Rey su padre la ciudad de Segovia, y púsolo casa y oficiales, seyendo en edad de catorce años. Estuvo en aquella ciudad, apartado del Rey su padre los mas días de su menoridad, en los cuales se dio en algunos deleites que la mocedad suele demandar, y la honestad debe negar. Hizo hábito de ellos, porque ni la edad flaca los sabía refrenar, ni la libertad que tenía los sufría castigar; no bebía vino, ni quería vestir paños muy preciosos, ni curaba de la cirimonia que es debida a persona real. Tenia algunos mozos aceptos de los que con él se criaban, y dábales grandes dádivas. Desobedeció algunas veces al Rey su padre, no porque de su voluntad procediese, mas por inducimiento de algunos, que siguiendo sus propios intereses le traían a ello.

Era hombre piadoso y no tenía ánimo de hacer mal, ni ver padecer a ninguno, y tan humano era que con dificultad mandaba ejecutar la justicia criminal, y en la ejecución de la civil, y en las otras necesarias en la gobernación de sus reinos algunas veces era negligente y con dificultad entendía en cosa ajena de su deleitación, porque el apetito le señoreaba la razón. No se vido en él jamás punto de soberbia en dicho ni en hecho; ni por codicia de haber grandes señoríos le vieron hacer cosa fea ni deshonesta, y si algunas veces había ira, durábale poco y no le señoreaba tanto que dañase a él ni a otro; era gran montero, y placíale muchas veces andar por los bosques apartado de las gentes. Casóse, seyendo Príncipe, con la Princesa Doña Blanca, hija del Rey Don Juan de Aragón, su tío, que entonces era Rey de Navarra, con la que estuvo casado por espacio de diez años; y al fin hobo divorcio entre ellos, por el defecto de la generación que él imputaba a ella, y ella imputaba a él.

Muerto el Rey Don Juan su padre, año de 1454, reinó él luego pacíficamente en los reinos de Castilla y de León, siendo ya de edad de treinta años, y luego que reinó usó de gran magnificencia con ciertos caballeros y grandes Señores de su reino, soltando a unos de las prisiones en que el Rey su padre los había puesto y reducido, y perdonando a otros que andaban desterrados de sus reinos, y restituyéndoles todas su villas, y lugares, y rentas, y todos sus patrimonios y oficios que tenían.

Teniendo la primera mujer de quien se apartó, casó con otra hija del Rey Darte de Portugal, y en este segundo casamiento se manifestó su impotencia, porque como quien que estuvo casado con ella por espacio de quince años, y tenía comunicación con otras mujeres, nunca pudo haber a ninguna con allegamiento de varón. Reinó veinte años, y en los diez primeros fue muy próspero, y llegó gran poder de gente y de tesoros, y los grandes y caballeros de sus reinos, con grande obediencia cumplían sus mandamientos. Era hombre franco, y hacia grandes mercedes y dádivas, y ni repetía jamás lo que daba, ni le placía que otros en su presencia se lo repitiesen. Llegó tanta abundancia de tesoros, que allende de los grandes gastos y dádivas que hacia, mercaba cualquier villa y castillo o otra grande renta que en sus reinos se vendiese, para acrecentar el patrimonio real. Era hombre que las mas cosas hacia por solo su arbitrio a placer de aquellos que tenía por privados,

y como los apartamientos que los Reyes hacen, y la gran afición que sin justa causa muestran a unos mas que a otros, y las excesivas dádivas que les dan, suelen provocar a odio, y del odio nacen malos pensamientos y peores obras, algunos grandes de sus reinos a quien no comunicaba sus consejos, ni la gobernación de sus reinos, y pensaban que de razón les debía ser comunicado, concibieron tan dañado concepto que algunas veces conjuraron contra él para lo prender o matar; pero como este Rey era piadoso, bien así Dios usó con él de piedad, y le libró de la prisión, y de los otros males que contra su persona real se imaginaron. Y ciertamente se debe considerar que, como quier que no sea ajeno de los hombres tener afición a unos mas que a otros, pero especialmente los Reyes que están en el miradero de todos, tanto menor licencia tienen de errar cuanto mas señalados y mirados son que los otros, mayormente en las cosas de la Justicia, de la cual también deben usar, mostrando su afición templada al que lo mereciere, como en todas las otras cosas; porque de mostrarse los Reyes aficionados sin templanza, y no a quién, ni cómo, ni por lo que deben ser, nacen muchas veces las envidias, de do se siguen las desobediencias, y vienen las guerras y otros inconvenientes que a este Rey acaecieron.

Era gran músico, y tenía buena gracia en cantar y tañer, y en hablar en cosas generales, pero en la ejecución de las particulares y necesarias, algunas veces era flaco, porque ocupaba su pensamiento en aquellos deleites de que estaba acostumbrado, los que le impedían el oficio de la prudencia, como a cualquier que de ellos está ocupado; y ciertamente vernos algunos hombres hablar muy bien, loando generalmente las virtudes, y vituperando los vicios; pero cuando se les ofrece caso particular que les toque, entonces vencidos del interese o del deleite, no han lugar de permanecer en la virtud que loaron, ni resistir el vicio que vituperaron. Usaba así mismo de magnificencia en los recibimientos de grandes hombres, y de los Embajadores de Reyes que venían a él, haciéndoles grandes y suntuosas fiestas, y dándoles grandes dones. Otrosí en hacer grandes edificios en los Alcázares y casas Reales, y en Iglesias y lugares sagrados. Este Rey fundó de principio los monasterios de la Virgen Santa María del Parral de Segovia, y de San Jerónimo del Paso de Madrid, que son de la Orden de San Jerónimo, y dotóles magníficamente; y otrosí el Monasterio de San Antonio de Segovia de la Orden de San Francisco, y hizo otros grandes edificios y reparos en otras muchas Iglesias y Monasterios de sus Reinos, dioles grandes limosnas y hízoles muchas mercedes.

Otrosí mandaba pagar cada año en tierras y acostamientos gran número de gente de armas, y allende de ésto, gastaba cada año en sueldo para la gente de a caballo continua, que traía en su guarda, otra gran cantidad de dinero, y con esto fue tan poderoso, y su poder fue tan renombrado por el mundo, que el Rey Don Fernando de Nápoles, le envió a suplicar que le recibiese en su homenaje. Otrosí, la ciudad de Barcelona, con todo el Principado de Cataluña le ofreció de se poner en su Señorío, y de le dar los tributos debidos al Rey Don Juan de Aragón su tío, a quien por entonces aquel Principado estaba rebelde. Por inducimientos y persuasiones de algunos que estaban cerca de él en su Consejo, mas que procediendo de su voluntad, tuvo algunas diferencias con este Rey de Aragón su tío, que así mismo se intitulaba Rey de Navarra, y entró por su persona poderosamente en el reino de Navarra, y envió gran copia de gente de armas con sus capitanes al reino de Aragón, y hizo guerra a los Aragoneses y Navarros; y puédese bien creer esto según su grande poder y la disposición del tiempo, y de la tierra, y la flaqueza, y poca resistencia que por entonces había en la parte contraria; si éste Rey fuera tirano y inhumano, todos aquellos reinos y Señoríos fueran puestos a su obediencia, de ellos con pequeña fuerza, y de ellos de su voluntad. Y para pacificar estas diferencias, se trataron vistas entre él y el Rey Don Luis de Francia, que como árbitro se interpuso a les pacificar; a las cuales vistas fue acompañado de grandes Señores y Prelados, y de gran multitud de caballeros y hijosdalgo de sus reinos. En los gastos que hizo y dádivas que dio, y en los arreos y otras cosas que fueron necesarias de se gastar y contribuir para tan grande acto, mostró bien la franqueza de su corazón, y pareció la grandeza de sus reinos, y guardó la preeminencia de su persona, y la honra y loable fama de sus súbditos. Fue la habla de estos dos Reyes entre la villa de Fuenterrabía, que es del reino de Castilla, y la ciudad de Bayona, que es del

reino de Francia en la ribera del mar.

Continuó algunos tiempos guerra contra los moros, y hizo algunas entradas con gran copia de gente en el reino de Granada. En su tiempo ganó Gibraltar y Archidona, y otros algunos lugares de aquel reino. Constriñó a los moros que le diesen parias algunos años, porque no les hiciese guerra; y los Reyes comarcanos temían tanto su gran poder, que ninguno osaba hacer el contrario de su voluntad; y todas las cosas le acarreaba la fortuna como él las quería; y algunas mucho mejor de lo que pensaba, como suele hacer a los bien afortunados. Y los de sus reinos todo aquel tiempo que estuvieron en obediencia gozaban de paz, y de los otros bienes que de ella se siguen.

Fenecidos los diez años primeros de su señorío, la fortuna envidiosa de los grandes estados, mudó como suele la cara próspera, y comenzó a mostrarla adversa, de la cual mudanza muchos veo que se quejan, y a mi ver sin causa, porque según pienso, allí hay mudanza de prosperidad do hay corrupción de costumbres; y así por esto, como porque se debe creer que Dios queriendo punir en esta vida alguna desobediencia que este Rey mostró al Rey su padre, dio lugar que fuese desobedecido de suyos; y permitió que algunos criados de los mas aceptos que este Rey tenía, y a quien de pequeños hizo hombres grandes, y dio títulos y dignidades, y grandes patrimonios, quier lo hiciesen por conservar lo habido, quier por lo acrecentar y añadir mayores rentas a sus grandes rentas, erraron la vía que la razón les obligaba; y no pudiendo refrenar la envidia de otros que pensaban ocuparles el lugar que tenían, conocidas en este Rey algunas flaquezas nacidas del hábito que tenía hecho en los deleites, osaron desobedecerle, y poner disensión en su casa; la cual porque al principio no fue castigada según debía, creció entre ellos tanto que hizo decrecer el estado del Rey y el temor y obediencia que los grandes de sus reinos le habían, donde se siguió que algunos de éstos se juntaron con otros Prelados, y grandes Señores del reino, y tomaron al Príncipe Don Alonso su hermano, mozo de once años, y haciendo división en Castilla, lo alzaron por Rey de ella; y todos los Grandes y Caballeros, y las Ciudades y Villas estuvieron divisas en dos partes, la una permaneció siempre con este Rey Don Enrique, la otra estuvo con aquel Rey Don Alonso, el cual duró con título de Rey por espacio de tres años, y murió en la edad de catorce aros.

En esta división se despertó la codicia, y creció la avaricia, cayó la justicia y señoreó la fuerza, reinó la rapiña, y disoluciose la lujuria; y hobo mayor lugar la cruel tentación de la soberbia, que la humilde persuasión de la obediencia; y las costumbres por la mayor parte fueron corrompidas y disolutas, de tal manera que muchos, olvidada la lealtad y amor que debían a su Rey y a su tierra, y siguiendo sus intereses particulares, dejaron caer el bien general de tal forma, que el general y el particular perecía; y Nuestro Señor que algunas veces permite males en las tierras, generalmente para que cada uno sea punido, particularmente según la medida de su hierro, permitió que hubiese tantas guerras en todo el reino, que ninguno pueda decir ser eximido de los males que de ella se siguieron; y especialmente aquellos que fueron causa de los principiar, se vieron en tales peligros, que quisieran dejar gran parte de lo que primero tenían, con seguridad de lo que les quedase, y ser ya salidos de las alteraciones que a fin de acrecentar sus Estados intentaron; y así pudieron saber con la verdadera experiencia, lo que no les dejó conocer la ciega codicia. Y por cierto así acaeció, que los hombres antes que sientan el mal futuro, no conocen el bien presente; pero cuando se ven envueltos en las necesidades peligrosas en que su desordenada codicia los mete, entonces querían, y no pueden hacer, aquello que con menor daño pudieran haber hecho.

Duraron estas guerras los otros diez años postreros que este Rey reinó: los hombres pacíficos, padecieron muchas fuerzas de los hombres nuevos que se levantaron, y hicieron grandes destrucciones y gastos en estos tiempos, que el Rey todos sus tesoros, y allende de aquellos gastó y dio sin medida casi todas sus rentas de su patrimonio real, y muchas de ellas que les tomaron los tiranos que en aquel tiempo eran, de manera que aquel que la abundancia de los tesoros compraba villas y castillos, vino en tanta necesidad que vendió muchas de veces las rentas de su patrimonio todo para el mantenimiento de su persona. Vivió este Rey cincuenta años, de los cuales reinó veinte, y murió en el Alcázar de la villa de Madrid de dolencia de la ijada, de la cual en su vida fue muchas veces de ella gravemente apasionado.

Hasta aquí Hernando del Pulgar.

II. DE LA DIVISIÓN QUE OVO EN GRANADA ENTRE LOS MOROS.

División hobo en Granada entre los moros sobre elegir Rey, y fue en el tiempo de la prosperidad de este Rey Don Enrique; y fueron dos parcialidades, una querían a Cadiadiz, que era hijo de su Rey natural, y otra la mayor eligieron uno de los Abenzenazes. Cadiadiz, y su hijo Muley Hacen, que ambos reinaron después, se vinieron huyendo en Castilla al Rey Don Enrique con docientos de a caballo o más, el cual les recibió y trujo consigo mas de un año en la Corte, y les hacía muchas honras, y les daba tanta suelta que las gentes mormuraron del Rey, porque enojaban a los cristianos por donde andaban.

El dicho Cadiadiz tenía mucha parte en Málaga, y en la Sierra de Ronda, y Casarabonela, y trató con el Rey Don Enrique que le daría a Málaga, y que le diese favor para reinar en Granada. El Rey Don Enrique sacó muy gran hueste de gente, y fue sobre Málaga, y sabido en Granada mataron al Rey que habían alzado, y enviaron secretamente a llamar a Cadiadiz, que fuese a reinar sobre ellos; y llegando el Real ya cerca de Málaga, Cadiadiz se fue con los suyos del Real de noche, dejando al Rey Don Enrique sobre Málaga, y recibieronlo luego por Rey en Granada; y desde el Rey Don Enrique esto vido, salió de tierra de moros por la ciudad de Gibraltar, y tomó a Estepona la cual algún tiempo se tuvo, y después por los grandes gastos y daños que de ella se seguían, la mandó derribar; y tomó a Ximena que siempre se tuvo, de la cual izo merced a Beltrán de la Cueva criado suyo, que después fue Duque de Alburquerque; en su tiempo se tomó Archidona a los moros, y dio un moro llamado el Curro a Gibraltar, y se tomaron otros lugares de moros del dicho Reino de Granada.

III. DE LA BATALLA QUE DON PEDRO PONCE DE LEÓN Y LUIS DE PERNIA VENCIERON.

Después que el Rey Muley Cadiadiz, reinó pacífico en Granada sobre los moros de todo el reino, el Infante Muley Hacen, su hijo, le demandó gente y licencia para correr tierra de cristianos, porque tenía mucha saña de algunas cabalgadas que habían hecho dos famosos Alcaldes que en aquel tiempo había en la frontera de Loja y Málaga, que eran Luis de Pernia, Alcaide de Osuna, y Rodrigo de Narváez, Alcaide de Antequera; y el Rey no le quería dar gente ni licencia, reconociendo los beneficios que en Castilla había recibido del Rey Don Enrique; y en cabo con importunidad de los caballeros de Granada, y del dicho Infante, y porque no mormurasen de él, hobo de dar licencia contra su voluntad, que por la vía de Loja viniesen a correr.

El Infante Muley Hacen, sacó de Granada tres mil de caballos muy escogidos, y cuatro mil peones, no mas, porque le pareció que para donde habían de correr que había harto. Y partido de Granada entraron por tierra de cristianos por Archidona, y enviaron desde Archidona mil y doscientos de a caballo por corredores, y los cuatrocientos de ellos fueron sobre Teba; y los ochocientos de ellos fueron correr por el campo de Alhenos, y de Osuna, y de Écija, y quedó la celada atrás con el Infante con mil y ochocientos de a caballo, y la mayor parte de los peones, porque algunos pocos habían ido con los corredores, y para ayudar a traer el ganado, y se cuidó por la tierra de esta entrada de los moros Don Rodrigo fijo de Don Juan Ponce de León, Conde de Arcos, siendo mozo de diez y siete años o diez y ocho, salió de Marchena, se juntó con Luis de Pernia, Alcaide de Osuna, y con doscientos de a caballo que aquí se hallaron, y algunos peones, fueron desde Osuna a buscar los moros, y hallaron los cuatrocientos corredores sobre Teba. Estuvieron allí quedos un gran rato, vieron venir los ochocientos de a caballo; con la cabalgada que traían seiscientos bueyes, y mil y quinientas vacas, y treinta y siete hombres cristianos presos, y pasaron con su cabalgada, y juntáronse con los cuatrocientos corredores que estaban sobre Teba que pasaron la vía de tierra de moros.

Y entonces Don Rodrigo Ponce, y Luis de Pernio hicieron su gente tres batallas y echaron la una adelante, en que eran once de a caballo escogidos con el Comendador de Cazalla que era muy buen hombre, el cual arremetió dos veces a la zaga de los moros, y la primera vez mató dos moros, y la segunda mató tres moros; y con esto apretáronse los moros, y salieron de una angostura adelante, y los cristianos tras de ellos, y salieron a un llano, cerca de un cabezo, y los moros se pararon, y aderezaron, y embrazaron sus adargas para volver sobre los cristianos, y dijo Luis de Pernio a Don Rodrigo: «*Señor, estos moros quieren pelear, ved que queréis que hagamos*». Y dijo Don Rodrigo: «*¿Qué habemos de hacer sino pelear con ellos?*» y Luis de Pernia quería mucho aquel día escusar la pelea, porque Don Rodrigo era mozo, y por dar buena cuenta de él, y dijo: «*Catad Señor que estos moros nos tienen mucha ventaja, y estos peones de Osuna, que aquí tenemos, yo los conozco, que viéndolos pelear huirán, y se subirán a esta sierra*». Y Don Rodrigo dijo: «*Conviene que no nos vayamos de aquí sin pelear*»; y mostró allí muy viril corazón, y habló cosas con que esforzó mucho la gente, que no hizo mas demudamiento por ser mozo, que si fuera de cuarenta años y tuviera allí diez mil de a caballo.

Y los moros, puesto caso que hicieron aquel ademan, se estuvieron quedos; y había con Don Rodrigo y con Luis de Pernia obra de cuatrocientos peones, y estaba allí un cerro alto cerca de ellos, y por eso tercian que los peones se les irían allí; estuvieron quedos los unos y los otros un rato, y los moros volvieron las riendas, y poco a poco siguieron en pos de su cabalgada a mas andar; y Don Rodrigo y Luis de Pernia con toda la gente de lo seguir a las haldas; y pasaron hasta donde estaba el Infante Muley Hacen, con los mil y ochocientos de a caballo en la celada, y con los peones; y los cristianos con las alturas de la tierra perdieron de vista a los moros, y por miedo de la celada no osaron pasar de largo, y subiéronse en un cabezo y no muy defensible que dicen de Madroño, y pasaron allí, y estaban muy cerca de la celada. Como los moros de la cabalgada llegaron al Infante, y le recontaron de aquellos pocos cristianos que les seguían, y que en toda la tierra no parecían mas; el Infante acordó que volviesen a ellos mientras la cabalgada se alargaba, pensando que por ser tan pocos los podrían también llevar con la cabalgada; y hicieron para volver tres batallas, en la primera vino por capitán un caballero moro llamado Aodalla Ambrán, capitán de la gente de Baza y Guadix, con mas seiscientos de a. caballo; y los cristianos recogieron al dicho cabezo del Madroño, y aun no estaban recogidos de el todo los peones, y Don Rodrigo y Luis de Pernia, se apoderaron en aquel cabezo, y hicieron su gente apretar, y los caballos colas con colas, y hicieron muro de sí mismo en circuito, todas las puntas de las lanzas a de fuera, para se defender a bote de lanza como fue. Y Aodalla Ambrán, llegó y dioles una vuelta alrededor; y los moros de su batalla, de que no les pudieron entrar, les arrojaron muchas lanzas por un cabo, y por otro, y los cristianos se las recibían en las adargas y con las suyas. Y en esto Aodalla Ambrán, vido venir peones cristianos a hilo, y dejó aquel combate, y corrió con su batalla a donde venían los peones cristianos, y fue matando por ellos por donde venían gran trecho de tierra. Y el peonaje era de Écija, y mató ciento y veinte y tres hombres, y vino sobre Don Rodrigo y sobre los cristianos la segunda batalla de otros tantos caballeros, y hicieron de la manera de la otra, y arrojaron todas las lanzas, y se vinieron alrededor, y nunca pudieron mover los cristianos.

Estando en esto, asomó el Infante con otra muy gruesa batalla muy ordenadamente, que no salía hombre de hombre; y tres Alfaquíes ante él en tres sendos caballos, vestidos de sendas alcandoras blancas muy cumplidas sobre las armas, y con sendas espadas sacadas, amagando a un cabo y a otro, a las cabezas de los caballos que no salía uno de otro rigiendo la batalla. El Infante, bien pensó que cuando él llegase que ya los cristianos serían desbaratados, y como los vieron, arremetieron y también echaron las lanzas, y allí pelearon muy fuertemente los unos con los otros. Y Don Rodrigo Ponce y Luis de Pernia de tal manera pelearon y esforzaron sus gentes, y nuestro Señor milagrosamente les dio tanto esfuerzo, que se mezclaron peleando con la batalla del Infante, y mataron allí muchos moros, y fue herido Don Rodrigo de una lanza arrojadiza que le pasó un brazo, y así herido salieron de allí en pos de los moros, peleando muy fuertemente, y los moros, y su Infante volvieron las espaldas a huir, que no pudieron sufrir a los cristianos que salieron hechos

un cuño con todas sus lanzas que no habían echado ningunas, y los moros habían echado la mayor parte de las suyas que no parecían sino parva en derredor de los cristianos y de allí los cristianos siguieron el alcance, matando muchos moros. Y allí perdió el Infante su seña, y el Paje con ella, y otras muchas señas, que cada capitán tenía la suya, y las hobo Don Rodrigo, y siguieron el alcance, hasta que cerró la noche, y aquella noche fue Don Rodrigo en gran peligro de su persona; desde que se resfrió la lanzada que le pasaba el brazo por la muñeca, se desangró mucho y desmayó por la mucha sangre que le salió, y después fue confortado, y con la fortaleza de su corazón, y el favor del vencimiento, él mismo se esforzaba, y aquella noche durmieron en el alcance en un arroyo.

Y a otro día salió a la delantera el Conde de Cabra con nuevecientos de a caballo y hizo grande estrago en los moros que alcanzó. Rodrigo de Narváez, Alcaide de Antequera, salió por su parte por otro cabo, y mató, y cautivó muchos moros, y hobo muy grande despojo y provecho del fardaje, mas que ninguno de los otros que se hallaron en encuentro con los moros cuando iban huyendo. Como los moros que iban con la cabalgada, vieron que el Infante y los suyos iban desbaratados, y huyendo, dejaron la cabalgada y huyeron, y la cabalgada se volvió toda aquella noche a sus querencias. El Infante Muley Hacen, y Aodalla Ambrán, y los mas que pudieron se fueron a uña de caballo. Y fue esta batalla en viernes once días del mes de Abril año del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo de mil cuatrocientos y sesenta y dos años, en tiempo del Papa Pío II.

Este año adelante en el Agosto se tomó a Gibraltar, ca lo dio el Curro al Rey Don Enrique; y el Duque de Medina Don Enrique con la gente de Sevilla, y con la gente de su tierra fue por Capitán a la tomar, y Don Rodrigo Ponce de León, fue presente a ello con la gente del Conde Don Juan su padre; y la ciudad se tomó sin peligro, y dio el Rey la tenencia de ella al Duque de Medina Sidonia.

IV. DE LOS BANDOS Y GUERRAS.

Dejando de contar de los infinitos bandos y parcialidades que en Castilla hobo entre los caballeros y comunidades, que es imposible el poderse escribir de aquel tiempo de los trabajos de este dicho Rey Don Enrique, me vino a memoria escribir algún poquito, de lo que acaeció en Sevilla entre el Duque de Medina Sidonia y el Marqués de Cádiz Don Rodrigo Ponce de León, que eran como dos columnas que toda la ciudad y Andalucía sostenían.

Viviendo ambos en Sevilla en el año de 1471, y gozando de la ciudad y de su tierra, hobo algunas cismas entre ellos por inducción de malos hombres de pie y rufianes que se arrimaban a sus casas llamándose suyos. Y otrosí también por algunos pundonores de honra, y montar, y valer en la ciudad, y mandar de manera que aunque ellos en sus pundonores muchas veces se pacificaron habiendo gana de vivir en paz, nunca los dejaron malos hombres, y los unos diciendo Niebla, y los otros León, como el tiempo les mudaba por el decaimiento de la justicia, aunque por un cabo se apagaba el fuego, por otro se encendía; de manera que creció tanto el enojo entre ellos que sus casas se pusieron en armas del uno contra el otro, y se volvió la pelea entre ellos, y pelearon por las calles de Sevilla muchos días y noches, y las gentes del uno y del otro afligían mucho la ciudad, y la metían a saco mano, y el Marqués tenía el barrio de Santa Catalina con sus cercas; y érale la torre de San Marcos en contra, y unos rufianes de la parte del Marqués pusieron fuego a las puertas de la iglesia pensando no hacer tanto, y encendióse toda la iglesia, y ardió toda sin remedio; y desde esto se vido por toda la ciudad fue en muy gran mormuracin, y mandaron repicar en la iglesia mayor, y recogióse tanta gente contra el Marqués que él y los suyos hobieron de salir huyendo, y vino a parar a Alcalá de Guadaira, donde le dio la fortaleza y la villa Fernán Arias de Saavedra, Señor del Viso y Castellar, y veinticuatro de Sevilla que la tenía, ca era su cuñado, casado con su hermana; y el Marqués fortaleció mucho a Alcalá, y la tuvo; y dende fue a la ciudad de Jerez, y la tomó y fortaleció, y labró mucho la fortaleza, de donde se hizo muy poderoso; y siguióse la guerra entre estos dos caballeros, de donde se siguieron muchos males y muertes de hombres, y robos, y hurtos, y bandos en todos los lugares de esta Andalucía.

Y el Marqués como era hombre de muy gran corazón y olvidaba tarde los enojos, quisiera

mucho haber batalla con el Duque; y con este deseo volvió a Sevilla y se puso en Tablada con tres mil de a caballo de su tierra y casa, y de sus amigos y valedores, y con los peones que le pareció eran menester, y dende envió a desafiar al Duque. Y el Duque salió fuera de los muros de la Ciudad con su gente y valías, con gran multitud de confesos que llamaban y querían en demasiada manera. Y el Comendador mayor de León Don Alfonso de Cárdenas, que después fue Maestre de Santiago, y otros nobles caballeros se atravesaron en medio y los mitigaron, y amansaron algo al Marqués de su furia con intercesión de los frailes y religiosos de todas órdenes, que no cesaron de noche y de día hasta que los pusieron en tregua; y volvióse el Marqués, y el Duque se metió en Sevilla, y siguióse todavía la guerra.

Y en Carmona había dos parcialidades, una por el Duque, otra por el Marqués, y pelearon muchas veces, y los dos alcázares estaban por el Marqués el uno, y el otro por el Duque, y cuando peleaban, cada uno de los dichos señores hacía socorrer a su parte. Y así fue que un día lunes 8 de Marzo de 1473, se encontraron cerca de Alcalá de Guadaira, y facia Carmona donde dicen Peromingo, de una parte Don Pedro de Estúñiga, y dos hermanos bastardos de dicho Duque de Medina, Don Pedro que era yerno del Comendador mayor, y Don Alonso que era mancebo y otros gentiles hombres, y otros muchos caballeros de Sevilla que habían salido a buscar con quien pelear de sus enemigos, o a llevar cabalgada. Y de la otra parte Fernán Arias de Saavedra, cuñado del Marqués casado con su hermana, Señor del Viso, susodicho, con los caballeros de Marchena; y serian de cada parte hasta ciento y cincuenta de a caballo, pocos mas o menos, así que la ventaja era poca de unos a otros aunque algo mas eran los de Marchena; y hubieron su batalla, y fueron desbaratados los de Sevilla, y vencidos y muertos, Don Pedro y Don Alonso, hermanos del Duque; recreció gente de Alcalá y siguieron el alcance en que se hizo mas daño en la gente del Duque, de muertos, y presos, y despojos; y los que de ellos escaparon fueron a uña de caballo. En la villa de Carmona tenían los dos Alcázares el Mayordomo Godoy que era un honrado caballero, por la parcialidad del Marqués, en que gran parte de la villa se acostaba; y tenía el otro Alcázar otro caballero llamado Luis Méndez de Sotomayor, con otra muy gran parte de la villa por el duque de Medina, y pelearon muchas veces ambos bandos donde se hacían mucho daño de muertos y heridos; y allí murió un día el famoso y buen caballero Luis de Pernia, alcaide de Osuna, de una espingardada, que era de la parte del Marqués, el cual había habido muchas victorias contra los moros. Quedó en toda la frontera de los moros, entre los cristianos, gran dolor de su muerte.

Ovo el Marqués en aquel tiempo de aquella guerra, muchas victorias contra los moros y cristianos y tomó a Carde por fuerza de armas a los moros. Y tomóle a el Duque a Medina, que es el título del ducado, el cual nunca cesaba de noche y día de pensar como hacer la guerra a sus contrarios, y siempre traía entre moros los adalides, y eso mesmo en la tierra de sus contrarios; y sabia cuales fortalezas se velaban bien, y en cuales había mal recaudo, y Pedro de Vera su Alcaide de Arcos, por le servir hurtó una noche a Medina Sidonia, estando fuera el Alcaide Basurto, y la entregó al Marqués, el cual la tuvo hasta que la dio de su grado hechas las amistades.

En aquel tiempo de aquella guerra salió el Duque de Sevilla con todo su poder, y con la Ciudad, y su tierra, y cercó la villa de Alcalá de Guadaira, y sus fortalezas, y túvola cercada ciertos días, y el Marqués fue allí muy poderoso sobre él, y estuvo allí hasta que el Conde de Tendilla, y otros caballeros y religiosos los concertaron. Y el Duque alzó el cerco y se fue a Sevilla, y el Marqués se volvió a Jerez, y Alcalá se quedó por él.

No se pueden escribir tantas cosas y robos, y muertes, y hurtos, y fortunas cuantas de estas guerras se causaron.

Salió el Marqués de Sevilla, como dicho es, miércoles postrero día del mes de Julio año de 1471, y duró la guerra entre estos dos caballeros y sus valías cuatro años, de donde esta Andalucía recibió mucha pena y mas por los tiempos que vinieron estériles y faltos de pan y vino que se encareció, que el año de 1472 no se cogió mucho pan; y el año de 1473 fue seco y fízose la sementera los meses postrimeros del año de 72 y después nunca llovió, Febrero ni Marzo, ni Abril ni Mayo del año de 73. Los panes en berza sin sazón en las mas partes de esta Andalucía, y valió el

pan muy caro todo este año, y el año de 74 hasta que se cogió pan nuevo; y comunmente valía una fanega de trigo 700 y 800 maravedís, y valía un buey 3000 maravedís, y una vaca 2000 maravedís, y una fanega de cebada 300 maravedís y aun mas. El dicho año de 1474, se cogió muy poco vino, y valía el arroba 300 maravedís. Y esta falta fue desde puertos de Castilla a acá. En el Maestrazgo de Santiago había mucho pan, de donde la ciudad de Sevilla y su tierra se proveía en aquellos tiempos. Y por la mar vino abastecimiento de pan, y si no fuera por las guerras no llegara a valer tan caro, que por la mar se proveyera con tiempo; mas como los dichos señores se hacían guerra por tierra y mar, no se podían proveer. Llegó a valer en la ciudad del Puerto de Santa María, 1000 maravedís una fanega de trigo.

El año de 1474 envió Dios nuestro Señor tan abundoso de pan, y vino y frutas, que visitó su pueblo desde que se cogió, que comunmente los labradores cogieron de cada fanega dos, y tres, y cuatro cahices de trigo y de cebada. Y no penséis que ésta hambre, y carestía y esterilidad de tiempos, acaeció tan solamente en éstas partes donde yo he hablado particularmente acá; en toda España alcanzó, y también de la fertilidad y hartura que nuestro Señor envió el año de 1474 años.

V. CÓMO LOS PORTUGUESES TOMARON A ARCILLA Y TANJAR.

En el dicho año de 1471 años, a 24 días de Agosto, día de San Bartolomé, tomaron los portugueses la villa de Arcilla a los moros allende de la mar, en el reino de Fez, por fuerza de armas; y dende en ocho días despojaron los moros a Tanjar y tomáronla los portugueses, que la hallaron una mañana. Esto fue reinante en Portugal el muy noble Rey Don Alonso, fijo del Rey Don Duarte, y nieto del Rey Don Juan, Reyes de Portugal. Y él mesmo en persona y el Príncipe Don Juan su fijo, fueron presentes en esta victoria.

VI. DE LA MINA DE ORO QUE DESCUBRIERON LOS PORTUGUESES.

En el dicho año de 1471 años descubrieron la flota del dicho Rey Don Alonso la mina de oro que hoy los Reyes de Portugal poseen, que es en la costa del mar océano, hacia la parte de nuestro mediodía, pasadas las costas de los negros xelofes, y sus confines, y mucho mas adelante tanto al norte, poco menos se les esconde con la redondez de la tierra; donde al tiempo que la hallaron y en los primeros viajes, la mayor parte de los navegantes adolecían, y se morían sin remedio; y después, prosiguiendo sus viajes, se desenconó el camino y se sanaron y cesaron de morir. De la cual mina de oro muy gran riqueza y honra ha procedido a los Reyes de Portugal y cada día procede mucho provecho a todo su reino; no porque ellos sean señores de la cosecha del oro, ni señores de la tierra donde se coge, salvo hanlo por su rescate en una fortaleza que allá en la mar tienen, que ficieron nuevamente, donde los negros de todas aquellas comarcas de su placer y gana se lo traen a vender y rescatar, por las cosas que de acá les llevan de cobre y latón, peltre y lobs y otras muchas cosas hechas alhajas que no son de mucho valor, y conchas de Canarias, que tienen los negros en muy grande estimación y precio.

VII. DEL PRONÓSTICO DEL REINADO DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO EN CASTILLA.

Después que se comenzaron guerras en Castilla entre el Rey Don Enrique, y los caballeros de sus reinos, y antes que el Rey Don Fernando casase con la Reina Doña Isabel, se decía un cantar en Castilla que decían las gentes nuevas, a quien la música suele aplacer, a muy buena sonada: «*Flores de Aragón, dentro en Castilla son: Flores de Aragón, dentro en Castilla son*». Y los niños tomaban pendoncicos chiquitos; y caballeros en cañas, jineteando decían: «*Pendón de Aragón: pendón de Aragón*». Y yo lo decía y dije más de cinco veces; pues bien podemos decir aquí, según la

experiencia que adelante se siguió: «*Domine ex ore infantium et lactantium perfecisti laudem, propter inimicos tuos tu destruas inimicum et ultorem*: Señor, tú hiciste acatada alabanza de la boca de los niños y de los que maman, por razón de los tus enemigos, por destruir el enemigo y el que se vengó»; pues que significó esto y en allende de la glosa que la Santa Madre Iglesia de ello tiene, contemplativamente lo podemos atribuir, según lo vemos por experiencia.

Y qué fue, sino que viendo nuestro Señor su pueblo de toda Castilla, padecer llena de mucha soberbia y de mucha herejía, y de mucha blasfemia y avaricia y rapiña, y de muchas guerras y bandos, y parcialidades, y de muchos ladrones y salteadores, y rufianes y matadores, y tahúres, y tableros públicos que andaban por renta, donde muchas veces el nombre de nuestro Señor Dios y de nuestra Señora la gloriosa Virgen María, eran muchas veces blasfemados, y renegados de los malos hombres tahúres, y las grandes muertes y estragos y rescates que los moros hacían en los cristianos, y para el remedio que nuestro Señor por su infinita piedad y bondad propuso hacer, púsole en boca de los niños sin pecado, por hablar en señal de batallas con pendones, y en cantar de la otra gente nueva con alegría, antes que remediase y destruyese lo que a Castilla destruía y afligía; y así que las flores y el pendón que entraron en Castilla de Aragón a celebrar el santo matrimonio con la Reina Doña Isabel, donde juntos estos dos reales cetros de Castilla y Aragón, procedieron en espacio de treinta años, que ambos reinaron juntos, tantos bienes y misterios, y tantas y tan milagrosas cosas, cuantas habéis visto y oído, los que hoy sois vivos, las cuales nuestro Señor en su tiempo, y por sus manos de ellos obró y hizo; y los que de ello somos testigos, bien podemos tomar por nos aquello que dijo nuestro Señor Redentor: «*Beati oculi qui vident quod vos videtis*». Y ansí, con esta junta de estos dos reales cetros, se vengó nuestro Señor Jesucristo de sus enemigos, y destruyó el vengador o matador.

Enemigos de Dios son los malos cristianos y aquellos que están en propósito de todo mal, los herejes, y ladrones, y engañadores, y todos los que andan fuera de la doctrina de la Santa Iglesia. Vengador quiere decir matador, el que mata sin piedad, como hacían los moros antes que el reino de Granada se ganase, que sin ninguna piedad cuando podían mataban a los cristianos, y por ellos se tome aquí: «*Ut destruas inimicum et ultorem: porque destruyas el enemigo o el matador.*»

Pues no es oculto cuando comenzaron de reinar, la mayor parte de estos reinos serles en contra, y dárseles en sus manos maravillosamente, pues por fuerza de armas lo ganaron como por todos fue visto; de donde quebrantaron la soberbia de los malos, y puesto sus reinos en mucha justicia encendieron el fuego a los herejes, donde con justa razón, por sinodal constitución han ardido, y arden, y arderán en vivas llamas hasta que no haya ninguno; y por mas aún dar fin a la herejía mosaica, le quitaron las raíces, que eran las descomulgadas sinagogas. A los renegadores, ladrones y rufianes, ya sabéis cuanto los aborrecieron y mandaron punir; pues el tablero grande, los grandes juegos que por renta andaban en las tierras de los señores, donde el nombre santo de nuestro Señor era muchas veces blasfemado sin que nadie por Él volviese, ved desde lo defendieron, si mas se osó usar.

Pues contra los moros de aquende en la conquista del reino de Granada, ved cuan glorioso y victorioso fin le dieron. Comenzaron de reinar con buena intención y esperanza de ver al servicio de Dios estos reinos sojuzgados a su poder, y vencidos sus enemigos, de hacer la guerra a los moros, y todo lo vieron y hicieron.

Cierto es que todos los que en este mundo alguna obra o jornada comienzan, la comienzan con intención de ver su fin, y si el fin de la obra es bueno, alegra mucho a aquel que la deseó ver acabada. Yo, el que estos capítulos de *Memorias* escribí, siendo de doce años, leyendo en un registro de un mi abuelo difunto, que fue escribano público en la villa de Fuentes, de la encomienda mayor de León, donde yo nací, hallé unos capítulos de algunas cosas hazañosas que en su tiempo habían acaecido, y oyéndomelas leer mi abuela viuda, su mujer, siendo en casi senitud me dijo: «*Hijo, ¿y tú porqué no escribes así las cosas de ahora como están esas? Pues no hayas pereza de escribir las cosas buenas que en tus días acaecieren porque las sepan los que después vinieren, y maravillándose desde las lean, den gracias a Dios*». Y desde aquel día propuse hacerlo así, y

después que más se me entendía, dije muchas veces entre mí: «*Si Dios me da vida y salud, y vivo, escribiré hasta que vea el reino de Granada ser ganado de cristianos*»; y siempre tuve esperanza de lo ver, y lo vi como lo visteis y oísteis los que son vivos: a nuestro Señor Jesucristo sean dadas muchas gracias y loores. Y por ser imposible poder escribir todas las cosas que pasaron en España por concierto, durante el matrimonio del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, no escribí, salvo algunas cosas de las más hazañosas de que oíe vera información, y de las que vi, y de las que a todos fueron notorias y públicas que acaecieron, y fueron y pasaron, porque viva su memoria; y porque algunos caballeros y nobles personas que lo vieron, y otros que no lo vieron, y los que nacerán y vernán después de estos tiempos, habrán placer de lo leer y oír, y darán gracias a Dios por ello.

Porque no embargante que ello todo por los cronistas de Sus Altezas, se da muy cumplidamente escrito, como las crónicas no se comunican entre las gentes comunes, luego se olvidan muchas cosas acaecidas, y el tiempo en que acaecieron y quien las hizo, si particularmente no son escritas y comunicadas; y por este provecho que de aquí se seguirá, suplico ninguno me tenga a locura quererme meter a escribir lo que es ajeno de mi oficio; ca los que mejor lo supieren lo que yo escribo, o a cualquier parte de ello por lo haber visto, y se haber acaecido en ello, suplico, si algunos defectos o yerros fallaren en mi escribir, los quieran enmendar, a la corrección de los cuales y de toda verdad y buena razón me someto en mi voluntad, no movida a ninguna defectuosa afición ni vanagloria, ni para a nadie ofender.

Y pensando no ser yerro escribir por memoria lo que tácito no debe quedar; a loor y alabanza de Nuestro Redentor Jesucristo, y de su gloriosa Madre la Virgen Santa María nuestra Señora, y a honra y ensalzamiento de la muy loable, y muy gloriosa y perpetua memoria de Sus Altezas, y de sus hijos y nietos y sucesores, y linaje de estos cristianísimos y muy virtuosos y invictísimos Rey Don Fernando y Reina Doña Isabel, su mujer, reyes de España, desechando ociosidad entro al exordio de lo sobredicho, contando primeramente la real progenie donde estos reyes vienen.

VIII. DEL LINAJE DE DONDE VIENE EL REY DON FERNANDO.

El rey Don Fernando V. de este nombre, nació en Aragón a dos días de Marzo del año del nacimiento de Nuestro Redentor de mil y cuatrocientos y cincuenta y dos, en una villa que llaman Sos; viernes nació a las diez horas del día, estando su planeta y signo en muy alto triunfo de bien aventuranza, según dijeron los astrólogos. Es hijo del rey Don Juan, que fue primero de Navarra, porque hobo aquel reino con su primera mujer. El Rey de Aragón, uno de los Infantes de Castilla hijos del Infante Don Fernando, que fue hijo del Rey Don Juan de Castilla, primero de este nombre, hermano del Rey Don Enrique tercero de este nombre, el Bueno que dijeron, y fue doliente, padre del Rey Don Juan II, y fue tutor el dicho Infante Don Fernando del dicho Rey Don Juan II su sobrino, y le alzó por Rey de Castilla en la cuna, y gobernó a Castilla en tiempo de su niñez del dicho Rey Don Juan, y fizo a los moros del reino de Granada muchas guerras y daños, y les ganó lugares y villas, especialmente las villas de Antequera y Zahara; y siendo gobernador de Castilla fue a reinar en Aragón y Cataluña y sus provincias, y islas invocado y rogado por aquellos reinos; y su madre del Rey Don Fernando fue segunda mujer del dicho Rey de Navarra y Aragón, su padre, y fue hija del Almirante de Castilla llamado Don Federico que fue uno de los claros varones de España.

IX. DEL LINAJE DE LA REINA DOÑA ISABEL.

Esta Reina, nació año de mil cuatrocientos y cincuenta años en el mes de Noviembre, día de Santa Isabel en Ávila. La Reina Doña Isabel fue hija del Rey Don Juan de Castilla, segundo de este nombre, y nieta del Rey Don Enrique tercero susodicho el Bueno, y biznieta del Rey Don Juan, primero de este nombre. Así el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel habían los abuelos

hermanos, y la madre de la Reina Doña Isabel llamada Doña Juana, era hija del Rey Don Juan de Portugal, y fue segunda mujer del Rey Don Juan, y era hermana de la Emperatriz de Alemania mujer del Emperador Federico tercero.

Casaron en uno el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel después de la muerte del Rey Don Alonso su hermano, que los caballeros habían alzado por Rey de Castilla en vida del Rey Don Enrique su hermano, y el matrimonio se celebró en 18 días de Setiembre del año de 1469 en Valladolid, siendo el Rey Don Fernando Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón, que así se intitulaba en vida de su padre: y la Reina Doña Isabel Princesa de Castilla y de León. Fueron Príncipes de Castilla hasta la muerte del Rey Don Enrique cuarto, y así les llamaban, puesto caso que había en Castilla la doncella hija de la Reina Doña Juana, mujer del Rey Don Enrique, que nació en casa del Rey Don Enrique, a quien los grandes de Castilla habían publicado no ser su hija, aunque algunos le llamaban Princesa, y todas las comunidades la llamaban públicamente por el nombre de aquel gran privado del Rey Don Enrique, que decían era su padre. Vivieron y estuvieron aquel tiempo hasta que murió el Rey Don Enrique, en Castilla la vieja en Tordesillas y en sus comarcas, muy obedientes al Rey y muy agradables a las gentes.

X. DE LA CORONACION DE LOS REYES CATÓLICOS Y BANDOS DE CASTILLA.

Murió el Rey Don Enrique como dicho es, y su hermano en Castilla en Madrid a 12 días de Diciembre de 1474, estando en Segovia la Princesa Doña Isabel, y el Rey Don Fernando estaba en aquel tiempo en Aragón, y Rodrigo de Ulloa vino con la nueva cierta a Segovia el día de Santa Lucía, y la Princesa Doña Isabel se cubrió de luto y fizo los llantos que convenían hacer por el Rey su hermano, y fuese a la iglesia de San Miguel, y allí fueron los pendones del Rey Don Enrique, y los de la misma Ciudad, bajos y cubiertos de luto; y allí después de fechos los autos del luto, y oficios y misas y osequias, hicieron un cadalso, y la alzaron por Reina de Castilla y de León, a la Princesa Doña Isabel, y luego el mayordomo Cabrera le entregó los alcázares de la ciudad, y le dio las llaves de ellos, y le entregó las varas de la justicia, y dio los tesoros del Rey Don Enrique su hermano, cuyo mayordomo él era; y ella se lo mucho agradeció, y le volvió las varas y llaves que las tuviese y ministrase por ella.

Y el Rey Don Fernando vino dende a quince días, y entró por la puerta de San Martín, donde todos los caballeros y grandes de Castilla que allí estaban con la Ciudad y clerecía y cruces le salieron a recibir, y confirmó los privilegios de Segovia, y allí lo alzaron por Rey de Castilla y de León: y de los grandes de Castilla que fue público placerles de su reinar y buenaventura, que luego se demostraron, fueron el Arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo, que era hombre de muy varonil corazón, y interesal, y muy rico, y tenía muchas fortalezas y ciudades, villas y lugares, así de su casa como de la corona real, y muchos parientes. Este fue el mas principal en su casamiento. La pública fama era en aquel tiempo, que él le había casado y dado todo el favor de su ayuntamiento, aunque después dio la vuelta y le fue enemigo. Y fue el Almirante Don Alonso Enríquez, y el Conde de Treviño Duque de Nájera, Don Pedro Manrique, y el Condestable Don Pedro de Velasco Conde de Haro, el Duque del Infantado Don Diego de Mendoza, y otros muchos: empero eran muchos los llamados y pocos los escogidos, porque muchos se mostraban en parte, mas no en todo, porque estaban de secreto a *viva quien vence*.

Así comenzaron a reinar en Castilla el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, dejando aquellos pocos días del mes de Diciembre de 1474 años a fuera, desde el comienzo del año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo de 1475 años; habiendo en Castilla otra parcialidad en sus contrarios tan grande o mayor que la suya, que querían meter al Rey Don Alonso de Portugal. Ya es dicho en las cosas que atrás son escritas del Rey Don Enrique, como en su segunda mujer manifestó su impotencia, por lo cual ella se dio a mal recaudo, y fue fama pública que se empenó de un caballero el mas privado del Rey su marido, y parió una hija a quien llamaron Doña Juana, la cual

siempre se crió con aquella sospecha de no ser hija del Rey y por tal la juraron los grandes de Castilla cuando depusieron al Rey Don Enrique, que no era su hija; y así lo hicieron pregonar por toda Castilla con las otras cosas y tachas que a el Rey pusieron, y afirmando esto. La dicha Reina Doña Juana, segunda mujer del dicho Don Enrique, dio de sí muy mal ejemplo ca se empenó y parió dos fijos de otro caballero de sangre real, continuo de su casa, y esto parece que lo causó la desventura del Rey su marido por no poder haber acceso a ella, y por no ser celoso de su casa y honra; ca muchas veces acaece a muy nobles dueñas pecar en esta cuitada humanidad de ser forzadas, o tomadas la primera vez en lugar donde no se pueden defender y por conservar su honra callan, y a esto dan causa los maridos o padres o hermanos o señores de casa, que se confían no mirando de quién ni cómo. Ca saludable cosa es a los hombres con buen juicio ser celosos y recelosos. Decían en aquel tiempo que siendo niño el Rey Don Enrique que le fue fecho mal, o obo tal lesión de que se causó su impotencia. Y esto sabe Dios si fue así o si no.

Con esta doncella, llamada la Princesa Doña Juana, hija del Rey, se alzaron ciertos grandes de Castilla contra el Rey Don Fernando, para la casar con el Rey Don Alonso de Portugal, allegándose a la cláusula del testamento del Rey Don Enrique, que diz que decía que la dejaba por su hija heredera. Y los primeros que se mostraron y manifestaron con la dicha doncella Doña Juana, fueron el Marqués de Villena, Don Diego Pacheco, que la tuvo en su poder, y sus primos el Maestre de Calatrava Don Rodrigo Girón y su hermano Don Alonso Téllez Girón conde de Urueña, hijos del Maestre de Calatrava Don Pedro Girón, y Don Alonso de Estúñiga, Conde de Béjar y Duque de Arévalo, que entonces se lo llamaba, y tenía; y de estos cuatro pendía la mitad de Castilla y eran muy grandes Señores cada cual de ellos, y con ellos había otros muchos declarados, y otros no del todo declarados, y otros había *a quien vence*; y en esto pasó alguna parte de los primeros meses del dicho año de 1475 y las parcialidades de los caballeros no cesaban, cada uno buscando favores y haciendo ligas, unos declarándose por una parte, otros por otra, otros dilatándose tiempo, no queriendo declararse, porque esperaban la entrada del Rey de Portugal.

XI. PROSIGUEN LAS PARCIALIDADES, Y CÓMO EL ARZOBISPO DE TOLEDO SE APARTÓ DE LOS REYES.

Vuelta hobo grande en el corazón grande del Arzobispo de Toledo, y decían que por dos causas; la primera porque no quisiera que el Rey y la Reina salieran de su mandar y obediencia; como si los reinos fueran suyos, y él se los diera. Y quisiera él poner de su mano ciertos contadores y oficiales, y porque luego como él lo quería no se hizo. Y lo segundo con envidia que obo de la buena voluntad que el Rey y la Reina mostraban al Obispo de Sigüenza Don Pedro González de Mendoza, diciendo: *«Éste mancebo y yo viejo, privará tanto que será Arzobispo de Toledo después de mí»*; y por otras cosas, y por estas. En fin él se fue de Segovia de la corte muy enojado camino de Alcalá de Henares, y la Reina desde lo supo envió en pos de él al Duque de Alba, y al Duque de Nájera, a le amansar y rogar que volviese a la corte, y nunca con él pudieron sino que lo dejasen ir a sus tierras. Y la Reina desde esto supo, porque el tiempo estaba tan en peso y no convenía enojar a los de su parte, antes dar y agradar a los contrarios para los hacer suyos, cabalgó y fue en pos de él, y desde Colmenar Viejo envióle a decir a Alcalá de Henares donde ya estaba, que obiese por bien. que ella iba a comer con él a tal hora, que la atendiese; y el Arzobispo con mal seso, le envió a decir a la Reina, que supiese certificadamente que si allá iba, que entrando ella en Alcalá por una puerta, que él se iría huyendo por la otra. Y como esto supo la Reina estando oyendo misa, la misa acabada obo tanto enojo que echó mano a sus cabellos, y recobrada alguna poca de paciencia dijo contemplando: *«Señor mio Jesucristo, en vuestras manos pongo todos mis fechos, y de vos me defienda el favor y ayuda»*: y otras cosas con que ella propia se conortaba.

Y desde aquí el Arzobispo comenzó de hacer allegamiento de gente de guerra y no quiso mas volver a la corte, ca él tenía dos malos consejeros por quien se regia; un Mayordomo dicho Alarcón, que era un muy mal hombre, y un Beato, los cuales mandaban a él y toda su casa, y le aconsejaban

mal, y consintieron, o dieron lugar o consejo a ello; que gastó el Arzobispo por mucho espacio y tiempo muy gran suma de dinero en alquimias, con alquimistas, procurando facer oro y plata, y de lo cual se imputaba a el dicho Arzobispo y cargaba gran culpa.

Y la Reina se volvió desde Colmenar Viejo, y habló cerca de collado un caballero, que le llamaba la obediencia de Toledo, y tomó camino de Toledo y la ciudad se le dio y tomola, y entregóse en ella y después dio la vuelta de Toledo para Segovia. Y Juan Lujan, Alcaide de Escalona, quisiera ofender que estaba por el Marqués de Villena; y la Reina no llevaba tanta gente de guerra con que le pudiese atender, y fuese a mas andar hasta Cebreros, y de allí el dicho Alcaide se volvió con su mal propósito. En este medio y tiempo, mas con halagos que con amenazas, el Rey por un cabo y la Reina por otro adquirieron por Castilla cuanto podían; y la otra parcialidad que estaban con intención de meter al Rey de Portugal, por semejante; y como el Arzobispo de Toledo se había ausentado de la corte sañudo, y era hombre belicoso, y seguía mas veces la afición que no la razón, y placíanle guerras y parcialidades, y era hombre que insistía mucho en la opinión que tomaba, y como era gran Señor, recibían mucha pena el Rey y la Reina de su apartamiento, y ficiéron mucho por lo volver a su amistad, y nunca pudieron. Entonces todo, el mundo pensaba que a la parte que él se acostase pesaría mas la balanza. Y estando así las cosas, le fue enviada de la corte del Rey y de la Reina la siguiente epístola, notada y fecha y enviada por el Cronista Fernando del Pulgar, creyóse que por mandado de Su Alteza.

XII. CARTA AL ARZOBISPO.

«Clama, no ceses, dice Isaías, Muy Reverendísimo Señor; y pues no vemos cesar este reino de llorar sus males, no es de cesar de clamar a vos, que dicen ser causa de ellos. Poca cosa os parece, dice Moisés a Coré y a sus secuaces, haberos Dios elegido entre toda la multitud del pueblo, para que le sirváis en el sacerdocio, sino que en pago de su beneficio le seáis adverso escandalizando al pueblo. Contad, muy Reverendísimo Señor; vuestros días antiguos y los años de vuestra vida, considerad los pensamientos de vuestra ánima, y fallareis que en tiempo del Rey Don Enrique vuestra casa fue receptáculo de caballeros airados y descontentos, y inventora de ligas y conjuraciones contra el cetro Real, favorecedora de desobedientes y de escándalos del reino. Y siempre vos habemos visto gozar en armas la quietud del pueblo, y ayuntamientos muy ajenos de vuestra profesión, enemigos de la quietud del pueblo. Y dejando de recontar los escándalos pasados que con el pan de los diezmos habéis tenido el año de 74, contra el Rey Don Enrique, se fizo aquel ayuntar de gente que todos vimos ser el primer acto de inobediencia clara que, V. S. siendo cabeza y gobernador, sus naturales le quisieron mostrar, o osaron mostrar aquel casi amansado por la sentencia que en Medina se ordenaba, y Vuestra Reverendísima se tornó a yuntar con el Rey, y luego a pocos días acordó de mudar el propósito y se juntó con el Príncipe Don Alonso haciendo división en el reino alzándolo por Rey. Estas mudanzas, y en tan poco espacio de tiempo por Señor de tan gran dignidad fechas, no en pequeña injuria de la persona, y de la dignidad se pudieron hacer; durante esta división se despertó la maldad de los malos, la codicia de los cobdiciosos, la crueldad de los crueles, y la rebelión de los rebeldes inobedientes. V. M. Rda. Señoría lo considere bien, y verá cuan medicinal es la Santa Escritura que nos manda por San Pedro obedecer a los Reyes, aunque disolutos, antes que facer división en los reinos; porque la confusión y males de la división son muchos y mas graves sin comparación, que aquellos que del mal Rey se pueden sufrir. Con gran vigilancia vemos a V. S. procurar que vuestros inferiores os obedezcan y sean sujetos; dejad, pues, por Dios, Señor, los sujetos de los Príncipes, no los alborotéis, no los levantéis, no les mostréis sacudir de sí el yugo de la obediencia, la cual es mas aceptable a Dios que el sacrificio.

»Dejad ya, Señor, de ser causa de escándalos, y sangre: ca si a David por ser varón de sangre no permitió Dios facer le la casa de oración; ¿cómo puede V. S. en guerras de tantas sangres como se han seguido, envolveros con sana conciencia en las cosas que vuestro oficio sacerdotal

requieren? Contagioso y muy irregular ejemplo toman y han los otros Prelados de esta nuestra España viendo a vos, el principal de todas las armas y divisiones. No pequeís por Dios, Señor; ni fagáis pecar, ca la sangre de Jeroboán, de la tierra fue desarraigada por este pecado. Dejad ya, Señor, de rebelar y favorecer rebeldes a sus Reyes y Señores, que es el mayor denuesto que dio Nabal a David, fue airado y desobediente a su Señor; Jerusalén y todas aquellas tierras, según cuenta el historiador Josefo, en caída tal vinieron cuando los sacerdotes, dejado su oficio divino se mezclaron en guerras y en cosas profanas. Oh! pues vuestra dignidad vos hizo padre, vuestra condición no os haga parte, y no profanéis ya más vuestra persona, religión y renta que es consagrada, y para sus cosas pías dedicada. Gran inquisición hizo Aquimelec, sacerdote, antes que diese el pan consagrado a David, por saber primero si la gente que lo habían de comer eran limpios; pues considere agora bien V. S. de consideración espiritual, si son limpios aquellos a quienes vos lo repartís; y como y a quien, por qué se lo dais y a quién se debía dar, y como sois transgresor de aquel santo decreto que dice: Virum catholicum praecipue domine sacerdotem. Cansad ya por Dios, Señor, cansad, a lo menos habed compasión de esta atribulada tierra que piensa tener Prelado, y tiene enemigo; gime y reclama por que tuviste poderío en ella, del cual a vos place usar, no para instrucción, como debéis, mas para su destrucción como facéis; no para su reformation, como sois obligado, mas para doctrina y ejemplo de paz y mansedumbre; mas para corrupción y escándalo y turbación; ¿para qué vos armáis sacerdote sino para pervertir vuestro hábito y religión? ¿para qué os armáis padre de consolación sino para desconsolar y hacer llorar los pobres y miserables, y para que se gocen los tiranos y robadores y hombres de escándalos y sangres con la división continua que V. S. cría y favorece; decidnos por Dios, Señor, si podrán en vuestros días haber fin nuestros males, o si podremos tener la tierra en vuestro tiempo sin división.

»Catad señor, que todos los que en los reinos y provincias procuraron divisiones, vida y fines hubieron atribuladas: temed, pues, por Dios la caída de aquellos cuya doctrina queréis remedar, y no trabajéis más este reino, ca no hay so el cielo reino mas deshonorado que el diviso. Lea V. S. a San Pedro cuya orden recibisteis, y hábito vestís, y habed alguna caridad de la que os recomendó que hayáis. Vasteos el tiempo pasado a voluntad de las gentes; sea el porvenir a voluntad de Dios, que hora es ya Señor, de mirar do vais, y no atrás do venís; no queráis mas tentar a Dios con tantas mudanzas, no queráis despertar sus juicios que son terribles, y espantosos. Y pues vos eligió Dios entre tanta multitud para que le sirváis en el sacerdocio, en retribución de su beneficio, no le escandaliceis el pueblo, según fueron las primeras palabras de esta epístola.»

Esta sobredicha carta fue fecha y enviada, del cronista del Rey y de la Reina Fernando del Pulgar, al Arzobispo de Toledo Don Pedro Carrillo, después que se fue sañoso de la corte, y se juntó con la liga de los que querían meter al Rey de Portugal, al tiempo que ya el Rey y la Reina del no tenían esperanza que volviese a su corte, y por eso con la verdad, se le envió la carta tan ejemplosa y lastimera de la corte; y parece que a esta carta o a otra, respondió por el Arzobispo un caballero su criado al Cronista, disculpando al Arzobispo y poniendo algunas razones por él, y queriendo hacer entender que el Arzobispo no haría cosa que no debiese contra el Rey y la Reina; y en respuesta a aquel caballero, el dicho Cronista sin ningún temor y con esperanza de la prosperidad que Dios demostraba al Rey y a la Reina, respondió al dicho caballero y le envió la presente carta.

XIII. SEGUNDA CARTA.

«Señor, vuestra carta recibí por la cual queréis relevar de culpa al Señor Arzobispo vuestro amo por este escándalo nuevo que se sigue en el Reino de la gente que agora tiene junta en Alcalá, y queréis darme a entender que lo hace por seguridad de su persona, y por paz en el reino, y también decís que ha miedo de yerbas; para este temor de las yerbas entiendo yo que será mejor atriaca, que gente, aunque costaría menos; y cuanto a la seguridad de su persona y paz del reino, haced vos, Señor, con el Señor Arzobispo que se sosiegue su espíritu, y luego holgará él y el reino:

y por tanto, Señor, escusada es la ida vuestra a Córdoba, a tratar paz con la Reina, porque si paz queréis, ahí la habéis de tratar en Alcalá con el Arzobispo. Acabad vos con su Señoría que tenga paz consigo, y que esté acompañado de gente de letras, como su orden lo requiere, y no rodeado de armas como su oficio lo defiende; y luego habréis tratado la paz que él quiere procurar y vos queréis tratar. Con todo eso, aunque me han dicho que el Doctor Calderón es vuelto a corte, plegue a Dios, que este Calderón saque paz; justo es Dios y justo es su juicio; en verdad Señor, yo fui uno de los Calderones con que el Rey Don Enrique muchas veces envió a sacar paz del Arzobispo, y nunca pudo sacarla. Ahora veo que el Arzobispo envía su Calderón a sacar de la Reina, plegue a Dios que la concluya con Su Alteza, mejor que yo la acabé con el Arzobispo.

»Pero dejando agora esto aparte, ciertamente, Señor, gran cargo habéis tomado si pensáis quitar de cargo a ese Señor por este nuevo escándalo que agora hace, salvo si alegáis que el Beato, y Alarcón, le mandaron de parte de Dios que lo hiciese; y no lo dudo que se lo dijese, porque cierto es que el Arzobispo sirvió tanto al Rey y a la Reina en los principios y tan bien, que si en el servicio perseveraba, todo el mundo dijera, que el comienzo, medio y fin de su reinar, había sido el Arzobispo y toda la gloria se imputara al Arzobispo. Dijo Dios gloriam meam al Arzobispo non dabo; y para guardar para mí esta gloria que no me la tome ningún Arzobispo, permitiré que aquellos Alarcones, le digan que sea contrario al Rey y a la Reina, y que ayude al Rey de Portugal para les quitar este reino, y contra toda su voluntad y fuerza lo daré a esta Reina, que lo debe haber de derecho, porque vean las gentes que cuantos Arzobispos hay de mar a mundo, no son bastantes para quitar ni poner Reyes en la tierra, sino solo yo que tengo reservada la semejante provisión a mi tribunal.

»Así que, Señor, esta vía me parece para escusar a su Señoría, pues que lo podéis autorizar con tal Moisés y Aarón, como el Beato y Alarcón. Con todo eso vi esta semana una carta que enviaba a su Cabildo, en que reprende mucho a el Rey y a la Reina por que tornaron la plata de las iglesias, la cual sin duda estuviera queda en su sagrario, si él estuviese quedo en su casa. También dice que fatigan mucho el reino con Hermandades, y no vé que la que da él a ellos, causa la que dan ellos al reino. Quéjase asimismo porque favorecen la toma de Talavera, que es de su iglesia de Toledo, y no se miembra que favoreció la torna de Cantalapiedra, que es de la iglesia de Salamanca. Siente mucho el embargo de sus rentas, y no se miembra cuantas ha tomado y toma del Rey, y aun nunca ha presentado el privilegio que tiene para tomar lo del Rey, y que el reino no pueda tomar lo suyo. Otras cosas dice la carta que yo no aconsejara a su Señoría escribir, si fuera su escribano, porque la Sacra Scriptura manda que no hable ninguno con su Rey papo a papo, ni ande con él a dime y dirte he. Dejando agora esto a parte, mucho querría yo que tal señor como ese considerase que las cosas que Dios en su presencia tiene ordenadas para que hayan fines prósperos y durables, muchas veces vemos que han principios y fundamentos trabajosos, porque cuando vinieren al culmen de la dignidad hayan pasado por el crisol de los trabajos, y por grandes misterios ignotos de presente a nos, y notos de futuro a él.

»La Sacra Scriptura, y otras historias están llenas de estos ejemplos. Persecuciones grandes obo David en su principio, pero Iesu fili David decimos. Grandes trabajos pasó Eneas do vinieron los Emperadores que señorearon el mundo: Júpiter, Hércules, Rómulo, Ceres, Reina de Sicilia, y otros y otras muchas; a unos criaron ciervos y a otros lobos, echados por los campos; pero leemos que al fin fueron adorados y se asentaron en sillas reales, cuya memoria dura hasta hoy. Y no sin causa la ordenación divina, quiere que aquello que luengamente ha de durar, tenga los fundamentos fuertes y tales, sobre que se pueda hacer que la obra dure.

»Viniendo ahora, pues, al propósito, casó el Rey de Aragón con la Reina madre del Rey nuestro señor, y luego fue desheredado y desterrado de Castilla. Cebo este su hijo, que desde su niñez fue guerreado y corrido, cercado, combatido de sus súbditos y de los extraños; y su madre con él en los brazos huyendo de peligro en peligro. La Reina nuestra señora desde niña se le murió el padre, y aun podremos decir la madre, que a los niños no es pequeño infortunio. Vinole el entender, y junto con él los trabajosos cuidados; y lo que mas grave se siente en los reales, es

mengua extrema de las cosas necesarias; sufría amenazas, estaba con temor, vivía en peligro. Murieron los príncipes Don Alfonso y Don Carlos sus hermanos; cesaron éstas, ellos a la puerta de su reinar y el adversario a la puerta de su reino. Padecían guerra de los extraños, rebelión de los suyos, ninguna renta, mucha costa, grandes necesidades y ningún dinero, muchas demandas, poca obediencia. Todo esto así pasado con estos principios que vimos, y otros que no sabemos. Si ese Señor vuestro amo, les piensa tomar este reino como un bonete, y darlo a quien se pagare, digo, Señor, que no lo quiero creer aunque me lo diga Alarcón, y el Beato. Mas querré creer a estos misterios divinos que a esos pensamientos humanos; y como para esto murió el Rey Don Enrique sin generación, y para esto murieron el Príncipe Don Carlos, y Don Alfonso, y para esto murieron otros grandes estorbadores; para esto hizo Dios todos estos fundamentos y misterios que habemos visto, para que disponga el Arzobispo vuestro amo de tan grandes reinos a la medida de su enojo. De espacio se estaba Dios en buena fe, si había de consentir que el Arzobispo de Toledo venga sus manos lavadas, y disponga así ligeramente de todo lo que él ha ordenado y cimentado, de tanto tiempo a acá con tantos y tan divinos misterios.

»Hacedme agora tanto placer, si deseáis servir a ese señor, que le aconsejéis que no lo piense así, y que no mire tan somero, cosa tan honda; en especial le consejad que huiga cuanto pudiere, de ser causa de divisiones en los reinos, como de fuego infernal, y tome ejemplo en los fines que han habido los que divisiones han causado. Vimos que el Rey Don Juan de Aragón padre del Rey nuestro señor, favoreció algunas parcialidades y alteraciones en Castilla; y vimos que permitió Dios a su hijo el Príncipe Don Carlos que le pusiese escándalo y divisiones en su reino. Y también vimos que el hijo que las puso y los que le sucedieron en aquellas divisiones, murieron en el medio de sus días, sin conseguir el fruto de sus deseos. Vimos que el Rey Don Enrique crió y favoreció aquella división en el reino de Aragón, y vimos que el Príncipe Don Alfonso su hermano le puso división en Castilla, y vimos que plugo a Dios de le llevar de esta vida en su mocedad como a instrumento de aquella división. Vimos que el Rey de Francia procuró asimismo división en Inglaterra, y vimos que el Duque de Guyena su hermano procuró división en Francia; y vimos que el hermano perdió la vida sin conseguir lo que deseaba. Vimos que el Duque de Borgoña, y el Conde de Barvique, y otros muchos procuraron en los reinos de Inglaterra y de Francia divisiones y escándalos, y vimos que murieron en batallas despedazados, y no enterrados. Y si queréis ejemplos de la Sacra Scriptura, Arquitofel, y Absalón, procuraron división en el reino de David y murieron ahorcados. Así que visto todo esto que vimos, no sé quien puede estar bien y estar quedo, y querer estar mal y estar bullendo.»

Y el Arzobispo en este tiempo se aclaraba cada día mas por el Rey de Portugal con los caballeros de la liga; y aun ensoberbecido, se publicó que decía que les quitaría el reino, y haría volver a hilar la rueca a la Reina como si fuera en él, y envió con los otros a Portugal su palabra a el Rey Don Alonso.

XIV. OTRA CARTA.

Como sea parte del oficio de los cronistas en servicio de los Reyes sus señores despedir epístolas en su servicio en los tiempos que conviene, para saber lo que se hace en otros reinos, y acoger las respuestas y tornar de ellas aquello que a su oficio conviene de algunas cosas hazañas, y haber conocimiento de los Reyes comarcanos, y de sus cronistas por intercesión de letras, para enjerir en las crónicas algunas cosas de las que acaecen en sus tiempos; las de acullá acá, y las de acá acullá que convienen por la verificación serán si escritas, y con su dulce escribir, deben procurar de evitar escándalos, y guerras entre los Reyes y los señores y procurar la paz, y la concordia por epístolas de dulce y autorizado escribir.

El cronista del Rey y de la Reina nuestros señores, Fernando del Pulgar, pesándole mucho de los impedimentos y cosas que se atravesaban, contra el reinar en Castilla de estos Católicos Reyes,

y sabido y publicado cómo los dichos caballeros de Castilla habían procurado y procuraban meter al Rey de Portugal a casar con la doncella Doña Juana su sobrina, que llamaban la Princesa ellos, y para que reinase en Castilla; allende de otras muchas demostraciones y requerimientos que le fueron fechos, que no tomase la tal empresa ni entrase, le envió la presente epístola.

CARTA AL REY DON ALONSO.

«Muy poderoso Rey y Señor: sabido he la indignación que V. A. tiene de aceptar esta empresa de Castilla que algunos caballeros de ella os ofrecen; y después de haber bien pensado en esta materia, acordé de escribir a V. A. mi parecer. Bien es, muy excelente Rey y Señor, que sobre cosa tan alta y ardua haya en vuestro consejo alguna plática de contradicción disputable por que en ella se aclare lo que a servicio de Dios, y honor de vuestra corona real, bien y acrecentamiento de vuestros reinos mas conviene seguir. Y para esto, muy poderoso Señor, según en las otras guerras santas do habéis sido victorioso habéis hecho, porque en esta con ánimo limpio de pasión lo cierto mejor se pueda discernir, mi parecer es que ante todas las cosas aquel redentor se consuele que vuestras cosas aconseja, aquel se mire que siempre es guía, aquel se adore y suplique, que vuestras cosas y estado segura y prospera. Porque como quier que vuestro fin es ganar honra en esta vida, y vuestro principio sea ganar vida en la otra; y cuanto toca a la justicia que la Señora vuestra sobrina dice tener a los reinos del Rey Don Enrique, que es el fundamento que estos caballeros de Castilla hacen, y aun lo primero que V. A. debe mirar. Yo por cierto Señor, no determino agora su justicia, pero veo que estos que os llaman por ejecutor de ella son el Arzobispo de Toledo, y el Duque de Arévalo, los hijos del Maestre de Santiago, y del Maestre de Calatrava su hermano, que fueron aquellos que afirmaron por toda España, y aun fuera de ella publicaron, que esta Señora no tener derecho a los reinos de Don Enrique, ni poder ser su hija por la impotencia experimentada, que de él en todo el mundo, por sus cartas y mensajeros divulgaron: y allende de esto le quitaron el título real, y hicieron división en su reino.

»Desearíamos pues, saber como hallaron entonces esta Señora no ser heredera de Castilla, y pusieron sobre ello sus estados en condición; y como hallaron agora ser su legítima sucesora, y quieren poner a ello el vuestro. Estas variedades, muy poderoso Señor, dan causa justa de sospecha, que estos caballeros no vienen a vuestra Señoría con celo de vuestro servicio, ni menos con deseo de esta justicia que publican; mas con deseo de sus propios intereses que el Rey y la Reina no quisieron, o por ventura no pudieron cumplir según la medida de su codicia, la cual tiene tan ocupada la razón en algunos hombres, que tentando sus propios intereses acá y allá, dan el derecho ajeno do hallan su utilidad propia: y debéis creer, muy excelente Señor, que pocas veces vos sean fieles aquellos que con dádivas oviéredes de sostener: antes es cierto, aquellas cesantes, os sean deservidores, porque ninguno de los semejantes viene a vos como debe venir, mas como piensa alcanzar: y cuando vencido ya de la instancia de ellos, vuestra real Señoría acordase todavía aceptar esta empresa, yo por cierto dudaría mucho entrar en aquel reino teniendo en él por ayudadores, y menos por servidores los que el pecado de la división pasada hicieron, y quieran agora de nuevo hacer otra, reputándolo a pecado venial, como sea uno de los mayores crímenes que en la tierra se pueden cometer, y señal cierta de espíritu disoluto y inobediente.

»Por el cual pecado los de Samaria, que fueron causa de la división del reino de David, fueron tan excomulgados, que nuestro redentor, mandó a sus discípulos, en la provincia de Samaria no entréis, numerándolos en el gremio de las idolatrías, y aun por tales mandó el hombre de Dios al Rey Amacías que no juntase su gente con ellos para la guerra que entró a hacer en las tierras de Seir, y en caso que este Rey había traído cien mil de ellos y pagádoles el sueldo, los dejó por ser varones de división y escándalo, y no osó envolverse con ellos ni gozar de su ayuda en aquella guerra por no tener airada la divinidad, la cual en todas las cosas, y en la guerra mayormente debemos tener aplacada, porque sin ella ninguna cosa está, ningún saber vale, ningún trabajo aprovecha; y por tanto mirad por Dios, Señor, que vuestras cosas (hasta hoy florecientes) no las envolváis con aquellos, que el derecho de los reinos que es divino, miran no según su validez, mas según sus

pasiones y propios intereses. Y cuanto a la promesa tan grande y dulce como estos caballeros os hacen de los reinos de Castilla, con poco trabajo y mucha gloria, ocurreme un dicho de San Anselmo que dice: compuesta es y muy afeitada la puerta que convida al peligro: y por cierto, Señor, no puede ser mayor afeitamiento ni compostura de la que estos vos presentan.

»Pero yo hago mas cierto el peligro de esta empresa, que cierto el efecto de esta promesa: lo primero, porque no vemos aquí otros caballeros sino estos solos, y estos no dan seguridad ninguna de su lealtad; y caso que haya otros secretos que afirman aclararse, los tales no piensan tener firme como deben, mas temporizar como suelen, para declinar a la parte que la fortuna se mostrase mas favorable. Lo segundo, porque dado que todos los mas de los grandes, y de las ciudades y villas de Castilla, como estos prometen, vengan luego a vuestra obediencia, no es duda según la parentela que el Rey tiene, que muchos caballeros y grandes señores y ciudades y villas, se tengan por él y por la Reina, a Los cuales así mesmo los pueblos son muy aficionados, porque saben ella ser hija cierta del Rey Don Juan, y su marido hijo natural de la casa real de Castilla; y la Señora vuestra sobrina, hija incierta del Rey Don Enrique, y que vos la tomáis por mujer, de lo cual no pequeña estima se debe hacer. Porque la voz del pueblo es voz divina, y repugnar lo divino es querer con flaca vista vencer los fuertes rayos del sol. Eso mismo, porque vuestros súbditos nunca bien se compadecieron con los castellanos, y entrado V. A. en Castilla con título de Rey podría ser que las enemistades y discordias que entre ellos tienen, y de que estos hacen fundamento, a vuestro reinar todas se saneasen contra vuestra gente, por el odio que antiguamente entre ellos es. Lo otro por que en tiempo de división, así a vos de vuestra parte, como al Rey y a la Reina de la suya converná dar y prometer, rogar y sufrir a todos por que no muden el partido que tuvieren, para se juntar con la parte que mas largamente con ellos se oviera.

»Así que, Señor, pasaríades vuestra vida sufriendo, y dando y rogando, que es oficio de sujeto, y no reinando y mandando, que es el fin que vos deseáis y estos caballeros prometen. Tornando agora pues a hablar en la justicia de la Señora vuestra sobrina, yo, muy alto Rey y Señor, de esta justicia dos partes hago, una es esta que vosotros los reyes y príncipes, y vuestros oficiales por cosas probadas mandáis ejecutar en vuestras tierras, y a esta conviene preceder prueba y declaración antes que la ejecución, porque de otra manera, mal se cumpliría aquel común hablar de los letrados, que el Juez debe sentenciar conforme a lo alegado y probado, y es injusta sentencia condenar sin oír las partes, si no fuese en rebeldía. Otra justicia es la que por juicio divino, por pecados a nosotros ocultos vemos ejecutar, veces en las personas propias de los delincuentes y en sus bienes, veces en los bienes de sus hijos y sucesores, así como hizo al Rey Roboán hijo del Rey Salomón, cuando de doce partes de su reino, luego reinando perdió las diez. No se lee pues, Roboán haber cometido público pecado hasta entonces por do los debiese perder; y como juntase gente de su reino para cobrar lo que perdía, Semey profeta de Dios le dijo de su parte: Está quedo, no pelees, no es la voluntad divina que cobres esto que pierdes; y como quiera que Dios, ni hace ni permite hacer cosa sin causa, pero el profeta no ge lo declaró, porque tan honesto y comedido es nuestro Señor, que aun después de muerto el Rey Salomón, no le quiso deshonorar ni a su hijo avergonzar declarando los pecados ocultos del padre, porque le plugo que el sucesor perdiese estos bienes temporales que perdía.

»En la Sacra Scriptura, y aun en otras historias auténticas, hay de esto asaz ejemplos: mas porque no vamos a cosas muy antiguas y peregrinas, este vuestro reino de Portugal, a la Reina Doma Beatriz hija heredera del Rey Don Fernando y mujer del Rey Don Juan de Castilla, pertenecía de derecho público; pero plugo al otro juicio de Dios oculto, darlo al Rey vuestro abuelo, aunque bastardo y profeso de la orden de Cistel; y porque este oculto juicio, este Rey Don Juan quiso repugnar, cayeron aquella multitud de castellanos que en la de Aljubarrota sabemos, y es notorio ser muertos. De derecho claro pertenecían los reinos de Castilla a los hijos del Rey Don Pedro: pero vemos que por virtud del juicio de Dios oculto, los poseen hoy los descendientes del Rey Don Enrique su hermano, aunque bastardo. Y si quiere V. A. ejemplos modernos, ayer vimos el reino de Inglaterra que pertenecía al Príncipe hijo del rey Don Enrique, y vemos hoy poseer pacífico

al Rey Eduarte, que mató al padre y al hijo. Y como quier que vemos claros de cada día estos y semejantes efectos, ni somos, ni podemos ser acá jueces de sus causas, en especial de los Reyes, cuyo juez es Dios que los castiga, veces en sus personas y bienes, veces en la sucesión de los hijos según la medida de sus yerros.

»San Agustín en el libro de la Ciudad de Dios, dice: ¿el juicio de Dios oculto puede ser inicuo? no, que sabemos es muy excelente Rey y Señor. Si el Rey Don Enrique cometió en su vida algunos graves pecados por do tenga Dios deliberado en su juicio secreto disponer de sus reinos en otra manera de lo que la Señora vuestra sobrina espera, y estos caballeros procuran, según hizo a Roboán y a los otros que he declarado ya a vuestra Señoría. De los pecados públicos se dice de él, que en la administración de la justicia (que es aquella por do los Reyes reinan) fue tan negligente que sus reinos vinieron en total corrupción y tiranía; de manera que antes de muchos días que falleciese, todo cuasi el poderío y autoridad real le era envanescido. Todo esto considerado, querría saber quién es aquel de sano entendimiento que no vea cuan difícil le sea esto que a V. A. hacen fácil, y esta guerra que dicen pequeña, cuanto sea grande y la materia de ella peligrosa, en la cual si algún juicio de Dios oculto hay por do V. A. repugnándolo hobiese algún siniestro, considerad bien, Señor, cuan grande es el aventura en que ponéis vuestro Estado real, y en cuanta obscuridad vuestra fama, que por lo grande de Dios, por todo el mundo relumbra. Allende de esto, de necesario ha de haber quemas, robos, muertes, adulterios, rapiñas, destrucciones de pueblos y de casas de oraciones, sacrilegios, el culto divino profanado, la religión apostatada, y otros muchos estragos y roturas que de la guerra surten. También vos convendrá sufrir y sostener robos y robadores, y hombres criminosos sin castigo ninguno, y agraviar los ciudadanos y hombres pacíficos, que es oficio de tiranos y no de Rey; y vuestro reino entre tanto no será libre de estos infortunios, porque en caso que los enemigos no le guerreasen, vos será forzado con tributos grandes y continuos, y servidumbres premiosas para la guerra necesarias, fatigásedes de manera que procurando una justicia cometiérades muchas injusticias.

»Allende de esto, vuestra Real persona que por la gracia de Dios está agora quieta, es necesario que se altere; vuestra conciencia sana, es por fuerza que se corrumpa; el temor que tienen vuestros súbditos al vuestro mandato, es necesario que se afloje; estáis quieto de molestias, es cierto que habréis muchas; estáis libre de necesidades, metéis vuestra persona en tantas y tales, que por fuerza os harán súbdito de aquellos; que la libertad que agora ten eis os hace Rey y Señor. Y porque conozco cuanto cela vuestra alta Señoría la limpieza de vuestra excelente fama, quiero traer a vuestra memoria como ovistes enviado vuestra embajada a demandar por mujer a la Reina; también es notorio cuantas veces en vida del Rey Don Enrique vos fue ofrecida por mujer la Señora vuestra sobrina, y no vos plugo de lo aceptar, porque se decía vuestra conciencia real no se sanear bien del derecho de sucesión. Pues considerad agora esta mudanza, sin preceder causa pública porque lo debáis hacer, quien no habrá razón de pensar que halléis agora derecha sucesora a vuestra sobrina, no porque lo sea de derecho, más porque la Reina que demandásteis por mujer contrajo antes el matrimonio con el Rey su marido, que con vos que la demandásteis, y habría lugar la sospecha de cosas indebidas, contrarias y mucho a las virtudes insignes que de vuestra persona Real por todo el mundo están divulgadas; y soy maravillado de los que hacen fundamento de este reino que vos dan, en la discordia de los caballeros y gentes de él, como si fuese imposible la reconciliación entre ellos, y conformarse contra vuestras gentes.

»Podemos decir por cierto, muy alto Señor, que el que esto no vé es ciego del entendimiento, y el que lo vé y no lo dice es desleal. Guardad, Señor, no sean estos consejeros los que aconsejan, no según la recta razón, mas según la voluntad del Príncipe ven inclinada; y por tanto, muy alto y poderoso Rey y Señor, antes que ésta guerra se comience, se debe mucho mirar la entrada, porque principiar guerra, quien quiera lo puede hacer; salir de ella no, sino como los casos de la fortuna se ofrecieren; los cuales son tan varios y peligrosos, que Estados Reales y grandes no se les deben cometer sin grande y madura deliberación, y a cosas muy justas y ciertas.»

XV. [LOS CRIADOS DEL ARZOBISPO DE TOLEDO]

Desde el Arzobispo de Toledo se declaró por el Rey de Portugal, muchos caballeros criados suyos fijosdalgo, fueron muy pesante de ello y muy mal contentos de él; de los cuales fueron López Vázquez, su hijo, y su hermano el Conde de Buendía, y Gómez Manrique, y Hurtado de Luna, los cuales siempre mucho se lo estorbaron y contradijeron, poniéndole delante la vergüenza, y los muchos daños y inconvenientes que de aquel trasmutarse convernían, y diciéndole como quería contradecir lo que siempre había afirmado estos reinos justamente ser de la Reina, y venirle por justo título, y se los ayudó a dar y entregar este día que la alzaron por Reina, y eso mesmo les otorgó y dio su voz de ello al Rey Don Fernando su marido cuando fue en lo alzar por Rey de ellos, de que en él, y ellos esperaban muchas mercedes; y ni con esto, ni con otras muchas razones ni afrentas que le presentaron, nunca lo pudieron volver de sus intereses y mal propósito. Y desde esto vieron los caballeros susodichos, siguiendo la lealtad que a su Rey debían, y la nobleza de donde venían, se despidieron de él y de su servicio, y se pusieron con el Rey Don Fernando y con la Reina Doña Isabel a venir, y siguiendo su servicio de allí en adelante.

Y ansí como estos nobles caballeros había en casa del Arzobispo que le aconsejaban bien, había otros a quien él daba su crédito que le aconsejaban mal en la contra de estos otros con dañadas autoridades, así como eran Alarcón, alquimista mayor su mayordomo y privado, y sus secuaces, al cual dicho Alarcón, después de hecha la guerra, el Rey Don Fernando permanente victorioso, fizo degollar en Toledo en Zocodover, y lo degollaron sobre una espuerta de paja tendida por mas baldón según su gran merecimiento, ca se halló ser muy traidor al Rey, y a la Reina muy contrario.

XVI. CÓMO EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL DETERMINÓ ENTRAR EN CASTILLA.

Muchas embajadas fueron y vinieron de los caballeros de Castilla de la liga de la Señora Doña Juana, particulares y generales, al Rey Don Alonso de Portugal, convidándole con ella para casar, y con Castilla para reinar, afirmándole venir los reinos por sucesión del Rey Don Enrique su padre. Y el Rey Don Alonso resistido todo buen consejo, y todo buen pensamiento procediente del Espíritu Santo, encendido en el pecado de la codicia, hobo de aceptar el partido, a lo cual mucho pesó a los caballeros de su reino que deseaban su servicio y su honra, porque sabían el caso no ser a él conveniente aceptarlo; los cuales mucho se lo estorbaron, y pusieron delante mirase en cuanto trabajo, y inconvenientes y peligro quería poner su persona y reino, en aceptar de entrar en Castilla a reinar, para la haber de conquistar por armas, y nunca le pudieron hacer mudar el concebido propósito.

Pues de la parte del Rey y de la Reina, no creáis que quedó dele molestar, y rogar y requerir de parte de Dios que no entrase en Castilla, ni creyese el consejo de los que la prometían, haciéndole saber el caso muy por extenso desde el comienzo hasta el fin, de como la Señora su sobrina no tenía aquella justicia que le decían a los reinos, lo cual él bien sabia, y siempre resistió el consejo de los embajadores del Rey y de la Reina. Y de un cabo molestado, requerido y rogado en Castilla; y del otro comunicado y llamado a ella; de un cabo ciego de la gran codicia; de otro muy turbado de los inconvenientes y peligros que delante le presentaban que le podrían venir, no sabia de si que hacer, y deliberó de enviar cartas y presentes a la mayor parte de los caballeros de Castilla que no estaban en su liga, y prosiguió esto presentándoles el título como él quería casar con la hija del Rey Don Enrique, cuya era Castilla, que lo hobiesen por bien, y lo recibiesen, y les faría muchas mercedes, y enviéles a cada uno, según quien era, muchos cruzados de oro, y muchas tazas y piezas de plata labrada, pensando que los que recibiesen no le faltarían, y ellos, así los de Castilla como los de Andalucía, o la mayor parte de ellos recibieron lo que les envió, con intención algunos dele servir, otros de estar a *viva quien vence*, y en tanto no le ofender.

Otros con intención de le dar guerra con su mesmo dinero, ansí como fizo el Duque de Alba

Don García, que era casado con tía, hermana de la madre del Rey Don Fernando; y hobo el Rey Don Alonso de Portugal tal atrevimiento, que le envió gran suma de cruzados, no mirando lo que mirar debiera, que de tal pariente antes se debiera mucho de guardar, y este recibió, con que después le hizo la guerra, y este publicó la embajada en tiempo debido, y la intención, y lo mostró por obra y así hicieron otros. Y de ellos le enviaron sus cartas firmadas, y de ellos su palabra, en lo cual el Rey Don Alonso gastó muy gran suma de oro, y desque entendió que tenía a su servicio la mayor parte de Castilla, aceptó el casamiento, y deliberó en venir en ella a reinar si pudiese. Y fue concertado entre él y los caballeros que lo metieron, en tiempo y lugar, y donde y como se hobiese de celebrar el matrimonio.

XVII. LA ENTRADA DEL REY DON ALONSO DE PORTUGAL EN CASTILLA.

A primer año del reinado del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel su mujer, en el quinto año del pontificado del Papa Sixto IV en el mes de Mayo del año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de 1475 años, entró en Castilla el Rey Don Alonso de Portugal en título de Rey de ella, con tres mil y quinientos de a caballo, y muchísima gente de pie de guerra, y vino a Plasencia donde le aguardaban los caballeros de Castilla que le metían con la Señora Doña Juana su sobrina, Reina que decían de Castilla, para celebrar el matrimonio con ella y allí le hicieron muy honrado recibimiento; y hicieron un cadalso muy alto y muy ricamente adornado donde todos los de la ciudad le podían ver. Y a 25 día de Mayo, día de la fiesta del Córpus Christi, jueves, subieron allí al dicho Rey, y a la dicha Señora Doña Juana su sobrina, y a vista de todos los desposó un Obispo, y luego allí los alzaron por Reina y Rey de Castilla y León, con todos los otros títulos de Castilla; y dijeron: «Castilla, Castilla, por el Rey Don Alonso, y por la Reina Doña Juana su mujer», tocando muchas bastardas, y instrumentos de música y atabales.

Desde este día comenzó de arder Castilla otra vez, como cuando en vida del Rey Don Enrique alzaron por Rey a su hermano Don Alonso: *quidquid agat omnes, intentio indicat omnes*: la intención de aquellos señores que lo metieron, Dios lo supo si fue por la lealtad que debían, o si fue por asegurar lo que tenían de la corona real, porque el Rey Don Fernando no les quiso confirmar; ca ellos eran en aquel tiempo los mas grandes y mas poderosos de toda Castilla, y el Duque de Arévalo, Conde de Béjar, Señor de Plasencia Don Avaro de Estúñiga, puesto caso que era ya muy viejo, tenía a Arévalo y su tierra, y tenía a Burgos, y el Maestrazgo de Alcántara, y poco menos toda la tierra de Extremadura, y todas sus tierras y Señoríos, y otras casas harto bien pacíficas, y a su servicio y mandar, y no es duda estar el mayor de los caballeros de Castilla con lo susodicho, y con sus hijos y parientes: y el Arzobispo de Toledo Don Alonso Carrillo que era el mayor prelado de España, que es la segunda casa de renta de Castilla, tenía muchas tierras, ciudades, y villas, y castillos suyos y de la corona real: y el marqués de Villena, a quien había quedado en guarda la Señora Doña Juana, tenía a su mandar mas villas y castillos que ningún grande de todo el reino, y no había otro mayor que él, y él se intitulaba entonces Maestre de Santiago y Duque de Trujillo: y el Maestre de Alcántara que era muy gran Señor, y el Duque de Ureña su hermano eso mesmo: y de estos pendía la mayor parte de Castilla; y hobo otros muchos que aclamaron antes que el Rey Don Alonso llegase.

Asimesmo Alonso Carrillo, Señor de Maqueda y Castañeda, Señor del Portillejo y de las Calañas, y Pareja Adelantado de Galicia, Juan de Ulloa, Alcaide de Toro y Mariscal de Zamora, el Conde de Valencia, y otros muchos, dejando los que estaban de callada, son los que le facían muy gran parcialidad al Rey Don Alonso; y él pensó que con ellos sojuzgaría a Castilla. Y como nuestro Señor sabe las intenciones y aficiones de cada uno de los hombres, permite que cada uno sea sojuzgado según su intención; el que mala intención tiene, que sea juzgado para pena de tormento; el que buena, que sea juzgado para ver gloria: y sobre todo él es justo juez y juzga derechos, y a él es a dar los reinos a cuyos son, y le place de los dar; el cual no judició según el querer de estos

poderosos caballeros y de este Rey, ni según sus intenciones donde pareció no ser buenas, ni les proveyó cosa alguna de lo que deseaban, según adelante se dirá.

XVIII. PROSIGUE LO QUE HIZO EL REY DON ALONSO EN CASTILLA.

Movió el Rey Don Alonso su hueste, y partió de Plasencia, y fue; la vía de tierra de Campos, requiriendo a los Alcaldes, le entregasen las villas y castillos por do iba; y de ellos decían: andad Señor adelante, que esto es todo vuestro, y de ellos, se las daban, y otros se le defendían; y siguió su vía hasta la ciudad de Toro, y Zamora, y llegado, luego se le entregaron que estaban por él, y asentó su estada por allí algún tiempo, que tenía mucha parte de villas y castillos por cerca de aquella ribera de Duero; y allí llegó muy gran gente para si necesario le fuese haber batalla.

En este tiempo el Rey Don Fernando allegó muy grande hueste de gente en el mes de Julio del dicho año de 1475. Y estando el Rey Don Alonso en Toro, le puso el real a una legua de Toro en una aldea llamada Temules, donde juntó mas de treinta mil hombres, en que decían haber mas de diez mil de a caballo, y la gente de a pie eran de ellos muy gran parte Vizcaínos, y Asturianos, y Montañeses que en demasiada manera amaban a el Rey Don Fernando, allí se juntaron con los grandes de Castilla que tenían de su parte el Duque de Nájera, el Duque de Alba Don García, el Conde de Haro, el viejo Condestable de Castilla, el Almirante de Castilla, y su hermano; el Adelantado de Andalucía, el Duque del Infantado Marqués de Santillana, Don Alonso de Aragón, hermano bastardo del Rey Don Fernando, Maestre de Calatrava que entonces se llamaba Duque de Villahermosa, que era muy esforzado caballero y de muy gran consejo para la guerra, el primero que metió *robadequienes* en Castilla; la gente del Marqués de Astorga, que tenía en administración Don Luis Dorio, Capitán que después fue, y guarda de Alhama, y después Obispo de Jaén, que era tutor del Marqués de Astorga, que era niño; el Obispo de Sigüenza, Don Pero González de Mendoza, que fue después Arzobispo de Sevilla, y después Arzobispo de Toledo y Cardenal de España, y otros muchos.

Y allí estando un día en el consejo, en una iglesia del dicho lugar Temules, el Rey y los caballeros muy gran pieza del día salió sonido por el real entre la gente de a pie, que los caballeros querían prender al Rey, y allegáronse los Vizcaínos y Montañeses, y otros muchos con ellos todos armados, a pie y alborotados, y fueron a la puerta de la iglesia del consejo a voces: dad acá a nuestro Rey, dad acá a nuestro Rey: y fue muy gran turbación en el real, y el Rey salió a la puerta de la iglesia para que le viesen, diciendo: *«Heme aquí hermanos, no temáis que ninguno me haya de hacer traición, que todos estos caballeros son mis parientes y leales vasallos»*, y otras muchas cosas por los apaciguar, y nunca con ellos pudo hasta que lo sacaron de la iglesia, y lo llevaron consigo a su real.

Y después de haber estado allí el real algunos días, visto que el Rey Don Alonso no quiso salir a pelear, o no osó, y que el cerco para no estar sobre él era muy peligroso y muy gastoso, el Rey Don Fernando dejó sus guarniciones bien ordenadas y bien repartidas a donde convenía, y volvióse a Medina del Campo, y dende fue luego a poner cerco sobre Burgos que estaba de la parte del Rey de Portugal por el Duque de Arévalo, y dióse luego la ciudad, y tóvose la fortaleza cerca de nueve meses, estando por Alcaide de ella Don Juan Sarmiento, hermano del Obispo de Burgos Don Luís de Acuña.

XIX. PROSIGUEN LOS SUCESOS DEL REY DON ALONSO EN CASTILLA.

Supo el Rey Don Alonso estando en Toro, como el Rey Don Fernando había puesto el cerco a Burgos, y partió de Toro con toda su hueste para ir en socorro, y fue por Arévalo y estuvo allí algunos días; y de allí salieron un día el Conde de Faro y Don Álvaro su hermano, portugueses, con

cierta gente de caballos, y hobieron batalla con el Conde de Cifuentes con el cual se encontraron, que era la parte del Rey Don Fernando, y pelearon, y fue desbaratado el Conde de Cifuentes y su gente, y los portugueses volvieron a Arévalo con victoria, y después de esto partió el Rey Don Alonso de Arévalo, y con él el Marqués de Villena, Maestre de Santiago y Duque de Trujillo, que todos llamaban, y el Arzobispo de Toledo, y otros muchos caballeros para ir a Peñafiel, y supo que el Conde de Benavente Don Pedro Pimentel, estaba en una villa suya que llamaban Baltanas, que es llana y estaba toda barreada de tapias para según el tiempo; y fue sobre él, y cercóle la villa, y combatiola, y tomola; y entonces por la parte que el Marqués de Villena combatía, y prendieron al Conde de Benavente, el cual salió a pie fuera de la villa a besar la mano al Rey, y se la dio, y el Rey durmió allí aquella noche; y otro día llevó consigo al Conde preso, el cual le dio en rehenes por sí por ser suelto, tres o cuatro villas, y a su hijo Don Luis: y las villas fueron Portillo, y Villalva, y Mayorga; y el Rey fue de allí a Peñafiel que es del Conde de Ureña, que estaba por él; y no osó dende pasar a socorrer a Burgos, porque supo de los grandes favores y grandes gentes que se allegaban y recrecían a el Rey Don Fernando, y volvióse a Arévalo, y dende a Toro y Zamora, y por allí ribera de Duero hacia su estado, y hacia Cantalapiedra que estaba por él, y quitó a García de Melo que la tenía, y puso por Alcaide a Alonso Pérez de Vivero, fijo, o nieto del Contador que mató al Maestre Don Álvaro de Luna; y a este la tomó después el Rey Don Fernando. De a prisión del Conde de Benavente, y rehenes que en el dicho viaje acaecieron, muy gran sospecha se causó y publicó diciendo que era todo hechizo, y que el Conde como era muy sagaz y discreto, conoció el tiempo, y quiso mañosamente contentar a ambas partes, de lo cual después se le siguió mucho provecho: lo interior de su interior él lo supo.

XX. DE BURGOS.

Tuvo el Rey Don Fernando cercado el castillo de Burgos ocho o nueve meses, en que le dieron muchos y muy grandes combates de lombardas, y tiros de pólvora, y cuártagos y ingenios, y ponían en el cerco muy gran recaudo, y algunas veces cuando pensaban los cercadores que en mas estrecho tenían a los cercados, les mostraban de dentro perdices, naranjas y otras cosas de modradas. En fin tanto estrecho les pusieron, que se hobieron de dar a merced del Rey con algunos partidos en que el Rey los tomó, y mandó ahorcar muchos y degollar otros, en que luego ahorcaron y degollaron veinte y nueve hombres, y después otros muchos; y esto fue en tiempo de ocho o nueve meses que duró el cerco; y se vino a tomar el año de 1476 en el mes de Febrero.

En este tiempo no cesaban guerras, robos, rapiñas, muertes, peleas entre caballeros, fuerzas en los pueblos y en los campos, y injusticia, y sacrilegios de poca honra, que cataban a las iglesias y clerecía por toda Castilla. Ca ardía su fuego entre las parcialidades, y entre muchos ladrones cosarios que andaban con la voltoria del tiempo, y no hacían sino robar nombrándose de la parte que se les antojaba, o según veían el tiempo o el lugar en que se hallaban, y veían que les convenía donde no eran conocidos. Y así mismo todas las fronteras de Portugal ardían en vivas llamas de robos, y hurtos y cautiverios que los castellanos de la parte del Rey Don Fernando, y otros muchos ladrones hacían en tanto grado, que de las camas los sacaban de noche de los lugares, y los traían cautivos a Castilla, a ellos y a sus fijos, y haciendas, y ganados: de donde procedió despoblarse muchos lugares de la frontera entre Portugal y Castilla, también de Castilla como de Portugal, y se huían, y metían los reinos adentro.

XXI. DE CASTRONUÑO Y CANTALAPIEDRA.

De Castronuño y Cantalapiedra, que fueron dos fortalezas muy proveídas de ladrones y malos hombres, y de hombres que habían gana de ganar robando y haciendo la guerra, fue de donde mas daños se recibieron en Castilla, en las tierras reales de parte del Rey Don Fernando. Castronuño era muy fuerte fortaleza ribera de Duero, y era del Prior de San Juan llamado Valenzuela, que era criado

y muy servidor del Rey Don Enrique: y en el tiempo de sus guerras y trabajos que hobo cuando alzaron por Rey al Rey Don Alonso su hermano en Castilla, la tomó y se alzó con ella por el Rey Don Alonso un ladrón mal hombre llamado Pedro de Mendaño, fijo de un hombre zurrador vecino de Paradinas aldea del Obispado de Salamanca, que fue muy valiente en su oficio de robar, y matar y hacer la guerra, uno de los que el tiempo de las guerras crió: el cual triunfó tanto y creció desde allí, que todas las tierras de las comarcas le tenían y habían miedo en demasiada manera. Y desque falleció el Rey Don Alonso, nunca hobo disposición de tiempo para le sacar de allí; y al tiempo que falleció el Rey Don Enrique quedó el criado gusano inficionado, grueso y poderoso verdugo para aquella tierra, que allegaba cada vez que quería quinientos y seiscientos de a caballo, y peones cuantos quería, con que sojuzgaba a Medina del Campo, a Valladolid, y a Toro, y a Zamora, y a Salamanca y a todas sus tierras y lugares, que nunca le faltaron en aquellos tiempos otros de su condición: y algunos caballeros de los grandes, lo habían en dicha tenerlo por amigo, y otros lo querían mal y les pesaba de tan gran subida como había subido, por ser de tan baja suerte, y por haber rapiñado, y por la disposición del tiempo no se curaban de poner con él en armas; y algunos pueblos, y personas particulares y muchas, se le ofrecían con servicios porque no les robase y ficiese mal.

Y el Duque de Alba Don García que entonces era, se puso un tiempo a lo castigar, y con la mala disposición del tiempo de guerras y vueltas no pudo, ca lo halló mucho poderoso para entonces; ca él tenía siete fortalezas muy cerca unas de otras en ribera de Duero; ca él tenía a Castronuño, y a Navares, y a Cubillos, y a Iglesias y otra fortaleza en la ribera; y tenía a San Cristóbal, y a Árabe, y tenía en todas y en cada una de ellas su Alcaide, todos rufianes y ladrones, y muy malos hombres. Estas siete acogidas tenía el Alcaide de Castronuño, y aun otras de tierras de sus amigos, de donde salía a hacer mil saltos y robos en todas aquellas comarcas; y al tiempo que falleció el Rey Don Enrique y comenzaron de reinar el Rey y la Reina, no siguió su partido por que no le confirmaron y dieron lo que tenía hurtado y robado, como hicieran otros que siguieran su partido, si les dieran lo de la corona real que tenían robado y por fuerza.

Mas como aquellos que entran a reinar, y sojuzgar, y cobrar lo perdido como reyes de la tierra, y no a ser sujetos de nadie, y entraban a ser temidos y no a temer, no quisieron dar por precio de sujeción lo que era suyo, ni sojuzgarse, como hizo el Rey Don Alonso de Portugal, que porque fuesen con él les confirmó y mandó lo que tenían, y mas que no tenían, y por esto este Alcaide de Castronuño siguió la vía y parcialidad del Rey de Portugal.

En Cantalapiedra hobo dos Alcaides en aquel tiempo: el primero fue García de Melo que quitó el Rey de Portugal cuando por allí fue, y puso a Alonso Pérez de Viveros; y los capitanes que de allí facían la guerra a el Rey Don Fernando, eran Cristóbal Bermúdez, y Juan de Tobar Señor de Cívico y de la Torre, caballeros de Castilla, los cuales hacían daños, y a las veces los recibían, y a las veces algunos. Y después algunos de ellos fueron degollados por mandado del Rey Don Fernando, que fueron presos en una batalla; y como quiera que acaeciese en aquel tiempo siempre acaeciese victoria, y llevaban ventaja los del Rey Don Fernando sobre sus contrarios.

XXII. DE CÓMO SE GANÓ A ZAMORA.

Zamora se tomó en esta manera. Era Alcaide de la puerta un ciudadano llamado Valdés, y estando en propósito de dar entrada al Rey Don Fernando, el Rey Don Alonso supo alguna cosa de ello y envióle a llamar y vino a la ciudad, y díjole lo que de él le hablan dicho; y él mostró de aquello sentimiento, y pidió por merced al Rey que quisiese tomar las llaves de la puente, y el Rey confiado se las dejó y no trató por entonces de más; y este Valdés fizo un baluarte luego detrás de las puertas de la torre de la puente, y el Rey le volvió enviar a llamar aquella noche, y dijo que no era hora, y tornóle a enviar a llamar, y dijo entonces: «*A fuera, a fuera, Fernando, Fernando*»; y el Rey le mandó dar muy gran combate aquella noche y poner fuego a las puertas, donde le mataron los de la torre mucha gente de la mas honrada que allí traía, en que después de quemadas las puertas

vieron el baluarte, y vieron que era imposible tomárselas, y dejaron el combate; y desto el Rey Don Alonso fue muy triste, y temió estar en la ciudad, y otro día partióse para Toro, y dejó muy buen recaudo en la fortaleza; y entonces Valdés y Pedro Macarego, otro caballero de la ciudad, enviaron por socorro a las guarniciones y valías del Rey y de la Reina mas cercanas, y una noche metieron en la ciudad tanta cuanta gente quisieron, que nunca fue sentida, y tornaron la ciudad, la cual estaba de buena gana de se dar al Rey Don Fernando: y allí robaron y despojaron a todos los portugueses que pudieron, y todos los de la valía del Rey Don Alonso fueron a la fortaleza por donde pudieron. Luego pusieron cerco a la fortaleza las guarniciones del Rey y de la Reina; y Valdés y Pedro Macarego que ficieron este concierto, escribieron al Rey y a la Reina lo que era fecho, y que no tardasen de les venir a socorrer.

XXIII. DEL DESBARATO Y ROMPIMIENTO DEL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.

El Rey Don Alonso desde que supo que la gente del Rey Don Fernando estaba en la ciudad, vino luego desde Toro con gran gente, y con el Príncipe de Portugal Don Juan su hijo, que Rey de Portugal se llamaba, y el Duque de Guimarans, y el Condestable su hermano, y otros muchos caballeros portugueses, y el Arzobispo de Toledo, y Alonso Carrillo Señor de Maqueda su sobrino, y otros muchos caballeros castellanos, y asentó su real sobre Zamora de cabo del río, en manera que el río Duero estaba en medio del real y de la ciudad; y de allí lombardeó las torres de la puente; estuvo allí con fasta tres mil y quinientos de a caballo y más, y con fasta cinco mil peones quince días.

En tanto vino el Rey Don Fernando, y entró en Zamora con la gente que pudo, y cercó mejor la fortaleza, y así estaban ambos reales el río en medio. Y desde que el Rey Don Alonso vido que no podía socorrer la fortaleza de Zamora, ni facer cosa en su honra, levantó su real y fuese orilla del río arriba la vía de Toro, y echó el fardaje y el peonaje; y el Príncipe su hijo y los otros caballeros, ordenaron sus batallas atrás, y comenzaron el viaje con fasta tres mil y quinientos de a caballo poco mas o menos que allí tenían. Otros decían que alzó el real por temor, que supo que venían grandes gentes en socorro del Rey Don Fernando. Y como el Rey Don Fernando sintió que se querían ir, mandó prestamente alistar toda la gente que allí tenía, y fizo muy aína con mucha madera adobar lo quebrado de la puente, y pasó en pos del Rey Don Alonso fasta dos mil y quinientos de a caballo y cinco mil peones, poco mas o menos, y ordenadas sus batallas, llevando la delantera Don García de Toledo Duque de Alba con una gruesa batalla de caballeros, con dos capitanes caballeros sus parientes casados con dos sobrinas suyas, el uno era Don Alonso de Fonseca Señor de Alahejos y Coca, y el otro Pedro Dávila Señor de Villafranca y las Navas.

Siguió el Rey Don Alonso orilla del Duero arriba camino de Toro, y alcanzáronlo a dos leguas de Toro y tres de Zamora, y aquí era muy tarde; y el Rey Don Alonso y sus batallas, desde que vieron la gente y que no se podía escusar la batalla, ordenadas sus haces, se vinieron a encontrar con las batallas del Rey Don Fernando; y el Duque de Alba rompió por medio con su gruesa batalla, y desbarató mucha gente y derribó de los contrarios; y entonces los reyes ambos rompieron con sus batallas, y pelearon muy fuertemente de ambas partes, y al fin el Rey Don Alonso fue vencido y desbaratado, y mucha de su gente muerta y ahogada en el río. Y su fijo el Príncipe de Portugal quedó con una gruesa batalla de caballeros a una parte encima de un cabezo, que nunca osó romper, donde cogió muchos de los que iban desbaratados de la pelea; y el Rey Don Alonso escapó de la batalla huyendo con ocho de a caballo, y fue esa noche a aportar a Castronuño que estaba por él, donde le acogieron. Esta batalla se comenzó muy tarde y llovía, y peleando le cerró la noche, que si de día fuera, muy mayor dado hubiera de muertes de gentes. Murieron en el río ahogados muchos del Rey Don Alonso, que los atropellaron las batallas del Rey Don Fernando y facían caer dentro, y otros por huir; y como era orilla del río no se podía escusar; y entre pelea y ahogados en el río, a lo que se pudo saber, murieron mil y doscientos hombres de la parte del Rey Don Alonso, pocos mas o

menos, en que hobieron gran despojo y presa el Rey Don Fernando y los suyos, de caballos, y armas, y prisioneros, y oro, plata, y ropa y otras muchas cosas.

Fue muerto en esta batalla el Alférez del Rey Don Alonso, y desarmado y tomado el pendón real, el cual con el arnés del dicho Alférez, y con otras muchas banderas que allí se tornaron, fue traído a Toledo y puesto en la Capilla de los Reyes donde está hasta hoy, y estará para memoria. Fue aquella noche preso el Conde de Alba de Liste Don Enrique, hermano del Almirante viejo que iba en la batalla del Rey Don Fernando, y siguió el alcance fasta Toro, y allá lo prendieron, y era hombre de mas de sesenta años, y después salió por rescate. Y la gente del Rey Don Fernando hobo muy poco daño de muertes de hombres. Esta batalla fue primero día de Marzo, primero viernes de cuaresma año del nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1476 años. Vencida la batalla, vueltos del alcance los que le siguieron, la gente del Rey Don Fernando, así peones como caballeros, cogieron el campo y toda la presa que allí hobieron delante del Príncipe de Portugal, que no se movió nunca aquella noche de encima de un cerro, fasta que a la media noche el Rey Don Fernando se partió, cogida su gente con la presa a Zamora. Entonces el Príncipe de Portugal se partió para Toro.

La Reina Doña Isabel estaba en este medio tiempo en Tordecillas, y lo supo en poco espacio. Así volvió el Rey Don Fernando a Zamora con mucha honra vencedor, y fizo cuenta que en aquella noche Nuestro Señor le había dado a toda Castilla. En esta batalla se falló con él Don Pedro González de Mendoza Obispo de Sigüenza, Arzobispo de Toledo que después fue, y le sirvió mucho y peleó con el roquete sobre el arnés. Fue este día de este vencimiento día de San Alvin Confesor, del cual se hacia en Castilla fiesta menor de tres liciones, y el Rey y la Reina mandaron desde este día honrar su fiesta y facer mayor de nueve liciones y segunda dignidad, como se face hoy.

XXIV. VICTORIA DE LOS VIZCAÍNOS CONTRA LOS FRANCESES.

Cerca de este tiempo reinando en Francia el Rey Luis, tenía con el Rey Don Alonso, y por le bandear, envió gran gente de Francia franceses sobre Fuenterrabía, y la tuvieron cercada, y hiciéronle gran guerra por la tomar, para pasar por allí en Castilla. Y los vizcaínos se dieron a buen recaudo en muchas veces que pelearon defendiendo la villa, y siempre quedaban con honra; y un día hubieron una gran pelea y batalla, y los franceses fueron vencidos y desbaratados, y muchos de ellos muertos y presos, y los vizcaínos fueron vencedores.

Y después el Rey Don Fernando tomó la fortaleza de Zamora, y después de la batalla habida con el Rey Don Alonso de Portugal, fue a visitar a Vizcaya donde fue recibido con muchas alegrías que le amaban mucho, y estuvo allá favoreciendo los vizcaínos y reformando la tierra algunos días. Y quedaron la Reina y Don Alonso de Aragón hermano del Rey en tierra de Campos favoreciendo su partido, y aliñando de poner cercos a los contrarios.

XXV. CÓMO EL REY DON ALONSO SE VOLVIÓ A PORTUGAL.

El Rey Don Alonso de Portugal desde que se vido vencido y gastado, y que no le habían acudido en Castilla según pensó, y se vido con pocos dineros y poco favor, y vido que en demasiada manera crecía el favor del Rey Don Fernando, y como le había tomado a Burgos y a Zamora, y vido que de grado se le daban muchas villas y lugares, consideró no ser segura su estada en Castilla; y dejando sus Alcaldes y guarniciones se fue a Portugal, donde con mucha tristeza y lloro de los suyos fue recibido él y el Príncipe Don Juan su hijo, quedando el fuego de la guerra en Castilla encendido. Y luego como salió de Castilla, el Rey Don Fernando puso el cerco a Toro y túvolo cercado fasta que tomó la ciudad y fortaleza, la cual se tomó por partido ocho meses después de la batalla, en el mes de noviembre del dicho año de 1476 años. En el cual dicho cerco se dieron muchos combates y hobo muchas cosas de contar, especialmente se dio un gran combate a la ciudad por mandado de la Reina, en que fueron en lo dar el Conde de Benavente, y el Almirante, y el Obispo de Ávila que

después fue Obispo de Cuenca, y Don Fadrique Manrique hermano del Conde de Paredes y otros. Y diéronse a tal recaudo los de la ciudad, y hicieron tanto daño en los combatientes, que se hobo de dejar el combate; y dejado, proveyeron poner en el cerco buen recaudo fasta que todo lo tomaron como dicho es. Y no penséis que solo este cerco en este tiempo tenía el Rey Don Fernando, que tenía otros muchos cercos sobre villas y castillos, que seria luengo de escribir, que tenía cercados a Castronuño, a Cantalapiedra, Siete Iglesias, Cubillas y otros castillos que tenía el Alcaide de Castronuño, y otros caballeros.

XXVI. CÓMO SE TOMÓ LA CIUDAD DE TORO.

Por que fue gran llave el cerco de Toro para la concordia de Castilla, quiero aclarar mejor como se tomó. Debéis saber que dende a pocos días después de la batalla, ido el Rey Don Alonso a Portugal, el Rey Don Fernando hizo poner guarnición y cerco a la ciudad de Toro en esta manera. Puso guarnición en San Román de Orniya, y a dos leguas de Toro, y en Villar, y en Bezames que son lugares de su comarca, que la corrían cada día, y no osaba salir nadie de ella. Y escaláronla una noche, por el aviso y consejo de un hombre llamado Bartolomé Pastor, por la parte del río: y abrieron la puerta de la puente los escaladores por de dentro la gente de la celada: y un capitán de las guarniciones llamado Espinosa tuvo la forma del concierto con el dicho Bartolomé Pastor. Y desque la gente comenzó de entrar, entraron por la ciudad hasta la plaza; y como fueron sentidos, los de la ciudad comenzaron de pelear y trabajar por los votar fuera; y eso mesmo facían los de la fortaleza, y nunca pudieron, y la ciudad se hinchó de gente del Rey Don Fernando, y entonces arrojáronse a la fortaleza los que pudieron. Y el Conde de Marialva Portugués, que estaba por Capitán y Gobernador de aquella ciudad, salió huyendo fuera, y fuese a meter en Villa Alonso, un lugar y fortaleza de Juan de Ulloa; y la mujer de Juan de Ulloa Alcaide de Toro, quedó en la fortaleza de Toro con ochenta escuderos, y cercó luego la gente del Rey Don Fernando la fortaleza, y tóvola treinta días, y en cabo de este tiempo diose a el Rey y a la Reina a partido, estando la Reina en el cerco.

XXVII. DE CÓMO EL REY DON ALONSO FUE A FRANCIA A DEMANDAR SOCORRO AL REY LUIS Y NO SE LO DIO.

Pasados algunos pocos de días después que el Rey Don Alonso salió de Castilla, como dicho es, estando en Portugal ordenó ir a demandar favor y ayuda al Rey de Francia, quedando su Rey el fijo el Príncipe Don Juan, alzado y titulado por Rey de Portugal; y estuvo en Francia con el Rey Luis, el cual no le acudió, ni dio favor según remaneció; y lo que allá entre ellos pasó, no se supo, y después de haber estado allá algunos días en Francia, se volvió a Portugal. Y después que salió de Castilla el Rey Don Alonso fasta que volvió de Francia en Portugal, pasó un año poco mas o menos, y el Rey Don Juan su fijo, le volvió el reino y título, y así estuvieron ambos en el reino como padre y fijo, y la Reina Dona Juana que de Castilla llevó, que él intituló de Reina para se casar con ella, a la cual decían que nunca hobo acceso, y la fizo guardar en Portugal hasta que él fue.

Según adelante se dirá, en todo este torno de tiempo siempre había cruel guerra en Castilla y Portugal, y las parcialidades; y tenía el Rey Don Fernando diversos cercos puestos a sus contrarios, y siempre los portugueses eran vencidos las mas veces, y robados, y muertos, y destrozados ellos y los de sus valías. Ca los castellanos se iban a ellos como de vencedores a vencidos, y de favorecidos a desfavorecidos; y sacaban grandes cabalgadas de Portugal, y tanto que todas las fronteras de Portugal eran yermas y despobladas.

XXVIII. DE LA TOMA DE CASTRONUÑO, Y DE CÓMO SE DIERON AL REY DON FERNANDO MUCHAS CIUDADES, VILLAS Y LUGARES, Y PUSIERON DEBAJO DE SU OBEDIENCIA A TODA CASTILLA LA VIEJA EL REY Y LA REINA, Y LOS CONTRARIOS LE VINIERON A DEMANDAR CLEMENCIA.

Castroñuño fue la primera fortaleza que el Rey Don Fernando tomó en aquella tierra, y túvola cercada el Rey Don Fernando desde el principio que le comenzaron a cercar fasta que se tomó, once meses, en que la combatieron con las lombardas fasta que no había que derribar; donde murieron muchos hombres de los cercadores, y de los de dentro también. Y en cabo de ocho meses de cerco puesto en forma, que no salía uno ni entraba otro, se dieron a partido los cercados y se fueron a Portugal; y el Rey Don Fernando tomada la fortaleza, la fizo derribar y asolar toda por el suelo. Y antes de esto tomó a Cantalapiedra en dos meses de cerco, y a Siete Iglesias, y Cubillas, y Árabe, y a San Cristóbal y a las otras fortalezas que tenía el Alcaide de Castroñuño. Y para que mejor podáis saber en que año fue cada cosa, es así que el Rey Don Fernando tomó la fortaleza de Burgos año de 1476 en el mes de Febrero: en este mismo tiempo y año se le dio Zamora, y vino luego de Burgos a la favorecer, y vino el Rey de Portugal desde Toro a cercarlo a él y a la ciudad por el cavo del río, y estuvo ende: y el primer día de Marzo de dicho año de 1476, se iba del cerco, y aquel día fue la batalla, y dende a pocos días se fue en Portugal, y luego se pusieron las guarniciones y cercos sobre otros muchos castillos, así como Cantalapiedra, y Castroñuño y otros. Empero tomado Toro se pusieron en forma, y tomóse Cantalapiedra y los otros, y quedó Castroñuño, y pusiéronle el cerco en forma fasta que se tomó como dicho es, y vínose a tomar en el verano del año de 1477 años.

Habidas estas victorias tantas por el Rey Don Fernando y por la Reina Doña Isabel su mujer, luego hobo muchas vueltas en los corazones de los hombres, y gran esfuerzo en los de su parcialidad, muy gran tristeza y desmayo en sus contrarios, y los que de palabra se le habían ofrecido, de hecho lo venían a servir; los que esperaban a *viva quien vence*, impedidos de los cruzados del Rey Don Alonso, con todas sus fuerzas no se le presentaban y servían. En este medio tiempo se le dio Madrid que le tenían cerco, y se le dio Atienza, y se dio Villena con la mayor parte del marquesado, y otras muchas ciudades, y villas y lugares que tenían los caballeros de Castilla, de ellos, de sus patrimonios y señoríos, y de ellos, de la corona real.

En este tiempo ordenaron y ficiéron hermandades el Rey y la Reina, en tal manera que ficiéron mucha gente de a caballo que les pagaban las hermandades, y ficiéron muchas lombardas, mas de las que tenían, y muchos tiros de pólvora, de diversas maneras, y muchos *robadequienes*.

Visto por los Grandes de Castilla que a la opinión contraria habían tenido, como Nuestro Señor pugnaba y peleaba por estos Reyes y daba en sus manos tantas victorias, cada uno procuraba y procuró de venir a decir: *Tibi soli pecavi, Domine*: y el Rey y la Reina los recibían y facían con ellos sus partidos, y siempre usaron de mucha clemencia con todos los caballeros que se la demandaron. El Arzobispo de Toledo conoció su pecado y demandó clemencia, y aunque el deservicio fue tan grande en les querer destruir en tal tiempo, la clemencia de ellos fue muy mayor, que todo se lo perdonaron acordándose de los servicios que en otros tiempos de él recibido habían; el cual les entregó cuantas fortalezas tenía.

Y asentados los negocios de Castilla y León, y toda la tierra de allá puesta debajo de sus reales cetros, no sin infinitos trabajos de sus Reales personas, así de las armas y ejercicios de la guerra que tan bien ella como él usaban, como de la vigilancia y trabajo de sus espíritus que continuamente perdiendo el sueño habían consejo por no errar y por haber victoria de sus contrarios; propusieron pasar a los puertos y venir a tierra de Extremadura, donde Trujillo, y Medellín, y Mérida, y otros lugares y castillos les estaban en contra. Trujillo estaba por el Marqués de Villena, de donde Duque de Trujillo se llamaba, y aun Maestre de Santiago; y allí vinieron el Rey y la Reina, y estuvieron en el verano del año de 1477 algunos días y tanto, fasta que Trujillo se les dio a partido por mandado del Marqués de Villena que la tenía: y quedaron en contra Medellín, y

Mérida y otras algunas fortalezas que estaban de la valía del Rey de Portugal, que aunque fueron requeridos no se quisieron dar.

De allí el Rey y la Reina por la sierra se vinieron para Sevilla, y en este viaje y en la toma de Trujillo, se fizo la conformidad entre el Rey y la Reina y el Marqués de Villena, y el Maestre de Calatrava Don Rodrigo Girón, y el Conde de Ureña su hermano, y la casa de Estúñiga. Y el Rey y la Reina los perdonaron y recibieron por suyos, a ellos, y a otros muchos que habían estado de sus valías, y les ficeron mercedes, y desde allí les comenzaron de servir estos dichos caballeros al Rey y a la Reina, y triunfaban mucho en su corte.

XXIX. CÓMO EL REY Y LA REINA VINIERON A SEVILLA, Y CÓMO FUERON ENDE RECIBIDOS, Y CÓMO EL MARQUÉS VINO UNA NOCHE A BESARLES LAS MANOS.

Continuando su viaje el Rey y la Reina para Sevilla, la Reina se adelantó, y el Rey quedó pacificando sus villas y lugares de las sierras de Constantina; y la Reina Doña Isabel entró en la ciudad de Sevilla en veinte y nueve días del mes de Julio del dicho año de mil cuatrocientos y setenta y siete años, donde le fue fecho muy alto recibimiento por el Duque de Medina Don Enrique, que la tenía y mandaba desde la muerte del Rey Don Enrique, y por todos los otros caballeros, y veinticuatro, y oficiales de oficios reales de ella, y por la clerecía de la ciudad.

Y dende a un mes poco mas o menos, entró el Rey Don Fernando, y le fue fecho otro tal recibimiento. ¿Quién podrá decir aquí la grandeza de la tan excelente corte que les siguió y tuvieron en Sevilla, de caballeros y Prelados, Duques, Marqueses, Condes, Arzobispos, Obispos, Deanes, Abades reglares y seglares, Comendadores y grandes señores, así de estos reinos, como de Aragón y Cataluña, Navarra, Nápoles, y Sicilia, y de otras muchas tierras? El Duque de Medina Don Enrique que mandaba a Sevilla y tenía las fuerzas de ella, luego se las entregó como vinieron, especialmente a la Reina que entró primero, le dio las llaves de todo. Y estuvieron en Sevilla holgándose y habiendo mucho placer el Rey y la Reina, pacificando las cosas del Andalucía fasta el mes de octubre.

En este medio tiempo el Marqués de Cádiz Don Rodrigo Ponce de León, tenía a Jerez de la Frontera y Alcalá de Guadaira a su mandado y gobernación, alto y bajo, y Constantina, desde el tiempo del Rey Don Enrique; así como tenía el Duque de Medina a Sevilla, y el Mariscal Fernando Arias de Saavedra, veinticuatro de Sevilla, tenía la fortaleza de Utrera, y tenía a Zahara y a Tarifa; y como Tarifa no era suya, demandábasela el Almirante de Castilla, que estaba enajenada desde el tiempo de la guerra del Rey Don Juan con los Infantes: y por esto temió y fuese a Zahara, confiando que el Duque de Medina tenía algún medio con Sus Altezas en su partido, porque él vivía con el Duque de Medina; y de estas cosas decían algunos que el Mariscal no debía ser solo en revelar así. Y el Duque de Medina y el Marqués de Cádiz, aunque contrarios, siempre estuvieron de la valía del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel.

Y el Marqués no entraba en Sevilla desde la pelea del año de setenta y uno que salió fuera. Y desde supo que el Rey Don Fernando entró en Sevilla, luego tomó consigo algunos de los suyos, y una noche con tres de a caballo dio al postigo del Alcázar que sale al campo, y dijeron a el Rey y a la Reina como el Marqués de Cádiz estaba al postigo, y que les venia a besar las manos, y mandáronle abrir y entró por el dicho postigo, y hallólos ambos solos, y besóles las manos, y abrazáronlo el Rey y la Reina, y recibieronlo con mucho placer maravillándose mucho de su venida, porque había sido así y sin les de ella avisar; y allí el Marqués les dio las llaves de Jerez, Alcalá y Constantina, y les suplicó las fuesen a tomar que él allí las tenía a su servicio, y muy mas fornicidas, y fortalecidas, y fabricadas las fortalezas, que no las había recibido. Y de aquí pusieron el Rey y la Reina mucho amor con el Marqués por ver su tan noble liberalidad, lealtad y confianza; porque por dicho de algunas personas, no creían Sus Altezas, que tan franca y deliberadamente se obieran; y confirmáronle a Cádiz, y metiéronlo en su amistad, consejo y secretos, y diéronle muchas gracias

por el tan señalado servicio como les facia, y hobieron allí mucho gozo y placer aquella noche con él: y el Marqués les demandó licencia, y besándoles las manos se despidió de ellos y se volvió aquella noche a Alcalá.

En este tiempo acompañaban la Corte el Cardenal de España Don Pedro González de Mendoza, y otros muchos Obispos y Prelados: (este Don Pedro González de Mendoza, fue Arzobispo de Sevilla, y Cardenal de España luego, desde que comenzaron de reinar estos Rey y Reina, ca estaba vacante la sede en Sevilla desde el fallecimiento de Don Alfonso de Fonseca que fue Arzobispo de Sevilla): y el Almirante de Castilla; y el Condestable, y el Duque de Alba, el Comendador mayor que fue de Segura y Fuentes, que se llama la Encomienda mayor de León, Contador mayor que fue de Castilla, Señor que después fue de Maqueda, yerno que era del Almirante viejo, casado con Doña Teresa hija bastarda de dicho Almirante; y Don Juan Chacón el viejo Contador mayor de Castilla, y su fijo el Adelantado mayor de Murcia, y el Marqués de Moya, Comendador y Mayordomo mayor, marido de la Señora Bobadilla, Marquesa de Moya, y sus mujeres, y Rodrigo de Ulloa Contador mayor de Castilla, y otros muchos caballeros, y otras muchas y, muy nobles dueñas y grandes señoras, acompañaban la casa y corte del Rey y de la Reina en aquel tiempo en Sevilla.

Esto he dicho de los de Castilla, dejando los del Andalucía, que no menos le acompañaban y servían: traían en su guarda muchos caballeros y guarniciones con sus capitanes bien ordenadamente, sin reprehensión de gente de guerra; sus Alcaldes, Alguaciles, y Justicias tan concertadas, tan temidas, tan ejecutivas, tan espantosas a los malos, a los ladrones, a los rufianes, a los mal vivientes, que por puro temor, muchos fueron a Portugal, y otros a tierra de moros, y allende se pasaban. Esto digo, porque de Sevilla fueron muchos mal vivientes en aquel tiempo, ca en ella había muchos malos, ladrones, matadores, rufianes, tahúres, robadores, herejes, y tan arrejados de tiempo, ca eran conocidos por quien eran, y con favores de los señores se sostenían. De estos tales dispararon fuera de estos reinos, por temor de la justicia de Sus Altezas que era muy espantosa a los malos: muchos hobo que non pararon fasta tierra de moros, y allende de otros a Portugal.

XXX. CÓMO EL REY Y LA REINA, FUERON POR EL RÍO A LA CIUDAD DE JEREZ, Y EL DUQUE DE MEDINA LES FIZO GRANDES FIESTAS EN SANLÚCAR, Y EL MARQUÉS EN ROTA.

En el mes de octubre del dicho año de 1477 fueron el Rey y la Reina a se entrar en Jerez de la Frontera, y fueron por el río embarcados fasta Sanlúcar; y las guarniciones de la guarda real, los mas de los cortesanos fueron por Utrera y por los Palacios: y en Sanlúcar el Duque de Medina, les fizo gran recibimiento, y convites, y gastó mucho con Sus Altezas en demasiada manera; y dende fueron a Rota, donde el Marqués de Cádiz dio otros muchos abundantes convites, y de allí se partieron con mucho placer, y fueron a la ciudad de Jerez, donde les ficeron muy honrado recibimiento, y les entregó el Marqués la ciudad y fortaleza, y alto y bajo de ella, la cual había tenido y recogido a su cargo y gobernación desde el mes de agosto del año de 1471, que salió de Sevilla: la cual fortaleza él fortaleció, y fabricó mucho según que agora está; y Sus Altezas, se aposentaron en la fortaleza, y se apoderaron en lo alto y bajo de todo, y estuvieran ende algunos días, y dieron vuelta y vinieron a Utrera; y tomaron posada en casa de Pedro Matheos, que fue de Espera, que era Alcaide, un gran rico y muy honrado hombre: y aposentados, el Rey envió a decir al Alcaide de la fortaleza que se la diese; el cual, y los que con él estaban se la denegaron, que estaban puestos en mal propósito por mandado del Mariscal, con la intención de la defender por armas, y estaban guarnecidos de muchas viandas y armas temiendo ser cercados. Y el Rey y la Reina les tornaron a requerir que se les diesen su fortaleza, y respondieron que no lo podían hacer sin mandado del Señor que allí los había dejado; y desde el Rey y la Reina vieron su mal propósito, partiéronse para Sevilla y dejaron puesto cerco a Utrera. Esto fue en fin de noviembre del dicho año de 77, y fueron por Alcalá y entregósele el Marqués; y he se vino invierno, y reposaron en Sevilla

el Rey y la Reina y su corte.

XXXI. CÓMO PUSIERON EL CERCO A LA FORTALEZA DE UTRERA, Y DE CUANTO DURÓ EL CERCO, Y CÓMO LA TOMARON POR FUERZA DE ARMAS.

Pusieron el cerco a la fortaleza de Utrera en los postreros días de noviembre de 1477 años. Había dentro cuarenta o cincuenta escuderos bien aderezados y escogidos para la defender, y otros hombres de pelea, y de servicio algunos. Había un fijo del Mariscal, mozuelo de fasta catorce o quince años, que les había dejado en compañía como por prenda. Era el Alcaide de la fortaleza Alonso Téllez, un escudero que vivía con el Mariscal. Era Capitán un escudero llamado Juan de Guzmán que tenía un ojo menos, el cual había sido ya contra el Rey Don Fernando, y lo habían liciado en los cercos de Castilla y sacado por partido; y pásose a vivir con el Mariscal, solo para le defender aquella fortaleza, así como hombre que sabia de la guerra. Tenia grandes cavas, y baluartes y edificios la fortaleza, y palizadas; y muchas armas y viandas, y todo lo que era menester.

Los cercadores que allí el Rey puso, fueron cuatro capitanes, Biedma, y Sancho del Águila, y Basco de Vivero, Don Gutierre de Cárdenas, cabo, con fasta seiscientas lanzas o poco mas, y dos mil peones, pocos mas o menos; y tuviéronla cercada cuatro meses, combatiéndola muchas veces, y tirándole con dos lombardas grandes y otros tiros medianos, fasta que le derribaron los adarves por el suelo, y horadaron la torre mayor en que le quebraron el escalera, que no podían subir arriba; y hicieron muchas minas los de fuera, y estando así para dar combate, vino Juan de Robles Alcaide de Jerez, con la gente de Jerez y de Lebrija, y un día comenzáronle a dar muy fuertes combates: duró gran pieza del día, y en chico rato murieron mas de cincuenta hombres de los de una parte y de otra; empero los de adentro mataban cuantos querían de los de fuera, y diéronse a tal recaudo que no les pudieron entrar; ca echaban en las cavas sobre la leña que les habían puesto, y sobre los que entraban, aceite hirviendo; y viendo los que combatían que no aprovechaba, y que moría la gente, cesaron el combate, y Juan de Robles se volvió a Jerez, y túvose el cerco como primero.

Y un día fue una saeta de fuera y acertó al capitán Juan de Guzmán por la cara, o por la cabeza, de que murió; de lo cual los de dentro recibieron mucho disfavor, y proveyó el Mariscal alguna gente de refresco, en que en una noche entró un escudero de Sevilla llamado Esquivel por capitán, y defendiéronse hasta el día de Cuasimodo del año de 1478, que vino el Marqués de Cádiz de Arcos por allí, y decían que la venia a combatir. Y estando comiendo, los capitanes del cerco no contentos de su venida mandaron por cada parte arremeter, y los de dentro con la venida del Marqués estaban un poco seguros, y estaba en atalaya un escudero llamado Morales, y como vido mover la gente, descubriose a los de afuera, y vino un serpentín, y llevole la cabeza, y no hubo quien apellidar; y súbitamente por todas partes les entraron, y aun los capitanes en la delantera, de forma que antes que el Marqués acabase de comer todo era hecho; y allí prendieron al Alcaide, y a todos, y tomáronles las armas y cuanto estaba en la fortaleza. Y por mandado del Rey, de ellos degollaron, y de ellos enforcaron, y a Esquivel y a otros llevaron a Sevilla encarretados, y ficieron justicia de ellos, y los ficieron cuartos; y el Marqués suplicó a Sus Altezas por algunos de ellos que no eran tan culpados, que primeramente habían sido guiados del Mariscal, y por su ruego escaparon once hombres en que fueron de ellos el fijo del Mariscal ya dicho, que se decía Pero Fernández, y el Alcaide Alonso Téllez, y Juan de Cebdad, que aunque vivía con el Mariscal era vasallo del Marqués vecino de los Palacios; y el Marqués los trujo consigo a este lugar de los Palacios, y les dio de comer; y así estos se escaparon por ruegos del Marqués de Cádiz: todos los otros murieron mala muerte, degollados y enforcados.

El Mariscal en este tiempo estaba en Zahara, y en Ronda que era de moros, y por allá pasaba su vida; y sabiendo de él el Rey de Granada Muley Bullihacen, enviolo a llamar, y él fue allá por tierra de moros con cinco de a caballo, y el Rey le fizo honra, y fue a tiempo que el Rey hacía alarde, y vido el alarde el Mariscal, y díjole el Rey que se hallaba a la sazón con siete mil de a

caballo, y ochenta mil ballesteros; y díjole al Mariscal que le requiriese, y que él le mandaría ayudar en lo que hobiese menester; y despedido del Rey moro se vino a Zahara. Y después de tomada Utrera, hobo caballeros que rogaron por él, y entregó a Tarifa el Mariscal, y el Rey y la Reina lo perdonaron, y quedó con Zahara. Y los padres y maridos y fijos de aquellos que allí murieron, así en su favor como en su contra, siempre le tuvieron odio y mal quiesta, y toda la villa de Utrera, según los males y pérdidas y infames de mujeres, con la gente de la guarnición se les recreció a causa de revelarse él al Rey, que tuvo la villa de Utrera con aquella gran gente de guarnición en mucha fatiga con los posadores que continuamente tenían dentro en sus casas, y había continuamente muchas veces sobre ello ruidos y muertes de hombres, y por esto tenían muy mala voluntad al Mariscal; y aun demandaban a Dios peticiones sobre él; y quiso su ventura que dende a pocos días estando en el Jarafe, con su mujer, y fijos y criados, en una torre casa fuerte suya, una noche la torre se derribó, y cayó sobre él y sobre toda su casa, y mató catorce personas, y a él, y a su mujer, y a todos, que no escapó uno; decían que de un temblor de tierra había quedado aquella torre estremecida.

Quedó Zahara al Mariscal su hijo, la cual dende a pocos días la tornaron los moros hurtiblemente una noche, y la perdió; la cual después el Marqués de Cádiz la ganó a los moros, como diré en su lugar. Así la fortuna lastima a los que siguen la pura afición, y no miran antes que comience la cosa lo que dende podrá redundar según su calidad, y mas en las cosas de la guerra, que de chica centella se levanta gran fuego, y una muerte de un hombre no se puede satisfacer con muchos dineros; y un ánima que no puede ser comprada por oro ni plata, si va a el infierno no se puede rescatar aunque den por ella todos los tesoros del mundo. Pues por tantos cuerpos y ánimas como allí perecieron en aquel cerco contra el Rey, ¿cómo se satisfarán? Satisfágalo Nuestro Señor: por su gloriosa pasión redimió a todos; que él quiera perdonar a los unos, y a los otros.

XXXII. DEL NACIMIENTO Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DON JUAN.

En treinta días del mes de junio del año susodicho de mil cuatro cientos setenta y ocho años, entre las diez y once horas del día parió la Reina Doña Isabel un hijo Príncipe heredero, dentro en el Alcázar de Sevilla. Fueron presentes a su parto por mandado del Rey, ciertos oficiales de la ciudad, los cuales fueron estos: Garci Téllez, y Alonso Pérez Melgarejo, y Ferrando de Abrego, y por servicio Juan de Pineda. Fue su partera con quien parió, una mujer de la ciudad que se decía la Herradera, vecina de la Feria. Dieron por ama al Príncipe a Doña María de Guzmán, tía de Luis de Guzmán Señor de la Algava, mujer de Pedro de Ayala vecino de Toledo. Ficieron muy grandes alegrías en la ciudad tres días de día y de noche, así los ciudadanos como los cortesanos.

En jueves nueve días de julio del dicho año, en Santa María la mayor en la pila suya, bautizaron al Príncipe muy triunfalmente, cubierta la capilla de la pila del bautismo de muchos paños de brocados, y toda la Iglesia y pilares de ella adornada de muchos paños de raso: bautizolo el Cardenal de España Arzobispo que era de la misma ciudad Don Pero González de Mendoza, al cual pusieron por nombre Juan. Fueron padrinos el Legado del Santo Padre Sixto IV, que se falló en la Corte en aquel tiempo; y un embajador Nuncio Cónsul de Venecia, y el Condestable Don Pedro de Velasco, y el Conde de Benavente, y hobo una madrina, la cual fue la Duquesa de Medina Sidonia Don Leonor de Mendoza, mujer del Duque Don Enrique. Fue fecha en la ciudad y en la iglesia este día una gran fiesta.

Fue traído el Príncipe a la iglesia, con una gran procesión con todas las cruces de las colaciones de la ciudad, y con infinitos instrumentos de músicas de diversas maneras de trompetas, y chirimías, y sacabuches: trájolo su ama en los brazos muy triunfalmente debajo de un rico paño de brocado, que traían ciertos regidores de la ciudad con sus cetros en las manos, los cuales eran estos; Fernando de Medina el de la Magdalena, y Juan Guillen, y el Licenciado Pedro de Santillán, y Ribadeneira sota almirante, y Alonso de las Casas fiel ejecutor, y Pedro Manuel Dolando y Monsalve, y Diego Ortiz Contador; todos estos vestidos de ropas rozagantes de terciopelo negro

que les dio Sevilla. Traían el plato con la candela, y capillo y ofrenda, Don Pedro de Estúñiga fijo del Duque Don Álvaro Estúñiga, marido de Doña Teresa hermana del Duque de Medina, el cual traía un paje ante sí pequeño que traía el plato en la cabeza, y él teniéndolo con las manos. La ofrenda era un excelente de oro de cincuenta excelentes. Traían junto con él dos donceles de la Señora Reina, ambos hermanos fijos de Martín Alonso de Montemayor, un jarro dorado, una copa dorada, y venían acompañando a la Señora Ama, cuantos Grandes había en la Corte, y otras muchas gentes y caballeros. Venía la Duquesa de Medina ya dicha a ser madrina, muy ricamente vestida y adornada, y acompañada de los mayores de la Corte. Trájola a las ancas de su mula el Conde de Benavente por mas honra, la cual traía consigo nueve doncellas vestidas todas de seda, cada una de su color, de briaes, y tabardos; y ella venía vestida de un rico brial de brocado, y chapado con mucho alfojar grueso y perlas, una muy rica cadena a el cuello, y un tabardo de carmesí blanco ahorrado en damasco, el cual ese día, acabada la fiesta, dio a un judío aladán del Rey que llamaban Alegre.

XXXIII. DE CÓMO SALIÓ LA REINA A MISA, A PRESENTAR AL PRÍNCIPE A DIOS.

Domingo nueve días de agosto salió la Reina a misa a presentar al Príncipe al templo, y a lo ofrecer a Dios según la costumbre de la Santa Madre Iglesia, muy triunfalmente apostada en esta manera. Iba el Rey delante de ella muy festivamente en una hacanea rucia, vestido de un rozagante brocado y chapado de oro, y un sombrero en la cabeza chapado de hilo de oro; y la guarnición de la hacanea era dorada de terciopelo negro. Iba la Reina cabalgando en un trotón blanco en una muy rica silla dorada, y una guarnición larga muy rica de oro y plata, y llevaba vestido un brial muy rico de brocado con muchas perlas y aljófar: iba con ella la Duquesa de Villahermosa, mujer del Duque Don Alonso hermano del Rey, y no otra dueña ni doncella; ibanles festivando muchos instrumentos de trompetas y chirimías, y otras muchas cosas, y muy acordadas músicas que iban delante de ellos: iban allí muchos Regidores de la ciudad a pie, los mejores: ibanles acompañando cuantos Grandes había en la Corte que iban alrededor de ellos: iba el Condestable a la mano derecha de la Reina, la mano puesta en las camas de la brida de la Reina; y el Conde de Benavente a la mano siniestra, de esta misma forma de este. Otros iban a sus pies y estribo; el Adelantado del Andalucía, y Fonseca el Señor de Alahejos. Iba el ama del Príncipe encima de una mula en una albarda de terciopelo, y con un repostero de brocado colorado llevaba al Príncipe en sus brazos: iban alrededor de él muchos grandes de la Corte: junto con el ama iba el Almirante de Castilla; y todos estos Grandes iban a pie. Este día dijéronle la misa en el altar mayor de la Iglesia mayor muy festivalmente.

Ofreció la Reina con el Príncipe dos excelentes de oro de cada cincuenta excelentes cada uno: hobo la Fábrica el uno, y los Capellanes de la Reina el otro. Oída su misa, así ordenadamente como habían venido se volvieron al Alcázar.

A este tiempo ya el Rey y la Reina tenían dos hijas; a Doña Isabel que era la mayor, y a Doña Juana; y después hobieron Doña María, y después Doña Catalina, los cuales todos vieron casados; a Doña Isabel la mayor, con el Príncipe Don Juan de Portugal, fijo del Rey Don Juan, nieto del Rey Don Alonso que había entrado en Castilla a reinar según es dicho. Esta hobo muchas desventuras que muy presto fue de él viuda, que corriendo un día en caballo en Portugal, por no tropicar un muchacho que pasaba, cayó el caballo con él y luego murió. Después fue otra vez casada con el Rey Don Manuel de Portugal, y después de haber parido de él un fijo en Zaragoza de Aragón, que llamaron Don Miguel, de la parición murió; el Príncipe también y después de haber traído su mujer de Flandes murió dende en pocos días. Doña María casó con el Rey de Portugal Don Manuel: y la dicha Doña Catalina casó con el Príncipe de Inglaterra y fue viuda de él en poco tiempo, y casó después con el segundo fijo del Rey de Inglaterra. De cada uno se dirá en su lugar alguna cosa.

XXXIV. DEL ESPANTOSO ECLIPSE QUE EL SOL HIZO.

El dicho año de mil y cuatrocientos y setenta y ocho, a veinte y nueve días del mes de julio día de Santa Marta a medio día, fizo el sol un eclipse el mas espantoso que nunca los que fasta allí eran nacidos vieron, que se cubrió el sol de todo y se paró negro, y parecían las estrellas en el cielo como de noche; el cual duró así cubierto muy gran rato, fasta que poco a poco se fue descubriendo, y fue gran temor en las gentes, y fuían a las iglesias, y nunca de aquel ora tornó el sol en su color, ni el día esclareció como los días de antes solía estar, y así se puso muy caliginoso.

XXXV. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO ENVIÓ A DEMANDAR SUS PARIAS AL REY MORO DE GRANADA, Y DE CÓMO ENVIÓ A CONQUISTAR LA GRAN CANARIA.

En estos tiempos, después de sojuzgada el Andalucía, envió el Rey Don Fernando Embajador a Granada a demandar las parias del Rey moro Muley Hacen, que eran debidas según que las solían dar los Reyes moros antepasados a los Reyes de Castilla, y que se las enviase; y el Rey de Granada estaba en aquel tiempo rico y muy poderoso, y respondió que los que las daban ya eran muertos, y los que las recibían también; que él allí estaba para las non dar, salvo defenderlas en el campo con su caballería y gente; y de aquí se comenzaron a facer algunos actos de guerra contra los moros por estas fronteras, que de antes paces había; y el Rey Don Fernando mandó facer muchos tiros de pólvora, y gruesas lombardas y pertrechos, y dende a pocos días mandó a pregonar guerra contra los moros en toda la frontera desde Lorca a Tarifa.

Y en este tiempo envió a conquistar la isla de la Gran Canaria desde Sevilla, a dos capitanes llamados Juan de Rejón, y Pedro del Algaba, entre los cuales hobo cisma y muertes, y no pudieron ganar sino muy poco de ella, fasta que fue por capitán Pedro de Vera, Alcaide de Arcos, que fue allá desterrado y por capitán, y con él Alonso de Lugo, y la ganaron. El dicho Pedro de Vera partió de Jerez en el mes de julio del año de 1480, y fue desterrado de Castilla por la muerte de Basurto el Alcaide de Medina Sidonia, que en tiempo de la guerra del Duque Don Enrique y el Marqués Don Rodrigo Ponce de León, hurtó a Medina y diola al Marqués. Murió allí el Alcaide Basurto que se había hallado fuera de la fortaleza una noche, y el Alcaide Pedro de Vera le tomó toda su hacienda; y dieron en penitencia que volviese lo que tomó, y fuese a conquistar aquella Isla, de la cual hobo victoria según adelante se dirá.

XXXVI. CÓMO SUS ALTEZAS PARTIERON DE SEVILLA, Y FUERON VISITANDO SUS VILLAS Y CIUDADES DE ESTA ANDALUCÍA, Y TRATARON DE IR A PONER CERCO SOBRE MÉRIDA Y MEDELLÍN.

En el mes de septiembre cerca de San Miguel, año dicho de 1478, partieron los Señores Rey y Reina de Sevilla con el Príncipe y Corte, y fueron a Carmona, y dende a Écija, y dende a Córdoba pacificando su Andalucía, y visitándola, y poniendo toda la tierra de bajo de su obediencia. Y dende fueron a Toledo, y Castilla, a negociar sus fechos por donde mas les convenía, y todavía les estaban reveladas y en contra las fortalezas y villas de Mérida, y Medellín, y Montánchez, las cuales estaban por la Condesa de Medellín, fija bastarda del Maestre de Santiago y Marqués de Villena Don Juan Pacheco, que era una varonil mujer y de grande esfuerzo, y era de la parcialidad del Rey de Portugal. Y estaba también en aquella parcialidad entonces el Clavero Don Alonso de Monroy, Maestre que se llamaba de Alcántara, al cual comunmente las gentes llamaban el Clavero, y tenía a Montánchez, y Zagala, y Piedrabuena, y otras algunas fortalezas, el cual mediante la terribilidad de los tiempos de la guerra había echado a perder al Maestre de Alcántara Don Gómez de Solís en tiempo del Rey Don Enrique, y tomádole el Maestrazgo por fuerza de armas, y por hurtos y mañas, y con costa de muchos robos y hurtos que él y los suyos hicieron a muchos labradores, y criadores

de ganados, y ciudadanos y mercaderes; y con ciertos partidos; la casa de Estúñiga le ayudó a tomar la cabeza del Maestrazgo que es Alcántara, y otros muchos lugares. Y después hobo división entre la casa de Estúñiga, muy grande que seria prolijo de contar: y digo la casa de Estúñiga, por que el Duque de Arévalo Conde de Béjar, y Señor de Plasencia Don Álvaro Estúñiga era muy viejo, y mandaban la casa su mujer y sus fijos, y ayudábanle, con muchas condiciones que después se obtuvieron, al Clavero, y quedóseles Alcántara.

Y cuando el Rey Don Fernando vino de Trujillo la primera vez, después de despachado del cerco de Castronuño, vino allí el dicho Clavero, que aun fasta entonces nunca se había mostrado por Portugal, y demandaba el Maestrazgo; y tantas hobo de las quejas del dicho, robos y muertes fechas a causa suya, que el Rey no lo pudo comportar, y mandabalo prender secretamente, y él súpolo, y huyó, y pasose con el Rey de Portugal, y comenzó a favorecer a Mérida y Medellín. Y hobo el Maestrazgo Don Juan de Estúñiga, fijo del dicho Conde de Béjar que se había intitulado ya, y el Rey y la Reina se lo confirmaron con ciertas condiciones, y fue Maestre de Alcántara; y ahí fue público contrario el Clavero del Rey Don Fernando, y favoreciendo el partido del Rey de Portugal favoreció a Mérida, y Medellín fasta que por cerco se tomaron; y la manera y forma de los cercos de Mérida y Medellín, fue de esta manera.

El Rey Don Fernando queriendo dar fin a su conquista, como aquella tierra le estaba en contra, vino a Trujillo en el mes de febrero del año de 1479 años, y estando allí el Conde de Medellín, siendo mancebo, andaba fuera de Medellín que la madre no le quería acoger, que no se confiaba del, y estando en un lugar que dicen Meajadas camino de Trujillo, hobo un trato con ciertos vecinos de Medellín vasallos suyos, que le darían entrada en la villa una noche, y escribiólo al Rey y a toda la tierra que le socorriesen, y el Conde entró en Medellín antes que los valedores le pudiesen socorrer, y vino primero el Clavero desde Mérida en favor de la Condesa su madre, y echaron al Conde fuera de Medellín a lanzadas y saetadas, y él se fue fuyendo sin facer lo que quería.

Y el Maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas, había partido de Llerena a socorrer al Conde conforme al llamamiento, y llegando cerca de Valverde envió adelante al Comendador Rodrigo de Cárdenas y a otros capitanes con gente de a caballo, los cuales entre Mérida y Valverde encontraron al Clavero, Maestre de Alcántara que se decía Don Alonso de Monroy, con ciento y cincuenta lanzas poco mas, y pelearon con él y desbaratáronlo, y prendiéronle algunos caballeros; y él y los otros escaparon huyendo y metiéronse en Mérida, y de aquí supo el Maestre como el Conde iba desbaratado y fuera de Medellín, y volvióse de allí el Maestre a Valverde con su gente, y con algunos capitanes del Rey, de los cuales eran Don Martín de Cabra y Tello de Aguilar. El Maestre tenía nueva que había de venir gente de Portugal a socorrer y favorecer a Mérida y Medellín, y aguardó por allí fasta que supo la nueva cierta que venia el Obispo de Évora con una gruesa batalla de gente de a caballo en que le dijeron que traía ochocientos de a caballo o mas, y algunos peones, y que venia gente muy lucida y muy armada; y él tenía fasta ochocientos de a caballo y quinientos peones.

XXXVII. DE LA BATALLA CAMPAL, QUE OVIERON EL MAESTRE DON ALONSO DE CÁRDENAS CON SU GENTE Y CAPITANES, CON EL OBISPO DE ÉVORA Y GENTE DEL REY DE PORTUGAL.

Salió el Maestre Don Alonso de Cárdenas, Maestre de Santiago de Valverde cerca de Mérida con su gente, y tomó el camino del Albuera que es una legua de Mérida, y llegando a la dicha Albuera llegó al encuentro con los portugueses, en los cuales venia por Capitán mayor el Obispo de Évora Don García de Meneses con una gruesa batalla de gente muy lucida, y tanta que no se conocía cual fuese mas, ella o la del Maestre, que toda parecía por un igual, y la diferencia era muy poca según los que lo vieron dijeron; y de parte del Maestre, Don Martín llevaba la delantera con una bandera y una batalla de caballeros; y de parte de los portugueses, traía la delantera un Don

Fernando hermano del Obispo de Évora con otra batalla gruesa, el cual vino a romper en la batalla de Don Martín de Cabra; y Don Martín y su batalla, fueron a romper en la batalla de Don Fernando de Meneses susodicho, de manera que se encontraron los unos a los otros y se mezclaron, y fue desbaratada la batalla de Don Martín, y fuyole la gente, y desde que se vido así desbaratado, retrájose a un cerro con su bandera, y recogió allí toda la mas de la gente que fuía suya de la batalla. Y como el Maestre vido que la gente de Don Martín andaba a mal andar y fuía de la batalla, recudió personalmente y fuese a encontrar con su gruesa batalla con la gran batalla de los portugueses, donde venia el Obispo de Évora, y rompieron la una batalla en la otra, y pelearon un rato muy fuertemente, que no se conocía mejoría en todas las batallas de los portugueses y las de los castellanos, salvo la batalla de Don Martín que había ido desbaratada, y estaban en el cerro con la bandera.

Y andando así peleando, muchos de los de la batalla del Maestre fuían y se iban; y el Maestre daba grandes voces esforzando sus gentes diciendo que se esforzasen como buenos caballeros y procurasen de vencer, que aquel era el día de su crecida honra; y peleaba él mismo por sus manos y con su persona dando ejemplo a los suyos; y sus criados le guardaban muy bien, y no facían menos los suyos al Obispo de Évora, que le guardaban muy bien, y peleaban ante él como buenos y esforzados caballeros; y andando así peleando, y no se pudiendo conocer quien habría la victoria, volvió Don Martín de Cabra a la pelea con la gente que había recogido en el cerro, y rompió por medio de todos, y desbarató a todos, castellanos y portugueses, y comenzaron de fuir de la batalla los unos y los otros, así castellanos como portugueses; y el Maestre conoció la bandera y los que con él andaban, y esforzose mucho diciendo: *Castilla, Castilla*: y pelearon todavía fasta que del todo los portugueses fueron desbaratados, y el Maestre hobo la victoria de esta batalla, y el Obispo de Évora y los portugueses fueron vencidos y desbaratados y fueron muchos feridos y muertos, y presos, aunque como toda era gente de guerra y iba armada, pocos murieron; que lo que se pudo saber luego, allí no murieron sino treinta escuderos de los portugueses, y fueron presos mas de trescientos hombres: y de los del Maestre, en lo que se pudo saber, fueron muertos diez hombres o pocos mas, y pocos feridos.

Aquí no pelearon peones ningunos, sino de caballeros a caballeros lo hobieron, y como estaban muy armados, hobo pocos muertos para según la pelea fue, que duró gran rato. En esta batalla fue preso el Obispo de Évora, y un escudero de la parte del Maestre de los de Úbeda por haber merced de él, que lo conoció, lo salvó y huyó con él a Mérida antes que fuese recojida la cabalgada, al cual diz que él fizo grandes mercedes. Después hobieron aquel día allí el Maestre de su parte gran cabalgada de prisioneros y caballeros, y armas y acémilas y ropas de oro y plata, y otras muchas cosas. Esta dicha batalla fue en miércoles 24 de febrero del año del nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo de 1479 años primero día de cuaresma, día de la ceniza. Fueron allí presos aquel día algunos fidalgos de Castilla de los que siguieron la parcialidad del Rey Don Alonso de Portugal, entre los cuales era uno Cristóbal Bermúdez, Alcaide de Canales, que es cerca de Toledo, y otro Arellano, y Álvaro de Luna, y Francisco Anaya, y Diego Manuel; este murió estando preso de las heridas de la batalla.

Y después que el campo fue recogido, el Maestre se vino con toda la presa a Lobón, y de allí fizo saber al Rey y a la Reina, la victoria que Dios le había dado a él y a aquellos caballeros que con él fueron; y envióles a decir que él creía que en la buena ventura, él había vencido aquella batalla; y el Rey y la Reina hobieron de esto muy gran placer y alegría, y el Rey envió un Rey de armas suyo a Lobón para que degollase algunos fidalgos de aquellos prisioneros porque le habían sido en contra; y degolló algunos en la plaza de Lobón; entre los cuales degolló a Cristóbal Bermúdez, y otros escaparon por ruego del Maestre, otros rescataron, y otros destrocaron por otros que estaban en Portugal. Desde esta batalla en adelante, poseyó el Maestre susodicho pacíficamente el Maestrazgo de Santiago, y se lo confirmaron el Rey y la Reina, y lo amaron mucho, y le saldaron ciertos cuentos de maravedís de pensión que de él habían para sus guerras ciertos tiempos había, de las rentas del Maestrazgo.

XXX VIII. DEL MAESTRE DE SANTIAGO DON ALONSO DE CÁRDENAS, Y DE SUS VICTORIAS Y BUENAS VENTURAS.

Antes que proceda de los cercos que el Rey Don Fernando y la Reina Dona Isabel, mandaron poner sobre la ciudad de Mérida, y sobre la villa y fortaleza de Medellín, pues que agora viene a mano cerca de esta su victoria ya dicha, quiero escribir de este Maestre Don Alonso de Cárdenas, y de sus victorias y buenas venturas, pues es fuerza de decir de los cercos, y algo del Maestrazgo, y no se puede decir sin tocar en él.

El dicho Maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas, fue fijo del Comendador mayor de León, Don García López de Cárdenas, y sucedió a el dicho su padre en la Encomienda mayor de León, que es Fuentes, y Segura, y Valencia, y otros lugares del Maestrazgo de Llerena, y fue Comendador mayor mas de veinte años, y fue Gobernador del Maestrazgo de abajo mucho tiempo en vida del Rey Don Enrique estando el Maestrazgo sin Maestre, después de la muerte del Maestre Don Álvaro de Luna; y después sucedió en el Maestrazgo en tiempo del Rey Don Enrique Don Juan Pacheco Marqués de Villena, y fue Maestre pacífico, y casó su hijo Don Pedro Portocarrero, con Doña Juana fija de dicho Comendador mayor por haber su amistad, y porque estaba muy prosperado, y tenía muchas fortalezas del Maestrazgo: y falleció de esta presente vida el dicho Maestre Don Juan Pacheco en el mes de agosto de 1474 teniendo cerco sobre la ciudad de Trujillo, de la cual el Rey Don Enrique le había fecho merced, que fuese Duque de ella. Adoleció en un lugar que dicen Santa Cruz, tres leguas de Trujillo, y allí falleció cuatro meses antes que falleciese el Rey Don Enrique; y luego hobo gran división, y alborotos y guerras en el Maestrazgo. Intituló de Maestre de Santiago Don Rodrigo Manrique, Comendador de Segura de la Sierra y Conde de Paredes, diciendo que lo había de haber de justicia por cuanto el Comendador mayor de Castilla su tío Don Gabriel Manrique Conde de Osorno, le había renunciado la acción, y justicia que había al Maestrazgo; y tomó luego todo lo que pudo del Maestrazgo de arriba, especialmente a Ocaña otras muchas villas y lugares, de ellas por guerras, y de ellas que se le dieron. Y tituló también el Marqués de Villa, fijo del dicho Maestre, que tenía gran parte del Maestrazgo, en lugar de su padre por Maestre de Santiago; y fuera Maestre si no se lo impidiera después la parcialidad del Rey de Portugal, que sobrevino luego dende a cuatro meses como murió el Rey Don Enrique. Y titulose eso mesmo, Maestre de Santiago, el dicho Comendador mayor Don Alonso de Cárdenas, y eligieronlo para ello la mayor parte de los trece electores de la Orden, y tituláronlo Maestre.

Esto el que era Comendador mayor uno de los dos de quien según la Orden mandaba que debían elegir Maestres y que era antiguo en la Orden; y que fuera de la Orden no podía de justicia ser elegido Maestre. Y de estos tres Maestres cada uno defendía lo que tenía¹. En tiempo de estas divisiones falleció el Rey Don Enrique, y comenzaron de reinar el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel; el Rey Don Alonso de Portugal se tituló Rey de Castilla por su mujer, y los dos Maestres Don Rodrigo Manrique y Don Alonso de Cárdenas, alzaron pendones por el Rey Don Fernando, y por su mujer; y el otro Maestre alzó pendones por el Rey Don Alonso y su mujer; y así el Marqués con la vuelta de los Reyes, y por no ser Caballero de la Orden, quedó sin el Maestrazgo.

Después de muerto el Rey Don Enrique, como muchos grandes caballeros querían ser Maestres, y tomaban y ocupaban cuanto podían del Maestrazgo; y viendo esto, entonces se concertaron con el Conde Don Rodrigo, y el Comendador mayor Don Alonso de Cárdenas, que cada uno defendiese lo que tenía fasta que hobiese disposición de tiempo para ver por justicia quien debía haber el Maestrazgo. Estos y otros capítulos vino a facer Don Jorge fijo del dicho Don Rodrigo Manrique, con el dicho Maestre Don Alonso de Cárdenas; el cual Don Jorge Manrique murió en una pelea de las mismas guerras de Castilla, después de la muerte del dicho su padre. Y así confederados los dichos dos Maestres, vivió obra de dos años el Maestre Don Rodrigo

¹ Este principio del párrafo está defectuoso, pero no hemos podido restablecerlo por ninguno de los códices consultados.

Manrique, y murió, y quedó el Maestrazgo a Don Alonso de Cárdenas. Esto fecho así entre los dos, cada uno defendía lo que era suyo.

Antes de esto el dicho Maestre siendo Comendador mayor, luego como falleció el Maestre de Santiago en Trujillo, aunque tenía muchas fortalezas, temía mucho que viniese sobre él el Maestre Don Juan Pacheco Marqués de Villena, fijo del Maestre, o otros grandes, y demandó favor al Duque de Medina Don Enrique que estaba en Sevilla, enviándole a decir que le fuese valedor y amigo para haber el Maestrazgo, y que le prometía cuando él no lo pudiese ser, que él lo sería y otro Grande no, que él daría su voto a él; y el Duque con esta embajada estaba en esperanza de haber el Maestrazgo, y según lo que pareció, pensó que el Comendador mayor nunca pudiera salir con tan gran de empresa.

Ya este tiempo tenía el Comendador mayor estas fortalezas aseguradas de su Encomienda y del Maestrazgo; a Jerez, y la villa de Llerena, y Reina, y Montemolín, y Hornachos, y Medina, y otras. Y fasta la muerte del Rey Don Enrique, había tenido por amigo al dicho Señor Duque de Medina, y tenía mucha confianza de él, puesto caso de que nunca lo llamó ni lo hobo menester. En este tiempo el Conde de Feria había también codicia del Maestrazgo, y era en contra al Comendador mayor, el cual era mucho amigo del dicho Duque de Medina que tenían casados sendos hermanos; y hobieron manera que llegó a ciertos Comendadores, y alzaron por Maestre de Santiago a Don Diego de Alvarado Comendador de Lobón, para que después renunciase el hábito y dignidad en él, o en el Duque de Medina, y fizo saber al Duque como el Comendador mayor se llamaba Maestre de Santiago, y de aquí propuesto facerle guerra el dicho Conde al dicho Comendador mayor, y el dicho Duque de Medina eso mesmo le propuso de le venir a tomar por fuerza el Maestrazgo al dicho Comendador mayor, y siguióse guerra entre ellos según se sigue.

XXXIX. DE LA PELEA QUE OVO EL CONDE DE FERIA, Y EL MAESTRE EN JEREZ, Y DE CÓMO EL CONDE FUE VENCIDO.

El Conde Don Gómez Suárez de Figueroa Conde de Feria, tenía gran parte en la villa de Jerez de parientes, y criados que vivían con él; así mesmo los Malaveres, que querían mal al Maestre Comendador mayor, y otros; y el Maestre tenía la fortaleza, y tenían con él el Comendador Juan de Bazán, y sus valías y otras pocas valías. Y la parcialidad del Conde metió al Conde en la villa, y tornaron la iglesia de San Bartolomé por fortaleza, y muchas casas fuertes, y barrearón bien la mayor parte de la villa, y querían echar por fuerza de armas a los de la parte del Maestre, y tomar si pudieran la fortaleza. Y el Maestre desde lo supo partió para allá desde Segura con la mas gente que pudo, y llegó salido el sol un día, y con su vista esforzárónse mucho los del bando; y desde reposó y comió, mandó pelear, y arrose la pelea entre el Maestre y el Conde, y duró desde las diez del día fasta vísperas, en que hobo de ambas partes muchos feridos y algunos muertos, y el Conde fue vencido, y él y los suyos salieron huyendo de la villa, y al salir fueron de ellos muchos presos y despojados, y el Maestre no quiso seguir el alcance, ni lo dejó seguir a los suyos, porque si el alcance se siguiera, no pudiera el Conde dejar de ser muerto o preso. Así quedó la villa de Jerez por el Maestre también como la fortaleza; en la cual hizo poner tal recaudo que nunca después la perdió. Esta pelea fue miércoles once días del mes de Enero ano de mil quatrocientos setenta y cinco. El Conde así desbaratado se fue a Zafra, y el Maestre se fue a Medina de las Torres, y dende por los otros lugares del Maestrazgo a Llerena, el cual fizo bastecer bien todos los castillos así de viandas, como de armas y gente.

XL. DE CÓMO EL DUQUE DE MEDINA FUE DE SEVILLA PODEROSAMENTE, Y ENTRÓ EN ÉL MAESTRAZGO, Y DE LOS ROBOS QUE LOS SUYOS FICIERON, Y DE CÓMO FUERON ÉL Y LOS SUYOS VENCIDOS.

Partió de Sevilla el Duque de Medina Don Enrique, en 9 de enero del dicho año de 1475, con dos mil de a caballo gente muy lucida, y peones los que quiso llevar, a tomar el Maestrazgo de Santiago. Iban con él la flor de la caballería de Sevilla y su tierra, y por capitanes muchos de los mas nobles y generosos, entre los cuales iba Don Martín fiijo del Conde de Cabra yerno del Conde de Arcos, y Martín Alonso de Montemayor nieto del Conde Don Pedro Ponce, y el Mariscal Fernán Darias de Saavedra, y otros muchos: la cual gente iban de guerra y de fiesta, que el dicho Señor Duque llevaba muy gran capilla de cantores, con muchas trompetas y chirimías, y sacabuches, y músicas acordadas, y niños cantores de la iglesia mayor, y muchos arreos de vestimentos y ornamentos. Y llegando a Aracena, supo la nueva del desbarato del Conde de Feria, y allí vino el Conde; y dende partieron con toda la hueste, y fueron a Jerez, y defendióseles; y desque vieron que la villa y fortaleza estaban a tal recaudo, que con muchos tiros de pólvora, y saetas, y con mucha gente se defendía, fuéronse por Burguillos a Zafra, y dende entraron así poderosamente en el Maestrazgo por los Santos; y dende a Rivera, y la fortaleza de Rivera, les dio el Alcaide de Tordesillas donde se detuvieron algunos días, y recaudaron lo que pudieron de la resulta de la mesa maestral.

Y dende vinieron a Fuente de Cantos, donde eso mesmo el Duque cobró de las rentas lo mas que pudo, y se detuvo algunos días, donde la villa de Fuente de Cantos, y las otras villas todas, y lugares de por allí recibieron muchos daños en sus personas y haciendas, que les tornaron y robaron aquellas gentes de guerra muchos ganados, bueyes, y vacas, y ovejas, y hobo hatos de ochocientas ovejas y otros de menos, en que ni una no dejaron, que todas las comieron sin las pagar, y muchas bestias caballos, y asnos; y muchas alhajas de casas que les robaban, y ropas que muchos malos hombres de la hueste robaron y hurtaron, y enviaban a cargas a Sevilla, por los caminos atraviesas de los gollisos de azufre; lo cual fue visto, y manifiesto. De esto los Señores Duque y Conde no eran sabidores, ni les placía de ello; empero como la gente era mucha, desmandábanse, y los malos y ladrones habían lugar de emplear sus deseos.

Después de allí haber estado algunos días toda la hueste, partióse el Conde para Medina a combatir las torres y el Duque fue a dar vista a Llerena, donde el Maestre estaba; y pasó por cerca de la villa su gente muy bien reglada y acaudalada; y no llevaba ya tanta como había traído, que algunos se habían despedido viendo que no eran menester, y por los grandes gastos. El Maestre se asomó entre las almenas a mirar las batallas, y tuvo bien cerradas las puertas de la villa, que por todo aquel día no dejó a ninguno salir ni entrar, y era aquel día martes de Carnestolendas a siete días de Febrero; y el Duque y su hueste se fueron aquella noche a aposentar en Guadalcanal, y no curaron de echar guarda al campo, sino muy seguros como si en sus casas estuvieran; y el Maestre salió aquella noche de Llerena, con fasta trescientos y cincuenta de caballos, y otros tantos peones; y al cuarto del alba miércoles de la Ceniza, entró en Guadalcanal, y comenzaron a decir todos a grandes voces cuantos llevaba consigo, *Cárdenas, Cárdenas*, y tocando las trompetas; y la gente de a pie echaban cerrojos a las puertas, y los de la villa conocieron que era el Maestre, y algunos guarecían a sus huéspedes y otros los robaban, y otros se fueron a juntar con la gente del Maestre y le ayudaban.

Y la gente del Duque desque vieron y conocieron que el Maestre andaba por la villa con su gente abriendo y cerrando las puertas, salían huyendo todos los demás ahorrados, por poner sus personas en salvo; y muchos salían cabalgando diciendo, *Cárdenas, Cárdenas*, y íbanse en salvo; y el Maestre enderezó a la posada del Duque, y cuando llegó ya el Duque salía, y sacolo su huésped, y guareciolo como no lo conocieron, que como era de noche, no pudo ser reconocido, y los que salían de la posada con él decían *Cárdenas, Cárdenas*; y Martín Suárez, nunca se partió del Duque; y

guiándolos el huésped de la posada fueron a parar a Alanís, y así escapó el Duque aquella noche.

Y fue preso Don Álvaro su hermano, y otros muchos fidalgos; y los del Duque salieron todos huyendo de la villa, y unos tomaron camino de Alanís, y otros camino de Cazalla, y Don Martín de Cabra, y Martín Alonso de Montemayor y los suyos hobieron lugar de cabalgar, y desde fue de día, ficiéron rostro al Maestre y pelearon y aun fueron ambos feridos por guarecer algunos de la gente, y pusieron a vista a un cabo de la villa y un arroyo en medio donde recogieron doscientas cincuenta lanzas, y muchos peones que escapaban de la villa y fuer huían allí; y de allí se vinieron aquel día a Alanís.

El Maestre y los suyos, y los de la villa hobieron allí aquel día, muy gran cabalgada y despojos, de caballos, y de acémilas y mulas, y de lo que pareció alcanzó fueron mas de cuatrocientas bestias, dejando lo hurtado. Y hobo el Maestre la vajilla de plata, y arreos, y la capilla, y cantores y los instrumentos músicos; y esto guardó el Maestre, y después se lo envió. Y hobieron allí el Maestre y los suyos otras muchas vajillas de oro y plata, y cama y ropas, y respuestos, y arcas, y reposteros y armas, y otras muchas cosas; con la cual presa y cabalgada se vinieron a Llerena aquel día, y repartió bien la cabalgada con los que lo siguieron, y guardó las cosas de la iglesia y la vajilla del Duque fasta que fueron amigos que se la dio, y así volvió el Duque a Sevilla por sus pecados y por los pecados de muchos malos y ladrones que consigo llevó, que habían robado en este viaje a muchos labradores y trabajadores, que no debían cosa alguna ni merecían mal, y les habían comido sus vacas y ovejas, y ganados, según dicho es; y no quiso Dios que aquello pasase sin pena muchos días; apareció evidente que oyó los gemidos y peticiones, de aquellos labradores y de sus mujeres y fijos, que viéndose robados y perdidos clamaban a Dios.

El Conde supo esta nueva estando en Medina, que quería combatir las Torres, y luego a la hora se fue a Zafra, y aun por se ir a prisa quedaron algunos pertrechos y tiros de pólvora perdidos, que cobraron los de las Torres.

Desde este día comenzó el Maestre a ser grande y poderoso, y fizo muchos de caballo, y entró muchas veces a Portugal por facer servicio al Rey Don Fernando, y facer guerra al Rey D. Alonso, y siempre en sus entradas y salidas ganó honra, y siempre en sus cosas era vencedor y no vencido. Y el año siguiente de 1476 en el Agosto, cuando el Rey Don Fernando tenía el cerco sobre Toro, falleció de su muerte natural el Maestre Don Rodrigo Manrique en la villa de Ocaña, y así no tuvo contradictor el Maestre Don Alonso de Cárdenas a el Maestrazgo, y salió con él. Ovo su Encomienda mayor su pariente Don Gutierre de Cadenas, Contador mayor de Castilla.

XLI. DE LOS CERCOS DE MÉRIDA Y MEDELLÍN, Y MONTÁNCHEZ.

Agora volviendo a decir de los cercos de Mérida, y Medellín y Montánchez, sabed que se pusieron en el verano del año de 1479, cinco meses poco mas o menos tiempo después de la batalla de Mérida que el Maestre Ovo con los portugueses. Era caudillo mayor de estos cercos el dicho Maestre de Santiago Don Alfonso de Cárdenas; y pusieronse ambos a un tiempo; y el Maestre se puso sobre Medellín, el mas del tiempo en un lugar que llaman Menga-abril, y tenían gente en Don Benito, y tenían repartidos muchos capitanes por el campo en las comarcas de Medellín, donde convenía, de manera que estaban las guarniciones a una legua y media de Medellín, y de allí la corrían cada día; y había en la guarnición de este cerco muchos capitanes de el Rey: estaba Don Martín de Cabra, y Luis Puerto Carrero, y el mesmo Conde de Medellín a quien la Condesa su madre tenía por fuerza la villa, y fortaleza; y otros con gentes de diversas partes y lugares de Castilla.

El cerco de Mérida estaba de otra manera, que los cercadores tenían la villa, y los cercados la fortaleza donde recibieron muchos combates de tiros de pólvora, y cuartagos y ingenios; donde recibieron muchos daños los unos de los otros; y había en este cerco por capitanes Don Pedro Puerto Carrero, Señor de Moguer, yerno del Maestre, y Juan Núñez de Prado, natural de Medellín, y Juan de Vera, Alcaide de la mesma ciudad de Mérida y capitán Mayor, y Sancho del Águila, y otros

capitanes del Rey con muy aderezada gente. Y al tiempo de estos cercos siempre la Condesa, y el Obispo de Evora estuvieron en Medellín, y esperaban socorro, y nunca les vino. Estuviéronse tres meses poco mas o menos, y diéronse a partido cerca de San Miguel, y diose primero la Condesa en Medellín, y entregó la fortaleza en la cual entró Luis Puertocarrero, Señor de Palma, en nombre del Rey.

Y dende a ciertos días, salieron los portugueses de Mérida, y entregaron la fortaleza al Maestre; y andando en los tratos de esto, se comenzaron al tratar las paces de entre Portugal y Castilla, y antes que los portugueses cercados se fuesen a Portugal, destrozaron los prisioneros todos que se tenían desde el comienzo de las guerras los unos por los otros que allí estaban y trajeron los que estaban en Portugal, y llevaron a Portugal los que estaban en Castilla, y todo esto fue en los partidos de Mérida, y Medellín, y luego concertaron y apregonaron paces entre Castilla y Portugal en el dicho año de 1479 años. Duró la dicha guerra cuatro años y nueve meses.

Montánchez que es una gran fortaleza cerca de Mérida y muy fuerte del Maestrazgo de Santiago que estaba por el Clavero Don Alfonso Monroy, Maestre de Alcántara que llamaban, quedó de esta vez por ganar, aunque siempre en los dichos cercos había estado bien cercado de gente del Rey y del Maestre que la tuvieron siempre puesta guarnición en Valdefuentes. Sobre éste quedaron guarniciones como se estaban, y fasta que dende cinco o seis meses entregó la fortaleza Don Francisco fijo del dicho Clavero Maestre de Alcántara, que se decía, al Maestre de Santiago por partido, sin concierto de su padre, y se vino a vivir con el Maestre y lo casó con una parienta suya hermana de Francisco de Cárdenas, Alcaide que fue de Reina, y así hobo el Maestre la fortaleza de Montánchez que es una de las fuertes de Castilla.

XLII. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO FUE A ARAGÓN A LA MUERTE DE SU PADRE, QUE FALLECIÓ EN ESTE TIEMPO.

En el sobredicho año de mil cuatrocientos setenta y nueve en el tiempo de los cercos de Mérida y Medellín, murió el Rey de Aragón, padre de el Rey Don Fernando; fue allá y fizo hacer las honras y obsequias como convenía a tan generoso y tan honrado Rey; y recibió los reinos de Aragón, Valencia, y el Condado de Cataluña con todas las islas a ello anexas, y volvió presto para dar asiento en las cosas de entre Castilla y Portugal, así en las paces de la tierra, como por mar, porque había gran división entre castellanos y portugueses, sobre la mina de oro que los portugueses habían hallado que iban los castellanos a rescatar; y por facer Cortes; y ficiéron Cortes en todo lo del Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, teniendo ya todos sus reinos pacíficos; donde invoca a todos los grandes de Castilla, así caballeros, como prelados, y los procuradores de todas las villas y ciudades de estos reinos, y fueron ordenadas muchas buenas cosas; y comentadas, y declaradas muchas Leyes antiguas, y de ellas acrecentadas, y de ellas evacuadas; y fechas muchas pragmáticas provechosas al pro común, y a todos según en el Libro que mandaron facer sus Altezas, al Doctor Alfonso Díaz de Montalvo que hoy día parece, el cual Libro mandaron tener en todas las ciudades, Villas y Lugares, y llaman el *Libro de Montalvo*; y por él mandaron determinar todas las cosas de Justicia para cortar los pleitos.

Y mediante el tiempo de estas Cortes anduvieron muchas veces los embajadores de Castilla y Portugal de unos reinos a otros fasta que plugo a Nuestro Señor que los Reyes vinieron en concordia y afirmaron bien las paces, y para cumplir algunas cosas necesarias, ordenaron que entre ellos algún tiempo hobiese rehenes, y fue llevada la Infanta mayor Doña Isabel a Portugal, la cual el Maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas llevó encargo para la dar de rehenes en Portugal; y yendo de vía tuvieron la Pascua de Navidad fin del año de 1480 y comienzo del año de 1481 en Fregenal; y pasada la Pascua se partieron para Mora, y llegando cerca de Mora en Portugal, el Maestre entregó la Infanta Doña Isabel, y recibió al Duque de Viseo Don Diego fijo del Infante Don Fernando, defunto hermano que era del Rey Don Alonso; este dicho Duque de Viseo era hermano de la princesa de Portugal, y fijo de la Infanta Doña Felipa, hermana del Rey Don Duarte, y de la

Reina de Castilla segunda mujer del Rey Don Juan, madre de la Reina Doña Isabel.

En poder de la dicha Doña Felipa quedó en Mora la dicha Infanta; y fue traído allí a Mora el Príncipe de Portugal, niño chiquillo fijo del Rey Don Juan, y nieto del Rey Don Alonso, y puesto en poder de la dicha Infanta Doña Felipa su abuela. Fue allí fecho un muy gran recibimiento y muy solemne y muy rico por los grandes de Portugal a la Infanta de Castilla, y vino allí a la recibir la Duquesa de Braganza, hermana de la Reina de Portugal, y muchas condesas y grandes señoras y damas. Desde el Maestre hobo entregado la Princesa y recibido al Duque volviöse en Castilla. Y la Infanta estuvo de esta vez dos años en Mora y cuatro meses; en manera que salió en el mes de mayo de 1483, y vino a tener las Pascuas del Espíritu Santo en Plasencia, que fue aquel año a 18 días de mayo; podía ser la Infanta entonces de hasta doce o trece años.

XLIII. DEL COMIENZO DE LA HEREJÍA Y DEL COMIENZO DE LA INQUISICIÓN Y DE CUANDO OVO SU IMPINACION LA MOSAICA PRAVIDAD, Y CASTIGO DE LAS CEREMONIAS JUDAICAS.

La herética pravidad mosaica, reinó gran tiempo escondida y andando por los rincones, no se osando manifestar, y fue disimulada y dado lugar que por mengua de los Prelados, y Arzobispos, y Obispos de España que nunca la acusaron, ni denunciaron a los Reyes, ni a los Papas según debían, y eran obligados. Ovo su comienzo esta herejía mosaica en el año de Nuestro Redentor de 1390 años en el comienzo del reinado de Castilla del Rey Don Enrique tercero de este nombre, que fue el robo de la judería por la predicación de fray Vicente, un santo católico varón docto de la orden de Santo Domingo, que quisiera en aquel tiempo por predicaciones y pruebas de la Santa Ley y Escritura convertir todos los judíos de España, y dar cabo a la inveterada y hedionda sinagoga.

Predicóles mucho a los judíos, él y otros predicadores en las sinagogas, y en las iglesias, y en los campos; y los rabies de ellos por la Escritura de la Santa Ley, profecías y experiencias de ella, todos eran vencidos y no sabían qué responder. Empero embocados, y en glosas con aquella glosa del *Talmud* que ficiéron los dos rabies Ravate, y Ravina, después del Nacimiento de Nuestro Redentor, cuatro cientos años, la cual tenía en escritura tanto como diez veces la Biblia, y la enviaron por todo el mundo donde quier que había judíos para los esforzar, porque vían de todo caer la sinagoga. Y en la dicha glosa había muy grandes mentiras, y intrincados argumentos. Y así como Moisés en su tiempo hacia, aquellos dos rabies firmaron aquel grande y descomulgado libro del *Talmud*; y pusieron so pena de muerte espiritual que ningún judío sabio, ni simple, fuese osado contra aquellos preceptos, ir ni venir, ni diesen otra predicación ni otra doctrina, lo cual fue la perpetua damnacion de esta generación; niegan la verdad, y están ignorantes de ella; y por eso para con ellos es dicho *contra negantes veritatem milla est disputatio*.

Así no pudo fray Vicente convertir sino muy pocos de ellos; y las gentes con despecho, metiéronlos en Castilla a espada, y mataron muchos, y fue un concierto que fue en toda Castilla, todo un día martes, Entonce veníanse a las iglesias ellos mismos a baptizar, y ansí fueron baptizados y tornados cristianos en toda Castilla muy muchos de ellos; y después de baptizados se iban algunos a Portugal y a otros reinos a ser judíos; y otros pasado algún tiempo se volvían a ser judíos donde no los conocían, y quedaron todavía muchos judíos en Castilla, y muchas sinagogas, y los guarecieron los señores, y los Reyes siempre por los grandes provechos que de ellos habían; y quedaron los que se baptizaron cristianos y llamáronlos conversos; y de aquí, hobo comienzo este nombre converso por convertidos a la Santa Fe, la cual ellos guardaron muy mal, que de aquellos, y de los que de ellos vinieron por la mayor parte fueron y eran judíos secretos, y no eran ni judíos ni cristianos, pues eran baptizados, mas eran herejes, y sin ley, y esta herejía hobo de allí su nacimiento como habéis oído; y hobo su impinación y lozanía de muy gran riqueza y vanagloria de muchos sabios y doctos, y obispos, y canónigos, y frailes, y abades, y sabios, y contadores, y secretarios, y factores de Reyes, y de grandes señores.

En los primeros años del reinado de los muy católicos y cristianísimos Rey Don Fernando y

Reina Doña Isabel su mujer, tanto empinada estaba esta herejía, que los letrados estaban en punto de la predicar la ley de Moisés, y los simples no lo podían encubrir ser judíos; y estando el Rey y la Reina en Sevilla, la primera vez que a ella vinieron y el Arzobispo de Sevilla, Don Pedro González de Mendoza, Cardenal de España, había en Sevilla un santo y católico hombre, fraile de Santo Domingo en San Pablo, llamado fray Alonso, que siempre predicaba y pugnaba en Sevilla contra esta herejía; éste y otros religiosos y católicos hombres, hicieron saber a el Rey y a la Reina el gran mal, y herejía que había en Sevilla; sometieron el caso al Arzobispo que lo castigase, y ficiese enmendar, y él hizo ciertas ordenanzas sobre ello, y proveyó de ellas en la ciudad y en todo el Arzobispado. Puso sobre ello en la ciudad diputados de ellos mismos, y con esto pasaron obra de dos años y no valió nada, que cada uno hacia lo acostumbrado; y mudar de costumbre es apartar de muerte.

¡O fera pésima formes peccati, nutrimentum facinoris pabulum mortis! ¡O bestia fiera, malvada, disforme pecado nutrimento de traición, hallamiento de muerte, perdimiento de vida!

Podéis saber que según lo vimos en cualquier tiempo, que esta fiera pésima, es la herejía, y como en aquel tiempo los herejes y judíos malaventurados huían de la doctrina eclesiástica, así huían de las costumbres de los cristianos. Los que podían excusarse de no bautizar sus hijos, no los bautizaban, y los que los bautizaban, lavábanlos en casa desde que los traían; y desto se halló infinita culpa en el reconciliar de infinitos viejos que no eran bautizados; y los inquisidores los hicieron y hacían después bautizar. Habéis de saber, que las costumbres de la gente común de ellos ante la Inquisición, ni mas ni menos que era de los propios hediondos judíos, y esto causaba la continua conversación que con ellos tenían; así eran tragones y comilones, que nunca perdieron el comer a costumbre judaica de manjarejos, y olletas de afinas, manjarejos de cebollas y ajos, y fritos con aceite, y la carne guisaban con aceite, y lo echaban en lugar de tocino y de grosura por escusar el tocino; y el aceite con la carne es cosa que hace muy mal oler el resuello; y así sus casas y puertas hedían muy mal a aquellos manjarejos; y ellos ese mesmo tenían el olor de los judíos por causa de los manjares y de no ser bautizados.

Y puesto caso que algunos fueron bautizados, mortificado el carácter del bautismo en ellos por la credulidad, y por judaizar, hedían como judíos; no comían puerco si no fuese en lugar forzoso; comían carne en las cuaresmas y vigiliass y cuatro témporas de secreto; guardaban las pascuas y sábados como mejor podían; enviaban aceite a las sinagogas para las lámparas; tenían judíos que les predicaban en sus casas en secreto, especialmente a las mujeres muy de secreto; tenían judíos rabies que les degollaban las reses y aves para sus negocios; comían pan cenceño al tiempo de los judíos, carnes tajeles; hacían todas las ceremonias judaicas, de secreto en cuanto podían; así los hombres como las mujeres siempre se excusaban de recibir los sacramentos de la Santa Iglesia de su grado, salvo por fuerza de las constituciones de la Iglesia. Nunca confesaban la verdad; y acaeció a confesor con persona de esta generación cortarle un poquito de la ropa, diciendo: pues nunca pecaste, quiero que me quede vuestra ropa por reliquia para sanar los enfermos.

En Sevilla fue un tiempo que se mandó que no se pesase carne el sábado, porque la comían todos los confesos el sábado en la noche, y mandáronla pesar los domingos de mañana. No sin causa les llamó nuestro Redentor *generatio prava et adultera*. No creían dar Dios galardón por virginidad y castidad. Todo su hecho era crecer y multiplicar. Y en tiempo de la empinación de esta herética pravedad, de los gentiles-hombres de ellos, y de los mercaderes, muchos monasterios eran violados, y muchas monjas profesas adulteradas y escarnecidas; de ellas por dádivas; de ellas por engaños de alcahuetas, no creyendo, ni temiendo la excomunión; mas antes lo hacían por injuriar a Jesucristo, y a la Iglesia.

Y comunmente por la mayor parte eran gentes logreras, y de muchas artes y engaños, porque todos vivían de oficios holgados, y en comprar y vender no tenían conciencia para con los cristianos. Nunca quisieron tomar oficios de arar ni cavar, ni andar por los campos criando ganados, ni lo enseñaron a sus hijos salvo oficios de poblados, y de estar asentados ganando de comer con

poco trabajo. Muchos de ellos en estos reinos en pocos tiempos allegaron muy grandes caudales y haciendas, porque de logros y usuras no hacían conciencia, diciendo que lo ganaban con sus enemigos, atándose al dicho que Dios mandó en la salida del pueblo de Israel, robar a Egipto, por arte y engaño demandándoles prestados sus vasos y tazas de oro y de plata; y así tenían presunción de soberbia, que en el mundo no había mejor gente, ni mas discreta, ni mas aguda, ni mas honrada que ellos por ser del linaje de las tribus y medio de Israel. En cuanto podían adquirir honra, oficios reales, favores de Reyes, y señores, algunos se mezclaron con fijos y fijas de caballeros cristianos viejos con sobras de riquezas que se hallaron bien aventurados por ello por los casamientos y matrimonios que así hicieron, que quedaron en la Inquisición por buenos cristianos y con mucha honra.

De todo lo sobre dicho fueron certificados el Rey y la Reina estando en Sevilla; partiéndose dende quedó el cargo del castigo y de mirar por ello al provisor de Sevilla, obispo de Cádiz, Don Pedro Fernández de Solís, y el Asistente que entonces quedó en Sevilla que era Diego de Merlo, para tolerar tan grande mal, y quedó fray Alonso, segundo fray Vicente, para ver sobre ello, y otros clérigos y frailes; y visto que en ninguna manera se podían tolerar, ni enmendar sino se hacía inquisición sobre ello, denunciaron el caso por extenso a sus Altezas, y faciéndoles saber cómo y quién y dónde se hacían las judaicas ceremonias, y como cabían en personas poderosas y en muy gran parte de la ciudad de Sevilla; y junto con esto fueron certificados que en toda su Castilla había esta disforme dolencia; y hobieron Bula del Papa Sixto IV, para proceder con justicia contra la dicha herejía por vía del fuego. Concedióse la Bula y ordenóse la Inquisición el año de 1480.

XLIV. DE CÓMO COMENZARON EN SEVILLA A PRENDER Y QUEMAR Y RECONCILIAR LOS HEREJES JUDAICOS, Y DE LA GRAN PESTILENCIA DEL AÑO DE OCHENTA Y UNO.

Habida la Bula para la Inquisición por sus Altezas del Papa Sixto concedida, estando por Asistente de Sevilla Diego de Merlo, que era un honrado cristianísimo caballero, muy discreto, y celoso de la fe de Jesucristo y de la justicia, vinieron los primeros Inquisidores a Sevilla dos frailes de Santo Domingo, un provincial y un vicario, el uno llamado fray Miguel, y el otro fray Juan; y con ellos el Doctor de Medina, clérigo de San Pedro, los cuales todos tres así como uno, con gran diligencia comenzaron su Inquisición en comienzo del año de mil cuatrocientos ochenta y uno. En muy pocos días por diversos modos y maneras, supieron toda la verdad de la herética pravedad malvada, y comenzaron de prender hombres y mujeres de los más culpados, y metíanlos en San Pablo; y prendieron luego algunos de los más honrados y de los más ricos, veinticuatro y Jurados, y bachilleres y letrados, y hombres de mucho favor; a estos prendía el Asistente; y desde esto vieron fuyeron de Sevilla muchos hombres y mujeres; y viendo que era menester demandaron los Inquisidores el Castillo de Triana, donde se pasaron, y pasaron los presos; y allí hicieron su Audiencia; y tenían su Fiscal, y Alguacil y Escribanos, y cuanto era necesario, y facían proceso según la culpa de cada uno, y llamaban Letrados de la ciudad seglares, y a el Provisor al ver de los procesos y ordenar de las sentencias, porque vieses como se hacia la justicia, y no otra cosa; y comenzaron de sentenciar para quemar en fuego; y sacaron a quemar la primera vez a Tablada seis hombres y mujeres que quemaron; y predicó Fr. Alonso de San Pablo, celoso de la fe de Jesucristo el que mas procuró en Sevilla esta Inquisición; y él no vido mas de esta quema, que luego dende a pocos días murió de pestilencia que entonces en la ciudad comenzaba de andar.

Y dende a pocos días quemaron tres de los principales de la ciudad y de los mas ricos, los cuales eran Diego de Susan, que decían que valía lo suyo diez cuentos; y eran gran rabí, y según pareció murió como cristiano; y el otro era Manuel Saulí, y el otro Bartolomé de Torralba; y prendieron a Pedro Fernández Venedeva, que era mayordomo de la Iglesia, de los señores Deán y Cabildo, que era de los mas principales de ellos, y tenía en su casa armas para armar cien hombres; y a Juan Fernández Albolasia, que había sido muchos tiempos Alcalde de la Justicia, y era gran

Letrado, y a otros muchos, y muy principales, y muy ricos, a los cuales también quemaron, y nunca les valieron los favores, ni las riquezas; y con esto todos los confesos fueron muy espantados y habían muy gran miedo, y fuían de la ciudad y del Arzobispado; y pusieronles en Sevilla pena que no fuyesen so pena de muerte, y pusieron guardas a las puertas de la ciudad; y prendieron tantos que no había donde los tuviesen; y muchos huyeron a las tierras de los señores, y a Portugal, y a tierra de moros.

Este año de 1481, no fue propicio a natura humana en esta Andalucía, mas muy contrario y de gran pestilencia y muy general, que en todas las ciudades, villas, y lugares de esta Andalucía, murieron en demasiada manera, que en Sevilla murieron mas de quince mil personas; y otras tantas en Córdoba, y en Jerez, y en Écija mas de cada ocho o nueve mil personas, y así en todas las otras villas y lugares; y después en el Agosto alzóse la pestilencia, y con todo eso por mas de ocho años duró, que poco o mucho acudía ora en una parte, ora en otra de esta Andalucía, y el año de 1488 murieron en Córdoba otra vez, generalmente decían, que aun mas cantidad del año de ochenta y uno ya dicho.

Así que tornando al propósito, la Inquisición comenzada en el dicho año de ochenta y uno, como vieron que se encendía la pestilencia, y huyan los cristianos viejos de Sevilla, demandaron licencia al Asistente los confesos para se ir fuera de Sevilla por guarecer de la pestilencia, el cual se la dio, con condición que llevasen cédulas para las guardas de las puertas, y que no llevasen las haciendas, salvo cosas livianas de que se sirviesen; y de esta manera salieron muchas gentes de la Ciudad de ellos, especialmente de la tierra del Marqués de Cádiz que era su enemigo desde las guerras del Duque. Vinieron mas de ocho mil almas a Mairena, y Marchena, y los Palacios, y los mandó acoger y facer mucha honra, y a la tierra del Duque de Medina y de otros Señores así por semejante; y de estos fueron muchos a parar a tierra de Moros allende, y aquende, a ser Judíos como lo eran; y otros se fueron a Portugal, y otros a Roma; y muchos se tornaron a Sevilla a los Padres Inquisidores, diciendo y manifestando sus pecados, y su herejía y demandando misericordia; y los padres los recibieron, y se libraron bien y reconciliáronlos, y hicieron públicas penitencias ciertos vienes disciplinándose por las calles de Sevilla en procesión.

Y en aquel año de ochenta y uno desde los Inquisidores vieron que crecían las pestilencias en Sevilla, fuéronse huyendo a Aracena, donde fallaron que hacer y prendieron y quemaron veinte y tres personas hombres y mujeres, herejes mal andantes, y ficieron quemar muchos huesos de algunos que fallaron que habían morido en la herética Mosaica, llamándose cristianos, y eran judíos, y así como judíos habían morido.

Y aquel año desde cesó la pestilencia volviéronse los Inquisidores a Sevilla y prosiguieron su Inquisición fasta todo el año de ochenta y ocho que fueron ocho años, quemaron mas de setecientas personas, y reconciliaron mas de cinco mil y echaron en cárceles perpetuas, que hobo tales y estuvieron en ellas cuatro o cinco años o mas y sacáronles y echáronles cruces y unos Sanbenitillos colorados atrás, y adelante, y así anduvieron mucho tiempo, y después se los quitaron por que no creciese el disfame en la tierra viendo aquello. Entre los que he dicho quemaron en Sevilla en torno de aquellos dichos ocho años, quemaron a tres clérigos de misa, y tres o cuatro Frailes todos de este linaje de los confesos, y quemaron un Doctor fraile de la Trinidad que llamaban Savariego, que era un gran predicador, y gran falsario, hereje engañador que le conteció venir el Viernes Santo a predicar la Pasión y hartarse de carne. Quemaron infinitos huesos de los Corrales de la Trinidad y San Agustín y San Bernardo, de los confesos que allí se habían enterrado cada uno sobre sí al uso judaico, y apregonaron y quemaron en estatua a muchos que hallaron dañados de los judíos huidos.

Aquellos primeros Inquisidores ficieron facer aquel quemadero en Tablada, con aquellos cuatro Profetas de yeso, en que los quemaban y fasta que haya herejía los quemarán. Muy hazañosa cosa fue el reconciliar de esta gente, por donde se supo por sus confesiones, como todos eran judíos; y supose en Sevilla de los judíos de Córdoba, Toledo, Burgos, Valencia y Segovia, y toda España; como todos eran judíos, y estaban so aquella esperanza que el pueblo de Israel estuvo en Egipto; que aunque habían de los Egipcianos muchos majamientos esperaban que Dios los había de sacar de

entre ellos como después los sacó, con mano fuerte, y brazo extendido; y así ellos tenían que los cristianos eran los egipcianos, o peores, y creían que Dios milagrosamente los sostenía y los defendía; y tenían que por mano de Dios habían de ser acaudillados, visitados, y sacados de entre los cristianos, y llevados en la santa tierra de promisión: so estas locas esperanzas estaban y vivían entre los cristianos, como por ellos fue manifestado y confesado, de manera que todo el linaje quedó infamado y tocado de esta enfermedad. Ovo reconciliación en Sevilla que salían en la procesión de éstas disciplinas de los viernes más de quinientas personas, hombres y mujeres, con las caras descubiertas por las calles.

Esta Santa Inquisición hobo su comienzo en Sevilla, y después fue en Córdoba, donde había otra tan grande sinagoga de malos cristianos como en Sevilla; y después fueron puestos inquisidores por toda Castilla, y Aragón, y son infinitos quemados, y condenados y reconciliados, encarcelados en todos los Arzobispados y Obispados de Castilla y Aragón; y muchos de los reconciliados tornaron a judaizar, que son quemados por el mismo caso en Sevilla, y en las otras partes de Castilla. Agora no quiero escribir mas de esto que no es posible poderse escribir las maldades de esta herética pravedad; salvo digo, que, pues el fuego está encendido, que quemará hasta que halle cabo al seco de la leña, que será necesario arder has la que sean desgastados y muertos todos los que judaizaron, que no quede ninguno; y aun sus hijos los que eran de veinte años arriba menos que fueran tocados de la misma lepra.

Fue este año de 1481 al comienzo desde Navidad en adelante de muy muchas aguas y avenidas, de manera que Guadalquivir, llevó y echó a perder el Copero, que había en él ochenta vecinos, y otros muchos lugares de su ribera, y subió la creciente por el Almenil de Sevilla y por la Barranca de Coria en lo mas alto que nunca subió, y estuvo tres días que no descendió; y estuvo la Ciudad en mucho temor de se perder por agua.

XLV. DE CÓMO EL GRAN TURCO VINO SOBRE RODAS Y LA TUVO CERCADA CON GRANDE HUESTE Y SOBRE ELLA EMBISTIÓ Y FUE DESBARATADO; Y DE CÓMO LOS TURCOS TOMARON A OTRANTO, Y DE CÓMO EL DUQUE DE CALABRIA LA RECOBRÓ, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS.

En el año de 1480 en. el Verano, vinieron sobre Rodas una muy grande armada de turcos, enviada por el gran Turco Mahometo Otomano que envió desde Constantinopla, y tuviéronla cercada dos meses, en el cual tiempo la mayor parte de los muros la derribaron, con gran número de lombardas que le asestaron, y pusieron a los cristianos en mucho estrecho; y los cristianos hicieron muy hondas cavas por de dentro de la Ciudad, las cuales si fechas no fueran, la Ciudad se perdiera; y estando un día los de la ciudad un poco seguros, arremetieron los Turcos de las estacadas y dieron un gran combate, en que muchos de ellos entraron por cima de los muros derribados y pasaron las cubas, y entraron en la Ciudad; y no plugo a nuestro Señor que la tomasen; y los cristianos que eran en la Ciudad se esforzaron mucho con su Maestre y Capitanes dando grandes voces diciendo *Jesucristo, y Santa María, y San Juan, y a ellos*, y pelearon esforzadamente dentro en la Ciudad con ellos, en que de entrambas partes murieron muchos, y el Maestre, y los cristianos con la ayuda de Dios se esforzaron, y pelearon de tal manera que vencieron a los Turcos, y los Turcos volvieron las espaldas a fur, y fueron de ellos allí muchos muertos, y quedaron las cavas llenas de ellos donde fueron ahogados infinitos de ellos, y otros muchos fueron despeñados de los muros a bajo de manera, que la Ciudad quedó deliberada y los cristianos vencedores, y siguieron el alcance, donde hobieron infinitos despojos, y riquezas de artillería, y armas, y ropas, y otras cosas de prisioneros que allí tomaron.

Y los turcos así vencidos, metiéronse en las Fustas y Navíos fuyendo, y dejaron las estacas y todo lo que en ellas tenían en el cerco, y confesaban algunos turcos que vieron en aquella pelea, un Caballero muy temeroso armado de blanco el cual los destruía, y decían que era San Juan, glorioso

Apóstol de cuya orden es aquella Ciudad, que la vino a defender, porque aquel día milagrosa mente fue defendida, pues tanta muchedumbre de turcos la entraron. Y desde los turcos vieron aquel desbarato, alzaron velas, y fueron por la mar. Quedó el Maestre de Rodas, herido de tres heridas de las cuales escapó. El armada de ellos no volvió en Constantinopla, mas antes un Bajá Capitán mayor de ella con despecho del desbarato de Rodas, vino en las partes de Calabria que es en el Reino de Nápoles, que se llama la gran Sicilia, y destruyó muchos lugares, y hizo muchos daños y males en aquella tierra, y cercó a Otranto que es Ciudad del Duque de Calabria, y combatiólo noches y días donde los de la Ciudad por se defender mataron muchos turcos, y los turcos la entraron por fuerza de armas, y metieron a espada la mayor parte de los cristianos que en ella había; y después de apoderado en la Ciudad y fortaleza mató a todos los clérigos que halló, y fizo aserrar por medio al Obispo de Otranto, y fizo matar mil y cuatrocientos hombres atados con sogas, y robaron la Ciudad, y enviaron la presa a Constantinopla donde del gran Turco habían sido enviados; y aquel Bajá, y los otros ordenaron de dejar gente para defender la Ciudad, y dejaron en ella cinco mil turcos y hombres de pelea con todas las cosas que eran menester, y con mucha artillería y fueron en Constantinopla, y así Otranto quedó con los turcos por suya.

Horrible plaga fue el perdimiento de Otranto, que cuando los perros de los turcos entraron en aquella Provincia sabían que no había gente de socorro, y por eso se pusieron en cerco de Otranto por que el Duque de Calabria, Señor de aquella tierra estaba de ahí ciento y cincuenta leguas en Toscana, y el Rey de Nápoles su padre, tenían guerra con Florencia que eran Padre y hijo, y el Duque estaba en Sena con la gente de ambos que eran valedores de los Sieneses; y el Rey de Nápoles estaba en Nápoles que son ciento de Otranto, y no tenía gente de armas con que socorrer; y así hobieron lugar de facer el estrago que hicieron. Después de esto el Duque de Calabria vino con gran gente de guerra, y puso cerco sobre Otranto, y estando en el cerco invocó ayuda del Rey Don Fernando de Castilla su primo, y del Rey de Portugal temiendo que habrían los cercados, socorros de turcos; y fueron de Castilla veinte y dos Naos de gente de socorro, y Don Francisco Enríquez, hermano del Adelantado, por Capitán, y el Obispo de Évora Don García de Meneses, y no llegaron sino hasta Nápoles, que ya él había tomado a Otranto.

El Duque de Calabria desde puso el cerco, dió muchos combates, y mucha priesa, y viendo que no se podían tener, y temiendo el perdimiento, un Capitán de los cercados llamado Damasquino, habiendo ya seis meses que estaban cercados, fizo un partido que lo salvaran a él y a doscientos hombres de su capitania, y que daría a todos los otros cautivos a merced del Duque; el Duque concedió el partido, y salvó al capitán y los doscientos hombres y tomó todos los otros cautivos, en que tomó dos mil y quinientos hombres o poco más o menos, que todos los otros eran muertos de pestilencia que les había dado, y de los combates del cerco; y el Duque de Calabria tomó la ciudad, y la fortaleza, y vendió todos aquellos, y hobo allí todo el despojo de los turcos, y oro, y plata, y joyas, y caballos, y armas, y de aquellos cautivos muchos echó en las galeras, y dio de ellos a sus vasallos, y dejó para sí doscientos y cuarenta hombres turcos, que eran de rescate, que llevó a la iglesia de Isca, que es diez y ocho millas de Nápoles; y así el Duque de Calabria el Gracho cobró a Otranto, y fizo coger y enterrar los huesos de los cristianos que los fieros turcos habían devorado en el campo, y fizolos sepultar en el monasterio de San Francisco que los turcos habían derribado. Ovo allí el Duque de Calabria tal artillería que los turcos habían dejado pensando poseer y tener a Otranto, la cual mediante este tiempo el gran Turco no muriera, socorriera, y porfiaban a tener que le daban los turcos por ella ducientos mil ducados; la cual el Duque fizo llevar a una ciudad que se llama Leche.

Después de esto en el mes de Mayo el tercero día del dicho mes, día de Santa Cruz año de 1481 murió y descindió al infierno el gran Turco Emperador de Constantinopla, llamado Mahometo Otomano, que mas de treinta años había hecho la guerra muy cruelmente a los cristianos de Grecia y sus comarcas, y ganó de ellos muchas tierras y ciudades, y villas, y lugares, y ganó la ciudad de Constantinopla, y dio muerte a el Emperador, en el año del Señor de 1455 años. Este era el Emperador de Grecia; y de aquí desfalleció el imperio de Grecia, y no hobo mas Emperador fasta

ahora salvo el Turco lo es.

En aquel propio año que murió el Turco viejo Mahometo Otomano, grande escándalo se levantó en Constantinopla con dos fijos que dejó; el pueblo quería por su Emperador y Señor al mayor llamado Bayaceto, fijo mayor del gran Turco; y los varones, y caballeros de la casa del gran Turco, querían al más chico que nació después del otro por su Emperador y Señor llamado Sizimo, y sobre esto pelearon y venció la parcialidad del mayor al menor, y el mayor fue levantado por Emperador en el sexto calendas de Julio del dicho año, y Sizimo como se viese vencido fuese en Siria, cuidando tomar por allá el Imperio y la tierra que su padre dejó, y tomó a Prusa, y su hermano fue contra él con grande hueste, y corriólo de allá y hechólo de la tierra, y tomó y señoreó todo el Imperio de su padre, y el vencido Sizimo se vino a Rodas, y dende en Roma donde fue detenido fasta que murió.

XLVI. CÓMO EL REY Y LA REINA FUERON A VISITAR SUS REINOS DE ARAGÓN, Y DEL PRESENTE QUE LES DIERON LOS JUDÍOS DE ZARAGOZA.

En el dicho año de 1481 fueron el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel con toda su corte a Aragón, Cataluña y Valencia, a ser recibidos por Reyes y Señores de la tierra, y a tomar posesión de aquellos Reinos y Condado de Barcelona, y apoderáronse de todo; donde les hicieron muy solemnes recibimientos, y dieron muy grandes presentes y dádivas, así los Consejos de las ciudades, como los caballeros y mercaderes, y los judíos, y los moros sus vasallos lo cual no es necesario escribir que sería muy prolijo, empero quiero decir del presente de los judíos de Zaragoza por que fue muy gran concierto y en número de doce.

En Zaragoza les presentaron los judíos y Cabildo de ellos en número de doce por muy singular orden, lo cual fue doce terneras, doce carneros, todos emparamentados, y en pos de esto una singular vajilla de plata que llevaban doce judíos por sus piezas de platos, escudillas; y uno de ellos llevaba encima de el plato una rica copa llena de castellanos; y otro llevaba encima de otro plato un jarro de plata; el Rey y la Reina, puestos donde lo vieron todo lo mandaron recibir y recibieron, y se lo tuvieron en muy gran servicio, y les dieron por ello muchas gracias y se lo agradecieron mucho.

Visitaron primero el Reino de Aragón, y dende fueron a Barcelona, y visitaron el Condado de Cataluña; y a la postre vinieron a Valencia, donde en todas estas partes les hicieron muy grandes y solemnes recibimientos, y les dieron muy grandes dones y presentes.

XLVII. CÓMO CASÓ EL DELFÍN DE FRANCIA CON MARGARITA, FIJA DE MAXIMINIANO DUQUE DE AUSTRIA. REY DE ROMANOS SIENDO VIVOS.

En el dicho año de 1481 fueron concertados el Rey Luis de Francia y Maximiniano Duque de Austria Rey de los Romanos, fijo del Emperador Federicus, tercio nieto del Rey Duarte de Portugal, yerno del Gran Duque Carlos de Borgoña Conde de Flandes, y por evitar algunos escándalos y guerras que entre ellos se esperaban por algunas causas de sus Reinos y Provincias, casaron al Delfín de Francia Carlos, fijo del dicho Rey Luis, con Margarita, fija del dicho Maximiniano y Dona María, su mujer, difunta, fija del dicho Carlos Duque de Borgoña y Conde de Flandes, difunto, siendo él de poca edad, de nueve años, y especialmente Margarita de cuatro años. Y fecho el concierto y casamiento y desposorio, el Rey de Francia mandó a su fijo so pena de su maldición, que otra mujer no tomase, y dio la en guarda y cargo al Parlamento y Consejo de París, para que la criasen. Ca luego que fue hecho el concierto se la entregó su Padre, y fue llamada mientras el Rey Luis vivió Princesa o Delfina, de Francia; y esto hecho dende a cuatro meses, cerca de San Juan de Junio, murió el Rey Luis de Francia; y el Parlamento hobo cuidado, y los Caballeros de Francia de

criar los jóvenes desposados; llamaban a la Margarita Reina de Francia, también como al desposado, que como murió el Padre le titularon Rey de Francia.

Estuvo el Reino de Francia en tutela del Parlamento y caballeros gran tiempo esperando la edad del Rey fasta que fuese para lo regir, el cual no salió dispuesto quanto fuera menester, y no le osaron dar la gobernación del Reino fasta que pasaron aun mas tiempo de lo que el derecho permitía; y desde que le dieron la gobernación, comenzó a favorecer desconciertos, y no quiso estar por el casamiento de la Margarita, que su padre había fecho y le había mandado a firmar y hacer desde que fuese de edad, y todas las cosas se le hicieron mal, y vivió poco, como adelante se dirá.

XLVIII. DE CÓMO SE COMENZÓ LA GUERRA ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS MOROS.

En este año de 1481 en el de Octubre, comenzó el Marqués de Cádiz a facer públicamente la guerra a los Moros, y sacó su hueste, y amaneció una mañana sobre Villaluenga, y quemola, y corrió los lugares de la Sierra, y corrió a Ronda, y durmió sobre ella, y derribóles la torre del Mercadillo, y fizoles muchos daños, y volvióse con su honra y cabalgada, y dende en adelante fizo otras muchas entradas, y se siguió la guerra entre Cristianos y Moros en toda la frontera.

XLIX. DE CÓMO FALLECIÓ EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.

En el dicho año de 1481 falleció el muy noble Rey Don Alonso de Portugal, en un lugar que llaman Santarem, y su cuerpo fue llevado a enterrar, a Santa María de la Batalla al enterramiento de sus antecesores que ende está, donde fue sepultado con las honras y obsequias según a su Real estado convenía. Falleció siendo de cincuenta años; nació el año de 1432 a 15 días del mes de Enero; y falleció en dicho año en el mes de Agosto. Fue muy amado y querido en su reino de Portugal, por sus muchas virtudes, y bondades que en él había, era muy devoto, y cristianísimo, y sabio, y cuerdo, y franco, y halló la mina de oro. Él ganó a los moros a Tánger y Arcila, con que se acompañaron Alcázar y Ceuta, que él tenía allende.

Fue luego después de la publicación de su muerte, fama pública en todo Portugal, que el Rey Don Alonso no era muerto, por quanto no fue enseñado después de difunto, como si fuera o debiera ser enseñado, nin hobo persona que diese fe, que lo vido morir; nin hobo persona que adornase su cuerpo para la sepultura, nin se pudo saber quién lo adornó, como suelen facer a los Reyes cuando mueren; y toda su fin fue tan secreta, que lo que fue no lo supo sino el Príncipe y Rey Don Juan su fijo; y muy pocos de su secreto, y por eso dijeron, y fue pública fama que como él había sido muy buen Rey y temeroso de Dios y de su conciencia, y caritativo, y devoto, y de virtud, que aun se hablaba de él que adonde ponía sus manos en el nombre de Jesucristo sanar los enfermos especialmente los Lamparones, y iban a él desde muy lejas tierras, y que temiendo su conciencia, consideró y pensó en los muy grandes daños y muertes de gentes, y robos, y hurtos, y despojos, y traiciones, y disfames de mujeres, y perdimientos de gentes y pueblos que por su causa habían sucedido, y se habían fecho y recrecido por haber entrado en Castilla a reinar. Y eso mismo consideró la necesidad grande en que había puesto su reino de Portugal. Ca había echado y cogido en el tiempo de la guerra a sus vasallos todos muy grandes pechos, y derramas y prestidos que había tomado la plata y oro de las iglesias y monasterios de sus reinos prestada, y aun estaba por pagar mucho de ello; y de como lo había todo gastado muy mal gastado en la demanda de Castilla sin facer cosa alguna en lo que pensó; y así mesmo consideró las siniestras desdichas y afrentas que había recibido en la dicha demanda, así en los suyos como en su persona; y queriendo dello facer penitencia le pesó mucho de todo lo pasado, y que atribuyó todo el pecado y cargo a sí mesmo y no a otro, y consideró que todo le había venido así por su pecado y que todo cargaba sobre su ánima, y vido ser imposible salvarse sin hacer gran penitencia, y por esto después de ordenar su ánima se fue peregrinando a Jerusalén.

Otras dijeron que se metió fraile, y se fue a visitar los Lugares Santos de Santiago y Roma. Esta fue la común opinión, y tanto se publicó que mandaron pregonar y defenderlo, y que el que tal dijese que muriese por ello; como quiera que sea, Dios le quiera perdonar por su gran misericordia, y a nosotros también. Este noble Rey aunque casó con su sobrina ya dicha, hija de la Reina Doña Juana, mujer del Rey Don Enrique de Castilla, fue fama pública que no quiso hacer acceso a ella, antes la guardó mucho y como asentó las paces con Castilla la fizo meter en un monasterio de monjas en Santarem, con cierta renta para su mantenimiento y provisión, y con mucha guarda, la cual estuvo allí hasta comienzo del año de 1506, que el Rey Don Manuel la mandó sacar y llevar a Lisboa, y siempre la llamaron en Portugal *la excelente Señora*.

L. CÓMO REINÓ SU FIJO EL REY DON JUAN DE PORTUGAL

El Rey Don Juan de Portugal, comenzó de reinar en el Portugal año de 1481, después de la muerte del Rey Don Alonso su padre en el mes de Agosto del dicho año, y reinó catorce años. En el comienzo de su reinado hobo diferencias y turbaciones entre él y algunos Grandes de Portugal el año de 1483 después de las entregas desfechas y venida en Castilla la Infanta, y el Duque de Viseo a Portugal, y el Príncipe de Portugal llevado y Évora, estando seguro el Duque de Braganza, que era casado con hermana de la Reina, en la Ciudad de Évora, el Rey lo mandó prender, el cual fue preso jueves día del *Corpus Christi* a 29 días del mes de Mayo, y fizo proceso contra él y fue degollado por su mandado desde a quince días Viernes, y de ésta fue grande espanto en los caballeros de Portugal; y el Condestable su hermano del dicho Duque huyó en Castilla, y otros algunos; el Rey tomó y confiscó toda la hacienda del Duque para sí y disimuló el Rey por entonces.

En el año de 1484 en el mes de Agosto en Setúbal, estando el Rey en su Palacio entraron a él seguros una noche, el Duque de Viseo, su primo, hermano de la Reina Don Diego, y el Obispo de Évora; y el Rey tenía ya concertado de los matar, y así como entraron dio de puñaladas al Duque y matólo., y fízolo echar por una ventana abajo sobre un tejado que era en lo alto de la sala, y prendió a el Obispo y fízolo echar en una cisterna donde estuvo fasta que murió. Y ésto fecho fuyeron con temor muchos caballeros de Portugal y vinieron en Castilla, especialmente el Conde de Faro, y Fernando de Silbeyra; y Don Álvaro hermano del Duque de Braganza ya estaba en Castilla ca dis que como oyó, o entreoyó que hacían los caballeros monipodios contra el Rey, él por no entender en ello luego se vino a Castilla antes de la muerte del Duque su hermano; y el Rey tomó todas sus haciendas a los ausentados, y las confiscó para sí. Y después prendió y degolló a Don Fernando de Meneses hermano del Obispo de Évora, dos fijos del susodicho, y descuartizaron a él uno; y fizo degollar a Pedro de Albuquerque, y a otros. Y ésto diz que fizo al Rey porque falló que los dichos caballeros le ordenaban traición, y tenían concertado de matar a él, y a su fijo, y alzar por Rey de Portugal al dicho Don Diego Duque de Viseo, hermano de la Reina, fijo del Infante Don Fernando hermano del Rey Don Alfonso.

Este Rey Don Juan era hombre discreto, esforzado, feroz, y agudo, sospechoso, deseoso de saber cosas nuevas; traía comunmente, muchas carabelas a descubrir por el mundo; las primeras carabelas que fueron y descubrieron la especería Calicut en Indias al Levante, él las envió, y después de su muerte vinieron en Portugal reinando el Rey Don Manuel. Este Rey Don Juan desde que por sus manos mató a su cuñado como he dicho nunca mas se aseguró ni tuvo segura la vida, porque era hermano de su mujer y de su sangre Real; y era viva su madre Doña Felipa suegra del Rey, a la cual dio mal trago. Dio luego a Don Manuel a Viseo, y todo lo que su hermano tenía, y rezóle que tuviese manera de serle leal.

LI. CÓMO TOMARON LOS MOROS A ZAHARA, Y LA TUVIERON.

En el segundo día de Navidad en fin del dicho año de 1481 escalaron los Moros a Zahara, y tomaron la Fortaleza y la Villa con toda la gente, y cuanto en ella había; y se perdieron entre

muertas y cautivas, chicas y grandes que hobieron los Moros ciento y sesenta personas cristianas, que no se salvaron salvo algunos hombres que saltaron por los adarves; y la Villa así tomada, tuviéronla y defendieronla cerca de dos años, fasta que se la tomó y ganó el Marqués de Cádiz; y de muchas veces que por allí entraron mientras la tuvieron a correr tierra de cristianos siempre les fue mal a los Moros, y volvieron vencidos y desbaratados. Perdióse por mal recaudo de los que la regían, por no estar apercebidos de guerra los vecinos de ella que la tenían por el Mariscal mozo fijo del Mariscal Fernán Darias de Saavedra, defunto suso dicho.

LII. CÓMO TOMÓ EL MARQUÉS DE CÁDIZ A ALHAMA DE LOS MOROS Y CÓMO QUIEN FUE CON ÉL Y EN QUE TIEMPO.

En jueves postrero día del mes de Febrero año del nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo de 1482 años, tomó la villa el famoso y muy esforzado caballero Don Rodrigo Ponce de León, Marqués de Cádiz, Conde de Arcos, Señor de la villa de Marchena a los moros con la gente del Andalucía, y fue de esta manera. Había un sagaz hombre escalador que llamaban Ortega de Prado y de noche andaba escuchando donde se velaban bien o mal los moros; y supo tanto de Alhama, que con ayuda de Dios se atrevió de escalar, y fizolo saber al Rey Don Fernando, estando el Rey en Castilla la Vieja, y el Rey cometió el caso con gran secreto de ello al Marqués susodicho, confiando de su notable esfuerzo y liberalidad; el cual tomó la empresa a su cargo, y sacó su hueste, y llevó consigo a Diego de Merlo Asistente de Sevilla con la gente de Sevilla, y a Juan de Robles, Corregidor de Jerez, y al Adelantado del Andalucía Don Fadrique; y llevó consigo todos los Alcaldes de su tierra, y otros Alcaldes de esta frontera, en que allegó dos mil y quinientos de a caballo y tres mil peones.

Y el Conde de Miranda que se halló entonces negociando en esta tierra ahorrado, se fue con ellos; y no sabia ninguno donde iba sino el Marqués, y Diego de Merlo, y el Adelantado; y dejaron apercebida toda la tierra, y partieron de Marchena a la vía de Antequera, y desde allegaron al Rio de las Yeguas dejaron ende el fardaje, y fueron sobre Alhama miércoles noche, y dos horas antes que amaneciese otro día jueves, el Marqués llegó cerca de Alhama; y envió delante a Martín Galindo, Comendador de Reina, Alcaide que era entonces de Marchena, y con él otros Alcaldes y escuderos de los mas esforzados de quien él confiaba que por la honra habían de osar morir, antes que recibir mengua; y fueron con el escalador Ortega de Prado, número de fasta de treinta hombres; y echaron las escalas por la fortaleza por donde mandó el Escalador, y plugo a nuestro Señor que no fueron sentidos, y el primer hombre que subió en pos del escalador fue Martín Galindo, y el segundo Juan de Toledo su criado, y el tercero también su criado Estremera; y luego el Alcaide de Archidona, y luego los otros Alcaldes, los cuales montaron, y mataron las velas, y Alcaldes, y tomaron la fortaleza; y ficiéronlo saber al Marqués que estaba ahí cerca en la celada con la gente, el cual como lo supo fizo tocar las trompetas y Atabales y la gente dieron grita y allegaron cerca de la villa y descansaron, y dieron cebada, y almorzaron; y los moros trabaron pelea con los cristianos que habían escalado la fortaleza; y algunos de aquellos que habían escalado descendieron dentro a lo llano, por echar de allí a unos moros que les tiraban saetas, y trabaron pelea. Murieron allí dos Alcaldes honrados, los cuales eran Nicolás de Rojas, Alcaide de Arcos, y Sancho de Ávila, Alcaide de Carmona.

Y desde la gente fue descansada el Marqués fizo pregonar combate escala franca, y luego oradaron el muro por un cabo, y diéronle combate por muchas partes y éntanles por fuerza; y desde entraron pelearon dentro en la villa con los moros por las calles, que se les tenían muy fuertemente, y ficiéron en ellos muy grande estrago a espada todos los varones, y tomaron la villa y todas las personas que ende había hombres y mujeres chicos y grandes que no escapó ninguno, salvo algunos hombres que fueron huyendo a la vuelta por la mina o por otras partes, y allí se tuvieron ciertos moros con sus mujeres y gente menuda en una Alhima, que no les pudieron entrar fasta tercero día que se dieron. Y en lo que se pudo saber murieron allí ochocientos moros varones

dejando algunas moras que murieron también a las vueltas. Fueron presos cautivos tres mil ánimas poco mas o menos entre chicos y grandes; la villa era de seiscientos vecinos.

Ansi fue tomada la villa de Alhama, era la mas rica pieza de su tamaño que había en tierra de moros. Ovieron en ella el Marqués, y todos los que con él fueron infinitas riquezas de oro y plata y aljófar y sedas y ropas de seda de Zarzaham y tafetán, y alhajas de muchas maneras, y caballos y acémilas, y infinito trigo y cebada, y aceite, y miel, y almendras, y muchas ropas de finos paños, y de arreos de casas. Deliberaron ende todos los cristianos que había en ella cautivos, que hallaron en una mazmorra, y hicieron justicia de un tornadizo que allí tomaron. Este traidor renegado que había hecho muchos males entrando a tierra de cristianos, como sabia la tierra de cuando él era cristiano.

La villa tomada pusieron sus guardas y todo a buen recaudo; y estuvieron allí holgando Viernes, y Sábado, y Domingo y Lunes, y fasta que el Martes que vino sobre ellos el Rey Muley Hacen de Granada, con cinco mil y quinientos de a caballo, y ochenta mil peones a cercarlos, y aún el fardaje del Marqués no era llegado, que había estado detenido en el camino esperando gente de a caballo para entrar, y en tanto vino el señor Don Alonso de Aguilar con su gente de a pie y de a caballo y tomó el fardaje para llevarlo y meterlo en Alhama. Y visto por el Marqués, el dicho Martes de mañana, como los moros les venían a poner cerco, y sabia que ese día había de llegar Don Alonso con el fardaje y repuesto, envióle a decir a uña de caballo que se volviese presto que ya no era tiempo que en Alhama pudiese entrar, porque el Rey de Granada era venido a los cercar, el cual viendo el mensajero dio vuelta con el fardaje, y anduvieron toda aquella noche hacia Antequera; y el Rey de Granada supo la nueva de aquella gente y fardaje como iban, y como daban la vuelta, y abajó miércoles de mañana con todo su Real en pos de ellos y no los pudieron alcanzar a causa que no curaron mucho de los seguir y volviéronse los moros y asentaron su Real y Don Alonso de Aguilar se vino con el fardaje fasta Antequera, y dende cada uno se fue para su tierra.

LIII. CÓMO EL REY DE GRANADA COMBATIÓ AL MARQUÉS Y A EL ADELANTADO, Y A EL ASISTENTE DE SEVILLA Y A TODOS LOS CRISTIANOS QUE ESTABAN EN ALHAMA.

Y como el Rey moro volvió sobre Alhama dejando de seguir los que se volvieron con el fardaje, mandole dar combate por todas partes, y llegaron los moros con las escalas hasta los muros, y combatían muy bravamente osando morir: y el Señor Marqués y los otros Señores capitanes cada uno por su cabo esforzaron su gente, y diéronse a tal recaudo que mataron y ficieron de los moros muy muchos, y defendieron bien sus vidas y la villa en tal manera que los moros se enojaron y dejaron el combate desque vieron que tanto daño les facían.

El Domingo siguiente dieron otro muy gran combate, y minaron el muro, y vieron y vinieron a lo dar muy armados y pertrechados y dando muy grandes alaridos y gritos el cual duró por muy grande espacio en que al fin fueron mas de dos mil moros muertos y heridos. Y dende este día, no osaron dar mas combate Real salvo en el agua que quitaron muchas veces a los de la villa, y hacían mucho daño que echaban el arroyo por otra parte, y salían los de la villa por la Mina y volviánla a echar por do solía ir; y sobre esta agua recibieron asaz daño los cristianos que de algunos que murieron los mas fueron sobre el agua, porque no tenían sino un pozo en la villa, y padecieron los cercados muy grandes penas de sed a causa que los moros les quitaban así el río. Estuvieron cercados el Marqués y aquellos señores y gente que la tomaron veinte y cinco días, tanto se estuvo el Rey de Granada sobre ellos.

El Rey Don Fernando supo en breve tiempo la nueva de lo que estaba fecho aunque estaba lejos en Castilla, y envió a mandar a todos los caballeros del Andalucía, y comunidades que fuesen en socorro del Marqués a descercar a Alhama, y luego se juntaron con el Señor Duque de Medina Don Enrique, Conde de Niebla, grandes gentes de Sevilla y su tierra y sus comarcas, y juntáronse el Conde de Cabra y Don Alonso de Aguilar, y Martín Alonso de Montemayor, y el Maestre de Calatrava Don Rodrigo Girón, y el Adelantado de Cazorla, y el Marqués de Villena, con muchas

gentes de sus tierras y de el Andalucía, de manera que se hizo una muy grande y muy hermosa hueste de muy gran caballería, y peonaje, y juntáronse todos cerca de Antequera, y el Rey Moro de Granada desde que supo que iban sobre él alzó su Real y fuese huyendo a Granada. Y alzó el Real un viernes de mañana a 29 días de Marzo.

Y la gran gente de los cristianos del socorro llegaron a Alhama el domingo siguiente de mañana donde fueron recibidos con mucha alegría de los que dentro estaban; y allí salió el Señor Marqués de Cádiz, y el Adelantado de Andalucía con muchos caballeros a recibir el socorro y a los señores sobredichos, los cuales todos abrazaron y besaron, al Marqués primero, y después a el Adelantado de Andalucía : allí se hicieron aquel día muchas amistades entre dichos señores de algunos enojos y diferencias, que en algunos tiempos habían pasado. Fornecieron la villa de viandas y armas, y de gente de refresco con algunos de los que dentro estaban, y dejáronla por el Rey y Reina de Castilla, y por Capitán y Alcaide de ella al dicho Diego de Merlo, Asistente de Sevilla, con ochocientos hombres de pelea, en los cuales dejó el Maestre cinco Alcaides suyos con la gente de su tierra que ende quedó. Y volviéronse todos por Antequera como uno en sus tierras, y supieron como el Rey Don Fernando estaba en Lucena que venia al socorro, y dende dio vuelta a Córdoba, que supo lo que era fecho y que la gente se volvía.

LIV. CÓMO TORNÓ EL REY MORO A CERCAR A ALHAMA Y ENTRARON EN ELLA POR COMBATE CIERTOS MOROS.

Tornó el Rey Muley Hacen, moro Rey de Granada dende a pocos días sobre Alhama y púsolo cerco y túvola cercada cinco días, en los cuales la combatió muy fuertemente y fizo tirar con una gruesa Lombarda tres tiros; y entraron los moros por una escala que de ante noche habían puesto en un lugar pequeño de unas peñas y vuelta del Adarbe en la villa al tiempo del combate, y estaban ya dentro secretamente cuarenta moros sobidos en el Adarbe, en un compás secreto que no los veía nadie y por subir mas quebróseles el escala y no pudieron subir mas. En esto los cristianos hobieron vista de moros, y desde ellos vieron que los habían visto salieron peleando y dando grito, y muchos cristianos se alteraron y dieron a huir diciendo que sin remedio la villa era tomada, y los moros mataron dos cristianos, y otros cristianos que estaban cerca de allí se esforzaron, y arremetieron donde sintieron que estaba el escala y vieron que se les había quebrado, y atajaron los moros entrados, y mataron de ellos doce, y prendieron veinte y ocho, y murieron muchos moros en aquel combate, y fueron muchos heridos.

Y desde que el Rey moro esto vido alzó el Real, y volvióse a Granada. Y así hobieron allí el Asistente con todos los otros capitanes, con todos los demás que ende estaban la victoria aquel día y mucha honra. Y entre los moros que tomaron hobo ocho moros de buen rescate, y repartieron la presa entre todos.

LV. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO FUE A VER A ALHAMA.

A catorce días del mes de Mayo del dicho año de mil cuatrocientos ochenta y dos, fue el Rey Don Fernando a ver a Alhama con muy grande hueste de gente y entró en ella, y hobo ende mucho placer, y mandola mucho adobar y fortalecer, y mudó la gente, y sacó a el Asistente, y a todos los que ende habían quedado y puso gente de refresco, y puso por Capitán y Alcaide al Señor Luis Puertocarrero, Señor de Palma, del cual estuvo su domada; y después lo mandaron, y pusieron al Comendador Juan de Vera Alcaide que fue de Jaén. Y otro sí de esta vez que el Rey Don Fernando fue a ver a Alhama, vido a Loja, y otros lugares de los moros.

LVI. DE CÓMO EN GRANADA ALZARON OTRO REY, Y DEJARON AL REY VIEJO.

Después que el Rey moro Muley Hacen volvió de Alhama en Granada sin la tomar, luego fue gran división entre los moros, y alzaron por Rey a Muley Baudili su fijo en Granada los grandes de la ciudad. Y alzóse también su hermano Muley Bulahaigue; y fuese de Granada y tomó contra su Padre a Almería, y el otro quedó Rey en Granada; y desde esto vido el Rey viejo Muley Hacen fuese a Málaga y con toda su casa y tesoros; y la mayor parte de este daño le vino al Rey viejo por envidia que habían los caballeros de Granada, por la gran privanza que con él tenía el Ibocacim Vanegas Alguacil de Guarda, que mandaba a Granada y todo el Reino mucho mejor que el Rey. Este Alguacil, era de linaje de cristianos de los Venegas de Córdoba, y su padre y abuelos fueron cristianos y él nació en tierra de moros, y era muy gran servidor del Rey.

LVII. DE LA BATALLA DEL LOMO DEL JUDÍO QUE VENCIERON LOS CRISTIANOS DE UTRERA.

Viernes primero día del mes de Marzo año susodicho de 1482 que fue un día después de la toma de Alhama, acaeció que los caballeros de Utrera que quedaron en guarda de la tierra, los cuales fueron cuarenta y ocho, todos los mas ancianos, mas viejos que mozos, los cuales sabida la nueva que entraban los moros, que como tenían a Zahara, no eran sentidos muchas veces fasta que corrían; y por esto fuéronse a Bornos, llevando por Capitán al Alcaide de Utrera, Gómez Méndez de Sotomayor, y juntáronse con algunos caballeros muy pocos que ahí estaban y con algunos peones, y estando en Bornos el dicho viernes de mañana, amanecieron los dichos moros de Ronda y de su tierra sobre ellos, los cuales eran doscientos y sesenta de a caballo los que allí vinieron, y algunos peones, y el peonaje dejáronlo en la Sierra, y corrieron el campo de Bornos y de Espera, y de Sevilla, y recogieron cuanto ganado hallaron, y los pastores que pudieron haber, en que llevaban once mil cabezas poco mas o menos, íbanse poco a poco con ellas que como no había gente que eran idos a Alhama no había quien se lo contradijese.

Y desde esto vieron los cristianos que estaban en Bornos los cuarenta y ocho de Utrera y diez de a caballo del mismo lugar, y de Arcos seis de a caballo, de Espera otro de a caballo, que fueron todos setenta y dos de a caballo con los Alcaldes de Utrera Sotomayor, y Matheo Sánchez Alcaide de Bornos, todos los mas hombres viejos canos, salieron a trecho de los moros con obra de treinta peones y fuéronse en pos de ellos fasta el cerro que dicen el Lomo del Judío a dos leguas de Bornos; y allí los moros desde que vieron tan poca gente, habido su consejo, diciendo que también los podrían llevar como la Cabalgada, volvieron sobre ellos pensando que les fuirían; y los cristianos desde que los vieron venir, ficiéronse un cuño y apretáronse, y pusieron los peones a un cabo, y esforzáronse los unos con los otros, diciendo unos a otros que todos ficiesen como buenos que Dios, y la Virgen Santa María y el Apóstol Santiago les ayudarían; y los Alcaldes ambos eran hombres esforzados, y esforzaron mucho la gente y pusieronla en orden, y apretáronse mucho todos, puestas sus lanzas de encuentro; y los moros viniéronse para ellos, y queriendo encontrarse soltaron los moros tres espingardas a caballo facia los cristianos, y non les hicieron daño; arremetieron los unos con los otros diciendo los cristianos *Santiago*, y rompieron los unos en los otros; los peones se estuvieron quedos fecho adarve con las puntas de sus lanzas que les non pudieron entrar; y volvióse la pelea; mas los cristianos horadaron luego la batalla de los moros andando muy apretados, y acaudillados, y dieron vuelta otra vez sobre ellos, derribando y matando muchos.

Los peones desde que vieron derribados muchos moros, comenzaron de matar y ayudar a los suyos. Los moros como vieron tantos caídos de ellos y los cristianos en su vigor, comenzaron de huir vencidos, y muertos, y desbaratados; los cristianos siguieron el alcance gran rato, y fueron muertos mas de cien moros y cautivos no mas de tres, y murieron cuatro cristianos, tres de Utrera, y uno de Arcos; y volvieron todo el ganado que llevaban los moros, y cogieron el campo en que hobieron noventa caballos y muchas armas, y volvieron toda la presa que los moros llevaban, y

tornaron con mucha honra a sus casas, y repartieron la presa por todos los que allí se hallaron y pelearon.

Este año fue Juan de Vera, fijo del Comendador Diego de Vera enviado a Granada por Embajador, y estando en la Alhambra hobieron unos moros disputa de cosas de la fe, y un moro Venzerraje, dijo que nuestra Señora la Virgen María, no quedó Virgen después que parió a Nuestro Señor Jesucristo, y Juan de Vera dijo que mentía, y le hirió con la espada en la cabeza, y el Rey Don Fernando se lo agradeció mucho y le dio mercedes.

LVIII. DE CÓMO EL REY FUE PRIMERA VEZ SOBRE LOJA Y NO FIZO LO QUE QUISIERA.

En el dicho año de 1482 después de San Juan de Junio, sacó el Rey Don Fernando su hueste con muchos de los Grandes de Castilla, y fue sobre Loja con asaz artillería, y púsole cerco del un cabo y túbola cercada cuatro o cinco días, y los moros salían a pelear muchas veces por donde mas a mano hallaban las estancias, y cada día les entraban moros de refresco en la villa, que el real no lo podía defender, que estaba entre la villa y el real y estancias, el río Guadagenil. Y un día salieron los moros de la villa a pelear por la estancia donde estaba el Maestre de Calatrava Don Rodrigo Girón, y él salió a pelear con ellos, y diéronle una saetada de que murió luego, y acudió gente del real y hicieron huir los moros.

Y viendo esto el Rey y los Caballeros, y visto como tenían poca gente, y estaban cerca de Granada donde muy presto se podían recrecer, y socorrer a aquella villa mucha gente, ordenaron de alzar el real, porque no se fallaron mas de cuatro mil de a caballo y doce mil peones, y según la calidad de la tierra eran menester para aquel cerco aquellos, y otros tantos; y como los moros de la villa vieron que el real se alzaba salieron a pelear ya que la mayor parte era alzado, y hicieron muy grande alboroto en el real, y muchos caballeros y peones dieron a fuir al Rey mismo; y como vido aquello acudió por aquel lugar con algunos pocos de caballeros diciendo a voces «*tener caballeros, tener caballeros*», y peleó allí él mismo con los moros y desbarató una batalla, atajó otra de cincuenta moros que no pudieron tomar el paso, y no tuvieron otro remedio si no echáronse los mas de ellos en el río donde se ahogaron, y los otros murieron a lanzadas y en esto el real tuvo algún tanto de lugar lo que no era alzado, dese alzar y poner en cobro.

Y como el Rey en esto andaba peleando con los moros recrecíanse mas moros; y vídolo el Marqués de Cádiz y socorriolo con sesenta lanzas dejando el cabo donde estaba, y vino allí y fizo quitar al Rey de aquel peligro y púsose él allí, y salieron otra vez los moros por allí, y fizo el Marqués tres o cuatro vueltas sobre ellos muy esforzadamente con los que con él estaban, y echó una lanza a un moro y atravesolo, y quedó sin lanza, y firiéronle el caballo de una sateada, y con estas vueltas que fizo excusó que no se perdió parte del real. Con todo eso se perdió mucha harina, vino, y algunos tiros de pólvora, en los cuales fueron cuatro o cinco robadoquines.

Y esto fecho el Rey fizo bastecer a Alhama de aquellos bastimentos que habían ido al real, y vínose sin facer lo que quería, y fue escuela al Rey este cerco primero de Loja en que tomó lición, y deprendió ciencia con que después fizo la guerra, y con ayuda de Dios ganó la tierra según adelante será dicho. Y desde esta vez le creció contra los moros muy gran omezillos, y fizo facer sobre la que tenía muy gran artillería de tiros de pólvora en Huezna, y muchos robadores, y guarneciose mucho de todas las cosas necesarias para la guerra: y fizo facer sobre la que tenía muy gran artillería y muchas gruesas lombardas, y labrar en esta Andalucía muchas piedras para ella, y en la sierra de Constantina muy mucha madera para la dicha artillería.

LIX. CÓMO EL REY MULEY HACEM CORRIÓ EL CAMPO DE TARIFA.

En el dicho año de 1482 mientras el Rey estaba sobre Loja, corrió el Rey Muley Hacem el

viejo el campo de Tarifa en que llevó mucho ganado bacuno, como no había caballeros que se lo resistiesen que estaban en el cerco de Loja; y a la salida cerca de Castellar, dieron en la delantera de los moros Pedro de Vera Alcaide de Gibraltar, y Cristóbal de Mesa, Alcaide de Castellar con fasta sesenta de a caballo, y desbarataron ciento y cincuenta de a caballo moros muertos y heridos, y con aquel alboroto se volvieron mas de dos mil bacas de las que llevaban los moros y con todo eso llevaron todavía mas de tres mil bacas, y así el Rey moro se volvió a Málaga, donde entonces reinaba, después que Granada lo despidió tomando por Rey a su hijo MuLey Boabdelin.

LX. DEL DESBARATO QUE LOS MOROS FICIERON EN LOS CRISTIANOS EN EL AJARQUIA DE MÁLAGA.

En el mes de Marzo de 1483 años entraron a correr tierra de moros por Antequera el Maestre de Santiago Don Alfonso de Cárdenas, y el Marqués de Cádiz, y Don Alonso de Aguilar, y Juan de Vera y el Adelantado del Andalucía, y el Conde de Cifuentes Asistente de Sevilla que sucedió después de la muerte del virtuoso Señor Diego de Merlo, y Juan de Robles, Corregidor y Alcaide de Jerez, y recogieron la gente en Antequera, y falláronse con mas de tres mil de a caballo y con pocos peones, según fueron menester para la tierra donde iban. El consejo del Marqués era de combatir a Almojía, y el Maestre no quiso sino que fuesen a destruir los lugares del Ajarquía, para lo cual habían sido munidos y allegados, y para dar vista a Málaga, y hobieron división en el concierto de la entrada a causa que el Maestre tenía adalides que habían sido moros, y decíanle de una manera, faciéndole muy llana y sin peligro la entrada. El Marqués tenía también sus adalides tornadizos, entre los cuales uno era Luis Amar uno de los que le dieron a Montecorto, y facia la entrada por allí muy peligrosa; y en fin siguieron todos la voluntad del Maestre, y dejaron el fardaje en Antequera, y todos los que tenían flacos caballos.

Partieron de Antequera los dichos señores con pocos menos de tres mil de a caballo, y obra de mil peones; y entraron en la Ajarquía de Málaga comenzando de correr, y quemar lugares, y matar y robar, un jueves de mañana víspera de San Benito a veinte días de Marzo, fasta la tarde que se apellidó toda la tierra de los moros sobre ellos; la tierra era muy fragosa y áspera de muchos collizos y lomas, y barrancos, y dieron los moros en la batalla de la rezaga y ficieron mucho daño a saetadas desde arriba de aquellos barrancos como los caballeros no podían dar vuelta sobre ellos, y así mataban y desbarataban mucha gente a cada paso, de manera que se erró en los cristianos; y hobo tan mal acuerdo y tan gran desmán, que no tenían valor para pelear los mas de ellos temiendo la grita de los moros, y las infinitas saetas que cada uno les echaban.

El Marqués por guarecer la gente de la rezaga, quedó atajado aquella noche que no pudo llegar ni pasar a la gran batalla del Maestre y de los otros señores, y allí por amparar la rezaga le mataron el caballo, y quedó con fasta cincuenta de a caballo atajado, y había muchos moros entre él y la otra gente, y estuvo gran parte de la noche allí, y los tornadizos le amonestaron y aconsejaron que saliese por una parte por do lo guiarían, pues no podía juntarse con los demás sin peligro de su persona; y que si allí aguardaba a la mañana amanecerían sobre aquellos moros que lo tenían cercado, otros en gran suma, y que entonces no se podría quizá poner en cobro; y de tal manera se vido afrentado aquella noche, que hobo de tornar el consejo de los tornadizos, y no pudo facer sino escapar su vida a uña de caballo por donde lo guiaron los adalides suyos tornadizos y Luis Amar, y al fin salió a Antequera.

El Maestre y los otros señores con toda la otra gente estuvieron toda esta noche cercados de los moros, con diez mil candelas de fuego ardiendo alrededor que no había por donde saliese uno, ni entrase otro, recibiendo de cada parte muchas saetadas que le tiraban a montón, en que se recibían muchos daños de feridos y muertos. Los moros nunca cesaron aquella noche de velar toda la hueste al derredor, dando gritos y haciendo tantas algazaras fasta otro día viernes de San Benito, de manera que se movió la hueste de los cristianos para se venir puesta su retaguardia a la zaga, y comenzaron de pasar cuestras y barrancos, y los moros con ellos a cada paso revueltos por unas lomas y pasos

muy inustos, y echaban muchas piedras a rodar y con las manos muchas saetas, y salían a las delanteras por donde no podían subir los cristianos, y así mataban y herían; y los cristianos como iban. ahilados, la tierra era tal que no podían hacer vuelta, ni se podían valer unos a otros; y desde que vieron que la gente se ponía en huida, y según la aspereza y hacinamiento de la tierra la gente de a caballo no podía pelear, dijeron al Maestre y a los señores que iban con él en las delanteras los adalides qué si querían escapar que anduviesen presto, antes que los moros les tornaran un puesto grande que adelante estaba, de manera que el Maestre y los otros señores comenzaron de meter espuelas y andar cuanto podían, y como esto vieron los de la hueste y de la rezaga, toda la gente se puso en huida, cada uno cuanto mas podía; y dejaron la vía por donde iba el Maestre muchos caballeros, y tomaron la vía de Alora, y los moros siguieron el alcance, y mataron y cautivaron mil y ochocientos hombres cristianos o pocos menos, en que fueron muertos dos hermanos del Marqués de Cádiz, Don Lope y Don Beltrán, y Pedro Vázquez hermano del Mariscal, y Gómez Méndez de Sotomayor Alcaide de Utrera, y Alonso de las Casas, y otros muchos caballeros de Sevilla y de Jerez y de toda el Andalucía, fueron muertos y cautivos, y fue preso el Conde de Cifuentes Asistente de Sevilla, y Don Diego Ponce de León, hermano del Marqués, y su sobrino Juan de Pineda, nieto del Conde Don Juan, y otros muchos criados y parientes del dicho Señor Marqués.

Y fueron muertos y presos muchos Comendadores de la orden de Santiago, entre los cuales fue muerto Juan de Bazán, Comendador del Almendralejo, que fue un muy esforzado y honrado caballero. Y fueron presos Don Lorenzo Ponce de León, Señor de Villagarcía que era Paje del Maestre, y Juan Zapata sobrino del Maestre, fijo de Pedro Zapata Comendador de Hornachos. Afirmábase entre muchos muertos y cautivos mas de treinta Comendadores faltaban; y fueron presos. y cautivos otros muchos caballeros, criados y parientes de los señores Adelantados y señores Don Alonso de Aguilar, y Alcaldes de esta Andalucía, entre los cuales fueron presos Juan de Robles, Corregidor, y Alcaide y Capitán de la gente de Jerez, Don Juan hermano del Duque de Medina Sidonia, Don Manuel sobrino del Marqués fijo de Don Pedro de Guzmán el Vayo, Monsalve, Juan Gutiérrez Tello, Diego de Fuentes, y Pedro Esquivel, veinte y cuatro de Sevilla, y Gómez de Figueroa, y Gonzalo de Saavedra, Alcalde mayor y veinte y cuatro de Córdoba, y otros semejantes fidalgos y ricos hombres.

Así que el desbarato fecho, los moros cogieron el campo y juntaron la cabalgada en Málaga en que juntaron ochocientos veinte y cinco hombres, en que había en ellos doscientos cincuenta hombres principales caballeros, y Alcaldes, y Comendadores, y generosos y fidalgos de grandes rescates, a los cuales apartaron luego y llevaron a la Alcazaba, y pusieronlos aparte, y quedaron allí en el corral quinientos setenta y cinco, estos fueron sin algunos que los mas hurtaron los moros, y sin algunos que después fallaron.

Este desbarato hicieron muy pocos moros maravillosamente, y pareció que nuestro Señor lo consintió, porque es cierto que la mayor parte de la gente iba con intención de robar y mercadear, mas que no de servir a Dios, como fue probado y confesado por muchos de ellos mismos que no llevaban la intención que los buenos cristianos han de llevar a la pelea o batalla de los infieles, que han de ir confesados, y comulgados y fecho testamento, y con intención de pelear y vencer a los enemigos en favor de la santa fe católica, y hobo muy pocos que la tal intención llevasen; mas por la mayor parte iban todos puestos en codicia de haber por robo cosas y alhajas como las de Alhama, diciendo que muchos fueron ricos de Alhama; y otros muchos llevaron muchos dineros y encomiendas de sus amigos para comprar de las cabalgadas que habían de hacer, esclavos y esclavas, y ropas de seda como si hecho lo tuvieran, y pensaban sin dar y temer a nuestro Señor Dios el mal propósito que para esto llevaban, quiso por castigar los malos que recibiesen pena los buenos; que dijeron los cristianos que fueron presos, que puesto caso que había muchos moros en los cerros y de cada cabo, que todos los moros que hicieron el destrozo y daño que no fueron sino fasta quinientos peones y cincuenta de a caballo, y que todos los otros no llegaron fasta que estaba fecho el desbarato.

Los señores Marqués, y el Maestre, y Adelantado Don Alonso de Aguilar, y todos los que

escaparon vinieron a Antequera, y muchos fueron a parar a Alhama y otras partes, y muchos estuvieron por los montes ocho días comiendo yerbas y bebiendo agua, y después salían andando de noche, y de día escondidos; y acaeció que venían fuyendo y venían a parar a Herbar que es un Castillo que tenían los moros, donde estaban tres o cuatro moros, que estaba a cuatro leguas de Antequera, y como vieron aquellos moros venir por allí dos o tres cristianos, presumieron lo que era que venían desbaratados, y salieron y cautiváronlos; y después vieron venir mas, y dejaron en la fortaleza dos moros con los presos, y soltóse uno de los cristianos, y mató a el un moro y firió el otro, y alzóse con la fortaleza, y tuvieron él y los otros dos que él desató fasta que le vinieron a poner cobro los señores. Y aquellos que escaparon juntos en Antequera, esperaron todos los que venían, y recogido cada uno los suyos, y visto los que le faltaban con mucho enojo, dolor y angustia, se fue cada uno en su tierra donde ya se os entiende con que placer podrían recibirlos. Y fue llamada por mal de los cristianos, y es hoy día la de la Ajarquía, otros le llaman la de las Lomas, y de aquí creció mas la enemiga entre cristianos y moros.

LXI. DE CÓMO FUE PRESO EL REY MORO MULEY BAUDILI CERCA DE LUCENA.

La fortuna que nunca para, ni deja en un ser mucho tiempo permanecer las glorias mundanas, ni a los malos disimula sus maldades y yerros luengamente para que siempre hayan de perseguir a los buenos, mas por divina ordenación vemos que los malos, aunque en algún tiempo prevalecen, presto son consumidos, y los buenos, aunque algunas veces perseguidos por que no conozcan a Dios, siempre Dios los socorre y consuela; y así estando esta Andalucía en muy gran tristeza y no limpios los ojos de llorar en ella y en gran parte de Castilla donde tocó el dolor; los moros muy enlocanados por la victoria, y no contentos con lo pasado que se había fecho en las Lomas, ordenaron entrar a correr Loja tierra de cristianos, pensando que por temor del estrago fecho no habría quien les ficiese resistencia; y fue de esta manera, que el Rey moro Muley Baudili que reinaba en Granada, desde supo el desbarato que se había fecho en los cristianos aderezó su gente, y sacó su hueste desde Granada, en que había nueve mil peones y setecientos de a caballo, y entró a correr el campo de Aguilar y de Lucena, y desde fueron vistos por los cristianos, apellidóse la tierra y salió el Alcaide de los donceles con fasta setenta de a caballo, y unos pocos de peones, y asomó por un cabo y lado de los moros; y asomó el Conde de Cabra por el otro cabo y lado de los moros, con fasta doscientos de a caballo y cuatrocientos peones.

Y los moros en el campo volvían ya de vuelta, y el Alcaide de los donceles fizo tocar una trompeta cerca de la delantera de los moros, y el Conde de Cabra fizo tocar sus trompetas, y los unos cristianos con los otros esforzárónse, puesto caso que eran muy pocos en comparación de tantos moros, se esforzaron unos con otros. Y el Rey de Granada y su hueste estaban en un llano, y como los cristianos asomaron por los cabezos, no podían bien juzgar si eran pocos o muchos, y comenzaron a desmayar por el sonido de las trompetas de cada parte, y el Conde por su cabo con su gente bien cogida rompió por medio de los moros, y no menos hizo el Alcaide, aunque tenía muy poca gente, por la otra parte; y desde los moros se vieron cometidos por dos partes, pensaron que toda Castilla estaba allí, y comenzaron a fuir como cobardes y cortados, no mirando la honra de su Rey toda la peonaje; y de la gente de a caballo algunos, y otros, recibieron ferozmente los primeros encuentros en que los cristianos derribaron muchos de ellos, como ellos usan cabalgar corto, ficeron por cada parte entrada y salida en ellos, y desbaratáronlos, y entonces comenzaron todos a fuir, y los cristianos a los seguir, y derribando, y matando en ellos hasta el río de Guadagenil, el cual iba entonces crecido, y no lo podían pasar salvo por ciertos vados; y de los que allí llegaron muchos se metieron a el agua y fueron ahogados; así que orilla del río fueron muchos muertos a lanzadas, y muchos ahogados en el río, en tal manera que de todos los moros así de a caballo como de a pie, escaparon muy pocos en esta batalla y alcance a lo que se pudo ver; es a saber: fueron muertos y presos todos los setecientos de a caballo que no escaparon, salvo algunos pocos que hobieron lugar

de pasar el río, y otros escondidos; y fueron muertos y presos siete mil peones poco mas o menos.

Así que se estragó y pereció casi toda la hueste de los moros que habían entrado, entre los cuales el Rey moro fue preso; y el Alatar viejo Alcaide de Lora, que era un esforzado y nombrado moro, fue muerto y ahogado en el río que nunca jamás pareció ni entre los muertos pudo ser conocido; era hombre de mas de sesenta años, el cual había fecho desde su mocedad guerra a los cristianos. Y habida la victoria, los cristianos cogieron el campo, donde hobieron muy gran cabalgada y riquezas; primeramente, el Rey moro cautivo con otros caballeros moros, muchos y de grande rescate, y otros muchos cautivos de mediano rescate, y otros muchos de común rescate y valores, y muchas acémilas, y fueron tantas, que se maravillaron los cristianos donde había tantas acémilas, y los moros cautivos les dijeron que cada peón traía una acémila, o al menos entre dos peones una acémila, por amor del trabajo de las tres marchadas, y por las vituallas del comer, y aun por parecer mas gente de a caballo; y hobieron muchas armas y ropas, y oro, y plata, y caballos; y así volvieron el Conde de Cabra, y el Alcaide de los donceles, con la cabalgada y muy honrados.

Y Don Alonso de Aguilar, en este medio tiempo estando en Antequera, supo el desbarato de los moros, y salió al campo a la delantera de los que habían escapado, y hobo mas de ochenta moros que tomaron él y los suyos. El primer moro de los de a caballo que entró solo en Loja, fue uno que se llamaba Cidi Caleb, sobrino del Alfaquí mayor del Albaicín de Granada, y como lo vieron así solo, fue muy grande alboroto por un poco en la villa, y dijéronle ¿caballero, do el Rey y la gente? y él respondió: allá quedan, que el Cielo cayó sobre ellos, y todos son perdidos y muertos. Entonces comenzaron en Loja muy gran llanto, y muy gran lloro y tristeza, y este moro mesmo llevó la nueva a Granada, donde la gente de ella fue muy triste y cuitada, y fue muy llorada por los moros la pérdida del Rey: y sabed que los que con él se perdieron, eran todos los mas caballeros de los mejores y mas principales de Granada, y de Loja, y de toda la frontera. El Conde de Cabra, y el Alcaide de los donceles, desde que conocieron al Rey moro entre los presos, guardáronle y ficiéronle mucha honra, y presentáronlo al Rey Don Fernando desde que vino a Córdoba, el cual no tardó de venir de Castilla desde que supo la victoria habida por los cristianos, al cual el Rey lo tuvo preso algún tiempo, y después lo soltó sobre rehenes, y volvió en tierra de moros, y algunos de los caballeros moros no le obedecieron, en algunos lugares lo recibieron, y en algunos no. Fue llamada esta batalla por mal de los moros, la de Lucena, otros le llamaron la del Rey moro, por que fue allí cautivo.

LXII. DE CÓMO LOS MOROS TORNARON A TOMAR POR REY AL REY VIEJO.

En el dicho año de 1483, luego como los moros de Granada vieron perdido a el Rey, y vieron que era tanta gente con él estragada y perdida, enviaron por el viejo a Málaga que volviese a reinar, y vino luego y apoderóse en Granada como antes estaba, y tuvo la ciudad fasta San Juan del año de 1485 que fueron tres años, en su honra y prosperidad; y en aquel tiempo todo, tenía la ciudad de Almería contra él, su fijo Muley Baudili Agije el Infante, por su hermano el que se había perdido cerca de Lucena, y en este tiempo el Rey cautivo se deliberó por rehenes y ciertos partidos secretos, de poder del Rey Don Fernando, y fue a Granada, y no le quisieron recibir, y fuese a Guadix, y allí lo recibieron, y allí estuvo algún tiempo fasta que salió de allí para ir a Vera, y desde que salió de Guadix, nunca mas lo quisieron acoger en ella, y estuvo en Vera fasta que mataron a su hermano el Infante en Almería, y entonces huyó él y vínose a Castilla, y estuvo acá algunos días, y después volvióse a Vera, y estuvo allá fasta que se tomó Loja, que se vino a Granada, y lo acogieron en el Albaicín, y en todo este tiempo había división entre los moros como adelante se dirá.

LXIII. CÓMO EL REY DON FERNANDO TOMÓ A ZAHARA A LOS MOROS.

En el mes de Junio año susodicho de 1483, fue el Rey Don Fernando a meter la recua a

Alhama poderosamente, y combatió a Zahara, y tomóla por fuerza de armas, y tomó los moros cautivos que fueron ciento, o poco mas o menos, que guardaban la fortaleza o villa que la gente menuda no osó toda aguardar, y fizo talar la Vega de Granada, y tuvo allá el San Juan; y en Zahara hubo mucho trigo, y cebada y gran presa, de lo cual fizo bastecer a Alhama, y sacó de ella a Luís Puertocarrero, y dejó al Conde de Tendilla por Capitán y Alcaide; y de esta vez quedaron los moros de Granada muy atemorizados de el Rey Don Fernando de ver tanta y tan noble caballería y gente como llevaba, entró y salió esta vez en Alhama dando vista a Granada.

LXIV. DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIAS.

Las islas de Canarias son siete situadas dentro en el mar Océano, mas vecinas y cercanas de tierra de África que de otra tierra; yendo de Cádiz a ellas queda la tierra a la mano siniestra; son vecinas a la tierra de la mas pequeña algunas quince leguas, y algunas treinta leguas, y algunas cincuenta leguas, poco mas o menos. La mas pequeña linda con la tierra de Tagaos y Mesa; es la primera isla como van de Castilla, Lanzarote que es tierra de mucho pan y ganado, especialmente cabras; es tierra para plantar viñas y árboles, salvo que no las ponen por el mucho ganado que los comen y destruyen; no tienen aguas dulces, beben los hombres y ganados aguas llovedizas que cojen en cisternas que llaman maretas, es tierra de muchos conejos y palomas, pocos vecinos, y moradores menos de ciento, tienen buenos pescados, hay desde Cádiz allá doscientas leguas.

Es luego Forte Ventura, llámase la población el Valle de Santa María, es tierra de muchas aguas dulces de ríos, hay muchas cabras, pocas vacas, parras de uvas, huertas, y almendras y otros árboles: está tres leguas mas allá de Lanzarote.

Gran Canaria es luego, que es grande isla, muy virtuosa, de muchas aguas y ríos dulces, y muchos cañaverales de azúcar, y tierra de mucho pan, trigo, y cebada, y vino, y higueras, y muchas palmas de dátiles, y es tierra para muchas plantas, tiene buenas viñas y muchos conejos, está diez y ocho leguas adelante de Forte Ventura.

Tenerife es luego que es tierra muy virtuosa de pan y ganados, y de aguas dulces, donde hay una sierra de las mas altas del mundo, que ven encima de ella algunas veces arder llamas de fuego como hace en Monjebel en Sicilia: es grande isla, había en ella nueve Reyes y nueve parcialidades que sojuzgaban toda la otra gente, es tierra de mucho pan como dicho es, y muy aparejada para plantar viñas y huertas, y todas las otras cosas necesarias a la vida de los hombres; está doce leguas adelante de la Gran Canaria.

La Gomera es luego seis leguas de Tenerife, es muy virtuosa tierra de pan, y de ganados, y de azúcares, y aparejada para plantar viñas y árboles de todas plantas.

La Palma es luego, y es tierra de mucho pan y azúcar, y aguas dulces de la calidad de la Gomera, hay en ella pastel hay todas en todas estas islas. Archila está cuatro leguas adelante de la Gomera, y no hay pastel sino en ella.

El Fierro es la cabeza de todas, y mas lejos es tierra áspera, a lugares: tiene muchos puercos, y de todos ganados hay en ella: no tiene ningunas aguas dulces salvo de cisternas y maretas; del agua lluvia beben los ganados.

En esta isla hay una gran maravilla de las del mundo, que el pueblo bebe del agua que un árbol suda por las hojas. Hay un árbol de manera de un álamo, y es verde todavía que nunca pierde la hoja, y su fruto que da es unas bellotillas que amargan como hiel, y si las comen son medicinales, y no hacen daño al cuerpo, y es de altura de una lanza mediana; tiene grandes ramas y copa; es de gordor cuanto pueden abrazar dos hombres; el pie de él suda maravillosamente gotas de agua continuamente, que caen en una alberca cuesta abajo de él, de tal manera que una gota de agua no se puede perder. De allí han abasto de agua toda la que pueden beber todos los de la isla, que solía haber ochenta vecinos, y todos y sus casas son hartos, y abastados de aquel árbol; son las hojas y color como de laurel, sino que son un poco mayores. No hay en todas siete islas árbol de aquella natura, ni en toda España; ni hay hombre que otro tal haya visto en parte ninguna; y por esto parece

bien que es misterio de Dios, y que quiso dar allí aquel agua de tal manera por dar consolación a las gentes que en otro tiempo allí fueron echadas, donde otro pozo ni fuente dulce se falló jamás, ni falla.

Estas siete islas tenían siete lenguajes, en cada una el suyo, que no se entendían ni parecían unos a otros, los cuales ahora los de la nación de ellas, se retienen entre ellos. Antes de ser ganadas de cristianos, en todas andaban desnudos como nacieron, ellos y ellas, salvo en la Gran Canaria traían unas bragas de palmas como por gala, ellos y ellas; empero no cubrían bien los lugares inhonestos, porque no eran cerrados por abajo, salvo una cuerda ceñida por las caderas, y de allí colgaban unas flocaduras de palmas rípiadas.

En todas estas siete islas tenían mucho ganado de que parecía que Dios les proveyó, en especial cabras de que comían carne, y leche, y manteca, y queso, y hacían mantas de los pellejos con su pelo muy sobados y adobados, en que se echaban, y tamarcos, que se cobijaban algunas veces por el sol, y por el aire, que traían en los hombros, y en las espaldas. Criaban los niños desde nacían, envueltos en pellejos de cabritos chiquitos; y de los matrimonios de las mujeres, cada uno tenía su mujer o mujeres, empero por muy livianas cosas se partía el matrimonio, y ellas, y ellos, se comunicaban con quien querían; eran idólatras sin ley. En la Gran Canaria, tenían una casa de oración llamaban allí *Toriña*, y tenían allí una imagen de palo tan luenga como media lanza, entallada, con todos sus nervios, de mujer desnuda, con sus miembros de fuera, y delante de ella una cabra de un madero entallada, con sus figuras de hembra que quería concebir, y tras de ella un cabrón entallado de otro madero, puesto como que quería sobir a engendrar sobre la cabra. Allí derramaban leche y manteca, parece que en ofrenda, o diezmo o primicia, y olía aquello allí mal a la leche o manteca. No tenían hierro de que se servir, salvo de algunos desbaratos que hacían en los cristianos que les facían guerra, algunas armas y cuchillos se servían.

Sembraban el trigo y cebada con cuernos de cabra metidos en varas, especialmente en Gran Canaria en lugar de arados, y así volvían la tierra y cubrían el grano, y cogían en gran multiplicación de una medida cincuenta y más; no hacían pan, salvo gofio envuelto el grano majado con la leche y con la manteca. Fue preguntado a los mas ancianos de Gran Canaria, que si tenían alguna memoria de su nacimiento, o de quien los dejó allí, y respondían: *nuestros antepasados nos dijeron que Dios nos puso y dejó aquí, y olvidonos, y dijéronnos, que por la vía de tal parte se nos abriría y mostraría un ojo o luz por donde viésemos*, y señalaban hacia España, que por allí habían de ver, y se les había de abrir el ojo por donde habían de ver.

Son en todas estas islas hombres de buen esfuerzo, y de grandes fuerzas, y grandes braceros, y hombres livianos y ligeros, y mas los de la Gran Canaria. Son en todas las islas hombres razonables de buenos entendimientos, y de agudo ingenio, por ser silvestres y pastores ellos y ellas, y son gente fiel, y caritativa, y de verdad, y buenos cristianos.

LXV. CÓMO FUERON CONQUISTADAS PRIMERO ESTAS ISLAS.

Fueron conquistadas estas islas la primera vez por un capitán francés que andaba de armada por la mar, llamado Monsen de Bethencourt, en el año de 1400 o muy poco antes o después, según parece por razón de los tiempos, creo que sería en tiempo del Rey Don Enrique III, en aquellos diez años que reinó, o en el comienzo de la tutela del Rey Don Juan II su fijo, que comenzó a reinar de veinte meses en el año de 1407 años.

Y hobo victoria aquel capitán de las cuatro islas, de ellas de las mas pequeñas, y menos poderosas, conviene a saber: Lanzarote, Fuerte-ventura, La Gomera, El Hierro. Estas ganó, y tomó y sojuzgó, y con las otras no pudo, y quedaron por ganar en su vigor. Este capitán Monsen de Bethencourt, no contento con ellas buscó quien se las comprase en Sevilla, y compróselas el Conde de Niebla Don Juan Alonso, padre del primer Duque de Medina, que fue el Duque viejo Don Enrique, y el dicho Conde no contento con ellas las vendió y trocó por ciertos lugares a Fernán Peraza caballero de Sevilla que vivía con él, y Fernán Peraza las tuvo, y señoreó y poseyó cuanto

vivió, y aun hizo guerra a las otras tres, donde en la conquista de la Palma le mataron los palmeses un hijo llamado Guillen Peraza, soltero, que no tenía otro varón, y por eso quedó su hija doña Inés Peraza por heredera y señora de las islas, y el dicho Fernán Peraza nunca pudo ganar ni señorear las tres islas. Conviene saber: Gran Canaria, Tenerife y la Palma; empero por halagos, como quier que fue, los regimientos de todas tres le besaron la mano por su Rey y Señor, y llamabanle las gentes Rey de Canaria. No sé yo si él se intituló de ello.

Murió Fernán Peraza, señor de las dichas islas, en buena fama de muy buen caballero que fue, y dejó casada a su hija dona Inés Peraza con Diego de Herrera, caballero de Castilla, hermano del mariscal de Ampudia, y quedaron ella y su marido señor de las dichas islas, y llamábanlos Rey y Reina de Canaria, y durante su matrimonio hobieron tres fijos y dos hijas, a Pedro García de Herrera, y Fernán Peraza, y Sancho de Herrera, y a doña María de Ayala, que casó en Portugal con el conde de Porto-alegre Don Diego de Silva, y a doña Fulana que casó con Pedro Fernández de Saavedra, fijo del mariscal de Zahara, y señorearon las cuatro islas suyas, empero nunca pudieron sojuzgar las tres.

Y luego como el Rey Don Fernando y la Reina doña Isabel vinieron a Sevilla a la primera vez, sabiendo la ferocidad de aquella gente de aquellas tres islas, y la fertilidad de la tierra, propusieron conquistarlas, y enviaron a la Gran Canaria a Juan de Rejón, y Pedro del Algaba, dos capitanes con quinientos hombres, y ficiéron la torre donde es ahora la población, y hobieron discordia entre ambos capitanes y envidias, y siendo compadres y mucho amigos, mató Juan de Rejón a Pedro del Algaba; y después fizo matar Fernán Peraza, fijo de Diego de Herrera, a Juan Rejón: así el malo feneció mal.

No contentos de esta conquista Diego de Herrera y doña Inés Peraza, pusiéronse a justicia con el Rey y la Reina, diciendo que era la conquista suya. Hallóse por justicia, que pues eran vasallos, no se podían llamar Reyes, y que a ellos seria imposible sojuzgar ni ganar aquellas tres islas, que perdiesen la acción que a ellas tenían, y recibiesen cinco cuentos de maravedís, y tanto les dieron. Y así quedó la conquista de aquellas tres islas al Rey y Reina de Castilla, y la obediencia de todas; y vista la discordia de aquellos dos capitanes, enviaron el Rey y Reina allá a Pedro de Vera por capitán mayor como dicho es, y quedaron señores de sus cuatro islas Diego de Herrera y doña Inés Peraza, y falleció él de esta presente vida dende a pocos días después de hecho el partido, y vivió ella después mas de veinte años viuda, y gobernose muy bien como muy noble, y muy varonil y virtuosa dueña, y falleció en Sevilla en buena vejez de edad de mas de ochenta años.

LXVI. DE LA ISLA DE LA GRAN CANARIA, Y QUIEN Y CÓMO LAS GANÓ, Y DE SUS COSAS.

En la Gran Canaria había dos Guardatemes y dos Fagzames; los Guardatemes eran reyes en lo seglar, y en todo mayores, los Fagzames eran así como en lo espiritual como obispos; el uno era rey, y el otro obispo de Galda, y el otro rey de Telde, y el otro Obispo de Telde, que eran dos parcialidades y dos reinos en toda la isla; y era mayor el rey de Telde de mas gente que el otro, y el rey de Galda se fizo amigo de los cristianos y aseguróse y fizose vasallo del Rey de Castilla, y enviólo Pedro de Vera a Castilla, donde el Rey y la Reina le ficiéron mucha honra, y lo vistieron, y fizo con ellos su amistad y prometió, de serles siempre leal, y volvió en Gran Canaria, y ayudó mucho a hacer la guerra al Rey.

Y hubieron un día una batalla en el invierno del año de 1483 en una sierra, fortaleza de peñas y puertos que llaman Ventangay y tenían la fortaleza del risco los de Telde, y los cristianos y Pedro de Vera, su capitán mayor, y un vizcaíno que llamaban Michel, que era capitán debajo de Pedro de Vera; el rey de Galda con sus canarios tenían la cuesta abajo, y llevaron de vencida al rey de Telde, y retrájose con su gente a Ventangay, y volvieron sobre los cristianos a pedradas, y mataron muchos de los delanteros, y entre ellos al capitán Michel que se había metido mucho en ellos, y los cristianos desmayaron, y volvieron a huir, y los canarios de la parcialidad se pusieron a la frente, y

el mismo rey de Calda, y defendieron a los cristianos, que si así el rey de Galda no lo ficiera, no escapan aquel día sino a uña de caballo. Y vista la flaqueza de los cristianos, la hueste de Telde al Guardateme de Galda dijo: *«Conoce este día y quitate de enmedio, y mataremos todos esos cristianos, y quedaremos libres vosotros, y nosotros, y nunca nos podrán sojuzgar.»* Y dijo el Guardateme, *«no quiero, que no faré traición por cierto, que así lo tengo prometido.»*

Y aquel día se volvieron los cristianos vencidos poco a poco dejando muertos mas de doscientos hombres con Michel, y murieron de los canarios contrarios mas de cien hombres, y dende a quince días tomaron los cristianos de noche a Ventangay; y los de Telde viendo que no se podían amparar ni defender, diéronse a partido a Pedro de Vera, con su Guardateme, diciendo, que querían ser cristianos y los dejasen libres, y así los recibieron, y bautizolos el Obispo de Canarias Don Juan de Frias; y Pedro de Vera, diciendo que fuesen con él en las carabelas a facer cabalgada y correr a Tenerife para ganar para los vestir, con este engaño debajo de tilla en las Carabelas los envió a España, y los trajeron a Cádiz, y a el Puerto, y dende a Sevilla el año de 1483 años, cerca de San Juan de Junio.

Fue Alonso de Lugo en esta conquista capitán, al cual los canarios querían mucho, porque con mucho amor los trataba y conquistaba; era medianero muchas veces entre ellos y Pedro de Vera, en las paces, y treguas y conciertos. Y si de la manera susodicha Pedro de Vera, no sacara los isleños de aquella isla con aquel engaño, fuera gran maravilla poderlos sojuzgar, que había entre ellos seiscientos hombres de pelea, grandes y muy ligeros, y braceros y esforzados, y muy feroces, y tenían en lugares muy fuertes, tierra y pasos para se poder defender.

Quedaron entonces en Canarias las mujeres todas y la gente menuda, las cuales después las enviaron en Castilla, y les dieron casa en Sevilla, y toda la parcialidad del rey de Telde vino a Sevilla, y fueron allí vecinos a la puerta de Mihojar; y muchos se mudaron donde quisieron libremente, y muchos se finaron que los probó la tierra, y después los volvieron por su grado en las islas en la misma Gran Canaria, desde estaba poblada de gente de Castilla, los que quedaron; y muchos llevaron a la conquista de Tenerife, donde murieron asaz de ellos. Y así el Rey Don Fernando y la Reina Doma Isabel conquistaron y ganaron la Gran Canaria, y había en ella los lugares y aldeas siguientes poblados.

Telde, de donde se intitulaban el Rey y un Obispo. Galda, de donde se intitulaban el otro Rey y el otro Obispo. Araguacad. Arajines. Themensay. Atrahanaca. Atairia. Atagad. Adfatagad. Furic. Artenaran. Afaganige. Areaganigni. Arecacasumaga. Atasarti. Aeragraca. Arbenugania. Arerehuy. Afirma. Aracuzem. Artubrigains. Atamaraseid. Artagude. Aregayeda. Aregaldan. Areagraxa. Areagamasten. Areachu. Afurgad. Arehucas. Aterura. Atenoya. Araremigada. Ateribiti Arautiagata.

Todos estos lugares tenían poblados al tiempo que la conquista se comenzó. Había entre estos canarios hombres fidalgos y caballeros, a quien los otros tenían acatamiento: había entre ellos y ellas, diversas leyes y costumbres. Cuando habían de casar alguna doncella, poníanla después de concertado el matrimonio ciertos días en vicio a engordar, y salía de allí y desposábanlos, y venían los caballeros y fidalgos del pueblo ante ella, y había de dormir con ella uno de ellos primero que el desposado, cual ella quisiese, y si quedaba preñada de aquel caballero, el hijo que nacia era caballero, y si no los fijos de su marido eran comunes, y para ver si quedaba preñada, el esposo no llegaba a ella fasta saberlo por cierto, por vía de la purgación. Esta y otras costumbres gentílicas y como de alimañas, tenían, y así como bestias no habían empacho de sus vergüenzas, ellas y ellos.

Eran grandes criadores de cabras y ovejas, y las mujeres ejercitaban tanto el trabajo como los hombres, y aun mas, para los mantenimientos de sus casas. No tenían viñas, ni cañas de azúcar, ni había en la isla la riqueza y fertilidad que hoy, salvo figueras muchas; y desde fueron los cristianos, pusieron parras y viñas, y cañaverales de azúcar, y llevaron ganados, que ellos no tenían sino muchas cabras, y trigo, y cebada; no tenían caza de conejos; y de un conejo, y una coneja que los cristianos llevaron, se hicieron tantos en tan poco tiempo, que toda la isla era llena de ellos, y les comían las cañas de azúcar, y plantas, y cuanto tenían que no sabían que remedio poner; y llevaron muchos perros, y dieron por mucha manera a los destruir y apocar, y cercaron las heredades que

pudieron, y así se remediaron, y tienen de ellos cuanta caza quisieren y los tornan con poco trabajo.

LXVII. DE LA BATALLA QUE COMUNMENTE SE DICE LA DE LA LOPERA.

En el mes de septiembre a diez y siete, miércoles, año susodicho de 1483, después que el Rey moro viejo fue recibido en Granada por Rey a causa del cautiverio de su fijo, vinieron de su licencia y mandado mil y doscientos de a caballo, o pocos mas, escogidos, a correr tierra de cristianos, en los cuales vinieron muchos Alcaldes y hombres principales, y recojiéronse en Ronda, y entraron por Zahara, y trujeron consigo gran peonaje el cual dejaron en la sierra, y todos los caballeros entraron por Lopera a correr el campo de Utrera, y el Coronil, y los Molaes; y echaron trescientos de a caballo a correr la vía de Utrera, los cuales llegaron a dos leguas de él, y ciento y cincuenta al Coronil, que llegaron cerca del lugar, y quedaron los otros en la celada; y los que fueron al Coronil corrieron el campo y recogieron el ganado, que fue una gran boyada y vacas, y todo lo que hallaron; y al rebato salieron de Utrera sesenta de a caballo y algunos peones, y dieron en la zaga de los corredores moros, no acobardando de pelear con ellos; y en chico espacio por una tierra mas áspera que llana, derribaron fasta treinta moros, de los cuales algunos mataron del todo; y desde los moros vieron a los cristianos salidos de lo áspero a un llano, ya estaban todos cerca de la celada, y volvieron gran parte de los trescientos corredores sobre los cristianos, y los cristianos huyeron a meterse en un monte que estaba allí cerca; y en aquella vuelta mataron los moros siete o ocho cristianos, y en esto vinoles a los moros nueva que fuesen presto que tenían en la celada la batalla aparejada, y los cristianos al rostro, que no curasen de la cabalgada.

En esto vino otra nueva que la celada era desbaratada, y que los cristianos venían ya sobre los mismos corredores, y parecían ya muchos cristianos en el campo. Entonces los moros corredores se fueron huyendo, de ellos al monte donde los cristianos de Utrera se habían metido, de ellos por otras partes; y en aquel monte acaeció, donde estaban los cristianos meterse los moros en las mismas matas a esconder, dejados los unos y los otros los caballos desamparados, y desde los cristianos conocieron que los moros huían, salieron y tomaron sus caballos y otros, y cautivaron de aquellos moros los que pudieron fallar, y de ellos siguieron el alcance.

Y la pelea de la celada fue de esta manera: que de la entrada de estos moros habían avisado las guardias de la frontera al Alcaide de Morón Figueredo que era un esforzado caballero, y él lo fizo saber luego y muy aprisa en toda la comarca, y juntáronse cerca del Coronil, el Alcaide de Morón, y Martín Galindo, y el Señor de Palma de Micergilio Luis de Puertocarrero, y otros capitanes, con la gente de Écija, y Morón, y Osuna, y Antón Rodríguez Alcaide que después fue de Zahara, con la gente de Marchena, y tenía señas y trompetas, y asomaron sobre la celada, después de haber comido y bebido, y aderezado cada uno su caballo y armas como convenía para el tan cierto ejercicio que habían de haber de batalla, y asomaron sobre los moros que estaban quedos y mal aparejados en un llano, y los cristianos se apretaron y estuvieron un poco parados, y los moros se apercibieron muy bien, y los cristianos mandaron tocar una trompeta y se fueron a los moros, y los moros se vinieron a ellos esforzadamente, y rompieron los unos con los otros, y volvióse la pelea, y a los primeros encuentros fueron derribados y muertos muchos moros, y hecho muy gran destrozo en ellos, y comenzaron a huir y los cristianos a los seguir, y en torno de media legua, con los que murieron en la batalla, quedaron muertos mas de cuatrocientos moros; y no murieron cristianos ningunos en esta batalla, que sabido fuese. Ca, Nuestro Señor y Santiago, cuyo apellido invocaron, los guardó, y los cristianos siguieron el alcance cuanto vieron que convenía, y mataron en la dicha batalla y alcance los caballeros susodichos, en los que pudieron ser contados, seiscientos moros en trecho de una legua; y fue esta batalla en la Fuente de la Higuera cerca de Lopera, y los cristianos cogieron el campo donde hobieron moros cautivos y muertos, y caballos y armas, y ropas, y volvieron con mucha honra a sus casas.

El Marqués de Cádiz estaba en Jerez al tiempo que le avisaron de la entrada de estos moros, y vino a Arcos, y dende al río de Guadalete del cabo de Zahara, y cuando llegó allí ya los moros que habían escapado iban fuyendo pasado el río, y siguióles, y hobo noventa moros y cien caballos que

llevó a Arcos, y los caballeros de Jerez llevaron cerca de otros tantos que les dio, que les tocaron de sus partes, que se hallaron con él, y envió el Marqués empresentados de aquellos caballos al Rey, ocho caballos; y el Alcaide de Ronda, y el de Setenil escaparon de esta manera. Eran ellos los que llevaban la boyada de la campiña de Utrera, y desdeque vieron que la celada era desbaratada, tomaron con fasta treinta de a caballo, y metiéronse en tierra de cristianos la vía de Lebrija, guiándolos un Elche que sabia la lengua y tierra, y anduvieron aquel día fuera de camino fasta la noche, que fueron a pasar a Guadalete por cerca de Arcos, guiándolos el dicho Elche, que era un traidor que había sido cristiano y era moro, el cual sabia bien la tierra, y llamábanlo el Panero, y oí decir que era de Arcos. Allí fueron aquel día muertos y cautivos muchos caballeros y Alcaldes moros ricos, y de grandes rescates; entre los cuales fueron cautivos el Alcaide de Málaga, y el de Alora, y el Alcaide de Marbella, y el del Burgo, y el de Comares, y el de Coín, y el de Vélez Málaga. Y de los peones moros no peligraron, salvo algunos mancebos que entraron entre los caballeros a las espuelas, y otros que se atrevieron a su ligereza, porque todo el peonaje quedó en la sierra. Fue esta batalla miércoles diez y siete de septiembre, día de las cuatro témporas de Santa Cruz, año susodicho de mil cuatrocientos ochenta y tres.

Quedó de esta vez muy turbado el reino de Granada, en especial Málaga y Ronda, y sus comarcas, que perdieron la mas de la caballería; y en el despojo de la batalla se hobieron muchas ricas corazas, y capacetes y baberas, de las que se habían perdido en el Ajarquía, y otras muchas armas, y algunas fueron conocidas de sus dueños que las habían dejado por huir; y otras fueron conocidas que eran muy señaladas de hombres principales que habían quedado muertos o cautivos; y fueron tomados muchos de los mismos caballos con sus ricas sillas, de los que quedaron en la Ajarquía, y fueron conocidos cuyos eran. Ansí en pago de la de la Ajarquía, esta la segunda, en que por la misma forma que los moros ofendieron fueron ofendidos, y aquellos que lo ficieron, aquellos lo vinieron apagar por mal de los moros. Fue esta llamada la de Lopera, que de mil y doscientos de a caballo que entraron, no se salvaron los doscientos, y de estos los mas sin caballo, apeados y escondidos por los montes. No se hallaron otros cristianos muertos en toda esta batalla, salvo los siete o ocho hombres que mataron los corredores moros, de los de Utrera. En esta se cautivó el Alcaide de Burgo que era un grande escalador, el cual había escalado a Montecorto, cuando lo tenía el Marqués de Cádiz, que lo había también habido por otro escalador. Esto hobo el Marqués, y nunca fue rescatado y acá pereció y murió.

LXVIII. DE CÓMO EL MARQUÉS TOMÓ A ZAHARA.

Tenia por costumbre el Marqués de Cádiz de tener los hombres especiales y adalides que osasen de noche andar en tierra de moros, y saber cuales fortalezas se velaban bien, y cuales estaban a mal recaudo, y así tomó a Cadela en tiempo que tenía la guerra con el Duque de Medina, y tomó a Montecorto y tomara a Setenil si no fuera por la cobardía de los escuderos, que lo envió a escalar; y facia mercedes a los dichos adalides, y sabia de que manera se velaban los castillos de la Frontera.

Y así fue informado para tomar a Zahara, y la escaló, y tomó por sí mismo, y fue en esta manera. Día de los gloriosos Apóstoles San Simón y San Judas a veinte y ocho días de octubre, jueves año susodicho de mil cuatrocientos ochenta y tres, púsose con su gente antes que amaneciese en la celada cerca de ella, y envió treinta escuderos con sus escalas a meter cave el muro de la villa en fondón de una peña, y puso una atalaya a vista de la celada de los escaladores, en manera que los de la villa la non pudiesen ver. Y esto que fue fecho amaneció, y estuvieron así fasta cerca de medio día, y los moros estuvieron seguros de que no vieron nadie por el campo, y descendieron los moros a la villa, y hizo el atalaya que lo veía señas a los escaladores que escalasen, y a la celada que saliese y fuese a dar combate por la puerta de la villa, porque los escaladores, escalaban por la otra parte; y los escaladores echaron la escala, y la mayor parte de la celada a rienda suelta fueron a hacer rebato a las puertas de Zahara, y el Marqués arremetió fuertemente con su caballo al lugar por donde escalaban, y llegó y apeose, y entró por las escalas en pos de quince hombres que habían

entrado; y como los moros se habían socorrido a la puerta con el alboroto de los de la celada que a cerca de ella habían llegado, hobieron lugar los escaladores y el Marqués de entrar por la otra parte, y tomar la villa; y como los moros los vieron, huyeron y metiéronse todos en la fortaleza, donde el Marqués los tuvo aquel día cercados y se le dieron luego con temor a partido que los dejase ir libres sus personas con lo que pudiesen llevar de lo suyo dejando las armas, y así los dejó.

No había allí mujeres ni muchachos, salvo hombres de pelea: así Nuestro Señor se lo aderezó todo bien al Marqués, y tomó a Zahara sin peligro ni muerte de su gente. Fallaron dentro un captivo no mas, llamado Frutos, natural de Fuentes donde yo nací, fijo de Juan Alonso, hombre bueno. Fizo el Marqués bastecer muy bien la fortaleza de viandas y armas y gente, y eso mesmo la villa, y estuvo ende fasta que lo dejó todo a buen recaudo, y volvióse a Marchena con mucha honra. Y sabida por el Rey y por la Reina, la buena andanza y ventura que el Marqués hobo en tomar a Zahara en tal manera, hobieron por bien de le hacer merced de ella para siempre, y mandáronle intitular Duque de Cádiz y Marqués de Zahara dende en adelante, y él en cuantas cartas firmaba, nunca dejó este nombre de Marqués, y primero ponía Marqués que no Duque, en esta manera: Marqués Duque de Cádiz.

LXIX. DE CÓMO COBRÓ EL REY MORO MULEY HACEN A ALMERÍA, Y FUE DEGOLLADO SU FIJO BENAHAJITE, Y DE LA GRAN TALA QUE FICIERON LOS CRISTIANOS EN TIERRA DE MOROS.

En el año del nacimiento de Nuestro Redentor, en el mes de febrero de mil cuatrocientos ochenta y cuatro, recobró el Rey Moro Muley Hacen la ciudad de Almería, que se la tenía contra su voluntad el segundo hijo suyo Muley Benahajite, y dióselo por traición un Alfaquí, y envió a la tomar a su hermano el Infante Muley Baudili Azagal, que reinó después de él; el cual desde que la tomó, degolló al Infante Benahajite su sobrino, y a un caballero de valía de los Abenzerrajes, y a otro caballero Benalhagzar, y a otros muchos de los que con el Infante falló, y tomóles las mujeres y fijos, y cuanto tenían, y puso Alcaldes y justicias por el Rey viejo su hermano, el cual después tomó el Reino.

LXX. DE LA GRAN TALA.

Fueron a hacer una gran tala en tierra de moros por mandado del Rey Don Fernando en el mes de marzo del año de mil cuatrocientos ochenta y cuatro, el Maestre de Santiago, y el Marqués Duque de Cádiz, y Don Alonso de Aguilar, y el Adelantado del Andalucía, y Luís Puertocarrero, Señor de Palma, y ciertos capitanes del Rey, con los caballeros y gente de las guarniciones con mas de tres mil de a caballo, y fasta quince mil peones; y entraron por Alora y el Val de Cartama y bajo, y taláronlo todo; y fueron sobre Málaga, y taláronle todas sus comarcas, panes y viñas, huertas y olivares, y almendrales, y talaron todos los lugares del Ajarquía, donde se habían perdido los cristianos el año antes, y otros muchos lugares. Ficieron muchos daños en toda aquella tierra de moros, fasta que por la mar les llevaron bastimentos de Sevilla, y aun les hizo el tiempo contrario a los navíos con los vientos, y padeció la gente mucha hambre. Tuvieron en esta tala muchas escaramuzas, especialmente una que hobo Bernal Francés capitán del Rey, en que murieron ochenta moros, los mas de ellos de los de Coín, y ellos nos mataron mas de veinte caballos de los escuderos del dicho capitán. Y desde que la tala fue fecha muy largamente, viniéronse los dichos Señores y gente con su honra.

LXXI. DE CÓMO EL REY TOMÓ A ALORA.

En el mes de junio año susodicho, fue el Rey Don Fernando sobre Alora con gran hueste y

con muchos de los grandes de Castilla que iban con él, en especial el Maestre de Santiago, y el Marqués Duque de Cádiz, y el Adelantado, y Don Alonso de Aguilar, y otros muchos, y con mucha artillería; y púsole cerco y tomóla en dentro de ocho días por la fuerza de las lombardas, que a los primeros tiros derribaron gran parte de la villa y fortaleza, y luego los moros se dieron a partido y los dejaron ir. Estando el real sobre Alora, fueron de él gentes a talar a Casarabonela, y mataron los moros al Conde de Benalcázar de una saetada; y era muy gentil hombre y muy dispuesto, y llamábanle en la Corte el Conde Lozano, y a Rodrigo de Vera. El Rey fizo adobar los muros de Alora y bastecióla de gente y de municiones, y fue menester bastimento a Alhama; y vínose por la vega de Granada, y talola, y quemó los panes y fízoles muchos daños, y volvióse con mucha honra a Castilla.

LXXII. DE LO QUE HALLARON LOS MARMOLEROS.

En el año susodicho de mil cuatrocientos ochenta y cuatro murió el Papa Sixto IV, habiendo imperado y reinado en Roma trece años; y fue elegido por Papa Inocencio VIII genovés, el cual imperó en Roma ocho años. En su tiempo acaeció que andando cavando en Roma unos hombres marmoleros, allende de Roma cerca de San Sebastián, hallaron una sepultura entrada en un mármol blanco, de hechura de una grande arca con su tapa de mármol blanco encima muy justa, y dentro una doncella de fasta veinte años sepultada, cubierta de un bálsamo muy precioso en manera que toda la bañaba y conservaba, y estaba abierta por el ijar, y no tenía consigo las tripas, ni lo de dentro del cuerpo entraño que son los livianos; y por allí entraba el bálsamo dentro del cuerpo. Estaba desnuda, y tan fresca, y tan hermosa como si estuviera viva, y casi se le doblaban y mandaban todos sus miembros y coyunturas; la cual trojeron por cosa maravillosa a Roma, y la pusieron en el Capitolio sobre una estera con mucha juncia y arrayán donde todos la vieron, y no parecía sino que en aquel punto había acabado de espirar; decían todos que los que la hallaron, le quitaron muchas manillas de oro y anillos, y mucha riqueza que tenía consigo; y allí no tenía sino, una albadena de seda tocada con franja de oro. Todo el bálsamo cogieron, y guardaron por cosa de gran valor. Y la doncella estuvo allí tres días que la guardaron a ver que seria, y en cabo de tres días se corrompió y olió mal como si fuera recién muerta, y quemáronla. De esto me certifiqué de muchas personas dignas de fe que vinieron de Roma, y de la fama pública que de ello fue; después me certificó un fraile romano de Señor San Francisco, que en el letrel de la sepultura aun han fallado que era una doncella fija de Q. Curcio filósofo que fue en tiempo del Gran Alexandro, trescientos años, y mas antes del, nacimiento de Nuestro Redentor, el cual disputó con Alexandro reputándole su codicia, así como dice el *Especulo natural*.

LXXIII. DEL TÍTULO JESÚS NAZARENO.

En el tiempo de dicho Papa Inocencio VIII, acaeció que andando labrando la Iglesia de Santa Cruz en Roma, los maestros fallaron en una oquedad de una pared una caja de plata, y dentro el título que fue puesto en la Cruz de nuestro Señor Jesucristo cuando fue crucificado, con las letras en tres lenguajes que decían: *Jesus Nazarenus etc.* El Papa fue allá, y con gran reverencia lo adoró y mostró al pueblo como estaba, y estaban con él tres anillos de oro, y tres torzales de seda colorada, en que estaba metido cada anillo en un torzal, y decían que esto pusiera allí la Reina Santa Elena, madre del Emperador Constantino, y el Papa lo tomó todo y puso en muy honrado lugar.

LXXIV. CÓMO EL REY TOMÓ A SETENIL A LOS MOROS.

En el mes de septiembre del dicho año de mil cuatrocientos ochenta y cuatro, sacó el Rey Don Fernando su hueste y fue sobre Setenil, y envió delante al Marqués Duque de Cádiz por cercador, el cual amaneció una mañana sobre la villa y cercóla de todas partes, de manera que no pudo entrar

uno, ni salir otro; y tóvola cercada ocho días, fasta que el Rey llegó con el artillería, y con él algunos Grandes de Castilla; y asentados los tiros combatieron la Villa y no la podían mucho empezar, porque los tiros no la podían empecer ni coger; y hobo alguna murmuración contra el Marqués entre los caballeros diciendo que no había dado buen consejo al Rey que cercase a Setenil en tal tiempo sobre invierno, que creían que la no podría ganar, y fue a su noticia, y luego aquel día en la noche quiso poner las lombardas debajo de los muros y a raíz de la puerta de Setenil, y tiraron, y ficiéron tanto daño, que luego los moros ficiéron partido, y así en quince días que la tuvo cercada el Rey Don Fernando tomó a Setenil, y los moros se dieron a partido que les dejasen ir con lo suyo, y así se lo aseguró, y los envió a Ronda con gente del real y con el Marqués, fasta que los puso en salvo, y el Rey se tuvo en este cerco por muy bien aconsejado y servido del Marqués Duque de Cádiz, y le tuvo en mucho servicio el consejo, y gran trabajo, y mucha diligencia que puso noche y día, que no cesaba mientras el cerco duró. Y sacaron de Setenil veinte y cuatro cautivos cristianos que fueron redimidos en esta victoria. Fizo el Rey adobar lo derribado de la villa y fortaleza, y guarneciólá de gente y mantenimientos y armas, y dejó por Alcaide de ella a Don Francisco Enríquez, hermano del Almirante, y del Adelantado, y volvióse en Castilla con mucha honra.

LXXV. DE LA HERMOSA ENTRADA QUE EL REY FIZO EN TIERRA DE MOROS.

En el nombre de Jesucristo Salvador y Redentor del mundo, en quince dial del mes de abril año del nacimiento de Nuestro Redentor de mil cuatrocientos ochenta y cinco, sacó el ínclito y famoso Rey Don Fernando su hueste muy grande, y muy maravillosa, y muy fermosa, de Castilla para ir a facer guerra a los moros. Su partida fue de Córdoba el dicho día, y dende a Écija, con muy grande artillería, y entró por el Val de Cartama a yuso, muy poderosamente con los mas de los Grandes de Castilla; los nombres de algunos de ellos son los siguientes. El Maestre de Santiago Don Alonso de Cárdenas, el Maestre de Alcántara Don Juan de Zúñiga, el Duque de Medinaceli Don Luis de la Cerda, y el Duque de Alburquerque Don Beltrán de la Cueva, y el Condestable de Castilla Conde de Haro Don Pedro de Velasco, y el Duque de Alba Don García de Toledo, su fijo con su gente, y el Conde de Ureña, y el Conde de Treviño Duque de Nájera, Don Pedro Manrique, y el Conde de Benavente Don Juan Pimentel, y el Conde de Cabra, y el Conde de Feria Don Gómez Suárez de Figueroa, y Don Alonso Fernández de Córdoba Señor de la Casa de Aguilar, y otros muchos Grandes, Condes, Duques, y Señores, que seria luengo de contar, en que el Rey allegó mas de doce o trece mil de a caballo.

En los peones de pelea no hay cuenta; empero decían que había mas de ochenta mil peones, y ministros, y artilleros, y carreteros, y de todos oficios; y había mas de mil y quinientas carretas de artillería en que iban muy gruesas lombardas, y entrando el Rey en el dicho Val de Cartama, fizo poner tres cercos juntamente, el uno sobre Cartama, el cual encomendó al Maestre de Santiago, el otro en Benamaquis, el otro en Coín; y él asentó su real en comarca de todos. El de Benamaquis fue encomendado al Marqués Duque de Cádiz, y fue tomado por fuerza de armas por combate que les dieron a los moros, por que no quisieron darse en tiempo, y mataron algunos cristianos en las estancias, fizolos el Rey meter a espada a todos, y así murieron más de cien moros por armas fechos pedazos, y quedó tomada la villa y fortaleza.

Y luego dieron combate a Coín con las lombardas, y rompiéronle por muchas partes los muros, y los moros se dieron a partido que se fuesen con lo suyo, y dejasen la villa, y así se fizo. En este medio tiempo, el Maestre fizo combatir a Cartama con las lombardas muy fuertemente; y diósele a partido como los de Coín; y el Rey mandó fortalecer a Cartama y abastecer de armas y viandas, y aderezar lo derribado, y dejólá con gente a buen recaudo, y fizo aportillar por muchas partes a Benamaquis y a Coín; y dejó los yermos, y fizo cargar toda la artillería y ir la vía de Málaga, y echó fama por todo el real que iba a poner cerco sobre Málaga; y los moros que estaban por cima del real a su vista metidos en riscos, todos pensaron que así era, y ficiéronlo saber los unos

a los otros, y por ir a defender la ciudad, fuéronse a meter dentro; y el Rey desde que fueron dentro, envió al Marqués Duque de Cádiz con dos mil de a caballo a cercar la ciudad de Ronda, el cual amaneció sobre ella una mañana y púsole sobre ella cerco, y siguióle mas gente del real, con que en tal manera lo cercó que ninguno salió de cuantos dentro estaban, ni entró otro.

Y el Rey, fecho este engaño a los moros, dio vuelta otro día con todo el real y artillería dejando muchos lugares despoblados y destruidos, y de los que los moros en aquella comarca tenían; y vino por la vía que había entrado fasta Alora, y dende a Ronda, y como los moros esto vieron otro día, entendieron el engaño. Y los mancebos de Ronda que estaban en la Sierra mirando donde declinaría el real, y se hablan ido a meter en Málaga, dieron vuelta a Ronda, y cuando llegaron halláronla cercada y no pudieron entrar, y de esta manera quedó la mayor parte de la mancebía de Ronda fuera, y no había en la ciudad tanta fuerza cuanta hubiera, si todos los mancebos dentro se hallaran.

Y desde que el Rey llegó con el real de la gente, y gran artillería, fizo poner sobre Ronda tres reales, y en cerco el mas pequeño entre Ronda y la Torre del Mercadillo, en medio del real, y de Ronda el río y muy grandes barrancas de él. En este estaba la gente de Córdoba, y de Écija, y la de Carmona con sus capitanes, cercados de paredes de piedra y cavas. El arroyo arriba hacia donde nace el sol, estaba el real del Marqués Duque de Cádiz por si, en el mayor peligro por el arroyo y una ladera muy inhiesta, con algunos capitanes de las guarniciones del Rey que estaban a su gobernación y mandado, y por la parte del mayor peligro se acercaron de un vallado, y a lugares de pared de piedra seca. Y el gran real donde el Rey Don Fernando, estaba asentado del cabo de Ronda facia al mediodía, y estaba tan grande y tan fermoso que parecía a la ciudad de Sevilla. Las tiendas del Rey estaban asentadas en medio del real, y el Rey se aposentaba en una torrecilla que ende estaba en los olivares y villas, y al derredor de sus tiendas y de aquella torrecilla, estaban las tiendas de los Grandes de Castilla ya dichos. Y entre este gran real, y el real del Marqués Duque de Cádiz, tiraba la artillería de las grandes bombardas, que de los tiros que de cada cabo tiraban; y entre estos dos reales ya dichos, estaba la carretería y dormía la gran boyada de ella; y desde el real del Rey hacia al poniente abajo de la ciudad fasta cerca del río, descendía por hilo un gran real fasta un cerrillo donde estaba una gruesa batalla aposentada con sus tiendas, donde estaba el Maestre de Alcántara por caudillo, y de todas partes de estos reales tiraban robadoquines y otros tiros, a Ronda.

Tenían en Ronda una mina los moros secreta, descendía de la altura de la ciudad por escalones, en la cual yo conté ciento y treinta pasos de descendida, por donde venían y tomaban el agua que habían menester de tres pozos, que abajo al peso del agua del río, tenían fechos y llenos de agua: desto supo el Marqués, y él mesmo con los suyos combatió por allí, y fizo facer un portillo por la pared del gran barranco por donde descubrió el escalera de los pasos, y metió gente que guardaron el agua de dentro de la bóveda de la mina, y así el Marqués Duque de Cádiz les quitó el agua, por lo cual los moros fueron muy afligidos, y no se pudieron tener.

Dieron combate a los arrabales jueves doce de Mayo, y entráronlos por fuerza de armas por donde habían aportillado las lombardas, con muy poco peligro de los cristianos, y pusieron las estancias dentro al pie de la Alcazaba, y comenzaron de horadarlas dentro de bancos, y debajo de ellos pinjados. Y desde que los moros vieron las torres de la Alcazaba derribadas a pedazos, y los muros aportillados del grande estrago de las lombardas por el cabo de facia donde el Rey estaba, hacia el mediodía de la Ciudad, que es lo mas flaco, que por las otras tres partes no tienen combates, ni se podía tomar, y vieron tanto fuego de alquitrán que les echaban con los cuartagos que ardía la ciudad, temieron la muerte, y que les entrarían por fuerza de armas; y demandaron partido, y que cesase el combate, y el Rey mandó cesar, y los moros de Ronda pidieron que los dejasen ir con los suyos do quisiesen, y les asegurasen fasta que fuesen en salvo, y él se lo otorgó, que había de ser con condición que luego ante todas cosas le entregasen todos los cristianos que tenían cautivos, y los moros se los presentaron luego al real, y era por cuenta cuatrocientas personas, poco mas o menos, los cuales fueron con sus hierros a los pies, a besar los pies y manos al Rey, llorando con gozo de alegría diciendo: *¡Oh Rey alto, poderoso y esforzado! Ensalcevos Dios el estado, y sea*

siempre en vuestros fechos; quite de nuestros días, y ponga en los vuestros. Decían al Rey estas cosas y otras semejantes, que no había persona que los viese, que *propter gaudium*, con ellos no llorase, viéndoles los cabellos y barbas fasta las cintas, desnudos, y desarrapados, y aherrojados y hambrientos. Salieron allí hombres de grandes rescates, especialmente Don Manuel sobrino del Duque de Cádiz, fijo de Don Pedro el Bayo, y dos fijos de Diego de Fuentes, y un fijo de Pedro Mateos, Alcaide de Espera, vecino de Utrera, y otros muchos que algunos de ellos estaban en rehenes por sus padres, y por otras personas que se habían perdido en el Ajarquia.

Y desde el jueves que les entraron los arrabales por fuerza, en tres días siguientes que fue el día de Pascua del Espíritu Santo, dieron la ciudad al Rey, y le entregaron todo lo alto y bajo, y el Rey les dio quince días de plazo para que se fuesen donde quisieran con todo lo suyo; en el cual término todos salieron, y de ellos fueron a tierra de moros, y de ellos vinieron a poblar en Alcalá del Rio cerca de Sevilla, los cuales fueron el Cordo Alcaide de Setenil, y el Alguacil de Ronda que eran las cabeceras, con mas de cien casas, y dioles el Rey bestias en que vinieron fasta Alcalá, con sus fijos y familias.

Y cuando esto fue fecho y la ciudad despachada de los moros, ya las caleras estaban fechas y cocidas con la cal, y el Rey tomó este estilo desde que tomó a Mora, que en asentando el real, comenzaban los caleros a facer cal, y mandó adobar todo lo derribado de Ronda. Desde que el Rey tuvo a Ronda envió al Marqués de Cádiz, el cual era el todo del ardid de aquel cerco, y por su consejo se había dado la vuelta de Málaga y cercado a Ronda, que fuese a requerir a los lugares de la Sierra de Villaluenga y Benaocáz, y Archite, y Obrique, y Cardela, y Cuidita y otros; y tomó el Marqués las fuerzas, y envió mensaje al Rey a dar la obediencia Casares, y Haucin, y todo el Alhavaral, y Sierra Bermeja y Marbella; y de esta otra parte, el Burgo y Yunquera aquella semana de Pascua. Y en ciertos días después se hicieron los partidos con los moros, de manera que dieron las fuerzas de las villas y las armas, y quedaron por entonces en lo suyo fasta que el Rey después determinó los lugares que quedaron.

Por entonces, viernes de esta semana de Pascua, partieron los cristianos cautivos que salieron de Ronda y del Val de Cartama, por mandado del Rey para Córdoba a facer reverencia y besar las manos a la Reina doña Isabel, los cuales fueron por cuenta cuatrocientas diez y siete personas, hombres y mujeres, y muchachos, y fizoles el Rey dar bestias y despensas para el camino, y fueron de la Reina y de la Infanta, y de otras muchas gentes, muy bien recibidos, y entraron en la ciudad con gran procesión fasta donde estaba la Reina y la Infanta en ordenada manera, y besáronles las manos con humilde reverencia, y siguieron su procesión fasta la Iglesia mayor; y la Reina les mandó dar de comer y a cada uno ocho reales de limosna, para con que fuesen en sus tierras; eran de aquellos cautivos cuarenta mujeres. Ovo una mora moza que al tiempo que iba con su padre y madre, dijo que quería ser cristiana, y que no quería ir en tierra de moros. Y un mancebo de los cristianos que habían salido de Ronda estando en el real del Serenísimo Rey Don Fernando, dijo que se la diesen por mujer, y ella plugo, y así se la dieron por mujer después de bautizada.

Envío el Rey a requerir a Casarabonela que se le diesen, puesto que no se podían defender ni escusar de se le dar, pues que ya habían tomado toda la comarca, y que antes que moviesen el real para ir sobre ella, que tuviesen por bien de le dar la villa y la fortaleza. Y los moros le enviaron por escrito en respuesta una carta que decía así:

«CARTA DE CASARABONELA AL REY.

»Alabado Dios poderoso en unidad, que no hay criador sino él, ni hay otro a su faz igual de él, y dé su gracia y salvación, con Mahomat nuestro Profeta y su mensajero. Escribirnos la presente carta al gran Rey muy poderoso Señor de muy grandes reinos y señoríos, y de muchas provincias, poderoso y justo en sus sentencias, amado de la justicia, Rey de Castilla, ensálcelo Dios y esfuérzelo. Nos la Comunidad y Alguacil y Alcaide del castillo de Casarabonela junto con esto acreciente Dios nuestro Real Estado. Recibirnos vuestra carta y la leímos, y entendimos lo en ella contenido; luego pusimos en obra de enviar a dar la obediencia a vuestra grandeza y muy gran virtud y bondad, y estamos con voluntad de todos obedecer a V. A. por que oímos y vimos que

vuestra palabra es cierta y verdad en dicho y en fecho por cuanto nos dijeron de V. A. dijo: cuando los moros de Casarabonela vinieren a darme obediencia, entonces faré yo los que ellos querrán, y nosotros ensalce Dios V. A. nunca obedecemos ni servimos a ningún Rey en toda nuestra vida ni a ningún caballero; y fuimos honrados y acatados de todos los reyes; pero a V. A. nos conviene servir y acatar, pues Dios os fizo tan poderoso y dichoso, y en todas las cosas quiere cumplir vuestra voluntad. Placer a Dios poderoso que siempre será así; por ende pues que nos ponemos en mano de V. A. seamos bien tratados y honrados, como siempre fuimos de todos los otros reyes, cuantimás siendo V. A. mas poderoso, y mayor y mejor que ellos.»

Y luego, como el Rey recibió esta carta, envió a tornar la fortaleza de Casarabonela, y asentó con los moros que quedasen en la villa por mudéjares, y entregáronle la fortaleza y fornecióla de gente y Alcaide, y viandas, y armas, la que es de las mas fuertes del Reino de Granada, y entregáronla y dieronla al Rey, jueves, día de Ctórpus Christi a dos de Junio de dicho año.

Este día se celebró la fiesta de Córpus Christi en Ronda siendo la mezquita mayor convertida en Iglesia y bendita por Don Fray Luis de Soria, Obispo de Málaga; y llevaron los cetros con el cielo sobre el arca de la amistancia de nuestro Redentor Jesucristo, el Rey y el Maestre de Santiago, y el Condestable, y el Duque de Medina Sidonia, y el Duque de Nájera, y el Conde de Ureña, y el Maestre de Alcántara, y otros grandes. Fízose muy solemne fiesta con los instrumentos, músicas, y cantares de él, y de los grandes Señores. Llevaban el arca ciertos Obispos y Prelados de Sevilla, y de Castilla, y ficieron la misa muy ricamente y solemnes cantares, y músicas acordadas.

Mandó el Rey adobar muy bien los muros de Ronda, para lo cual hicieron ir albañiles, y carpinteros de Sevilla, y allí pusieron en la obra algunas pelotas de las grandes lombardas en memoria de esta victoria; y dejó la Ciudad a buen recaudo y movió su hueste para ir a Marbella dejando la gran artillería cerca de Zahara, y llevando algunos tiros livianos en acémilas, y fue por la ciudad de Arcos, y reposó allí algunos días, y dende siguió su vía fasta Marbella, y diósele luego, y echó los moros fuera a las aldeas, y puso en ella gente de su guarnición y Alcaide, y puso en Guacin y Cazares, Alcaldes cristianos, y en la Fonjírola, y dejó los moros por allí por mudéjares en sus haciendas, y fuese rodeando la sierra fasta cerca de Málaga, y salió por Alora, y Antequera por donde había entrado, y volvióse a Córdoba de donde había partido, venturoso y vitoriado donde con mucha honra y solemnidad fue recibido. Los nombres de los lugares que el Rey Don Fernando ganó de esta entrada, son los siguientes:

Primeramente en el valle de Cártama.

Cártama. Yunquera. Coín. El Burgo. Benamaguis. La ciudad de Ronda. Fadala. Venaioxan. El Haurin. Monte corto. Campanillas. Audita. Esquinillas. Cagracalima. Guaro. Hasnalmara. Monda. Archite. Locaina. Obligue. Benalmadayna. Benaocaz. Casarabonela. Cardela.

En el Alhabaral y sierra Bermeja:

Guacin. Faraxan. Benicami.. Casares. Benayon. Oxera. Cristalina. Jucar. Alcabar. Himena. Caritalxime. Achucar. Alcastin. Benajeriz. Motron. Vida cara. Bena Acin. Tolox. Bautadari. Faraca. Benamaya. San Ablastar. Alulea. Taxete. Albacete. Xubrique. Alvasmeria, Benadalid. Boleron. Venatis. Benarraba. Ginalgacin. Dardin. Benalaha. Benameda. Marbella. Algatucin. Monarda. Oxen. Rotillas. Almachar, Frixiana, Benestepar. Cortes.

Y otros, y quedaron allí entonces Mijas y Osuna, dos leguas, lugares muy fuertes enriscados, que se no quisieron dar hasta que se ganó Málaga.

LXXVI. DE LO QUE HIZO MULEY BAUDILI ALZAGAL POR QUE LO ALZARON POR REY.

En el dicho año en el tiempo que el Rey Don Fernando ganó a Ronda, acaeció que salió de Granada el Infante Muley Baudili Alzagal a socorrer a Málaga, dicen que el cerco se enderezaba a ella; y después volviéndose a Granada con mas de seiscientos de a caballo, y muchos peones, encontró cerca de Alhama con Juan de Angulo, capitán del Rey que estaba en Alhama por frontero,

que traía una cabalgada de cerca de Granada con ciento y veinte de a caballo; y el Infante moro le fizo un engaño, púsose en celada, y echó veinte de a caballo delante, y armole de tal manera que le quitó la Cabalgada, y mató, y llevó cautivos muchos, y los que se escaparon fue a uña de caballo, y fuese con la cabalgada a los lugares cerca de Granada, y no quiso entrar en Granada fasta que lo alzarón por Rey de ella; y como los moros vieron que fizo aquello aficionáronse a él, y él tuvo tal manera con ellos que lo alzarón por Rey de Granada, y depuso a su hermano y despojólo del reino diciendo que era viejo, y ciego, y que no era para defender el reino.

LXXVII. DE LAS GRANDES LLUVIAS DEL AÑO DE 1485 EN LOS MESES POSTREROS.

En el dicho año de 1485 años en el mes de Agosto, después de haber reposado la gente algunos días del trabajo de la entrada primera, el Rey sacó su hueste para ir sobre Moclín y Íllora, y envió delante por cercador al conde de Cabra, y con él a Martín Alonso de Montemayor y otros caballeros para que cercasen a Moclín. Una madrugada acaeció, que estaban allí el Rey que habían alzado en Granada los moros, Muley Baudili Alzagal, y aunque lo supo el conde no se le dio nada por ello, ni quiso aguardar mas gente, y comenzóse la batalla antes que amaneciese, y huyó la gente al conde, y quedó con muy pocos fasta la mañana; y desque vido el mal recaudo, hobo de volver las espaldas a huir, por guarecer su persona, después de haber mucho peleado y trabajado por defender los peones que habían desbaratado los mismos cristianos de a caballo, cuando volvieron a fuir antes que el día fuese claro. Y allá perdió el conde un hermano que decían Don Gonzalo; y salváronse aquel día los de a caballo, que no murieron sino muy pocos, y mataron los moros mas de seiscientos peones cristianos a hilo como iban, y visto por el Rey el mal recaudo volvió de Alcalá la Real y fue la vía de Cambiles, que está siete leguas de Sevilla, digo de Jaén, y estando y habiendo llegado púsole cerco, y combatiólo con las lombardas y tomólo y fortaleciólo, y luego los moros de la comarca dejaron a Arenas y Apines y Asnallos. Esta fortaleza de Cambiles es muy fuerte, y combatiéronla con las lombardas tres días, y los moros se dieron a partido que los dejasen ir libres a Granada.

En este medio tiempo que el Rey estaba sobre Cambiles tomaron los cristianos de Alhama una villa una noche, por el concierto de dos moros que en ella vivían o estaban, que eran de linaje de cristianos, y la villa se llamaba Acaleha, y cautivaron toda la gente de ella, y mataron a algunos por que se defendían, y fornecieron la villa y fortaleza, y tuviéronla a buen recaudo fasta que el Rey los proveyó.

En este tiempo murió el rey viejo Muley Hacen, en Salobreña, que es un lugar pequeño donde el hermano lo había desterrado y mandado estar cuando lo ficiéron rey en Granada, que luego lo mandó salir de la ciudad a él y a su mujer, y aun les tomó el oro y plata, y haber que tenían, y trujéronle a Granada defunto en una acémila, y fue enterrado muy pobre y abultadamente, por mano de dos cristianos cautivos en su osario.

LXXVIII. OTRA VEZ DE MUCHAS AGUAS.

En este dicho año de 1485 a 11 de Noviembre, comenzó de llover hasta el día de la Natividad de Nuestro Redentor, que son seis semanas, que nunca en este tiempo hobo sino dos o tres en que descampase, y llovió tan recio, y tantas aguas que nunca los que eran nacidos entonces vieron ni tantas aguas, ni tantas avenidas en tan poco tiempo; y subió el agua del Guadalquivir en las mas altas señales de la almenilla de Sevilla y de la Barranca de Coria, y duró una vez once días en aquel peso que poco mas o menos no abajaba, y estuvo la ciudad aquellos once días en muy gran temor de ser perdida por agua, y entró el agua por ella por las atarazanas; andaban copanos por la ciudad y por la laguna andaban barcos, que pasaban la gente de un cabo a otro; cayéronse infinitas casas; derribó el río gran parte de Triana y bañó todo el monasterio de las Cuevas, y sacaron los monjes en

barcos, y recibió muy gran daño el monasterio. Destruyó y llevó de esta vez el Guadalquivir muchos lugares sus vecinos, especialmente desde Córdoba a acá, gran parte de Écija, y parte de Cantillana, y todo Brenes, y del Algaba, y Rinconada gran parte, lo que había quedado del Copero del año de 1481, tornólo a bañar, llevó todo el rincón que la otra vez no había llegado a él. Fueron en toda Castilla estas muy grandes avenidas, en que se perdieron totalmente muchos hombres, y muchas haciendas, cayéronse infinitas casas y edificios, muriéronse infinitos ganados, muchas arboledas y viñas arrancadas, y otras cubiertas del légamo del río. Derribó el río la mayor parte de los arrabales de Sevilla que dicen Cestería y Carretería, y estuvo Sevilla cercada de aguas en todas partes, en manera que en tres días no le entró pan cocido de fuera ni otra cosa, nin podían entrar en ella, nin salir con las muchas aguas.

LXXIX. DE CÓMO EL REY TOMÓ A LOJA Y ILLORA.

Sacó su hueste el Rey Don Fernando muy poderosa con muchos de los grandes de Castilla, el cual partió de Córdoba en un día del mes de Mayo del año de 1486, y puso cerco a la villa de Loja con menos gente que el año antes sobre Ronda había llevado; y llevó esta vez consigo un Conde de Inglaterra, pariente de la Reina que se decía el Conde de Escalas, que pasó acá en aquel tiempo por servir a Dios y facer guerra a los moros con trescientos hombres artilleros y flecheros muy esforzados; y como el Rey llegó, salieron muchos moros de a pie y de a caballo por defender que el real no se asentase, y comenzaron de pelear defendiéndolo a saetadas y espingardadas desde entre las huertas, y trabose la pelea con los moros, los dichos ingleses, y ciertos hombres de las montañas que habían venido con el Duque del Infantado, y con el Duque de Nájera de los que acá dicen lacayos y vizcaínos; y como el Conde de Escalas vido la pelea, dijo, que pues la pelea estaba trabada y los moros se defendían, que quería pelear a uso de su tierra, y descabalgó del caballo, armado en blanco, y con una espada ceñida, y una hacha de armas en las manos, y con una cuadrilla de los suyos, así mismo armados de blanco con sus hachas, se lanzó delante de todos en los moros, y con viril y esforzado corazón, dando golpes en unos y otros, matando y derribando, que ni le faltó corazón ni fuerza; y como esto vieron los castellanos montañeses ya dichos, no menos hicieron al momento, siguiendo tras los ingleses, y dieron tal prisa a los moros que les hicieron volver las espaldas a huir, y los cristianos revueltos con ellos se encontraron en los arrabales de Loja, los cuales nunca perdieron ni dejaron.

El Rey socorrió luego en persona a los suyos. Murieron muchos moros en esta entrada, y algunos cristianos, y fue ferido el Conde inglés de una pedrada, que le quebraron un diente; y murieron tres o cuatro hombres de los suyos. Y tomado el arrabal pusieron en él sus estancias; y el Rey asentó su gran real, y cercó al derredor de Loja, y asestadas las lombardas mandó tirar y en chico espacio les derribaron un gran lienzo de los muros de la villa; y desde los moros vieron esto diéronse al Rey a partido, que los dejase ir con lo suyo que pudiesen; y el Rey así se lo otorgó, y se fueron, y le dejaron la villa, y pidieron por merced al Rey que los enviase a Granada seguros con el Marqués de Cádiz, porque no los robasen, y matasen en el camino, y el Rey así lo fizo, que envió al Marqués por capitán y guarda de ellos con otros caballeros, y mucha gente, fasta que los pusieron en salvo; los cuales moros y moras iban haciendo muy grandes llantos y amarguras.

Salió entonces de Loja con ellos el Rey Muley Baudili, prisionero del Rey de Castilla, que decían que lo tenían allí los moros en son de preso por que se había acontecido estar allí en este tiempo. Los cristianos cautivos que el Rey redimió no pude saber cuantos eran, salvo que fueron sueltos y presentados al Rey antes que los moros saliesen. Fue el día que la villa de Loja entregaron al Rey, lunes 28 días de Mayo del dicho año de 86. Fortalecióla luego el Rey, y fízola muy bien adobar y guarnecióla de gentes, y viandas, y armas, y puso en ella gente de guarnición, y movió su hueste, y artillería, y fue a cercar a Íllora; y envió delante por cercador al Duque del Infantado, y a el Conde de Cabra con sus gentes, la cual cercaron domingo 4 días del mes de Junio del dicho año, y luego el lunes los dichos señores Conde y Duque, con la gente que tenían, entraron en el arrabal

por fuerza de armas, y este día llegó el Rey y se asentaron las lombardas, y el Real; y el miércoles tiró la artillería, y derribaron gran parte de la villa, y mataron algunos moros de dentro los tiros de las lombardas, de lo cual hobieron muy gran temor los moros, y no osaron mas esperar; y diéronse jueves bien de mañana a partido, el cual el Rey les otorgó como a los de Loja, que llevasen todo lo suyo; los cuales tenían ya muy poco que llevar, que todo lo habían llevado esperando lo que les vino.

Y había en Íllora ochocientos moros de pelea, en que eran los doscientos negros; y había cincuenta mujeres, y había entre ellos fasta treinta de a caballo; y el viernes siguiente, 9 días de el dicho mes, dejaron la villa desembargada los dichos moros, y enviolos el Rey a Granada, seguros con los dichos señores Duque del Infantado y Conde de Cabra, con tres mil de a caballo, y fueron con ellos fasta la Puente de Pinos; y por once cristianos cautivos que estaban en Íllora, que los moros habían llevado a Granada mientras que se tomó Loja, tomó el Rey otros tantos moros de Íllora, y los tuvo hasta que trujeron los cristianos; y el Rey fizo adobar y guarnecer a Íllora y ponerla a buen recaudo.

LXXX. DE CÓMO VINO LA REINA AL REAL Y LA RECIBIERON.

El viernes que los moros partieron de Íllora para Granada, partieron del real el Marqués Duque de Cádiz, y el Adelantado del Andalucía con gran caballería a recibir la Reina doña Isabel a la peña de los Enamorados, que venia a ver el Real y haber parte de la victoria y buena ventura del Rey su marido; la cual llegó al Real el lunes 11 de dicho mes a Íllora, donde el Rey estaba Traía consigo dejando la gente que la fue a recibir, hasta cuarenta cabalgaduras en que había fasta diez mujeres. El recibimiento que le fue fecho fue muy singular, en que salieron al camino los primeros el Duque del Infantado, que había venido de esta vez a la guerra en persona muy poderoso y muy pomposo, y el Pendón de Sevilla y su gente, y el Prior de San Juan, fasta una legua y media del Real; y púsose una batalla a la mano izquierda del camino por donde ella venia, todos bien aderezados y como para pelear; y como la reina llegó fizo reverencia al Pendón de Sevilla, y mandólo pasar a la mano derecha, y como la recibieron, salió toda la gente delante con mucha alegría corriendo a todo correr, de que su Alteza hobo muy gran placer, y luego vinieron todas las batallas, y las banderas del real a le facer recibimiento, y todas las banderas se abajaban cuando la Reina pasaba; y luego llegó el Rey con muchos grandes de Castilla a la recibir, y antes que se abrazasen se hicieron cada uno tres reverencias, en que la Reina se destocó, y quedó en una cofia el rostro descubierto, y llegó el Rey y abrazóla y besóla en el rostro; y luego el Rey se fue a la Infanta su hija, y abrazóla y besóla en la boca, y santiguola.

Venia la Reina en una mula castaña en una silla andas guarnecidas de plata dorada; traía un paño de carmesí de pelo, y las falsas riendas y cabezadas de la mula eran rasas, labradas de seda, de letras de oro entretalladas, y las orladuras bordadas de oro; y traía un brial de terciopelo, y debajo unas faldetas de brocado y un capuz de grana; vestido guarnecido morisco, y un sombrero negro guarnecido de brocado al derredor de la copa y ruedo. Y la Infanta venia en otra mula castaña guarnecida de plata blanca, y por orladura bordados de oro, y ella vestido un brial de brocado negro, y un capuz negro guarnecido de la guarnición del de la Reina. El Rey tenía vestido un jubón de demesin, de pelo, y un guisote de seda rasa amarillo y encima un sayo de brocado, y unas corazas de brocado, vestidas, y una espada morisca ceñida muy rica, y una toca, y un sombrero, y en cuerpo en un caballo castaño muy jaezado. Y los atavíos de los grandes que ahí estaban, eran muy maravillosos y muy ricos y de diversas maneras, ansí de guerra como de fiesta, que seria muy luengo de escribir.

Allegó el Conde de Inglaterra luego en pos del Rey a hacer recibimiento a la Reina y a la Infanta, muy pomposo en extraña manera, a la postre de todos, armado en blanco a la guisa, encima de un caballo castaño con los paramentos fasta el suelo de seda azul, y las orladuras tan anchas como una mano de seda rasa blanca, y todos los paramentos estrellados de oro en forrados en ceptí

morado; y él traía sobre las armas una ropeta francesa de brocado negro raso, un sombrero blanco francés con un plumaje, y traía en su brazo izquierdo un broquelete redondo a varas de oro, y una cimera muy pomposa, fecha de tan nueva manera que a todos parecía bien; y traía consigo cinco caballos encobertados con sus pajes encima todos vestidos de seda y brocado; y venían con él ciertos gentiles hombres de los suyos muy ataviados, y así llegó a facer reverencia y recibimiento a la Reina y a la Infanta, y después fizo reverencia al Rey, y anduvo un rato festejando ante todos encima de su caballo, y saltando a un cabo y a otro muy concertadamente, mirándolo todos los grandes y toda la gente, y a todos pareció bien de esto; sus Altezas hobieron mucho placer, y así vinieron fasta las tiendas reales, donde los señores Reyes y su fija fueron bien aposentados, y las damas y señoras que las acompañaban en este viaje.

LXXXI. DE MOCLIN Y MONTEFRIO, Y COLOMERA. CÓMO EL REY Y LA REINA LOS TOMARON, Y DE LAS COSAS QUE AHÍ ACAECIERON.

Después que fueron hechos los carriles para llevar y subir el artillería a Moclín, el Rey lo fizo cercar y alzó su real, y fuelo a poner cerca de él, y fizolo combatir con las lombardas, y a los primeros tiros una pelota les horadó una bóveda donde tenían la pólvora, y ardióles toda a muy grandes llamas, y desde los moros vieron esto diéronse al Marqués Duque de Cádiz, y encomendáronse que les ficiese el partido con el Rey, el cual el Rey les fizo como a los otros que se fuesen con lo suyo, y así fue hecho, y la Reina se aposentó dentro en

Moclín, y el Rey fizo allí su gente tres partes, la una fue a cercar a Montefrío, la otra quedó en guarda del Real, y de la Señora Reina, y él fue con la otra que fue la mayor parte de la gente caballería, a talar y correr la vega de Granada, en la cual fizo a los moros muchos daños, que les taló los panes y panizos, olivares y huertas, y fecho esto dio vuelta a su Real, y falló como los moros de Montefrío se querían dar y hablan demandado partido a la Reina, y todos los grandes con toda la hueste y artillería asentaron el Real y tiendas ahí cerca, en el cual lugar estuvieron cuatro o cinco días, y el Rey afirmó el partido, y envió los moros, y tomó la fortaleza y lugar de Montefrío, y forniólo, y púsolo a buen cobro, y redimió allí veinte y seis cristianos hombres, y mujeres que estaban cautivos, y envió a requerir a los moros de Colomera que le diesen la fortaleza, y lugar, y ellos lo tuvieron por bien, y se la dieron sin recibir afrenta ni combate con temor, y se fueron con lo suyo como los otros; y así de esta entrada dio Nuestro Señor en manos del Rey y de la Reina, las sobredichas villas y fortalezas, Loja, Íllora, Montefrío, Colomera, en obra de un mes; que en otro tiempo la menor era bastante tenerse un año y no poderse tornar sino con hambre.

Y con estas victorias y honra, el Rey y la Reina con todo su real, se volvieron, y con toda su artillería, y salieron por la villa de Priego, y dende por sus jornadas a Córdoba donde se había partido de primero; y allí el Príncipe Don Juan su fijo con toda la Ciudad, les salieron a recibir.

LXXXII. DE VELEZ MÁLAGA, Y CÓMO LA TOMÓ EL REY.

En el nombre de Nuestro Redentor Jesucristo, sábado 17 días del mes de Abril, año del nacimiento de Nuestro Redentor de 1487 años, partió el Rey de Córdoba por hacer servicio a Dios y guerra a los moros con muy gran caballería, y con su artillería y gente de todos sus reinos, y muy gran gana y disposición de pelear con los moros, y fue por sus jornadas hasta Vélez Málaga. El sábado que partió de Córdoba era víspera de Ramos, y fue a dormir a La Rambla, y dende fue otro día al río de las Yeguas donde recogió y guardó su gente, y estuvo hasta el jueves de la Cena, y dende fue a Archidona, y de allí a Calja, y el lunes de Pascua de Resurrección volvió, y llegó a Vélez Málaga, donde los moros salieron a escaramucear con los cristianos con muy buen esfuerzo defendiendo la villa, y el martes de Pascua siguiente, el Rey mandó entrar en los arrabales por fuerza de armas; y como toda la gente venia con ánimo de pelear y destruir los moros, dieron

combate por muchas partes, y matando y firiendo en los moros los desbarataron y les entraron por muchas partes, y tomaron los arrabales por fuerza de armas, lo cual el Duque de Nájera cometi6 primero, y fizo con los suyos que los moros se metieron fuyendo en la villa y cerraron las puertas; y allí hobieron los cristianos gran despojo de joyas y ropas, y arreos de casas y frutas; y como los moros se vieron todos encerrados en la villa, comenzaron a la defender muy bien, y 6l fizo cercar la villa de tal manera, que ni podía entrar uno ni salir otro.

En este tiempo había dos reyes en Granada, como es dicho, Muley Baudili Alzagal, y este tenía el señorío de la mayor parte de la Ciudad, y Muley su sobrino, prisionero del Rey de Castilla; y los moros de Granada afincaron su Rey mayor que fuese a socorrer a Vélez, y hobo de salir de Granada, y fue con mucha gente de caballo, y de pie, y asomó un día por unos cerros altos sobre Vélez, a vista del real de los cristianos, y fue que quiso tomar a Ventomiz una fortaleza de moros que estaba allí, y no se la quisieron dar los moros por que habían dado la obediencia al Rey Don Fernando desde el primer día que cercó a Vélez. Y los moros desdeque vieron el cerco, esforz6nse pensando ser descercados, y el Rey moro y su Consejo enviaron un tornadizo cristiano a los moros de Vélez, con cartas que tal noche a tales horas hiciesen señas y saliesen de la villa, y diesen en las estancias, y entonces daría el Rey con los del socorro sobre el real de los cristianos; el cual tornadizo fue tomado de los guardas del Rey Don Fernando, y vistas las cartas, y sabido el secreto del Rey, hizo poner gran recaudo en su real, y mandó enforzar el tornadizo, y el Rey moro se movió y abajó facia el real de los cristianos de una sierra donde estaba con muy gran suma de moros que allí tenía, y pusieronse en una ladera, y desdeque vieron que los de la villa no acudían con el concierto aquella noche, estuvi6nse allí fasta otro día, y el Rey mandó ir allí al Marqués Duque de Cádiz con mucha gente de a pie y de a caballo, y con muchos robadoquines para que les tirasen; y fueron a cerca de ellos al pie de una ladera donde estaba un grueso batallón, y tir6nle muchos tiros, y ficieron huir aquella batalla, que era la mas cercana de los cristianos, por la sierra arriba, que no pararon fasta encima de la sierra donde estaba el real del Rey moro.

Y desdeque los moros del real vieron que los otros iban huyendo, cayó entre ellos un temor y comenz6nse de ir a mas andar, ni el Rey, ni los caballeros los pudieron detener ni escusar de fuir, que según el lugar donde estaba el real, ellos estaban muy seguros y muy fuertes para se defender, y así ellos mismos se desbarataron en fuir y no defender la sierra, a los cuales los cristianos no habían de cometer por allí si ellos estuvieran quedos donde el real estaba. Y cuando el Marqués y los caballeros, y gente que con 6l iba, vieron que ninguno les defendía la cuesta, encumbraron la sierra y vieron que todo el real iba fuyendo, y fueron en alcance salvo que se hallaron pocos y los moros eran muchos. Hallaron infinito despojo de armas, y otras muchas cosas que los moros no pudieron llevar, y volvi6nse al real con todo aquel despojo. Y los grandes de Granada desdeque supieron la poca honra con que su Rey iba, cerr6nle las puertas, y no lo dejaron entrar en Granada, y dij6nle que no querían que reinase sobre ellos, y alzaron por Rey al Rey Muley Baudili su sobrino, que estaba retraído en el Albaicín de Granada, y el otro fuese a reinar sobre Baza y Guadix, y Alpujarras, y otras tierras.

El Rey Don Fernando puso gran recaudo en el cerco, y fizo requerimiento a los de Vélez que le diesen la villa, pues el socorro les era fuido; y ellos no quisieron, que creían que la gran artillería no podía pasar los puertos ni llegar a Vélez, que aun no era llegada entonces, y dende a cuatro o cinco días vieron asomar la dicha gran artillería, y todos los cerros y puertos hechos caminos y carriles llenos de carretas y bueyes con las grandes lombardas, y con la multitud de tiros de pólvora, y ingenios, y robadoquines; y aun quedaba la memoria de este ínclito y famoso Rey para siempre, por razón de aquellos caminos de tantas sierras y laderas, y puertos, y peñas, y ajosinamientos como hizo llanos a azadón, y barrapala, y almadana, en toda la tierra que ganó a los moros, que es cosa increíble a quien no ha visto los pasos por do tan gruesas lombardas y tan grande artillería pasaba, y así mismo vieron venir tan gran gente de guardia con la dicha artillería, que fueron muy espantados y desmayados; y llegó la artillería y el Maestre de Alcántara que fue entonces por caudillo mayor de ella; y los moros no osaron aguardar que tirasen, antes demandaron luego al Rey partido, que los

dejase ir con sus haciendas, y el Rey se lo otorgó, y los moros entregaron la fortaleza y la villa, y se fueron con lo que pudieron llevar, y algunos se fueron a Granada, y otros allende, y algunos al real para venir a Castilla a vivir, y a todos el Rey Don Fernando envió seguros, y fizo poner en salvo en ella, día de Santa Cruz, a tres de Mayo, año susodicho de 1487; y estaba ya dentro su Guion, y la Cruz de la Santa Cruzada que siempre traía en su hueste, y el Conde de Cifuentes, Asistente de Sevilla, su Alférez mayor que habían primero en la fortaleza entrado; y recibieron al Rey cuando entró en procesión, y fueron con la procesión a la Mezquita mayor y mas honrada, y bendijéronla, y ficiéronla iglesia, y púsole el Rey con muy gran devoción Santa María de Encarnación, por vocación.

Y luego el Rey fizo poner gran recaudo en la fortaleza y la villa, y envió por la comarca a requerir los lugares de los moros que viniesen a le dar la obediencia, y vinierónsela a dar todos los lugares de la Ajarquia que están entre la villa de Vélez, y la ciudad de Málaga. Los nombres de algunos de ellos son los siguientes, de los que se dieron en esta entrada, desque asentó sobre Vélez. Primeramente la villa de Vélez Málaga. Alcoche. Nerja. Aventomiz. Almayate. Torronilla. Cantillas. Alarroba. Xaraba. Corvares. Albaida. Pancaxe. Sedala. Atiadar. Lacus. Xavales. Alisan. Daimalos. Compata. Aximas. Escalera. Torrox. Almohia. Mara y otros.

Y estando el Rey en Vélez, le trajeron los moros en presentado a Juan de Robles, Alcaide y Corregidor de Jerez, de Málaga, y fizole presente de él el Alcaide de Málaga que llamaban Albocin Alben Comix, el cual se lo trujo, y vino con él a Vélez, y dejó por Alcaide a un su hermano en el Alcazaba, y presumióse que venían por parte de la Ciudad a facer partido con el Rey, el cual el Rey les ficiera en que no perdieran nada de sus bienes muebles; y como los moros son voltarios y muy livianos en sus fechos, mientras el Alcaide con el Rey estaba, juntáronse con un moro llamado el Cegri, que era Alcaide del Castillo de Gibra-alfaro, los cabeceras de la Ciudad, y tomaron el Alcazaba, y pusieron otro Alcaide, y pusieron recaudo en todas las fuerzas de la Ciudad, y alzáronse por el Rey viejo Muley Baudili Azagal, lo cual fue ocasión de su total y perpetuo perdimiento de todos los de Málaga, chicos y grandes.

Sacó el Rey Don Fernando y redimió ciento y ocho cristianos y cristianas cautivos, que estaban en fierros, y supo como poco había, habían pasado de Vélez a Almuñécar catorce, temiendo lo que les vino, que eran hombres de comunales rescates; y por esto el Rey cuando libertó los moros de la villa tomó en prendas a sus amos, y túvolos en hierros fasta que le trujeron los catorce cristianos, y así soltó a los amos; y envió el Rey estos cristianos que estaban cautivos y redimidos, a la Reina su mujer a Córdoba, a los cuales ella mandó recibir con gran procesión, y ella los recibió dentro en la iglesia mayor, estando con su fija la Infanta doña Isabel dentro de la dicha iglesia, donde los podía bien mirar; y todos pasaban por do ella estaba uno a uno, y le besaron la mano, y eso mesmo a la Infanta, y mandólos aposentar, y mandólos dar limosna a cada uno un florín de oro.

Pública fama era en el real de Vélez que tenía el Rey diez mil de a caballo, y ochenta mil peones. Salió de Vélez con los moros vencidos un caballero moro de Málaga, que llamaban Mahomad Meque, que tenía su casa, y mujer y fijos en Málaga, y tenía mucha parte en ella; y conociólo un criado del Marqués Duque de Cádiz, llamado Juan Díaz, y trújolo a su tienda del Marqués, y díjole: *«Señor, a este debe V. S. hacer mucha honra, que es caballero de Málaga, y tiene en ella mucha parte, y puede en la toma de ella aprovechar mucho»*, y luego el Marqués le fizo facer mucha honra, y fizo fablar con él a sus adalides en el caso, y rogóle que tuviese manera de facer que Málaga se diese al Rey antes que allá fuesen, pues vía que lo por todas maneras no podía escusar, según vía en el aparejo; y el moro se lo prometió de lo procurar con todas sus fuerzas y maneras, que él faría dar la ciudad, o al menos el castillo de Gibra-alfaro, al Rey. El Marqués díjole al Rey esto luego, y el Rey hobo de ello placer, y dijo al Marqués: *«Duque; yo dejo en vuestras manos este concierto, que lo procuréis, y pongo mis tesoros que los repartais en el partido de Málaga, si la podéis haber en mi nombre, como vos quisiéredes»*; y luego el Marqués con autoridad del Rey armó caballero al moro Mahomad Meque, y le dio un caballo suyo, y sus propias corazas, y su propia lanza, y su propia adarga, y dio otro tanto a otro moro su cómpañero y pariente, y los

envió a Málaga con el dicho su criado Juan Díaz, que sabia bien la lengua árabiga y pláticas de los moros, con cartas de creencia de partido, en que daba al Zegrí, alcaide de Gibra-alfaro, porque entregase al Rey la fortaleza, la villa de Coyn, de juro y heredad, y cuatro mil doblas en oro.

Y daba a otro capitán, llamado Abrahen Cenete, que estaba en su compañía y liga, una alquería, cual escogiese, y dos mil doblas en oro. Y daba a Hazan de Santa Cruz, que era un caballero que se había criado en Castilla, y había vivido con el Marqués, otra alquería y dos mil doblas en oro; y daba a las gentes de Gibra-alfaro cuatro mil doblas de oro, que repartiesen en la ciudad; daba cualquier partido que demandasen, que el Rey se lo daría en tal que dejasen la ciudad, y que él con gente se fuese o saliese a vivir por las aldeas.

Y idos con. esta embajada entraron en Gibra-alfaro, y comunicada la embajada, el alcaide de él Zegrí, con quien le convenía, después de haber fecho mucha honra a los mensajeros, respondió diciendo: *«Decid al Señor. Marqués, que si no nos hubiéramos concertado la Ciudad y nosotros, que aun ayer nos acabarnos de concertar, que luego a la hora ficiéramos lo que nos manda a decir. Empero, que pues que me escogieron a mí en esta ciudad por el mejor de los moros de ella, y me entregaron la ciudad y este castillo de Gibra-alfaro; y le tengo muy bien bastecido, y la ciudad asimismo está muy bien lastrada de todo lo que es menester, que si yo ficiere algo de lo que me envía a mandar, sin ver por que me tenía por el mas malo y cobarde moro de todos los moros.. Empero decid a su señoría, que viniendo el Rey sobre nosotros, que yo le doy mi fe al Marqués, que cuando oviéremos de fazer partido, y nos oviéremos de dar al Rey, que no hablará ni hará en nuestro partido sino él, ni menos nos daremos a otro sino a él; y para que vea su señoría que yo digo esto, decidle por señas, que habló conmigo ciertas razones cuando nos tomaron a Loja.»*

Y los mensajeros se partieron con esto de noche de Gibra-alfaro y vinieron y lo contaron al Marqués y al Rey; y el Rey mandó que volviesen otra vez, y volvieron, y fallaron muchas guardas de noche, y no pudieron entrar de noche con esta embajada secreta, y oviéranse perdido si no fueran por do sabían la tierra; y después de esto, que no pudo ser por vía secreta, envió el Marqués de parte del Rey por vía pública a requerir al Zegrí y cabeceras, que mirasen si se querían dar al Rey, que les faría buenos partidos, y antes que moviese el real para ir a ellos viniesen a darse; donde no, que podía ser y creía que si no venían, y el real se movía para irlos a cercar, que otro partido no hubiesen, salvo el hacer a todos cautivos. Y ni por eso la dura cerviz y soberbia del Zegrí quiso conocer del caso, pensando ganar mucha honra.

LXXXIII. DEL CERCO DE MÁLAGA, Y DE LAS COSAS QUE EN ÉL ACAECIERON.

Movió el Rey de Vélez su gran real y artillería para ir a cercar a la ciudad de Málaga, y llegó allá un lunes, siete días del mes de Mayo, año del Señor de 1487. Y los moros salieron a defender qué no se asentase el real, peleando muy ferozmente como hombres muy esforzados, con muchas saetas y espingardas, y escaramuzas, como aquellos que por lo suyo querían morir y defenderlo; y los cristianos, como llegaron los delanteros, como aquellos que lo habían gana de lo facer, que a otra cosa ejercitar no habían ido, sino a pelear con los moros, les dieron tanta prisa por muchas partes.

Aquí a los primeros encuentros quedaron muertos mas de ochenta moros por entre las huertas, y los enterraron, y encerraron los moros en la ciudad y en Gibra-alfaro, no sin pérdida de los cristianos, y tornaron las huertas, que eran pasos fuertes, y asentaron el real, y tornaron y pusieron el cerco, a pesar de todos los moros; y tomó el Marqués-Duque de Cádiz las estancias y parte de Gibra-alfaro, donde era el mas peligro, que así lo tenía por costumbre, ponerse siempre en los cercos en el mayor peligro, donde de necesario hubiese de estar siempre a buen recaudo. El Maestre de Alcántara tomó el otro cabo facia el poniente, orilla del mar, y luego cabe el Maestre de Santiago los otros Duques, Condes, Marqueses y grandes señores y capitanes de las ciudades de Sevilla, y Córdoba, y Écija, y Jerez, y de las otras ciudades de Castilla, tenían sus estancias y reales cerca

unos de otros enderredor de la ciudad de Málaga, por el cabo de la tierra, y terminábase desde el real y vera de la mar. Ansi estaban las estancias y cerco desde el un cabo de la mar fasta el otro.

Y el Rey tenía sus tiendas y gran real a de fuera en el comedio, de donde podía socorrer a todas partes presto y luego. Presto y luego como llegó sobre Málaga, envió a requerir los Alcaldes y Comunidad, que le diesen la ciudad, antes que mas sobre ella se ficiese, y púsoles término para ello, diciendo que les faría buen partido; y fue endurecido el corazón del Zegrí, como el de Faraón, y fizo endurecer con vanas esperanzas el corazón del pueblo; y el Rey les envió a decir y a amenazar, que si fasta tal día no se daban, que les hacía saber que con la ayuda de Dios los había de sacar a todos cautivos de la ciudad; y ni por eso se dieron mucho el Zegrí y Abrahen Cenete, alcaldes y capitanes nuevos mayores de la ciudad, y otros cabeceras semejantes de la ciudad, y nunca quisieron hablar por entonce en partido, ni dar la ciudad al Rey.

Y desde esto vido el Rey, mandó asestar el artillería, y mandó tirar con los robadoquines, y con algunos tiros medianos por todas partes, por les facer mal, y daño; mas la ciudad era muy grande y muy fuerte, adarbada y torreada, y no le podían hacer daño mucho, y no le podían tirar con las lombardas grandes por no dañar la ciudad. Por el cabo de la mar estaba cercada Málaga con la armada del Rey, de muchas galeras y naos, y carabelas, en que había mucha gente y muchas armas, y combatían la ciudad por la mar con los tiros de pólvora. Era una gran fermosura ver el real sobre Málaga por tierra y por mar, había una gran flota de la armada que siempre estaba en el cerco, y otros muchos navíos que nunca paraban trayendo mantenimientos al real; y pasaron mas de treinta días, que parecía que los moros no se les daba mucho por el cerco, y mandó el Rey asestar siete gruesas lombardas, que se llamaban *las siete hermanas Ximonas*, y muchos coartagos y engaños con que tiraban algunos tiros de alquitrán por atemorizar a los moros porque se diesen.

Y en este tiempo vino la Reina Doña Isabel al real, y la Infanta mayor, su fija, por ver el real, y ser en la toma de Málaga, y vino bien acompañada de caballeros, y dueñas, y damas de su corte, y saliéronla a recibir los Grandes de Castilla que allí estaban, algunos de ellos, en especial el Marqués, y el Maestre de Santiago, y después que llegó cerca del lugar salió el Rey a la recibir muy triunfalmente; y todos los del real pensaban que por la venida de la Reina se habían de dar los moros; y ellos como personas de España y según los zamoranos en su tema, esforzadamente salían a pelear y dar en las estancias, muchas veces concertadamente, mejor que de primero, y ninguna mención facían de entender en partido, sino de pelear y defender su ciudad, ofendiendo cuanto mas podían, y recibiendo ellos también muchos daños y muertes; y de las salidas que hicieron a pelear fueron dos mas de notar que las otras, según se sigue.

Salieron un día de la ciudad por el castillo de Gibra-alfaro muchos moros, y quisieron dar en las estancias del Marqués-Duque, tornando la gente segura; el Marqués tenía tal recaudo, que fueron justamente vistas ya que estaban fuera, desde la tienda y estancia del Marqués; y había una estancia, la mas cercana al castillo, que aquella noche los escuderos de ella habían mudado y acercado, hacia Gibra-alfaro, y la gente de ella estaba muy cansada, que no había dormido, ni descansado dos días había. Y con este despecho de aquel estancia que se les acercaba, se creyó que los moros ordenasen de salir a pelear por allí; y el estancia del Marqués estaba arriba mas afuera casi un tiro de ballesta; y el Marqués como vido los moros salir, apercibióse para ir allá, y los moros arremetieron con la estancia y dieron en los cristianos, y los cristianos dieron a huir los de aquella estancia y de otras cercanas a ella; y arremetió a pie muy bien armado, dando grandes voces, desde vido que todos huían, diciendo: «*Vuelta, hidalgos, vuelta, hidalgos, que yo soy el Marqués, a ellos, a ellos, no temáis*»: y iba su bandera ante él. Y desde los escuderos que huían vieron al Marqués con su gente y bandera, cobraron esfuerzo y volvieron sobre los moros y pelearon muy fuertemente los unos con los otros, y la bandera del Marqués en medio en lo mas áspero de la pelea, la cual estuvo muy cerca de ser perdida, si el mesmo Marqués con su persona, y los que lo guardaban no los socorriese.

En fin, los moros fueron vencidos y volvieron fuyendo y se metieron en Gibra-alfaro, y fueron de ellos feridos y muertos mas de cuatrocientos, y de los cristianos murieron luego mas de treinta hombres, y fueron feridos mas de trescientos; y fue ferido el Señor Don Diego Ponce de

León, de una saetada, que era hermano del Marqués, y los moros vencidos. El Marqués fizo proveer las estancias susodichas cercanas a Gibra-alfaro, de gente, y ballesteros, y espingarderos; y estando allí en una de aquellas estancias, los moros de la fortaleza tiraban muchos tiros de espingarda allí, y de ballestas; y pareció que desde el castillo lo conocieron, y tiraron una espingardada al Marqués, de la cual pareció que Dios milagrosamente lo quiso guardar, que le dio en el adarga que ante sí tenía por medio de los cordones, y diole la pelota espingarda. en la barriga por bajo de las corazas, y paró en el sayo, que ninguna cosa le firió ni empeció.

Fue ferido también el Señor Don Luis Ponce, su yerno, aquel día, y el alcaide de Utrera Garci Gómez de Sotomayor, y el alcaide de Atienza y otros muchos escuderos honrados. Entre los que murieron y fueron feridos, el mas daño que recibieron fue cuando dejaron las estancias, que si se tuvieran y no fuyeran, no recibieran tanto daño, pues tenían el socorro tan cerca, y el Marqués se lo reputó a muy mal aquella huida, y si no fuera por su esfuerzo todo aquel real de sobre Gibra-alfaro desbarataran. En esta pelea trujeron los moros por principal capitán a Abramneta, que era un muy esforzado moro, el cual allí fue herido.

LXXXIV. DE CÓMO UNA NOCHE ENTRARON CIERTOS MOROS POR VERA DEL MAR EN MÁLAGA, Y TOMARON ALGUNOS DE ELLOS; Y EL UNO QUE DECIAN MORO SANTO, Y DE LO QUE ACAECIÓ CON ÉL, Y CÓMO PENSANDO QUE DABA AL REY ACUCHILLÓ A DON ÁLVARO, Y A LA BOBADILLA.

Cerca de este tiempo vinieron una noche a entrar en Málaga por la orilla de la mar por el cabo de Gibra-alfaro, por donde estaba el real del dicho Señor Marqués-Duque de Cádiz, ciento y cincuenta moros, y fueron sentidos de las guardas, y prendieron la mitad de ellos, y la otra mitad se les entraron, porque no pudieron mas, porque hobo mal recaudo en las guardas, que cuando los sintieron iban ya dentro; y como era de noche no se pudo mas facer, y todos venían a pie, y traían armas y pólvora para socorrer y esforzar los de la ciudad, Y estos moros que así tomaron, hubo uno que teniéndolo el Marqués preso, dijo: «*Señor, lléveme al Rey, y yo le daré orden como torne a Málaga*»; y el Marqués no dando crédito a su decir, no se daba nada por él, y algunos de los suyos le aquejaron que lo enviase y que ellos irían con él; y el Marqués dijo que lo llevasen aquellos que lo decían; y el moro ganó de ellos que lo llevasen en la forma que lo habían tomado, porque el Rey le escuchase; y entonces diéronle su albornoz y un alfanje, y lleváronlo así; y el perro moro lleyaba concebido de matar al Rey, porque muriese su vida, y viviese su fama, queriendo parecer a Mucio Scevola Romano, que salió de Roma por matar al Rey que tenía cercada la ciudad de Sena, y pensando que mataba al Rey, con la espada dio a otro y matólo, y maguer preso por ello se quemó el brazo, porque no mató al Rey que tenía cercada la ciudad. Y los romanos por esta osadía y atrevimiento facen de él gran memoria de hombre desesperado. Ó quiso aquel moro parecer a Fabio, que se lanzó en el lago boca de infierno que en Roma se abrió, donde muchos perecían por librar a Roma, y libróse por su perdimiento Roma, que lo sorbió aquella sima infernal y cerróse, y contentóse con aquel que nunca mas fue visto.

Y aquel perro, como hombre gentilico, pensó así dar su vida a la muerte por facer descercar la ciudad y ganar fama desesperada entre los moros. Y lleváronle así al Rey, y cuando llegaron a las tiendas con. él, el Rey y la Reina estaban retraídos, y entráronse con él en una tienda, donde estaba Don Álvaro de Portugal, hermano del Duque de Berganza, y la señora Bobadilla, Marquesa de Moya, y como vida que les facían todos mucho acatamiento, como no entendía la lengua castellana, demandó un jarro de agua por dar lugar a su brazo y alzar el albornoz, y entonces sacó el alfanje por de bajo, y comenzó de dar de cuchilladas a Don Álvaro, y a la Condesa, que estaban jugando tablas, pensando que eran el Rey, y la Reina, y firió muy mal al dicho Señor Don Álvaro, de una cuchillada por la cara y cabeza. Y la Marquesa como aquello vido se dejó caer de bruzas, y cortóle de ciertas cuchilladas la ropa, empero no la firió, y si no fuera porque cada vez topaba con el alfanje arriba en

la tienda, no hay duda sino que los matara. Y entonces Martín de Lecena, asturiano, que estaba allí, y Luis Amár de León, adalid del Marqués, y Tristán de Rivera, que habían ido con él, diéronle tantas cuchilladas que le hicieron pedazos, y el Rey y la Reina salieron al alboroto y se hicieron maravillados de tal hazaña, y no quisieran que lo hubieran muerto; y después echáronlo así por un trabuco en la ciudad; y los moros desque aquello vieron, mataron un cristiano gallego, que habían cautivado en Vélez cuando el Rey tomó los arrabales, y cargáronlo encima de un pollino, y echáronlo por una puerta afuera, y así lo tornaron en el real los cristianos. Y esto hicieron en pago del otro que les enviaron con el trabuco.

Pasaron estas cosas y otras muchas y pasó el mes de Mayo, Junio y Julio, y siempre en el real facían engaños y escalas, y hicieron una escala real, que llamaron Gra, que era tan alta como una torre, para el día que habían de dar combate real, y los de la estancia minaron, y el artillería tiraba, y facían mucho daño en la ciudad, y todavía mostraban esfuerzo los moros y salían a pelear muy ferozmente, y faltó la pólvora en el real, y envió el Rey una galera por pólvora a Valencia, y prestamente fue venida con ella; y envió al Rey de Portugal por pólvora en una carabela, y también se la envió y vino muy prestamente.

Ordenaron muchas veces de entrar la ciudad por combate, y dejábanlo de dar temiendo la muerte de la gente, y temiendo comenzarlo y no acabarlo, porque la ciudad era muy fuerte y muy torreada, y decíase haber en ella ocho mil hombres de pelea, y para dar el combate envió el Rey por mucha gente, mas de la que tenía, y envió a llamar al Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla, el cual vino luego al real, con mucha gente y muchos bastecimientos y mantenimientos por mar y por tierra, y dio en el real muy gran refresco y placer, que ya la gente estaba enojada en dos meses y medio que estaban en el cerco y aun mas; y la pólvora venida, y el refresco de la gente, ordenaba el Rey dar el combate el día de Santiago, y algunos de los Grandes eran de opinión que no se diese combate, y todos los Grandes se prefirieron de ayudar al Rey con sus tesoros y haciendas fasta que por hambre tomase la ciudad, y que no quisiese poner a riesgo el real.

Y los moros deseaban mucho el combate porque tenían ya muy pocos mantenimientos; y como son agoreros, tenían un moro que decían el moro Santo, que debía ser algún alfaquí, el cual les ofrecía y certificaba, que los montes de harina que veían en el real blanqueando, ellos comerían aquella harina, que no temiesen, que los del real les huirían; y en algo dijo verdad, que ellos comerían después de la harina de aquellos montones gran parte, empero estando cautivos. Y este moro Santo agorero, había entrado cuando entró el otro desesperado que pensó matar al Rey, y este los esforzaba con vanas esperanzas, y les hizo detener tanto, diciéndoles, que habían de ser descercados y vencedores, que así le era a él revelado de Mahomad y con esto les hacía salir a pelear muchas veces.

La segunda vez, de las dos que fueron mas de notar, que salieron los moros de Málaga a pelear, fue desque no tenían sino muy pocos mantenimientos; y salieron una madrugada mas de mil moros, y pelearon y dieron en las estancias y gentes del Maestre de Alcántara por orilla de la mar, y mataron y hirieron algunos cristianos que hallaron durmiendo a mal recaudo, y hicieron alboroto y rebato en el real; y llegó Abrehen Senete encima de un caballo a unos mozuelos, donde pudiera matar siete o ocho de ellos, y volvió el encuentro de la lanza, y dioles de coscorrones diciéndoles: «*Andar, andar, rapaces, a vuestras madres*», y los otros caballeros moros, desque vieron los muchachos ir huyendo, comenzaron de reñir con él porque había llegado a ellos y no los había matado, y él les respondió: «*No maté porque no vide barbas*»; y esto le fue contado a gran virtud, que aunque era moro, hizo virtud como hidalgo; y acudieron al rebato los Maestres y los otros mas cercanos; y pelearon con los moros, y metiéronlos a lanzadas por la ciudad, y quedaron muertos mas de doscientos moros, que se non pudieran valer, y desde esta vez quedaron los moros muy desmayados, y no osaron salir a pelear; y como no tenían que comer, salíanse de la ciudad algunos moros, y venían al real, y llevábanlos al Rey y sabía de ellos la necesidad de la ciudad, y qué tanto se podrían tener, y con esto los del real se esforzaron.

En este tiempo vinieron embajadores de las partes de África al Rey Don Fernando, con un

presente en que le trujeron de las cosas de allá, que acá no hay, y envióle a suplicar, que se hobiese en la torna de aquella ciudad piadosamente con los moros de ella como había fecho con los otros de los otros lugares, ciudades y villas que había tomado; y envió a pedir por merced al Rey, que le enviase pintadas sus armas, que quería ver la forma de ellas y saber qué tales eran. Y el Rey Don Fernando se las envió moldadas en ciertos escudetes de oro, acerca tan anchos como la mano, y respondió al Rey de Tremecén, y envió honradamente los mensajeros, y pasó el mes de Julio y parte de Agosto, y la comunidad de Málaga recibía mucha pena y lacería de hambre, y de los tiros y combates, que no cesaban cada día. Suplicaban a las cabeceras y al Zegrí que pidiese partido al Rey, y el Zegrí, y los que seguían su opinión era que matasen las mujeres, niños y viejos, que no eran para pelear, y después que saliesen peleando y muriesen, que no que diesen tal honra y victoria a los cristianos de darse a partido.

Y desde vido su locura del Zegrí y sus secuaces, un moro muy honrado y muy rico mercader de la ciudad, llamado el Dordux, tuvo manera como amigablemente tomó a los alcaides el Alcazaba y el castillo de Genoveses, y apoderóse de ellos, que son dos fortalezas grandes y muy fuertes, y túvolas algunos días, y ya pasados algunos días de Agosto, que ya no tenían qué comer, envió al real a demandar partido en nombre de todo el común. Y en este tiempo el Zegrí, alcaide de Málaga, estaba en Gibra-alfaro, así como retraído, que no entraba en las otras fortalezas, y estaba con él el moro Santo agorero, huido por miedo de la comunidad, porque lo querían matar, por las esperanzas y promesas mentirosas que les había dicho. Y el Dordux demandaba al Rey que tomase las fortalezas y les dejase mudejarmente con lo suyo en la ciudad, y salieron los farautes con esta mensajería por las estancias del Comendador mayor de León, Gutierre de Cárdenas, Mayordomo y Contador mayor del Rey, y él mismo los llevó al Rey, y vista su embajada, el Rey hobo de ello muy grande enojo, y los mandó volver a la ciudad, y les dijo que les dijese, que se tuviesen cuanto pudiesen, que con la ayuda de Dios, muertos o cautivos los entendía de sacar todos de allí; y con esto los mensajeros se fueron, y otro día la ciudad envió con sus mensajeros a rogar al Marqués Duque de Cádiz a sus tiendas, por la vía de Gibra-alfaro, que le pedían por merced hiciese el partido con el Rey, y el Marqués le respondió, que no podía, pues que tan al cabo se habían dejado llegar, y que se tornasen al Comendador mayor, pues a él se habían primero encomendado, que él lo trataría; y con esto los mensajeros se volvieron: y visto esto, el Dordux y la Comunidad hablaron y abajaron en el partido, y salió el Dordux mesmo, por donde primero los primeros mensajeros habían salido, y el Comendador mayor los llevó al Rey, y denunció al Rey la embajada y la comisión que el Dordux traía para el partido, según el Dordux por la lengua de los que la sabían al Comendador mayor habían contado; y entendido por el Rey lo que pedían, dijo con grande enojo al Comendador mayor: *«Dadlos al diablo, que no los quiero ver, facédlos volver a la ciudad, y no los he de tomar sino como a vencidos del todo, dándose a mi merced»*; y con esto el Dordux y los que con él habían venido se volvieron, y entrados en la ciudad mandó el Rey tirar toda la artillería, y dieron una gran grita todos los del real, y tiraron todas las lombardas y ingenios, y hicieron muchos daños en la ciudad, y con la respuesta de los embajadores oída por la comunidad, hobieron en Málaga muy gran ruido y muy gran turbación, y hicieron las gentes de ella muy grandes llantos y lloros, así los hombres como las mujeres y pequeños, y ya a este tiempo comían los caballos, y asnos, y perros, y gatos; y comían de los troncones de las palmas altas molidos hechos pan, y muchos de los que comían aquel pan desde bebían el agua sobre ello morían, y así murieron muchos, que se hinchaban con ello y morían; y llegaron a tanta necesidad antes que se diesen, que se murieron de hambre muchos.

Y vistas las respuestas del Rey, entraron en su cabildo y ordenaron de se dar a merced del Rey y de la Reina, pues que ya no porfía ser de otra manera; y hicieron la siguiente carta, con la cual el Dordux volvió al Comendador mayor, y lo llevó al Rey y dio por él la carta al Rey y a la Reina, y es la siguiente:

«Alabado Dios Poderoso.

»Nuestros Señores Reyes, el Rey y la Reina, mayores que todos los Reyes, y que todos los

Príncipes, ensálcelos Dios; encomendándose en la grandeza de vuestro estado, y besando la tierra debajo de vuestros pies, vuestros servidores y esclavos los de Málaga, grandes y pequeños, remédíelos Dios.

»Después de esto los servidores vuestros suplicamos a vuestro estado real, que nos remedie como conviene hacer a vuestra grandeza, habiendo piedad y misericordia de nos, según a vuestro real estado conviene, y según hicieron vuestros antepasados, y vuestros abuelos los Reyes grandes y poderosos. Ya habéis sabido, ensálcevos Dios, como Córdoba fue cercada gran tiempo fasta que se tomó la mitad, y quedaron los moros en la otra mitad fasta que acabaron todo el pan que tenían, y fueron estrechados mas que nosotros; y después suplicaron al gran Rey vuestro abuelo, y rogáronle que los asegurase, y asegurólos, y recibiólos sus suplicasiones, y oyó su fabla, y perdonóles, y díoles todo lo que tenían en su poder, así hacienda, como joyas, y ganó la gran fama fasta el día del Juicio.

»Ansímesmo en Antequera con vuestro abuelo, el grande, esforzado y nombrado Infante, que la cercó seis meses y medio y tomó la ciudad y quedó el Alcazaba obra de seis meses, fasta que se les acabó el agua, y entonces le suplicaron y echaron a su favor, y le demandaron que les asegurase para que saliesen, recibió sus suplicasiones, y sacóles, y díoles todos sus bienes y mercaderías, y quedó su fama y el bien que fizo fasta el día del Juicio; perdónelo Dios, y a vosotros ensálcevos Dios, nuestros señores Reyes, mas honrados que todos los Reyes y Príncipes.

»Pública es vuestra buena fama, y. vuestro favor, y vuestra honra, y vuestra piedad, y ha parecido con las gentes que se dieron antes que nosotros; ha ido vuestra fama a allende y aquende entre los cristianos y entre los moros; y nosotros vuestros servidores y esclavos, bien conocemos nuestro yerro, y nos ponernos en vuestras manos, y echarnos nuestras personas, a vuestra merced. Suplicámosvos, nos aseguréis y libréis en ahorras nuestras personas, y nos otorguéis esto como parecerá al seguro y honra que está con vos señores de poder. Nosotros estamos degollados en vuestro favor, y nos metemos so vuestro amparo; faced con vuestros siervos como conviene a V. A. y Dios Poderoso ponga en vuestra voluntad, que lo fagáis bien con vuestros siervos. Pues ensálcevos Dios mayores que los Reyes y Príncipes, y no plegue a Dios que fagáis con nosotros sino lo que conviniere a la vuestra grandeza y honra de toda virtud; esto es lo que suplicamos a V. A. y pedimos vuestros siervos: en manos de VV. AA. Nos ponemos. Dios Poderoso acredite el ensalzamiento de VV. AA.»

Y luego respondió el Rey :

«YO EL REY.

»Concejo y viejos, y vecinos de la ciudad de Málaga: vi vuestra carta, por la cual me enviades a facer saber, que me queríades entregar esa ciudad con todo lo que en ella estaba, y que vos dejase vuestras personas libres ir a donde quisiéredes; y esa suplicación si la ficiérades al tiempo que os envié a requerir desde Vélez-Málaga, o luego que aquí senté el real, pareciera que con voluntad de mi servicio os movíades a ello, entonces oviera placer de lo facer; pero visto que habéis esperado fasta lo postrimero que os podéis detener, a mi servicio no cumple os recibir de otra manera, salvo dándoos a mi merced, como determinadamente os lo he enviado a decir con vuestros mensajeros; y este es muy menor inconveniente que no haber de esperar mas, según el estado en que estáis.»

LXXXV. CÓMO SE DIO MÁLAGA.

Vista esta respuesta por los moros de Málaga, el Dordux, antes que entregase las fortalezas, fue y vino muchas veces a el Rey y a la Reina, y ganó, que puesto caso que todos los moros fuesen esclavos, empero que el Rey les asegurase la vida a todos, y fuele otorgado. Mas ganó, con ayuda de ruegos de caballeros, perdón para sí, y para cuarenta casas de sus parientes, que quedasen libres

y francos en la ciudad con todo lo suyo por mudéjares; y así le fue concedido, y quedaron. En esto así concertado, luego el Dordux entregó al Rey las fortalezas y torres, y aljimas, y sobre puertas de la ciudad, dejando a Gibra-alfaro, que lo tenía el Zegrí. Y el Rey mandó a pregonar, que cualquiera que tomase cosa de los moros o les faciese desaguisado, muriese por ello, y envió su guion y la cruz de la Cruzada, y el pendón de las hermandades, acompañados de muchos caballeros y muy armados, después de haber tomado rehenes del Dordux, a tomar las fortalezas de Málaga. Y desde que vido, empinados sobre las mas altas torres su gente señorear las fuerzas de la ciudad, dio muchas gracias al Señor nuestro Dios y agradecióle mucho la victoria grande que allí le había dado. Y la Reina y la Infanta, con sus dueñas y damas y toda la campaña real, hincadas de rodillas en tierra, presentaron a nuestro Señor y a la Virgen Santa María gloriosísima muchas oraciones y alabanzas, y al Apóstol Santiago. Y eso mismo hicieron todos los devotos cristianos del real. Y los Obispos y clerecía que allí se hallaron, cantaron *Te Deum laudamus* y *Gloria in excelsis Deo*.

Fue este día que la ciudad se entregó Sábado 18 días andados del mes de Agosto, año susodicho de nuestro Señor Jesucristo de 1487 años. Había estado cercada desde siete días andados de Mayo: así el Rey la tuvo cercada tres meses y once días, fasta que la entregaron como dicho es. Y luego el Rey mandó a pregonar por toda la ciudad entre los moros, que cada uno con lo suyo estuviesen seguros en sus casas, y fizo entre ellos poner muy grandes guardas por las calles y puertas, porque ninguno hizo no se fuese, ni ninguno los agraviase, ni los enojase, ni tomase lo que tenían. Y luego demandó los cautivos cristianos que en Málaga estaban, y fizo poner una tienda cerca de la puerta de Granada, donde él y la Reina y la Infanta, su fija, los recibieron, y fueron entre hombres y mujeres los que allí los moros les trajeron fasta seiscientas personas; y a la puerta por do salieron estaban muchas personas con cruces y pendones del real, y fueron en procesión con ellos fasta donde estaba el Rey y la Reina atendiéndolos. Y llegando donde sus Altezas estaban, todos se humillaban y caían por el suelo, y les querían besar los pies, y ellos no lo consentían, mas dábanles las manos, y cuantos los veían daban loores a Dios, y lloraban con ellos con alegría; los cuales salieron tan flacos y amarillos con la gran hambre, que querían perecer todos, con los hierros, y adovones a los pies, y los cuellos y barbas muy cumplidos. Y desde que besaron los pies al Rey y a la Reina, loaron todos a Dios, mucho, rogándole por la vida y acrecentamiento de sus Altezas. Y luego el Rey les mandó. dar de comer y de beber, y les mandó. desherrar, y los mandaron vestir y dar limosnas, para despensa de cada uno donde quisiese ir, y así fue fecho y cumplido. Y en estos cautivos había personas de grandes rescates que estaban rescatados; y había personas que había diez, y quince y veinte . años que estaban cautivos, y otros menos.

Y desde que el Zegrí, alcaide. de Gibra-alfaro, vido la ciudad tomada, demandó partido, y el Rey no le quiso dar otro sino como al común de Málaga, y entregó: la fortaleza dos días después, que Málaga se entregó. Y luego el Rey mandó tomar todas las armas a los moros y metiéronlas en la Alcazaba, así defensivas como ofensivas. Y así el Rey y la Reina fueron señores de Malaga y la tomaron con todos los moros.

LXXXVI. DE CÓMO SE DIERON MIJAS Y OSUNA.

Dos fuertes lugares y fortalezas, que estaban entre Málaga y Fuengirola, que llaman al uno Mijas, y a otro Osuna, que no se quisieron dar en todo el tiempo del cerco de Málaga, y siempre el Rey tuvo guarnición sobre ellos, tomada Málaga fueron requeridos, y pensando que los de Málaga habían hecho buen partido, diéronse al partido de los de Málaga, y entregaron las fortalezas; y el Rey envió las galeras de la armada por la gente de ellos, en que trujeron ochocientas personas con sus haciendas muebles, y cuando se hallaron en Málaga todos a su partido, halláronse todos cautivos perdidos.

Y de estos, y de los que se hallaron en Málaga huéspedes, que entraron a defender la ciudad, que no eran naturales ni vecinos, repartió el Rey por los caballeros y le dio a cada uno según quien era, a los Duques cien moros a cada uno, y al Maestre de Santiago cien moros; y a los Condes y

demás señores cincuenta, y a otros mas, y a otros menos; y fizo presente de ellos al Rey de Nápoles y al Rey de Portugal; y envió al Papa Inocencio VIII, que imperaba entonces en Roma, cien moros en presentados, los cuales el Papa recibió y hizo traer en procesión por toda Roma, por cosa hazañosa, en memoria de la victoria de los cristianos, a los cuales hizo convertir y volverse cristianos, y allí se remembraron las victorias romanas, que los claros varones de Roma hicieron, en especial los Escipiones, y Lucios Metelius, Fabius, Quintius, Publius, Lucius, Sylva, Marius, Gayus, Pompeyus, Marcellus, Julius César, y otros muchos que por Roma conquistaron por diversas partes del mundo. Y cuando venían con las victorias o enviaban las cabalgadas que habían, era la ciudad toda conmovida a los recibir, y ver. Así por ver aquella parte de la cabalgada, que el Rey Don Fernando envió en Roma al Santo Padre, de la victoria que Dios le dio de la ciudad de Málaga y su tierra, la ciudad de Roma fue conmovida toda a lo ver, y el Santo Padre se lo agradeció mucho, y fizo facer plegarias y conmemoraciones muchas a Dios nuestro Señor por él.

Antes que el Rey se partiese de Málaga, quitó a todos los moros mudéjares de la Sierra, sus vasallos, las armas todas ofensivas y defensivas.

Había en Málaga al tiempo que el Rey la tomó cuatrocientas cincuentas personas, judíos y judías moriscos, chicos y grandes. Estos rescatólos un judío de Castilla, llamado Abraham Señor, arrendador y facedor mayor de las rentas del Rey, en fiducia, de las alhamas y juderías de Castilla; los cuales rescató por veinte mil doblas jayenes, a pagar en cierto tiempo, y apartáronlos luego de los moros, y tomáronles todas sus buenas alhajas, y joyas, y doblas, y monedas que tenían a todos para en cuenta del rescate; y hicieron líos las cosas de cada casa sobre sí, y sellaron los líos y escribieron en cada uno cuyo era, y todo el rescate hicieron junto, y así para ello hicieron común todo lo que tenían, puesto caso que unos tenían mucho y otros poco, y el dicho judío tomó el rescate a su cargo.

LXXXVII. DE LA MANERA QUE SE TUVO CON LOS MOROS DE MÁLAGA, Y CON SUS BIENES, Y CÓMO VINIERON CAUTIVOS, Y DE LOS JUDÍOS, Y DE LAS COSAS DEL CERCO DE MÁLAGA.

Los moros de Málaga suplicaron al Rey, luego como entregaron las fortalezas, que les mandase dar pan por sus dineros, que se morían de hambre, y el Rey les mandó dar pan y harina de los montones que ellos miraban que estaban en el real, que el moro Santo les certificaba que comerían; y aquí se cumplieron sus agüeros, en que dijo verdad, que comerían de aquella harina, y así la comieron, empero cautivos.

Suplicaron eso mesmo al Rey y a la Reina que, pues eran sus cautivos, los quisiesen rescatar; y sus Altezas mandaron entender en ello en sus Consejos. Y visto sobre ello hicieron entender al Rey, que era mejor rescatarlos, y tomarles en cuenta sus bienes muebles, y oro, y plata, que no sacarlos remotamente que supiesen ellos que iban cautivos sin remedio; porque esconderían y echarían en pozos su oro, y plata y aljófar, y joyas; y el Rey tuvo a bien de los rescatar; y el concierto del rescate fue de esta manera: Que le dieran por todos los que aquel día se hallaron vivos, así chicos como grandes, a treinta doblas jayenes por cada uno varones y mujeres, chicos y grandes, y que diesen luego en señal todo el oro, y plata, y aljófar, y ropa, y alhajas, y seda, y riquezas, apreciado todo en su valor, y que por lo restante aguardase el Rey ocho meses o poco mas tiempo, y que el rescate fuese en todos a voz de uno enmancomunados, y que por los que entonces eran vivos, aunque después se muriesen, se pagase como por los otros; y que si no cumpliesen el rescate en los ocho meses, o tiempo aceptado, que fuesen esclavos, y que por tales los pudiesen vender y facer de ellos lo que quisiesen, y que si al dicho plazo pagasen el rescate y lo cumpliesen todo, que fuesen libres donde quisiesen.

Y desde este partido plugo a los moros, como ningún remedio tuviesen, pensaron poder cumplir y salvarse por esta vía; y así fue celebrado y concertado el concierto del rescate. Y el Comendador mayor Gutierre de Cárdenas, fizo por parte del Rey los contratos de esto con ellos, y

con condición, que viniesen todos presos a Castilla, salvo los que habían de procurar el rescate allende y aquende. Y esto hecho, y asentados contadores y diputados para ello, con muy gran recaudo, los llamaron por los barrios, y collaciones, y casas, y a cada casa sobre sí con todas las personas y haciendas, y como venían escribían cuantos eran, y como les llamaban a cada uno, escribían sus bienes, y hacienda, y facían los líos y sellábanlos, y escribían encima cuyos eran, y mandábanlos ir con ello cada uno con lo suyo al corral de Málaga, salvo el oro y plata, y doblas que les tomaban luego, y el aljófar, perlas, y corales, y piedras preciosas, y manillas, y ahorcas, y al salir buscábanlos a todos y a todas en tal manera y tan sagaz, que no pudieran esconder ninguna cosa, ni sabían los unos de los otros si los buscaban; y por esta arte hobo el Rey Don Fernando todos los tesoros y riquezas de Málaga; y así los sacaron de sus casas por cuenta extremados y contados, como quien extrema ovejas, a los que si con tiempo al Rey se dieran, fueran libres con todo lo suyo, y aun recibieran mercedes; mas parece que nuestro Señor dio lugar que así sus corazones fuesen endurecidos, como Faraón con sus egipcios cuando fatigaban el pueblo de Dios, porque fuese vengado en ellos el derramamiento de sangre de los cristianos, que los moros de aquella ciudad habían, desde el tiempo del Rey Don Rodrigo, y el estrago y perdimiento de los que por allí habían pasado allende y se habían perdido; así ellos se hobieron de perder totalmente, y allí donde ellos acorralaron los cristianos, de la gran cabalgada que hicieron de la Ajarquía el año de 1483, y donde por costumbre tenían de meter la cabalgada de cristianos que traían cautivos, para los partir o vender, allí fueron ellos metidos y acorralados en aquel corral, y acorralados y contados, y cautivos y vendidos; y allí apartaron los gandules de los naturales, y vendieron, y estuvieron allí en aquel corral hasta que dieron forma de los llevar a Castilla, los cuales trujeron por mar a Castilla en las galeras y navíos de la armada fasta Sevilla, y otros muchos por tierra, y repartieronlos por las ciudades, y villas, y lugares por casas de los vecinos, a cada uno uno, o dos, y que les diesen de comer y se sirviesen de ellos, fasta cumplido el tiempo en que habían de pagar todo el cumplimiento del rescate. Nunca pude saber cuantas ánimas fueron las del rescate, empero la ciudad era de mas de tres mil vecinos; por aquí podréis entender cuantas ánimas habría poco más o menos, que yo creo que pasaban de once mil ánimas: Aunque algunos de ellos vinieron por la tierra, la mayor parte vinieron en los navíos, y se repartieron en Jerez y en Sevilla, como dicho es, y en su tierra.

Y después pasó el tiempo, y no pudieron cumplir el resto del rescate, y quedaron todos cautivos del Rey y de la Reina.

Los judíos partieron postreros de Málaga en dos galeras de la armada, y echáronlos en el Bodegón del Rubio, y allí los dieron por cuenta en primero día del mes de Octubre del dicho año, y fallaron cuatrocientas cincuenta ánimas, las mas eran mujeres en la lengua arábiga, y vestían a la morisca.

El Rey, antes que partiese de Málaga, fizo adobar lo derribado, y dio vecindad a muchos vecinos que la venias demandando; dejó sus guarniciones, y puso por alcaide y justicia mayor a Don Manrique, de Málaga y toda su tierra, y puso sus alcaides en Mijas, y Osuna, y en todas las otras fortalezas que ganó de esta entrada. Las cosas del cerco de Málaga no hay quien contarlas todas pueda.

El Rey tenía cruces y campanas, con lo cual les daba muy mal solaz a los moros, que continuamente veían la cruz, y oían las campanas tañer a todas las horas y repicar a todos los rebatos, desde la primera fortificación que ganó, que a la hora siempre llevaba el Rey campanas en sus huestes y reales; y al comienzo les decían los moros: *«Cómo; ¿no tienes las vacas, y traes los cencerros?»* las cuales campanas andaban con el artillería, y de allí se repartían por el real.

Al comienzo de esta santa guerra, el Papa Sixto le dio Cruz por estandarte, y dejó en las iglesias, que de mezquitas se consagraron en iglesias en Málaga, mas de cuarenta campanas grandes y muy hermosas, y en los lugares que se ganaron de esta entrada. Fue el real de Málaga muy bastecido de todas las cosas, salvo de paja para las bestias y caballos, que hobo mucha mengua: porque no se encareciese el pan en el real, que aquel año no se cogió muy sobrado, puso el Rey tasa por cuatro años, al trigo a cuatro reales, y la cebada a dos reales; y húbose y mantúvose. Había en el

real de Málaga muchos clérigos y frailes de todas órdenes, que decían misas, y predicaban por todo el real, así a los sanos como a los enfermos, y absolvían plenariamente a todos por virtud de la Santa Cruzada; allende de los clérigos, de los cantores de la capilla del Rey y de la Reina, y de otras capillas de Grandes, que así era honrado el culto divino en aquel real como en una muy gran ciudad, y así parecía que lo ordenaba Dios con infinitas músicas y cantores. Había un hospital muy grande, de tiendas que el Rey mandó facer, donde todos los enfermos y heridos eran curados y mantenidos a costa del Rey, así de heridas de los moros, como de cualesquier enfermedades que enfermaban. Había físicos y cirujanos cuantos eran menester, que los curaban.

LXXXVIII. CÓMO ESTUVIERON EN EL CERCO DE MÁLAGA LA FLOR DE GRANDES Y CABALLEROS DE CASTILLA.

Los nombres de los Grandes de Castilla que se hallaron presentes en la dicha victoria, no es razón que queden en silencio, pues que hobieron parte de la gloria de ella, y fueron victoriosos sirviendo a su Rey; fueron los siguientes:

Primeramente el Cardenal de España, Arzobispo de Toledo, Don Pedro González de Mendoza, que vino con la Reina al medio tiempo del cerco, y algunos Obispos.

El Maestre de Santiago, Don Alonso de Cárdenas.

El Maestre de Alcántara, Don Juan de Estúñiga.

El Maestre de Calatrava, Don Juan García de Padilla, no vino a esta ni a la de Ronda, porque quedaba siempre en la frontera de Granada para guarda de la tierra.

El Marqués-Duque de Cádiz, Don Rodrigo Ponce de León.

El Duque de Medina-Sidonia, Conde de Niebla,

Don Enrique de Guzmán, que vino en medio tiempo del cerco con muchos mantenimientos y gente de refresco.

El Duque de Nájera, Conde de Treviño, Don Pedro Manrique.

El Duque de Escalona, Marqués de Villena, Don Juan Pacheco.

El Conde de Benavente, Don Juan Pimentel.

El fijo del Duque de Alba, Don Fadrique de Toledo.

El Conde de Cabra, Mariscal de Baena, D Diego Fernández de Córdoba.

El Conde de Feria, Don Gómez Suárez de Figueroa.

El Conde de Ureña, Don Álvaro Téllez Girón.

El Conde de Cifuentes, Don Juan de Silva.

El Adelantado de Andalucía Don Fadrique Enríquez.

El Señor de la Casa de Aguilar, Don Alonso Fernández de Córdoba.

Don Pedro Puertocarrero, Señor de Moguer.

Don Luis Puertocarrero, Señor de Palma.

El Comendador mayor de León, Don Gutierre de Cárdenas.

El Conde de Miranda.

El Conde de Ribadeo.

El Adelantado de Murcia, Don Juan Chacón, y otros muchos Caballeros, Condes y Señores, que sería luengo de escribir.

El Condestable de Castilla no vino acá esta vez, empero vino su hijo Don Bernardino con su gente.

El Duque de Alburquerque no vino, pero vino su fijo con su gente, en manera que de todos los Caballeros de Castilla, o de la mayor parte de ellos, el Rey y la Reina fueron servidos en esta victoria. Llegó el Rey sobre Málaga mas de diez mil de caballo, y decían que mas de ochenta mil peones. Fatigáronse algo los pueblos con los repartimientos de los pechos, para los grandes gastos de aquel cerco, y ayudaron la clerecía y iglesias con subsidios.

La ciudad puesta en cobro, el Rey y la Reina, y los Grandes de Castilla se volvieron en

Castilla con victoria, y mucha honra con su ejército y artillería.

Los moros de Málaga enviaron a Granada, y Baza, y Guadix, y Almería, y por todo el reino de Granada, y enviaron a los moros y Reyes de allende a demandar limosnas para el rescate, y todos tuvieron por respuesta, que tenían tantas necesidades, que les non podían socorrer; así que de aqueude ni de allende no pudieron remediarse, y cumplido el plazo del partido el Rey los mandó vender a todos, y fueron vendidos mas de once mil ánimas de Málaga, dejando los gandules y los valederos extranjeros, que les vinieron a ayudar.

LXXXIX. CÓMO EL REY TOMÓ A VERA CON TODA SU TIERRA.

En el nombre de Dios, en el mes de Mayo del año del nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo de 1488 años, el Rey Don Fernando sacó su hueste por la vía de Murcia, estando él y la Reina su mujer allí, y juntó poco mas de cuatro mil de caballo, y catorce mil peones, y algunos de los Grandes de Castilla ; y quedó la Reina y el Cardenal de España en su compañía, y el Maestre de Santiago, que se sentía malo, en Murcia; y el Rey fue con su gente, pasando por Lorca, sobre la ciudad de Vera, y envió al Marqués-Duque de Cádiz delante, con una gran batalla de caballeros, a les facer requerimientos a los moros de Vera, que le quisiesen desempachar la villa y entregársela; y el Marqués hizo sus diligencias, y requerimientos, y protestaciones, que si no se daban y el cerco consentían poner, que no se les daría otro partido sino como a los de Málaga, que fueron todos cautivos; y los moros de Vera, con temor que hobieron, concedieron todo lo que el Marqués les dijo, y con ciertos partidos, que de parte del Rey les prometió, luego entregaron la fortaleza, sin mas esperar cerco ni combate; y el Marqués puso en ella al Señor Don Diego, su hermano, el cual entró con ciertos escuderos y se apoderó de ella, y la tuvo fasta que el Rey llegó.

Y el partido fue, que los moros se fueron con todo lo suyo a donde quisieron, y desempacharon la ciudad en ciertos días. Y como el Rey llegó, fizo bastecer la fortaleza de Vera de gente de armas,, y mantenimientos, y dio la tenencia de ella a Garci-Lasso de la Vega.. Y envió por toda la comarca de Vera a requerir a todos los lugares, que le vengán a dar obediencia, y siguió su vía con su hueste hacia Almería, tomando muchos lugares, y allegó fasta Almería; y estaba dentro el Rey moro Muley Baudili Alzagal, y fizole talar la tierra, y dio vuelta por toda esa cercanía de los moros, y contando desde Vera, tomó los lugares siguientes, de los cuales o de la mayor parte, Vera es cabeza:

La ciudad de Vera. Lijar. Filambre. Las Cuevas. Mijar. Vidari. Huerál. Cantoria. Lubrir. Curgena. Oria. La Caynera. Moxacar. Cantalobo. Huero. Alborea. Torbal. Currillas. Bedar. Rines. Aliynor. Serena. Atahalic. Ulela. Teresa. Axameyto. Sornas. Cabrera. Benalibre. Huéscar. Oyera. Benazaron. Castilleja. Benatarafa. Baulirba. Cullar. Alhambra. Benechamir. Vélez. el Blanco. Bena Alagraxis. Alba. Vélez el Rubio. Albos. Alcudia. Benamaurel. Almanchez. Chercos. Galera. Y otros lugares y alcaidías de que no es de hacer mención. Y todos estos lugares, y villas, y fortalezas, se dieron al Rey sin combate y sin cerco, que así pareció que plugo a la Providencia divina; y entregaron lo fuerte, y quedaron por entonces en lo otro por mudéjares, y el Rey puso alcaides cristianos en las fortalezas, y echó los moros de algunos de aquellos lugares a lo llano; y dejándolos todos por vasallos, fizo la salida por Baza, donde los moros de ella salieron a escaramucear con los cristianos, y a la fin se encerraron huyendo; y allí murió un sobrino del Rey, que llamaban Don Luis, Maestre de. Montesa, del reino de Valencia, en Aragón; murió en la escaramuza de una. saetada, y Don Luis era fijo bastardo de Don Carlos, hermano del Rey Don Fernando.

Esto así fecho el Rey se volvió con mucha honra a Murcia, donde estaba la Reina, y la Infanta y la corte, y dende en Castilla.

XC. CÓMO LOS MOROS DE GUACIN SE ALZARON.

En el mes de Octubre del sobredicho año de 1488, hicieron movimiento los moros mudéjares

de la Sierra Bermeja, y se alzaron con Guacín, que lo hurtaron al alcaide cristiano que lo tenía, y súpolo el Marqués-Duque de Cádiz una noche, estando en su palacio de los Palacios, y despachó cartas de llamamiento a un cabo y a otro, donde convenía, luego aquella noche, y partió para allá, y llegó con la gente que pudo, y asentó su real sobre Guacín, y allí acudió luego el Conde de Ureña, y el Adelantado, y el Conde de Cífuente con la gente de Sevilla, y la gente de Jerez, en los cuales todos se allegó poca gente y hízoles el tiempo de muchas aguas, que salieron todos los ríos en esta tierra de madre, cosa que pocas veces se vé en el mes de Octubre, y por el tiempo no se atrevieron por armas a sojuzgarlos. El Marqués los envió a llamar, y asegurólos de parte del Rey del alboroto y mal caso, y diéronle la fortaleza; y diéronle por descargo, que lo habían hecho por muchas sinrazones que del alcaide recibían. Este fue el primer alboroto que los moros mudéjares de la Sierra Bermeja y sus comarcas hicieron; como la tierra es la mas áspera embreñada del mundo, y fértil de muchas frutas y aguas, cuevas, capas, y riscos para se mantener y huir; y tenerlos dio ocasión a hacer muchas veces movimientos, y matar y hurtar muchas veces.

XCI. DE LA FERTILIDAD DEL AÑO DE 1488, Y DE LAS AGUAS DE LA OTOÑADA DEL 89. SIGUIENTE, Y DE CÓMO TOMÓ EL REY A PLACENCIA Y OVO EL MAESTRAZGO DE CALATRAVA.

Este año sobredicho de 1488 fue mucho vicioso y abundoso de pan, trigo y cebada, y vino, y aceite, y de muchas frutas generalmente en toda España. Ovo pestilencia en algunas partes, especialmente en Sevilla y en Toledo. Valió el pan desde se coció hasta pasado el mes de Abril del siguiente año de 1489 en esta Andalucía y comarcas de Sevilla a cincuenta maravedís la fanega y menos, que en algunas partes, especialmente Sevilla y Toledo y su tierra, valió a real, que era entonces un real treinta maravedís, y la fanega de cebada a real. La sementera que se fizo este dicho año de 1488 en Octubre y Diciembre fue muy mala y lloviosa y con muchas avenidas, y por esta causa se perdieron muchos panes de los sembrados, y después de hechas las sementeras, fizo tan grandes aguas en el mes de Enero, que subió el agua del río Guadalquivir a las señales del año de 1485 en los muros de Sevilla, y en las otras partes donde suele llegar y están por memoria; y aun en algunas partes pasó, y estuvo Sevilla en gran temor, empero así como aquella grande ímpetu de corriente vino, pasó, a plazo, que no duró el enracamiento de lo mas alto por mas de una hora. Llevó el río los lugares que había llegado y pasado el año de 1485, y llevó todas las sementeras de sus vecindades, en que echó a perder y llevó desde Cantillana a abajo, mas de ciento cincuenta cahices de pan sembrado. Cogióse muy poco pan en esta Andalucía el año de 89, de esta causa; y habían quedado las alturas con algunos panes, y así se cogiera de allí común el pan, salvo que en fin de Mayo vinieron cuatro o cinco días de agua y niebla, como de invierno y anubló los panes en muchas partes, y de esta causa alzó el trigo hasta cien maravedís la fanega, y la cebada a cincuenta maravedís la fanega, poco mas o menos, y duró estos precios fasta San Miguel. Y fue este año de 89 muy vicioso para los ganados, de muchas yerbas. Criáronse muy muchos puercos, como había mucho pan del año de ochenta y ocho.

Cerca de Todos-los-Santos del dicho año de 1488, recibió el Rey Don Fernando la ciudad de Placencia de poder de la casa de Estúñiga, después de la muerte del Duque Don Álvaro de Estúñiga, Conde de Béjar, Duque que se llamó de Arévalo, en tiempo de su nieto Don Álvaro, nieto del dicho Duque, fijo de su fijo mayor Don Pedro de Estúñiga, habiendo heredado el mayorazgo y señoreado la casa de Béjar.

Falleció de esta presente vida el Maestre de Calatrava, García de Padilla, el año de 1489, el cual había sucedido en el Maestrazgo por muerte de Don Rodrigo Xiron, que mataron los moros en Loja, y el Rey tomó en sí luego el Maestrazgo y rentas de él, y trujo bulas del Papa para ello, porque de ello se ayudase para los grandes gastos de la guerra. Y este fue el primero de los Maestrazgos en que el Rey y la Reina sucedieron por sus vidas, con bula del Santo Padre, para ayuda de los gastos de la guerra.

XCII. DEL GRAN CERCO DE BAZA Y DE LAS COSAS QUE EN ÉL SE FICIERON, Y ACAECIERON, Y DE CÓMO LA REINA FUE AL REAL, Y DE CÓMO SE DIO BAZA AL REY Y A LA REINA A PARTIDO, Y ENTRARON EN EL PARTIDO ALMERÍA Y GUADIX Y OTRAS MUCHAS VILLAS.

En el nombre del muy alto Rey de los Reyes, en cuyo poder es dar la victoria a las huestes, y batallas a quien le place. En el año sobre dicho del Señor de 1489 años, el Rey Don Fernando, por servir a Dios, y facer guerra a los moros, estando en la ciudad de Jaén, invocó grandes huestes, y gentes de todos sus reinos de Castilla, y hizo aparejar muchos mantenimientos, y principios, y provisiones, para ir sobre la ciudad de Baza, y fueron con él en el mes de Mayo, a cerca del fin del mes; y la Reina y corte quedó en Jaén, y el Rey partió con su hueste, y fue la vía de Baza, y cercó la villa de Cujar y combatióla con las lombardas, sobre la cual estuvo ocho días, fasta que se dio a partido, de manera que entregaron la fortaleza y la villa, y se fueron con todo lo suyo, que pudieron llevar; y el Rey fizo poner luego gran recaudo en la villa y fortaleza, y puso allí gran guarnición, y luego los moros dejaron de miedo a Venzalema, un castillo muy cercano allí, y despoblaron Canilla, una villa muy cerca de allí; y el Rey la mandó despoblar, y siguiendo su vía fue a poner cerco a la ciudad de Baza, y llegó un día del mes de Junio, y entraron en las huertas para asentar el real, y estando la gente del real ya entrada en gran parte de las huertas, los moros que estaban en defensa de la ciudad eran muchos, y de los mas honrados y esforzados del reino de Granada; salieron y pelearon muy fuertemente con los cristianos, de manera que de ambas partes murió gente; y como las huertas estaban cercadas de muchas acequias, y caoces, y cerraduras, los cristianos no quisieron señorearlas, antes medio huyendo se hobieron de retraer atrás, por la resistencia y gran fuerza de los moros, y visto esto por el Rey, y sabido que en la ciudad había gran gente de pelea, que decían que habla veinte mil moros de pelea, en los cuales había setecientos de a caballo, fizo retraer la gente atrás, y asentó su real alderredor de Baza en forma, y puso sus estancias y guardas en derredor de la ciudad, y túvola cercada seis meses, que no pudo entrar a los moros la entrada y salida de la ciudad, fasta que la cercó toda alderredor de muy hondas cavas y altas albaradas y paredes, en las cuales fizo facer catorce castillos por sus estrechos de tapias muy fuertes y fizo poner en cada uno trescientos hombres, en algunos mas, y en algunos menos, según en cada cabo la afrenta se esperaba; y esto acabado de facer, luego los moros no pudieron mas entrar ni salir; acaeció algunas veces, que salieron los moros de la ciudad a los que andaban haciendo las cavas por algunas partes que los vían a mal recaudo, y mataron algunos y llevaron los azadones.

Y el Rey tuvo forma como un día les armó una celada, antes que amaneciese echó fuera los azadoneros, y los moros salieron a ellos, y salió la celada de muchos caballeros de lugar de donde los moros no se guardaban, y fueron matando en ellos fasta los muros de la ciudad, en que fueron muertos y presos mas de trescientos moros, y de esta vez no se osaron a salir por allí mas.

Había en Baza tres principales caudillos, el mayor era, que se llamaba Hacen el viejo, a quien todos acataban; el otro, llamado Audali, era capitán de la gente; el otro era Tube Corazagan, alcaide de Cuxar, que era muy esforzado caballero, a los cuales el Rey mandó requerir que le diesen la ciudad, y les faría mercedes; ordenó que supiesen de cierto, que con la ayuda de Dios se le había de tomar, y que no había de alzarse de allí fasta que fuese Señor de ella; y la respuesta fue, que no estaban allí para dársela, sino para defenderla. Esta vez, y otras que les envió a requerir, nunca por entonces quisieron venir en partido. Entonces fizo facer casas y palacios en el real, de tapias, y madera, y teja, que traían de los lugares que los moros despoblaron, y de las casas de las huertas, y fizo facer para sí unos fuertes, palacios y bien altos, de a donde podía mirar la ciudad. Y otro tanto hicieron facer el Maestre de Santiago y los Duques y grandes Señores, que hicieron facer casas muy fuertes donde estaban. El Marqués-Duque de Cádiz tenía real por sí en la gran artillería, la cual él tuvo a cargo en este cerco, y no quiso facer casa de teja, salvo de paja. Y todos cuantos en el real

había ficieron casas, de ellos de teja, de ellos de paja, de formó que parecía el real una gran ciudad con sus calles y hincados.

Ovieron sobre quitar el agua de una fuente, que mantenía gran parte de la ciudad de aguas, muchas peleas los cristianos con los moros, en que de ambas partes murieron gentes, y a las veces la quitaban, y a las veces la dejaban,

Fueron muchas veces capitanes a correr a Guadix y a Almería, y a otras muchas villas y lugares de tierra de moros, y trajeron muchas cabalgadas y ficiéronles muchos daños, siempre los cristianos siendo vencedores; tenía el Rey sus guarniciones por los caminos, por sus trechos, y donde convenía, desde Quesada fasta el real, por guarda de los arrieros, y acemileros, y gente que abastecía el real de mantenimientos. No se pudo el Rey en este cerco mucho ayudar de su gran artillería, porque con las muchas huertas, acequias y cerraduras de una parte, y áspera sierra de otra, nunca pudieron allegar a los muros de Baza.

En el mes de Julio, estando el Rey en este cerco, vinieron a él dos frailes de Jerusalén por embajadores del Soldán de Babilonia, de la orden del Señor San Francisco, el uno castellano y el otro italiano, y el Soldán los envió al Rey a le demandar ayuda de Sicilia, para sus guerras; y el Rey hobo gran placer en ello, y eso mesmo la Reina, a la cual fueron a visitar a Jaén, y el Rey y la Reina les ficieron mucha honra, y les dieron respuesta de lo que querían, y les libraron cierta suma para el reparo del monasterio, y de los frailes, y de la Santa Iglesia de Jerusalén, y del Santo Sepulcro de nuestro Redentor Jesucristo.

Después de tornados a requerir los moros de Baza, que diesén la ciudad al Rey, y de ver su contumacia y respuesta, el Rey hizo pertrechar y bastecer el real, para tener allí el invierno, y los moros pensaban ser imposible al Rey, porque la tierra es muy fría y natural de muchas nieves; y esperaban que en todo el compás donde el real estaba, no quedaría cosa por cubrirse de nieve, según que en todos los años ende acaecía; mas nuestro Señor, en cuyas manos son todas las cosas, al cual obedecen las plantas y signos, fizo lo contrario de lo que ellos pensaron, que el mes de Septiembre llovió ni mas ni menos de lo que era menester para el Otoño, de manera que aprovechó y no empeció, y el mes de Octubre llovió lo que era menester para sembrar, y no empeció al real, y ficiéronse muchas y buenas sementeras en todas partes, que se cogieron el año siguiente muchos y infinitos panes; y el mes de Noviembre no llovió poco ni mucho en toda España, antes parecía verano, siendo natural invierno, y tiempo de aguas y los mas chicos días del año. Esto parecía ser fecho proveído por la divina Providencia, y así fue tenido por todos los cristianos, que milagrosamente Dios proveyó de tales tiempos.

Partió la Reina de Jaén, y llegó al real, a cinco días de Noviembre donde le fue fecho solemne recibimiento, como solía en los otros reales; con su venida todos los del real fueron muy alegres y esforzados, porque en pos de sí llevaba muchos mantenimientos siempre, y gente, y creían que por su venida se les haría mas aína el partido con los moros. Los moros fueron mucho maravillados con su venida en invierno, y se asomaron de todas las torres y alturas de la ciudad, ellos y ellas, a ver la gente del recibimiento, y oír las músicas de tantas bastardas, clarines y trompetas italianas, y chirimías, y sacabuches, y dulzainas, y atabales, que parecía que el sonido llegaba al cielo. Iba con la Reina la Infanta Doña Isabel, su mayor hija, la cual nunca de sí partía, y algunas damas y dueñas de su casa: y después de esto, pasados algunos días desde que los moros conocieron la voluntad del Rey, que no había de alzar de sobre ellos fasta cumplir su propósito, ordenaron demandar partido, y demandaron seguro, y salió el caudillo mayor de Baza, Hazen el viejo, y vino al real, a fablar en el partido con el Rey y Reina, y demandó plazo para ir a fablar con el Rey Muley Baudili Alzagal, que estaba en Guadix, el cual le dieron, y fue y fabló, y estuvo con él y con los de su consejo, y con los de Guadix, y habido su consejo entre el Rey y los caudillos y alcaides de la tierra, que le obedecían, hallaron que si Baza les tomaban por fuerza o hambre, lo cual ya no tenía remedio de se poder sostener, que toda la tierra perdería, y que mas valía darla al Rey a partido, en la mejor forma que pudiesen, de manera que diesén fin a la guerra, pues tenían a Granada en contra, y allí ordenaron de hacer el partido por toda la tierra que tenía el Rey Muley Baudili Alzagal, el cual envió al Rey y a la

Reina el mismo Hazen el viejo, el cual con otros farautes y mensajeros, vinieron fasta que los Reyes se concertaron en los partidos; de manera que entregaron a Baza luego al Rey, la fortaleza y la ciudad, la cual le entregaron en cuatro días del mes de Diciembre del dicho año de 1489, día de la gloriosa Santa Bárbara, y los moros de guerra y los gandules se fueron; y de los de la ciudad los que se quisieron ir con lo suyo, y los naturales y vecinos dende salieron con lo suyo a los arrabales, y quedaron allí por entonces. Y en el partido de Baza entró Guadix y Almería, y toda la tierra del dicho Rey moro; y toda se la otorgó de dar y entregar, y toda entró en el partido de Baza.

Y puesta en muy gran recaudo la ciudad y la fortaleza de gente cristiana, y con muchas armas y mantenimientos, el Rey despidió mucha de la gente del gran real de las comunidades, dejando las que había menester para lo que le quedaba de hacer

XCIII. CÓMO EL REY TOMÓ A ALMERÍA Y ALMUÑECAR

Partió el Rey de Baza con su caballería y hueste, y fue la vía de Almería, y la Reina y la Infanta su fija, en pos de él, una jornada atrás, y fueron tomando las fortalezas, y poniendo alcaides cristianos en ellas, y guarniciones, y el viaje fue de esta manera:

Partió el Rey de Baza, y fue a Canillas, y dende a Purchena, y a Tabernas, y a Almería, a la cual llegó martes a veinte y dos días del mes de Diciembre; y había partido de Baza a diez y siete días del dicho mes; así estuvo seis días en aquel viaje hasta allí, y hasta Almería. Y llegando el Rey Don Fernando cerca de Almería, el Rey moro Muley Baudili Alzagal lo salió a recibir con ciertos moros de a caballo, y se apeó de un caballo en que iba, y fue a pie un rato, fasta que llegó a el, y le beso el pie y la mano, estando el Rey Don Fernando a caballo, el cual se abajó un poco y lo abrazó desde encima de su caballo, y lo recibió de mucho placer, y lo fizo cabalgar en su caballo, y así fue fasta donde el Rey paró y su gente.

Y otro día miércoles, el Rey moro entregó al Rey Don Fernando la ciudad de Almería, y fortaleza, y fuerzas de ella, y el Rey Don Fernando forneció la fortaleza de gente, y de armas y mantenimientos; y otro día, jueves, víspera de Pascua de Navidad, llegó la Reina Dora Isabel, y su fija, y su hueste, y holgaron allí las Pascuas del Nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo; y de allí el Rey moro envió a entregar a Almuñécar al Rey Don Fernando, y otras muchas fortalezas, a las cuales el Rey Don Fernando llevó alcaides y guarniciones de gentes, y se apoderó en ellas.

Estando en Almería el Rey Don Fernando, y la Reina, con su corte y hueste, concertaron montería, para que fuesen a haber placer, y fueron el Rey, y la Reina, y la Infanta, y fueron con ellos el Maestre de Santiago, y el Marqués Duque de Cadiz, y otros caballeros grandes, y el Rey moro, y la Reina su mujer; y el monte era ahí cerca orilla de la mar, y mataron cuatro puercos monteses, en que hobieron mucho placer, y acaeció que estaba en el monte un lobo y salió a lo raso, y como se vido aquejado de la gente, metióse en la mar, huyendo a nado; y como aquello vido un mozo de la villa de Utrera, llamado Alonso Donayre, desnúdase y echóse a nado en la mar en pos del lobo, en presencia de todos, y toda la caballería no miraba otra cosa, y siguióle tanto hasta que con las ondas no se vía el lobo ni el mozo, y todos pensaban que eran ahogados, y dende a poco dieron vuelta, el lobo delante, y el mozo detrás de él, acarreándolo hacia donde la gente estaba, y llegando cerca de tierra, el Rey Don Fernando entró en su caballo en la mar, hasta que le daba el agua a las cinchas, y mató el lobo a lanzadas, y el mozo salió y fuese por otra parte; y todos hobieron mucho placer de esto, y el Rey preguntó por el mozo, y nunca vino ante él, que se creyó que le hiciera merced.

XCIV. CÓMO EL REY TOMÓ A GUADIX; Y DEL NÚMERO DE LOS CRISTIANOS CAUTIVOS QUE SACÓ DE ESTA ENTRADA, Y DE LOS PARTIDOS CON QUE ESTONCE QUEDARON LOS MOROS EN LA TIERRA.

Pasada la Pascua, el martes siguiente, a veinte y nueve días del mes de Diciembre, partieron

de Almería el Rey y la Reina, y corte, y hueste, dando la vuelta para Guadix, y durmieron esa noche en Fiñana, y el Rey moro con ellos; y el miércoles llegaron a Guadix, y llegando luego el Rey Muley Baudili y sus alcaides, entregaron la ciudad, y fortaleza, y alcazaba, y fuerzas de Guadix al Rey Don Fernando, el cual fizo bastecer luego muy bien la fortaleza, y dejó allí guarnición y buen recaudo. Y los partidos de estas ciudades, villas, y lugares eran secretos entre los Reyes, empero lo que se alcanzó a saber era, que los moros quedasen mudéjares en sus haciendas, dejando las ciudades cercadas, que no viviesen dentro, salvo en los arrabales y en las alcazabas; y donde quiera que había fuerza o fortaleza, que no viviesen, salvo en los llanos; y quedó el Rey Muley Baudili por Señor y Rey de Fandarax, que es una villa fuerte de trescientos vecinos, con otros lugares y alquerías de su comarca, y por vasallo del Rey de Castilla; y estuvieron en Guadix jueves y viernes, y partióse el Rey moro para Fandarax, el sábado segundo día de Enero, buen comienzo del año de 1490, que el Rey y Reina y corte y hueste se partieron para Jaén con la gracia de Dios, victoriosos con tanto triunfo y honra, cuanto nuestro Señor ministrarles quiso, de donde llegados, despidieran toda la gente.

Así que de esta entrada, siete meses o mas duró el real y gente en el ejército de la guerra, donde se hicieron tantos gastos, que son innumerables de contar. Pechaban de veinte en veinte días todos los vecinos y moradores de todas las villas y ciudades y lugares, por contía de lo que cada vecino tenía, en manera que ya no lo podían cumplir; hobo subsidios de las iglesias y clerecía, y dineros de hermandades, y del fisco de los herejes, que todo se adquiría y era menester para los muy grandes gastos de la dicha santa guerra. Ayudóse entonces el Rey, para la dicha guerra, con prestidos de dineros, que echó a las ciudades, villas y lugares de sus reinos de Castilla; en esta Andalucía con prestidos que echó de mucho trigo y cebada, lo cual muy bien después pagó. Y hobo en las comunidades con la fortuna del mucho pechar, y de los prestidos, muchas murmuraciones, diciendo, que tomase el Rey todas sus haciendas y cumpliese por ellos, que no lo podían cumplir.

Y como en esta España para tal caso los vasallos o lo suyo todo sea del Rey, mas quiso fatigar los reinos suyos y atreverse a sus vasallos, y a sus bienes, que no dejar los moros allí por siempre, los cuales desipaban, y despachaban, y mataban en los cristianos lo que numerarse no podía, conoció el tiempo en que nuestro Señor permitía llevarlos de vencida; y fuele forzoso fatigar asimismo a todos sus reinos y señoríos, y pareció que quiso nuestro Señor que todos recibiesen fatiga por quitar la fatiga y el trabajo, que tantos tiempos habla que les fatigaba, y según lo que de esta victoria y entrada floreció, aquellos pechos y servicios aprovecharon en ser empleados y gastados en tan santo acto de guerra; los que lo dieron se hallaron mas ricos con los que les quedó, que no de antes; con todo esto se entendió por aquellos, que los ángeles dijeron en el glorioso nacimiento de nuestro Redentor, cuando cantaron la *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bone voluntatis*.

Halláronse ricos con lo que les quedó, los buenos cristianos y de buena voluntad, llegados a razón, temerosos de Dios, que atribuyendo todas las buenas cosas que los Reyes hacen, a Dios, porque el corazón del Rey bueno, Dios lo rige, y no puede el Rey facer la guerra por sí solo, ni con lo suyo, sino con ayuda de sus vasallos y de sus bienes. Redimió y sacó de cautiverio el Rey Don Fernando, de Baza, Almería, y Guadix, y de las otras villas y lugares, que ganó en el viaje susodicho, mil y quinientos cristianos, hombres y mujeres, que estaban cautivos en poder de los moros enemigos de nuestra santa fe católica, los cuales con mucha diligencia demandó y fizo buscar fasta en todas las aldeas y alcaldías de los moros, y le fueron traídos y entregados. Estuvo muy bastecido el real, en todo el tiempo que el Rey estuvo sobre Baza, de pan, y harina, y cebada, y carnes; falleció algunas veces el vino; no hobo cosa de que mas mengua hobiese, que de paja para los caballos y bestias del servicio; proveyó nuestro Señor, que les daba astecha de esparto, y así lo comían, y desde a ello se hicieron no hacía mengua la paja.

Sirvieron a el Rey y a la Reina en el cerco de Baza todos los caballeros de Castilla muy lealmente, de ellos en personas, y de ellos con sus capitanes. Y eso mesmo todas las ciudades de Castilla enviaron sus capitanes con sus gentes, con sus pendones y banderas, tan ordenadamente,

que parecía que Dios lo ordenaba todo. Fue por capitán de Sevilla y su tierra, el Conde de Cifuentes, su Asistente, y salió con el pendón de Sevilla y su tierra el Conde dicho, a quince días de Mayo de 1489, y volvió a entrar en Sevilla a doce días de Enero de 1490; así pasaron casi ocho meses.

Los partidos, que vulgarmente se decía, que el Rey había hecho con el Rey Muley Baudili Alzagal, que le entregó a Baza y Almería, y Guadix, y Almuñécar,, y sus tierras donde él reinaba, fue que le quedó Fandarax, donde se intitulaba Rey, con ciertos lugares y provincias, y que hobiese cumplimiento de dos mil vasallos con sus rentas; y sobre lo que rentase, que el Rey Don Fernando le cumpliera a cuatro cuentos de renta, y mas, que le diese luego cierta suma de dineros, y que quedasen por mudéjares en su ley, él y sus vasallos.

Eso mismo se hizo con el caudillo de Baza, y con el Alguacil, que les dio el Rey vasallos, y les dio y fizo mercedes, porque quedaron entonces todos mudéjares y en lo llano, sin fortalezas ningunas, y así quedaron todos por entonces, y después ellos quebraron el partido y plugo a Dios que quedase el Rey moro aquende la mar, que ellos hicieron después tales liviandades y alborotos, con que quebrantaron lo que prometieron, en manera que fueron echados de las ciudades y villas, y el Rey moro les fue tirado, y se pasó allende.

XCV. DEL CASAMIENTO DE LA INFANTA DOÑA ISABEL.

Estando la corte en Sevilla, en el mes de Abril se celebró el matrimonio de la Infanta Doña Isabel, con el Príncipe Don Juan de Portugal, a la cual el Rey Don Juan de Portugal envió a demandar a el Rey y a la Reina, y a ellos plugo de se la otorgar, y celebróse el desposorio por escritura y anillos por los embajadores, el día de Cuasimodo, a diez y ocho días del mes de Abril de 1490 años. Fueron fechas en Sevilla por ello muy grandes fiestas, y justas, y torneos por los caballeros cortesanos de estos reinos, y justó el Rey, y quebró muchas varas. Estaba la tela y los cadahalsos, donde estaba la Reina, y sus fijas, y el Príncipe, y los Prelados, y las grandes Señoras, y las damas acerca de las atarazanas, en aquel compás de entre ellas y el río. Estuvieron presentes al matrimonio los Grandes de Castilla, y a las dichas fiestas el Cardenal de España Arzobispo de Toledo, Don Francisco González de Mendoza, el Duque de Medina-Coeli, el Duque de Medina-Sidonia, y el Marqués-Duque de Cádiz, y otros muchos Condes, y grandes Señores, y ricos hombres. Duraron las dichas fiestas hasta el día de Santa Cruz de Mayo.

Estaba en Sevilla entonces con su padre y madre el Príncipe Don Juan y las Infantas Doña Juana, y Doña Catalina y Doña María. Este fue el primer placer que el Rey y la Reina hobieron del matrimonio de sus hijos. ¡Quien pudiera contar el triunfo, las galas, las justas, las músicas de tantas maneras, el recibimiento que hicieron a los embajadores de Portugal, la regla, el concierto, las galas de las damas, los jaeces y riquezas de los Grandes y de los galanes de la corte, el concierto de cuando salían a ver las justas la Reina y su fijo el Príncipe, y sus fijas, y las damas, y señoras, que las acompañaban, que fue todo cumplido tan sobrado, con tanto concierto que decir mas no se puede! Iban de día a las justas, y venían de noche con antorchas a los alcázares; y la dama que menos servicio, traía ocho o nueve antorchas ante, cabalgando en muy ricas mulas todas, y muy jaezadas de terciopelos y carmesíes, y brocados.

XCVI. DE LA TALA DE GRANADA, Y DE LA TORRE ROMA Y ALHENDIN.

El Rey Don Fernando, después de pasadas las fiestas del desposorio de su fija, prosiguiendo su conquista contra los moros de Granada, envió desde Sevilla sus mensajeros a la ciudad de Granada, y a los caudillos y regimiento de ella, amonestándoles, que le entregasen la ciudad, y le trajesen todas las armas que en ella tenían a tierra de cristianos, y que si esto facían, que él lo faría muy bien con ellos, y les faría bienes y mercedes, como facía a los otros que se le habían dado;

donde no, lo contrario haciendo, que les destruirla los panes y viñas, y frutos, y les faría cruel guerra; y esto envió el Rey a decir al regimiento de Granada, y no al Rey, porque el Rey Muley Baudili, prisionero del Rey Don Fernando, puesto caso que estaba en Granada en el Albaicín, y le tenían por su Rey, después que cerraron las puertas a Muley Baudili, su tío, porque huyó de Vélez, y no la descercó, ni él se fiaba de ellos, ni ellos de él, y creyóse que muchas veces vivía con mucho temor entre ellos, y no los podía sojuzgar; y muchas veces lo hubieran matado, sino fuera por miedo del Rey Don Fernando.

Y vista la embajada del Rey Don Fernando, en Granada los moros fueron por ello muy tristes, y respondieron, que antes morirían, que no dar la ciudad y otras cosas que no convenían al servicio de Dios ni pro de Castilla. Enviaron al alguacil de Granada, Aben-Gomix, con la confirmatoria respuesta a Sevilla, al Rey y a la Reina, de lo cual el Rey hobo un enojo; y invocó toda la gente de Extremadura y maestrazgo, y Andalucía, y partieron de Sevilla un lunes a diez de Mayo, él, y la Reina, y la Princesa de Portugal, y la Reina quedó en Mochin, y el Rey y el Príncipe, y todos los caballeros y gente, fueron a la Vega de Granada, y sus comarcas, donde estuvieron diez o doce días talando, y haciendo mal y daño en los bienes y hacienda de los moros, donde les talaron panes, viñas, huertas, y habales; y vino a esta tala el caudillo de Baza, vasallo del Rey Don Fernando, con ciento cincuenta de a caballo, y eso mesmo vino con él el alguacil de Baza, y desde besaron las manos al Rey y al Príncipe, fuéronse a poner en los mas peligrosos pasos de la tala, donde hicieron mucho servicio al Rey, que ellos tornaron la torre de Roma, que está dos leguas de Granada, por una muy gentil arte. Tomaron ciertos moros de ellos una mañana ciertas reses, y dos cristianos maniatados, y fuéronse para la torre, diciendo que traían cabalgada, que les abriesen, que no había donde ir a guarecerse sino allí; y como los de la torre conocieran que eran moros, abrieron y saliéronlos a recibir, y ellos entonces tomáronles la torre, con cuanto en ella estaba, y a ellos enviáronlos libres a Granada, porque todos eran moros, y de esto hobo el Rey muy gran placer, y fizo mucho pertrechar aquella torre, y puso en ella guarnición.

El Rey moro Muley Baudili Alzagal, de Granada asimismo, vino allí como vasallo del Rey, a servir con doscientos de a caballo. Los moros de Granada pusiéronse a defender su ciudad, y salieron fuera muy gran cantidad, y pusiéronse muy cerca de la ciudad, y no pudieron escusar la tala, salvo muy poco de lo que estaba muy cercano, y allí hobo escaramuzas, de que murieron algunos de ambas partes.

Fueron en persona a esta guerra y tala los Grandes de Castilla siguientes: Los Arzobispos de Toledo y Sevilla, Duque de Medina-Sidonia, Marqués-Duque de Cádiz, Conde de Cabra, Conde de Ureña, Duque de Escalona, Marqués de Villena, al cual firieron los moros muy mal en un brazo, al pasar de una acequia, de que quedó lisiado; Don Alonso y Aguilar, los Adelantados de Andalucía y Murcia, el Comendador mayor Cárdenas, y otros muchos Señores y Condes, en presencia de los cuales el Príncipe Don Juan fue armado caballero en la vega de Granada por el Rey Don Fernando, su padre; fueron sus padrinos los Duques de Cádiz y Medina-Sidonia.

Basteció el Rey esta vez el castillo de Alhendín, que estaba por él, y lo tenía un alcaide moro, y entregóselo entonces, el cual lo había tenido desde un día después de la toma de Baza, y dejó el Rey esta vez un capitán que lo defendiese, con doscientos hombres. Y esto fecho, el Rey volvió por donde había quedado la Reina, y la Princesa de Portugal, y dende se vinieron a Córdoba.

Dejó el Rey esta vez en la frontera de Granada por Capitán general a Don Fadrique de Toledo, muy noble señor, hermano del Duque de Alba.

XCVII. CÓMO LOS MOROS DE GRANADA GANARON A ALHENDIN, Y LLEVARON TODOS LOS CRISTIANOS QUE AHÍ ESTABAN CAUTIVOS; Y CÓMO SE ALZARON LOS MOROS VASALLOS DEL REY MORO BAUDILI ALZAGAL, CONTRA ÉL, Y DE CÓMO SE CARTEARON LOS MOROS DE GUADIX CON LOS DE GRANADA, Y DE LO QUE EL MARQUES DE VILLENA, QUE ERA CAPITÁN GENERAL, FIZO SOBRE ELLO.

Los moros de Granada, y el Rey Muley Baudili, salieron a quince días del mes de Julio, de Granada muy gran multitud de ellos, y fueron sobre Alhendín, y tuviéronlo cercado cuatro días, y combatiéronlo, y entre los que dentro estaban hobo división; y diéronse, y fueron cautivos todos a Granada, y cuando fue el socorro ya eran dados, y los moros derribaron todo el castillo por el suelo.

En este tiempo, se alzaron los mas de los vasallos moros al Rey Baudili Alzagal, Rey de Fandarax, vasallo del Rey Don Fernando, y los moros de Guadix se cartearon con los de Granada, y tenían ordenado de matar a todos los cristianos que estaban en la fortaleza, y de alzarse con ella, y con la ciudad por Granada; y algunos de los mismos moros, no siendo de ello contentos, lo revelaron; y el Marqués de Villena, que había quedado por Capitán general, entró allá con dos mil de a caballo, y asaz peones, y diciendo que iba a Fandarax a los lugares que se habían revelado contra el Rey Baudili Alzagal, hizo el viaje por la ciudad de Guadix, y aposentándose allí cerca de la fortaleza, basteciola muy bien, y hizo salir todos los moros de la ciudad a facer alarde, y desdeque estuvieron fuera, fizo cerrar muy bien las puertas de la ciudad, y no dejó entrar en ella mas los moros, salvo de dos en dos, y de tres en tres, les mandó que fueran a sacar sus mujeres y fijos, y hacienda, y así los echó todos fuera, y ellos quejábanse, y él decía que lo hacia con causa, que hobiesen paciencia, que por lo que ellos ordenaban contra el servicio del Rey en esta ciudad, los mandaba salir de ella; y el Marqués con muy buenas razones les rogó que se aposentasen por ahí cerca, y que él escribiría al Rey sobre ello, para que los culpados fuesen castigados, y los sin culpa se volviesen a sus casas. Y los moros se aposentaron en las huertas, y por eso enviáronse a quejar al Rey de el Marqués de Villena, y el Rey les envió a decir desde Córdoba, que no hobiesen enojo, que él volvería muy presto a Guadix, y les guardaría su justicia, y volverían a sus casas.

XCVIII. DE CÓMO EL REY MORO SE PASÓ ALLENDE CON MUCHOS MOROS.

Partió el Rey Don Fernando otra vez, el dicho año de 1490, de Córdoba, a los veinte días del mes de Agosto, para Granada, a le talar los panes, y le facer guerra, con siete mil de a caballo, y veinte mil peones, y de esta vez no fue con él el Marqués-Duque de Cádiz, que quedó enfermo en su Marchena; y corrió y taló toda la vega y confines de Granada, y fizoles a los moros muchos daños, y envió gente a descercar a Salobreña, que se la tenían los moros cercada, y fue la vía de Guadix, donde el Marqués de Villena estaba, y hizo pesquisa de la traición que los moros ordenaban, primero que el Marqués los sacase de la ciudad, y supo la verdad de todo, y los moros le suplicaron, quejándose del Marqués de Villena, que les dejase entrar a vivir en sus casas, como les había prometido, y el Rey les respondió, diciendo: «Amigos, yo soy bien informado de la traición, que entre vosotros me teniades ordenada, de matar mi alcaide y escuderos, que guardaban mi Alcazaba, y alzaros con ella, y con la ciudad contra mí, por el Rey y común de Granada; por esto veis que sois dignos y merecedores de grandes penas; empero porque no digáis, que no uso con vosotros de piedad, y que no vos quiero oír justicia, a mí place que sea de esta manera: que se haga la pesquisa mas larga y mas en forma, y que todos los que se hallaren culpados padezcan por ello, y que los que no, sean libres; y de cierto os fago saber y digo, que miréis que de cuantos fallare culpados no ha de escapar uno; por ende, yo vos doy plazo para que os vais y escojáis de dos cosas una; lo que dicho tengo, o que os vais con vuestras mujeres, y fijos y vecinos, donde quisiéredes, y

yo vos mandaré poner en salvo, o me entregareis todos los que eran en esta traición, para que haga justicia de ellos, y sabed que no ha de escapar ninguno de ellos.»

Y los moros de Guadix, como todos, o la mayor parte de ellos, fuesen culpados, o consentidores de la traición que ordenaban, habido su consejo y acuerdo sobre ello, pidieron por merced al Rey, que los dejase ir libres con todo lo suyo por do quisiesen, y quedase con su ciudad, y el Rey los envió seguros a cada uno con lo suyo donde quiso ir; y así deliberó el Rey del todo la ciudad de Guadix de mano de los enemigos de nuestra santa fe católica, a cabo de setecientos setenta años que había que la poseían, desde el tiempo del Rey Don Rodrigo, que la ganaron y tornaron a los cristianos; y esto fue misterio de nuestro Señor, que no quiso consentir, que tan noble ciudad dejase mudéjar en poder de moros mas tiempo de lo pasado; y el Rey fizo luego bendecir todas las mezquitas y iglesias en toda la ciudad, donde fizo luego decir misas y horas, y dio vecindades, y pobló la dicha ciudad de Guadix de cristianos, donde Jesucristo fuese adorado como los tiempos antiguos, antes que fuese de moros, o por ventura mejor.

El Rey Baudili Alzagal había quedado por Rey y señor de Fandarax, con dos mil vasallos moros de aquella comarca, que le rentase dos cuentos, y que el Rey le diese de Castilla otros dos cuentos, que fuesen cuatro cuentos de renta de cada año, para siempre, y que quedase, él y sus moros, mudéjares, vasallos de Castilla del Rey y de la Reina. Como en los partidos de Baza, que Dios hizo a los moros, por abreviar la guerra, y escusar las muertes de los cristianos, y grandes gastos, habían quedado tantos mudéjares, con que toda aquella tierra quedaba en muy gran peligro, no plugo a nuestro Señor que entre los cristianos hobiese y quedase tal ocupación, ni hobiese Rey moro por tantos tiempos, como del partido se publicaba; puso en corazón de los moros la división, como ellos sean muy livianos en sus movimientos, y muy voltarios, alzáronse los vasallos del Rey Baudili Alzagal, Rey de Fandarax, contra él, todos los mas, y aun lo mataran si pudieran.

Esto ficieron cuando los moros de Granada tomaron a Alhendín, y alzáronse por el común y Rey de Granada; y como esto viese el Rey moro susodicho, por dar seguridad a su vida, la cual él no podía seguramente tener entre aquellos moros, vino a Guadix, y suplicó al Rey Don Fernando, que recibiese las fortalezas que le habían quedado, y cumpliese con él lo que entre ellos había quedado; y que él se quería pasar allende, que el Rey Don Fernando le diese pasaje seguro, y al Rey Don Fernando plugo mucho de esto, y cumplió con él todo lo que le había prometido, y diole pasaje a él y a cuantos moros con él quisieron ir a allende; habiendo primero recibido de él, y de los alcaides que por él estaban, todas las fortalezas, y derribado algunas, no provechosas; y de esta vez se pasaron allende con el Rey Baudili Alzagal muchas casas de moros, a los cuales el Rey Don Fernando permitió pasar, y pasaron seguramente, porque en los partidos había quedado, que cada y cuando que el Rey, o cualquiera de los moros que se dieron en su partido, se quisiesen pasar allende, que el Rey Don Fernando les diese pasaje seguro. Y esto fecho, y bastecidas las fortalezas que el Rey le dio de gente y mantenimientos, y gentes, y armas, dejando sus guarniciones donde convenía, y al Marqués de Villena por Capitán general, el Rey Don Fernando, victorioso y muy honrado, se volvió a Córdoba.

XCIX. CÓMO FUE LA INFANTA DOÑA ISABEL LA PRIMERA VEZ A PORTUGAL, CASADA CON EL PRÍNCIPE DON JUAN.

En jueves, once días del mes de Noviembre del dicho año de 1490 años, ficieron el Rey y la Reina, y su corte, estando en Constantina, villa de la ciudad de Sevilla, las fiestas de la partida de la Princesa de Portugal, su fija; y desde allí la enviaron a Portugal al Príncipe Don Juan, su esposo; y fueron con ella, con los poderes para la entregar, el Conde de Féria, Don Gómez Suárez de Figueroa, y el Obispo de Jaén, Don Luis Osorio, y Rodrigo de Ulloa, Contador mayor de Castilla, y acompañáronla fasta Monzón de Portugal, el Cardenal de España, y el Conde de Benavente, y dos hermanos suyos, y otros muchos caballeros y fidalgos, que partieron de la corte con ella; y en el camino salieron otros muchos caballeros, que la acompañaron, así como Don Pedro Puertocarrero,

con muchos Comendadores de la Orden de Santiago, y el Maestre de Alcántara.

Partieron de Constantina, y fueron a Guadalcanal, y dende a Llerena, donde el Maestre Don Alfonso de Cárdenas les fizo gran recibimiento y honradamente hospedar, y les fizo grandes convites y salas, y dende por sus jornadas fasta Portugal, donde la entregaron al Rey de Portugal, y al Príncipe de Portugal Don Juan, su fijo, al mojon de Castilla entre Portugal, al mojon entre Badajoz y Silves, en la puente del río Gaya, donde la salieron a recibir con muy noble recibimiento de gente; y dende el Cardenal y los otros caballeros se volvieron; y entraron con la Princesa en Portugal el Conde de Feria, y el Obispo de Jaén, y Rodrigo de Ulloa, susodichos, y fueron fasta Évora, donde le fue fecho solemne recibimiento, y se celebró el matrimonio, y ficiéron las fiestas, y justas y muchas alegrías, y grandes gastos, y el Rey, y la Reina, y el Príncipe dieron grandes dádivas a los caballeros que fueron con la Princesa, y a las dueñas y damas; y pasadas las fiestas, la Princesa se quedó en paz con su marido, y los que la entregaron se volvieron en Castilla a la corte a Sevilla, a dar razón de su viaje.

C. DEL CERCO DE GRANADA, Y DE LO QUE ACAECIÓ AL COMIENZO.

Partieron de Sevilla a once días del mes de Abril del Nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de 1491 años, el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, y el Príncipe Don Juan, su hijo, y las Infantas y corte, para ir a poner cerco sobre Granada; y primera jornada fueron a Carmona, y dende a Córdoba, y dende a Alcalá la Real, donde por entonces quedó la Reina y el Príncipe y las tres Infantas. Partió el Rey de Alcalá la Real con su hueste, con la gracia de Dios, un miércoles veinte días del dicho mes de Abril del dicho año; y asentó su real en la cabeza de los Ojinetes, y esperó allí el jueves las gentes que le seguían, y movió de allí el viernes siguiente, y fue al valle de Velillos, cerca de la puente de Pino, y allí llegó a él la gente de Sevilla y de su tierra, que iban por la parte de Loja, y el sábado siguiente partieron de allí, y fueron a los Ojos de Huecar, que es una legua de Granada, poco más, y allí parecieron entonces algunos caballeros moros de Granada.

Esa noche, sábado, el Rey mandó ir al Duque de Escalona, Capitán general de la frontera, con fasta tres mil de a caballo y diez mil peones al Alaceria, que son unos valles que están a la entrada de la Alpujarra, donde hay muchas aldeas, a las destruir, porque era tierra muy rica, de donde Granada había mucho reparo, y partido el Marqués Duque de Escalona, dijeron ál Rey que se podrían juntar del Alpujarra treinta mil hombres de pelea, y por eso movió su real para ir a facer espaldas a la gente enviada, y fue la vía de Padul, y a la pasada de Granada salieron todos los caballeros de Granada a dar en la falda de la gente, y trabaron la escaramuza con ellos por mandado del Rey; y el Conde de Tendilla, y el Conde de Cabra salieron a la escaramuza, y dieron tan gran prisa con ella, que los moros hobieron de huir y fueron algunos muertos, y fueron tomados algunos de ellos y presos, así a caballo como estaban, y hecho, pasó todo el real, sin peligro, y llegó a Padul, donde fallaron que venia el Marqués Duque de Escalona con la presa, y con la gente que habían tomado, que ellos habían entrado a las aldeas del Alazarin, y como los moros estaban descuidados, diciendo que no habría quien osase allí entrar, tomáronlos de salto y robaron, y destruyeron nueve aldeas, y mataron mas de quinientos moros, y hobieron muy gran presa de moros, y ganados, y ropas, y joyas, y oro, y plata, y destruyeron lo que pudieron, y allí todos juntos con el real durmieron aquella noche, Domingo en la noche; y otro día de mañana, lunes, el Rey acordó de tornar a entrar a destruir del todo los lugares que el dicho Marqués había destruido, y otros que estaban más adelante, enmedio de las Alpujarras.

Y esa noche, Domingo, vinieron de Granada por la sierra tres capitanes moros con mucha gente de a caballo, y de a pie, ballesteros, a ponerse en un paso áspero, por defender a que la gente del real no pasase adelante; y el Rey otro día, lunes, partió de allí con su hueste, y el Duque de Cádiz, con otros Grandes del real, con algunos capitanes de los contrarios de el Rey, enderezaron al

paso donde los moros estaban, y pelearon con ellos, y desbarataronlos, y los moros huyeron, y quedaron allí muertos más de ciento, y tomaron a vida más de sesenta, y pasaron adelante a las Alpujarras, y quemaron y destruyeron del todo los nueve lugares primeros, y robaron, quemaron y destruyeron otros quince lugares adelante de las Alpujarras, en que fueron muchos moros muertos, y muchas moras, chicos y grandes cautivos, y hobieron los cristianos muchos despojos de sedas, oro, plata, alhajas, ropa, ganados, y otras muchas cosas, que aquella tierra estaba muy guardada y rica, y bien creían los moros, que primero se perdería Granada, que allí les entrasen; y después de esto, el Rey mandó talar los panes, y taláronlos todos cuantos en esa tierra había, y este dicho día, lunes, día de San Marcos, el Rey, y todo el real se volvieron a dormir a Padul.

Y en todo esto no hobo muerte ni daño en los cristianos, salvo algunos pocos peones que fueron heridos de saetas, ni hobo daño de muerte en persona señalada, salvo en un paje de la Reina, llamado Avellaneda, que murió de una herida que le dieron los moros en la pelea; y el Rey volvió a la vega de Granada, y de vuelta tomaron la torre de Gandía, donde se tomaron treinta moros, y asentó su real en el Agosto, donde edificó la villa de Santa-fe, cerca de los Ojos de Huecar, a vista de la ciudad de Granada, muy fuerte, y de muy fuertes edificios y de muy gentil hechura, en cuadro, como hoy parece, para enfrenar a Granada, y el Rey le puso Santa-fe, porque su deseo, y el de la Reina su mujer, era siempre en acrecentamiento y favor de la Santa Fe Católica de Jesucristo. Puédese contar el comienzo del cerco de este vencimiento desde veinte y seis de Abril, un día después de San Marcos, que volvió el Rey desde el Padul, asentó acerca de donde está ahora la villa de Santa-fe, y duró el cerco ocho meses, fasta el día de los Reyes Magos, y más ocho días, dejando los días de Abril, pasados en el ejercicio susodicho.

CI. DEL EJÉRCITO, DEL REAL, Y DE LOS CAPITANES, Y DE CÓMO EMPRESTÓ EL DUQUE DE CÁDIZ SU TIENDA AL REY, Y DE LOS MOROS QUE MURIERON UN DÍA QUE LA REINA FUE A VER LA CIUDAD.

El Rey asentó su real muy ordenadamente a la parte donde edificó la villa de Santa-fe, dos leguas de Granada, donde continuamente tuvo mas de cuarenta o cincuenta mil hombres de pelea, en que había diez mil de caballo; y de allí salían concertadamente capitanes con gente a correr y talar continuamente a Granada por todas partes; en el cual tiempo, el Rey fizo combatir muchas fortalezas de acerca de la ciudad, y tomólas por fuerza de tiros y lombardas, y de ellas derribó de el todo por el suelo, y de ellas fortaleció y puso guarnición en ellas; y sobre las talas hobieron muchas escaramuzas y peleas entre los moros y los cristianos, de que siempre volvieron huyendo los moros a la ciudad.

Los Capitanes mayores que el Rey tuvo en aquel cerco fueron: el Maestre de Santiago, el Marqués-Duque de Cádiz, el Duque de Escalona, el Conde de Tendilla, el Conde de Cifuentes, el Conde de Cabra, Don Alonso de Aguilar, el Conde de Ureña, caballeros de Andalucía, que como estaban cerca vinieron a este cerco, estos y todos los otros caballeros del Andalucía; y de los Grandes de Castilla, como estaban cansados de venir tan lejos, a las otras guerras y cercos, muchos no vinieron a este cerco en persona, salvo enviaron sus capitanes con gente, y de muchas partes de Castilla no vinieron, por las grandes fatigas padecidas de cada año. Y porque en este cerco, puesto caso que era la mayor priesa y honra, no se temía tanta afrenta como en lo pasado, fizo el Rey cercar el real muy bien de paredes y cavas, como lo tenía por costumbre en los otros cercos, y desde que el real fue fortalecido, la Reina, y el Príncipe, y la Infanta Doña Juana vinieron al real desde Alcalá la Real, donde habían quedado; a los cuales el Maestre de Santiago, y el Marqués-Duque de Cádiz, y otros Grandes, salieron a recibir, y después el Rey, desde que allegaron cerca del real. Y viendo el Duque de Cádiz, que la Reina había necesidad de una tienda, empréstole la suya, que era la mayor, pieza por pieza, que había en el real, y de las más fuertes, y más gentiles del mundo, la cual él había mandado hacer con intención de la Santa guerra, y servia desde el comienzo de los

cercos de Álora y Setenil, y Ronda; y allí en aquella tienda del Duque de Cádiz fue la Reina Doña Isabel muy bien aposentada, y el Duque tenía muchas tiendas, de que se amparó en el dicho cerco; y el Rey, y la Reina, y el Príncipe, y Infantas, y Damas, y Señoras, tenían sus tiendas y posadas en lo más fuerte y seguro del real; y la Reina y su fija cabalgaban muchas veces por ver el real y la ciudad de Granada, y tenían muchos refrigerios y placeres de muchas trompetas bastardas, y chirimías, y sacabuches, y atabales, y atambores continuamente, que en el real no cesaban.

Y un día, sábado, a diez y ocho días del mes de Junio, la Reina dijo que quería ir a ver de más cerca a Granada, de donde la pudiese bien mirar lo alto y lo bajo; y cabalaron el Rey y el Príncipe, con ella y con la Infanta, y fueron con ella una gran batalla de caballeros y peones, y fuéronse a poner a unas aldeas, que llaman las Julias, que están como fuera del real a la mano izquierda de la ciudad, muy cerca de ella, de donde se parece lo llano de la ciudad, y mandaron al Duque de Escalona, y al Conde de Ureña y a Don Alonso de Cárdenas, Señor de Aguilar, y a otros caballeros, que se pusiesen con sus batallas en la aldea de la Sierra, que está encima de la aldea donde sus Altezas se pusieron a mirar desde una ventana de una casa muy buena, donde se apearon y metieron; y el Marqués-Duque de Cádiz, y el Conde de Tendilla, y el Conde de Cabra, y Don Alonso Fernández, Señor de Alcaudete y Montemayor, se pusieron al rostro de la ciudad con sus batallas, entre el lugar donde el Rey y la Reina estaban y la ciudad. Y la Reina envió a mandar al Duque de Cádiz, que no hobiese escaramuza con los moros, porque no muriese gente, y que la excusase cuánto pudiese, porque los moros salían a defender su ciudad, muchos y muy armados, y el Duque la excusó fasta medio día.

Y los moros salieron fuera de la ciudad muchos de ellos, y sacaron dos tiros gruesos de pólvora, con que tiraban a las batallas del Duque, y salieron muy muchos moros a caballo y a pie, y apretaron a unos pocos de caballeros cristianos mucho fasta las batallas del Duque, por trabar el escaramuza, en manera que no se pudo excusar el escaramuza, ni se pudo guardar el mandamiento de la Reina, y los moros se alejaron un poco de la ciudad afuera de las huestes, y fasta cuarenta de a caballo cristianos, y algunos peones de los de las batallas del Duque entraron en la escaramuza con los moros, y como los cristianos eran pocos, los moros los apretaban mucho; y el Duque acordó de arremeter con toda la gente a ellos, y arremetió con su batalla, en la cual había fasta mil y doscientas lanzas, contra los moros, y el Conde de Tendilla con su batalla, por la mano derecha del Duque, y y el Conde de Cabra, y Don Alonso Fernández de Montemayor por la mano izquierda del Duque con la suya, y fueron a dar con los moros, y desbarataronlos, y mataron muchos moros, y fueron en el alcance fasta las puertas de la ciudad, en que fueron muertos más de seiscientos moros, y heridos y cautivos; así que entre muertos, y heridos y cautivos fueron más de dos mil moros, y tomáronles los tiros de pólvora que habían sacado; y muchos moros escaparon huyendo por la sierra.

Todo lo cual vieron muy bien el Rey y la Reina, y Príncipe y Infanta desde la ventana de la casa donde estaban; y el Rey, y la Reina y la Infanta, cuando vieron pelear, se hincaron de rodillas, rogando a Dios nuestro Señor, que quisiese guardar los cristianos, y así hicieron las Damas, y las señoras que las acompañaban; y los moros, aunque eran muchos, no se pudieron valer con la priesa y impetuosa vuelta que el Marqués-Duque de Cádiz, con su batalla, que iba delante, les dio; y los otros, Conde de Tendilla, y Conde de Cabra, y Don Alonso Fernández con las suyas, que iban de un cabo y del otro, según dicho es; y los moros mismos, desdeque empezaron y huir, se derribaban unos a otros; y no hobo allí caballero cristiano aquel día de aquellas batallas, que no fincase su lanza en moro; y no hobo daño allí aquel día en los cristianos, salvo algunos pocos heridos, y hobo caballos muertos; y el Rey y la Reina hobieron de este vencimiento mucho placer, y mas porque fue la Reina la causa de ello.

Y después de fecho el desbarate, y de cogido el despojo, sus Altezas vinieron por donde el Duque estaba; y dijo el Duque: «*Señora, de Dios y de la buena ventura de Vtra. Alteza, se cometió este desbarato*». Y la Reina y el Rey dijeron: «*Duque, antes habernos sido servidos de vuestra buena dicha, por lo vos así haber cometido*». Los moros quedaron esta vez muy espantados, y no

osaban salir de la ciudad tan sueltamente como antes.

Acaeció en el real, un jueves en la noche, catorce días del mes de Julio, que la Reina mandó quitase una vela a una doncella en su tienda de un cabo, y poner en otro a la hora de dormir, porque le impedía la lumbre; pero durmiendo la Reina y la demás gente del real, dejando los que velaban y rondaban, como quiera que fue, o de la flama de la dicha vela, que alcanzó a la tienda, o cayó sobre la vela alguna cosa, que encendió la tienda y alzó llamas de fuego, alcanzó de ella el fuego a otras, y como había muchas ramadas, encendióse un gran fuego; y como la Reina lo sintió, salió huyendo de su tienda, y fuese a la tienda del Rey, que estaba allí cerca de la suya, y recordó al Rey, que dormía, y cabalgó luego ambos a caballo, y en tanto el Príncipe y la Infanta, Damas y Señoras, todos salieron fuera de las tiendas, en tanto que la gente apagaba el fuego, que fue muy grande y espantoso, con aquellas casas de ramas que había, que se quemaban, y mandó el Rey ir mucha gente la vía de Granada, porque si los moros viniesen, viendo el fuego al real, que hallasen quien los detuviese.

Y como el Marqués-Duque de Cádiz vido el fuego, luego cabalgó y salió al campo la vía de Granada, y le siguieron más de tres mil de caballo, y se puso en el lugar por donde el mayor peligro esperaba. Quemáronse muchas tiendas, ropas y joyas, que no pudieron ser socorridas; quemóse la tienda donde la Reina estaba, que era la primera en donde el fuego se encendió, y otras tiendas del Rey, que estaban juntas con ella, y muchas ramadas, que estaban por allí cerca. Era aquella tienda que se le quemó a la Reina, la tienda alfaneque, muy singular, la mejor que en el real había, que el Duque de Cádiz la habla prestado en que se aposentase. Ovo grande alboroto en todo aquel real sobre aquel fuego, diciendo quien lo había puesto, y la Reina dijo, que no pensasen otra cosa, sino que una doncella suya lo había puesto, no queriéndolo hacer, salvo por mal recaudo.

Cerca de este tiempo, en este mismo mes de Julio, se encendió un fuego en Medina del Campo, en que se quemaron mas de doscientos pares de casas, que nunca les pudieron poner remedio.

En este mismo mes de Julio, no pude saber si fue el propio día, antes o después siete o ocho días, acaeció la gran desdicha y desastrada muerte del Príncipe de Portugal, yerno del Rey y de la Reina, marido de la Infanta Doña Isabel, que corriendo a la par con un escudero, que iba en otro caballo, cayó de él, y murió luego súbito. Esto acaeció en la villa de Santarem; y aun antes que el cerco se alzase, vino la Infanta cubierta de luto a sus padres a Íllora, y estuvo ende, donde el Rey y la Reina la fueron a visitar, y haber con ella parte de su dolor y desventura.

CII. DEL PARTIDO DE LA ALHAMBRA, Y CÓMO SE DIO GRANADA.

Pasaron Julio, y Agosto, y Septiembre, y Octubre, y Noviembre, que nunca los moros se quisieron dar, y ya en el mes de Diciembre, que no tenían que comer sino pocos mantenimientos, demandaron partido al Rey y a la Reina, el cual se concertó entre el Rey y los moros en treinta días del mes de Diciembre, de entregar todas las fortalezas, que ellos y el Rey Baudili tenían, y el Alhambra, a el Rey Don Fernando, y que los dejase en su ley y en lo suyo, y en este partido fueron conformes todos; y el Rey y la Reina se lo otorgaron, con otras condiciones y capítulos, que se fuesen los que quisiesen, y donde quisiesen, y cuando quisiesen, y que les diesen pasaje, y diesen ellos todos los cristianos cautivos, y los que habían pasado allende de tanto tiempo fasta allí; y en firmeza de esto, el común y caudillos de Granada, y el Rey Muley Baudili, junto con ellos, enviaron al real cuatrocientos moros, chicos y grandes, personas de valor para rehenes, hasta que entregasen a Granada, conviene a saber, las fuerzas de ella; y los dichos rehenes entregados, como los moros son movibles y muy livianos en sus movimientos, y alboroto y agüero, creyeron muchos de ellos a un moro que se levantó por la ciudad, diciendo: «que habían de vencer ellos, ensalzando a Mahomad, y reptando el partido»; y anduvo por la ciudad dando voces, y levantáronse con él más de veinte mil moros.

Y el Rey Baudili, desde que vido el alboroto, no osó salir de la Alhambra a selo resistir, hasta

otro día, que era sábado, que salió al Albaycin, y mandó llamar los de aquel Concejo, y ellos vinieron alborotados, y preguntóles, que qué era aquello, y ellos se lo contaron, y él les dijo su parecer, y amansólos lo mejor que pudo, diciendo: que ya no era tiempo de facer movimiento, lo uno por la necesidad en que estaban, la cual no daba lugar a se poder más sustentar, lo otro por los rehenes ser ya entregados, que mirasen bien el gran daño, y la muerte que tenían delante de sí, sin ningún remedio de socorro: y esto dicho, volvióse a su Alhambra.

Y el concierto era, que las fuerzas de la ciudad se habían de entregar el día de los Reyes Magos, como dicho es; y el Rey Baudili, viendo aquel impedimento de liviandad de los moros, y aquel alboroto, escribió al Rey Don Fernando todo el fecho del alboroto, y como los moros habían fecho movimiento en lo capitulado y asentado, como hombres de poco saber, y que él no escedia ni desviaba de lo que había concertado; que antes suplicaba a su Alteza, que viniese luego sin más tardar a recibir el Alhambra, y no aguardase a los seis días de Enero, pues tenía los rehenes, y sin embargo del alboroto, prosiguiese en lo primero asentado y capitulado.

Y el Rey y la Reina, vista la carta y embajada del Rey Baudili, aderezaron de ir a tomar el Alhambra, y partieron del lugar del real, lunes dos de Enero, con sus huestes, muy ordenadas sus batallas; y llegando cerca de la Alhambra, salió el Rey Muley Baudili, acompañado de muchos caballeros, con las llaves en las manos, encima de un caballo, y quísose apearse a besar la mano al Rey, y el Rey no se lo consintió descabalar del caballo, ni le quiso dar la mano, y el Rey moro le besó en el brazo y le dio las llaves, y dijo: «Toma, Señor, las llaves de tu ciudad, que yo, y los que estamos dentro somos tuyos»; y el Rey Don Fernando tomó las llaves y dióselas a la Reina, y la Reina se las dio al Príncipe, y el Príncipe las dio al Conde de Tendilla, al cual, con el Duque de Escalona, Marqués de Villena, y con otros muchos caballeros y con tres mil de a caballo y dos mil espingarderos, envió entrar en el Alhambra y se apoderar de ella; y fueron, y entraron, y la tomaron, y se apoderaron de lo alto y bajo de ella, y fueron, y entraron, y mostraron en la más alta torre primeramente el estandarte de Jesucristo, que fue la Santa Cruz, que el Rey traía siempre en la santa conquista consigo; y el Rey, y la Reina, y el Príncipe, y toda la hueste se humillaron a la Santa Cruz, y dieron muchas gracias y loores a nuestro Señor, y los Arzobispos y clerecía dijeron *Te Deum laudamus*, y luego mostraron los de dentro el pendón de Santiago, que el Maestre de Santiago traía en su hueste, y junto con él el pendón Real del Rey Don Fernando, y los reyes de armas del Rey dijeron a altas voces: «¡Castilla, Castilla!» y hicieron allí y dijeron allí aquellos reyes de armas lo que a su oficio era debido de facer, y dieron sus pregones, y fueron presentes a este acto y bienaventurada victoria, con el Rey y con la Reina, el Príncipe Don Juan y la Infanta Doña Juana, sus hijos, y el Cardenal de España, Arzobispo de Sevilla, y el Maestre de Santiago, y el Duque de Cádiz, y otros muchos Caballeros, y Condes, y Prelados, y Obispos, y grandes Señores, que seria prolijo de escribir; y otros muchos quedaron guardando el real, que no fueron allí.

Y esto fecho, el Rey y la Reina con todas las huestes se volvieron al real, dejando en el Alhambra al Conde de Tendilla con toda la gente que era menester para la guardar; y los moros de Granada entregaron luego al Rey todas las sobre-puertas, y torres, y fortalezas de Granada, y el Rey envió alcaides a todas, y se apoderó en todo lo fuerte de Granada, y esto fecho, el Rey fizo tomar las armas y fortalezas, así ofensivas como defensivas, y se las trujeron todas a el Alhambra, y quedaron todos sin armas, salvo algunas que escondieron.

El Rey moro Muley Baudili, con los caballeros mayores de Granada, y con otros muchos, salieron de la ciudad y se fueron, según las condiciones del partido; muchos se fueron allende, y otros a los lugares de los moros mudéjares, ya ganados, y el Rey Muley Baudili se fue a vivir y a reinar al Val de Purchena, que es en las tierras que el Rey había ganado cuando ganó a Vera, que era todo de mudéjares, donde el Rey le dio señorío, y renta en que viviese, y muchos vasallos, y le alzó la pensión que de antes le debía, y le dio sus rehenes, que le tenía desde lo soltó sobre rehenes.

El Rey y la Reina, y la corte se estuvieron en Santa-fe, en la cual todo el tiempo del cerco fabricaron y labraron, y en el real, y a veces en tiempos en el Alhambra, fasta fin de todo el mes de Mayo del año de 1492 años, y aun parte del mes de Junio, que no osaron de allí partir fasta dejar

quieta la ciudad, en el cual tiempo hobo algunos alborotos en los moros, y les hallaron una mina llena de armas, y el Rey puso en la ciudad muchas justicias y alcaides, y tan buen concierto, que sojuzgó muy bien la muchedumbre de los moros, que en ella había, que pasaban de cuarenta mil vecinos; y por los alborotos y desconciertos que algunos moros hicieron mientras la corte allí estuvo, que se alborotaron dos o tres veces, mataron muchos por justicia, y cuartearon, y despedazaron otros, en tal manera, que los pusieron sobre él yugo del temor y obediencia que convenía.

Y ganada y sojuzgada, y puesta debajo del yugo de Castilla la gran ciudad de Granada, el Rey, y la Reina y la corte, en los primeros días de Junio, se partieron del Alhambra y vinieron a tener la Pascua del Espíritu Santo a Córdoba, que fue aquel año a diez días de Junio, victoriosos y bien afortunados con tanto triunfo de honra y bienaventuranza cuanta la honra le manifiesta. Y así dieron glorioso fin a su santa y loable conquista, y vieron sus ojos lo que muchos Reyes y Príncipes deseaban ver, un reino de tantas ciudades y villas, y de tanta multitud de lugares, situados en tan fortísimas y fragosas tierras, ganado en diez años. ¿Qué fue esto sino que Dios les quiso proveer de ello y darlo en sus manos?

CIII. DE CÓMO, Y POR QUÉ, Y CUANDO EMPRESENTÓ EL GRAN TURCO BAYACETO AL PAPA EL FIERRO DE LA LANZA CON QUE NUESTRO REDEMPTOR JESUCHRISTO FUE HERIDO EN EL COSTADO; Y DE LA HECHURA DEL SANTO HIERRO, Y DE LAS RELIQUIAS QUE ESTÁN EN CONSTANTINOPLA.

En el año de 1492 envió el Turco Bayaceto, Emperador de Constantinopla, Soldán de la Turquía, al Papa Inocencio VIII, cuarenta mil ducados de la pensión y tributo, que cada año le daba, porque tuviese en Roma a buen recaudo a su hermano Zaliacio, del cual ya oísteis en el XLIV. capítulo de este libro, como viniéndose vencido por la mar a tierra de cristianos, antes de demandar seguro, gente del gran Maestre de Rodas lo envió al Rey Luis de Francia, el cual no lo quiso recibir, y dijo que no lo quería, ni quería que estuviese en sus reinos, ni los viese, y pusieron en poder del dicho Papa Inocencio; y sabido por el Turco su hermano, que estaba en Roma, envió a hacer su amistad con el Papa, y ofrecióle de le dar cada año, porque le tuviese a buen recaudo, cierta suma de ducados, decían que cuarenta mil ducados, porque se temía mucho de él, y el Papa lo tuvo en Roma a buen recaudo todo el tiempo que vivió, dejándolo vivir y ser servido como gran señor, empero con muy grandes guardas, de manera que no se pudiese ir, y el Papa Inocencio VIII, entre sus embajadas, se cree le enviaría a pedir el hierro de la lanza con que el caballero hirió a Nuestro Redentor Jesucristo estando en la Cruz, en el costado, que estaba con las reliquias que estaban en Constantinopla, y el turco se lo envió, con la dicha pensión de los dichos ducados, aunque le fue muy costoso de darlo, según la estimación, y reverencia, y precio que sabe que los cristianos tenían allá, y la gran devoción en aquel santo hierro, y en las otras santas reliquias que están en Constantinopla en poder de los cristianos grecos.

Y el Papa, sabiendo que venían los embajadores, y traían el santo hierro, enviólo a recibir con dos Obispos a la Marca de Ancona, los cuales le trujeron de allí a Roma, y salió el Papa, vestido de Pontifical, con todos los Cardenales a lo recibir con grandes procesiones, todos a pie; y el Papa se sentía mal, y iba en unas andas, y salieron por la puerta del Pópulo a recibirlo, y el Papa se apeó de las andas, y se humilló en tierra con muy gran acatamiento, y lo tomó en las manos en una caja de oro, donde venia engastonado, en un viril cristalino de muy fermosa hechura, y por todas partes se parecía el propio hierro la punta hacia arriba. Y el Papa lo mostró al pueblo, donde todos lo adoraron como a muy santa reliquia, que tocó en el costado de nuestro Redentor, y fue en tiempo de su pasión allí presente.

Y así en las andas lo trujo el Papa fasta la iglesia de San Pedro, donde lo pusieron en muy honrado lugar, y el hierro era corto, según parecía a todos los que lo adoraron, y pudo ser, que algún

gran señor o Rey, de los que han tenido aquellas santas reliquias en guarda, la quitase algo de lo que entró en el santo costado y glorioso, para más devoción, así como hizo un Emperador de Grecia, que hizo una barbada para el freno de su caballo, en que gastó uno de los clavos con que nuestro Redentor fue clavado en la Cruz, y sojuzgó y ganó muy grandes tierras y reinos, y tuvo que por virtud de aquel freno lo había Dios hecho victorioso, según cuenta Mosén Juan de Mandavilla; y el dicho fierro es de esta hechura y tamaño de la lanza, a lo que parecía, la mitad de la verdadera Cruz en que nuestro Redentor padeció: y era fasta entonces, que fue enviado al Papa como he dicho, el fierro de la lanza con que el caballero firió el costado de nuestro Redentor después de haber espirado, y una de sus ropas sin costura, y la esponja, y el vaso con que le dieron a beber el hiel y vinagre, cuando estaba en la Cruz, y una parte de la corona con que nuestro Redentor fue coronado, y la Cruz, y uno de los clavos, y otras muchas reliquias; y eso mismo está en Constantinopla, el cuerpo de Señora Santa Ana, madre de nuestra Señora Santa María, que lo fizo traer allí Santa Elena, y yace el cuerpo de San Lucas y otros muchos cuerpos santos.

Murió el Papa Inocencio VIII. desde a poco tiempo después de haber recibido el santo fierro, en el año de 1492, a veinte y siete de Julio; y crearon Papa los Cardenales al Vice-canciller, Cardenal Arzobispo de Valencia, el cual se llamó Alejandro VI; fuele muy contrario el Cardenal *Advincula Sancti Petri*, en la elección, y aun después en algunas cosas.

CIV. DEL FALLECIMIENTO DE ALGUNOS GRANDES, Y DEL MARQUÉS-DUQUE DE CÁDIZ.

En el tiempo del cerco de Granada murió en Castilla en su tierra y casa el noble caballero Don Pedro Fernández de Velasco, Conde de Haro, Condestable de Castilla; sucedióle el Señor Don Bernardino, su hijo.

Murió el Adelantado del Andalucía, Don Fadrique, viniendo del real de Granada, de su muerte natural, en el campo cerca de Antequera en una tienda; allí le trujeron los Sacramentos, y dio su ánima a Dios gimiendo sus pecados y con muy gran contrición, en cuatro días de Febrero, año de 1492. Subcedióle su hijo Don Francisco Henriquez.

Murió el Duque de Medina-Sidonia, Don Enrique de Guzmán, en su villa de Sanlúcar, en sus palacios, este dicho año de 1492, viernes noche, amaneció sábado de mañana finado, a veinte días del mes de Agosto; sucedióle su hijo Don Juan de Guzmán.

Murió el esforzado caballero Marqués-Duque de Cádiz, Don Rodrigo Ponce de León, en la ciudad de Sevilla, dentro de sus casas, de achaque de una opilación que se le hizo andando en la guerra contra los moros. Recibió todos los Sacramentos, y dejó por sucesor a su nieto Don Rodrigo. Este fue el caballero que más trabajó de los Grandes de Castilla en la guerra, que desde Alhama tomó no hobo entrada que el Rey ficiese, que él no fuese en ella, en todos los diez años que duró la conquista del reino de Granada. Él fizo el comienzo y vido el fin, y hobo su parte de la gloria y victoria, que él fue presente en la entrega de Granada, que fue el sello de la conquista, y asimismo fue honrado en la vida, y amado de los esforzados, así fue muy honrado en la muerte; pasó de esta presente vida en lunes veinte y siete de Agosto del dicho año de 1492, dada la una, en presencia del Prior y del Vicario de San Jerónimo, que lo absolvieron con la Santa Cruzada y consolaron hasta la fin, la cual esperó como él era, y hobo muy buena y con mucho arrepentimiento de sus pecados, y fizo cristianos actos en su testamento, y firmólo ante Cristóbal Gutiérrez, y Francisco Sánchez, escribanos públicos de Sevilla, en presencia de todos los cuales estaban, así caballeros como dueñas.

Desde hobo espirado, luego el Señor Don Luis Ponce, y su Padre Don Pedro Ponce, Señor de Villagarcía, y todos sus parientes, y hermanos, y criados, y escuderos de casa se cubrieron de jerga, y eran tantos, que no cabían en toda la casa; y alcanzó mucha honra en su fin, que estuvieron a su fallecimiento y enterramiento y se cubrieron por él de luto el Señor Don Alonso de Aguilar, que era mucho su amigo, y Don Pedro Puertocarrero, hermano de la Señora Duquesa, Señor de Moguer;

y el Señor Don Luis Puertocarrero, Señor de Palma; y otros muchos honrados señores; Fernán Darías, Señor del Viso, y Pedro de Vera, y Don Luis Méndez Puertocarrero, y Francisco Cataño, y otros; todos estos se cubrieron de luto, que faltó la jerga con el fallecimiento del Duque de Medina; y pusieronlo en un ataúd aforrado en terciopelo negro y una Cruz blanca de Damasco, en presencia de los dos frailes, vestido de una rica camisa y un jubón de brocado, y un sayo de terciopelo negro, y una marlota de brocado fasta en pies, y unas calzas de grana, y unos borceguíes negros, y un cinto de hilo de oro, y su espada dorada ceñida, según él acostumbraba traer cuando era y andaba en las guerras de los moros, y así decindieron el ataúd con él de la sala y lo pusieron en unas andas enforradas de terciopelo negro, abajo en el cuerpo de las casas, donde los Ponces sus hermanos y parientes, y la Duquesa su mujer y otras muchas dueñas hicieron sobre él grandes llores y sentimiento; eso mismo hicieron sus escuderos y criados, y doncellas, y gente de su casa, y otros y otras muchas de su tierra y también de la ciudad, que era muy bien quinto caballero.

Desque fue noche, antes del *Ave María*, vinieron más de ochenta clérigos con la Cruz de Santa Catalina, y tres órdenes de frailes del Carmen, de la Merced y de San Francisco, y encomendáronlo y sacáronlo en las andas, acompañándolo los de los eclesiásticos, el Provisor y todos los más honrados Canónigos de la iglesia mayor, y Arcedianos, y Dignidades, y los Obispos que se hallaron en la ciudad; y de lo seglar el Conde de Cifuentes, Asistente de Sevilla, y la mayor parte del Regimiento de la Ciudad de Veinticuatro y Alcaldes mayores, y otras gentes, que no cabían por todas las calles; lleváronlo por la calle de la Alhóndiga y por San Leandro, haciendo por sus trechos sus paradas, donde la clerecía le decían sus responsos; y las gentes que seguían sus ploros, y les ayudaban las dueñas, que salían a mirar desde sus puertas y ventanas a lo llorar, y daban tan grandes gritos las mujeres de la ciudad por donde lo llevaban, como si fuese su padre, o hijo, o hermano de todas, siguiéronlo y acompañáronlo tantas gentes fasta San Agustín, que no cabían por las calles, ni por los adarves, ni en la iglesia de San Agustín; y así iban gentes acompañándolo y honrándolo como cuando facen la fiesta del Corpus Christi en Sevilla, aunque era de noche.

Salieron con él desde su casa doscientas cuarenta hachas de cera encendidas, que parecía por donde iban que era en mitad del día. Acompañaronle asimismo desde su casa hasta la sepultura diez banderas, que por sus fuerzas y guerras que hizo a los moros antes que el Rey Don Fernando comenzase la conquista del reino de Granada las ganó, las cuales en testimonio allí iban cerca de él, y las pusieron sobre su tumba, donde ahora están sustentando la fama de este buen caballero, la cual no puede morir y es inmortal, así como el ánima; y quedaron allí en memoria. Saliéronlo a recibir los frailes de San Agustín con la Cruz y cirios, y ocho incensarios vestidos de almástigas negras, y así lo metieron muy honradamente en la iglesia y pusieron las andas en una muy alta cama, donde estuvo hasta que le dijeron cuatro vigiliass, cada orden la suya, y otra la clerecía, y dichas lo depositaron en su tumba, cerca de los Condes Don Juan su padre, y Don Pedro Ponce, su abuelo. Nuestro Señor le dé santa gloria. Otro día le dijeron muchas misas.

El Rey y la Reina desque supieron la muerte del Marqués-Duque de Cádiz, se retrajeron, y encerraron, y hobieron mucho sentimiento, y pusieron luto negro por él, y las damas lloraron mucho en la casa del Rey, que lo amaban mucho, que las servia y daba mucho, y lo conocían de como recibía y acompañaba a la Reina y a ellas en tierra de moros, porque llevándolo la Reina y ellas cerca de sí, hacían cuenta que llevaban al Cid Ruy Díaz en su tiempo, porque los moros lo temían mucho, tanto, que donde quiera que sabían que iba, conocían su bandera, no esperaban ni osaban pelear.

Dares y Homero, cronistas, escribieron muy por extenso en las historias de las conquistas de Troya las facciones de Héctor, y París, y Troilo, sus hermanos, y de los otros troyanos que fueron famosos en las armas; y eso mesmo los de Diomedes y Ulises, y de Menelao, y Agamenon, y Aquiles Griego, que fasta hoy viven, por ser escritas, aunque fueron gentiles y sin ley; pues ¿cuanto más debían ser escritas las cosas hazañosas y virtuosas que los nobles caballeros de España hacen y han hecho en las guerras, y junto con ellas las facciones y condiciones de cada uno? y porque las de este noble caballero Duque de Cádiz merecen ser escritas, son las siguientes:

Era hombre de buen cuerpo, derecho, más mediano que grande, de muy recios miembros, brazos y piernas, muy gran caballero de la jineta; era blanco en el cuerpo y rojo en la cara, y cabellos y pescuezo, y tenía algunas pintas por el pescuezo y manos; era hermoso de gesto, la cara más larga que angosta ni lengua, no había en ella reprensión; la habla y órgano de ella muy clara, y muy buena; los cabellos rojos y crespos, y las barbas rojas; era muy esforzado y bravo, y muy feroz a sus enemigos, y muy verdadero amigo de sus amigos; amaba mucho sus vasallos, y volvía por ellos cuando lo habían menester, y era muy bien templado en comer y dormir; era casto, y cauto, y muy celoso de todas las mujeres de su tierra, y deseaba que no hubiese ninguna mala, y no consentía que ninguno suyo burlase a ninguna mujer, ni la infamase, y sobre esto hacía tanto, que el que algo de esto pecaba no osaba parar en toda su tierra.

Quería que sus vasallos así honraran a los alcaides y alguaciles de su tierra como a él mismo. Retenia mucho los enojos, y no podía haber tan ahina la templanza de la paciencia; perdonaba tarde a quien lo enojaba; no le aplacía facer burla de los locos, nin de simples, nin le aplacían los truhanes, nin trompadores; tenía continuamente asaz halcones, y no le aplacía mucho la caza, luego se enojaba; era muy cobdicioso y cuidadoso por acrecentar el patrimonio de sus antepasados, y compró castillos, vasallos, donadíos, lugares y heredamientos, con que mas de medio a medio acrecentó en la renta de su patrimonio; era muy amador de la justicia, y hacía la, y continuamente tenía sus vasallos, en justicia, y toda su tierra, y oía sus vasallos, y deliberábalos y proveídos muy presto cuando ante él venían, y enviábalos a sus casas, porque no se gastase; pugnaba y hacía mucho por la honra suya y de sus parientes; hacía bien a sus parientes, no quería en su compañía hombres cobardes, ni lisonjeros, ni de malos artes; ni quería ver ni oír hombres traidores ni ladrones; agradábale la música algo, especialmente trompetas bastardas y chirimías, y sacabuches, y atabales, y de aquella que alegran las gentes en la guerra; era muy devoto de Santa María Nuestra Señora, y de la Iglesia, y ordinariamente oía misa cada día, y rezaba sus oraciones por libro, y después en unos corales; y desde la confesión hasta «*ite misa est*» nunca hablaba a ninguna persona, ni alzaba las rodillas del suelo; comunmente hacía celebrar con mucha solemnidad las fiestas de Nuestra Señora de la Ó y la fiesta de la Anunciación, que cae en Marzo, y aun las mandaba celebrar en sus ciudades, villas y lugares, en las cuales hacía dar grandes colaciones y limosnas; tenía una capilla de vestimentos, cálices y ornamentos, como convenía, con que le decían la misa en su casa y posada, empero nunca se hacía perezoso de ir a oír misa a la iglesia del pueblo donde se hallaba; era caballero que le placía mucho la geometría de labrar y reparar castillos, y casas y cercas y fortalezas, y labró y gastó en ella, con lo que labró y fortaleció en Alcalá de Guadaira y en la ciudad de Jerez, y Alanís, cuando la tomó en tiempo del Rey Don Enrique, más de diez y siete cuentos, según él decía y sus mayordomos: de sus fechos y victorias ya es dicho en sus tiempos y lugares. Nuestro Señor le quiera perdonar y poner en su santa gloria. Amen.

CV. DE BRETAÑA, Y DE CÓMO EL REY DE FRANCIA LA TOMÓ Y SE CASÓ CON LA DUQUESA.

Cerca de estos tiempos murió el Duque de Bretaña, y sucedióle una hija, que no tenía otro fijo varón ni hija, el cual Duque no estaba bien quisto con el Rey de Francia, antes en guerra, porque favorecía a algunos caballeros de Francia, que desservían al Rey, y los acogía en su tierra, así como a Monseñor de Labrit, y a otros. Y ya oísteis como el Rey Luis de Francia falleció el año de 1482 y le sucedió Carlos su hijo, y quedó pequeño y desposado con Margarita, hija del Rey de los Romanos, niña de cuatro años, y ambos quedaron cada uno a su parte en el reino de Francia, en tutela y gobernación del Parlamento de París, y de algunos de los Grandes de Francia; y el Rey Carlos salió mozo mal dispuesto y feo de miembros y gesto; y luego como fue de edad y le dieron la gobernación del reino, comenzó a hacer la guerra a la Duquesa de Bretaña, porque otros tiempos había sido sujeta a la Francia, y la Duquesa estaba desposada por cartas y embajadores con el Rey de los Romanos, Duque de Austria, Maximiliano, fijo del Emperador Federico de Alemania y

Roma, yerno que fue del Gran Duque Carlos de Borgoña, Conde de Flandes; y la Duquesa de Bretaña comenzóse de amparar, y defender, y apercibir de valedores, y vino en su favor el Conde de Escalas, inglés, que fue en la toma de Loja, el cual murió en una batalla que hobo entre franceses y bretones; y el Rey Don Fernando de Castilla fue valedor de la dicha Duquesa, y como andaba en guerra de los moros de la conquista de Granada, aunque le socorrió no fue tanto como quisiera, y Monseñor de Labrit, caballero de Francia, Señor de gran parte de la Gasconia, andaba ausentado de Francia, por enojo que a el Rey había fecho, y el Rey de Francia le había tomado la tierra, y era también valedor de la Duquesa; y este estaba también enemistado con el Rey Don Fernando de Castilla, por partes del reino de Navarra, que había casado su fijo con la Reina de Navarra contra la voluntad del Rey Don Fernando, y tuvo Monseñor de Labrit forma como se hiciese amigo del Rey Don Fernando, y el Rey le dio gentes y facultad con que fuese a socorrer a la Duquesa de Bretaña, y envió con él otros capitanes y a Pedro de Mosquera, con más de cinco mil hombres de España, de a caballo y de a pie.

Y el Rey de los Romanos, su esposo de la Duquesa, no pudo socorrerla ni venir a facer el matrimonio personalmente, porque había morido entonces el Rey Mathías de Ungría, su legítimo hermano, el cual era casado con fija del Rey de Fernando de Nápoles; y el Rey de los Romanos había guerra allá sobre aquel reino, diciendo que le pertenecía gran parte de él, y conquistábalo, y después no salió con él, y por esto no socorrió a la Duquesa en la dicha guerra, que el Rey de Francia la movió.

Y estando el Rey Don Fernando en la guerra de la conquista del reino de Granada, el Rey susodicho Carlos, mozo que comenzaba a reinar en Francia, se movió en persona con muy gran hueste y artillería, y fue sobre Nantes de Bretaña, que es la más principal ciudad y la mayor de Bretaña, y cercóla, estando dentro la Duquesa; y Monseñor de Labrit fue traidor a la Duquesa y al Rey Don Fernando, a quien se había ofrecido por suyo, y le había dado gente con que ficiese la guerra al Rey de Francia, en defensa de la dicha Duquesa de Bretaña, y vendió la ciudad y la Duquesa al Rey de Francia, y desde pensó la traición, según decían, él hizo ir en persona al Rey de Francia, y le prometió dar la ciudad y la Duquesa, y que le perdonase del enojo que de él tenía, y diese sus tierras, y el Rey se lo prometió, y aun le mandó gran suma de dineros, y le fizo otras muchas mercedes, y le volvió sus tierras; y como el Rey de Francia llegó a Nantes, y la cercó y comenzó de combatir, Monseñor de Labrit, después de hecho el concierto, abrió las puertas, y entraron los franceses, y tomaron la ciudad y la Duquesa y despojaron a todos los españoles y echáronlos de la ciudad, y así se vinieron a mal recaudo, por la gran traición de Monseñor de Labrit, que los vendió; y el Rey tomó la ciudad y se apoderó de ella, y dende toda Bretaña, y fizo un cuerpo de Bretaña y Francia, y de aquí creció sus reinos, y tomó mujer por fuerza, y dejó la mujer con quien su padre lo había desposado y mandado casar, Margarita, su hija del dicho Rey de los Romanos, con la cual se había desposado el año de 1481, siendo ella de tres o cuatro años, y fue tenida por Reina de Francia cerca de diez años; y dentro en Francia, en ese mismo trono y honra tenida, y habida su gobernación y tutela de el Parlamento de París y de los grandes de Francia, así como estaba el mismo Rey Carlos su esposo: y desde el Rey de Francia hobo tomado a Bretaña, dijo que Margarita no era su mujer, y mandóla llevar a su padre, y como fuese ya mujer, doncella de discreción, de trece años poco más o menos, habiendo reinado en Francia los más de ellos, ved qué sentiría su ánima; hizo grandes llantos y lamentaciones, ella y todos los suyos, quejándose de la sin ventura acaecida, por ella venida por tal manera; y envió la triste nueva a su padre el Rey de los Romanos, y envióle el Rey a decir, que no saliese de Francia, sino que si a él iba y de tal manera, que él haría presente de su cabeza al Rey de Francia, su marido; ved qué harta la sin ventura en tan terrible caso; mucho más amaba perder la vida, que verse despojada de tal manera de reinos y marido; maldecía a su fortuna y siniestra ventura, su nacimiento, su vida, su crianza, su mala suerte, y quejábase a Dios de los cielos con muchas lágrimas, demandando justicia del cielo; y todos los suyos, y las dueñas y doncellas de su casa hacían muy gran llanto con ella, y todos cuantos la conocían.

Y la Reina desdichada hobo de salir de Francia con muy gran dolor y sentimiento de su corazón, y de su ánima, con fiucia que Dios le haría justicia de aquella injuria, que el Rey de Francia su marido le había fecho, y privaría del reino de Francia, como él a ella había fecho. Y así fue, que el Parlamento y Grandes de Francia, desde vieron que el Rey Carlos se había así casado con la Duquesa de Bretaña, enviaron a Margarita en Flandes y Alemania a tierras de su padre, y Carlos quedó casado con la Duquesa, y hobo un fijo, del cual no gozó, que finósele; y él logró mal el reino de Francia, que no reinó después de casado sino obra de cuatro años, y murió sin loor, y casó su mujer con el Duque de Orleans, que reinó en Francia después de él, según más adelante se dirá; y así castiga Dios también a los reyes como a los otros de cualquier estado, que hacen lo que no debían hacer, y no miran que hay Dios, que es mayor que todos, el cual en los malos y perversos, continuamente vemos que cumple aquello que dijo David por el Espíritu Santo: *Viri sanguinum et dolosi non dimidiabunt dies suos*.

Los capitanes que el Rey Don Fernando envió a Bretaña, fueron: Pedro Carrillo, Señor de Pliego y Torralva, que son en el Obispado de Cuenca, con trescientas lanzas; Pedro Quijada, Señor de Villagarcía, que es cerca de Medina de Rioseco, con trescientas lanzas, el cual hobo fortuna en la mar, y volviólo el tiempo dos veces a Castilla, una a Santiago, y otra a Bilbao y Santander, y volvió otra vez hasta que llegó en Bretaña; y sobre todos fue Pedro Mosquera, para proveer; y desde vido el vencimiento fecho por el Rey de Francia, quería quedarse allá, después que él fue en dar la ciudad en rehenes; y los capitanes no lo dejaron, y viniendo por la mar, desde la nao se echó en el mar y se ahogó, el día de San Benito de Julio, estando el Rey Don Fernando en el cerco de Granada.

CVI. DE EL REINO DE NAVARRA, Y DE SUS COSAS Y GUERRAS, Y CÓMO REINÓ EN ÉL EL REY DON JUAN, REY DE ARAGÓN QUE DESPUES FUE, Y DE CÓMO SU FIJO DON CARLOS FUE CONTRA ÉL.

El Rey Don Juan de Aragón, padre del Rey Don Fernando, hobo el reino de Navarra con su primera mujer, siendo Infante de Castilla y Príncipe de Aragón, y fue de esta manera: Ovo en Navarra un Rey llamado Don Carlos, y no hobo fijo varón, y hobo una fija, que se llamó Doña Blanca, que le sucedió en el reino, que casó con el dicho Don Juan, de la cual el dicho Rey Don Juan hobo dos fijas, la mayor, llamada Doña Brianda, que casó con el Conde de Foix, Febus en Francia, en la Gasconia, y la otra, nombrada Doña Blanca, que casó con el Rey Don Enrique de Castilla, siendo Príncipe, y después hobo un fijo, que llamaron Don Carlos, que fue Príncipe de Navarra, y después de Aragón, y murió la Reina Doña Blanca de Navarra tempranamente, y casó el Rey Don Juan segunda vez con Doña Juana, fija del Almirante de Castilla Don Federico, y siendo el Príncipe Don Carlos de catorce años arriba, juntáronse con él de dos parcialidades que había en Navarra, la una la de los Lusitanos, que era el Condestable de Navarra, Mosén Pierres de Peralta, y su hermano el tesorero, y metieron bullicio y escándalo en el reino, y requiriendo al Rey Don Juan que se lo entregase al Príncipe su hijo, pues era suyo; y el Rey alegaba, que aún no era tiempo, que aún no era de edad para gobernar; y estuvieron con el Rey la parcialidad de los Agromonteses, que es el Conde de Lerín, y otros muchos caballeros, y siguióse mucha mala entre ellos; y los del Príncipe tomaron a Pamplona, que es la mayor ciudad de Navarra, y dende el Príncipe fue a cercar una villa, que llaman Sangüesa, la cual estaba por el Rey, y el Rey salió a la descercar, y sabiéndolo el Príncipe Don Carlos, su fijo, salióle al camino, partiendo de Olite con su hueste, y hobieron su batalla campal, el fijo con el padre, donde murieron algunos de una parte y otra, y el padre fue vencedor, y venció al hijo, y le desbarató y prendió con otros muchos, y lo trujo preso a Zaragoza, de Aragón, y lo tuvo allí aprisionado, y a ruego de la Reina Doña Juana, su mujer, lo soltó, y juró entonces el Príncipe Don Carlos y puso las manos corporalmente sobre la hostia consagrada, de no ser más contra su padre, sino estar siempre a su obediencia y mandado.

Y como se vido suelto, tornóse otra vez a alzar y hizo cuanto pudo contra el padre, por lo

echar del reino, y viendo que no podía prevalecer contra el padre con el reino de Navarra ni su favor, fue a demandar favor al Conde de Almiñanque, el cual no se lo dio; y fue a demandar favor al Conde de Febus de Foix, su cuñado, y tampoco se lo dio; y desde que esto vido, fue a demandar favor al Rey Luis de Francia, padre del Rey Luis, el cual tenía entonces cuestión con el Delfin Luis, su hijo, y con algunos caballeros de Francia, y respondió al Príncipe Don Carlos, su pariente, diciendo: «¿*Qué ejemplo daré yo a mi hijo ayudándovos a vos contra vuestro padre?*» y con esto respondió: y el Príncipe Don Carlos anduvo y tornó a Navarra en persona, pugnando si pudiera echar del reino a su padre, y desde que vido que no podía, fuese a Nápoles a su tío el Rey Don Alonso, hermano del Rey su padre, el cual lo recibió de muy buen grado, y le riñó mucho y castigó los yerros que contra su padre había fecho, y le dijo: «sobrino, pues has ido contra tu padre, huye delante de su cara»; y enviólo en Sicilia ultrafaro, y fizole Príncipe de ella; y así vivió Don Carlos en aquella tierra en mucha honra fasta que falleció el Rey Don Alonso su tío; y fallecido el Rey Don Alonso, los catalanes dijeron que querían que viniese su Príncipe y estuviese en la tierra, y el Rey Don Juan, ya Rey de Aragón, que sucedió al Rey Don Alonso su hermano, plugo de ello, y enviaron por el Príncipe Don Carlos a Sicilia los catalanes de Barcelona, donde le fue fecho muy grande y solemne recibimiento de los barceloneses.

Y a este tiempo estaba el Rey Don Juan haciendo Cortes en Fraga y en Lérida, y el Príncipe, después de haber reposado en Barcelona, partió con los Grandes de Barcelona a ver y besar las manos al Rey su padre; y en Lérida la Reina Doña Juana y los Grandes de la corte le salieron a recibir y fueron con él a Fraga, donde el Rey estaba, y el Rey salió de la villa a un llano fuera de ella a recibir a la Reina y el Príncipe, y la Reina descabalgó, y se hincó de rodillas y dijo al Rey: «*Señor, suplico a V. A. que perdonéis al Príncipe mi hijo Don Carlos*», y el Rey calló; y entonces el Príncipe, estando hincado de rodillas, dijo: «*Señor, suplico a V. A. me perdone*»; y entonces habló el Rey y dijo: «Hijo, por amor de la Reina, que me lo suplica, te perdono, y no te tornes mas»; y entonces el Príncipe le fue a besar el pie y el Rey huyó el pie del estribo, y dióle la mano a besar, y besólo en la boca, y así con grandes alegrías, y con mucha solemnidad de trompetas y atabales y muchas músicas, se entraron en Fraga, y en la misma posada que el Príncipe había de posar, cuando pasaban, estaba una loca a la ventana, y dijo pasando el Rey: «*Ved cuan cara lo has de tornar a prender.*»

Y estando el Rey y la Reina en aquellas Cortes y el Príncipe Don Carlos, que tenía el Rey Cortes con aragoneses y valencianos, vinieron allí embajadores de muchas partes, y fueron allí por embajadores del Rey Don Enrique de Castilla, un caballero alcaide de Burgos, y un fraile; y un día dijo al Príncipe el Rey: «*Hijo, bueno será que te cases con la Infanta de Portugal*»; y respondió el Príncipe: «*Señor, mas con estotra, pues se ha hablado y está ya de concierto*»; y dijo el Rey: «¿*De concierto? luego más sabe en ello, que no yo*». Luego envió por el fraile, embajador, y preguntóle, que qué concierto traía con su hijo, y el fraile le respondió, que él no sabía nada, que no le habían a él dado parte de tal secreto: y entonces huyó el otro embajador, y vino en Castilla, y fue fama entonces, que el Rey Don Enrique lo quería casar con Doña Isabel, su hermana, y lo hacía Maestre de Santiago, y le quería dar favor para que destruyese a su padre; y entonces su padre le tornó a prender, y moviéronse los catalanes a demandarlo, y el padre lo llevó preso a Fraga, desde Lérida, y los catalanes y barceloneses lo cercaron en Fraga al Rey, porfiando que les diese al Príncipe, fasta que se lo hobo de otorgar, y partieron de Fraga el Rey y la Reina, y el Príncipe, en son de preso, para Cataluña con los catalanes, y vinieron todos a Villafranca de Panadés, que está seis leguas de Barcelona, y allí dio, el Rey el Príncipe a los catalanes, y juró el Príncipe allí otra vez no salir de la obediencia y querer de su padre, y los barceloneses acordaron y pacificaron con el Rey, y llevaron al Príncipe consigo a Barcelona; y desde que el Príncipe se nido en Barcelona, él ni los catalanes no osaron más de acudir con la obediencia al Rey, fasta que murió Don Carlos dende a cierto tiempo, y de allí decían los catalanes, que había llevado el mal de la corte de su padre.

Y muerto Don Carlos, demandaron los de Barcelona al Rey, que les diese a su hijo Don Fernando por Príncipe, con condición que el Rey no entrase en Barcelona; y el Rey les dijo, que ni

él quería estar en Barcelona, y que le placía que lo hobiesen por su parte; y la Reina dijo, que si así querían tener a su hijo por Príncipe, que ella había de estar con su hijo en donde él estuviese, y así se concertó, que la Reina y el Príncipe estuviesen en Barcelona, y el Rey no entrase, y esto era porque los catalanes barceloneses desamaban mucho al Rey Don Juan. Y como la Reina estuviese en Barcelona con su hijo el Príncipe Don Fernando, el Rey hobo de entrar un día en Barcelona a ver a su mujer la Reina, y su fijo, y su casa; y como esto vieron y supieron los del Consejo de Barcelona, ordenaron y mandaron, que al Rey, Reina y Príncipe los botaran fuera de Barcelona; y luego salieron fuera el Rey, Reina y Príncipe, con toda su casa, y desde aquel día se rebeló Barcelona contra el Rey Don Juan, y toda Cataluña, y requirió al Rey Don Enrique de Castilla con su obediencia, y no lo quiso, y trajeron al Infante Don Pedro de Portugal, por Señor, el cual tuvieron dos años, o poco más o menos, fasta que murió, y muerto invocaron al Conde de Provenza, hijo del Rey Reynel, que se llamaba Duque de Calabria, y a otros grandes Señores, los cuales, viendo que habían negado y rebelado a su Rey, no quisieron su partido, y así quedaron sobre sí los catalanes; y desde se comenzó la guerra entre ellos y el Rey Don Juan, fasta que se acabó, pasaron diez años, en los cuales muchos males y muertes y robos se siguieron en aquellos reinos de Aragón, entre los catalanes y el Rey Don Juan.

CVII. DE LA SUBCESION DE LOS REINOS DE ARAGÓN.

Muerto el famoso Rey y esforzado Don Alonso, Rey de Aragón, de Valencia, y Nápoles, Sicilia y Mallorca, Cerdeña, Ibiza y Barcelona, y Señor de los otros señoríos a la casa de Aragón pertenecientes y anejos, y Infante de Castilla, sucedióle su hermano el Rey Don Juan de Navarra, Infante de Castilla, conforme a su testamento y al derecho, en todos los reinos y señoríos, dejando el reino de Nápoles, que se llama la gran Sicilia citrafaro, porque la ganó el Conde con mucho trabajo por curso de muchos años, porque venia a la casa de Aragón de derecho, y estaba anejado en poder de quien no le venia de derecho, según la antigüedad de ello lo cuenta, y por eso, no con consentimiento de la casa de Aragón, sino de su hermano, que lo dejó a Don Fernando, su hijo bastardo, el cual fue muy buen Rey después de su padre en Nápoles; y como el Rey Don Juan comenzó de reinar en los dichos reinos y señoríos, vino el Príncipe Don Carlos, su fijo, como ya oísteis, de la Italia en Barcelona, y sembróse la discordia entre él y su padre y los catalanes; y tomáronlo los catalanes a su padre, yuviéronlo en Barcelona fasta que murió tempranamente; y desde el Rey Don Juan vido que su fijo era muerto, a quien pertenecia el reino de Navarra, envió por el Conde de Febus de Foix, y sucedió a Don Carlos, y entrególe el Reino de Navarra; y en este tiempo envió también por la Condesa Doña Brianda, su fija, Princesa de Navarra, que es quien como tengo dicho subcedió a Don Carlos, y a quien tocaba, y en este tiempo siempre crecía la discordia y mal quista, que estaba entre los catalanes y el Rey, y estando la Reina Doña Juana y el Príncipe Don Fernando en Girona, el Rey ausente de la tierra, salió Barcelona, y cercáronlos allí para los prender y destruir, yuviéronlos cercados hasta que el Conde Febus vino de Navarra con mucha gente de armas y los socorrió y descercó, y fizo fuir los catalanes.

CVIII. CÓMO FUE EMPEÑADO PERPIÑAN AL REY DE NAVARRA, Y SUS GUERRAS.

Volviendo a la sucesión del reino de Navarra, como murió el Príncipe Don Carlos, reinaron en Navarra Doña Brianda y Don Febo su marido, Condes de Foix, los cuales hobieron cuatro fijos y cinco fijas, y el mayor, a quien convino la sucesión del reino, fue llamado Felipo, y fue casado con una hermana del Rey Luis de Francia, y este murió temprana muerte, antes que el Rey Don Juan su abuelo, y sucedieronle un fijo y una fija, Febo y Doña Brianda, y Don Febo reinó en Navarra siendo niño, so la guarda y tutela del Rey Don Juan, su abuelo, y murió siendo mozuelo, y subcedió Doña Brianda, que quedó en poder de su madre; y mientras el Rey Don Juan vivió, siempre tuvo muy

gran parte y favor en Navarra, y fortalezas a su mandar, las cuales nunca osó soltar, por temor del daño que del Rey de Francia le podía venir; y en aquel mismo grado entró el Rey Don Fernando su fijo, después que murió el Rey Don Juan.

Y como murió el Rey Don Febo, Rey de Navarra, quedó en la encomienda del reino el Rey Don Fernando, y como Don Febo murió, quedó la sucesión del reino a Doña Brianda, su hermana, la cual se llamó luego Reina de Navarra, y el Rey Don Fernando la quisiera casar con el Príncipe Don Juan, su fijo, puesto caso que ella era de más años que no él, y nunca la pudo haber, ni su madre, que la tenía en poder, se la quiso dar, ni el Rey de Francia fue de este casamiento contento, codiciándola casar en Francia, por tener de su mano el reino de Navarra; y su madre de la dicha Reina, sin placer ni consentimiento del Rey Don Fernando, ni del Rey de Francia, sus tios, la casó con un fijo de Monseñor de Labrit, Señor de la Gasconia, ya dicho en el capítulo de Bretaña, del cual casamiento hobo mucho enojo los reyes susodichos de Castilla y Francia, sus tios; y eso mesmo los navarros, y una gran parcialidad de ellos tuvieron tanto enojo, que no querían recibir por rey al marido de su Señora, y decían que no reinaría sobre ellos, y tuvieron en Navarra diversas opiniones, y las villas y fortalezas que estaban por el Rey Don Fernando nunca se las quiso entregar, no embargante que le mandó dar sus rentas, recelando que podía el Rey de Francia entrar y ofender a Castilla y a Aragón.

Y siempre hobo en Navarra dos parcialidades, las antiguas y las de Mosén Pierres de Peralta, y otros caballeros tenían con el Rey y Reina de Navarra, sus Señores; y el Conde de Lerín, Mosén Juan de Piamonte, yerno del Rey, y Juan de Aragón, casado con su fija bastarda, y otros muchos caballeros y comunidades, de que era cabeza el Conde de Lerín, tenían con el Rey Don Fernando; y hobo sobre esto con el Rey Don Fernando, y la Reina Doña Brianda, y el Rey de Navarra, su marido, muchas divisiones y conciertos y rehenes, y concordias, y vino la Reina de Navarra a Castilla, donde el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, su mujer, le ficiéron muchas honras y le dieron muy grandes dádivas, y alhajas, y oro, y plata, y ropa, y riquezas sin medida, y todavía se retuvieron las fortalezas, y sobre ciertos conciertos quedó en rehenes una fija del Rey de Navarra, que murió acá en Castilla, y el Rey Don Fernando le desempeñó algunas villas y fortalezas, y afirmaron su concordia y paz con él, y reinaron en Navarra pacíficamente.

CIX. DE EL REY DON JUAN DE ARAGÓN.

Y el Rey Don Juan, desde que vido la enemiga de los catalanes y rebelión, y que no tan solamente se la defendían, mas antes le ofendían y querían destruir, fue demandar socorro al Rey de Francia Luis, al cual empeñó los cuatro castillos en el condado de Rosellón, Perpiñán, la Vellaguarda, Roca y Colibre, por cierta suma de coronas de oro, con lo cual, y con la ayuda de Dios y del dicho Rey de Francia, domó y sojuzgó a Barcelona, y toda Cataluña, y quedaron las dichas cuatro fuerzas al Rey de Francia, y llevó mucho tiempo las rentas de aquellas tierras; y después con concierto los ciudadanos de Perpiñán alzáronse contra el Rey de Francia, y dieron la ciudad al Rey Don Juan, y vínolos a cercar el Rey de Francia con gran poder, estando el Rey Don Juan dentro de la ciudad; y fue sobre los cercadores el Príncipe Don Fernando, Rey de Sicilia, que se llamaba, y desbaratólos y fizo alzar el cerco; y quedó la ciudad por el Rey Don Juan.

Y siguióse guerra entre el Rey de Francia, y el Rey Don Juan y sus tierras, y volvió el Rey de Francia otra vez sobre Perpiñán, más poderoso, y púsole cerco, y tomóla, y sojuzgóla en todo lo empeñado, y túvola fasta que murió el Rey Don Juan, que murió año de 1479, que nunca pagó la suma del desempeño: y túvola más el dicho Rey de Francia todos los años de su vida fasta que murió el año de 1481, y mandó en su testamento, que dando el Rey Don Fernando la suma y desempeño que su padre el Rey Don Juan había recibido, le diesen a Perpiñán, y todo lo empeñado, y esto mandó a su fijo Carlos, Delfín, que así lo hiciese y cumpliese; y el dicho Rey Carlos de Francia, que subcedió al Rey Luis su padre, y sus tutores, aunque por el Rey Don Fernando por muchas veces fueron requeridos, nunca deliberaron de dar los dichos empeños, fasta que Dios lo

permitió.

CX. DE CÓMO FUERON LOS JUDÍOS ECHADOS DE ESPAÑA

En el nombre del muy alto Dios nuestro Señor. Visto por los católicos cristianísimos Rey y Reina, el muy gran daño procedido de la endurecida opinión y perpetua ceguedad de los judíos, y como de allí habían su nudrimento la herética pravedad mosaica; estando en el cerco de Granada el año de 1492, mandaron y ordenaron, que a todos los judíos de toda España, y todos los reinos de ella, les fuese predicado el Santo Evangelio y fe católica, y doctrina cristiana, y que los que quisiesen se convertir y bautizarse, permanecieran en sus reinos, así como sus vasallos, con todo lo suyo, y los que no se quisiesen convertir, que dentro de seis meses se fuesen y partiesen de sus reinos, y so pena de muerte no volviesen más a ellos, y que llevasen todo lo suyo, o lo vendiesen en lo que quisiesen, salvo no sacasen oro ni plata.

Y salido este edicto y mandado en todas las sinagogas, y plazas, y iglesias, por los sabios varones de España les fue predicado el Santo Evangelio y doctrina de nuestra Santa Madre la Iglesia, y probado por sus mismas escrituras, como el Mesías que aguardaban era nuestro Redentor Jesucristo, que vino en el tiempo conveniente, el cual sus antepasados con malicia ignoraron, y todos los otros que después de ellos vinieron, nunca quisieron dar el oído a la verdad, antes engañados por el falso libro del *Talmud*, teniendo la verdad ante sus ojos y leyéndola en su Ley cada día, la ignoraban, embriagados así los sabios de ellos como los simples, por el edicto y doctrina de Revase y de Ravina, que compusieron el dicho *Talmud*. Y porque sepáis de qué manera y en qué tiempo fue fecho el dicho descomulgado *Talmud*, los que no lo habéis leído, me pareció ser bien en este lugar poner el capítulo siguiente, sacado del *Fasciculum temporum*, que dice así:

«Talmud Judeorum, quod sonat apud eos Doctrina, circa haec témpora anno CCCC. a duobus summis Rabbis San Rabina, et Rabase, liber utique grandis et maior decem Biblis, in quo sunt inexecrabilia mendatia, turpia facta abominabilia contra legem Dei, contra legem naiurce, contra legem scriptam. Videntes namque Judei legem suam quotidie deficere, et fidem christianam proficere in toto orbe etiam cuan gloria temporalium, hi duo deceptores, instiguarunt quatenus hunc librum componerent, et tam que Moysii scriptus firmari, adhibirent fidem, prohiberent que, sub pena mortis, nequis aliquid negaret de his quae in ea continentur. Factum est ita ad suam infelicem execrationem et suorum perpétuam damnationem. Ne autem simplices habeant occasionem recedendi a tanta falsitati, innuerunt eis, ut interrogati de difficilibus, responderent: “Nos haec non intelligimus, sed Rabbi nostri poterunt respondere vobis”. Sic traditi sunt in reprobum sensum, ut plus bis nugis credant, quam Moyse, aut Cristo, verum tainein plures in diversis mundi partibus conversis crebro leguntur, et aliqui pro fide magna fecerunt, et utilissima scripta reliquerunt.»

Que quiere decir en nuestro lenguaje castellano:

«El libro de los judíos, llamado Talmud, suena acerca de ellos doctrina; fue compuesto cerca de aquellos tiempos, en el año del Nacimiento de nuestro Redemptor Jesucristo de cuatrocientos años, de dos grandes Rabies, llamados el uno Rabase, y el otro Rabina, y fue ciertamente un libro grande, mayor que diez Biblias, en el cual hay mentiras muy oscuras, y abominables cosas de locura, contra la ley de Dios, y contra la ley de natura, y contra la ley de escriptura. Viendo los judíos en aquel tiempo ya dicho, amenguarse, y crecer la ley cristiana en todo el mundo, y aun con gloria de bienes temporales, buscaron estos dos engañadores, conviene a saber, Rabina y Rabase, para que compusiesen este libro, y tan como a los libros de Moisés, y defendieron, so pena de muerte, que ninguno negase cosa alguna de lo que en él era escripto, y fue así compuesto para su ceguedad y perpetua pena, mal aventurada de los suyos; y porque no hubiesen los simples ocasión de apartarse de su ceguedad, mandáronles, que cuando fuesen preguntados de algunas cosas dificultosas, que respondiesen: “Nosotros no entendemos eso, mas nuestros Rabies vos responponderán”; y de esta manera fueron caídos en reprobado entendimiento, creyendo más a las

mentiras de este libro, que no a Moisés y a Cristo. Empero muchas veces se lee muchos de ellos ser convertidos en diversas partes del mundo. Otro sí hicieron grandes cosas por la fe, y después de sus días dejaron escripturas muy provechosas.»

Y cebados con la dicha descomulgada doctrina del *Talmud* los judíos que en aquel tiempo vivían en España, aunque ante los ojos vían el destierro y la perdición suya, aunque requeridos fueron y amonestados por las dichas predicaciones y amonestamientos, siempre quedaron pertinaces y incrédulos, y aunque de fuerza dieron el oído, nunca de grado recogieron en el corazón cosa que les aprovechase, antes quitados de oír la predicación evangélica, les predicaban sus Rabies la contraria, y los esforzaban y ponían esperanzas vanas, y les decían, que supiesen por cierto que aquello venía por parte de Dios, que los quería sacar de cautivos, y llevarlos a la tierra de promisión; y que en esta salida verían como Dios hacía por ellos muchos milagros, y los sacaría de España ricos y con mucha honra, según lo esperaban, que si en la tierra hobiesen alguna fortuna siniestra, que en entrando en la mar verían como Dios era su guiador, como había fecho a sus antepasados en Egipto. Los judíos ricos hacían la costa de la salida de los judíos pobres, y usaban los unos con los otros en aquella partida de mucha caridad; así que en ninguna manera se quisieron convertir, salvo algunos, muy pocos, de los más necesitados.

Comunmente entre los judíos, así simples como letrados, en aquel tiempo, habían opinión y creían todos, do quiera que habitaban, que así como con mano fuerte y brazo extendido y mucha honra y riquezas, Dios por Moisés había sacado el otro pueblo de Israel de Egipto milagrosamente; que así de estas partidas de España habían de volver ellos y salir con mucha honra y riquezas, sin perder nada de lo suyo a poseer la santa tierra de promisión, la cual confesaban haber perdido por sus grandes y abominables pecados, que contra Dios sus antepasados habían fecho; de lo cual en esta salida todo a la contra de lo que esperaban les acaeció; como ellos negaces y enemigos de la verdad fuesen; ca en la otra salida que salieron del cautiverio de Egipto, por mandado de Nuestro Señor, que era su valedor y los quería bien, en pago de los trabajos y majamientos que los egipcios les habían dado y les debían, les mandó robar a Egipto seguramente, y los robaron cuando quisieron salir para ir al desierto, donde Dios los mandó; diciendo que habían de volver, demandaron prestadas joyas de oro, y plata, y seda, y paños, y otras cosas a los egipcios, que les prestaron, según dice el capítulo XII del *Éxodo*, y entonces muy bien cupo, ca ellos eran buenos y humildes, y creían en Dios soberano y eterno, criador del cielo y de la tierra; los egipcios eran malos y gentiles y idólatras, y ahora por la contra, los judíos eran malos y descreídos, y idólatras, y no fijos de Israel, salvo fijos de Canaán, y de perdición, y los cristianos son buenos y fijos de Dios, de ley de bendición y de obediencia, y pueblo de Dios, y fijos de Israel, pues que del pueblo de Israel hobieron comienzo de salvación, y hobieron ley, y conocieron y recibieron el Mesías verdadero, que los redimió, que fue Nuestro Redentor Jesucristo, Dios y hombre, que Dios había prometido enviar y envió, el cual ellos por su malicia no conocieron y recibieron los que entonces eran, ni quisieron dar el oído a sus grandes milagros y maravillas que fizo, antes con malicia lo persiguieron y mataron; y el yerro hecho, nunca se arrepintieron, ni quisieron creer la verdad, ni por la muchedumbre de los milagros de los Apóstoles y discípulos de Jesucristo, que eran de su linaje, por lo cual Dios los guardó para que se conociesen y arrepintiesen, y recibiesen la santa doctrina de el su Santo Mesías, que les envió, que era Nuestro Redentor Jesucristo, cuarenta años, y en cabo de los cuarenta años, viendo nuestro Señor como era pueblo rebelde, incrédulo y duro de cerviz y sin provecho, envió sobre ellos la su ira, y del Emperador de Roma Vespasiano, y Tito su hijo, que destruyeron a Jerusalén y a toda su comarca, y mataron un cuento y cien mil judíos, y vendieron ochenta mil, y cautivaron y prendieron toda la tierra de ellos, y trujeron a Roma y todas sus tierras muchos cautivos, y de todos aquellos ochenta mil vendidos, y de los otros cautivos y desterrados, vinieron a Francia y a España muchos en muchas veces, que se libertaron por diversas maneras, y modos, de donde estos que este tiempo eran vivos procedieron, así en linaje como en contumacia; de los cuales se fallaron en los reinos de Castilla treinta mil vasallos y más, que eran treinta mil casas y más; de lo cual escribió Rabí Mair al Rabí mayor Don Abraham Señor, su suegro, por

verdad supiese, que desterraba el Rey y la Reina treinta y cinco mil vasallos, que eran treinta y cinco mil casas de judíos.

Y de los Rabies que yo baptizé a la vuelta que volvieron de allende, que fueron diez o doce, y de uno que era muy agudo a natura, que llamaban Zentollo, que era de Vitoria, al cual yo puse nombre Tristán Bogado, fui yo certificado que había en Castilla más de treinta mil judíos casados, y que había en Aragón seis mil casados, esto se entiende con Cataluña y Valencia, en que había más de ciento y sesenta mil ánimas, al tiempo que el Rey y la Reina dieron la sentencia que los que no quisiesen ser cristianos que fuesen desterrados de España para siempre.

En el tiempo del edicto de los seis meses vendieron y malbarataron cuanto pudieron de sus haciendas, y aparejaron su viaje los chicos y los grandes, mostrando grande esfuerzo y esperanza de haber próspera salida y cosas divinas; y en todo hobieron siniestras venturas; ca hobieron los cristianos sus haciendas muy muchas, y muy ricas casas y heredamientos por pocos dineros, y andaban rogando con ellas, y no hallaban quien se las comprase, y daban una casa por un asno, y una viña por un poco paño o lienzo, porque no podían sacar oro ni plata; empero es verdad que sacaron infinito oro y plata escondidamente, y en especial muchos cruzados y ducados abollados con los dientes, que los tragaban y sacaban en los vientres, y en los pasos donde habían de ser buscados, y en los puertos de la tierra y de la mar, y en especial las mujeres tragaban más, ca a persona le acontecía tragar treinta ducados de una vez.

CXI. DE CÓMO SALIERON Y POR DONDE LOS JUDÍOS DE CASTILLA.

En el plazo de los seis meses vendieron y malbarataron los judíos lo que pudieron de sus haciendas, y casaron todos los mozos y mozas que eran de doce años arriba, unos con otros, porque todas las hembras de esta edad arriba fuesen a sombra y compañía de marido; y comenzaron a salir de Castilla los primeros en la primera semana del mes de Julio, año del Nacimiento de nuestro Redentor Jesucristo de 1492 años.

Salieron de Castilla y entraron en Portugal con consentimiento del Rey Don Juan los siguientes: salieron por Benavente, tres mil ánimas y más, que entraron en Portugal por Berganza: salieron por Zamora treinta mil ánimas a Miranda, que entraron en Portugal; salieron por Ciudad-Rodrigo a Villar treinta y cinco mil ánimas, y salieron por Miranda de Alcántara a Maruan, quince mil; salieron por Badajoz a Helves diez mil ánimas.

De los que estaban en frontera de Navarra, metiéronse en Navarra dos mil ánimas. De los que moraban en frontera de Vizcaya, entraron por Laredo en la mar, y de los de Medina de Pumar y su tierra trescientas casas; y entraron por Cádiz en la mar ocho mil casas de los del Andalucía; y de los del Maestrazgo de Santiago.

Otros muchos fueron por Cartagena y por los puertos de Aragón y de aquellas comarcas, y otros fueron a embarcar por los puertos de Aragón y sus confines. Los de los reinos de Aragón y Cataluña embarcaron por los puertos de Cataluña y Aragón, y entraron por la mar, y muchos de ellos entraron en la Italia, y otros a tierra de moros al reino de Túnez y de Tremecén y otros reinos, donde su ventura los echaba. Estos fueron los de los reinos de Aragón y de Cataluña, y los de Castilla, que embarcaron por los puertos de Cartagena y confines del reino de Valencia, de los cuales los más hobieron siniestras fortunas, robos y muertes en la mar y en la tierra por donde iban y arribaban, así de los cristianos como de los moros.

CXII. DE CÓMO LOS JUDÍOS VIVIAN EN ESPAÑA Y DE SUS RIQUEZAS Y OFICIOS, Y DE LA FORTUNA QUE LLEVABAN.

Volviendo a contar de los otros judíos que embarcaron en el Puerto de Santa María y en Cádiz, y de los siniestros y fortunas que acontecieron a los unos y a los otros en este destierro, digo:

que estos judíos de Castilla, en cuyo tiempo fue este edicto del Rey y de la Reina, estaban heredados en las mejores ciudades, villas y lugares, y en las tierras más gruesas y mejores, y por la mayor parte moraban en las tierras de los señoríos, y todos eran mercaderes y vendedores, y arrendadores de alcabalas y rentas de achaques, y hacedores de señores, tundidores, sastres, zapateros, curtidores, zurradores, tejedores, especieros, buhoneros, sederos, plateros, y de otros semejantes oficios; que ninguno rompía la tierra, ni era labrador, ni carpintero, ni albañiles, sino todos buscaban oficios holgados, y de modos de ganar con poco trabajo; eran gente muy sutil, y gente que vivía comunmente de muchos logros y usuras con los cristianos, y en poco tiempo muchos pobres de ellos eran ricos.

Eran entre sí muy caritativos los unos con los otros. Aunque pagaban sus tributos a los señores y reyes de las tierras de donde vivían, nunca por ello venían en mucha necesidad, porque los Concejos de ellos, que llamaban Aljamas, suplían por los necesitados. Eran bien señores de lo suyo; do quiera que vivían, había entre ellos muy ricos hombres, que tenían muy grandes riquezas y haciendas, que valían un cuento y dos cuentos, y tres; personas de diez cuentos, donde eran, así como Abraham Señor que arrendaba la masa de Castilla, y otros que eran mercaderes, que tenían gran suma de dineros; y pospuesta la gloria de todo esto, y confiando en las vanas esperanzas de su ceguedad, se metieron al trabajo del camino, y salieron de las tierras de sus nacimientos, chicos y grandes, viejos y niños, a pie y caballeros en asnos y otras bestias, y en carretas, y continuaron sus viajes cada uno a los puertos que habían de ir; y iban por los caminos y campos por donde iban con muchos trabajos y fortunas, unos cayendo, otros levantando, otros muriendo, otros naciendo, otros enfermando, que no había cristiano que no hobiese dolor de ellos, y siempre por do iban los convidaban al bautismo, y algunos con la cuita se convertían y quedaban, pero muy pocos, y los Rabies los iban esforzando, y facían cantar a las mujeres y mancebos, y tañer panderos y adufos para alegrar la gente, y así salieron fuera de Castilla y llegaron a los puertos, donde embarcaron los unos, y los otros a Portugal.

Los que fueron a embarcar por el Puerto de Santa .María y Cádiz, así como vieron la mar, daban muy grandes gritos y voces, hombres y mujeres, grandes y chicos, en sus oraciones demandando a Dios misericordia, y pensaban ver algunas maravillas de Dios y que se les había de abrir camino por la mar, y desde estuvieron allí muchos días, y no vieron sobre sí sino mucha fortuna, algunos no quisieran ser nacidos; y hobieron de embarcar en veinte y cinco navíos y naos, en que iban siete naos de gavia, y fue por Capitán Pero Cabrón, y tomaron la vía de Orán, donde estaba en el puerto el corsario Fragoso con su armada, y viendo esto, enviaron un Rabí, que allí llevaban, así como por caudillo mayor de los judíos entre sí, que llamaban Rabí Leví, y llegando al Fragoso en la barca, le contó el hecho de su embajada, y le prometió diez mil ducados porque no les ficiese mal, y les dejase allí desembarcar, con esto el corsario se aseguró, y volvió el Rabí a la flota y al capitán Pero Cabrón. En tanto anocheció, y habido su consejo, dieron la vuelta para Arcilla, y hobieron fortuna, y fueron los diez y siete navíos a parar al puerto de Cartagena, donde salieron ciento y cincuenta ánimas demandando bautismo, y se lo dieron, y se volvieron en Castilla hechos cristianos; y dende la flota volvió a Málaga, donde asimismo demandaron bautismo cuatrocientas personas, hombres y mujeres, y los sacaron de los navíos y fueron bautizados, y se volvieron en Castilla; todos los otros llevaron fasta Arcilla y allí los echaron a tierra, y dende se fueron a Fez.

CXIII. DE LO QUE FUE DE LOS JUDÍOS QUE ENTRARON EN PORTUGAL.

Los judíos que entraron en Portugal dieron al Rey Don Juan a cruzado por cabeza, porque los dejase estar ende seis meses, y cumplido el plazo embarcaron en el puerto de Portugal, y salieron en el mes de Marzo de 1493 para ir en África al reino de Fez, y quedaron en Portugal seiscientas casas de los más ricos, por cierto tiempo, dando al Rey a cien cruzados por casa, y quedaron otras cien casas, que dieron a ocho cruzados por cabeza de cada persona, de las que en ella había; y esto

ficieron y dilataron fasta saber cómo iba a los demás que se partían ; y porque ya sabían la mala andanza de los que primero habían embarcado, y quedaron mas de mil ánimas cautivas en poder del Rey, porque no pagaron los cruzados de los derechos de la entrada.

Los más de los navíos, de la muchedumbre de judíos que embarcaron en Gibraltar, fueron a desembarcar en Arcilla, y de allí los llevaron por sus conciertos en guarda ciertas capitanías de moros, por sus dineros, a Fez, por mandado del Rey de Fez, donde en el viaje eran robados por diversas maneras, y les tomaban las mozas, y las mujeres, y los líos de la hacienda, y echábanse con las mujeres a vista de sus padres y de sus maridos, faciéndoles mil plagas y mil desventuras; de manera que también los que estaban en Fez, puesto caso que también allá había muchos judíos moriscos, también eran muy maltratados, y estaban desesperados; y sabido esto por los que iban, unos y otros no facían sino desembarcar, y estarse en el campo allí en Arcilla, como quien está en feria, donde se allegó un gran real de gente; y estando allí aquella muchedumbre, habían su consejo, y muchos se venían a la villa y se hacían baptizar; y muchos se volvían de Fez, viendo la mala andanza de allá, de donde los del real sabían como los trataban.

Allí, habido su acuerdo, se hicieron dos partes, la una se fue su vía por el reino de Fez, la otra parte demandaron al Conde de Borva, que estaba por Capitán general en Arcilla, que por amor de Jesucristo, en el cual ellos creían, que los ficiese baptizar, y los ficiese volver a España; el cual los recibió y fizo mucha caridad; y los clérigos los baptizaban echándoles agua con un hisopo, por encima, que eran muchos, lo cual después acá supimos los curas y los clérigos por donde vinieron, los cuales despedidos de Arcilla por todo el año de 1493, desde comenzaron a dar vuelta a Castilla, fasta el año de 1496, no cesaron de pasar de allende acá en Castilla a volverse cristianos.

Aquí en este lugar de los Palacios, aportaron cien ánimas, que yo baptizé, en que había algunos Rabies, que traían por escudo de lo que habían leído una autoridad del capítulo X. de Isaías : *«Aperiam in montibus flumina et in mediis campis fontes disrumpam, et terram sitientem sine aquas confundam. Ecce puer meus exaltabitur, et elevabitur et sublimis erit valde. Haurietis aquas in gaudiis de fontibus Salvatoris, et dicetis in illa die, confitemini Domino, et invocate nomen ejus, cantate Domino quoniam magnifice fecit, annunciate hoc in universam terram, &c.»* Que quiere decir: *«Abriré ríos en montes, en medio de los campos abriré, romperé fuentes, y confundiré la tierra sedienta sin agua. He ahí mi niño será ensalzado y levantado será muy alto; sacareis agua con gozo de las fuentes del Salvador; diréis en aquel día, confesaos al Señor; invocad su nombre, dad a conocer a los pueblos sus invenciones, recordadvos ca ensalzado es su nombre, cantad al Señor, ca maravillas fizo, anunciad esto en toda la tierra.»*

Esta y otras muchas profecías del advenimiento, encarnación, nacimiento y pasión y resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, venían confesando en hebraico, ser verdadero y haberse cumplido en el advenimiento de Nuestro Señor Jesucristo, el cual confesaban que verdaderamente creían ser el verdadero Mesías, del cual decían, que habían estado ignorantes por impedimento de sus antepasados, que les habían dejado, so pena de excomunión, que no leyesen ni oyesen las Escripturas de los cristianos.

Todos cuantos judíos pasaron al reino de Fez que volvieron por aquí, venían desnudos, descalzos y llenos de piojos, muertos de hambre y muy mal aventurados, que era dolor de los ver, y esto fue dentro en pocos días, porque viendo el Rey, después de haberlos recogido aquella gente en Fez, que era perdición suya, y que era gente robada y pobre de quien él no podía haber provecho, dioles licencia que se volviesen o fuesen do quisiesen, y con esto hubo lugar a que muchos de los de Fez, así hombres como mujeres, se volvieron en Castilla, y venían todos como dicho es; y por los caminos por donde venían desde Fez a Malzalquivir, y dende a Arcilla, salieron los moros y los desnudaban en cueros vivos, y se echaban con las mujeres por fuerza, y mataban los hombres, y los abrian por medio, buscándoles el oro en el vientre, porque supieron que lo tragaban; y a ellos y a ellas apartaban del camino, y les hacían abrir las bocas para que les diesen el oro, metiéndoles así

mesmo las manos abajo para esto mismo; y después de haber padecido tantos males, viéndose libres acá, daban gracias a Dios porque los había sacado de entre tales bestias, y traídos a tierra de

gentes de razón, y aun las mujeres confesaban cosas muy feas, que aquellos brutos animales moros alarbes con ellas cometían, y con muchachos, que no conviene escribirlas; ved qué desventuras, qué deshonoras, qué plagas, qué mancillas, qué majamientos vinieron en esta generación por el pecado de la incredulidad, y porfiada y vana afección que tomaron de negar al Salvador y verdadero Mesías suyo, que es Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, el cual siempre les tuvo los brazos abiertos para los recibir, y nunca de grado quisieron, fasta que por fuerza hobieron de venir, por las plagas ya dichas, y aquí parece que se cumplió la profecía, que dice David en el Psalmo *«Convertentur, ad vesperam et famem patientur ut canes et circumdabunt civitatem»*; que quiere decir: *«Convertirse han en la tarde, y habrán hambre como perros, y andarán cercando la ciudad»*; así estos fueron convertidos muy tarde por fuerza, y por muchas penas, como dicho es.

Y como vieron que continuamente se venían a ser cristianos cuantos podían, mandó el Rey poner guardas que non dejasen venir mas de los que ya eran venidos, y si licencia tuvieran para se volver, o dineros para se libertar, de cuantos judíos de Castilla entraron en el reino de Fez, no quedara allí ninguno que no se viniese a ser cristianos.

De las setecientas casas que entraron en Portugal, algunos se embarcaron para Italia, y otros para tierra del Turco, y muchos se convirtieron y bautizaron y volvieron en Castilla a sus mismas tierras. Debéis saber, que estos judíos, que en España habitaban, no todos venían de el derramamiento de la destrucción de Jerusalén, que fue cuarenta años después de la pasión de nuestro Redentor, que antes de aquellos había judíos en España, especialmente en Toledo, los cuales, según contaban algunos judíos de estos y algunos de los confesos que venían de aquellos, vinieron en el tiempo, que Roma señoreaba la mayor parte del mundo, y señoreaba a Jerusalén y a España; y otros decían, que cuando Roma pobló a Toledo y a Segovia; y que los libros de memorias de esto, fueron quemados en el robo de la judería en tiempo de Fr. Vicente, en el cual tiempo se hallaban en Castilla cien mil casados y aun más; porque seria prolijo y sin provecho escribir más de estos judíos, no quiero aquí mas de ellos escribir, salvo que en Fez el nuevo hicieron una muy gran judería de casas de paja, los que allí asentaron, y un día no supieron cómo, se encendió la villa de muy gran fuego, que quemó más de dos mil casas, con todas las haciendas y alhajas que en ellas estaban y con muchas librerías de su hebraico, y hobieron que hacer en poner las personas en salvo, y con todo eso se quemaron, que murieron luego diez y ocho personas y quedaron muchos quemados vivos, que se escaparon huyendo, de lo cual murieron después mas de ochenta personas, y después dio pestilencia en la judería que de acá fue, que en muy pocos días murieron de ellos mas de cuatro mil personas de pestilencia, y de cámaras mas de dos mil.

CXIV. DE LOS JUDÍOS DE LA CIUDAD DE FFZ.

Podéis saber, que en el reino de Fez, y en la ciudad mesma hobo anexamente muchos judíos, así como acá en España, ca se hallaban mas de cien mil vecinos, y también fueron robados y muertos no ha muchos años, como en Castilla, todos en un tiempo. Ovo un judío, que llamaron Aarón, sabio muy sutil, que privaba mucho en demasiada manera con el Rey de Fez, en manera, que él rejía y mandaba en el reino cuanto él quería, de lo cual los moros eran muy mal contentos, los que algo valian, y alborotaron el común contra el Rey y contra los judíos, y levantóse el común de Fez, y mataron al Rey y al privado Aarón, y dende entraron en las juderías, donde había en la ciudad mas de dos mil casas, y metiéronlas a espada, y mataron y robaron, y no dejaron mas de los que decían que querían ser moros, y ansí ficieron en todas aquellas comarcas, y ficieron Rey en Fez; y en su tiempo aquellos tornadizos judíos no tenían mas ley de Mahomad, que de antes, como hacían acá los malos conversos sobre quien vino la Inquisición, y hobo quien dijo al Rey como aquellos judíos habían sido moros por fuerza, y que proveyesse sobre ellos, a ver si eran moros o no, y el Rey mandó salir al campo todos los judíos moros tornadizos que había en Fez, y mandó, que los que quisiesen ser judíos quedasen, y los que quisiesen quedar moros por su grado, que lo quedasen y que fuesen libres como los otros moros, y los que quedasen. judíos, que fuesen sujetos a ciertas

leyes y condición que les puso, que no calzassen zapatos, salvo alpargatas de esparto, que no cabalguen en caballo ensillado, y que nunca cabalguen en la ciudad, salvo que todos andan, y anden a pie, que no tornen ni traigan armas, que los hombres nunca vistan albornoces, nin toquen tocas, salvo todo negro; que las mujeres judías non traigan zaragüelles, nin la cara tapada, nin trujesen tocas moradas, nin vistiesen almejía; y sobre todo ficiéron otras muchas ordenanzas en perjuicio de los judíos.

Y estando en el campo mandaron que se apartasen los judíos, y los moros que quedasen par de ellos a otra parte, y ellos temieron que lo querían facer por matarlos, que dijessen que querían ser judíos, y no quedaron sino muy pocos judíos, todos los más quedaron moros tornadizos, y de estos quedó la ciudad y toda la tierra llenas, de donde ahora hay infinitos de ellos, y después acá se han libertado y tornado a ser judíos muy muchos de ellos, que hay de aquel metal, dando al Rey una pieza de oro, y les da licencia que sean judíos; así lo acostumbran y hacen aun ahora.

CXV. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO DEMANDÓ A PERPIÑAN.

Cuando el Rey Don Fernando estaba sobre Granada envió embajadores al Rey Carlos de Valois, de Francia, demandándole a Perpiñán y el condado de el Rosellón, el cual se lo prometió, que en alzando de sobre Granada se lo daría, dándole la suma del dinero que sobre ello se le debía hizo esta esperanza. Después de ganada Granada y puesta en concierto, partió el Rey de Córdoba con la Reina y Príncipe, y toda la corte para Barcelona y fueron a Zaragoza, donde estuvieron algunos días, y dende a Barcelona, en el Agosto del año de 1492.

Y estando allí vinieron los embajadores del Rey de Francia con el concierto de le entregar a Perpiñán, a los cuales dio el Rey Don Fernando muy grandes dádivas de oro, plata, caballos y joyas, con que se volvieron en Francia, y vueltos, el Rey Carlos había mudado propósito, y dilató la data de Perpiñán, y hobo mucha dilación; y el Rey Don Fernando hobo mucha turbación de ello, y hobo algunos desconciertos entre los fronteros de ambas partes, y el Rey Don Fernando comenzó de demandar por vía del Papa su condado, y el Papa, vista la justicia, mandó al Rey de Francia que le diese lo suyo a su dueño, y en esto se dilató un año, que no lo quiso entregar, y por ventura no lo entregara, si la muerte del Rey Don Fernando de Nápoles no interviniera en ello; lo cual intervino de esta manera; que por codicia de tomar y señorear el reino de Nápoles, y porque sabia que le habían de conquistar a Perpiñán mientras él ausente, lo quiso entregar, como adelante se seguirá, por ir más seguro sobre Nápoles.

CXVI. DE LA CUCHILLADA QUE UN MAL HOMBRE DIO AL REY DON FERNANDO.

Estando el Rey Don Fernando allí en la ciudad de Barcelona, esperando de recobrar a Perpiñán con su condado de Rosellón, por trato de los embajadores, el diablo envidioso de los santos misterios y cosas que nuestro Señor había fecho y mostrado por este muy noble Rey, envidioso y pesante de todas sus cosas, honras y prosperidades, puso en corazón de un maligno y dañado hombre que lo hobiese de matar, y acaeció, que estando el Rey un viernes, vigilia de la Concepcion de la Virgen nuestra Señora, siete días del mes de Diciembre del dicho año de 1492 años, en la casa del judgado, asentado en juicio, juzgando y oyendo el pueblo, en lo cual había estado desde las ocho horas hasta las doce, y desde se levantó del juicio, descendió por unas gradas abajo fasta una plaza, que dicen «Plaza del Rey», con muchos caballeros y ciudadanos con él, los cuales todos cada uno se fue a cabalgar en sus caballos y mulas, y el Rey se paró en lo más cerca de las gradas abajo cerca del suelo, a departir con su tesorero, y allegóse cerca de él, por detrás, aquel dañado y traidor hombre, y así como el Rey acabó de departir con el tesorero, abajó un paso para cabalgar en su mula, y él que tendía el paso, y el traidor que tiraba el golpe con un alfanje o espada, cortanchano de fasta tres palmos, y quiso Nuestro Señor milagrosamente guardarlo, que si

le diera antes que se mudara, partiérale por medio la cabeza hasta los hombros, y como se mudó, alcanzólo con la punta de aquel mueron una cuchillada desde encima de la cabeza por cerca de la oreja, el pescuezo ayuso fasta los hombros. Y como el Rey se sintió y vido herido, púsose las manos en la cabeza y dijo: «*Santa María, val*»; y comenzó de mirar a todos, y de decir: «*¡Oh qué traición! ¡Oh qué traición!*» que pensó que era ordenada allí entre muchos traición contra él, y mirando a todos, no vido ir ninguno contra sí; mas vido un mozo de espuelas Sauzedo, que este era su nombre, y un su trinchante, llamado Ferrol, que daban de puñaladas allí al traidor, y otros allí tomándolo y teniéndolo, los cuales le impidieron de manera que él no le pudo dar al Rey mas de un golpe; y entonces el Rey dijo: «*No muera ese hombre*», y así quedó, que no lo mataron, herido de ciertas puñaladas, y lleváronlo preso, y metiéronlo al Rey en su palacio a curar, y el traidor curáronle también por entonces.

¡Oh ánima! ¿advertirte quién podrá contar la turbación y lloro, la grita que hobo en la ciudad, diciendo: «*¡Traición, traición, mataron al Rey, muerto es el Rey!*» Armáronse los cortesanos y armáronse los de la ciudad en favor del Rey, y andaban por las calles de la ciudad todos a una parte y a otra, corriendo, todos espantados, llorando a muy grandes gritos y tristezas, así hombres como mujeres, que no se vían los unos a los otros por toda la ciudad; y en este caso muchas eran las opiniones, unos decían: «*Francés es el traidor*»; otros decían: «*Navarro es el traidor*», otros decían: «*No es sino castellano*»; otros decían: «*Catalán es el traidor*»; y nuestro Señor no quiso dar lugar milagrosamente que muriesen gentes, que maravilla fue no perderse la ciudad, según que se decían las naciones, y estando ellos ofuscados con esto, salió otro sonido por toda la ciudad, «*Vivo es el Rey, vivo es el Rey*», y el Rey, como fue curado, envió a decir por toda la ciudad, que supiesen que era vivo y sin peligro, que dieseen gracias a Dios y hobiesen placer; y estaban en derredor del palacio de él, donde lo curaban, y por todas las plazas y calles muy gran multitud de gente armada, y todos decían, que querían ver al Rey si era vivo, y el Rey se asomó a una ventana, donde lo vieron, y les fabló y dijo, que se fuesen en buen hora a sus posadas.

Aquí podréis sentir, qué turbación habrían la Reina, el Príncipe, la Infanta, las señoras continuas de la corte, las damas, los señores del Consejo, todos los de casa del Rey y de la Reina, todos fueron en muy gran sobresalto, y en muy gran turbación y temor, y pensaban que la traición era de la ciudad, hecha pensada, y que toda la ciudad era contra ellos, y apercibieron luego las galeras para se meter luego dentro; el Rey envió a los confortar diciendo, que creyeran con la ayuda de Dios ser sin peligro, que no se turbasen.

El traidor dañado pareció ser catalán y loco imaginativo y malicioso, y muy mal hombre a natura, y de muy mal gesto y figura, y por eso halló el diablo en él morada, y confesó que había envidiado al Rey por sus buenas venturas; y confesó, que el diablo le decía cada día a las orejas, «*Mata a este Rey, y tú serás Rey, que este te tiene lo tuyo por fuerza*»: y en esta manera todas las naciones de gentes que había en Barcelona fueron claramente limpias sin culpas. La ciudad de Barcelona y los caballeros y cónsules fueron en muy gran tristeza, y mostraron mucho sentimiento por haber acaecido un caso como este en ella y por manos de catalán, y mostraron su lealtad y limpieza muy cumplida y abundantemente.

El Rey llegó a ser en gran peligro de la herida, y tomaba tanta paciencia, que decía, que él atribuía aquella pena serle dada por sus pecados.

El traidor fue condenado por la justicia de la ciudad a muy crudelísima muerte; fue puesto en un carro y traído por toda la ciudad, y primeramente le cortaron la mano con que le dio al Rey, y luego con tenazas de hierro ardiendo le sacaron una teta, y después le sacaron un ojo, y después le cortaron la otra mano, y luego le sacaron el otro ojo, y luego la otra teta, y luego las narices, y todo el cuerpo le abocadaron los herreros con tenazas ardiendo, y fuéronle cortando los pies, y después que todos los miembros le fueron cortados, sacáronle el corazón por las espaldas y echáronlo fuera de la ciudad, lo apedrearón, y lo quemaron en fuego y aventaron la ceniza al viento: llamábase este traidor Juan de Cañamas.

El Rey fue muy bien curado, y en su fatiga y trabajo visitado de todos los Reyes sus amigos, y

del Rey de Francia, que enviaron a él sus nuncios a lo ver y visitar en tan terrible y espantoso caso; y sanó después de haber sacado huesos y de haber recibido muchas penas, y mientras que estuvo malo no se negoció ninguna cosa de Perpiñán, empero no cesó la demanda.

CXVII. [MUERTE DEL REY DE NÁPOLES Y ENTREGA DE PERPIÑÁN.]

Andando en los tratos de Perpiñán y cosas del Rosellón, en el año de 1493 entre el Rey Don Fernando y el Rey de Francia, murió el Rey muy famoso y honrado Don Fernando de Nápoles, fijo del muy famoso ínclito Rey Don Alonso de Aragón, y sucedió su fijo Don Alonso, Duque de Calabria *el Garço*, que llamaban, fijo de su primera mujer, el cual era muy mal quisto en su tierra y en todo el reino de Nápoles, y comenzó de reinar en Nápoles, y el Rey de Francia tenía muy gran codicia de el reino de Nápoles, porque le decían que le pertenecía de antiguo, y por poderlo ir a tomar más desempachadamente, deliberó de entregar a Perpiñán, fingiendo que lo hacía por descargar el ánima de su padre, y antes que entrase fizo su paz, amistad y hermandad, sobre lo cual ficieron y firmaron cierta capitulación, y prometieron de ser amigos y hermanos, y amigos de amigos, y enemigos de enemigos, salvo que si el Rey de Francia fuese contra la Iglesia, que entonces no fuese el Rey Don Fernando obedecido a la capitulación.

Fecho este concierto, el Rey Don Fernando envió la suma de dinero del desempeño al Rey de Francia, y entrególe a Perpiñán y las otras fortalezas del condado, y fizo presente de toda la suma del dinero a la Reina Doña Isabel, para ayuda a los gastos fechos en las guerras de los moros, por mostrar magnificencia y grandeza; otros dijeron, que lo había fecho, porque mas que aquello se debía de las rentas corridas, y por descargo del ánima de su padre, que había fecho y fizo muchos daños en aquel condado de Rosellón, que destruyó, cuando se rebeló Perpiñán, y en muchas villas y lugares que destruyó totalmente, que nunca jamás después acá se poblaron; y también el Papa, ante quien el Rey Don Fernando la demandaba, le mandó, so pena de excomunió, que diese lo suyo a su dueño.

El día de Nuestra Señora de Setiembre se entregó Perpiñán, y luego partieron para allá el Rey, y la Reina y el Príncipe y corte desde Barcelona, y ficieron por ello muchas alegrías, y dio el Rey a los franceses muchas dádivas y joyas de oro y plata, con que se fueron a su tierra y le dejaron sus fortalezas del condado de Rosellón; así vieron sus ojos lo que deseaban, y cobró aquellas fortalezas y ciudad, en cabo de más de treinta años que había que estaban empeñadas y en poder del Rey de Francia.

CXVIII. DE CÓMO FUERON DESCUBIERTAS LAS INDIAS.

En el nombre de Dios Todopoderoso, hobo un hombre de tierra de Génova, mercader de libros de estampa, que trataba en esta tierra de Andalucía, que llamaban Cristóbal Colón, hombre de muy alto ingenio, sin saber muchas letras, muy diestro de la arte de la Cosmografía, y del repartir del mundo, el cual sintió, por lo que en Ptolomeo leyó, y por otros libros y su delgadez, cómo y en qué manera el mundo este en que nacemos y andamos está fijo entre la esfera de los cielos, que no llega por ninguna parte a los cielos, ni a otra cosa de firmeza a que se arrime; salvo tierra y agua, abrazadas en redondez, entre la vaguidad de los cielos; y sintió por qué vía se hallaba tierra de mucho oro; y sintió como este mundo y firmamento de tierra y agua es todo andable en derredor por tierra y por agua, según cuenta Juan de Mandavilla; quien tuviese tales navíos, y a quien quisiese guardar por mar y por tierra por cierto él podía ir y trasponer por el poniente, de en derecho de San Vicente, y volver por Jerusalén, y en Roma y en Sevilla, que sería cercar toda la tierra y redondez del mundo, y hizo su ingenio un mapa-mundi, y estudió mucho en ello, y sintió que por cualquier parte del mar Océano, andando y travesando no se podía errar tierra, y sintió porque vido se fallaría tierra de mucho oro; y leto de su imaginación, sabiendo que al Rey Don Juan de Portugal aplacía

mucho el descubrir, él le fue a convidar, y recontado el fecho de su imaginación, no le fue dado crédito, porque el Rey de Portugal tenía muy altos y bien fundados marineros, que no lo estimaron, y presumían en el mundo no haber otros mayores descubridores que ellos.

Así que Cristóbal Colón se vino a la corte del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, y les hizo relacion de su imaginación, a la cual tampoco no daban mucho crédito, y él les platicó y dijo ser cierto lo que les decía, y les enseñó el mapa-mundi, de manera que les puso en deseo de saber de aquellas tierras; y dejado a él, llamaron hombres sabios astrólogos, y a astrónomos, y hombres de la corte sabidores de la cosmografía. de quien se informaron, y la opinión de los más de ellos, oída la plática de Cristóbal Colón, fue que decía verdad, de manera que el Rey y la Reina se afirmaron a él, y le mandaron dar tres navíos en en Sevilla, abastecidos, por el tiempo que él pidió, de gente y vituallas, y lo enviaron en el nombre de Dios nuestro Señor y de nuestra Señora, a descubrir; el cual partió de Palos en el mes de Setiembre de 1492, y tomó su viaje por el mar, adelantando a las islas de Cabo-verde, y dende siempre al Occidente, siempre en popa hacia donde nos vemos poner el sol en el mes de Marzo, por donde todos los marinos creían ser imposible hallar tierra, y muchas veces los reyes de Portugal enviaron por aquella vía a descubrir tierras, pues la opinión de muchos era, que por aquella vía se habían de hallar tierras muy ricas de oro, y nunca pudieron fallar ni descubrir tierra alguna, siempre se volvían con el trabajo perdido; y la buena ventura del Rey y de la Reina, y su merecer, quiso Dios que en sus días y tiempos se hallasen y descubriesen.

Ellos así, en uno de los navíos iba de capitán Martín Alonso Pinzón, vecino de Palos, gran marinero, y hombre de buen consejo para la mar, y desde la isla de Cabo-verde, fueron hacia donde era la creencia de Colón, el capitán de la armada, y anduvieron treinta y dos días, fasta que hallaron tierra; y en los postreros días de esto, viendo que habían andado más de mil leguas y no se descubría, las opiniones de los marineros eran muchas, que de ellos decían, que ya no era razón de andar más, que iban sin remedio perdidos, y que seria maravilla acertar a volver; y de esta opinión eran los más; y Colón y los otros capitanes, con dulces palabras, los convencieron que anduviesen más, y que fuesen ciertos, que con la ayuda de Dios fallarían tierra.

Y Cristóbal Colón miró al cielo un día, y vido aves ir volando muy altas, de una parte hacia otra, y mostrólas a los compañeros, diciéndoles, buenas nuevas; y de allí a medio día descubrieron tierra, y llegados a ella perdieron el navío mayor de los tres que llevaban, en la Española, que encalló en bajo, empero no se perdió ningún hombre, y en la primera isla salieron, y Colón tomó posesión en forma por el Rey y por la Reina, con pendón y bandera extendida, y púsole nombre la isla de *San Salvador*, y llámanla los de ella *Guanahani*, y allí vieron como todas las gentes de aquellas tierras andaban desnudas como nacieron, así hombres como mujeres; y allí, aunque huían de las gentes de acá, hobieron de llegar a hablar con algunos de aquellos indios, y diéronles de lo que llevaban, con que los aseguraron.

Y a la segunda isla que halló, puso nombre *Santa María*, a honra de Nuestra Señora. A la tercera isla qué halló, puso nombre *Fernandina*, en memoria del Rey Don Fernando; a la cuarta isla que halló, puso nombre la *Isabela*, en memoria de la Reina Doña Isabel; a la quinta isla que halló, puso nombre *Juana*, en memoria del Príncipe Don Juan, y así a cada isla de las que hallaron nominaron de nombre nuevo; y esta isla Juana siguieron el costado de ella al poniente, y halláronla tan grande, que pensaron que seria tierra firme y como no hallaron villas ni lugares en la costa de la mar de ella, salvo pequeñas poblaciones con la gente, de las cuales no podían haber fabla, por que luego huían como los vían, volvieron atrás a un señalado puerto, donde Cristóbal Colón, envió dos hombres la tierra a dentro para saber si había Rey o grandes ciudadanos, los cuales anduvieron tres jornadas, y hallaron infinitas poblaciones de madera y paja, todas con gente sin número, mas no cosa de regimiento, por lo cual se volvieron, y los indios que ya tenían tomados dijeron por señas, que allá no era tierra firme, salvo isla; y siguiendo la costa de ella al Oriente fasta ciento y siete leguas, donde le fallaron fin por aquel cabo, y desde allí vieron otra isla al oriente distante de estas diez y ocho leguas, a la cual puso nombre Cristóbal Colón, la *Española*, y fueron allá, y siguiendo

la parte del Septentrión, así como de la Juana, de la cual, todas las otras y esta, vieron ser hermosísimas a maravilla, y esta Española mucho más famosa que todas las otras, que en ella hay muchos puertos de mar muy singulares, sin comparación de bueno, y los mejores que tierra de cristianos se pueden hallar; y muchos ríos y grandes a maravilla; las tierras de ella son altas y en ellas hay muy altas sierras y montañas altísimas, hermosas y de mil hechuras, todas andables y llenas de árboles, de mil hechuras y naturas, muy altos, que parece llegan al cielo, creo que jamás pierden la hoja, según por ellos parecía, que era en el tiempo cuando acá es invierno, que todos los árboles pierden la hoja, y allá estaban todos como están acá en el mes de Mayo; y de ellos estaban floridos, y de ellos en sus frutos y granas; y allí en aquellas arboledas cantaban el ruiseñor, y otros pájaros en las mañanas en el mes de Noviembre como hacen acá en Mayo; allí hay palmas de seis o siete maneras, que es admiración verlas, por la diversidad de ellas; de las frutas, árboles yerbas, que en ella hay es maravilla; hay en ella pinares, vegas, y campiñas muy grandísimas; los árboles y frutas no son como los de acá; hay minas de metales de oro, el cual no era estimado de ella en su valor.

Pareció a Cristóbal Colón, y a los demás que con él fueron, que según la grosedad y hermosura de las tierras, que serian de mucho provecho para labrar, plantar y criar mieses y ganados de acá de España, y por tales las reputaron. Vieron en esta isla Española muy grandes ríos y muy dulces, y supieron que había mucho oro en ellos entre las arenas. Vieron que los árboles montesinos no parecían a los de acá. Vieron y supieron por los indios, como en aquella isla había grandes minas de fino oro, y de otros metales. Las gentes de éstas islas y de las sobredichas andaban todas desnudas, así hombres como, mujeres como nacieron, tan sin empacho, y tan sin vergüenza, como las gentes de Castilla, vestidas; algunas mujeres traían cogido un solo lugar abajo, con una hondilla de algodón y con una cuerda de cintura por entre las piernas, que cubrían no mas de lo bajo por honestidad. Otras traían tapado aquello con una hoja de un árbol que era larga y propia para ello. Otras traían una mantilla tejida con algodón recinchada, que cubría las caderas, y fasta medio muslo, y creo que esto traían cuando parían. Ellos no tenían hierro ni acero, ni armas, ni cosa que de ello se hiciese, ni de otro ningún metal, salvo de oro; eran y son gente muy temerosa de la de acá, que de tres hombres con armas huían mil, y no tienen armas, sino de cañas, o de varas sin hierro, con alguna cosa aguda en el cabo, que pueden a los hombres de acá empecer muy poco; y aunque aquellas armas tenían, no sabían usar de ellas, ni de piedras, que es fuerte arma, porque el corazón para ello les faltaba.

En el dicho viaje aconteció a Cristóbal Colón enviar del navío dos o tres hombres a alguna villa para haber habla con aquellas gentes, y salir a ellos gente sin número, y después que los vían llegar cerca, huir todos, y no quedar ninguno; y después que se aseguraban algunos y perdían el miedo, eran muy mansos y muy alegres, y holgábanse mucho de platicar con los de acá. Ellos eran todos gentes sin ingenio y sin malicia, liberales y de muy buena voluntad, partiendo lo que tienen los unos con los otros, y convidan con lo que tienen dándolo sin escasear, los cuales después de perdido el temor venían a los navíos, mostraban a la gente de acá muy grande amor y caridad, y por cualquier cosa que de los navíos les daban, daban ellos muchas gracias y lo recibían con mucha merced y como reliquia, y daban ellos a los de acá cuanto tenían allí. Acaeció a un marinero por una agujeta, haber un peso de dos castellanos y medio de oro, y a otros, por cositas de poco valor así mesmo, mucho más, y por blancas nuevas daban por uno dos pesos de oro de tres castellanos; y una arroba, y dos de algodón, hilado, que tienen mucho en aquellas tierras.

No conoció Cristóbal Colón, ni los que con él en este viaje fueron, la creencia ni seta de estas gentes, y al cielo señalaban que creían que allí era la fuerza y santidad toda, y pensaban y creían que aquella gente con aquella armada que allí había ido era salida del cielo y que eran gente de otro mundo, y con aquel acatamiento y reverencia los reverenciaban en todo lugar, después de haber perdido el temor; y esto no por que ellos fuesen tan inocentes y de tan poco entender, que es gente muy sutil y de muy agudo ingenio, y hombres que navegan todas aquellas mares, y es maravilla la cuenta que dan de todo, salvo que nunca vieron gente vestida ni semejantes navíos; ni los habían

oído decir.

Luego como Cristóbal Colón llegó a las Indias con su armada, en la primera isla tomó algunos indios por fuerza para haber noticia de las cosas de allá, y fue así que ora por señas ora por hablas, muy presto se entendieron los de los navíos con ellos; y estos aprovecharon mucho en el viaje; que por donde llegaban soltaban y enviaban algunos, y ellos iban diciendo por la tierra a grandes voces: «Venid, venid a ver gente que vino del cielo,» y los que oían, desde que se informaban bien de ello iban a decirlo a otros por la tierra de lugar en lugar, y de villa en villa, que viniesen a ver tan maravillosa gente que venia del cielo, y así todos, hombres y mujeres, venían a ver tan gran maravilla, y después de haber perdido el miedo, y los corazones seguros, todos se llegaban sin temor a los hombres de acá de la armada, y les tratan de comer y beber maravillosamente, de lo que tenían ellos.

Tenían en todas aquellas islas unas naves con que navegaban, que llaman canoas, que son y eran de longura de fustas, de ellas grandes, y de ellas chicas salvo que son angostas, por que no es cada una mas que de un tronco de un árbol, y los facen con piedras de pedernales muy agudas; y tales hay que son tamañas como una fusta de ocho bancos, mas una fusta no tendrá con ellas al remo, por que van tan recias que no es de creer; y con estas canoas navegan las gentes de aquellas islas todas aquellas mares por allí, y tratan sus cosas unos con otros. Algunas canoas había en que cabían y navegaban sesenta hombres, y otras había mayores, en que cabían y navegaban ochenta hombres; cada uno con su remo en las manos, y en todas aquellas dichas islas no vieron diversidad en la hechura y costumbres de las gentes, ni en la lengua, salvo que todos eran las gentes, las frentes y las caras largas, las cabezas redondas, tan anchas de sien a sien, como de la frente al colodrillo, los cabellos prietos comentios, de medianos cuerpos, de color rojos, y blancos mas que negros; todos parecía que se entendían y eran de una misma lengua, que es cosa maravillosa en tantas islas, no haber diversidad de lengua, y podíalo causar el navegar, que eran señores de la mar, y por eso en las islas Canarias no se entendían, por que no tenían con que navegar, y en cada isla había una lengua.

Ya dije como Colón había andado en derredor de la isla a que puso nombre Juana, con su navío ciento y siete leguas por la costa de la mar, por derecha línea, por lo cual dijo que le parecía ser mayor isla que Inglaterra y Escocia juntas. De la parte del poniente de la isla Juana quedaron dos provincias que Colón no anduvo, a la una llaman los indios *Naan*, donde dicen que nacen los hombres con la cola, empero yó no creo que sea allí, según se señala en el mapa-mundi, en lo que yo he leído, y si es allí, no tardará mucho en se ver, con la ayuda de Dios; las cuales islas y provincias, según los indios decían, podían tener cincuenta o sesenta leguas cada una de longura.

La isla Española, a quien los indios llaman *Haití*, es entre las otras ya dichas así como oro entre plata, es muy grande, y muy fermosa, de árboles de ríos, de montes de campos, es de muy fermosos mares y puertos; tiene un circuito mas que toda España desde Colibre, que es en Cataluña, cerca de Perpiñán, por la costa del mar de España en derredor de Granada, y Portugal y Galicia, y Vizcaya fasta Fuenterrabia, que es en cabo de Vizcaya; y ellos anduvieron ciento y ochenta y ocho leguas en cuadro por derecha línea de Occidente a Oriente, y por aquí pareció su grandeza de esta Española, que es muy grande, y está en lugar más conveniente y mejor comarca para las minas del oro y para todo trato, así de la tierra firme de acá, como de la tierra firme de allá.

Tomó asiento Cristóbal Colón allí en la Española, *Haití* llamada por los indios, en una villa a la cual puso nombre la villa de la *Navidad*, y dejó allí cuarenta hombres con artillería y armas y vituallas, comenzando a hacer una fortaleza, y dejó maestros para la facer, y dejóles que comiesen fasta cierto tiempo, y dejó allí hombres de los que llevó especiales y de buen saber y entender para todo, y fue forzoso, según pareció, dejarlos, por que como se perdió el un navío, no había en que viniesen, y esto se calló acá y se dijo que no quedaban sino por comienzo de pobladores; y puso su amistad Colón con un Rey de aquella comarca, donde dejó la gente, y otorgáronse muchos por amigos como hermanos, y encomendóle Colón aquellos hombres que allá dejaba. La nao se perdió en la Española cerca de donde dejó aquellos cuarenta hombres.

Hay allí en la entrada de las Indias ciertas islas, que llaman los indios de las islas ya dichas

Caribes, que son pobladas de unas gentes que estos tienen por muy feroces, y han de ellos muy gran temor, por que comen carne humana; estos tienen muchas canoas con las cuales corren todas aquellas islas comarcanas y roban cuanto pueden y fallan, y llevan presos los hombres y mujeres que pueden, y mátanlos y cómenlos, lo cual es cosa de muy grande admiración y espanto. Ellos no son más disformes que los otros, salvo que tienen esta mala costumbre, y son gente más esforzada, y tienen muchas armas, que usan flechas y arcos de cañas, y ponen en las flechas un palillo agudo al cabo, o espinas de pescados por defecto de hierro, que no tienen. Estos traen los cabellos luengos como mujeres, y son temidos por feroces, entre estos pueblos y islas susodichas, y esto es por que los otros son gentes muy cobardes, y muy domésticas y sin malicia, mas no porque ellos sean fuertes, ni las gentes de acá los hayan de tener en más que a los otros.

Y en las islas de estos Caribes, y en las otras susodichas hay oro sin cuento, y infinito algodón, especialmente muchas especias como es pimienta, que quema y tiene mayor fuerza que la pimienta que usamos en España cuatro tantos, la cual todas aquellas gentes tienen por cosa muy provechosa y muy medicinal y hay árboles de lino, aloé, y almástiga, y ruibarbo, y otras muchas buenas cosas, según pareció al dicho Colón. No había res de cuatro pies, ni alimaña de las de acá pudieron ver en cuantas islas de esta vez descubrieron, salvo unos gozquillos chiquitos, y en los campos unos ratones grandísimos, que llaman *hutias* que comen y son muy sabrosos, y cómenlo como acá los conejos, y en tal precio los tienen. Hay muchas aves diferentes todas a las de acá, especialmente muchos papagayos.

Descubierta la tierra susodicha por el dicho Cristóbal Colón, se vino a Castilla, y llegó a Palos a veinte y tres de Marzo, año de 1493 años, y entró en Sevilla con mucha honra a treinta y un días del mes de Marzo, Domingo de Ramos, bien probada su intención, donde le fue fecho buen recibimiento; trujo diez indios, de los cuales dejó en Sevilla cuatro, y llevó a Barcelona a enseñar a la Reina y al Rey seis, donde fue muy bien recibido, y el Rey y la Reina le dieron gran crédito, y le mandaron aderezar otra armada mayor y volver con ella, y le dieron título de Almirante mayor de la mar Océano, de las Indias, y le mandaron llamar Don Cristóbal Colón, por honra de la dignidad; y él se partió de Barcelona, encomendado al muy honrado y discreto varón Don Juan de Fonseca, Arcediano que era entonces de Sevilla, Obispo que fue de Badajoz, y después de Córdoba, y después de Palencia, y Conde de Pernia, que tenía el cargo entonces por Sus Altezas de las armadas y grandes negocios de Sevilla y de esta Andalucía; y de allí con este concierto se vino a Sevilla, donde en breve tiempo fue proveído de la dicha armada, y de la gente, y vituallas y mantenimientos que para ella fueron menester, y de capitanes, y de justicias y de hombres letrados, y fisicos, y hombres de muy buen consejo, y de armas, y de todas las otras cosas que para ello era menester, y de muy buenos navíos, y de muy escogidos marineros, y de hombres buenos cribes para saber conocer y apurar el oro.

CXIX. DE LA SEGUNDA ARMADA DE LAS INDIAS.

Partió con la gracia de Dios el Almirante Don Cristóbal Colón, por mandado del Rey Don Fernando, y de la Reina Doña Isabel, con la flota que Sus Altezas enviaron de su España para las Indias, desde Cádiz a 22 de Septiembre del dicho año de 1493, con diez y siete navíos bien aderezados, y con mil y doscientos hombres de pelea en ellos, o pocos menos, con viento y tiempo conveniente al viaje, y duróles aquel tiempo dos días, en los cuales anduvieron poco, y luego les hizo buen tiempo, de manera que en otros dos días llegaron a la gran Canaria, donde tomaron puerto, lo cual les fue necesario por reparar un navío que hacia mucha agua, y estuvieron allí todo aquel día, y luego otro día partieron, y hízoles algunas calmas, de manera que estuvieron en llegar a la Gomera cuatro o cinco días, y allí fuese necesario estar algunos días, donde hicieron provisiones de carne, y leña, y agua para su grande jornada, así que en aquellos tiempos y puertos, y un día que les hizo calma, desde la Gomera tardaron de llegar a la isla del Yerro veinte días, desde allí por la bondad de Dios les tornó el mejor tiempo, que nunca flota llevó tan buen viaje, tal que dentro de veinte días

estuvieron a vista de tierra, y oviéranla en catorce o quince días si la Nao Capitana fuera tan buena velera como los otros navíos; y en todo este tiempo nunca hobieron fortuna, salvo la víspera de San Simón y Judas, que hobieron fortuna que les duró, que los puso en harto estrecho; y el primer domingo después de todos Santos, cerca del alba, dijo un piloto de la Nao Capitana, *albricias que tenemos tierra*, de lo cual muchos hobieron mucho placer.

Contaron aquel día los pilotos del Armada desde la isla del Yerro de Canarias hasta la primera tierra que vieron, unos ochocientas leguas; otros ochocientas menos veinte, de manera que la diferencia no era mucha; y trescientas que ponen desde la isla del Yerro hasta Cádiz, que son por todas desde los fines de España, que son Cádiz y los puertos de esta Andalucía, hasta los primeros puertos de las Indias, mil y cien leguas. Vieron el domingo de mañana por proa una isla, y luego a mano derecha pareció otra primera tierra alta de sierras, por aquella parte que vieron la otra, era tierra llena de árboles muy espesos, y luego que fue mas de día comenzaron a parecer de una parte, y de otra árboles y islas, de manera que aquel día vieron seis islas, por diferentes partes, y las mas harto grandes, y fueron enderezados hacia la que primero vieron, y llegaron por la costa andando mas de veinte leguas, buscando otro puerto para seguir, el cual todo aquel espacio jamás se pudo hallar. Era todo aquello que parecía de esta isla montada muy hermosa y muy verde hasta el agua que era alegría de mirarla, porque en España a tal tiempo apenas hay cosa verde.

Después que allí no hallaron puerto, acordó el Almirante de volver a la otra isla que parecía a la mano derecha, que estaba de esta otra cuatro o cinco leguas, y quedó por entonces un navío en esta isla primera buscando puerto aquel día para cuando fuese necesario venir a ella, el cual halló buen puerto, y vido las casas y gentes, y luego se partió aquella noche para a donde estaba la flota que había ya tomado puerto en otra isla donde descindió el Almirante en tierra, y mucha gente con él con la bandera real en las manos, a donde tomó posesión por sus Altezas el Rey Don Fernando y Doña Isabel su mujer, Reyes de España en forma de derecho. En esta isla había tanta espesura de árboles que era maravilla, y tanta diferencia de árboles no conocidos de nadie, que era para espantar de los frutos, de ellos con color, y de ellos verdes, así que todos los árboles eran verdes; allí hallaron un árbol, cuya hoja tenía el mas fino olor de clavos que ser podía, y era como laurel, salvo que no era así de grande. Allí había frutas salvajinas de diferentes maneras, y algunos no muy sabios probaron de ellas, de los cuales hobo algunos que del gusto solamente, tocándoles con la lengua se hinchaban las caras, y les venia tan grande ardor, y dolor que parecían que rabiaban, los cuales se remediaban con cosas frías.

En esta isla no hallaron gente ni señal de ella, creyóse ser despoblada, en la cual estuvieron dos horas del día, porque cuando allí llegaron era tarde; luego otro día por la mañana partieron para otra isla, que parecía a vista de esta, que era muy grande, fasta la cual habrá siete o ocho leguas, y llegaron allá hacia la parte de una gran montaña que parecía que quería llegar al cielo, en medio de la cual montaña estaba un pico mas alto que toda la otra montaña, del cual se vertian a diversas partes aguas muchas en especial a la parte de facia la flota, que de tres leguas parecía un golpe de agua tan gordo como un buey, que se despeñaba tan alto como si se cayera del Cielo, y como se parecía de tan lejos, hobo en los navíos muchas apuestas y porfias que unos decían que eran peñas blancas, y otros que era agua; y desde llegaron mas cerca vídose lo cierto, y era muy fermosa cosa de ver, y muy maravillosa de tan pequeño lugar como nacía tan gran golpe de agua, y de cuan alto se despeñaba; y luego que llegaron mandó el Almirante a una carabela ligera que fuese a buscar puerto, la cual se adelantó, y llegando a la tierra vido unas casas, en las cuales halló gente, y luego que los vieron al capitán y a los que iban con él huyeron las gentes, y el capitán entró en las casas y hallaron las cosas que ellos allí tenían, que no habían llevado nada; donde tomó y halló dos papagayos muy grandes, y muy diferenciados de todos cuantos se habían visto, y halló mucho algodón hilado, y por hilar, y cosas de sus mantenimientos, y de todo trujo un poco, y trajo cuatro o cinco huesos de piernas y brazos de hombres, y luego como aquello vieron conocieron ser aquellas las islas de los Caribes que son habitadas de gente que comen carne humana; y el Almirante, por las señas que a el otro primer viaje le habían dado los indios de las islas que descubrió del sitio donde

estaban, hizo el viaje por allí por descubrirlas, y por que estaba mas cerca de España, y también por que por allí se hacia el camino mas derecho para la Española, a su parecer, donde antes había dejado la gente, a la cual por la bondad de Dios, y por el buen saber del Almirante, fueron tan derechos como si por un camino sabido y seguido fueran a aquella isla.

Es grande, que por el lado que la vieron pareció que había de luengo de costa veinte y cinco leguas; fueron costeanado por el lado de ella buscando puerto mas de dos leguas, y por la parte donde iban eran montañas muy altas, y a la otra parte que dejaron parecían grandes llanuras, y por la vía de la mar, había algunos poblados pequeños, y luego que vían las velas huían todos; andadas dos leguas fallaron puerto ya muy tarde, y esa noche acordó el Almirante que a la madrugada saliesen algunos a tierra para tomar lengua, a saber que gente era, no embargante la sospecha de lo que ya habían visto.

Salieron esa madrugada algunos capitanes por la tierra, y los unos vinieron a hora de comer, y trujeron un mozo de fasta catorce años, y a lo que después se supo y el dijo, era de los que aquella gente tenían cautivos, y los otros se dividieron, y trujeron un muchacho pequeño, el cual tenía un hombre por la mano, y por huir lo desamparó; este enviaron luego con algunos de ellos, y los otros quedaron, y de los que quedaron, unos tomaron ciertas mujeres naturales de la isla que trujeron, y otras mujeres se vinieron de grado con ellos que eran de las cautivas. De esta compañía se apartó un capitán, no sabiendo si había lengua con seis hombres, el cual se perdió con ellos, que jamás supieron tornar fasta que en cabo de cuatro días toparon la costa de la mar, y siguiendo por ella tornaron a topar con la flota; ya los tenían por perdidos, y comidos de los Caribes, porque ya no bastaba razón a creerlo de otra manera; y entre ellos iban pilotos y marineros, que por la estrella sabían ir y venir hasta España, y creíanse que en tan pequeño espacio no se podían desatinar ni perder.

Aquel día que allí descendieron, andaban por la playa junto a el agua muchos hombres y mujeres, mirando la flota, y maravillándose mucho de cosa tan nueva; y allegando alguna barca a tierra a hablar con ellos, decían: *tainon, tainon*, que quería decir, *bueno, bueno*, y esperaban en tanto que no salían del agua juntos con el monte, de manera que cuando ellos se querían, se podían salvar; en conclusión, que de los hombres ninguno se pudo tomar por fuerza, ni por grado, salvo dos que se aseguraron, y después los trujeron por fuerza allí; se tomaron mas de veinte mujeres, de ellas de las cautivas, que de su grado se venían, y otras naturales de la isla que fueron salteadas, y tomadas por fuerza, y ciertos muchachos cautivos se vinieron a la flota huyendo de los naturales de la isla que los tenían para comer; y estuvieron en aquel puerto ocho días acaso de la pérdida del capitán susodicho, donde muchas veces salió gente de la flota a tierra a andar por sus moradas, y pueblos que estaban a la costa, donde hallaron infinitos huesos de hombres, y los cascotes de las cabezas colgadas por las casas a manera de vasijas para tener cosas del servicio de casa; esto era de la gente que comían.

En todo este espacio no se vieron muchos hombres por que diz que eran idos, y según las mujeres dijeron, a saltar en diez canoas a otras islas, y las saltar. Y la gente de esta isla parece mas política que no la de las otras islas que vieron de por allí, y tenían mucho mejores casas, aunque todas eran de paja, y estos las tenían de mejor hechura, y mas proveídas de mantenimientos, y parecía mas industria de ellos, y en ellas que en los otros, tenían mucho algodón hilado y por hilar en sus casas, y muchas mantas del mismo algodón tan bien tejidas que no debían nada a las de Castilla.

Preguntando a las mujeres que eran cautivas en esta isla, que gente era esta que las tenía cautivas, respondían que eran Caribes, y después que entendieron que los castellanos tal por su mal uso de comer hombres holgábanse mucho de ello; y si de nuevo traían algún hombre o mujer de los Caribes, secretamente decían a los de los navíos como eran Caribes; y aun allí donde estaban en poder de los castellanos mostraban haber gran temor de ellos, y de esto se conoció cuales eran Caribes, y cuales eran los otros, porque los Caribes traían en cada una pierna dos argollas tejidas de algodón, la una junto con la rodilla, y la otra junto a los tobillos, de manera que les facían las

pantorrillas grandes, y de los dichos lugares muy ceñidas, y esto pareció que ellos tenían por gentileza; así que por esta diferencia conocieron los unos y los otros los Caribes, de mala costumbre.

Y las costumbres de los Caribes son tales. Esta susodicha se llama Quaréquena: la otra que primero se vido se llama Quariquí: otra se llama Ayan. Estos todos son como si fuesen de un linaje, y no se facen mal unos a otros, empero facen guerra a todas las otras islas comarcanas, los cuales van por mar a ciento y cincuenta leguas a lo mas lejos a saltear con muchas Canoas que tienen, que son fustas pequeñas hechas de un solo madero cada una, según dicho es en el capítulo antes de éste. Y sus armas son flechas, y en lugar de fierro por que ellos no poseen ningún fierro, ponen unas puntas fechas de huesos de tortugas; otros ponen unas espinas de un pez, de que parecen naturalmente hechas como si fueran de fierro, con que pueden bien ofender y matar, empero para gente de acá de España no son armas para mucho ofender.

Esta gente saltea en las otras islas, y traen las mujeres que pueden haber en especial mozas hermosas, las cuales tienen para su servicio y para tener por mancebas; y esto se supo por que mas de veinte mozas de las cautivas fueron las que se vinieron a la flota, y decían que también usaban con ellas de una terrible crueldad aquellos hombres Caribes, que parece increíble cosa, que los hijos que en ellas engendraban se los comían, y que solamente crían los que han en las mujeres naturales. Los hombres que pueden haber, tráenlos a sus casas, y facen carnicería de ellos cuando quieren, y que los que matan por los prender, cómenlos luego, y dicen que la carne del hombre es tan buena cosa que no hay tal cosa de comer en el mundo, y bien parecía en su mal vicio y costumbre, porque los huesos que en su casa se hallaron, todo lo que se podía comer estaba muy roído, que no había sino lo que por su mucha dureza no se podía comer. Hallóse en una casa cociendo un pezcuezo de hombre; y los muchachos que cautivan chicos, córtanles a cada uno su miembro generativo, y sírvense de ellos fasta que son hombres, o fasta que quieren, y después facen fiesta, y mátanlos, y cómenlos, y dicen que la carne de los muchachos, y de las mujeres no es buena, ni tal como la de los hombres; de estos muchachos se vinieron huyendo a la flota tres, todos cortados los miembros generativos a raíz de las redijas.

En cabo de cuatro días vino el capitán que se había perdido con los compañeros, porque de su venida estaban ya bien desahuciados que los habían ido a buscar otras cuadrillas, y aquel día vino la una, y todas volvieron sin saber de ellos, y con su venida holgaron mucho los de la flota como si nuevamente se hubieran fallado. Trajo este capitán, y los que con él fueron diez personas entre muchachos y mujeres. Estos y los otros que los fueron a buscar nunca fallaron hombres, o por que se habían huido, o porque había pocos en aquella comarca, habían a encontrar como dijeron las mujeres. Vino el dicho capitán, y los que con él fueron, tan destrozados del monte, que era lástima de los ver; decían que se hablan perdido por la aspereza de los árboles que era tanta que el cielo no podían ver, y que algunos de ellos que eran marineros, habían subido por los árboles de noche para mirar la estrella del norte, y nunca la pudieron ver, y si no toparan con la mar, no pudieran tornar a la flota; la cual partió de aquella isla con la gracia de Dios ocho días pasados después que allí llegaron; y luego otro día vinieron a otra isla no muy grande a hora de medio día, que distaba de esta otra doce leguas; y por que el primer día que partieron les fizo calma, fueron juntos con la costa de esta isla, y dijeron las mujeres indias que aquella isla no era habitada de gentes por que los Caribes la habían despoblado, y por eso la flota no paró allí; y luego esa tarde vieron otra isla, y esa noche cerca de ella hallaron unas bajas, y no osaron a andar hasta que fue de día, y luego a la mañana pareció otra isla asaz grande, y a ninguna no llegaron, por ir a consolar los hombres que habían dejado esotro viaje en la isla Española, y no plugo a Dios que los fallasen vivos como adelante se dirá.

Otro día llegaron a otra isla., que parecía muy bien, y muy poblada, y fueron, y tornaron puerto en ella: luego el Almirante mandó ir a tierra una barca guarnecida de gente para si pudiesen tomar lengua, y saber que gente era, y para haber información de su viaje que era menester, no embargante que el Almirante, aunque no había fecho aquel camino, iba muy bien encaminado según

pareció. Y saltaron ciertas personas en tierra de la dicha barca, y llegaron a un poblado donde la gente ya se había escondido, y tomaron cinco o seis mujeres, y muchachos, de las cuales supieron que eran las mas cautivas como en la otra isla, por que allí también eran Caribes. Esta barca se quería tornar a los navíos con priesa, y por parte de abajo venia una canoa, en que venían cuatro hombres y dos mujeres, y un muchacho, y después vieron la flota, maravillados se embobecieron tanto, que por una grande hora no se movieron de un lugar, casi dos tiros de lombarda de los navíos; en esto fueron vistos de los que estaban en la barca, y de toda la flota; luego los de la barca fueron a ellos tan juntos con la tierra, que con el embebecimiento que tenían, maravillándose y pensando qué cosa seria aquella que nunca los vieron hasta que estuvieron muy cerca de ellos que no los pudieron mucho fuir aunque farto trabajaron por ello, y los de la barca trabajaron harto que no se pudieran ir.

Los Caribes, desde que vieron que el huir no les aprovechaba, con mucha osadía pusieron mano a los arcos, también las mujeres como los hombres, y digo con mucha osadía, porque ellos no eran mas de cuatro hombres, y dos mujeres, y eran los de la barca, y de toda la flota; luego los de la barca fueron a ellos tan juntos con la tierra que con el embebecimiento, siendo así que los Caribes eran cuatro hombres y dos mujeres, y eran los de la barca veinte y cinco, de los cuales firieron dos, al uno dieron dos flechadas, y al otro una por el costado, y si no fuera por que llevaban adargas, y tablachinas, y por que los embistieron presto con la barca, y les trastornaron la canoa, asaetearan los mas de ellos con sus flechas. Después de trastornada la canoa quedaron en el agua nadando, y había allí unos bajos, y tuvieron farto que hacer en tomarlos que todavía trabajaban por tirar, y con todo eso se les fuyó el uno, y no lo pudieron tomar si no mal herido de una lanzada, de que murió. La diferencia de estos indios Caribes a los otros dichos, es en el hábito, que los de Caribi tienen el cabello muy largo, son trasquilados, y fechas muchas diferencias en las cabezas de cruces, y de otras pinturas en diversas maneras, cada uno como se le antoja, lo cual hacen con cañas agudas; y todos, así de Caribi como los otros, es gente sin barba, que por maravilla hallareis hombre que las tenga, que todas se las pelan, y quitan antes que crezcan, de manera que parece que no les nacen. Estos Caribes que allí tomaron, venían tiznados los ojos y las cejas, lo cual parece que hacen por gala, y con aquello parecían cosa espantable; el uno de ellos dijo que en una isla de aquellas llamada Cario, que es la primera que se vido, a la cual la flota no llegó, que había mucho oro, y que si allá fuesen y llevasen azadones, y cosas para hacer sus caminos, que traerían cuanto oro quisiesen.

Y luego aquel día partió de allí la flota en cabo de seis o siete horas, y después de haber allí llegado, fueron a otra tierra que parecía a ojo, y esta isla estaba en el camino que habían de llevar, y llegaron noche cerca de ella, y otro día de mañana fueron por la costa, y era muy gran tierra, aunque no era muy contínua, que eran más de cuarenta islas, tierra muy y alta, y la más de ella pelada, lo cual no es ninguna de las que habían visto; a esta no llegaron para saltar en tierra, salvo una carabela latina que llegó a un islón de aquellos, en el cual hallaron ciertas casas de pescadores, y las mujeres indias que traían dijeron que no eran pobladas aquellas tierras; anduvieron por aquella costa lo más de aquel día, fasta otro día en la tarde que llegaron a otra isla llamada Boriquí, cuya costa corrieron todo un día, y se juzgaba que tenía por aquella costa treinta leguas. Esta isla es muy hermosa y muy fértil al parecer, y a esta vienen los caribes a saltar y conquistar, de la cual llevan mucha gente para comer, y non tienen éstos canoas ningunas, nin saben andar por mar, empero usan de arcos y flechas como los caribes, con que pelean .y se defienden, y si por ventura han victoria de los que los vienen a saltar, también se los comen, como los caribes a ellos.

En un puerto de esta isla estuvo la flota dos días, donde saltó mucha gente en tierra, empero nunca pudieron haber lengua, que todos huyeron como gente atemorizada de los caribes. Todas estas islas fueron descubiertas en este viaje, que en el otro ninguna había visto el Almirante; y aunque todas parecían muy hermosas islas, empero ésta parecía mejor.

Aquí se acabaron las islas que facia a la parte de España atrás había dejado por ver el Almirante en el primero viaje, y aun se cree haber algunas islas antes que estas, cuarenta o cincuenta leguas facia España, porque antes que viesen tierra los de esta flota vieron unas aves que

que llaman rabihorcadas volar, y son aves de rapiña marinas, y no sientan ni duermen sobre el agua, y viéronlas sobre tarde rodeando subir en alto, después seguir su vía buscando tierra para dormir, las cuales no podían ir, según era tarde, a dormir más de doce o quince leguas, y esto era sobre mano derecha de la flota hacia España, de donde todos juzgaron quedar allí tierra, la cual no se buscó porque se hacía rodeo y tardanza para el viaje.

De esta isla de Boriqui partió la flota una madrugada, y aquel día antes que fuese noche vieron vista de tierra, la cual no era conocida tampoco de los del otro viaje, empero por las nuevas de las mujeres indias que llevaban, sospecharon que sería la Española, que iban a buscar, y era la misma Española, así llamada por los Indios, y entre ella y la de Boriquén parecía otra isla, aunque no era grande.

CXX. CÓMO LLEGARON A LA ESPAÑOLA, Y HALLARON MUERTOS LOS HOMBRES QUE HABIAN DEJADO.

Llegados a la Española el Almirante y toda la flota, a donde arribaron por aquel comienzo, era toda la tierra llana y muy baja; mas del conocimiento de ella estaban todos dudosos, porque por aquella parte ni el Almirante ni los otros que con él fueron non la habían visto. Esta isla es muy grande, y es nombrada por provincias, y a esta parte por donde llegaron llaman *Ahia*, y a otra provincia junto con esta llaman *Samana*, y a otra *Bojo*, y a otra *Albao*; y hay otras muchas provincias, así como acá en España. Por la costa de esta isla corrió la flota al pie de cien leguas, porque hasta donde el Almirante había dejado la gente había este compás, que sería el medio de la isla.

Andando por derecho de la provincia llamada *Samana*, echó el Almirante en tierra uno de los indios que el otro viaje había traído a Espada, vestido y con algunas cosillas; aquel día se finó el marinero vizcaíno herido que había sido de los caribes ya dichos que tomaron, y murió por su mala guarda, y porque iban por costas diose lugar que saliesen en una barca a enterrarlo, y fueron en guarda de la barca dos carabelas, y acercáronse a tierra, y salieron a la barca desde salió a tierra muchos indios, de los cuales algunos traían oro al cuello y a las orejas, y querían venir con los cristianos a los navíos; y no los quisieron traer, porque no llevaban licencia del Almirante, los cuales desde vieron que no los querían traer, se metieron dos de ellos en una canoa, y se vinieron a una de las dos carabelas, en la cual los recibieron con su canoa, y trujéronlos a la nao del Almirante; dijeron mediante un intérprete indio, de los que iban de acá de España, que un Rey de aquella provincia los enviaba a saber qué gente era, y que les rogaba que se saliesen a tierra, y que daría al Almirante mucho oro que tenía y de comer de lo que tuviese, y el Almirante les mandó dar sendas camisas y bonetes y otras cosillas, y les dijo, que porque iba donde estaba Guacanari, no se podía detener, que otro tiempo habría para que le pudiese ver; y con esto se fueron.

Y la flota no cesó su viaje hasta llegar a un puerto que el Almirante llamó *Monte Juan*, donde estuvieron dos días para ver la disposición de la tierra, porque no había parecido al Almirante el lugar donde había dejado la gente que estaba en un asiento. Para hacer asiento descindieron en tierra, había muy cerca de allí un gran río de muy buena agua, empero era toda tierra muy anegada y muy indispuesta para habitar. Andando viendo el río y tierra algunos de la flota, hallaron dos hombres muertos juntos con el río, el uno con un lazo al pescuezo, y el otro con un lazo al pie: esto fue el primero día; y otro día siguiente hallaron otros dos hombres muertos más adelante de aquellos, el uno de ellos estaba en disposición de que se le pudo conocer tener muchas barbas, y algunos de la armada sospecharon más mal que bien, en razón porque los indios son todos sin barbas, como dicho es, y este puerto está del lugar donde había quedado la gente cristiana el primer viaje doce leguas.

Pasados dos días, alzaron velas para ir donde el Almirante había dejado la sobre dicha gente en compañía del Rey de los Indios de aquella provincia, llamado Guacanari, que parecía ser de los principales de la isla; aquel día llegaron en derecho de aquel lugar ya tarde, y porque allí había unos

bajos donde el otro viaje se había perdido la nao en que había ido el Almirante, no osaron tomar el puerto cerca de tierra fasta que otro día de mañana se sondase, y pudiesen entrar seguramente; quedaron aquella noche una legua de tierra, y esa tarde yendo por allí de lejos, salió una canoa en que parecían cinco o seis indios, los cuales venían aprisa para la flota, y el Almirante creyendo que lo siguieran fasta alcanzarlo, no quiso que los esperasen, y ellos porfiando llegar, llegaron fasta un tiro de lombarda de la flota, y parábanse a mirar, y desque vieron que no los esperaban, dieron vuelta; y después que surgieron en aquel lugar, sobre tarde, el Almirante mandó tirar dos lombardas a ver si respondían los cristianos que habían quedado cerca del dicho Guacanari, porque también les habían quedado lombardas, de lo cual se desconsoló mucho la gente, y tomaron la sospecha que debían tomar; estando así todos tristes, pasadas cuatro o cinco horas de la noche, vino la misma canoa que esta tarde habían visto, y venia a la flota dando voces, preguntando por el Almirante; y un capitán de una carabela donde primero llegaron, trájolos a la nao del Almirante, los cuales nunca quisieron hablar hasta que el Almirante les hablase, y demandaron lumbre para le conocer, y después que le conocieron entraron en en la nao; era el uno privado de Guacanari, el cual Guacanari los había tornado a enviar después que ellos se habían vuelto aquella tarde, y trujeron dos carátulas de oro que Guacanari enviaba en presente, la una para el Almirante, y la otra para el capitán que el otro viaje había ido con él, y estuvieron en la nao hablando con el Almirante en presencia de todos por tres horas, mostrando mucho placer; y preguntándoles por los cristianos que allí habían quedado qué tales estaban, aquel privado dijo que todos estaban buenos, aunque entre ellos habían muerto algunos de dolencia, y otros de diferencias que habían acontecido entre ellos; y que Guacanari estaba en otro lugar herido en una pierna, y que por eso no había venido, pero que otro día vendría, porque otros dos Reyes, llamado el uno Caonaboa, y el otro Mariema habían venido a pelear con él y que le habían quemado el lugar. Luego esa noche se volvieron diciendo que otro día vernían con el dicho Guacanari, y con esto dejaron esa noche consolada la gente de la armada y se partieron.

Otro día de mañana estuvieron esperando al Guacanari, y nunca vino, y entretanto saltaron a tierra algunos por mandado del Almirante, y fueron al lugar donde solía estar Guacanari, y halláronlo quemado, y un cortijo algo fuerte con una palizada, donde los cristianos habitaban y tenían lo suyo, estaba también quemado y derribado, y ciertas vernias y ropas que los indios habían traído a echar en la casa; y los indios que por allí parecían andaban muy estraños, y no se osaban a llegar a los cristianos, y arrojándoles cuentas, y cascabeles, y otras cosas, hobo de asegurarse un pariente de Guacanari y otros tres, los cuales entraron en la barca, y trujéronlos a la nao, y preguntáronles por los cristianos, y dijeron que todos eran muertos, empero no lo habían creído; preguntando a este indio pariente del Guacanari quién los había muerto, dijo que el rey Caonaboa, y el rey Mariema, y que les quemaron las casas del lugar, y que estaban muchos heridos, y que también el Guacanari lo estaba en otro lugar, y que él quería ir luego a lo llamar, al cual dieron algunas cosas, y luego se partió para donde estaba Guacanari, al cual todo aquel día estuvieron esperando, y nunca vino.

Otro día saltó en tierra el Almirante y algunos con él, y fueron a donde solía estar la villa y habían quedado los cristianos, la cual estaba toda quemada; y los vestidos de los cristianos se hallaban por aquella yerba, y no se vido entonces ningún muerto: había sospecha si el Guacanari los hobiese muerto, otros decían, que cómo había él de quemar su villa. El Almirante mandó quemar todo el sitio donde los cristianos estaban fortalecidos, porque él les había mandado que desque que tuviesen alguna cantidad de oro que lo enterrasen, y entretanto que esto se hacía quiso llegar cerca de una legua de allí, donde le había parecido haber buen sitio para edificar una villa, y llegaron a un poblado donde había siete o ocho chozas, las cuales los indios luego que vieron ir los cristianos desampararon, y llevaron lo que pudieron, que era gente bestial que no tenía discreción para escoger donde hurtar, que los que vivían a la marina era maravilla cuán bestialmente vivían, las casas llenas de yerba en derredor y de humedad, que era maravilla como vivían; fallaron allí muchas cosas de los cristianos, así como una almalafa muy gentil, la cual nunca se había descosido de como se había llevado de Castilla, y calzas, y una azuela de la nao que el Almirante allí había perdido el otro viaje,

y pedazos de paño, y otras cosas, y aun hallaron las cosas que tenían guardadas, en una esportilla muy cosida y a mucho recaudo una cabeza de hombre muy guardada, y creyeron que sería la cabeza de alguno que tenían por reliquia de padre o madre, o de algún Rey, o por alguna costumbre de la tierra; de allí el Almirante se volvió y los que con él iban, por donde estaba la villa, y halló muchos indios que se habían asegurado con los que quedaron allí, cavando, buscando sí los cristianos hobiesen dejado oro escondido, y con otros cristianos de la flota que allí habían quedado, y habían rescatado con ellos oro fasta un marco, y habían mostrado donde estaban muertos once hombres de los cristianos cubiertos ya de la yerba que había crecido sobre ellos, y todos aquellos indios hablaban por una boca, que Caonaboa y Mariema los habían muerto: empero afirmaban y decían que los cristianos tenían cada uno tres o cuatro mujeres, de donde se creyó que el mal que les vino a aquellos cristianos que allí sin dicha habían quedado, fue por su desconcierto, y por se envolver con las mujeres indias, los indios de celos los mataron, o por algunas cosas de desaguisados que hacían en la tierra, se invocarían para los matar.

Otro día de mañana, porque por todo aquello no había lugar dispuesto para poblar, envió el Almirante una carabela a buscar por una parte, y él fue por otra, y él falló un puerto muy seguro con muy gentil. disposición de tierra para hincar, y cuando volvió era venida la carabela que había ido por la otra parte, en la cual había ido Melchor, y otros cuatro o cinco caballeros, hombres de pro; y yendo costeando por su viaje salió a ellos una canoa con dos indios, el uno hermano de Guacanari, el cual conocido por un piloto que iba en la carabela, le preguntó que quién iba allí, y el piloto les dijo hombres principales del Almirante, y el indio les dijo que Guacanari les rogaba saliesen a tierra donde él tenía su asentamiento, el cual era hasta sesenta casas, y salieron en tierra los mas principales que iban en la carabela, y fueron donde estaba el Guacanari, al cual hallaron en su cama echado y haciendo del doliente herido; hablaron con él preguntándole por los cristianos, respondió concertado con la misma razón que los otros, que Caonaboa y Marieni los habían muerto y que a él lo habían herido en un muslo, el cual mostró ligado, los que entonces lo vieron así les pareció que sería como él lo dijo; a tiempo de despedirse a cada uno de ellos dio una joya de oro, a cada uno como le pareció que lo merecía según el hábito en que lo vía.

Este oro habían ellos en hojas muy delgadas para carátulas y para poderse asentar sobre betumen que ellos facían; y si así no fuera no se asentara de otra manera: facían para asentar en la cabeza y para colgar en las orejas y narices, y para todo lo facían delgado, que así era menester, y ellos no tenían nada de ello por riqueza ni cosa de gran valor, salvo por bien parecer.

Dijo el Guacanari por señas, como mejor él pudo, que dijese al Almirante como él estaba así herido, que lo viniese a ver; y luego como el Almirante llegó los sobredichos le contaron todo lo dicho, y otro día de mañana acordó el Almirante de ir allá, al cual lugar llegó con los que iban con él dentro de tres horas, que la jornada era tres leguas y aun menos desde donde estaba la flota fasta allí, y cuando allí llegaron era hora de comer, y el Almirante comió antes de salir en tierra, y luego mandó que todos los capitanes viniesen con sus barcas para ir en tierra, porque ya esa mañana antes que partiesen de donde estaban había venido el hermano de Guacanari, y había hablado con el Almirante a darle priesa que fuese donde estaba el dicho Guacanari: allí fue el Almirante a tierra y toda la mas gente de pro con él, tan ataviados que en una ciudad principal parecerían bien; llevó algunas cosas para le presentar, porque ya había recibido de él alguna cantidad de oro y era razón responder con la obra y voluntad que él había mostrado.

El dicho Guacanari, tenía así mismo para le hacer presente aparejado; y cuando el Almirante llegó con los capitanes y gente de pro al lugar y casa donde estaba Guacanari, halláronlo echado en su cama como ellos la usan, colgada en el aire hecha de algodón como de red, no se levantó, salvo desde la cama hizo el semblante de cortesía como él mejor supo: mostró mucho sentimiento con lágrimas en los ojos por la muerte de los cristianos, y comenzó a hablar con ellos mostrando como mejor podía, como unos murieron de dolencia y como otros se habían ido a Caonaboa, a buscar la mina de oro, y que allí los habían muerto, y que los otros que se los habían venido a matar en su villa, y a lo que pareció en los cuerpos muertos podía haber dos meses que eran muertos y que había

acontecido aquello.

A esa ora presentó al Almirante ocho marcos y medio de oro, y cinco o seis labrados de pedrería de diversas colores, y en un bonete de la misma pedrería estaba un joyel, lo cual le dio con mucha veneración. Estaban allí presentes el Doctor Chanca, vecino de Sevilla, y otro cirujano de la armada, y dijo el Almirante a Guacanari como eran aquellos sabios para curar las enfermedades de los hombres, que les quisiese mostrar la herida, y él respondió que le placía, para lo cual el dicho Doctor le dijo que sería necesario si pudiese que saliese de casa, porque la casa estaba obscura que no se podría bien ver, lo cual él hizo luego, creo que sería mas de empacho que no de gana, y arrimándose a él salió fuera; después de asentado llegó el cirujano, y comenzó de desliarle; entonces dijo el Guacanari al Almirante que era herida hecha con piedra; después que fue desatado, llegó a tentar el Doctor y el cirujano, y no tenía mas en aquella pierna que en la otra, aunque él hacía del raposo que le dolía mucho. Ciertamente este caso puso a todos mayor sospecha de la que tenían; pero ni aun con todo eso ningún hombre cuerdo se pudo bien determinar para juzgar en este caso la verdad, porque las razones eran tan ignotas, que ciertamente muchas cosas había que mostraban haber venido gente contraria. Así mismo el Almirante no sabía qué se hacer, pareciéndole, y a otros muchos, que por entonces hasta bien saber la verdad que se debía disimular, porque después de sabido cada que quisiese se podría tornar enmienda.

Aquella tarde se vino con el Almirante a la flota, y mostráronle caballos y cuanto allí había, de lo cual quedo muy maravillado como de cosa extraña; tomó colación en la nao y esa tarde se volvió a su casa; el Almirante le dijo que quería habitar allí con él y que quería hacer allí casas, y respondió le placía, pero que el lugar era mal sano y húmedo, y tal era él por cierto. Esto todo pasaba por intérprete, de dos indios de los que habían venido con él en Castilla, que andaban allí con el Almirante, y éstos habían quedado de siete que partieron de Sevilla, que los cinco se murieron en el camino, y aquellos dos se escaparon por maravilla, habiendo llegado a gran peligro.

Otro día estuvieron surtos en aquel puerto, y quiso saber Guacanari cuando se partía el Almirante, y el Almirante le mandó decir que otro día, y aquel día vino a la nao el sobre dicho hermano suyo, y otros con él, y trujeron algún oro para rescatar.

En la nao había diez mujeres de las que se habían tomado, que estaban cautivas en las islas de Carib, y eran las mas de ellas de las islas de Boriquén, y aquel hermano del Guacanari habló con ellas, y les dijo lo que luego esa noche pusieron por obra, y es que al primer sueño muy mansamente se echaron al agua, y se fueron a tierra, de manera que cuando fueron halladas menos iban tanto trecho que con las barcas no pudieron tomar mas de las cuatro, las cuales tomaron al salir del agua: fueron nadando una gran media legua.

Otro día de mañana el Almirante envió a Guacanari le enviase aquellas mujeres, que la noche antes se le habían huido, y que luego las mandase buscar, y cuando fueron hallaron el lugar despoblado, que no hallaron persona en él. Aquel día estuvo la flota queda, porque el tiempo era contrario para salir.

Otro día acordó el Almirante de mañana que fuesen todas las barcas a buscar puerto, y fueron por la costa buscando tierra de buena disposición para hacer habitación; y también los habitantes indios de por allí no se aseguraban de los castellanos, y llegaron a un lugar a donde todos eran fuidos, a donde hallaron fuera de las casas metido en el monte un indio herido de una vara con una herida que resollaba por las espaldas, el cual no había podido huir mas lejos. Los indios de esta Isla Española, *Ayti* por ellos llamada, pelean con varas agudas, las cuales tiran con unas tiraderas como facen los muchachos acá en Castilla, con las cuales tiran muy lejos y asaz certero, que para gente desarmada pueden hacer harto daño. Este indio herido dijo al Almirante que Caonabo y los suyos le habían herido y habían quemado las casas de Guacanari; así que el poco entender que les entendía, y las razones y notas, tenían confusos al Almirante y a todos, que no podían saber de cierto cómo hubiese sido la muerte de los cristianos.

No hallaron en aquel puerto disposición saludable para trazar pueblo; acordó el Almirante volverse por la costa donde había venido allí de Castilla, porque la nueva del oro era facia allá. Fue

el tiempo tan contrario, que mayor pena les fue andar treinta leguas que ir allá desde Castilla, que en el tiempo contrario y largueza del camino; ya eran tres meses pasados cuando descendieron en tierra; plugo a Nuestro Señor que por la contrariedad del tiempo, que no los dejó ir mas adelante, hobieron de tomar tierra en el mejor sitio y disposición que se pudiera escoger, donde había muy gran puerto y bueno, y mucha pesquería, de la cual tenían mucha necesidad por el cansamiento de las carnes, que no había, en toda aquella tierra, la cual era muy gruesa para todas cosas. Tenia junto un río principal, y muy cerca otro razonable, de muy singular agua; allí comenzó a edificar una ciudad, a la cual puso nombre *Isabela*. Comenzóse a edificar una villa sobre la ribera del mar, en muy lindo lugar, que un corral se deslindaba con el agua con una barranca de peña tajada tal, que por allí no había menester defensa ninguna, la otra mitad estaba cercada de una arboleda tan espesa, que apenas pudiera un conejo andar, y tan verde que en ningún tiempo del mundo fuego le podía quemar. Comenzaron de sembrar hortalizas y muchas cosas de las de acá, y crecían mas allá en ocho días, que acá en Castilla en veinte.

Fecho allí el asiento y comienzo del pueblo, luego el Almirante se conoció con los capitanes o reyes de aquella comarca, que ellos llamaban allá Caziques, y traíanles de sus viandas, y venían allí continuamente muchos indios con oro, y a rescatar y cargados de *maíz*, que es un buen manjar, y es como nabos, que se cría debajo de la tierra, del cual se hacen muchos manjares en muchas maneras, el cual es muy cordial manjar con que se mantienen allá las gentes en lugar de pan. Hay otro manjar que llaman *ajes*, también cría debajo de la tierra, y hay otro que llaman *cazabi*. Había allí otras muchas maneras de manjares y frutas, todos muy diferentes de los de acá de Castilla.

Lo que de esta gente se pudo luego conocer fue que eran muy simples, sin letras de ninguno; no habían empacho de andar desnudos como nacieron: como andan las mujeres, por la mayor parte traían cubiertas sus vergüenzas recinchado una mantilla de algodón en derredor de las caderas, y otras con fojas de árboles; sus galas de ellos y de ellas era pintarse, unos de negro, otros de blanco y colorado, y de otras colores, y de tantos visajes que verlos era cosa para reír, las cabezas rapadas en lugares, y en lugares con vedijas de tantas maneras que no se podía escribir, y todo lo que hacen acá en la cabeza de un loco, el mejor de ellos lo había allá en muy buena ventura que lo ficiesen en la suya.

Lo que luego pareció de esta gente que si luego tuvieran lengua a los castellanos con que los bien entendieran, luego se querían tornar cristianos; y cuanto vían que facían los cristianos, todo lo hacían ellos, y fincar las rodillas, poner las manos, decir el *Pater noster*, el *Ave María* y las otras devociones, y santiguarse, y decían que querían ser cristianos, puesto caso verdaderamente que eran idólatras, porque en sus casas había figuras de muchas maneras y todas muy disformes y feas, que parecían al diablo, las cuales también traían en las carátulas que se tocaban y en los cintos de algodón; y preguntándoles que era aquello, decían que *furey*, que quiere decir cosa del cielo, y si les querían tomar aquellas figuras, diciéndoles que era cosa aborrecible, que lo echasen en el fuego, mostraban por ello tristeza, y parecía que tenían en aquello mucha devoción, y así mismo pensaban, que cuanto los castellanos tenían y ellos, todo había venido del cielo, y a todo llamaban *furey*, que quiere decir en su lengua cielo.

Luego que allí asentaron y comenzaron de hacer población, se tendió gente de los castellanos por aquella comarca, y vieron en poco tiempo cosas por la tierra bien hazañosas que hay por allí, y vieron que hay árboles que llevan lana, y harto fina y tal, que los que sabían del arte decían que se podrían hacer buenos paños de ella, y de estos árboles hay tantos que se podían cargar carabelas de la lana, aunque es trabajosa de coger, porque los árboles son muy espinosos, empero bien se podía hallar ingenio para la coger. Hay que se vido infinito algodón de árboles perpetuos que lo dan, que son del tamaño de un durazno; y árboles que llevan cera en color y en sabor y arde tan bien como la de abejas, tal que no hay diferencia mucha de una a otra. Hay infinitos árboles de trementina muy singular y muy fina; hay mucha alquitara también muy buena, hay árboles que pareció a los físicos que allí iban que eran de los que llevan nuez moscada; salvo que estaban entonces sin fruto, y juzgáronlo ser dello porque la sabor y el olor de la corteza era como de nuez moscada. Vídose una

raíz de jengibre que la traía un indio colgada del pescuezo: hay también lino alóe, aunque no es de la manera del que se ha visto acá en Castilla, pero no es de dudar que sea una de las especies de lino aloe que los doctores ponen. Vieron también que hay una manera de canela, empero no tan fina como la que acá vemos, que viene por la vía de Alejandría, y lo podría facer no ser tan fina el defecto de no la saber coger en tiempo; o por ventura críala así la naturaleza de la tierra; también hallaron mirabolanos zerinos, salvo que entonces estaban debajo del árbol, y como la tierra era muy húmeda, estaban podridos, y tenían el sabor muy amargo, y creyóse que sería del pudrimiento, empero lo otro, salvo el sabor que es corrompido, es de mirabolanos verdaderos; y también almártiga muy buena, hay también pimienta muy buena, y quema dos veces mas que la que acá tomarnos, críase en arbolillos como de hortaliza, es floja, no tan dura como ésta que acá viene por la vía de Alejandría, y mayor un poco, la cual tienen los indios por cosa muy medicinal y muy buena, y la siembran y cojen.

Es maravilla de como las gentes de todas aquellas islas no tienen ni poseen fierro; de las ferramientas que tienen de piedras muy agudas y hechas a maravilla, así como hachas y azuelas y otras ferramientas con que se sirven y facen sus cosas. Sus mantenimientos son pan de raíces que Dios les echó y dio en aquella tierra en lugar de trigo, que trigo, ni centeno, ni cebada, ni avena, nin escaña, nin panizo, nin saína, nin mijo no hay allá, nin cosa que se les parezca; hay *casabi*, que se coge en unos racimos como que quieren parecer al panizo, sino que son mucho mayores los granos y mas blancos; hay maíz, y ajos, y otros manjares y raíces, con que han vivido fasta agora, y otras frutas y mantenimientos salvajes y cosas que Dios allí les dio con que se crían y mantienen, y han criado y mantenido desde Dios Nuestro Señor allí los echó. No había cosa de mantenimiento hasta aquel tiempo que los castellanos fueron allá a probar de las que acá hay, ni que se le pareciese; no había habas, ni garbanzos, ni yeros, ni lentejas, ni atramuces, ni res de cuatro pies, ni alimaña, salvo unos gozcos pequeños, y aquellas *utias*, que son como grandes ratones, y son como entre ratones y conejos, y son muy buenas y sabrosas de comer, y tienen pies y manos como de ratón, y suben por los árboles; son del tamaño de un conejo nuevo; los gozcos son blancos y prietos y de todas maneras de colores. Hay lagartos y culebras, y no muchas, porque los comen los indios y facen tanta fiesta de ellos, como nos los castellanos de perdices; son los lagartos de allá como los de acá, en el tamaño, salvo que en la hechura son diferentes; aunque en una isla pequeña que está junto con un puerto que se llama Monte Juan, donde la flota estuvo algunos días, se vido un lagarto muchas veces de gordura de un becerro y tan cumplido como una lanza, y muchas veces salieron por lo matar, y no podían con la espesura y huía y metíaseles en la mar. Otrosí comen los indios allende de comer lagartos y culebras, cuantas arañas y gusanos hallan por el suelo, ansí que parece de su bestialidad mayor que la de ninguna bestia del mundo.

Llevó el Almirante de este viaje diez y siete navíos, como dicho tengo, en que iban cuatro naos y trece carabelas, y mil y doscientos hombres de pelea para quedar allá prosiguiendo la posesión de la tierra, y para ejercitar y saber del oro lo cierto y adquirirlo para el Rey y Reina, quier por grado, quier por fueza, de los habitantes; y llevó veinte y cuatro caballos, y diez yeguas, y tres mulas, y llevó puercos y puercas, becerros y cabras, y vacas y ovejas, de todo un poco para criar, para lo cual la tierra fue muy conforme y aprovechable, y muy más sana que para los hombres.

El Almirante había determinado una vez de enviar los navíos en Castilla antes de ir a buscar las minas del oro, según el aviso que tenía de los indios, la una en Cibao, que es una provincia donde hay mucho oro, y la otra en Atti, tierras del Rey Caonoboa, que era muy poderoso en aquella tierra, los cuales hallaron muchas muestras donde se podía hallar mucho oro, y en mas de cincuenta ríos y arroyos y fuentes hallaron que había mucho oro, y se podía coger, y trujeron muestras de todas partes, y creyendo que cavando la tierra bien honda se hallaría mucha cantidad de oro, pues que en las arenas de los arroyaderos del agua se hallaban, y pues que los indios no cavaban mas en hondo la tierra de un palmo, que no tenían con qué ni lo hallaban. Esto sabido, el Almirante despidió los navíos para acá para Castilla, y dejó allá los que vido que eran necesarios quedar, y envió el oro que mas pudo haber al Rey y a la Reina, y vinieron los navíos a Cádiz, donde fasta que

el Señor Obispo Don Juan de Fonseca fue, no osaron salir a tierra fasta le entregar el oro, y donde en adelante se tuvo esta forma: que todos los navíos que venían de las Indias venían a Cádiz y allí entregaban lo que traían al dicho Señor, fasta que Sus Altezas lo pusieron en otros negocios mas altos que no éste, y lo subieron en honra como lo él merecía, de Embajador entre Sus Altezas y el Emperador y Flandes sobre los casamientos de sus fijos, y le hicieron Obispo de Badajoz, y después de Córdoba, y después de Valencia, de bien en mejor, y todo bien empleado; y después que este Señor dejó el cargo de las armadas y receptoría del oro, hobo otras formas y ordenamiento en lo recibir.

En este mismo año de 94, que vinieron los navíos de las Indias, dejando en la Española el Almirante y la gente castellana en el pueblo comenzado de edificar, envió otra armada el Señor Don Juan de Fonseca con refresco para la dicha gente de mucho pan, y vino, y vituallas, la cual fue a buen tiempo y les hizo mucho provecho, y vinieron en Marzo de 1494 los navíos de las Indias, y volvió la armada con los mantenimientos dende a pocos días.

El Almirante no echó en olvido la muerte de los treinta y nueve hombres que le mataron, y hizo su inquisición, y supo de los mismos indios quien los había muerto, y entró por la tierra, y cautivó infinitos de ellos, de los cuales envió en la segunda vez que invió los navíos quinientas animas de indios y indias, todos de buena edad, dende doce años hasta treinta y cinco, poco más o menos, los cuales todos se entregaron en Sevilla al dicho Señor Don Juan de Fonseca, y vinieron ansí como andaban en su tierra, como nacieron, de lo cual no habían mas empacho que alimañas, los cuales todos vendieron, y aprovecharon muy mal, que murieron todos los más, que los probó la tierra.

Ovo cisma entre el Almirante y algunos de los que fueron debajo de su mandado, que no le querían obedecer, y decían que había engañado al Rey y a la Reina en les decir que había tanto oro, lo cual afirmaban que no era verdad, y que algo había que sería más el gasto que se pondría en buscar y sacar; muchos creyeron esto acá en Castilla y hobo muy grandes murmuraciones contra el Almirante, y él como soberano sobre ellos, envió presos algunos de ellos, así como a Fermín Zedo, vecino de Sevilla, que había ido por maestro para conocer y apurar el oro, el cual hacia escarnio del oro, y él y otros decían que aquel oro que aquellos indios poseían y daban al Almirante, que lo tenían de mucho tiempo, y lo habían habido sucesivamente de sus antecesores. Y envió preso a Bernardo de Pisa, alguacil de la corte, y a otros muchos, y los entregaron en Sevilla presos; y de aquí se siguieron muchas disensiones contra el Almirante, y todas a muy gran sinrazón, según después pareció la verdad. Esto acaeció después que él vino de descubrir la tierra firme de la parte del austro, donde se engorrió y tardó allá cuatro o cinco meses del año de 94.

CXXI. DE CÓMO EL ALMIRANTE FUE POR LA TIERRA A BUSCAR EL ORO A LA PROVINCIA DEL CIBAO, Y LO QUE LE PARECIÓ DE LA TIERRA, Y DE LA FORTALEZA QUE HIZO.

Después de partidos los navíos en que fue la dicha armada de la ciudad Isabela, comenzada de fundar, los cuales vinieron debajo de la capitania de Antonio de Torres, hermano del ama del Príncipe Don Juan, que partieron de la dicha ciudad Isabela a 3 de Febrero del año de 94, el Almirante dio priesa en fortalecer la ciudad, y en aderezar las cosas que para allá convenían para remediar las vidas, y la vivienda de toda aquella gente que allá quedó, y fecho algo dello, a 12 días de Marzo se partió con toda la gente que fue menester, de a pie y de a caballo, para ir a ver la provincia de Cibao, que está de la ciudad 18 leguas, al austro de la dicha ciudad, y atravesó vegas y puertos, y fue y halló la dicha provincia, y hizo caminos llanos algunos puertos, y fizo allá una fortaleza en Cibao, en que puso gente, alcaide y maestros para el edificio y para poder señorear la gente de ella.

Cibao es nombre de provincia, como ya es dicho, y quiere decir Pedregal, porque es áspera, tierra de cabezos y montañas muy altas, llenas de piedras todas o la mayor parte dellas, no muy

agrias, y sin árboles, mas no sin yerbas, ca es tierra muy fértil de mucha yerba, la cual es toda como grama, y mas espesa y mas alta que alcacel, y en algunas partes hasta las sillas de los caballos, y así está continuamente espesa si no la queman; debajo de la cual todas aquellas montañas y cabezos son llenas de guijarros grandes y redondos como en una ribera o playa, y todos o la mayor parte son azules. Esta provincia es toda tierra muy fuerte y defensible, templada y sanísima, y en ella llueve muy a menudo; al pie de cada cabezo hay un arroyo y un río chico o grande, según la montaña; y el agua es delgada y sabrosa, fría y no cruda, como otras aguas que dañan y hacen mal a la persona, y esta agua es como medicinal, que quebranta la piedra de los riñones, y muchas personas se sintieron muy bien y sanos con ella. En todos aquellos cabezos y arroyos hay mucho oro y todo en granos.

CXXII. DE LOS GRANOS DE ORO Y EXPERIMENTOS DE ÉL, Y DE CÓMO LOS ÍNDIOS LOS COGÍAN.

La fortaleza que el Almirante hizo en Cibao llamola Santo Tomás, y al tiempo que allí estuvo edificándola vinieron muchos indios con gana de cascabeles y otras cosillas, de lo cual no se les daba nada hasta que trujesen oro, y como esto, se les decía, corrían a la ribera y en menos de una hora traía cada uno de ellos una hoja o un caracol lleno de granos de oro, y un indio viejo trujo dos granos de peso de tres castellanos, que fasta entonces el Almirante no había visto tan grandes, salvo uno que le había presentado Guacanari, que había enviado con el capitán Antonio de Torres al Rey y a la Reina, con otros menudos que les envió; empero los mas de ellos fueron fundidos, creyendo a Fermín Zedo, que estaba allá por hombre de mucho saber en el oro, el cual erró en esto destos granos, porque eran de nacimiento y no fundidos, como él dijo, y después se supo lo cierto que Fermín Zedo, sabia muy poco en ello, que también dijo al Almirante de unos granos que había entre los otros, que eran de oro bajo, que había sido falsificado con latón, de que no supo lo que dijo, y también andaba errado porque supo que aquello procedía de la mina donde nació; ni es de creer que los indios aunque supiesen fundir que mezclasen el latón con el oro, pues que tienen en más estima el latón cien veces más que el oro.

Así que recibidos los dos granos del viejo, el Almirante le dio un cascabel, el cual recibió en tanta estima como si recibiera alguna buena villa, y dijo al Almirante que eran pequeños aquellos a comparación de otros que había en su tierra, que era cinco leguas de allí, y figuró en piedras tamañas como una nuez, y dijo que tamaños granos de oro había él hallado y mayores, y otros figuraban que había granos tamaños como naranjas, y mayores, y se hallaban algunas veces; otros decían, que entre ellos se habían visto tan grandes como una piedra, que señalaban, que pesaría media arroba, en fin de los que se vido fasta entonces hubo grano de ocho castellanos.

Los indios allende de ser gente bestial, son perezosos y malos trabajadores, porque su hábito lo hacia manifiesto, porque el invierno que allá se siente hace asaz frio, aunque no hay lana hay mucho algodón, de que se podrían vestir y hacer mucha ropa y repararse, y déjanse andar así como bestias por pereza, sufriendo en sus personas el frio y el calor.

Volvió el Almirante a la ciudad Isabela, desde Cibao, dejada en concierto la gente, aderezó de ir a descubrir la tierra firme de las Indias, pensando hallar por aquella vía la grande y muy riquísima ciudad del Catayo, que es del gran Kan.

CXXIII. CÓMO FUE A DESCUBRIR EL ALMIRANTE.

Partió el Almirante a descubrir la tierra firme de las Indias a 24 días del mes de Abril del dicho año de 1494; dejó en la ciudad por presidentes a su hermano y un fraile, que se decía Fr. Benito, y ordenado lo que cada uno había de hacer; partió con tres carabelas de vela redonda, y en pocos días llegó al muy señalado puerto de San Nicolás, el cual está en la Isla Española frontero del cabo de Alfaeto, que es en la Juana, que él juzgaba por isla y es tierra firme, fin y cabo de las Indias por el Oriente, y enderezó al dicho cabo, llegó a él y dejó de seguir la costa de la tierra del

Septentrión, por donde el viaje primero había andado, y navegó al poniente corriendo la otra costa de la parte del austro, las cuales costas van así ambas al poniente, desviándose la una del polo ártico y la otra acercándose a él por la anchura de la tierra, que comienza por angosto y va subiendo al septentrion por la parte del austro, dejando la tierra de la Juana sobre la mano derecha; navegó pensando dar la vuelta alrededor y correr después de ver el cabo la vía de su deseo, que era buscar la provincia y ciudad del Catayo, diciendo que la podía hallar por allí, que es en el señorío del gran Kan, la cual se lee, según dice Juan de Mandavilla y otros que la vieron, que es la mas rica provincia del mundo, y la mas abundosa de oro y plata, y de todos metales y sedas; pero son todos idólatras y gente muy agudísima, y nigromántica, y sabia en todas artes y caballerosa, y dellas escriben muchas maravillas, según cuenta el noble caballero inglés Juan de Mandavilla, que lo anduvo y vido y vivió con el gran Kan algún tiempo. Quien de esto quisiere saber lo cierto lea en su libro en el 85, 87 y 88 capítulos, y allí verá como la ciudad de Catayo es muy noble y rica, y como la provincia suya tiene el nombre de la ciudad.

La cual provincia y ciudad es en las partidas de hacia cerca de las tierras del Preste Juan de las Indias en la parte que señorea y mira al Norte, por donde el Almirante lo buscaba. Yo digo que había menester muy grande distancia de tiempo para lo hallar, porque el gran Kan fue antiguamente Señor de los Tártaros; y desde la Gran Tartaria, que es en los confines de Buxía y Bahía, y podemos decir que se comienza la Gran Tartaria desde Ungría, que son tierras que están mirando desde esta Andalucía por el derecho a donde sale el sol en el mes de los mayores días del año, y por aquel derecho solían ir los mercaderes en aquella tierra, que por la banda que el Almirante buscaba el Catayo, es mi creer que con otras mil y docientas leguas, andando el firmamento de la mar y tierra en derredor no llegare allá, y así se lo dije y hice entender yo el año de 1496, cuando vino en Castilla la primera vez después de haber ido a descubrir, que fue mi huésped y me dejó algunas de sus escripturas, en presencia del Señor Don Juan de Fonseca, de donde yo saqué y cotejélas con las otras que escribieron el honrado señor el Doctor Anca o Chanca y otros nobles caballeros que con él fueron en los viajes ya dichos, que escribieron lo que vieron, de donde yo fui informado, y escribí esto de las Indias, por cosa maravillosa y hazañosa, que Nuestro Señor quiso demostrar en la buena ventura y tiempo del Rey Don Fernando y de la Reina Don a Isabel, su primera mujer.

Así que el Almirante pensando que la Juana era isla, anduvo mucho por la costa de ella, y preguntaba a los indios si era isla o tierra firme, y como ellos son gente bestial y piensan que todo el mundo es isla y no saben qué cosa sea tierra firme, ni tienen letras ni memorias antiguas, ni se deleitan en otra cosa sino en comer y en mujeres, decían que era isla, empero algunos le dijeron que no la andaría en cuarenta lunas, y mientras mas seguían la costa, mas los echaba la tierra al Austro; que él bien pensó dar vuelta a la Juana y volver al Poniente, y dende al Septentrión donde pensaba hallar la noble ciudad y provincia riquísima del Catay, y hobo por fuerza de seguir aquella banda por donde la tierra lo desviaba de sí, y descubrió por aquella vía la isla de Jamaica, y volvió a seguir la costa de tierra firme setenta días andando por ella, hasta haber pasado a estar muy cerca al Aurea el forneso a donde tomó la vuelta por temor de los tiempos y por la grandísima navegación y mengua de mantenimientos.

Y de allí le vino en mente, que si próspero se hallara, que probara a volver a España por Oriente, viniendo por el Ganges, y dende al Seno Árábico, y después por Etiopía, y después pudiera venir por la tierra a Jerusalén, y dende a Jafa, y embarcar y entrar en el mar Mediterráneo, y dende a Cádiz. El viaje bien se pudiera hacer de esta manera, empero muy peligroso por la tierra, porque todos son moros dende Etiopía a Jerusalén, empero él pudiera ir por la mar todavía, y ir desde allí fasta Calicud, que es la ciudad que salieron los portugueses y la descubrieron, y para no salir por tierra sino todavía por agua, él había de volver por el mismo mar Océano rodeando toda la Lybia, que es la tierra de los negros, y volver por donde vienen los portugueses con la especería de clavo a Barta, que después de haber andado el Almirante trescientas veinte y dos leguas a cuatro millas cada una, así como acostumbran en la mar, desde el cabo de Alfaeto, se volvió sino por el camino donde había ido cuando pasó por aquel cabo de Alfaeto, que está al comienzo de la tierra Juana, puso allí

columnas de cruces, tomando la posesión por Sus Altezas, y fue muy bien fecho, pues remaneció ser el extremo cabo y puerto, que debéis saber aquel es extremo cabero cabo de la tierra firme del Poniente, el cabo de San Vicente que está en Portugal, enmedio de los cuales cabos ambos se contiene todo el poblado del mundo, que quien por tierra desde el cabo de San Vicente podrá ir siempre al Levante sin pasar ninguna cosa del mar Océano hasta llegar al cabo de Alfaeto y desde Alfaeto por la contra venir fasta el cabo de San Vicente por tierra firme a quien Dios ayude en el viaje.

CXXIV. DE CÓMO EL ALMIRANTE LLEGÓ A TIERRA DONDE LOS ÁRBOLES LLEVAN DOS VECES FRUTO, Y DEL PESCADO Y SERPIENTES QUE HALLARON Y CÓMO FUERON A LA ISLA DE JAMAICA.

Tornando a proseguir y recontar mas a menudo las islas y tierras y mares que el dicho Almirante descubrió de aquel viaje, siguió por la mar, como dicho es, dejando la tierra firme a la mano derecha fasta un puerto muy singularísimo, al cual llamó *Puerto grande*. En aquella tierra los árboles y las yerbas llevan dos veces en el año fruto, esto se supo y experimentó por verdad, de los cuales muy suavísimo olor salía, que alcanzaba en gran parte a la mar. En aquel puerto no había población y como entraron en él vieron a mano derecha muchos fuegos juntos con el agua, y un perro y dos camas sin personas; descendieron en tierra y hallaron mas de cuatro quintales de peces en asadores al fuego, y conejos, y dos serpientes, y allí en muy cerca estaban puestas a los pies de los árboles en muchos lugares muchas serpientes, las mas asquerosas y feas cosas que los hombres vieron, y todas cosidas; las bocas eran todas de color de madera seca, y el cuero de todo el cuerpo muy arrugado, en especial en la cabeza, que les descendía sobre los ojos, los cuales tenían venenosos y espantables, y todas eran cubiertas de unas conchas muy fuertes como un peze de escama; y desde la cabeza hasta la punta de la cola por medio del cuerpo tenían unas conchas altas y feas y agudas como puntas de diamantes.

Y mandó el Almirante tomar el pescado, con que hobo refresco la gente, y después andando buscando puerto con la barca, vieron del cabo de un cerro mucha gente desnuda a la costumbre de allá, y haciéndoles señales que se llegasen, allegóse uno y fabló un indio que el Almirante llevaba por intérprete de los que habían venido a Castilla, que entendía ya bien el castellano, y entendía también a los indios, y el indio extraño fablaba desde encima de una piedra, y como entendió al otro aseguróse y llamó a la otra gente, que eran obra de setenta hombres, los cuales dijeron que andaban cazando por mandado de su cazique para una fiesta que querían facer, y el Almirante les mandó dar cascabeles y otras cosillas, y mandóles decir que perdonasen que él había tomado el pescado y no otra cosa, y holgaron mucho cuando supieron que no les había tomado las serpientes, y respondieron que fuese todo en buen hora, que ellos pescarían mas a la noche.

Salió de allí otro día antes que saliese el Sol, siguió al Poniente la costa de la tierra, la cual veían ser muy hermosa y muy poblada tierra, y como veían tales navíos, venían a las playas a ver mucha gente y niños chicos y grandes, trayéndoles pan y cosas de comer, corriendo mostrando el pan y las calabazas llenas de agua, llamando «*comed, tomad, gente del cielo*» y rogábanles que descendieran y fuesen a sus casas, y otros venían en canoas a lo mismo, así navegaron fasta un golfo donde había infinitas poblaciones, y las tierras y campos eran tales, que todas parecían huertas las mas famosas del mundo y todas tierras altas y montañosas; surgieron allí y la gente de la comarca luego vinieron, y trajéronles pan y agua y pescado; y luego otro día siguiente en amaneciendo partieron de allí, y andando hacia un cabo, después determinó el Almirante dejar aquel camino y aquella tierra y navegaron en busca de la isla Jamaica al Austro, y en cabo de dos días y dos noches allegaron a ella con buen viento y fueron a dar en el medio de ella, la cual es la mas hermosa que los ojos vieron, ella no es montañosa, y parece que llega la tierra al cielo, es muy grande, mayor que la Cicilia, tiene en cerco ochocientas millas, y es toda llena de valles y campos y

planos; es fertilísima ultra modo, que así a la lengua del mar como en la tierra adentro toda, es llena de poblaciones y muy grandes y muy cerca unos de otros a cuatro leguas; tiene canoas mas que en ninguna otra parte de por allí, y las mas grandes que fasta entonces habían visto, todas de un tronco como dicho es, enteras de un árbol, y cada Cacique de todas aquellas partes tiene una canoa grande de que se precia de tener una nao grande y hermosa: así traen labradas aquellas canoas en proa y popa a lazos y pinturas, que es maravilla la fermosura dellas; en una de aquellas grandes midió el Almirante noventa y seis pies de luengo y ocho pies de ancho.

CXXV. DE LA ISLA JAMAICA.

Así como el Almirante llegó cerca de la tierra de Jamaica, luego salieron contra él bien setenta canoas todas cargadas de gente y varas por armas, una legua a la mar, en son y forma de pelear, y el Almirante con sus tres carabelas y gente, no dio por ellos nada, y siguió todavía el camino de la tierra, y desde esto vieron, hobieron miedo y volvieron huyendo, y el Almirante tuvo forma con su carabela y faraute, como una de aquellas canoas se aseguró y vino a él con la gente, y dioles vestidos y otras muchas cosas que ellos tuvieron en gran precio, y dioles licencia que se fuesen, y él fue a surgir a un lugar que puso nombre *Santa Gloria*, por la extrema hermosura de su gloriosa tierra, porque ninguna comparación tienen a ella las huertas de Valencia, ni de otra parte, y esto es en toda la isla.

Y durmieron allí aquella noche, y otro día en amaneciendo fueron a buscar puerto cerrado para despalar y adobar los navíos, y andando al Poniente cuatro leguas, hallaron un singularísimo puerto, y el Almirante envió la barca a ver la entrada, y salieron a ella dos canoas con mucha gente y le tiraron muchas varas, empero luego huyeron desde vieron resistencia, pero no tan presto que no recibieran castigo, y el Almirante entró en el puerto y surgió, y vinieron tantos indios sobre él que cubrían la tierra, y todos teñidos de mil colores y la mayor parte de negro, y todos desnudos a su uso, y traían plumajes en las cabezas, de diversas maneras, y traían el pecho y el vientre cubiertos con hojas de palma, dando la mayor grito del mundo, y tirando varas, aunque no alcanzaban; y en los navíos tenían necesidad de agua y de leña allende de adobar los navíos; y el Almirante vio que no era razón dejarlos en aquella osadía sin pena, porque otra vez no se atreviesen así.

Arrimó todas tres barcas, porque las carabelas no podían andar y llegar donde ellos estaban por el poco hondo, y porque conociesen las armas de Castilla allegáronse cerca de ellos con las barcas y tiráronles con las ballestas y desde los picaron bien, y comenzaron de coger miedo, saltaron en tierra a ellos despeldando tiros y como los indios vieron que los castellanos descindieron a ellos, dieron todos los indios a huir, hombres y mujeres, que no pararon ninguno en toda la comarca, y un perro que soltaron de un navío los seguía y mordía, y les hizo gran daño, que un perro vale para contra los indios como diez hombres.

El día siguiente antes del sol salido, volvieron seis hombres de aquellos indios a la playa llamando y diciendo al Almirante que aquellos Caciques todos le rogaban, que no se fuese, que los querían ver y traer, pan, y pescado, y frutas. Al Almirante le plugo mucho de la embajada, y hicieron su amistanza y seguro, y vinieron los Caciques y muchos indios a él, y trujéronle muchos mantenimientos con que refrescó mucho la gente, y estuvieron muy abundosos de todo todos los días que allí estuvieron, y los indios quedaron muy contentos con las cosas que el Almirante les dio; y adobados los navíos y descansada la gente partieron de allí.

CXXVI. DE MUCHAS ISLAS QUE SE DESCUBRIERON.

Partió el Almirante con sus tres carabelas de Jamaica, y navegó treinta y cuatro leguas hacia el Poniente, fasta el golfo de buen tiempo, y allí hobieron los vientos contrarios para seguir la costa adelante de la dicha isla de Jamaica, de la cual su calidad era bien conocida y vista que no había en ella oro ni metal ninguno, aunque de lo otro era como un paraíso, y por mas que oro tenida; hicieron

del viento contrario bueno y volvieron a la tierra firme de la Juana con propósito de seguir la costa de ella que habían dejado por saber cierto si era tierra firme; y fueron a parar a una provincia que llaman *Macaca*, que es muy hermosa, y fueron a surgir a una población muy grande, el Cacique de la cual ya conocía al Almirante y las carabelas de antes que fuesen a esta jornada, que allegaron por aquella costa las idas de la primera vez que el Almirante fue a descubrir, que todos los Caciques de aquella tierra lo supieron, y fue toda aquella tierra y islas alborotadas de tan nueva cosa y navíos, y todos decían que eran gente del cielo, no embargante que él no había navegado a aquella costa, salvo la otra del Septentrión; y llegados allí el Almirante envió presentes al dicho Cacique de las cosas que ellos allá tenían en mucho precio; y el Cacique les envió buen refresco, y a decir como lo conocían y al Almirante por oídas, y conocían a su padre de Simón, un indio que el Almirante había traído a Castilla y dado al Príncipe Don Juan; y el Almirante descindió en tierra y preguntó al dicho Cacique y a los indios de aquel lugar, si aquello era tierra firme o isla; y él con todos los otros le respondieron que era tierra infinita de que nadie había visto el cabo, aunque era isla.

Esta era gente muy mansa, y desviada de malos pensamientos; hay diferencia en gran manera de esta gente de esta tierra Juana, a las otras de todas las islas comarcanas, y eso mesmo hay en las aves, y en todas las otras cosas, que éstas de esta isla Juana son de mejor condición y mas mansas. Otro día partieron de allí y navegaron al Septentrión declinando al noroeste siguiendo la costa de la tierra; a oras de vísperas vieron de lejos que aquella costa volvía al Poniente y tomaron aquel camino por atajar, dejando la tierra a mano derecha. Otro día al salir el sol miraron de encima del mastelero y vieron la mar llena de islas a todos cuatro vientos; y todas verdes y llenas de árboles, la cosa mas hermosa que ojos vieron, y el Almirante quisiera pasar al austro y dejar estas islas a la mano derecha, mas acordándose haber leído que toda aquella mar es así llena de islas, y Juan de Mandavilla dice que en las Indias hay mas de cinco mil islas, determinó de andar adelante, y no dejar la vista de la tierra firme de la Juana y ver lo cierto si era isla o no, y cuanto mas andaban más islas descubrían, y día se fizo anotar 164 islas, y el tiempo para navegar entre ellas siempre se lo dio Dios bueno, que corrían los navíos por aquellos mares que parecía que volaban.

Y llegaron el día de Pascua de Espíritu Santo de 1494 a posar a la costa de la tierra firme a un lugar despoblado, y no por destemperanza del cielo ni esterilidad de la tierra: y en un grande palmar de palmas que parecía que llegaban al cielo; allí en orilla de la mar salían de la tierra dos ojos de agua de debajo de ella, tan grandes que en el agujero cupiera una gorda naranja, y venia esta en alto con ímpetu, cuando la marea era decreciente; era tan fría y tal y tan dulce, que no la habrá mejor en el mundo; y este frio no es salvaje como otros que dañan el estómago, sino sanísimo; y descansaron allí todos en las yerbas de aquellas fuentes, y al olor de las flores, que allí se sentía maravilloso, y al dulzor del cantar de los pajaritos, tantos eran y tan suaves, y la sombra de aquellas palmas tan grandes y tan hermosas, que era maravilla ver lo uno y lo otro. Allí no parecía gente ninguna, empero señal había de andar gente por allí, que había señales de ramas de palmas cortadas.

De allí el Almirante entró en una barca y fue con ella y con las otras a ver un río al Levante de allí una legua, y hallaron el agua tan caliente que escasamente se sufría la mano en ella; y anduvieron por él arriba dos leguas sin hallar gente ni casas, y siempre la tierra era en aquella hermosura y los campos muy verdes y llenos de infinitas uvas y tan coloradas como escarlatas, y en toda parte por allí había el olor de las flores y el cantar de los pájaros muy suave, lo cual todos vieron y sintieron en cuantas islas por allí llegaron, y porque eran tantas que no se podían en singular nombrar cada una, púsoles el Almirante por nombre *el Jardín de la Reina*.

Y el día siguiente estando el Almirante en mucho deseo de haber lengua, vino una canoa a caza de peces, que así llaman ellos, caza, que cazan con unos peces otros, que traían atados unos peces por la cola con unos cordeles, y aquellos peces son de hechura de congrios y tienen la boca larga, toda llena de sosas, así como de pulpo, y son muy osados, como acá los lirones, y lanzándolos en el agua ellos van a pegarse a cualquier pece; de estos en el agua non los despegarán fasta que los saquen fuera, antes morirá, y es pece muy ligero, y desde que se apega tiran por el cordel muy luego en que lo traen atado, y sacan cada vez uno, y tómanlo en llegando a la lumbre del agua,

ansí que aquellos cazadores andaban muy desviados de las carabelas y el Almirante envió las barcas armadas y con arte que no les fuyesen a tierra, y llegados a ellos, les hablaron todos aquellos cazadores como corderos mansos sin malicia, como si toda su vida los obieran visto, que se detuviesen con las barcas porque tenían uno de estos peces pegado en fondo a una grande tortuga, fasta que la hobiesen recogido dentro en la canoa, y así lo hicieron, y después tomaron la canoa, y a ellos con cuatro tortugas, que cada una tenía tres codos en luengo, y los trujeron a los navíos al Almirante; y allí aquellos le dieron nuevas de toda aquella tierra y islas, y de su cacique, que estaba allí muy cerca, que los había enviado a cazar, y rogaron al Almirante que se fuese allá, y que le harían gran fiesta, y diéronle todas cuatro tortugas, y él les dio muchas cosas de las que llevaba, con que fueron muy contentos, y preguntóles que si aquella tierra era muy grande, y ellos respondieron que al Poniente no tenía cabo, y dijeron que toda aquella mar al Austro; y Poniente era llena de islas, y dioles licencia; y ellos le preguntaron cómo se llamaba, y ellos le dijeron el nombre de su cacique, y volvieron a su ejercicio de pescar.

CXXVII. DE LA TIERRA DONDE LOS HOMBRES COMEN PERROS, Y LOS ENGORDAN CON PESCADO PARA ELLO, Y DEL SUAVÍSIMO OLOR DE LA TIERRA.

Partió el Almirante de allí por entre aquellas islas por las canales mas navegables, siguiendo al Poniente, no se desviando de tierra firme, y después de con buen tiempo haber andado muchas leguas, falló una isla grande y al cabo de ella una gran población; y aunque las carabelas llevaban buen tiempo, surgieron allí, y fueron a tierra; mas no hallaron persona alguna, que todos huyeron y dejaron el lugar; creyóse ser gente que se gobernaba de pescados; allí hallaron infinitas conchas de tortugas que tenían por aquella playa; allí hallaron todos juntos cuarenta perros, no grandes ni muy feos, no ladraban, parecía estar criados a pescado, y cebados. Supieron como los indios los comían, y que tienen tan buen sabor como acá cabritos en Castilla, porque algunos castellanos los probaron. Tenían allí aquellos indios muchas garzotas mansas, y otras muchas aves, y el Almirante mandó que no les tomasen ninguna cosa, y partióse de allí con sus navíos.

Y luego hallaron otra isla mayor que aquella, y no curaron de ella, mas enderezaron a unas montañas que vieron muy altas de la tierra firme, que estaban de allí catorce leguas, y allí hallaron una gran población, y el Cacique y los demás habitantes de muy buena conversación, y de muy buen trato, y allí dieron muy buen refresco al Almirante y a su gente de pan, y frutas y agua; y preguntóles el Almirante si aquella tierra se andaba mucho al Poniente adelante, y respondió el Cacique, que con otros viejos de su tiempo que lo sabían, ca era hombre viejo, que aquella tierra era grandísima y jamás oyó decir que tuviese cabo, mas que adelante sabría mas de la gente de Magon, de la cual provincia ellos estaban comarcanos.

Navegaron el siguiente día al Poniente, siguiendo siempre la costa de la tierra, y anduvieron muchas leguas siempre por islas mas grandes, y no tan espesas como primero; llegaron a una sierra muy grande y muy alta, que andaba mucho adentro en la tierra, tanto que no se pudo ver el fin de ella; y de la parte de la mar de ella había poblaciones infinitas, de las cuales luego vinieron a los navíos gente infinita con fruta y pan, y agua, y algodón hilado, y conejos, y palomas, y de otras mil maravillas de aves de otras maneras, que no hay acá, cantando por fiesta, creyendo que aquella gente y navíos venían del cielo; y aunque el indio intérprete que llevaba el Almirante les decía que era gente de Castilla, creían que Castilla era el cielo, y que el Rey y la Reina Señores de aquellos navíos cuya era aquella gente, estaban en el cielo. Llámase aquella provincia *Ornophay*; llegaron allí una tarde y habían andado en poca agua, y allá no pudieron hallar hondo, y el viento de la tierra los echaba fuera y estuvieron una noche allí a la cuerda pairando, que no les pareció una hora de mano por el suavísimo olor que de la tierra venia, y el cantar de los pájaros y de los indios, que era muy maravilloso y contentable; allí dijeron al Almirante que adelante de allí era *Magon*, donde todas las gentes tenían rabo, como las bestias o alimañas, y que a esta causa los hallarian vestidos,

lo cual no era así, mas parece que entre ellos hay este crédito de oídas, y los simples de ellos lo creen ser así con su simpleza, y los discretos creo yo que no lo creerán, porque parece que ello fue dicho primeramente por burla, haciendo escarnio de los que andaban vestidos, como dice Juan de Mandavilla en el 74 cap. de su libro, que en las Indias en la provincia de la Moré todos andan desnudos como nacieron, y que hacen burla de los que andan vestidos; y dicen que es gente que no creen en Dios, que hizo a Adán y a Eva nuestros padres, el cual los hizo desnudos, y dicen que de lo que es natural, ninguno debe haber vergüenza; y así los de esta provincia de Ornophay como ellos todos andan desnudos, hombres y mujeres, hacen escarnio de los que oyen decir que andan vestidos, y el Almirante supo ser burla, que si algunos donde ellos decían andan vestidos, tampoco tienen rabo, como ellos dijeron. Dijeron allí también al Almirante que adelante había islas innumerables y poco hondo, y que el fin de aquella tierra era muy lejos, y tanto que en cuarenta lunas no le podría llegar a cabo; y ellos fablaban según el andar de sus canoas, que es muy poco, que una carabela andaría mas en un día, que ellos en siete.

CXXVIII. DE LA MAR BLANCA.

Partió el Almirante de Ornophay el día siguiente con buen viento con sus carabelas, y cargó de velas, y anduvo muy gran camino fasta que entró en una mar blanca todo de un golpe, y pasó muchos bajos antes de llegar a ella, la cual mar era blanca como leche y espesa como el agua en que los zurradores adoban los cueros; y luego les faltó el agua, y quedaron en dos brazas de hondo, y el viento les acudió mucho, y estando en una canal muy peligrosa para volver atrás ni para surgir con los navíos, porque no podían volver atrás, ni virar sobre el ancla la proa al viento, ni había hondo para ello, porque siempre andaban rastreando el ancla por el suelo, y anduvieron así por estas canales de dentro de estas islas las diez leguas fasta una isla donde hallaron dos brazas y un codo de agua, y largura para estar las carabelas, y allí surgieron y estuvieron con muy grande pena pensando dejar la empresa, y que no harían poco en volver a donde habían partido; mas nuestro Señor, que siempre socorre a los hombres humillados de buena voluntad, les puso esfuerzo y puso en corazón al Almirante que siguiese adelante, y el día siguiente envió una carabela pequeña al fondo de aquella mar allí cerca a ver si fallaría agua dulce en la tierra firme, de que tenían todos los navíos mucha necesidad, volvió con la respuesta que a la orilla de la tierra era el lodo muy hondo y estaba dentro en la mar el arboleda tan espesa, que no entraría por allí un gato; había por allí tantas islas que eran tan espesas, y mas que en el Jardín ya dicho, y tantas arboledas en derredor de la orilla de la mar, que parecían muros, y juntos con aquellas arboledas había tierra alta, y muchas montañas y muy verdes, y en ellas parecían muchas humadas y grandes fuegos, y el Almirante determinó ir adelante, y navegó por aquellas canales entre aquellas islas, las cuales como dicho es, eran mas espesas que en el Jardín de la Reina, y navegó fasta que llegaron a una punta muy baja de tierra, a la cual el Almirante le puso nombre la *Punta del Serafín*; allí hobieron muchos trabajos, que muchas veces se vieron con los navíos en seco; y dentro de esta punta la tierra bajaba al Oriente, y se descubrían al Septentrión montañas muy altas lejos de esta punta y entre medias limpio de islas, que todas quedaban al Austro y al Poniente.

Ovieron allí el viento bueno y hallaron allí tres brazas de hondo de agua, y el Almirante determinó tomar el camino de aquellas montañas, a las cuales llegó otro día siguiente y fueron a surgir a un palmar muy fermoso y muy grande, donde hallaron fuentes de agua muy dulce y buena y señal que allí había estado gente.

Acaeció allí que estando forneciendo los navíos de leña y agua, salió un balletero de las carabelas a caza por la tierra con su ballesta, y alejado un poco se halló con obra de treinta indios, y el uno de ellos era vestido con una túnica blanca hasta los pies; y se halló tan súbito sobre ellos, que pensó por aquel vestido que era un fraile de la Trinidad que iba allí en la compañía, y después vinieron a él otros dos con túnicas blancas, que les llegaban abajo de las rodillas, los cuales eran tan blancos como hombres de Castilla en color; entonces hobo miedo, y dio voces, y volvió huyendo a

la mar, y vido que los otros se estaban quedos y el de la túnica cumplida venia tras de él llamándolo, y él nunca osó esperar; y así fuyendo se vino a los navíos, y el Almirante desque lo supo envió allá por saber qué gente era, y cuando fueron no hallaron a ninguno, y creyeron. que aquel de la túnica cumplida sería el Cacique de ellos.

El día siguiente envió el Almirante veinte y cinco hombres bien armados, que anduviesen ocho o diez leguas por la tierra adentro, hasta hallar gente, y andando un cuarto de legua hallaron una vega que andaba de Poniente a Levante y luengo de la costa, y por no saber el camino quisieron travesar la vega, y nunca pudieron andar con yerba tanta y tan entretejida, y volviéronse cansados como si obieran andado veinte leguas, y dijeron que por allí era imposible poder andar la tierra, que no había caminos ni vereda. Otro día fueron otros al luengo de la playa y hallaron rastros de bestias grandísimas de cinco uñas, cosa espantable, y juzgaban que fuesen grifos, y de otras bestias, que juzgaban que fuesen leones, y también se volvieron atrás. Allí hallaron muchas parras y muy grandes, y cargadas de agraz, que cubrían todos aquellos árboles, que era maravilla de ver. Tomó el Almirante de aquel agraz una espuerta llena, y de los trozos de las parras, y de la tierra blanca de la mar para mostrar, y para enviar a el Rey y a la Reina; también allí había muchas aromáticas frutas, como en los otros lugares susodichos, también había allí grullas mayores dos veces que las de acá de Castilla.

Visto el Almirante que había dejado la punta del Serafin, a donde la tierra bajaba a el Oriente y había atravesado a las montañas al Septentrión, navegó de allí al Oriente por la misma costa hasta que vido que la una costa y la otra se juntaban y hacían seco; volvieron atrás otra vez al Poniente, y aunque andaban los navíos y gente muy cansada, pensó el Almirante navegar al Poniente a unas montañas que había visto lejos treinta y cinco leguas de donde había tornado el agua, y andando las nueve leguas hallaron una playa y tomaron el Cacique de ella, el cual como ignorante y persona que no había salido de aquellas montañas, que les dijo que era la mar muy honda y baja al Septentrión y muy gran número de jornadas, levantaron las áncoras, y siguieron su viaje muy alegres, pensando que sería como él les había dicho, y andando ciertas leguas se hallaron embarazados entre muchas islas, y en muy poco fondo, de manera que no hallaban canal que los consintiese pasar adelante, y a cabo de un día y medio por una canal muy angosta y baja por fuerza de anclas y cabestral hobieron de pasar los navíos casi una braza por la tierra en seco, hasta haber andado bien dos leguas, a donde hallaron dos brazas y media de agua, en que navegaron los navíos, y anclando mas adelante hallaron tres brazas; allí vinieron muchas canoas a los navíos, y las gentes de ellas decían que las gentes de aquellas montañas tenían un Rey de grande estado; y ellos parecía lo tenían en maravilla, el modo y suma de religión y su grande estado, diciendo que tenía infinitas provincias, y que le llamaban Santo, y que traía túnica blanca que le arrastraba por el suelo, y así siguieron aquel camino siempre por la costa de la mar con tres brazas de agua de hondo, y después de navegado cuatro días y pasadas las montañas, que quedaban mucho al Oriente, y siempre hallaron la costa de la mar así anegada y arboledas espesas, cerca de ella como dicho es, que era imposible entrar por ellas, y estando metidos con los navíos en un seno por donde otra vez la tierra volvía al Oriente, vieron unas montañas muy altas allí donde aquella tierra hacía cabo, lejos de ellos veinte leguas.

Determinó el Almirante ir ella, pues la mar no cogía al Septentrión, y era de muy grandísimo hondo, como el Cacique había dicho y dijo que por allí por donde el Almirante quería ir que en cincuenta lunas no hallaría cabo, y que así lo había oído decir. Navegaron por de dentro de muchas islas, y al cabo de dos días con sus noches llegaron a las montañas que habían visto, que era un cherrojo tan grande como el de la Aurea como la isla de Córcega. Cercáronla toda, y nunca pudieron hallar entrada para ir a la tierra adentro, porque era la tierra así llena de lodo y de árboles espesos, como la otra que dicho es, y las ahumadas de gentes eran en la tierra adentro muy grandes y muchas. Estuvieron allí por aquella costa siete días buscando agua dulce, de que tenían necesidad, la cual hallaron en la tierra de parte de Oriente en unos palmares muy lindos, y allí hallaron nácares y grandísimas perlas; vieron que allí habría buenas pesquerías si las continuasen; después que tornaron agua y leña navegaron al Austro siguiendo la costa de la tierra, y después al Poniente,

siguiendo siempre la costa de la tierra firme fasta que los llevaba al Suroeste y parecía que habían de llevar por aquella vía grande número de jornadas, y al Austro vieron toda la mar llena de islas después de haber andado gran pieza de donde habían partido, y aquí los navíos estaban muy desconcertados por las muchas dadas en lo bajo, y las cuerdas y aparejos gastados, y la mayor parte de los mantenimientos muy perdidos, en especial el bizcocho, por la mucha agua que habían los navíos, y toda la gente estaba muy cansada y temerosa de mantenimientos, y dudando que la sazón de los vientos a la vuelta les podrían ser adversos: habían andado hasta allí desde el cabo de Alfaeto mil y doscientas y ochenta y ocho millas, que son trescientas veinte y dos leguas, en que habían descubierto muy muchas islas, según dicho es, y la tierra firme.

Entonces acordó el Almirante dar la vuelta por otro camino, y no por donde habían ido, y volver por Jaime, el cual nombre de Santiago el Almirante le había puesto, y acabar de redondear toda la parte del Austro que les había quedado por andar, y así dieron la vuelta pensando poder pasar dentro de unas islas que allí estaban, en las cuales nunca hallaron canal, y les fue forzado volver atrás por un brazo de mar por donde habían navegado hasta la punta del Serafín a las islas donde primero habían surjido en la mar blanca.

CXXIX. DE LOS CUERVOS MARINOS QUE VIERON, Y MARIPOSAS, Y TORTUGAS MUY GRANDES.

Viniendo de vuelta, después que hobieron pasado las casas del cacique susodicho una jornada; un día antes que el sol saliese, vieron venir de mar en fuera al camino de la tierra más de un cuento y medio de cuervos marinos todos juntos, y lo hobieron por maravilla tanta multitud de cuervos; y el día siguiente vinieron a los navíos tantas mariposas, que escurecían el aire del cielo y duraron ansí hasta la noche, que las destruyó una grande agua que llovía, y truenos con ella: también desde donde dejaron la tierra donde decían que estaba el Rey Santo para ir al Teroneso a quien de San Juan Evangelista pusieron el nombre, bien que en todo el viaje vieron que había muchas tortugas y muy grandes; empero muchas más vieron en estas veinte leguas, ca la mar era toda cuajada de ellas y muy grandísimas, y tantas que parecía que los navíos se querían encallar en ellas, y así rugían entre ellas. Tiénenlas los indios en gran precio y por muy buen manjar, y sanas y sabrosas.

CXXX. DE LA PROVINCIA DE ORNOPHAY Y DE DONDE EL ALMIRANTE FIZO DECIR MISA Y DEL RECIBIMIENTO QUE EL CACIQUE DE AQUELLA TIERRA LE FIZO.

Partieron de allí y navegaron por un brazo de mar blanco, como lo es todo lo otro de por allí, y muy poco hondo, y andadas pocas leguas llegaron al cabo de las muchas islas donde habían surjido la primera vez en la mar blanca, que fue maravilla de nuestro Señor acertar a venir allí y milagro, mas que no por saber ni ingenio del hombre. Dende vinieron fasta la provincia de Ornophay con no menos peligro del pasado, y allí surgieron en un río, y fornecieron los navíos de agua y leña para navegar a el Austro y no volver por donde habían ido, y dejar el Jardín de la Reina a la mano izquierda, y así vinieron, y no se pudieron escusar de comunicar con muchas islas que hasta entonces no habían visto. Aquí como es dicho es la tierra montañosa y fertilísima, y gente mansa en gran manera; y muy abundosa de frutas, y de viandas, que de todos les dieron muy gran parte, y eran frutas suavísimas y aromáticas; allí les trujeron infinitas aves, papagayos, y de otras aves, y las más de ellas eran palomas y muy grandes, y tan sabrosas como perdices de acá de Castilla, y tenían el papo lleno de flores, que olian más que azahár de los naranjos.

Allí hizo el Amirante decir misa, hizo plantar una cruz de un gran madero, así como acostumbraba facer en todos los otros cabos donde llegaban y le parecía qué convenía; era Domingo cuando al Almirante dijeron misa, y él descendió en tierra, y el Cacique de allí era hombre muy honrado, y Señor de mucha gente y familia, cuando vido al Almirante descendido de la barca en

tierra, le tomó de la mano, y otro indio de más de ochenta años que venia con él le tomó de la otra mano haciéndole mucha fiesta, y traía aquel viejo un ramal de cuentas de piedra mármol al pescuezo, las cuales tienen ellos allá en gran precio, un cestillo de manzanas en la mano, las cuales luego dio al Almirante así como discindió de la barca en presente; y el Cacique, y el viejo y los otros andaban desnudos como nacieron sin ningún empacho, así como andan en todas las otras partes de la tierra descubierta por el Almirante Colón; y así por las manos fueron y todos los otros indios en pos de ellos fasta donde el Almirante fue a facer su oración y oír misa adonde había mandado aparejar para ello.

Y después que el Almirante acabó su oración, el viejo indio con muy buen semblante y osadía fizo allí razonamiento y dijo que él había sabido como el Almirante corría y buscaba todas las islas y tierra firme de aquellas partes, y que supiesen que allí estaban en la tierra firme de allá, y dijo al Almirante que no tomase vanagloria, puesto caso que toda la gente le hobiese miedo, porque él era mortal como los otros hombres, y comenzó por palabras y señas figurando en su persona como todos los hombres nacieron desnudos y tenían alma inmortal, y que del mal de cada miembro el ánima era la que se dolía y que al tiempo de la muerte del desprendimiento del cuerpo sentía muy gran pena, y que iban al Rey del Cielo, o en el abismo de la tierra, según el bien o mal que habían fecho o obrado en el mundo; y porque él conoció del Almirante que había placer de lo oír, él se alargaba más en el razonamiento con tales señas que todo lo entendía el Almirante.

Y el Almirante le respondió por intercesión del indio intérprete que traía, que había venido a Castilla, el cual entendía bien la lengua castellana y la pronunciaba, y era muy buen hombre y de muy buen ingenio; y respondió que él no había lecho a persona ninguna mal, ni era venido por facer mal a los buenos, salvo a los malos, y que antes hacía bienes y mercedes a los buenos y mucha honra, y que esto era lo que los Señores suyos el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, muy grandes Reyes de España, le habían mandado, y el indio respondió, muy maravillado al intérprete, diciendo: «¿Cómo, este Almirante tiene otro Señor a quien obedece?» Y el intérprete indio dijo: «*Al Rey y a la Reina de Castilla, que son los mayores Señores del mundo*»; y de aquí les contó al Cacique y al viejo, y a todos los otros indios las cosas que él había visto en Castilla y las maravillas de España, y de las grandes ciudades y fortalezas, y iglesias, y gentes, y caballos, y alimañas, y de la grande nobleza y riqueza de los Reyes y grandes señores, y de los mantenimientos, y de las fiestas y justas que había visto, y del correr de los toros, y de las guerras lo que había sabido, y todo se lo recontó muy bien y en forma que el viejo y los demás se gozaron y holgaron mucho por lo saber; y lo comunicaban los unos a los otros; y el viejo dijo que él quería venir a ver tales cosas, y se determinaba de se venir con el Almirante, salvo por impedimento de su mujer y hijos que lloraban, y por esto por piedad de ellos lo dejó con mucha pena, y el Almirante tomó otro mancebo de allí, que trujo sin escándalo de la tierra, el cual con el otro Cacique que traía, que había tomado, envió a el Rey y a la Reina, después de él venido del viaje a la Española.

Todas aquellas gentes isleñas y de la tierra firme de allá, aunque parecen bestiales y andan desnudos, según el Almirante y los que con él fueron este viaje, les parecieran ser bien razonables y de agudos ingenios, los cuales todos huelgan mucho de saber cosas nuevas, como hacen acá los hombres que desean saber todas las cosas, que aquello no nace sino de viveza y agudo ingenio, y son aquellas gentes muy obedientes y muy leales a sus Caciques, que son sus Reyes y señores, y los tienen en muy gran cuenta, y honra; y luego donde quiera que las carabelas llegaban hacían saber cualesquier indios que allí estuviesen el nombre de su Cacique, y preguntaban por el nombre del Cacique de las carabelas para replicarlo entre ellos, y el uno con el otro lo replicaban porque no se les olvidase, y después preguntaban cómo llamaban a los navíos, y si venían del Cielo, o dónde venían, y aunque les decían que era gente de Castilla, ellos pensaban que Castilla era en el Cielo, porque ellos no tienen ningunas letras, ni saben de leyes, ni de historias, ni saben qué cosa es leer, ni leyenda, ni escriptura, y por esto están tan ignorantes; y ellos dicen que los de Magan andan vestidos porque tienen rabo, por cobijar aquella fealdad, y tienen por injuria entre ellos andar vestidos, como dicho es.

La tierra es tan fértil en lo que se puede conocer por todas aquellas islas y tierra de aquellas mares, que aunque fuesen muchas mas gentes y fuesen cien veces otros tantos les sobrarían los mantenimientos. Bien puede haber en la tierra adentro otros regimientos y otras diferencias y modos de gentes y cosas extrañas, que no puede ser menos, las cuales de este viaje no se pudieron ver ni saber. Despidióse el Almirante de aquel Cacique, y de aquel viejo honrado, su privado o pariente, de Ornophay, y con mucha amistanza y con muchas obligaciones.

CXXXI. DE CÓMO EL ALMIRANTE SE PARTIÓ DE ALLÁ Y DE LO QUE ANDUVO, Y DE CUANTAS LEGUAS PUEDE ANDAR UNA CARABELA, Y DE CÓMO APORTARON A UNA ISLA DE MUCHAS POBLACIONES, Y DEL CACIQUE QUE SE METIÓ CON SU MUJER Y SU CASA EN LA CARABELA PARA VENIR CON EL ALMIRANTE; Y DE CÓMO VOLVIÓ A LA ESPAÑOLA; Y DEL FIN DE ESTA ESCRITURA, Y DE LA MUERTE DEL DICHO ALMIRANTE.

Partió el Almirante de la provincia de Ornophay del Rio de las Misas a que puso nombre, navegaron al Austro para dejar el Jardín de la Reina, que eran muchas islas verdes y hermosas, a la mano izquierda, por el peligro de navegar que primero a la ida habían pasado, vinieron a tener a la provincia de Macaca por causa de los vientos que le resistieron, y allí en toda la provincia los recibieron muy bien, y allí en un golfo muy grande, a donde puso el Almirante *Buen-tiempo* por nombre; allí navegaron al Poniente hasta que llegaron al cabo de la isla, y dende al Austro, hasta que llegaron a la tierra Bojía al Oriente, y así al cabo de ciertos días llegaron al monte Christalino, y de allí a la punta del Farol, y a la Baja, que es más al Levante once leguas, a donde hace fin la isla sobredicha: allí hobieron ciertos días de vientos contrarios.

Los marineros tienen que el común navegar de una carabela en un día son doscientas millas de cuatro en legua, que son en un día natural cincuenta leguas, en un día grande setenta y dos leguas, de estas les acaecieron al Almirante y a su gente en este viaje hartas jornadas, según ellos contaban, y escribió el Almirante en el libro que de ello hizo, y no parezca maravilla que navegando se pueda arbitrar el camino en cierto, mas antes se prueba por muy verdadero; porque muchas veces se vuelve el navío a la isla otra de donde salió, y no con el mismo tiempo y viento, salvo con el contrario y adverso; aquí consiste el saber del maestro y el remediarse al tiempo de la tormenta, nin se tiene por buen piloto o maestro aquel que aunque haya de pasar de una tierra a otra muy lejos sin ver señal de otra tierra alguna, que yerre diez leguas, aunque el tránsito sea de mil leguas, salvo si la fuerza de la tormenta le fuerza y priva de usar del ingenio.

Así que navegando ellos a la partida del Austro, fueron a surgir una tarde a una bahía adonde allí en aquella comarca había muchas poblaciones, y vino un Cacique de una muy grande población, que está en un alto a los navíos, y trájoles muy buen refresco, y el Almirante les dio a él y a los suyos de las cosas que él tenía, y les agradaban, y el Cacique preguntó de dónde venían, y como llamaban al Almirante, y el Almirante respondió, que él era vasallo de los altos y esclarecidos Reyes el Rey y Reina de Castilla, sus Señores, los cuales le habían enviado en aquellas partes a saber y descubrir aquellas tierras y honrar mucho a los buenos y destruir a los malos, y esto fue por intercesión del Indio intérprete que fablaba, de lo cual el dicho Cacique se holgó mucho, y preguntó muy por extenso al indio de las cosas de acá, y él se las contó mucho por extenso, de lo cual el Cacique y los otros indios muy maravillados se holgaron mucho, y estuvieron allí hasta la noche, y se despidieron del Almirante.

Y otro día partió el Almirante de allí y ya que iba a la vela con poco viento, vino el Cacique con tres canoas y alcanzó al Almirante, cual venia tan concertado que no es dejar de escribir la forma de su estado; la una de las canoas era muy grande como una grande fusta y muy pintada; allí venia su persona y la mujer y dos fijas, la una de fasta diez y ocho años, muy fermosa, desnuda del

todo como allá acostumbran, muy honesta, la otra era menor, y dos niños muchachos sus fijos, y cinco hermanos, y otros criados, y los otros todos debían de ser sus criados y vasallos; traía él en su canoa a un hombre como alferez, éste solo venia en pie a la proa de la canoa con un sayo de plumas coloradas, de hechura de cota de armas, y en la cabeza traía un grande plumaje que parecía muy bien, y traía en la mano una bandera blanca sin señal alguna; dos o tres hombres venían con las caras pintadas de colores de una mesma manera, y cada uno traía en la cabeza un gran plumaje de hechura de celada, y en la frente una tableta redonda tan grande como un plato, y pintadas así la una como la otra de una misma obra y color, que no había diferencia, así como en los plumajes, y traían estos en la mano un juguete con que tañían: había otros dos hombres así pintados en otra forma; estos traían dos trompetas de palo muy labradas de pájaros y otras sutilezas; el leño de que eran era muy negro, fino, cada uno de estos traía un muy lindo sombrero de plumas verdes muy espesas, de muy sutil obra: otros seis traían sombreros de plumas blancas, y venían todos juntos en guarda de las cosas del Cacique.

El Cacique traía al pescuezo una joya de arambre de una isla, que es en aquella comarca, que se llama *Guanique*, es muy fino, y tanto que parece oro de ocho quilates, era de hechura de una flor de lis, tamaña como un plato, traíala al pescuezo con un sartal de cuentas gordas de piedra mármol, que también tienen ellos allá en muy gran precio, y en la cabeza traía una gran guirnalda de piedras menudas verdes y coloradas puestas en orden, y entremedias algunas blancas mayores, a donde bien parecían, y traía mas una joya grande colgada sobre la frente, y a las orejas le colgaban dos grandes tabletas de oro con unas sartitas de cuentas verdes muy menudas; traía un cinto, aunque andaba desnudo, ceñido de la misma obra de la guirnalda, y todo lo otro del cuerpo descubierto; y así mismo su mujer venia adornada, desnuda, descubierta, salvo un solo lugar de su miembro, que de una cosilla no mayor que una hoja de naranjo de algodón traía tapado; traía en los brazos debajo del sobaco un bulto de algodón hecho como los brahones de los jubones antiguos de los franceses, traía otros dos como aquellos y más grandes en cada pierna el suyo como ahorcas también de algodón abajo de las rodillas; la hija mayor y más hermosa toda andaba desnuda, un solo color de un cordón de piedras muy negras y muy menudas solamente traía ceñido del cual colgaba una cosa de hechura de hoja de yedra de piedras verdes y coloradas pegadas sobre algodón tejido; la canoa grande venia entre las dos, y más con una poca de ventaja adelante, y luego como llegó este Cacique a bordo del navío comenzó de dar a los maestros y gente cosas de su comarca.

Era de mañana y el Almirante estaba rezando, y no vido tan ahina las dádivas y determinación de la venida de este Cacique, el cual luego entró en la carabela con toda su gente, y cuando el Almirante salió ya tenía enviados los vasallos que volviesen las canoas a tierra, y iban ya lejos, y luego que vido al Almirante se fue a él con cara muy alegre, diciendo: *«Amigo, yo tengo determinado dejar la tierra y irme contigo y ver al Rey y a la Reina y al Príncipe su hijo, los mayores Señores del mundo, los cuales tienen tanto poder que han sojuzgado acá tantas tierras por tí, que los obedeces y vas por su mandado todo este mundo sojuzgando, como he sabido de estos indios que contigo traes, y que en todo cabo están las gentes de tí tan temerosos que es maravilla, y a los caribes, que es gente innumerable y muy brava, les has destruido las canoas y casas y tornado las mujeres y fijos, y muerto de ellos los que no huían. Yo sé que en todas las islas de esta comarca, que es infinito número de gente y gran mundo, te temen y han gran miedo, y les puedes facer mucho mal y darlo si no obedecen al gran Rey de Castilla, tu Señor, pues ya conoces las gentes de estas islas y su flaqueza y sabes la tierra; pues antes que me tomes mis tierras y señoríos, yo me quiero ir contigo con mi casa en tus navíos a ver los grandes Rey y Reina tus Señores y a ver la tierra mas abundosa y rica del mundo, donde ellos están, y a ver las maravillas de Castilla, que son muchas, según tu indio me ha dicho.»*

Y el Almirante, habiendo compasión de él y de su fija, y de sus hijos y de su mujer, se lo estorbó viendo su inocencia y sana voluntad, y dijo, que él lo recibía por vasallo del Rey de España y de la Reina, y que por entonces se quedase, que aun le faltaba mucho por descubrir, y que tiempo habría de otra vuelta para cumplir su deseo, y hicieron amistad, y así se hobo de quedar con su gente

y casa.

El Almirante navegó dende al Austro y al Oriente por aquellas mares; entre otras islas pobladas de aquellas mismas gentes desnudas, según escribió dello el Almirante, de las cuales por no hacer tan larga escriptura dejó de escribir, y basta esta, porque toda la gente era como la susodicha.

Cuando volvió para la Española de donde había partido, vino a salir por entre las islas de los Caribes facia por donde había ido el segundo viaje. Ya no hacían cuenta de él en la Española ni de sus navíos, sino que pensaban que él fuese perdido, y en Castilla así mismo lo tenían, que habían escrito de la Española como no parecía tanto tiempo había, alegráronse con su venida los que lo bien querían, y por la contra, otros que le non tenían voluntad les pesó, porque no les dejó aprovechar a ninguno, ni rescatar cosa alguna, salvo todo para el Rey y Reina, porque había muy grandes gastos hechos en la demanda, y había muy grandes mormuraciones contra él. No halló cogido oro, ni hubo quien procurase de lo haber, ni quien lo supiese ni osase buscar por temor de los indios, mientras él fue en el dicho viaje. Desque fue venido, luego puso en obra de haber lo más que pudo, y por las discordias que hobo entre ellos fizo justicia de algunos de ellos, y otros envió presos' al Rey. Como hemos dicho, los gastos eran muy muchos, los provechos eran pocos hasta entonces, la sospecha que no había oro era muy grande así allá como acá en Castilla.

Ovieron falta de mantenimientos y llegó la gente a estar en mucha necesidad y necesidades, lo cual remedió de acá el Señor Don Juan de Fonseca, Obispo de Badajoz que fue, y después de Córdoba, y después de Palencia, que tenía el cargo de proveer. Ovo quien fizo entender al Rey y a la Reina que siempre sería más el gasto que el provecho, de manera que enviaron por el Almirante, y vino en Castilla en el mes de Junio de 1496 años, vestido de unas ropas de color de hábito de fraile de San Francisco, de la observancia, y en la hechura poco menos que hábito, y un cordon de San Francisco por devoción, y trujo consigo algunos indios que antes que él de allí partiese él había prendido, al gran Cacique Caonaboa, y a un su hermano, y a un su fijo de fasta diez años, no en pelea, salvo desque los aseguró y después diz que dijo que los traía a ver al Rey y a la Reina para después volverles en su honra y estado. Traía al Caonaboa y a un su hermano de fasta 35 años, a quien puso por nombre Don Diego, y a un mozuelo sobrino suyo, fijo de otro hermano, y murióse el Caonaboa en la mar o de dolencia o poco placer. Traía un collar de oro el dicho Don Diego, hermano del dicho Caonaboa, que le facía el Almirante poner cuando entraba por las ciudades o lugares, hecho de eslabones de cadena, que pesaba seiscientos castellanos; el cual yo vi y tuve en mis manos, y por huéspedes en mi casa al dicho Señor Obispo, y al Almirante, y al dicho Don Diego. Trujo entonces el Almirante muchas cosas de allá de las del uso de los índios, coronas, carátulas, cintos, collares y otras muchas cosas entretejidas de algodón, y en todas figurado el diablo en figura de gato, o de cara de lechuza, o de otras peores figuras, de ellas entalladas en madero, de ellas hechas de bulto del mesmo algodón, o de lo que era la alhaja. Trujo unas coronas con unas alas y en ellas unos ojos a los lados de oro, y en especial traía una corona que decían que era del Cacique Caonaboa, que era muy grande y alta, y tenía a los lados estando tocada unas alas como adarga y unos ojos de oro tamaños como tazas de plata de medio marco, cada uno allí asentado, como esmaltados, con muy sutil y extraña manera y allí el diablo figurado en aquella corona, y créese que así se les aparecía, y que eran idólatras, y tenían al diablo por señor.

Los que de aquellos indios que trujo vivieron presentó con las cosas y oro que trujo a el Rey y a la Reina, de los cuales fue muy bien recibido, y hobieron mucho placer de ver las cosas extrañas y de saber de lo descubierto; y aunque el Almirante tenía hartos contrarios, que no lo podían tragar por ser de otra nación y porque sojuzgaba mucho en su capitanía y cargo, a los soberbios y adversos. Y estuvo esta vez el Almirante en la corte en Castilla, y en Aragón, más de un año, que con las guerras de Francia no le podían despachar, y después hobo licencia y flota, y despachos de Sus Altezas, y estando él en la corte se negoció y concertó, y se dio licencia a otros muchos capitanes que la procuraron para ir a descubrir, y fueron y descubrieron diversas islas.

Partió el Almirante de vuelta a las Indias en fin del mes de Agosto del año de 1497 con tres

carabelas, y atinó hacia ciertas islas donde no había llegado en las partes del Austro en par de las islas de los Caribes, y descubrió y halló la isla de las perlas, y no quiso que rescatasen, salvo muy poca cosa por de muestra, de que los marineros fueron de él muy mal contentos, porque les había dicho que de lo que Dios les diese y echase en encuentro en aquel viaje, que partiría con ellos, y después díjoles que el Rey y la Reina lo enviaban a descubrir por aquella vía, y no a rescatar, y siguió su viaje de vuelta a la Española, y llegado en ella dio forma en las minas del oro y en las poblaciones, donde trabajó mucho, y halló muy grandes minas de oro como él creía que las había, y lo decía, y no era creído de muchos, así caballeros como marineros y escuderos, y gente común, que hacían burla de su hablar; y fechas minas y dada orden muy agudísima en el buscar el oro, pasó cerca de un año, que no pudo hallar la abundancia de él, y en el año de 1499 comenzó de hallar la abundancia y en el año de 1500, y como se cogía todo en nombre del Rey y de la Reina, aunque pagaban algo a los que trabajaban en las minas, como el Almirante lo recibía y adquiría todo, había muchas mormuraciones contra él, y él se engorrió y tardó de enviar el oro al Rey algo más de lo que debía, en tal manera que hobo quien escribió de allá o vino acá a decir a el Rey y a la Reina que encubría el oro, y que se quería enseñorear de la isla, y otros que la quería dar a genoveses, y otras muchas cosas, de lo cual lo menos, o ninguna cosa se debiera creer que él tal hiciera, y el Rey mandó un gobernador, llamado Fulano de Bobadilla, a la Española, y envió por el Almirante, el cual dicho gobernador se lo envió en ramo de preso con el oro que tenía, el cual aportó a Cádiz en el verano del año de 1501, y presentado al Rey con el oro que trujo, y él dado su descargo, el Rey le mandó, que porque así convenía a su servicio, que no entrase jamás en la isla Española, y por los servicios que había fecho confirmóle su Almirantazgo para siempre con sus derechos y rentas, y que anduviese en la corte o estuviese en Castilla donde él quisiese, y díjole, que en esto creyese que le hacía mucha honra y merced, y que le quitaba del peligro de los castellanos, que estaban muy indignados contra él, y que si allá volviese no podría escusar el alboroto y escándalo, que sería dar a los indios mal ejemplo.

El Almirante, vista la voluntad del Rey y de la Reina, le suplicó a Sus Altezas, le diesen licencia para ir a descubrir por la vía del Septentrión el costado derecho de la tierra firme, que le había quedado por descubrir, porque aun cuando su voluntad fue el ir aquella vía cuando desde allá fue a descubrir la tierra firme, lo echó por la otra banda, y el Rey le dio licencia, y fue con tres navíos a descubrir por el Septentrión, y hobo en el viaje muchos siniestros y afrentas y fortunas después de haber pasado allende de la Española, que halló las mares muy bravas, y no pudo andar tanto cuanto él quisiera, y aunque descubrió en el viaje muchas islas, según él escribió, su propósito no pudo haber el efecto que deseaba, y en algunos puertos con las fortunas estuvo retraído algunas distancias de tiempo, que le impidieron el descubrir, y del mucho navegar, o del mucho trabajo, o del humor de aquellos mares, que de tal manera pegan en los navíos, se les comieron de bruma, y maravillosamente él y la gente escaparon en uno a una isla cerca de la Española. El navío iba también muy perdido, donde por vía de indios el gobernador supo de él, y enviaron por él, y lo trujeron con la gente que había ido con él a la Española, y dende lo envió en Castilla, y lo trujo Diego Rodríguez Cómite, vecino de Triana, el año de 1504, a cerca de Navidad, el cual dicho Almirante Don Cristóbal Colón, de maravillosa y honrada memoria, natural de la provincia de Génova, estando en Valladolid el año de 1506, en el mes de Mayo, murió *in senectute bona*, inventor de las indias, de edad de 70 años poco más o menos. Nuestro Señor lo ponga en gloria. Amen.

DEO GRATIAS.

Por ahora no quiero escribir más del descubrir de las Indias, pues a todos es notorio, y hay otros muchos que lo descubren, y sábenlo escribir, y recuentan lo que ven por toda España. Sucedióle su mayor hijo en el Almirantazgo y rentas y honras que él por su trabajo, y industria y buena ventura ganó en la buena ventura y buena dicha del Rey y de la Reina, que para ello le aparejaron y dieron.

CXXXII. DE LA ISLA DE LA PALMA EN CANARIAS. DEL MAESTRAZGO DE SANTIAGO.

En el nombre de Dios: aunque sepáis muy breve la toma de la isla de la Palma, porque explicadamente no lo supe, me pareció no ser cosa para dejarla de escribir, pues no hay memoria nin escriptura que de infieles y gente bestial la viese quitada, nin señoreada pacífica de otra nación, fasta el tiempo de la buena ventura del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel; fue de esta manera: Alonso de Lugo, caballero ciudadano de la ciudad de Sevilla, de noble generación, hombre pacífico y de muy buena condición y sana conciencia, agudo y de buen corazón, y ingenio, cuidadoso de ganar honra, y de servir a Dios y a Sus Altezas del Rey y de la Reina, en conquistar las gentes bárbaras y idólatras, ignorantes y enemigas de la fe católica; este fue un capitán con Pedro de Vera, el gobernador, en ganar la isla de la gran Canaria, como atrás dicho es. Este hobo heredamiento allí en Gran Canarias, y quedóse allí viviendo, y cuando vido tiempo conveniente demandó a el Rey y a la Reina la conquista de la isla de la Palma, que es una de las siete islas de Canarias, la cual tomó y se obligó con la ayuda de Dios de la conquistar y ganar a su costa y espensas, con condición que las cabalgadas y despojos que dello hobiese fuesen para él, para el gasto de la gente; y conquistóla el año de 1493 años, y se hobo de ella la victoria, y ganóla, y hobo de cabalgada y despojos mil y ducientas ánimas varones y mujeres, chicos y grandes, y veinte mil cabezas de ganados cabruno y ovejuno, y dio la isla desempeñada a Sus Altezas. Eran las gentes de esta isla todos desnudos, salvo de pellejos de cabras se cubrían y aprovechaban en lugar de paños y de lienzo; alcanzaban asaz mantenimientos de raíces de yerbas y de granas, y con leche y manteca y carne se mantenían, y con pescado.

Murió el muy honrado caballero y muy leal a la corona real el Maestre de Santiago Don Alfonso de Cárdenas, en la villa de Llerena, el año de 1493 años, de su muerte natural, en el mes de Julio, *in senectute bona*, de setenta años o poco menos; fue sepultado allí en la iglesia del Apóstol Santiago; el Señorío pasó al Rey y a la Reina, del cual el Papa Alejandro VI les fizo merced por sus vidas, en galardón de los trabajos y gastos de la santa guerra que a los moros ficeron; y así el Rey y la Reina sucedieron en el Maestrazgo de Santiago, después de haber tomado el de Calatrava.

CXXXIII. DE TENERIFE ISLA DE CANARIAS.

Después que Alonso de Lugo hobo la victoria de la isla de la Palma, demandó al Rey y a la Reina la conquista de la isla de Tenerife, que era la última y setena de las Canarias, y una de las mejores, y la mayor de gentes, que en ella había infinitos ganados y de cabras, y ovejas, y puercos, y muchas gentes y señoríos, en que había nueve grandes señores o capitanes a quien ellos llamaban.

Esta tierra es por la mayor parte fortísima y muy áspera de hollar, de sierras y cabezos, y en ella hay una sierra la más alta que hay en todas las islas de la mar, de quien los naturales de España dan noticia, que ella descubre por la mar cincuenta leguas o más; y visto por Sus Altezas la buena cuenta que de sí dio en la conquista de la Palma, cometiéronle el cargo de la conquista de Tenerife, el cual fizo su armada con gente de Sevilla y de esta Andalucía, y de las mismas islas de Canaria en los navíos que fueron menester, y arribaron en Tenerife, y tomaron tierra, y comenzaron de hacer la guerra a los *guanchos*, que ansí se llamaba aquella nación de gente de aquella isla, *guanchez*, y ellos respondieron que querían ser cristianos y libres, y no querían guerra, y que los dejasen en sus casas y sierras por vasallos del Rey y la Reina de Castilla, lo cual no le fue acogido por muchas causas; lo primero por los grandes gastos que estaban ya hechos de las gentes que sobre ellos iba; lo segundo porque ellos habían sido requeridos muchas veces que se diesen al Rey y a la Reina de Castilla y que fuesen cristianos y libres, y no habían querido; lo tercero que no confiaban de ellos aunque se diesen, y siendo ellos naturales y señores en sus tierras, temíase que cada que quisiesen se podían rebelar y alzar, por ser la tierra áspera; y por otras muchas razones no los recibieron.

Salvo los cristianos, con mucha codicia antes de haber esclavos, y esclavas y despojos, que no por servir a Dios, que así se decía que en la hueste no hablaban sino en las ganancias que de allí

habían de haber: les cometieron un día después de haber habido algunas divisiones entre los de la hueste: y yendo peleando en pos de los guanchez por una sierra, diéronse a flojera los cristianos y a mal recaudo, y los guanchez volvieron sobre ellos a pedradas muy esforzadamente, y los cristianos con su mal concierto volvieron huyendo malaventuradamente, que nunca el buen capitán Alonso de Lugo se lo pudo resistir, y los guanchez tomaron tanto esfuerzo a pelear y seguir en pos de los que huían, que desbarataron toda la hueste y siguieron el alcance hasta la mar, y allí de ellos se metieron en los navíos, y de ellos se arrojaron a la mar, y de ellos se enrocaban en los peñascos, barrancos y veras donde bate el mar, y allí los mataban, y de ellos desde que crecía la mar los ahogaba; así que murieron de los cristianos ochocientos hombres o poco menos; así fue aquel día la pelea malaventurada para los cristianos, y los que escaparon se volvieron con los navíos a la Gran Canaria, y dende cada uno en sus tierras.

Fue este gran desconcierto, o por los pecados de los cristianos y de su mala codicia que llevaban, o por la inobediencia que muchos de la hueste tuvieron al capitán mayor Alonso de Lugo, el consejo y mandado del cual muchos no quisieron tomar.

Esto así fecho, creció mucho la enemiga en el corazón del capitán Alonso de Lugo y en los corazones de sus amigos y valedores contra los guanchez, y vino en Castilla Alonso de Lugo, y demandó favor al Duque de Medina Conde de Niebla Don Juan de Guzmán, y fizo su partido con él, y le dio favor y ayuda y gente, con que luego el siguiente año de 1495 volvió con gran flota y gente sobre Tenerife con nobles capitanes, y tomaron tierra como la otra vez, y con mejor orden y concierto pelearon con los guanchez y los vencieron, y tomaron cautivos chicos y grandes, que uno no quedó, con todas sus haciendas y ganados, y así hobieron la victoria de la isla de Tenerife, y la metieron en el señorío de Castilla, del Rey y de la Reina, y aquí se acabó la conquista de las islas de Canarias.

Nuestro Señor Jesucristo sea loado por siempre jamás, Amen. El desbarato de los cristianos que en ella hobieron de la primera conquista fue en el año de 1494 en el mes de Abril. La toma y vencimiento que hobieron los cristianos fueron el siguiente de 1495 años; en las cuales guerras y tomas el dicho Alonso de Lugo ganó mucha honra, y riquezas y título que le dio el Rey y la Reina de Adelantado de las Canarias.

CXXXIV. DE CÓMO PUSIERON DEFENDIMIENTO SOBRE LAS MULAS EL REY Y LA REINA, PORQUE SE PERDÍA LA CABALLERÍA DE ESPAÑA.

En el año de 1494, habiendo visto el Rey y la Reina que de todos sus reinos de Castilla y León para la guerra de los moros, a duras penas podían llegar diez a doce mil hombres de a caballo, y había más de cien mil encabalgados en mulas, proveyeron de una premática con muy grandes penas, que ninguno, ni alguno caballero, Duque, ni Conde, ni otra dignidad, escudero, ni labrador viejo ni mozo, no fuese osado de cabalgar en mula enfrenada y en silla, so pena de que se la matasen, salvo la clerecía de orden sacra y las mujeres.

Hicieron al comienzo tales ejecuciones sobre ello las justicias del Rey, que se tuvo y mantuvo en tal manera, que Duques, Condes y Marqueses y todos los otros señores la temieron y mantuvieron todo el tiempo que vivió la Reina Dona Isabel, como si en la quebrantar hobiesen de perder la vida, y deshízose la caballería de las mulas muy presto, y valieron muy de balde, echáronlas a el uso de la albarda, y del trabajo de arar, moler, carretas, andar en harrías, y las muy famosas fueron vendidas fuera de los reinos; y el Rey mesmo dio tal ejemplo en esto, que jamás cabalgaba en mula, salvo siempre a caballo.

Algunos dijeron que esto se hizo por las guerras que se esperaban de Francia, porque la gente se encabalgase a caballos, y hobiese más gente de a caballo. Dije que se mantuvo esta premática muy bien y muy temidamente fasta que la Reina Doña Isabel falleció, y así lo dijo, y aun se tuvo y mantuvo hasta la venida del Rey Don Felipe y salida del Rey Don Fernando, que hasta allí ninguno

la oso quebrantar, salvo desde la Reina falleció, algunos de los Grandes del Andalucía, que por sus obras parecía desamar al Rey Don Fernando, la quebrantaron luego como la Reina falleció, algunos de los cuales quisieron luego ver vuelta en estos reinos, salvo que Nuestro Señor lo impidió, y en los comunes nunca hubo mudamiento, por la gracia y querer de Dios. Como comenzó de reinar Don Felipe luego se quebrantó y cabalgaron en mulas todos los que la pudieron alcanzar y los que quisieron. Esta premática y otras muy provechosas y conformes a justicia y a la pro y bien del Común se quebrantaron luego, y nunca hubo quien lo resistiese, y comenzó de reinar el el Rey Don Felipe.

CXXXV. CUÁNDO Y CÓMO EL REY CARLOS DE FRANCIA, FIJO DEL REY LUIS DE FRANCIA, ENTRÓ CON GRAN PODER EN LA ITALIA.

Este Rey de Francia fue hombre de mediano cuerpo, y feo de gesto y cuerpo, y de mala y fea composición, y así fueron sus fechos: no recibía consejo de los sabios ni de los antiguos, según de él se decía, antes seguía los apetitos de su voluntad. Era llevado en adquirir, de la honra, y grandes señoríos; placiánle mucho caballerías, batallas, gente de guerra; no creía que en el mundo había su par. De ligero movimiento, sin pensar muy bien, y sin cotejar la victoria y honra que de salir de sus reinos a tan lejanas tierras podría alcanzar, siendo vencedor, con la mengua y gastos, y pérdidas, y muertes de sus gentes que le podrían venir, siendo vencido, sin tener necesidad de justo título, salió de Francia en el mes de Septiembre del año de 1494 años con cuarenta mil hombres de guerra, y con muy grandes artillerías por tierra y mar, con intención de tomar para sí el reino de Nápoles, y por sojuzgar la Italia.

La causa y primero movimiento de esta guerra fue la muerte del buen Rey Don Fernando de Nápoles, fijo del ínclito y muy buen Rey y esforzado Don Alonso de Aragón; que como murió le subcedió su fijo Don Alonso, Duque de Calabria; llamábanle el Gancho, por lo mal señalado de ojos; el cual era hombre muy mal quisto en el reino, y habiánle muy gran miedo todos los caballeros de Nápoles, ca era muy esforzado, y muy osado para lo que quería facer; el cual había mandado matar y mató algunos grandes señores del reino, siendo Duque de Calabria, especialmente al Príncipe de Salerno y al Príncipe de Bisiniano, y mató de un linaje de Nápoles, que dicen los Garraños, que son grandes señores, muchos, y comenzando de reinar publicóse que el Papa Alejandro VI, que entonces tenía la silla, le envió a demandar setenta mil ducados de oro de tributo del reino de cada un año de los pasados, que se debían a la Iglesia de los años del tiempo de su padre, porque diz que tanto tiene la Iglesia Romana sobre aquel reino; y él diz que no respondió bien a el Papa, ni le entendió pagar tal tributo, salvo como lo pagaban los Reyes antepasados, que hacían pago con una hacanea adornada, que presentaban cada año al Papa, con lo cual se contentaba; y como aquellos caballeros de Nápoles tuviesen muy mala voluntad al Rey Don Alonso, que nuevamente comenzaba a reinar, no queriendo estender la cerviz al yugo, y hicieron liga, según pareció por la obra, de dar el reino al Rey de Francia, y antes morir o perder sus estados, que no sufrir por su Rey al Duque de Calabria Don Alonso el *Garcho*.

Los cuales caballeros traidores de Nápoles fueron estos: el Príncipe de Salerno, el Príncipe de Bisiniano, el Príncipe de Altamura, el Señor Virjilio, capitán mayor de todo el Reamen de Nápoles, yerno del mismo Don Alonso de una su hija bastarda, y otros muchos. De algunos de estos se publicó luego la traición, y del Señor Virjilio Ursino no, hasta que después lo puso por obra. Estos y sus secuaces se fueron y enviaron a convidar al Rey Carlos de Francia con el reino de Nápoles, y se hicieron sus vasallos, y le suplicaron que viniese a tomar el reino de Nápoles, que estaba aparejado para se le dar. Algunos dijeron que el mismo Papa fue consentidor en este mesmo concierto, porque el Rey Don Alonso le rebeló el tributo, y por otros enojos que tenía de él de sinrazones que le había fecho, en especial que diz que el Papa había comprado del Rey Don Fernando una provincia en la Pulla plana *in finibus Campaniae*, que son doce o trece villas y una ciudad que llaman Trípoli, y

estas habían sido de los Garrafos que había muerto el Rey Don Alonso siendo Duque de Calabria y Príncipe de Nápoles en vida de su padre, y él no las quiso dar al Papa; por esto se dijo que el Papa hizo liga con los caballeros de la Italia contra él, y que él fue *in primis* consentidor que viniese a Nápoles el Rey de Francia, y aun se dijo que le envió un breve para que viniese, y después de visto que había sido mal consejo aquel, le envió otro breve para que no viniese ni en ninguna manera se moviese de su tierra para Italia, por cuanto si al camino de tal viaje se metía no se podía facer sin muy gran daño y estrago así del Imperio Romano como de su gente francesa, y amonestóle y requirióle en el segundo breve como hijo obediente que no quisiese tomar el tal camino, y el Rey de Francia echólo en disimulaciones, y echó fama que quería ir contra el Turco, y otros decían que iba a conquistar a Jerusalén, y no dejó por eso de moverse con los cuarenta mil hombres por la tierra y por la mar con su armada, dejando primero hechas amistades y hermandades con el invictísimo Rey Don Fernando de España y con el Rey de Inglaterra y con los grandes señores sus comarcas.

Entró por la Italia con su gran poder, y el Duque de Milán le fue favorable y dio lugar por su tierra. Las señorías de Génova, y Florencia, y Pisa, y Luca, y Sena, todas se le humillaron, y dieron lugar que pasase, y mantenimientos por sus dineros, y pasó por todas estas señorías, y acercándose a Roma, el Papa fue muy pesante y temeroso de su ida.

CXXXVI. DE CÓMO EL REY DE FRANCIA ENTRÓ EN ROMA

El Santo Padre Alejandro VI, viendo que el Rey de Francia se acercaba a Roma, y oyendo los estragos y robos que la gente de guerra iba haciendo, le envió a decir al Rey de Francia, que le ficiese saber dónde iba, o qué quería en aquellas tierras de Roma y de la Santa Iglesia. El Rey de Francia le envió a decir, que él iba a Roma, primeramente por le besar las manos, y que allá le hablaría a su voluntad, empero que su partida de Francia había sido a tomar el reino de Nápoles, que era suyo y le pertenecía; de donde después que lo tuviese con la ayuda de Dios, entendía pasar a conquistar a Jerusalén, y la Santa tierra de promisión, y que para esto suplicaba a Su Santidad que le dejase pasar por la ciudad de Roma, de lo cual el Papa fue muy mal contento y dijo que lo otorgaba, con intención y condición que entrase en Roma con mil hombres de armas y cuatro mil peones y no más, y este concierto fue entre el Rey y el Papa, y el Rey entró en Roma con la condición dicha, con mil hombres de armas, y cuatro mil peones arqueros y artilleros, y gente de guerra, el tercero día de la Pascua de Navidad, día de San Juan Evangelista, tarde a 27 días del mes de Diciembre, tres días andados del año del Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo de 1495 años; y el Papa le hizo muy solemne recibimiento, ca salió con toda Roma a lo recibir, y el mismo Papa lo recibió en las gradas de San Pedro, y allí se vieron, y besó el Rey el pie al Papa dentro de la iglesia de San Pedro; y el Papa le hizo muy gran fiesta, y dio muchas colaciones allí dentro en San Pedro; y de allí el Rey se fue a aposentar con aquella gente en la casa de San Marco, donde el Papa lo mandó, y el Papa se quedó allí en su sacro palacio.

La otra gente había quedado aquel día media jornada de la ciudad, con condición que no habían de entrar por Roma, salvo que se pasasen por de fuera, desde llegasen del Montefrasco y de Viterbo, donde quedaban; y luego otro día de los no merecientes, llegó toda la otra gente francesa de guerra y lanzóse en Roma a pesar del Papa y común romano; y el Rey le envió a decir al Papa, que no hobiese enojo, y estuviese seguro que él le prometía de no le enojar, nin tomar, nin demandar cosa alguna de lo suyo ni de la Iglesia, y que esto lo prometía sobre su real fe. Y entrada la multitud de gente francesa en Roma, se aposentaron en campo de Flor, en lo mejor de Roma; a pesar de los vecinos tomaban las posadas que querían, y sobre el aposentar, y después de aposentados hicieron muchos robos y fuerzas y muertes de hombres, y metieron a saco mano gran parte de la Judería, donde había pasados de tres mil vecinos judíos, y forzaron muchas mujeres de todas suertes, casadas y doncellas; y los romanos por defender sus casas peleaban con ellos, y también mataron de ellos, en que murieron de una parte y de otra, mientras allí estuvieron, más de mil hombres, según se decía; otros decían que fueron muchos mas.

El Papa sabiendo y viendo tan grandes estragos, y robos, y fuerzas, y descortesías, y muertes que los franceses hacían, fue muy turbado, y envió a suplicar al Rey sobre ello lo ficiese enmendar; y era sospecha entre el Papa y los de su Consejo que el Rey tenía algún mal propósito, como después pareció.

Pasaron algunos días así, y un Domingo siguiente, que fueron 5 días de Enero del año de 1495 el Rey descubrió su mal propósito del todo. Envío a demandar al Papa cuatro cosas, o más especialmente, a Civita-vieja, y a Terrachina, dos fortalezas de Roma, y al Cardenal Don César, hijo del Papa, que era entonces Cardenal de Valencia, por Legado, y al fijo del Gran Turco, hermano del Turco Emperador, Señor de Turquía y Constantinopla, que el Papa tenía preso gran tiempo había, y porque le tuviese a buen recaudo y no le soltase le daba el Turco su hermano cada año al Papa setenta mil ducados, porque se temía mucho de él, que era muy varonil y belicoso hombre, que si se soltase que le tomaría el imperio y señorío. El Papa visto su propósito del Rey le concedió y dio todas estas cuatro cosas, por le contentar, y con condición que otra cosa ninguna non le demandase, y el Rey se lo prometió por su fe Real, de no él demandar mas cosa alguna, como otra vez primero lo había dicho; y así habido esto, el Rey estándose en Roma, prosiguió su dañado propósito y mala voluntad, y envió a demandar al Papa el castillo de Sant Angelo, y el tesoro de la Iglesia.

El Papa entonces envióle por embajador al Cardenal Don Bernardino de Carvajal, castellano, diciendo que se maravillaba mucho de haberle prometido por su fe Real no le enojar ni demandar cosa alguna de la Iglesia, y habiéndole dado lo que fasta allí demandó, quería ir contra la Santa Madre Iglesia y demandar lo que era imposible darle; que supiese por cierto que él no le podía dar en ninguna manera el castillo de Sant Angelo, ni menos le podía dar tesoros de la Iglesia; el castillo es de la Iglesia, y la Iglesia no tenía otros tesoros sino cruces y cálices, y cuerpos santos, y esto le platicó muy bien el dicho Cardenal Don Bernardino de Carvajal, el cual le había llevado el turco, y ni por eso mudaba su monstruosa y dañada intención, antes mandó luego aderezar la artillería para tirar y combatir el castillo, diciendo que si no se lo daba que el lo allanaría por el suelo, y lo tomaría por fuerza, y muy airado no lo podía tirar de este mal pensamiento.

CXXXVII. DE LOS REMEDIOS QUE EL PAPA PROVEYÓ DE SECRETO PARA PROTEJERSE Y DEFENDERSE DEL REY DE FRANCIA. DE LA CONFORMIDAD QUE DESPUES OVO ENTRE EL SANTO PADRE Y EL REY DE FRANCIA.

Los remedios que el Papa de secreto proveía y mandaba hacer para su defensa y del castillo, era mandar poner por los adarves, torres y almenas por donde habían de tirar, las cruces y las reliquias de los Santos, y el arca con el *Corpus Christi*, de manera que todo en derredor lo guarneciesen con cosas sagradas, con fiucia que, cuando a ellas mandase tirar, que Dios lo hundiría como a Datan y Aviron; y sabido por los nobles caballeros romanos Ursinos el propósito del Rey, allugaron a él y detrajéronselo mucho, y hiciéronle entender en cuan gran peligro de su alma, y de su cuerpo se quería poner, y cuan gran bofetada quería dar a los cristianísimos Reyes de Francia sus predecesores, que siempre fueron obedientes fijos de la Santa Madre Iglesia de Roma, y ficiéronle saber cómo le habían de defender el castillo con gente más esforzada que la que él traía; que habían de poner el arca sagrada con el Cuerpo de Nuestro Redemptor, y las reliquias de San Pedro y San Juan Baptista; y de los otros Santos, y las cruces y reliquias sagradas de la Iglesia en los lugares de la afrenta por donde él había de mandar tirar las lombardas, que no dudase que por ventura, si tal combate comenzase, toda la cristiandad se levantaría contra él; y de aquí plugo a Nuestro Señor que el Rey se retrujo de su malignidad que quería facer, y mudó su propósito, y envió a demandar perdón al Papa.

Hízose entre ellos paz y concordia, y el Rey envió por merced a pedir al Papa que se viesen, y que quería oír su misa, y concertóse que fuese el día de San Sebastián el día que el Papa había de decir la misa; el cual día el Papa salió acompañado de muchos Cardenales, y Arzobispos, y

Prelados, y Clerecía, y Caballeros romanos, dejando en el castillo muy buen recaudo de caballeros castellanos, entre los cuales estaba Don Garci-Laso de la Vega, el cual estaba por capitán y alcaide del castillo, que el Papa no lo osaba fiar de otra nación, salvo de hombres de Castilla, proveídos para ello por el Rey Don Fernando de Castilla; y como el Papa salió, el Rey lo aguardó y le fizo gran recibimiento vestido a la francesa con muchos de los nobles de Francia, en la casa de San Pedro; y como llegó el Papa a la entrada del huerto que se juntaron, el Rey se inclinó por el suelo, y le besó los pies y le hizo muy grande acatamiento. El Papa dijo misa allí aquel día al Rey y a los Grandes de Francia, y el Rey dio allí aguamanos al Papa, y el Papa acabada la misa dio la absolución y indulgencia plenaria al Rey y a los suyos, y allí se despidieron, y el Rey se fue a la casa de San Marcos a su posada, y mandó el Papa que lo acompañasen y acompañáronlo hasta su posada de la gente del Papa veinte y dos Cardenales.

El Rey fue muy maravillado de la solemnidad de la misa del Papa, y de las muy grandes riquezas y vestimento, y de los trajes de los Cardenales y de la gente del Papa, y hobo mucho placer en ver las cosas que aquel día vido. Luego el día de San Vicente, que fueron 22 de Enero, hicieron sacar su tesoro de su moneda y poner en un montón en Campo de Flora, dentro de la ciudad, y pagó el sueldo de todos. Allegó el Duque de Borbón al Rey y demandóle a Sicilia ultra faro, diciendo que le pertenecía, y el Rey dijo que vería los capítulos que tenía fechos con su hermano el Rey de Castilla Don Fernando, y le respondería.

CXXXVIII. DE CÓMO EL REY DE FRANCIA PARTIÓ DE ROMA, Y DE CÓMO DON ANTONIO DE FONSECA, EMBAJADOR DE ESPAÑA, LE RASGÓ LOS CAPÍTULO PORQUE SE QUITABA DE LO CAPITULADO, Y DE LAS VILLAS QUE EL REY TOMÓ Y DE CÓMO LLEVÓ CONSIGO AL CARDENAL DON CÉSAR Y AL TURCO PRISIONERO DEL PAPA, Y DE CÓMO SE HUYÓ DON CÉSAR

Después de dado el sueldo, otro día mandó el Rey cabalgar y partir de Roma toda su gente; y él armado de blanco fue a besar la mano al Papa y a se despedir de la casa de San Pedro, y descabalgó y entró ante un altar donde el Papa estaba, y inclinóse a él y besóle el pie y así se despidió de él. Y el Papa hobo muy gran temor en ver así humillado al Rey de Francia y con tanta gente, y le vino un desmayo de grande vapor; el Rey se partió luego de Roma con toda su gente, y llevó consigo a Don César, Cardenal de Valencia, hijo del Papa, por Legado y por rehenes, y al gran turco Sizino o Sahabo, que dicho es, y olvidado de las promesas que había prometido por su Real fe de no tomar cosa de la Iglesia, ni ser contra ella, ni contra el Papa, fue luego y tomó a Marino, una villa muy rica de Roma, de los Coloneses, que está de Roma diez millas, y tomó a Petiche y a Terrachina, que son dos villas del Santo Padre.

Y sobre la demanda del Duque de Borbón, francés, y por ver lo que tenía capitulado con el Rey de España, mandó llamar al Embajador del Rey Don Fernando, que era Don Antonio de Fonseca, hermano de Don Juan de Fonseca, Obispo de Córdoba, y que iba allí con él desde Francia, el cual pareció ante el Rey con los capítulos, que no deseaba otra cosa por tener lugar de le decir lo que debía y convenía al Rey de España su señor, y puso los capítulos en la mano al Rey, y el Rey se los volvió y se los mandó leer, los cuales estaban en latín, y leyéndolos Don Antonio, los que le parecían bien al Rey decía, *«está bien fecho»*, y el que no le agradaba, decía que no estaba bien, y él mesmo lo borraba y rayaba, y así borró y canceló siete capítulos de los que eran necesarios a la honra y pro del Rey Don Fernando y de sus reinos y del Santo Padre y de la Santa Iglesia de Roma; y desde Don Antonio de Fonseca vido borrados y dados por ningunos aquellos siete capítulos, y cómo el Rey de Francia se quitaba de la verdad y proseguía su interés y mal propósito contra el Papa, tornándole y demandándole lo de la Iglesia, dijo al Rey : *«Mirad, señor, que V. A. firmó todos estos capítulos y prometió de estar por ellos; y pues que no valen estos que V. A. borró, de parte del Rey de España mi señor digo que tampoco valdrán estos otros, y todos los doy por ningunos»*. Y

entonces con ambas manos, como caballero muy esforzado, y muy leal a su señor, pospuesto el temor al gran Rey, rasgó y hizo pedazos todos los capítulos, y echó los pedazos en el suelo a los pies de él, y se inclinó ante el Rey, y el Rey le echó mano de los corvejones espantado de tal osadía, y le mandó y dijo: «*No te partas de mí, porque no te maten*»; y Don Antonio no se osaba quitar de par del Rey, y el Rey le envió a poner en salvo en Roma con un capitán y gente que le guardaron y pusieron en salvo; el cual luego se metió en el castillo de Sant Angelo, con Garci-Laso de la Vega.

Y desde el Cardenal Don César, hijo del Santo Padre, vido que el Rey había tomado aquellas villas de la iglesia, aquella noche de la toma de ellas, volvió huyendo a Roma, y el Rey volvió a Roma, y volvió a pasar el Tiber por la puente Sixto, y tomó a Civitavieja y a Viterbo, y a Montero, y a Torrevacano, y tornó a Ostia, que es un muy gran fuerte que está sobre el Tiber, que se la entregó el Cardenal de Advincula, el cual quería mal al Papa y andaba fuera de Roma, y por allí volvió el Rey a pasar el Tiber, que es el río de Roma, aunque creo que es un brazo de él, que después que se despiende de Roma se hace en tres brazos; y pasado por allí fue a el Aguila y diósele, y dende a Sundi, que es por allí principio del Reamen de Nápoles, y diósele; y fue a San Germán, y defendiósele, ca era una fuerte villa, y combatióla, y tomóla por fuerza de armas, aunque era muy murada y muy fuerte villa, y metióla a sacomano y cuchillo, como si fueran turcos o moros, y dende tomó a Traino; y dende tomó el principado de Capuano; y dende fue sobre Gaeta, donde estaba el Rey Don Alonso, el cual no lo osó allí aguardar, por la desconfianza que tenía de los caballeros del reino, salvo dejóla al mejor cobro que pudo, y fuese a la ciudad de Nápoles, y el Rey de Francia cercó a Gaeta y tomóla, algo por fuerza, y algo de grado y querer que se le dio, y tomó a Sesa, y Mola, y prosiguió el viaje por unas partes y por otras, ganando toda la tierra.

Allí en Gaeta murió el Gran Turco, o le dieron con qué, o de muy grande enojo de verse preso y maltratado entre los franceses, porque él primero estaba en Roma muy vicioso, aunque detenido, y a su placer y muy servido.

CXXXIX. DE LO QUE HIZO EL REY DON ALONSO DE NÁPOLES DESQUE VIDO QUE EL REY DE FRANCIA LE ENTRABA A MÁS ANDAR EN SU REINO.

El Rey Don Alonso no osó aguardar en Gaeta al Rey de Francia, y partido de allí fue a mas andar a Nápoles, y demandó socorro a la ciudad, y la ciudad le respondió bien, y los caballeros de ella se le ofrecieron de le ayudar y poner por él sus estados y haciendas : y entonces con la la más gente que pudo volvió a Capua a resistir el paso al Rey de Francia, que venia enderezado allí a pasar por la puente de la ciudad, que está sobre un gran río, llamado Volturno, y cuando llegó halló pasados los capitanes suyos al Rey de Francia con toda la gente de armas, especialmente al Señor Virgilio Vicino, señor de vasallos, que era capitán general del reino, y todos los otros que estaban puestos para la resistencia del Rey de Francia, y de que vido toda la traición y la poca lealtad de aquellos suyos en que él confiaba y tenía su esperanza, que antes murieran por él que no hacerle vileza, volvióse a Nápoles con muy gran dolor de su corazón viendo el perdimiento de su reino, y aderezó luego de se pasar a Sicilia, y sacó sus tesoros y joyas, y casa y familia, y púsolo todo en las galeras de su armada; y hobo quien dijo, que pues ya más no podía hacer, que renunciase el reino en su hijo Don Fernando, Duque de Calabria, que era mozo de menos de veinte años, y muy esforzado y de muy buen sentido y consejo.

Entonces el Rey Don Alonso llamó a su hijo Don Fernando y le renunció el reino, y se lo dio y confirmó, y crió nuevo Rey, y juró sobre un libro misal de nunca jamás reinar en Nápoles, y rogó a todos los caballeros de la ciudad que lo recibiesen por su Rey y señor y le fuesen leales, que él creía que por sus grandes pecados permitía Dios que perdiese el reino, con lo cual plugo mucho a todos los de la ciudad, y recibieron a Don Fernando por su Rey y le besaron la mano; y esto así pasado, en cuatro galeras cargadas de sus joyas y tesoros, se metió con su hijo el Rey Don Fernando segundo ya dicho, y con la Reina de Nápoles, mujer que fue del Rey Don Fernando su padre,

hermana del Rey Don Fernando de Castilla, y con su fija, hermana suya, que después, aunque tía y sobrino, casó con el dicho Don Fernando, Rey nuevamente constituido, y con todas sus joyas y familias, lo más que pudieron llevarse, pasaron en Sicilia, en la ciudad de Mesina, y aun no era partido el Rey Don Alonso de Nápoles ni entrado en las galeras, que aún estaba en Castilnovo, y vino por la otra parte un gran capitán de Francia, llamado Antonio el bastardo, con mucha gente francesa, y de la del Reamen de guerra, y en presencia del Rey Don Alonso le abrieron las puertas los traidores de la ciudad, y lo recibieron y alzaron banderas por todas las torres, diciendo: «¡Francia, Francia!»; y entonces se metió el Rey Don Alonso en una de sus cuatro galeras, y fizo poner fuego a tres naos suyas que quedaban en el puerto, que no hobo quien las poblase, y así se pasó por el faro en Sicilia, donde ese propio año murió de dolencia y enojo.

Díjose comunmente que el Rey Don Alonso fue causa de su perdimiento, porque no quiso con tiempo obedecer y llamar socorro del Rey Don Fernando de España su primo; antes decían que decía mal de los españoles y de la Reina Doña Isabel y decían que no tenía en nada a ninguno, y esto, junto con lo otro ayudó a su perdimiento.

CXL. DE LA TRAICION DE LOS CAPITANES DEL REY DON ALONSO

Antes que el Rey de Francia llegase a la ciudad de Capua, donde estaba el Capitán general del Rey de Nápoles, que era el Señor Virgilio Vicino, y otros capitanes con la gente de guerra, lo salieron a recibir el mismo Virgilio y los otros, y lo recibieron por Señor y por su Rey, y sin afrenta ni combate lo metieron ea la ciudad de Capua, que es llave y puerta de todo el Reamen, y el Rey la tomó pacíficamente, y se apoderó de ella, y como fuese sabido por toda la tierra de Bruto con la Pulla, se dieron al Rey de Francia sin ver ninguna afrenta, que son muchas ciudades, y villas, y lugares; y Bruto, Marfedronia, Carleta, Ascoli, Bari con Trizana, Foja, Galipol, Tarento. No quedaron sino Brindis y Otranto. Diéronse otras muchas ciudades, Nápoles, Venosa, Marfeta, Altamura, Astoni, Leche. Estas son todas muy buenas ciudades, y creyó que con solo temor de él lo hacían, por la crueldad que hizo en San Germán y en su comarca, y dejó en Gaeta a Monseñor Dulatte, y envió a la Pulla a Monseñor de Borbón, y él en persona fue a Nápoles, donde estaba Don Antonio el Bastardo, que era capitán general, y halló las puertas abiertas, y entró, y hizo luego poner cerco a los seis castillos que tiene Nápoles, conviene a saber: San Telmo, Castil del Ovo, Petifalcon, Capuana, San Vicente, Castilnovo. De estos con poca afrenta se le dieron los cuatro, y túvose Castilnovo, y túvose San Telmo a merced, y ahorcó de los que estaban dentro, veinte y siete hombres españoles, y así se apoderó de Nápoles, y se vido Señor de ella, y vido ende entalladas las victorias del buen Rey Don Alonso de Aragón, Infante de Castilla, en alabastro, y otras muchas maravillas y antigüedades de Nápoles y las puertas fechas a mil maravillas de oro y azul, y fizolas arrancar de donde estaban, y por la mar enviólas en Francia, con envidia, porque el loor y fama de aquellos Reyes de Nápoles de gloriosa memoria, cesase, y el suyo se levantase.

Y habida la victoria de Nápoles, así de la ciudad, que es de las más gentiles del mundo y de las más hermosas y ricas de todo el reino del orbe poblado de el mundo, como de toda la mayor parte del Reamen, enlevado y tan sublimado fue de vana gloria, que se tituló y nombró *Rex Regum et Dóminus dominántium*. Rey de Reyes, y Señor de los Señores, título que a solo Dios pertenece; no miró lo que por el espejo de la Santa madre Iglesia tenemos: *deposuit potentes et exaltavit humiles*; dicho por Nuestra Señora la gloriosa Virgen madre de Dios; y lo que dijo la boca del Redentor Nuestro al XVIII capítulo de San Lucas: *Omnis qui se exaltat humiliabitur; et qui se humiliat exaltabitur*; y el siervo mortal que usurpa el título a su Criador Dios inmortal, soberano Rey de Reyes y Señor de los Señores, ved si es razón quedar sin pena; aquí es razón decir lo que dijo Martín Clabero, criado del Duque de Gandía :

*Dios depone los potentes
de sus grandes poderíos,*

*quítales los señoríos
por serle desobedientes,
A los que son obedientes
Él los hace prosperados,
hace ser en so alzados
los humildes exurientes.*

CXLI. DE LA GRAN LIGA QUE SE HIZO CONTRA EL REY DE FRANCIA, Y DE LA BATALLA QUE SE DIO EN LA MOTA ENTRE EL REY DE FRANCIA Y EL REY DON FERNANDO NÁPOLES Y GONZALO FERNANDEZ, Y DE OTRAS COSAS.

Bien sabéis que desde que el Rey Carlos partió de Francia para la Italia, nunca se despidió ni apartó de él el Embajador de España Don Antonio de Fonseca, ya dicho, fasta Roma, y llegado el Rey en Roma, ya es dicho de los desconciertos que hizo, y cómo fue contra la Iglesia y contra el Papa, y no cumplió lo capitulado del compromiso que había firmado y prometido al Rey Don Fernando de España, por lo cual Don Antonio de gran loor le rompió los capítulos delante, en que se quebrantó la amistad de los dos muy grandes Reyes, y se volvió en enemistad, y luego Don Antonio le fizo saber al Rey de España todo lo que en Roma y en Italia era pasado, para que proveyese como a su honra y Estado convenía. Y el Papa muy quejoso, injuriado y robado, se quejó al Rey de España y a toda la Señoría de Italia que se adoleciese de Roma, que era cabeza de la Iglesia y de la cristiandad, y recontado a cada uno las demasías; los robos, las injurias que el Rey de Francia con la gente francesa había fecho, y facía de cada día, y rogándoles y mandándoles que luego ficiesen liga y hermandad contra él para lo echar de la Italia; la cual luego fue fecha y concertada, y fueron en ella el Papa mesmo, y el Rey Don Fernando de España, el Duque de Milán, la Señoría de Venecia con el estandarte de San Marcos, y otras muchas señorías y reinos, los cuales luego se pusieron todos en armas contra el Rey de Francia, y se pusieron con sus tierras al ejercicio de la guerra.

Y el Rey Don Fernando así como supo de los capítulos rompidos antes de la liga concertada, luego proveyó y envió a Gonzalo Fernández, segundo hijo de la noble casa de Aguilar con setecientos de a caballo y tres mil peones al socorro de Nápoles, por cuanto en lo capitulado era la amistad con condición de que el Rey de Francia no fuese contra la Iglesia ni contra el Papa, lo cual así como fue en Roma quebrantó el dicho Rey; y aun cuando le leyeron delante del los capítulos firmados de su nombre, no se quiso retraer ni enmendar dello, antes borró como dicho es siete capítulos, y temiendo lo que él fizo que lo haría y por amparo y guarda de Sicilia, el Rey proveyó de España antes de tiempo, lo que fue a tiempo, a dicho Gonzalo Fernández con la dicha gente española; y el amistad quebrada, mandó en todos sus reinos pregonar guerra con Francia, y prosiguiendo la liga, Gonzalo Fernández arribó con toda su gente en Sicilia Ultrafaro, reino del Rey Don Fernando de España. Y invocó la gente de Sicilia con cartas del Rey Don Fernando, y juntóse con el Rey mozo de Nápoles Don Fernando Segundo, y fue y descindió en tierra en el Reamen de Nápoles, y juntaron su gente el Rey mozo y Gonzalo Fernández, y había en su favor tres mil hombres de armas de Sicilia; y el Rey de Francia desde que supo la venida del Reamen de aquella gente, fuese a la Mota a buscar a Gonzalo Fernández para pelear, y allí se hallaron los unos con los otros, y hubieron su batalla, y pelearon muy valientemente los franceses con Gonzalo Fernández y con el Rey de Nápoles el mozo, la cual batalla fue bien reñida de ambas partes, y los franceses fueron vencedores, y Gonzalo Fernández con la gente española y el Rey Don Fernando fueron vencidos, y entonces Martín Alonso, y Pedro de Paz, y Diego de Arellano, españoles, capitanes de la gente de España con Gonzalo Fernández, como hombres diestros en la guerra, conocieron ser vencidos por defecto de se haber flojamente en la batalla algunos de su favor y batallas; recogieron y rehicieron seiscientos de a caballo y volvieron de súbito sobre los franceses, y hobieron otra vez batalla, y volvieron Gonzalo de Córdoba y el Rey Don Fernando a la batalla a socorrer a los suyos

con toda la gente que había huido y escapado de la batalla primera, y pelearon de tal manera que vencieron a los franceses y los desbarataron, y Gonzalo Fernández y el Rey Don Fernando el mozo quedaron señores del campo, y lo cogieron, donde vieron muchos caballos y armas y muy gran presa, y murieron en aquella batalla, según lo que se pudo saber y dijo en ambas a dos, doce mil franceses o poco más o menos, y de la gente de Gonzalo Fernández y del Rey mozo cuatrocientos de a caballo y setecientos peones.

Y en este medio tiempo vino la nueva al Rey de Francia de la gran liga que era fecha contra él, y aún tenía dos castillos de Nápoles por tomar, que se le no habían dado, Capua y Pizifalcone; y como supo la nueva de la liga, guarneció todas las fortalezas que tenía de gente de armas y artillería, y con gran temor dio la vuelta a Gaeta, y dende cogida su hueste comenzó su viaje para Francia, y vino y entró con toda su gente por la ciudad de Roma, y no halló al Papa en Roma, que así como supo de su vuelta no lo osó allí aguardar, y dejó a Garcilaso de la Vega, Embajador del Rey de España, por Alcaide del castillo de Sant Angelo, con otros muchos españoles, que no se fiaba de otra nación, y fuese a su ciudad de Perosa huyendo, por no ser más afrentado de él.

Y entrada la gente francesa en la ciudad de Roma, como gente muy cruel y de mal concierto, si primero le hicieron muchos males, y fuerzas, y robos, muy peor lo volvieron a facer en esta vuelta, ca estuvieron en punto de meter la ciudad a fuego y sangre, y hicieron muchos robos, y metieron muchas casas y palacios de caballeros a sacomano, y mataron muchos varones romanos, y forzaron muchas mujeres casadas y vírgenes, y mataban sobre ello a sus maridos y padres, y robábanles las casas a los que huían a las iglesias, y allí sin temor de Dios los degollaban y mataban, aunque se abrazaban a las imágenes de los Santos; y de las mismas iglesias robaban cuanto hallaban, y por muchas quejas que iban de ellos al Rey de Francia no curaba de lo remediar ni castigar.

Desde que pasaron de Roma prosiguiendo sus crueldades en Toscanela, que es una ciudad del Papa, hicieron muy grandes daños y crueldades, y forzaron muchas mujeres, y robaron la ciudad y las iglesias de ella, y derramaron en ella mucha sangre; y así por donde aquella gente mal gobernada iban, no era sino como fuego, y sonó por toda la Italia sus crueldades, y toda la gente de la tierra alborotada y amedrentada se ponía en armas para se defender, y algunos fuían de su encuentro, y otros muchos se pusieron en armas y les salieron a les ofender. Y alejados más acá de Roma en la Toscana, malpararon a Sena y Pisa y otras ciudades y villas y lugares de la Toscana, así como en Montefortino y en Monte San Juan, que hicieron muchas crueldades y robos, de lo cual pareció que non plugo a Dios que se fuesen sin hacer enmienda,

CXLII. CÓMO FUE DESBARATADO EL REY CARLOS EN LA ITALIA.

Después de haber estado el Rey de Francia en Roma y en el Reamen de Nápoles poco más de seis meses, en el cual tiempo ganó y se dio todo el reino de Nápoles, y fino las fuerzas y sinrazones a ida y venida en Roma y su tierra, en esta vuelta que dieron por medio de la liga, y llegado el Rey y los suyos en tierra de Génova a Pontremol, en el mes de Julio del año sobredicho de 1495, salió un capitán de la liga, llamado Micer Juan de Bentebolla, capitán de Bolonia, con ochocientos de a caballo y con cierta gente de a pie, y dio con el fardaje del Rey de Francia en un puerto, que iban a hilo, y mató muchos de los franceses, y despojó y tomó gran parte del fardaje y de la artillería y quedóse con ello.

Y el Rey y la gente francesa no cesaron de andar adelante cuanto más podían, por salir de la tierra áspera, y porque ya creían haber otros mayores encuentros que aquel, y saliendo cerca de Pariña en el llano, salió en el encuentro el Marqués de Mantua, capitán de venecianos, con mucha gente de armas de a pie y de a caballo, y salió el Duque de Milán de otra parte, eso mesmo, con mucha gente de armas y peonaje, puesta a punto de dar batalla de concierto con el dicho Marqués de Mantua, y los franceses, después que vieron el paso tomado, y no podían pasar sin batalla, se pusieron en son de la dar, y de consejo de un caballero italiano, llamado..., echaron todo el fardaje y

carruaje de las bestias adelante, para que se detuviesen y embarazasen a robar los italianos de la liga, mientras el Rey huía y pasaba el río: y luego muchos comenzaron de robar y detenerse en ello, y otros dieron batalla y pelearon, donde fueron muchos muertos de ambas partes, y aún el Rey fue herido un poco en la cara de una lanza, que lo hirió un caballero gentil-hombre italiano, y a causa del robar se hobieron flojamente los italianos.

El Rey tuvo lugar de pasar el río del Po, que pasa por allí, que es un gran río y de muchas aguas cuando crece, y pasó con harta priesa y peligro de su persona él y todos los que pudieron pasar de los suyos huyendo, y toda su gente que llevaba consigo fue allí desbaratada aquel día, y muerta, y despojada, y los que escaparon fueron huyendo de noche y de día por los montes. El Rey aportó en cabo de ciertos días hasta .después de verse andar perdido noches y días por los bosques y montes, y aún algunos dicen que si el río no creciera como él hobo pasado, que él fuera muerto o preso, y aún se dijo que aportó a Este en cabo de siete días a pie, en su cabo, que está cincuenta millas de donde fue la batalla; no sé si fue verdad, empero el Rey y todos los que escaparon con la vida que no fueron presos de sus franceses, todos aportaron a la ciudad de Haste, que es de Francia.

Los dichos Duque de Milán y Marqués y sus gentes fueron vencedores en esta batalla, y hobieron muy gran cabalgada de caballos y acémilas, y artillería, y armas, y oro, y plata, y otras muchas cosas. Allí hobo el Duque de Milán la bandera del título, que decía: «*Rex Regunt, Dominus dominantium*», la cual era la principal bandera del Rey. Esta batalla se dio y fue cerca de una villa del Duque de Milán que llaman Fornova, y pasa aquel río llamado el Po, que es muy grande, en el cual se anegaron y ahogaron aquel día muchos franceses huyendo por pasar y escapar, y otros peleando. Ved cuán presto el Rey Carlos y su gente hobieron el pago y galardón de su soberbia y crueldades que ficieron en Roma y sus tierras, siendo contra la Iglesia y contra el Papa, robando y derramando sin causa la sangre inocente de los de San Germán y de los otros lugares. Ved cuan gran castigo Nuestro Señor permitió que dello hobiese el Rey de Francia, donde por ejemplo quedará para siempre que un Rey, el mayor de la cristiandad, fuese así vencido y perdido, sólo por los montes, a pie y muerto de hambre y de sed, y padecido sin honra, en cabo de siete días, por se mover sin tener razón y justicia, de ligero movimiento, tantas jornadas de su tierra, haciendo mal por tierra de cristianos: y aquí parece muy bien lo que dijo el dicho Martín Clabero en persona del Rey Carlos de Francia:

Muy tristes fueron las fiestas
Que nos dio la Lombardía,
Mi ánima triste sentía
Mil veces la cruel muerte
Aquella batalla fuerte
De aquel sanguinoso día.
Rey glorioso que sentí
En lo más alto sentado,
Desque ove conquistado
Aquel Reino que vencí;
¡Oh cuán presto le perdí,
Sin gozar de él cuatro meses,
Por los falsos entremeses
De fortuna contra mí!

Allí donde se dio la batalla está una villa que se llama Fornova, es en el Ducado de Milán, y va un gran río, donde se anegaron muchas gentes.

CXLIII. CÓMO FUE PRESA LA ARMADA DE LA MAR DEL REY DE FRANCIA.

Aquel propio día del vencimiento de la batalla susodicha, viniendo el armada del dicho Rey

de Francia por la mar cerca de Génova, salió la grande armada de genoveses y del Rey de España, vizcaínos y de otras naciones de la liga, y la prendieron y tomaron toda, de donde hobieron infinitas riquezas, que valió más de cien mil ducados; y debéis saber que allí venían todas las antiquitates y cosas riquísimas y gentiles entalladas en alabastro, y las puertas doradas y las otras bellas cosas de Nápoles, que el Rey Carlos había quitado de sus lugares donde están asentadas, y las embarcó para enviar en Francia en señal de vencimiento, y venía toda la artillería de Nápoles, que era la más hermosa del mundo, toda de cobre, la cual toda venia cargada en galeras y galeazas; y desde se supo que había de venir aquella armada de Francia con aquellas cosas ricas de Nápoles, siempre la aguardaron la armada de los genoveses, y vizcaínos, y españoles, y gente de la liga, que estaban de la parcialidad y favor del Rey de Nápoles, y los franceses desde vieron a el encuentro la dicha armada, fueron al puerto de Pisa, y allí los genoveses y vizcaínos pelearon con los franceses muy fuertemente, y vencieronles y tomaronles toda la flota y cuanto traían, y los franceses saltaron en tierra los que pudieron, y escaparon las vidas, y todos los otros fueron presos y echados en las galeras.

CXLIV. DEL CERCO DE NOVARA Y DEL CERCO DE SALZAS.

Cuando el Rey Carlos pasó por la Lombardía para Roma quedó el Duque de Orleans su tío en Novara, que es en el Dudado de Milán, que es suya, que él no fue a Roma ni a Nápoles, y al tiempo que el Rey Carlos fue desbaratado, eso mesmo estaba allí, y desde los de la liga fueron vencedores, el Duque de Milán y el Marqués de Mantua lo cercaron allí, y tuvieron cercado hasta que el Rey de Francia fue a Francia y se tornó a rehacer, y volvió a lo descercar y lo sacó de allí por partido, y entonces pusieron tregua entre el Rey de Francia y los de la liga por ciertos meses, y con condición que acabadas aquellas habían de poner otras treguas generales; y aquellas cumplían en fin del mes de Octubre y dos días antes, y las generales se hablan de asentar el día de Todos los Santos, año de 1496, y los franceses antes que se asentasen vinieron de salto poderosamente a Salzas en Cataluña, y entráronla por fuerza de armas, y mataron y prendieron cuantos en ella estaban. Esto fue en 30 días del mes de Octubre de 1496, como adelante más largo dirá.

CXLV. DE EL REY DON JUAN DE PORTUGAL.

Año de 1495 murió el Rey Don Juan de Portugal, y sucedióle en el reino su primo Don Manuel, Duque de Viseo, hijo del Infante Don Fernando, hermano que fue del Rey Don Alonso, que entró en Castilla, padre del dicho Rey Don Juan; el cual dicho Don Manuel se halló el más cercano y legítimo en la línea Real de Portugal: y casó primera vez con Doña Isabel, Princesa que había sido de Portugal, hija primera del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, Reyes de España, y segunda vez con Doña María, hija de los dichos Rey y Reina, hermana de la dicha Doña Isabel, según se dirá donde conviene.

CLXVI. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO II GANÓ A NÁPOLES, Y GONZALO FERNÁNDEZ VENCIERON LA BATALLA.

El Rey Don Fernando de Nápoles., segundo deste nombre, después de la batalla vencida y salido el Rey Carlos del Reamen para su tierra, él y Gonzalo Fernández rehicieron su gente y allegaron setecientos hombres de armas, y seiscientos jinetes, y cuatro mil hombres de a pie, a que llaman allá infantes, y comenzaron de hacer la guerra a la gente francesa que había dejado el Rey Carlos, el cual había dejado más de quince mil hombres de armas y de guerra, y con ellos los Príncipes de Salerno y Besiniano, naturales del reino, traidores, que cada uno de ellos tenía tanta gente como el Rey Don Fernando mozo susodicho, y apartados el Rey por un cabo, y Gonzalo Fernández con la gente española por otro, facían la guerra; el Rey vino sobre la ciudad de Nápoles

lo más poderoso que pudo, y abriéronle las puertas, y tomóla sin lanzada y sin combate, como primero se había perdido, y fizo poner cerco a los castillos, y diéronse en breve tiempo Castilnovo, y la torre de San Vicente, y Petifalcon, y hizo venir luego a las señoras Reinas la Reina Dona Juana, que fue segunda mujer de su abuelo, y su fija Doña Juana, con la cual se casó, y con sus familias y casas las aposentó en Castilnovo. Gonzalo Fernández con su gente española y con la otra que traía a su cargo hizo en aquel año de 95 y en el de 96 muchos destrozos en los franceses, y ganóles muchas ciudades, y villas, y castillos que estaban por ellos en la Calabria y en la Pulla; y hobo batalla con el Virrey francés Monsieur de Obeni, campal, de la cual Gonzalo Fernández fue vencedor y el Virrey vencido, y murieron en aquella batalla más de mil franceses, y Gonzalo Fernández y los suyos cogieron el campo, donde hobieron gran presa y despojo, y muchos caballos y armas, de donde Gonzalo Fernández rehizo su gente, y hizo muchos hombres de armas, y fue y puso cerco a Besiniano, y hobo otras muchas peleas y victorias contra los franceses, de que siempre fue vencedor, en tal manera, que en todo el Reamen los contrarios habían de él gran temor, y el Rey Fernando lo hizo luego Duque de Monte Gargano.

CXLVII. DE LO QUE HIZO EL REY DON FERNANDO, Y DEL CERCO DE GAETA.

El Rey Fernando siguiendo como comenzó de reinar, desde tuvo la ciudad de Nápoles recobrada, por recobrar el Reamen más presto, envió sus embajadores a se concertar con la Señoría de Venecia y Génova, y les empeñó tres ciudades por doscientos cincuenta mil ducados, y enviáronle al Marqués de Mantua con setecientos hombres de armas y mil peones pagados por seis meses, y enviáronle al Señor Jerónimo Tocavilla con setecientos caballos ligeros y otros mil peones pagados por seis meses, y vinieron en Nápoles en veinte y dos galeazas en el comienzo del año de 1496; y las ciudades que el Rey empeñó y entregó a la Señoría de Venecia para pagar esta gente, fueron Brindis, y Otranto, y Monopoli; y duró la guerra en el Reamen todo lo que quedaba del año de 1495, desde el Rey de Francia salió, y todo el año de 1496. En fin de Febrero de 1496 se acabaron de dar los castillos de Nápoles que quedaron a la postre, conviene a saber, Castil del Ovo y San Telmo, y Capuana, y diéronse a partido que los pusiesen seguros en Marsella, y así se fizo: quedaron por ganar la ciudad de Gaeta y el castillo de Salerno, sobre los cuales el Rey tenía sus cercos bien fuertes y bastecidos.

En este tiempo acaecieron muchas cosas en la Italia sobre esta guerra, que serian muy luengas de contar. Por mar y tierra el Duque de Milán guardaba que por tierra el Rey de Francia no podía socorrer a Gaeta ni a la gente de Francia que estaba en el Reamen. Las armadas de España y de la liga, que andaban por la mar, no dejaban entrar socorro por la mar a Gaeta, y en el mes de Diciembre de 1495 vino una armada de Francia con mantenimientos y vituallas en socorro de Gaeta, y estaba la armada de España en contra: el Conde de Trebento y otros capitanes de ella con el tiempo no pudieron escusar ni defender la entrada en Gaeta a seis naos francesas con el refresco, y otras se volvieron, que no pudieron entrar; y entonces el Conde y los otros capitanes tomaron una nao francesa con trescientos hombres de pelea, y mil y trescientos quintales de pan-bizcocho, y setecientos presutos, que son tocinos, y sesenta y cinco botas de vino y otras muchas vituallas; y en este tiempo estaba por capitán sobre Gaeta el Príncipe Don Federico, tío del Rey, por tierra, y el armada de España, catalanes, y españoles y vizcaínos por la mar; y así estuvo cercada Gaeta parte de el año de 1495, que se tomó después de la muerte de el dicho Rey Don Fernando.

CXLVIII. DE UNA GRAN LLUVIA.

Acaeció en Roma un diluvio o tempestad de aguas súpitamente, a diez días de Diciembre de 1495 años, que fue una cosa muy espantable, que cayó tanta agua del cielo en tan breve espacio, que en Camponason pudiera andar una nao de ducientas botas, y a los bancos desde las finiestras

tomaban el agua con la mano; y demás en Santiago de los españoles subió un codo el agua sobre el altar; y decían que había hecho de daño más de un millon de ducados.

CXLIX. DE LA MUERTE DEL REY DON FERNANDO.

Don Fernando, el Rey de Nápoles, el segundo de tal nombre, comenzó de reinar en Nápoles desde el comienzo del año de 1495, que su padre le renunció el reino, y casó con la hija del Rey Don Fernando su abuelo, primero de este nombre, Rey de Nápoles, y hija de su segunda mujer, hermana del Rey Don Fernando de España: este Rey, habiendo recobrado la ciudad de Nápoles y la mayor parte del reino con muchos trabajos y con la ayuda de España y de sus amigos, y teniendo el cerco de Gaeta, en el cual estuvo Gonzalo Fernández de Aguilar, Gran Capitán, con la gente de España, murió temprana muerte a trece días de Diciembre del año de 1496 años, día de Santa Lucía, en la ciudad de Puzzol, decían que atoxicato, o como fuese su desventura; quedó la Reina su mujer desdichada, quejosa de la fortuna de su madre la Reina Doña Juana, y del Príncipe Don Federico su hermano, al cual quedó la sucesión del reino por entonces; y a este tiempo los de Gaeta no se podían sostener, y andaban en partidos en vida del dicho Rey, y no se habían podido concertar, y muerto Don Fernando comenzó de reinar en Nápoles Federico, segundo hijo del Rey Don Fernando primero, y luego fizo partido con los franceses, y le dieron la ciudad, y escaparon con sus vidas, y fuéronse en Francia a do quisieron.

CL. DE CÓMO COMENZÓ A REINAR FEDERICO EN NÁPOLES.

Don Federico, hijo del Rey Don Fernando de Nápoles, comenzó de reinar en Napoles desde el día de Santo Thomé Apóstol, 21 días del mes de Diciembre año de 1496, después de la muerte de su sobrino el Rey Don Fernando el mozo, el cual recibieron por su Rey los caballeros y comunidades del reino de Nápoles, y el Gran Capitán de España Gonzalo Fernández, y siendo Réy luego perdonó a los Duques de Salerno y Besiniano, que habían sido traidores a los Reyes de Napoles su hermano y sobrino, y así fueron luego a él y le dieron el galardón que suelen dar los tales, y en comienzo de su reinar se dio la ciudad de Gaeta, que .había estado mucho tiempo cercada, y Gonzalo Fernández, el Gran Capitán de España, le dejó todo el reino de Nápoles ganado y obediente, y quedaron las susodichas ciudades empeñadas a la Señoría de Venecia, y tenía eso mesmo el Gran Capitán muchas fortalezas en la Calabria por el Rey Don Fernando de España, por los gastos que habían hecho en la guerra, que no le entregó.

CLI. CÓMO EL GRAN CAPITÁN FUE A ROMA, Y POR MANDADO DEL PAPA TOMÓ A OSTIA.

El Gran Capitán vino a Roma a ruego del Papa Alejandro para ir a combatir a Ostia, que aún estaba por la parcialidad de los franceses contra Roma, y como estaba sobre el río Tíber de Roma, irnpedia los mantenimientos que no fuesen a Roma, de lo cual se recibía en Roma mucha fatiga y mengua de cosas necesarias; la cual fortaleza de Ostia había estado así contra Roma desde el Rey Carlos pasó a Nápoles; y partió Gonzalo Fernández de Roma a poner el cerco a Ostia, y con él un capitán llamado Esforza, sobrino del Duque de Milán y del Cardenal Ascanio, fijo de su hermano, que era capitán de venecianos por el Marqués de Mantua, y había quedado en Roma doliente, y el Duque de Gandía, fijo del Papa, yerno de Don Enrique Enríquez de Castilla; y Gonzalo Fernández sentó el cerco con su gente española y con la gente que le seguía desde Roma, y tuvieron cercada a Ostia trece días combatiéndola, en cabo de trece días se dio a partido que se fuesen con sus vidas los cercados, y derribaron toda la fortaleza por el suelo, porque traía muy gran daño a Roma, que no dejaba ir los mantenimientos y mercadurías que iban de otras tierras por la mar; y estando allí en el cerco riñeron el Duque de Gandía y Esforza, y injuriáronse de palabra, y venidos a Roma con el

vencimiento de Ostia, Gonzalo Fernández se despidió del Papa y se volvió al Reamen: todo esto pasó en el año de 1497 al comienzo.

El Duque de Gandía, que era un muy mal hombre, no echando en olvido las palabras y enojo que había habido con Esforza, puesto caso que Gonzalo Fernández los había hecho amigos, como era mal hombre y soberbio y muy enlodado de grandeza, y de mal pensamiento, y era muy cruel, y muy fuera de razón, tornó un día cuatro hombres atados de Esforza, y hízolos ahorcar en la plaza de San Pedro, y sobre esto hicieron amigos el Papa y el Cardenal a el Duque y a Esforza; y Esforza túvosela guardada, y en el dicho año de 1497, Martes a 19 días de Mayo, sabiendo Esforza de una enamorada que el Duque tenía, llamada Madama Damiata, hizo ir en la noche una mujer con una máscara, que es de aquellas carátulas que usan en Roma para ir disfrazados, la cual llegó al Duque donde estaba, y dijo que lo llamaba Madama Damiata, y lo esperaba a la hora en el Campo Santo, y salió solo, como hombre de mal consejo, y embriagado, y captivo de malos vicios, y matáronlo a puñaladas y cortáronle la cabeza, y metido en un saco, desde ponte Sixto lo echaron con todo lo que tenía vestido y calzado en el río Tíber; y después Viernes a 22 de Mayo siguiente lo hallaron en el saco con su cadena de oro, y joyas y dineros, y lo enterraron en la capilla del Papa Calixto, y Esforza se retrujo en las casas de Ascanio su tío el Cardenal, y entonces se dijo que el mismo Esforza lo había matado al Duque a puñaladas y le había cortado la cabeza, y antes que lo hallasen no sabían qué fuese de él, antes sospechaban que en la ciudad lo habían muerto y enterrado. Y el Papa mandó a pregonar y prometer muchos dineros a quien de él dijese donde estaba muerto o vivo, y hobo un labrador que dijo, que tal noche a media noche oyó un gran golpe en el río que le echaron de la puente Sixto abajo, y por esto lo buscaron y lo hallaron en el río; el Papa hizo muy sentimiento por su hijo, y mandó combatir la casa donde estaba Esforza y la vecindad, y ficieron mucho daño con los tiros la gente del Papa en Roma; y Esforza y los de su parte se defendieron muy bien, y defendieron las casas donde estaban; y murieron en la pelea y combate mas de doscientos hombres de ambas partes, y allí hirieron a Garcilaso de la Vega y al Obispo de Segovia Don Juan Arias, que eran de la parte del Papa; y viendo el mucho daño que la gente del Papa hacía, y como destruían por una parte a Roma con las lombardas, Roma se alzaba contra el Papa; el Papa la quisiera destruir, y el consejo suyo y Cardenales no le dejaron más facer, porque no convenía a Su Santidad dar causa que toda la ciudad se alzase contra él.

Ovo otro hijo y una hija el Papa Alejandro, por los cuales y por el Duque ya dicho siendo vivo, se vido en muchas congojas, y enojos y afrentas; el cual dicho segundo era el Cardenal de Valencia, que había ido por Legado y rehenes con el Rey Carlos de Francia cuando pasó por Roma, al cual después de muerto el Duque de Gandía, quitó el capelo, y desfízolo de Cardenal, y llamóse el Duque de Valentino, y fue casado con una fija de Monsieur de Labrit, señor de Gasconia de Francia, hermano del Rey de Navarra, y fue muy mal hombre, y soberbio, y cruel, y enlevado de soberbia y grandeza, como el otro, y vicioso, y mañoso, y de malas artes, al cual prendió en Nápoles el Gran Capitán Gonzalo Fernández, después de la muerte del Papa su padre, porque le fue con arte a quererle engañar, y envióle preso a España, y estuvo preso por traidor en Játiva y en Medina del Campo, y después soltóse, y fuese, en Navarra, tierra de su cuñado, que tenía guerra con el Conde de Lerín, y allí murió un día en contra con un hombre de armas del Conde mala muerte, el cual era de Agreda de Castilla.

CLII. DE LA GUERRA ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA, Y DE SALZAS.

El Rey Carlos de Francia quedó muy enemigo y muy quejoso del Rey Don Fernando de España por la liga y por el favor que dio al Rey Don Fernando de Nápoles: decía que siendo su amigo no quería considerar la culpa, ni conocer que él quebrantó el amistad el día que borró los capítulos y fue contra la Iglesia, y en el mes de Julio del año de 1496 hizo gran allegamiento de gente en Narbona y en aquella comarca de armas y artillería, para entrar a destruir la tierra de Perpiñán, y como lo supo el Rey Don Fernando, fue de Castilla en persona con mucha gente de

guerra para se lo resistir y defender, y en 29 de Julio del dicho año de 96 entró en Barcelona, y salió de ella en 8 de Agosto y fue para Gerona, y dende al campo por donde los franceses habían de entrar en su tierra, porque se habían mucho acercado, y allegaron gran gente de cada parte, y los franceses no osaron entrar, antes hobieron por bien una tregua que se trató entre ambos Reyes, que estando la una hueste de la otra cinco leguas nunca osaron entrar, que su pensamiento parece que era entrar de salto y robar toda la tierra, pensando que no se pudiera llegar tan aína gente tanta que les resistiera; y la tregua fue por cierto tiempo, que se cumplía en fin del mes de Octubre, o dos días antes, y que entonces entrarían y asentarian otras treguas generales el día de Todos los Santos; y el Rey de Francia tuvo este aviso, mandó secretamente allegar mucha gente y ponerse cerca de la comarca del condado de Rosellón, y el día que se acabó la tregua, luego esa noche y otro día fueron treinta días del mes de Octubre del dicho año de 1496 amanecieron sobre Salzas, Domingo, y la combatieron muy fuertemente y la tomaron por fuerza de armas, y tomáronla tan aína porque algunos de los de dentro se dieron flojura, y no creyeron al capitán Don Diego de Acevedo, que murió peleando, y los de la ciudad estaban casi seguros y oviéronse flojamente en las armas, ca si algo se tuvieran fueran socorridos: y así entrada Salzas los franceses entraron y degollaron más de quinientos hombres, y llevaron cuanto en ella había de cabalgada y despojo: murió allí, como dicho es, el capitán y el alcaide Don Diego de Acevedo, hijo del Arzobispo de Santiago. Y luego el Rey Don Fernando mandó adobar y tornar a reedificar la fortaleza y villa de Salzas muy más fuerte que no era de primero.

CLIII. DE LOS CASAMIENTOS DEL PRÍNCIPE Y DEL ARCHIDUQUE.

En el año de 1490 se concertaron los casamientos del Príncipe Don Juan de Castilla y de su hermana la Infanta Doña Juana, hijos del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, Reyes de España, con el Archiduque de Borgoña y con Doña Margarita su hermana, fijos del Emperador de Alemania Maximiliano, nietos del gran Duque Carlos, Conde de Flandes, Duque de Borgoña, Rey en Frisa, que fue un famoso caballero y gran señor, a quien sucedió el dicho Archiduque Don Felipe por parte de su madre, que fue fija del dicho Duque de Borgoña, Conde de Flandes, y casó con el dicho Maximiliano, siendo Rey de los Romanos, hijo del Emperador Federico y de su primera mujer, hija del Rey Duarte de Portugal, ansí que trocaron que casó el dicho Príncipe Don Juan con Doña Margarita, y el dicho Archiduque Don Felipe con Doña Juana, y partió la flota de España, en que fueron ciento treinta naos y navíos y más de veinte o veinte y cinco mil hombres de armada en ella, con la Infanta Doña Juana, y la llevaron a Flandes para traer a la Princesa Doña Margarita; y partieron en el mes de Septiembre del dicho año de 96 de Castilla de los puertos de Vizcaya, y fue tan grande armada por la guerra que había con Francia; y fue por capitán de esta armada el Almirante de Castilla, y por Prelado Don Luis Osorio, Obispo de Jaén, a quien iba encomendada la dicha Doña Juana, Archiduquesa de Flandes y Infanta de Castilla: estuvieron en Flandes, después de entregarla al dicho señor su marido, todo el invierno, donde murieron de la campaña y armada más de diez mil hombres y más de mal gobierno y de frio, y los probó la tierra; y vinieron con la Princesa de Castilla Doña Margarita en el mes de Marzo del año de 97, en cabo de siete meses o poco menos, y aportaron en Santander los de la flota, que escaparon, con la dicha Princesa y con el Almirante, que el Obispo Don Luis Osorio allá murió con los otros muchos que murieron en Flandes; y decindió en tierra la Princesa en Santander, y fuele hecho el recibimiento de Castilla en Burgos, y desposáronla luego allí a 19 de Marzo, Domingo de Ramos, y veláronlos en el Cuasimodo adelante 2 de Abril. Triunfaron por España aquel año y hobieron placer el Príncipe y la Princesa gozando matrimonio como buenos casados asaz poco tiempo, y como la rueda de la fortuna nunca para en este mundo, a unos dando, a otros quitando, a unos haciendo, a otros desfaciendo, a unos con mucha miseria y pobreza dando muy luenga vida de años, hasta que se enojan de vivir y querrian la muerte; a otros que son ricos, príncipes, reyes y grandes señores, y a nuestro ver muy necesarios en el mundo para que viviesen, dando la muerte en el tiempo de su

mayor empinación; y no se cura la dicha fortuna que sean grandes ni pequeños, ricos ni pobres, Papas ni Emperadores, llegó al Príncipe Don Juan susodicho por sus ciertas jornadas el cabo del viaje de su peregrinación que vino a andar en este mísero mundo, y envióle a llamar el Señor del mundo que lo crió, al cual ninguno de nos puede ir sin que primero pase por el trago de la muerte, y llegaron a él los mensajeros de la muerte natural en el mes de Octubre el dicho año que se casó de 1497, y partió de esta vida de su muerte natural la víspera de San Francisco, a 3 días de Octubre en la ciudad de Salamanca, y su cuerpo fue depositado ende algún tiempo, y después fue llevado a Avila, de la cual muerte y fallecimiento quedó mucha desconsolación a su padre y madre, y a la sin ventura Margarita, su mujer, Reina que fue en su niñez de Francia, y después Princesa de Castilla y de España, la cual quedó preñada y malparió sin días una fija: y después el Rey y la Reina la enviaron a su padre a su tierra a Flandes, en el mes de Setiembre del año de 99, con el Obispo de Córdoba Don Juan de Fonseca y con noble compañía por tierra por Francia; y de allí casó con el Duque de Saboya en Piamonte, y en cabo de pocos años murió el Duque de Saboya, y tornó a ser viuda Margarita.

CLIV. CÓMO TORNÓ LA INFANTA DOÑA ISABEL A PORTUGAL.

En el mes de Septiembre año susodicho del Señor de 1497, se concertó el casamiento de Doña Isabel, Infanta de Castilla, Princesa que había sido de Portugal, con el Rey Don Manuel de Portugal, y quedando el Príncipe de Castilla enfermo en Salamanca, donde falleció, fue la Reina Doña Isabel a Alcántara con la dicha su hija, Princesa de Portugal, a la entregar al Rey su marido, y se la entregó y dio por mujer; y mientras ella fue allá falleció el Príncipe Don Juan de Castilla en Salamanca, estando presente el Rey su padre, él lo confortó mucho en su muerte, diciéndole: «Fijo mucho amado, aved paciencia, pues que vos llama Dios, que es mayor Rey que ninguno otro, y tiene otros reinos y señoríos mayores y mejores que non estos que vos teníades esperábades para vos dar, que os durarán para siempre jamas, y tened corazón para recibir la muerte, que es forzoso a cada uno recibirla una vez, con esperanza que es para siempre inmortal y vivir en gloria»; y otras semejantes cosas dijeron que decía el padre al hijo muy consolatorias, y acabado de depositar su cuerpo en Salamanca, se partió pará Alcántara, donde la Reina había entregado la Reina de Portugal su fija al Rey Don Manuel su marido; y con gesto agradable llegó a la Reina, la cual le preguntó luego por el Príncipe, y le dijo que estaba bueno, y no le dijo otra cosa, fasta que de otro lo supo.

Ansi fueron las alegrías del matrimonio, llantos, llores y lutos por el Príncipe, todo en una semana; y fechas las honras y obsequias por el Príncipe, dende a cinco meses enviaron el Rey y la Reina al Rey Don Manuel y su esposa, y los por el Rey Don Manuel y por la Reina su mujer a Portugal, que viniesen como Príncipes de Castilla, para que fuesen recibidos y jurados por Príncipes, y vinieron, y entraron en Castilla, y hicieron el viaje por Guadalupe, donde llegaron víspera de Ramos, a 7 de Abril, año de 1498, y dende fueron a la corte, donde los recibieron y juraron por Príncipes los grandes de España, y anduvieron en la corte, hasta que después la muerte de ella los apartó.

Estando la corte del Rey y la Reina en Aragón en Zaragoza, en el mes de Octubre del dicho año de 1498, parió un hijo, a quien ella mandó llamar Don Miguel, y murió de aquel parto dende a dos horas desde parió, y vivió Don Miguel siendo Príncipe de Castilla un año y siete meses, hasta el mes de Julio del año de 1500, que murió de su natural muerte en Granada, estando allí la corte. El primero cuchillo de dolor que traspasó el ánima de la Reina Doña Isabel, fue la muerte del Príncipe, el segundo fue la muerte de Doña Isabel su primera hija, Reina de Portugal; el tercero cuchillo de dolor fue la muerte de Don Miguel su nieto, que ya con él se consolaba, y desde estos tiempos vivió sin placer la ínclita y muy virtuosísima y muy necesaria en Castilla Reina Doña Isabel, y se acortó su vida y su salud.

CLV. DE MELILLA.

Año de 1497 susodicho, en el mes de Septiembre, por mandado del Rey Don Fernando fizo el Duque de Medina Sidonia, Conde de Niebla Don Juan de Guzmán, una armada que había de ir allende a tomar y poblar a Melilla, que es en el reino de Tremecén, linde con el reino de Fez, porque se supo por ciertas diferencias los moros lo habían despoblado; y fueron en la dicha armada cinco mil hombres, y descindieron en Melilla, la cual hallaron vacía de gente y despoblada, y pobláronla, y reparáronla, y fortaleciéronla mucho, y el Rey fizo gobernador de ella al dicho Duque, y le dio la tenencia, el cual a costa del Rey la mantuvo y gobernó mientras vivió, y tuvo ende alcaides y capitanes que ficiéron mucha guerra a los moros de la comarca, en especial a Mariano de Rivera, que fue su primo, muy esforzado, y fizo muchas cosas buenas y cabalgadas en los moros, estando allí, dándolas y recibíendolas a veces, y tomó a Cazaca desde allí a los moros.

CLVI. DEL CAPITÁN DE PERPIÑAN.

En el dicho año de 97 murió el capitán general de Perpiñán Don Enrique de Guzmán, hijo del Conde de Alba de Liste, señor de las Garrovillas, que fue preso en la batalla de Zamora y llevado a Portugal, saliendo a un ruido que había entre la gente de la guarnición que estaba contra la Francia, y de la ciudad cayó una piedra, no supieron de donde, y le dio en la cabeza, de que murió. El cual era muy devoto y muy virtuoso caballero, y pariente del Rey. Era casado con hija de su primo Enrique Enríquez, hermano de la mujer del Duque de Gandía, hijo del Papa Alejandro, que murió en Roma, como es dicho. Era este dicho capitán fijo del dicho Conde de Alba de Liste Don Enrique Enríquez, que fue hijo del Almirante Don Alonso Enríquez, que fue hijo del Maestre de Santiago Don Fadrique, que mató el Rey Don Pedro, su hermano.

CLVII. DE LA MUERTE DEL REY CARLOS DE FRANCIA.

Año del Señor de 1498, a 7 días del mes de Abril, víspera del Domingo de Ramos, murió el Rey Carlos de Francia, que había entrado en la Italia, según es dicho. Murió en Francia, en la ciudad de Moliús, en Barboñes. Reinó en los años de su niñez y tutela diez y seis años y ocho meses, desde la muerte del Rey Luis su padre. Sucedióle en el reino el Duque de Orleans su tío, primo de su padre, a quien por la línea masculina de derecho más legítimamente vino y perteneció el reino de Francia, y luego lo eligieron y alzaron por Rey los grandes de Francia pacíficamente. El cual luego a la hora que vido muerto al Rey Carlos envió mensajeros al Rey Don Fernando de España haciéndole saber la muerte del Rey Carlos, y como él era Rey de Francia y quería su amistad y hermandad, según lo acostumbraban y solían tener los Castilla con los de Francia los tiempos pasados; y el Rey Don Fernando fizo sentimiento por la muerte del Rey Carlos de Francia, y concedió al Rey Luis, Duque de Orleans, que nuevamente comenzó de reinar, su embajada y amistad; y con esto los mensajeros se volvieron en Francia: y al tanto fizo el Rey con los otros Reyes y grandes Señores, que les fizo saber de la muerte del Rey Carlos su sobrino, y les pidió amistad.

CVIII. DE LA ESPECERÍA DE CALECUD, CÓMO SE HALLÓ.

A diez días de Junio, año de 1499, vino a Lisboa en Portugal uno de los dos navíos que el Rey Don Juan de Portugal había mandado a descubrir, el cual ya pasaba de dos años que había partido de Lisboa, los cuales por el mar Océano del costado de la Mina fueron la tierra siempre a la mano izquierda, más adelante de lo descubierto hasta allí mil ochocientas leguas, hasta que llegaron en Indias, donde hallaron una ciudad mayor que Lisboa, poblada, llamada Calecud, y estaba poblada de cristianos indianos, los cuales tienen iglesias y campanas, y casas hechas de piedra a la morisca, y las calles derechas, y el Rey de la dicha ciudad se hace muy bien servir, y tiene su palacio muy

bien ordenado, con sus escuderos, y camareros, y porteros, en la cual ciudad hay muchos mercaderes moros riquísimos, y todo el trabajo es en sus manos, y el Rey se gobierna y rige por consejo de los dichos moros.

Toda la escala de las especias es en la dicha ciudad. Vále un peso de canela, que son cinco quintales, diez o ocho ducados de oro; hay pimienta y clavos a aquel respecto, jengibre la mitad menos, las cuales especias nacen en ciertas islas, de la dicha ciudad cerca de ciento y setenta leguas, y son cerca de la tierra firme una legua, y son pobladas de moros, y ellos son señores de las dichas islas. Hay infinitas naos allí por aquella comarca, que dicen hay mil y quinientas, y la mayor no pasa de setenta toneles y no llevan mas de un mástil y no pueden navegar sino a popa, y son débiles y sin ninguna artillería ni armas, y todas son de moros y navegadas por manos de moros, y las naos que van a las dichas islas por las especias son pequeñas y llanas, porque hay poco hondo, y algunas hay que no llevan hierro, porque han de pasar por la piedra imán, que es de la dicha isla poco; en la cual isla no vale un quintal de canela más de un ducado y medio, y a sus naos vienen con las dichas especias un gran golfo, que es adelante de la dicha ciudad, que atravesaron los dichos navíos que fueron a descubrir, y fueron bien setecientas leguas de traviesa, en el cual golfo hay infinitas ciudades, y villas, y castillos, todos de moros; y después a la fin del dicho golfo pasa un estrecho como el de Gibraltar, y entran en otro golfo donde de la parte derecha es el mar Rubio, y allí descargan las dichas especias, y allí hay otros navíos más pequeños, por respecto que hay poco hondo, y de allí las llevan a otro puerto, que es cerca de la casa de la Meca, que es una ciudad asentada en los desiertos de Arabia: allí yace el cuerpo del malaventurado Mahoma enterrado tres jornadas adelante del dicho puerto, y después van sus jornadas y su camino al Cairo con camellos, y pasan al pie del monte Sinaí.

Y todas las dichas ciudades y villas son habitadas, y muradas, y hermosas, y fechas a la morisca, y los portugueses decindieron y fueron en buena compañía. Y este no pudo ser sino el golfo de Arabia, de que escribió Plinio. Las gentes de aquellas ciudades son cristianos, vestidos de la cinta abajo andan, y también así las mujeres; y aquellas de los hombres honrados se cubren también de la cintura arriba de cierta tela delgada: hay allá terciopelo, damasco, raso, tafetanes de cada color, y paños de Luca y de otras suertes, y telas muy delgadas, y latón, y estaño muy bien labrados, hay de todo mucha abundancia; hay malvacía de Candia en barriles, y mi opinión es que toda esta viene del Cairo, donde vienen a parar la mayor suma de aquellas especias: hay trigo, mucho de acarreto, que se lo llevan aquellos moros con las dichas naos; hay bueyes y vacas, y son pequeños; hay naranjas y todas dulces, limones, cidras, melones, duraznos y otras muchas frutas, dátiles verdes y secos; hay azúcar y facen conservas; tienen algodón y nácar infinita; y Brasil los montes llenos, y estoraque, y menjuí, y algalia, y joyas de todas suertes, aunque son caras, y no es maravilla, porque los moros lo atraviesan todo y lo que quieren allá por estas mercaderías no es sino oro y plata; allí corre la moneda del Soldán del Cairo, que son serafines de oro, que pesan menos que el ducado dos o tres granos; corren ducados venecianos y de Génova; hay moneda de plata menuda, que asimismo debe ser del Soldán.

Hay marea como acá, y crece la mar y mengua; hay grandes morerías en aquellas partes y todos loros como los indianos: y más acá del dicho golfo obra de cien leguas hallaron una mina de oro en tierra de negros, que casi son súbditos moros. Y porque del primer viaje, como dicho es, descubrieron y supieron los portugueses que fueron descubrir en el tiempo y vida del Rey Don Juan, fijo del Rey Don Alonso, y por su mandado lo susodicho, y vinieron reinando el Rey que le sucedió en el reino, que fue Don Manuel, fue mi voluntad asentarle aquí en este libro de memorias, porque esto fue *in primis*. Y de aquí se prosiguió que el Rey Don Manuel de Portugal envió muchas veces sus armadas por los sucesos de aquel tiempo aquellas vías, y descubrieron mucho más en aquellas partes, y tomaron la posesión por él de la conquista, y del rescatar y descubrir, y le trujeron a Portugal el uso de las mercaderías de las especias de aquellas tierras, que nunca tal fue visto por tantas leguas del mar océano que se cree ser de viaje desde Portugal hasta allá cerca de tres mil leguas con los rodeos que se hacen; y en las riquezas de las especias, desde lo susodicho se

descubrió, Lisboa y Setúbal se volvieron Alejandría: lo cual fue muy gran perjuicio del Soldán del Cairo y Babilonia, enemigo de nuestra santa fe católica, y fue en amenguamiento de sus rentas; que todos los mercaderes de Venecia, Génova y Florencia, que son los más ricos mercaderes del mundo, iban a la ciudad de Alejandría, que es suya y el puerto más principal que él tiene, y a otras partes de su tierra a cargar de las dichas de las especias y mercaderías para proveer toda la cristiandad latina, que es Italia, Francia, Alemania, Inglaterra, España y Flandes, y agora todo lo más es quitado, y se provee de Portugal, de donde el Rey de Portugal acrecentó mucho en su honra y renta.

CLIX. DE LAS REINAS DE NÁPOLES, Y DEL BAUTISMO DE LOS MOROS.

Año de 1499 vinieron las Reinas de Nápoles madre y hija, de Nápoles en España, hermana y sobrina del Rey Don Fernando, y con ellas el Gran Capitán Gonzalo Fernández, Duque de Montegargano, y tres o cuatro Prelados muy honrados, Arzobispos y Obispos, y quedó en Aragón la Reina moza en un lugar cerca de Valencia, y la madre vino a Granada en el mes de Julio del dicho año, donde entonces estaba la corte, donde le hicieron honrado recibimiento el Rey su hermano y la Reina.

Estuvo allí la corte ciertos meses dando forma como se bautizasen aquella multitud de moros que había en la dicha ciudad, por quitar muchos daños que dello se recrecían, y muertes, y cautiverios que los moros de las veras de la mar hacían y consentían hacer, que venían los moros de allende y llevaban de noche los lugares enteros y a vueltas todos los cristianos que en ellos había; y partióse la corte para Sevilla, y quedó el Arzobispo de Toledo con el de Granada dando forma en el convertimiento de la ciudad, y buscaron todos los linajes que venían de cristianos y convirtieron y bautizaron muchos de ellos, y los moros tuvieron esto por muy mal, y alborotáronse unos con otros y escandalizaron la ciudad de manera que se alzaron unos y otros, se fueron de la ciudad y alborotaron los lugares comarcanos y las Alpujarras, y alzáronse contra los cristianos, y socorrieron luego los cristianos más cercanos, y hicieron algunos destrozos en los moros, y partió el Rey de Sevilla a más andar, y fue a Granada; y esto fue en el comienzo de el año de 500, y apaciguó la ciudad lo mejor que pudo, y fue sobre Lanjarón, y tomólo por fuerza de armas, y mató y captivó los moros de aquella comarca, y tomó por partido todas las Alpujarras, y dejó a buen recaudo todas las fortalezas, y a todo esto fue presente el Gran Capitán Don Gonzalo Fernández, y volvióse en Granada y dejó orden como predicasen a los moros la santa fe y bautismo, y los convirtiesen por ciencia y por buena razón, y les ficiesen saber como la voluntad suya y de la Reina era que todos fuesen cristianos, pues en otra ley no había salvación para el ánima sino en la de Jesucristo; y dado este concierto se volvió en Sevilla, y dende a pocos días prosiguiendo lo susodicho los dichos Arzobispos y la clerecía. de Granada, convirtieron la ciudad y bautizaron más de setenta mil personas grandes y chicas en Granada y su comarca, de manera que en toda la ciudad no quedó ninguno por bautizar.

CLX. DE LA DIVISIÓN ENTRE EL REY DE NÁPOLES FEDERICO Y EL REY DE ESPAÑA.

Las Reinas de Nápoles se dijo venir en España por la desconsolación que tenían después de la muerte del Rey Don Fernando segundo deste nombre, el mozo: y como reinó Federico, el Rey de España quisiera, y también la Reina su hermana, que casara su hijo de Federico, Duque de Calabria, con la mujer del Rey Fernando el mozo, su sobrina, que era asaz moza y de muy gran merecimiento; el cual casamiento Federico ni su hijo diz que no quisieron conceder; y diz que el Rey Don Fernando escribió algunas cartas a Federico su sobrino, Rey de Nápoles, sobre el mismo casamiento y sobre otras cosas convenientes para entre ellos, y que teniendo a él no temiese al Rey de Francia ni a otro, que él le ayudaría a defender el reino de Nápoles; porque el Rey Don Fernando

temía que el Rey de Francia había de volver a conquistar aquel reino; y el Rey Federico diz que era mucho más aficionado a Francia que no a España, porque diz que casó en Francia una vez, y vivió allá con el Rey de Francia gran tiempo, y diz que las cartas que el Rey de España le enviaba, mostraba el Rey de Francia a los embajadores del Rey Don Fernando de España, de lo cual el Rey hubo asaz enojo, y no se pudo acabar con Federico y su hijo que el dicho casamiento se ficiese, y por esta causa y desconsolación, y por otras cosas, les convino venir a las dichas Reinas en España, y asimismo vino el Gran Capitán con ellas, y dejó en la Pulla y Calabria del Reamen de Nápoles muchas fortalezas a buen recaudo por el Rey de España, por ciertas deudas y gastos que sobre la conquista se seguían, y no las había entregado al Rey Federico.

Y estuvieron de esta vez acá las señoras Reinas en España hasta que el Rey Don Fernando las volvió en Nápoles en fin de la segunda conquista de Nápoles, y aun mucho tiempo después; y lo más deste tiempo estuvieron en Valencia de Aragón la madre y la hija.

CLXI. DEL REY FRANCIA, Y DE MILAN.

Don Luis de Valois, Duque de Orleans, Rey de Francia, comenzó de reinar después de la muerte del Rey Carlos su sobrino: en el comienzo de su reinar sacó su hueste de Francia muy grande y entró por la Lombardía muy poderoso sobre el Ducado de Milán, con título de Duque de Milán, diciendo que era suyo y le pertenecía por legítima causa de antigüedad, y diéronse luego en la Lombardía cuatro villas, de ellas por fuerza, de ellas por grado; y el Duque de Milán Ludovico hubo temor de su propia ciudad de Milán y de la gente de ella que le ficiesen traición, y vido tales experiencias que no osó esperar al Rey de Francia en Milán, y salió de ella con trescientos hombres de armas y sus tesoros, y fuese en Alemania al Emperador Maximiliano, que era su cuñado, casado con su hermana, y el Rey de Francia fue sobre Milán, y abriéronle las puertas, y entróse dentro, y tomóla, y diósele luego todo el Ducado de Milán, y diósele Génova y toda su señoría, y el Rey dejó sus guarniciones, y capitanes y alcaides en lo ganado, y volvióse a Francia.

Estando así Milán en la gobernación de franceses, como los franceses dicen ser gente de mal sufrimiento y horrible de comportar, los milaneses descontentos de ellos y de sus importunidades, enviaron por el Duque de Milán su señor, diciendo que le querían dar la ciudad; y vino muy poderoso con la ayuda del Emperador y con mucha gente de suizos que trujo a sueldo, y con ayuda de sus amigos, y como allegó a Milán, sin embargo de los franceses, los de la ciudad le abrieron las puertas de la ciudad, y se entró en ella y la tomó.

El Rey de Francia, como era hombre mañoso y muy esforzado, y traía buen concierto en la guerra, y tenía gran hueste de mucha gente de Francia y muchos suizos a sueldo, y tenía gran parte y favor en la Italia, dio luego vuelta con la hueste sobre Lombardía y sobre el Ducado de Milán.

El Duque de Milán con intención de pelear y defender su tierra, se puso con su gente y con muchos suyos que tenía a su lado en Novara, y vino el Rey de Francia allí sobre él en el mes de Abril del año de 1500, y cercó al Duque allí en la ciudad de Novara, y hobo traición en los suizos que tenía a sueldo el Duque de Milán, y nunca quisieron pelear ni hacer lo que debían contra el Rey de Francia ni contra su hueste, porque dijeron que veían un pendón o bandera de suizos allí en la hueste del Rey de Francia, y que en ninguna manera no podían pelear ni ir contra él sin caer en excomuniación y mal caso, de manera que dieron gran turbación y desmayo en la hueste del Duque, y el Duque estaba dentro en Novara, y quejoso y muy turbado de la traición de los suizos, que no quisieron pelear ni hacer su deber, maldecía la fortuna y la siniestra y desastrada suya; y los suizos le dijeron que ellos tenían seguro del Rey de Francia para salir ahorrados y para se ir do quisiesen, que saliese entre ellos así ahorrado y disfrazado como suizo sí quería escapar, y el desdichado Duque viendo su perdimiento, causado de la gran traición, considerado que no vive el leal mas de lo que quiere el traidor, viendo su gente salir de la ciudad y pasar segura por los reales de los enemigos franceses, pensó pasar por suizo, como le dijeron, y metióse entre ellos a salir disfrazado, y fue conocido y tomado preso; y el Rey tomó a Novara, y prendió al Duque y al Cardenal de Ascanio, su

hermano, y a todos los caballeros y nobles que con ellos estaban de la familia y casa del Duque, y enviólos presos a Francia, donde tuvo al Duque preso hasta que murió dende a cuatro o cinco años.

Y de allí el Rey fue sobre la gran ciudad de Milán, y sobre todas las ciudades y villas del Ducado, y todo se le entregó, sin recibir mucha afrenta; y el Rey de Francia entonces confirmó su amistad con las señorías de Génova, y Florencia, y Pisa, y quedó señor de la Lombardía: en esto sobrepujo en renta y señorío a todos los otros Reyes de Francia antes de él pasados; y esto todo pasó en el verano del año de 1500, y ya este tiempo era fecha amistad entre el Rey de Francia y el Rey Don Fernando de España, y estaban de acuerdo y buena amistad; y sonábase que el Gran Turco, Emperador de Constantinopla, quería venir con muy gran armada sobre tierra de cristianos, y de aquí tuvo color el Rey Don Fernando de ordenar la armada que envió con el Gran Capitán, diciendo que para defender a Sicilia si el Turco allí aportase, y fue más que el Rey de Francia estaba tan pujante en la Italia tan cerca del Reamen de Sicilia para le resistir, si algo quisiese hacer, y fue muy bien mirado y pensado del Rey Don Fernando, según lo que después sobrevino, como se dirá donde conviene adelante.

CLXII. DE CÓMO EL GRAN TURCO DESTRUYÓ A CORFÚ Y MODON.

El Gran Turco Bayaceto, Emperador de Constantinopla, señor de la Turquía y Grecia, en este tiempo aderezó una muy grande armada para ir contra los cristianos, y no se sabía a donde iría, y la señoría de Venecia lo hizo saber y los Reyes y señores comarcanos: y esto fue en comienzo del año de 1500, y luego el Rey Don Fernando ordenó su armada con el Gran Capitán; y dijeron que el Rey de Francia envió otra armada, y no llegaron a tiempo, y los turcos vinieron sobre Corfú y Modon, ciudades de la señoría de Venecia, y los turcos vinieron muy poderosos, que la señoría no los pudo resistir, a como que ello fue, los turcos entraron en las dichas ciudades por fuerza de armas, y las destruyeron y metieron a sacomano, y mataron y capturaron toda la gente de ellas; y los turcos fueron mañosos en esto, que fingieron y enderezaron que iban a otra parte, y volvieron y dieron de súbito sobre las dichas ciudades, y las entraron antes que ningún socorro les viniese, y cuando el Gran Capitán llegó con su armada ya el daño era fecho, como mas adelante se dirá.

CLXIII. DEL REY DE NAVARRA.

Postrero día de Abril, año de mil y quinientos, estando la corte en Sevilla, vino el Rey de Navarra ahorrado con obra de veinte de caballo a Sevilla, a negociar con el Rey y con la Reina, al cual el Rey mandó facer muy honrado recibimiento en esta manera: la Ciudad delante, todos los *Veinte-y-cuatro*s y Regimiento delante, el cual besaron la mano por mandado del Rey, y luego la clerecía toda por sí y capellanes de la corte, luego los priores muy ordenadamente, y luego el Rey Don Fernando a la postre con el Patriarca Arzobispo de Sevilla Don Diego Hurtado de Mendoza, y con un Cardenal y dos o tres Obispos italianos, que habían venido con la Reina de Nápoles, y con los grandes y con los Obispos de la corte salieron camino de Alcalá media legua a los recibir, y llegados se abrazaron y humillaron, y vinieron a la ciudad por la puerta de Carmona, y decían que el Rey le había dado muchos ducados, y en Sevilla le hicieron muchas fiestas.

En este mismo año de 1500 adelante, en el mes de Octubre se hicieron las fiestas del casamiento de Doña María, tercera fija del Rey Don Fernando y de la Reina Isabel, y casó con el Rey Don Manuel de Portugal, y la enviaron Sus Altezas a reinar a Portugal con el Arzobispo de Sevilla, que era entonces Don Diego Hurtado de Mendoza, y con Don Alonso de Aguilar, y con otros caballeros y noble compañía, y la entregaron al Rey Don Manuel su marido en Portugal, por la vía de Mora, y la salieron a recibir el Rey y los grandes de Portugal, y les hicieron muy gran recibimiento.

CLXIV. DE DOÑA CATHALINA SU HERMANA, HIJA MENOR DEL REY DON FERNANDO Y DE LA REINA DOÑA ISABEL, SU MUJER.

Estando en Granada el Rey y la Reina, en el año de 1501, vinieron Embajadores del Rey de Inglaterra a su corte, a le demandar para el Príncipe de Inglaterra su hijo, llamado Artus, a la Infanta Doña Catalina, su cuarta y menor fija, y el casamiento se concertó, y finalmente la enviaron a Inglaterra desde Granada, a veinte y un días de Mayo del dicho año de 1501: fueron con ella a la entregar el Arzobispo de Santiago Don Alonso de Azevedo, y el Obispo de Osma, y el Obispo de Salamanca, y el Conde de Cabra, y el Comendador mayor Cárdenas, y la Condesa de Cabra vieja, y Doña Elvira Manuel por su dama de honor, y fueron a embarca, en la ciudad de la Coruña en Galicia, y embarcaron a diez y siete días de Agosto, y yendo por la mar volvízoles el tiempo contrario, y aportaron en Laredo, en Castilla la Vieja, en donde adoleció muy mal Doña Catalina, y después de convalecida y buena embarcó en veinte y seis días de Setiembre en una nao, la mejor que llevaba de cuatro naos que llevaba de tres cientos toneles, hobieron buen viaje, y fueron a desembarcar en un puerto que llaman Falamonte, a dos días de Octubre, donde fue fecho a la Señora Doña Catalina muy gran recibimiento y muchas fiestas, y fue desposada y velada con el Príncipe Artus, hijo mayor del Rey Hafo de Inglaterra, el cual le duró poco, ca falleció de pestilencia estando en su principado de Gales, a dos días de Abril año de 1502, en una villa que se llama Budlo y así fue casada Doña Catalina Princesa de Inglaterra seis meses, y estuvo viuda en Inglaterra, y casó segunda vez con el Rey hermano del primero marido menor, llamado Enrique, en un lugar que se llama Granuche, día de San Bernabé del año de 1503, coronáronse el día de San Juan adelante con las mayores fiestas del mundo.

CLXV. DE CÓMO ENVIARON A BAUTIZAR LOS MOROS, Y CÓMO LOS DE SIERRA BERMEJA SE ALBOROTARON Y SE ALZARON, Y DE CÓMO PELEARON, Y CÓMO MURIÓ DON ALONSO DE AGUILAR, Y DE OTRAS COSAS.

En el año del Señor de 1500 desde el comienzo del año, comenzaron de enviar y enviaron el Arzobispo de Sevilla y los Obispos de la comarca de Granada a les predicar y convertir y bautizar, donde algunos fueron muertos y martirizados, así como en Daydin y Benahabis, dos, de Alcalá de Guadaira, Antón de Medellín, Alonso Gascon, que los mataron las mujeres y muchachos a canibetadas porque no se quisieron tornar moros, y otros fueron llevados captivos; que los moros deque vieron que los tornaban cristianos por fuerza, se concertaban con los moros de allende, y venían de noche con las fustas y llevábanlos, y con ellos los clérigos y cuantos hallaban, y llevaron así muchos lugares y alcarías de los que estaban cerca de la mar por toda la costa; y como vieron que por toda la tierra les amonestaban que fuesen cristianos, alborotáronse, y hacían sus ayuntamientos y levantamientos.

En el mes de Enero del año de 1501, estando la corte en Granada, alborotáronse los moros de Sierra Bermeja y de las comarcas de Ronda, y alzáronse para se defender o pasarse allende, antes que no ser cristianos, y por temor que habían fecho muchos daños y muertes en los cristianos, y habían matado entonces a los dos clérigos de Alcalá Antón de Medellín y Alonso Gascon en Daiden, y los quemaron, después de los haber muerto atados a sendos árboles a cañaveradas y pedradas, y retrujéronse de las alcarías a los lugares más fuertes de las tierras bermejas así como a Monardo y a otros lugares de por allí. Y desde esto se supo de toda esta Andalucía, apellidáronse muchos hombres sin concierto, y sin mando de Rey fueron sobre ellos más de ochocientos hombres por matarlos y robarlos, y robaron muchos lugares y alcarías, y con esto se alborotaron mucho más los moros, y se retrujeron los de aquella comarca a sierra Bermeja, y los de la Sierra luenga también se alzaron y pusieron en armas y defensa, viendo el daño que los otros recibían de la gente desmandada que había ido sobre ellos; entonces el Rey envió a mandar al Conde de Cifuentes,

Asistente de Sevilla, que fuese con la gente de Sevilla y de toda la tierra sobre ellos, y fue; y acudió luego el Conde de Ureña con su gente, y Don Alonso de Aguilar con la suya, y la ciudad de Jerez y la gente de toda la comarca fueron sobre ellos, y fizose un gran Real de gente, que se asentó cerca de Monarda, al pie de lo alto y más fuerte de la sierra Bermeja.

Un arroyo de un gran gollizo y aspesura enmedio del Real y de los moros y sierra, y de aquel Real entraban algunos caballeros y peones a los lugares que los moros habían dejado y traían cuanto podían, trigo, cebada, pasas, semillas, vacas y cabras, con que mantenían el Real; y estuvieron así algunos días, que no se querían dar, y una tarde estando los moros en la ladera de la sierra, acerca del Real en su defensa, porque no les subiesen por allí y entrasen la sierra, sin ningún concierto, uno, dos o tres hombres de mala ventura, consejados parece que por el diablo, tomaron una bandera y comenzaron pasado el arroyo de subir en pos de los moros, y el Real se desmandó y comenzaron pasados el arroyo de subir en pos de los moros muchas gentes, y subir a la sierra arriba, y Don Alonso de Aguilar movióse con los suyos y siguió en pos de ellos la sierra arriba peleando con los moros, y en la sierra había a trechos algunas llanadas en la ladera, y los moros peleaban y defendíanse, y iban retrayendo, y cuando llegaban a aquellos llanos que se hacían en la ladera, huían hasta la fuente, y así se fueron retrayendo hasta un gran llano encima de la sierra que se hacía fuerte de ciertas partes con peñas y aspesuras, donde tenían el Real, y las mujeres, y los muchachos, y las haciendas, y como allegaron allí los moros que iban huyendo delante de los cristianos, el Real de las mujeres, y chicos, y grandes por el cabo que los cristianos llegaron comenzaron de huir, y Don Alonso de Aguilar, y su fijo, y el Conde de Ureña y su fijo Don Pedro Girón iban allí en la delantera dando en los moros.

Y la gente común de los cristianos desde que vieron que los moros desampararon su Real, comenzaron de robar y tomar líos de las ropas de los moros, cada uno cuanto podía, y las moras y los muchachos comenzaron a dar muy grandes voces y gritos, y era ya noche que escurecía, y al apellido de las moras y de los moros muchachos, doliéndose de sus mujeres y fijos y viendo que había aflojado el combate de los cristianos, que no los seguían y que se habían metido a robar, aunque en este medio tiempo los caballeros Don Alonso de Aguilar y el Conde de Ureña y otros capitanes no les dejaban dando voces: *«Adelante, señores, no robe ni se pare ninguno»*, volvió la multitud de los moros sobre los cristianos en gran furiosidad súpitamente peleando, y como los más andaban robando, halláronlos tan flojos, que luego volvieron las espaldas a huir todos los más, salvo Don Alonso de Aguilar y su bandera, y el alcaide y capitán de Marchena Eslaba, y otros buenos y esforzados caballeros, que tuvieron peleando el rostro a los moros; y unos huyendo, otros peleando, cerró la noche y oscureció, y quiso la siniestra fortuna que entre los cristianos que peleaban se pegó fuego a un barril de pólvora, y dio tales llamaradas, que alumbró todo el compás de la pelea y toda la cuesta de la sierra, de manera que vieron los moros como los cristianos iban huyendo y no habían quedado sino muy pocos con Don Alonso de Aguilar; y diéronles entonces tan. gran combate de saetadas y pedradas, fasta que los vencieron y mataron a todos cuantos allí quedaron, que no escaparon sino algunos que pudieron huir a pie a las veces despeñándose, a las veces rodando, como no sabían ni vían las entradas y salidas y veredas de la dicha sierra, y muchos no acertaron aquella noche al Real fasta otro día, y fasta otros días, porque fueron a salir lejos de allí por la otra parte de la sierra.

Quedaron allí muertos Don Alonso de Aguilar y otros más de ochenta hombres escuderos y caballeros y alcaides hombres de bien, y el Conde de Ureña y su fijo Don Pedro Giran, y Don Pedro, fijo del dicho Don Alonso de Aguilar, y otros muchos caballeros y escuderos; escaparon huyendo despeñados y con mucho trabajo unos por un cabo, otros por otro, y quedaron por aquellas laderas muchos caballos despeñados y muertos también como hombres. Desde que los moros se vieron vencedores siguieron el alcance las laderas ayuso, hasta donde estaba el pendón de Sevilla y el Conde de Cifuentes con la gente de Sevilla en una llana de la ladera, que habían pasado el arroyo en pos de la otra gente, y desde sintió que venían desbaratados los cristianos recogía allí los que venían, y los moros vinieron a parar allí aquella noche y comenzaron de combatir el Real aquella

noche a muchas pedradas y saetadas, y el conde fizo poner tal recaudo y esforzó la gente en tal manera, que resistiéronse de los moros con muchas saetas y espingardas, y fue a tiempo que si no fuera por el esfuerzo del Conde y de ciertos capitanes y escuderos que tenía consigo, toda la gente quería huir y pasar el otro arroyo Real del asiento, y huyeran si vieran que la gente de Sevilla huía, y si huyeran fuera peor o tan malo como lo de las lomas y Axarquía, y quiso Dios remediarlo como dicho es, por esfuerzo y buen concierto del Conde de Cifuentes y de sus buenos capitanes y escuderos; y estuvo el Real así toda aquella aquella noche hasta que los moros se fueron, y otro día pasó el arroyo, y viniéronse al Real donde habían partido, y estuvo el Real allí algunos días, hasta que sabido en Granada el desbarato, el Rey partió luego de Granada a más andar y vino a Ronda, y dende al Real, y tomó los moros a partido, aquellos y todos los de la sierra Bermeja, que se pasasen allende despojados y perdiesen todo cuanto tenían, y así fue fecho. También tomó el Rey entonces a partido los moros de la sierra de Villaluenga, que estaban también alzados, que se fuesen despojados allende, y dioles pasaje, y despojáronlos a todos, y fuéronse allende con el diablo.

Aquella desdicha y mala aventurada pelea fue en diez y seis días del mes de Marzo, año del nacimiento de nuestro Redentor de mil y quinientos y un años, y la causa de aquella perdición fue por el pecado de la mala codicia de la gente común de los cristianos, que como llegaron a las tiendas de los moros llevándolos de vencida, es cierto y verdad que echaban las armas de las manos y se cargaban de ropas y líos de las haciendas de los moros, y echaban mano de las moras y de los muchachos, sin haber vencido; y aun de aquel despojo vino hartos a tierra de cristianos, que los que sabían la tierra pudiéronlo sacar y salvar, y así los malaventurados que con su codicia comenzaron de robar dejando de pelear, dieron causa a la muerte de tan noble y leal, esforzado y loable caballero Don Alfonso de Aguilar, que valía más que todos los moros. Algunos lugares y alcarías quedaron en la comarca susodicha entonces que no fueron en aquel alboroto, y dijeron que más querían ser cristianos que no pasar allende, y quedaron, y nunca fueron leales.

CLXVI. DEL REY DE FRANCIA, DUQUE ORLIENS.

El Rey Luis de Valois de Francia, Duque de Orleans, desde que comenzó a reinar él se supo gobernar muy bien, como muy sagaz y mañoso y esforzado, y su fama siempre fue tal. En comienzo de su reinar dejó su mujer la Duquesa de Orleans, hermana del Rey Luis, con bula del Santo Padre, a su grado de ella, según se dijo, porque no paría, ca era muy gibada y no bien proporcionada, y era doliente, y fizola meter en orden; y casóse con la Duquesa Reina de Bretaña, mujer de su sobrino el Rey Carlos, por haber fijos, y porque no saliese el Ducado de Bretaña de la casa de Francia; y desde que reinó, ganó, como dicho es, a Milán con toda su tierra, de que mostraba título que por derecha línea le venía, y que el Duque de Milán lo tenía usurpado y tomado injustamente, y había sucedido en él por una vía de fuerza y bastardía de una mujer, el cual él siendo Duque de Orleans lo había demandado y no podía haber fasta que fue Rey, que lo hubo en la forma y manera ya dicho en el capítulo atrás.

Y viéndose este Rey tan sublimado Rey de Francia, pacífico Gran Duque de Bretaña, Gran Duque de Milán, pacífico Señor de la Lombardía y de las Señorías de Génova, Florencia y Pisa, y amigo del Rey Don Fernando de España, y puesto caso que sabía bien cuán caro había costado a Francia la conquista del Reino de Nápoles, cuando el Rey Carlos la tomó, descubrió su corazón y intención y propósito, y dijo que el Reino de Nápoles le pertenecía y venía de justicia, y que lo quería ir a conquistar y tornar, y aderezó todas las cosas que le convenían de vituallas y armas, y muy gran gente, y fue sabido por toda la tierra como quería ir sobre Nápoles, reinando en él Federico II, hijo del buen Rey Fernando I. de este nombre, Rey de Nápoles, el cual era más aficionado a Francia que no a España, según se decía, el cual por su culpa perdió el Reino, porque quiso Dios volverlo a la legítima de Aragón, cuyo era; y decían que este Federico fue ingrato al Rey de España su tío, y no quiso desde que comenzó de reinar estar a su consejo, antes se decía que las cartas que le enviaba para su pro y favor hallaban los Embajadores de España en poder del Rey de

Francia.

Ordenada así su hueste, el Rey de Francia muy grande y muy poderoso por tierra y por mar, la envió sobre el Reino de Nápoles, sin ir él allá, y como llegaron al Reamen la gente francesa toda se le dio, y en la ciudad de Nápoles les abrieron las puertas como la otra vez, sin recibir afrenta.

El Rey Federico desde que esto vido, muy cuitado y muy mancillado, viendo así perder su Reino, y ya sabia antes de entonces la voluntad del Rey de Francia, y tenía fucia que lo no dejaría sin darle parte en el Reino o gran renta con que viviese en otra parte, fuese a Francia o a donde el Rey estaba, a poner en su poder con su casa, y antes que la gente francesa partiese de esta vez para tomar a Nápoles, sabiendo el Rey de España la intención del Rey de Francia, y que por cosa del mundo no le pudieron estorbar, ni facer revocar su propósito, y como lo vido tan empinado y en tan gran cantidad más crecido y mayor que los otros Reyes de Francia, capituló con él la amistad que ficeron, y le fizo saber que él tenía casi la mitad de aquel Reino de Nápoles por dos cosas: primero, porque le venia de patrimonio y justicia por la casa de Aragón, y lo había ganado habiéndolo perdido el Rey su sobrino; y lo segundo, que no lo había entregado al Rey Federico por los grandes gastos y despensas que sobre ello había fecho, que se la debían de cuando la recibió de la gente de Francia, y por lo amparar al Rey Fernando el mozo, que era hombre de su linaje y casado con hermana suya, con los cuales a él placía que reinasen en aquel Reino, puesto caso que a él pertenecía por justo título de la casa de Aragón; y que pues eran amigos y hermanos, que en lo que él tenía que él no curase dello, ni enojase en cosa dello.

Y el Rey de Francia dijo que le placía, y fue capitulado entre ellos aún más que esto, y partieron de concierto el Reino por medio, por guardarse la amistad el uno al otro, y proveyeron lo mejor, que es la propia ciudad de Nápoles y toda su comarca, que es la parte de Poniente del Reino, quedase al Rey de Francia, y la Calabria, y Pulla, y tierra de Labor, que es en la parte de Levante del Reino, quedase al Rey de España, y así se partió entre los capitanes franceses y el Duque Gonzalo Fernández, el cual estaba allá; y los embajadores de ambos Reyes y Gonzalo Fernández tenían a muy buen recaudo todas las fortalezas y ciudades de la Calabria y Pulla que estaban por el Rey de España, con intención de las defender de los franceses, al cual dicho Gonzalo Fernández, el Rey había enviado, como atrás es dicho, con muy grande armada contra el Turco en favor de los venecianos, y porque estuviese allá por amparo del reino de Nápoles, sospechando lo que después nació.

Y desde que los franceses partieron el reino de Nápoles con Gonzalo Fernández, según la capitulación que ambos Reyes asentaron y ficeron, muy poco estuvieron en paz, porque los franceses tenían en poca estimación a Gonzalo Fernández y a los españoles, y siempre buscaban insidias para quebrar con ellos, ca en todo les mostraban muy mortal enemiga, y con todo eso desde que partieron, cada uno sabia bien lo que quedó al Rey de Francia y lo que quedó al Rey de España, y dende a pocos días comenzaron a haber diferencias.

CLXVII. DE LAS VICTORIAS DEL GRAN CAPITÁN, Y DE CÓMO PARTIÓ DE ESPAÑA, Y DEL VIAJE QUE FIZO, Y DE LAS DIFERENCIAS CON LOS FRANCESES Y OTRAS COSAS.

Partió el Gran Capitán Don Gonzalo Fernández, fijo segundo de la casa noble de Aguilar, del puerto de Málaga a cuatro días de Julio año de 1500, por mandado del Rey Don Fernando, para ir en la Italia con trescientos hombres de armas, y por capitanes de ellos fueron Don Diego de Mendoza, y Mosén Peñalossa, teniente del Clavero de Calatrava, y Pedro de Paz, teniente de Don Juan Manuel, llevó más trescientos jinetes, de los cuales fueron capitanes el Comendador Mendoza, y Luis de Herrera y Mosén Hoces. La gente de a pie que llevó fueron cuatro mil peones para por la tierra, y otros cuatro mil para por la mar, con capitanes, y la armada de la mar fueron tres carracas, y veinte y siete navíos, y veinte y cinco carabelas y gallas, y algunas fustas y bergantines, en que se fizo una muy hermosa flota y armada. Allegaron a Mallorca a seis días del dicho mes, víspera del

Corpus Christi, allí decindió en tierra el Gran Capitán y fizo la procesión de aquel día con mucha honra y solemnidad, y tornóse a la flota aquel día, y siguió la vía de Sicilia y fizoles calma, y estuvo en llegar allá veinte días, y llegado a Mesina en 28 días del dicho mes, desembarcaron allí en fin del mes de Setiembre para Corfu y Modo, que supieron como los turcos les tenían cercadas aquellas dos ciudades de la Señoría de Venecia, para las socorrer, y antes que llegasen los turcos se fueron con la cabalgada y hallaron la armada de Venecia, que tampoco había llegado a tiempo el socorro y se volvían, y el Gran Capitán se fue con su armada al Puerto de Jacanto, y allí en el dicho Puerto se juntaron ambas armadas española y veneciana en Miércoles 28 de Octubre del dicho año de 1500, y se hicieron muchas fiestas y solemnidades los unos a los otros.

Había en la armada veneciana dos carracas y diez y nueve galeazas y once naos, y treinta carabelas y galeras; allí se concertaron el Gran Capitán y los capitanes de la armada veneciana de ir sobre la Papaloneta, que la tenían los turcos, que es una villa muy fuerte en una isla en aquella mar: llegaron allá a dos de Noviembre, y tuviéronla cercada dos meses poco menos, y combatiéronla muchas veces muy fuertemente, y estaban dentro seiscientos hombres turcos, que el Turco había dejado, los más esforzados de su tierra y los más escogidos, y de quien confiaba que harían su deber, porque el Turco supo de las armadas que iban, y sospechó que no hallando con quien pelear que irían a parar allí, y proveyó destos 600 hombres para allí, los cuales defendieron la villa y fortaleza cerca de dos meses muy esforzada y varonilmente, y con las artillerías española y veneciana que les tiraban los allanaban y destruyeron toda la muralla, y combatiéronlos muy fuertemente, y ellos se defendían tan bien y tan varonilmente que fueron muchos heridos y muertos; y en cabo los turcos fueron vencidos y tomados un día víspera de Navidad; y el Gran Capitán luego entregó la fortaleza a los venecianos, y de allí se despidió de ellos con la gracia de Dios, y se vino a Zaragoza con su armada, y allegó allí a veinte y dos días del mes de Enero año de 1501.

Como el Gran Capitán volvió a Zaragoza quitó el cargo de la gobernación de la ciudad a Mosén Margarite, según del Rey le fue enviado a mandar, y la dio a Mosén Luis Pexo. Y de allí se fue a Palermo, a proveer algunas cosas que cumplían para el armada, y dejó la gente aposentada en ciertos lugares alderredor de la ciudad, y antes que de allí se partiese vino Gabriel Mora, embajador de los venecianos, y le trajo un presente de cincuenta y dos piezas de plata labrada y dos piezas de carmesí pelo, y el privilegio de Gentil-hombre de Venecia: y luego el Gran Capitán envió las dos piezas de seda a la Reina de España, su Señora, con otras cosas de allá. Allegó el Gran Capitán a Palermo a 27 de Mayo de 1501, y aposentóse en un jardín, que no entró dentro porque venia de donde morían, y halló allí que entonce había llegado San Vicente el aposentador del Rey Don Fernando, con la capitulación que traía del reino de Nápoles, de cómo había de ser partido entre el Rey de Francia y el Rey de España.

En la capitulación fue acordado que cupiese en la parte del Rey de Francia Nápoles y Gaeta con toda la tierra de Labor, que es la mejor del Reino; y Pulla y Calabria, que son provincias del dicho reino de Nápoles, situadas en la parte del Levante del dicho Reino, que es la menor, cupiesen al Rey Don Fernando de España, y que las otras provincias y tierras que no quedaban nombradas, fuesen para igualar las partes y rentas de entre ellos como fuesen iguales; y luego como comenzó la partija, comenzó a faltar la verdad entre los franceses, y a crecer la soberbia y la envidia de ellos; porque luego tuvieron manera que Taranto, que era en la parte del Rey de España, se tuviese y no se diese al Gran Capitán, por manera que el Duque Don Fernando no se entregase, como en la capitulación estaba.

Púsose sobre Taranto a 28 días de Septiembre del dicho año de 1502, y el Martes primero de Marzo se entregó la ciudad y salió el Duque de ella y se pasó en Mesina en fin del mes de Agosto; y este es el Duque de la Calabria, hijo del Rey Federico, que perdió el Reino.

El Duque de Nemours y Monsieur de Obeni, Virreyes y Capitanes generales del Rey de Francia en este tiempo, enviaron a decir al Gran Capitán que mandase dejar una provincia que llaman Capitanara, que es la cabeza de Pulla, y siempre por tal se tuvo y nombró, y los dichos Capitanes franceses decían, que puesto caso que así hobiese sido, que ellos la querían, por cuanto

Nápoles no podía vivir sin aquella provincia; y a esto respondió el Gran Capitán, que ninguna razón para ello tenían, y que si pensaban que la tenían, que se viesen el Gran Capitán y el Duque de Nemours entre Melfa y Latela; y Jueves cuatro de Abril de 1502 se vieron en una ermita de San Antonio que estaba en medio del camino donde estaban aposentados, y fue acordado entre ellos, que se viesen por justicia entre los Doctores, que podían muy bien determinar la justicia; y andando en esto dieron dilación en el concierto los franceses, y secretamente enviaron por gente al Rey de Francia, mañeando siempre en la concesión de la justicia, y dilatando tiempo en tanto que su gente llegaba, a desque la gente llegó, dijeron que no querían justicia, sino que de necesidad se les había de dejar aquella provincia; y requirióles muchas veces el Gran Capitán que se viese por justicia, que él no quería que por ninguna manera se rompiese el amistad y la capitulación, porque así le era mandado, y jamás con ellos pudo, ni su templanza que con ellos quería tener le valió, y sobre esto los dichos Duque de Nemours y Monsieur de Obeni enviaron al Gran Capitán un trompeta con requerimientos que luego dejase la dicha provincia de Capitanara y luego de ella saliese, y mandase salir toda la gente que en ella estaba aposentada, porque tenían de ella mucha necesidad; y el Gran Capitán les respondió, que se viese por justicia; y luego el dicho trompeta sacó otro requerimiento del seno y se lo puso en la mano al Gran Capitán, en el cual le enviaban a decir, que si luego a la hora no salía de la dicha provincia y la dejaba, que se la tomarían por fuerza, y que no querían otra justicia.

Como esto oyó el Gran Capitán, en presencia de todos los que ende estaban, tomó el postrero requerimiento en la mano y prisose de rodillas en el suelo y alzó los ojos al cielo y dijo estas palabras: *«Yo presento esta escriptura, Señor Dios, delante de tu justicia, pues sé que eres verdadero Juez, y sabes y ves la mucha justicia que el Rey y Reina mis señores en este caso tienen, y la mucha soberbia que el Rey de Francia muestra y sus ministros y quieren; yo te ruego, Señor, que Tú muestres en esto tu Justicia, que yo espero en tu infinita Misericordia, que anssi lo farás.»* Y tornó y dio la respuesta que se sigue al trompeta:

RESPUESTA QUE DIO EL GRAN CAPITÁN AL TROMPETA.

«Hermano, andad con la gracia de Dios, y decid al Duque de Nemours y a Monsieur de Obeni, que puesto tantas veces les he dicho y requerido que esta diferencia se vea por justicia, y no quieren, y envíanme a decir que por fuerza me la han de tomar; que espero en Dios y en su bendita Madre de defendérselo y aun ganarles lo suyo, y ver muy presto al Rey de España mi señor, ser señor de todo este Reino, por la justicia que a todo ello tiene; y que vengan cuando quisieren, que aquí me hallarán, o que me esperen, que yo seré lo más presto que pueda con ellos; y decidle a Monsieur de Obeni, que palabras demasiadas en esto son escusadas, y que si él quisiere que de mi persona a la suya esto se determine, yo recibiré merced de ello, porque se escusarán muertes de otros muchos y dilación de tiempo.»

Y con esto despachó el trompeta. Y los capitanes franceses no tornaron más a replicar en ello, ni Monsieur de Obeni respondió al desafío. Tenían entonces los franceses doblada gente que el Gran Capitán, y estaba junta la que nuevamente había venido de Francia con la que estaba de antes, y la que por los aposentos estaba se iba juntando; y como esto vio el Gran Capitán, dio mucha prisa a juntar la suya, que también estaba por los aposentos, para se hacer fuerte en alguna parte donde esperase algún socorro de gente, de la cual él tenía necesidad harta, y también de dineros para pagar la que tenía.

CLXVIII. CÓMO EL GRAN CAPITÁN HIZO SABER AL REY DE ESPAÑA LAS COSAS DE NÁPOLES, Y DE CÓMO EL REY PROVEYÓ Y ENVIÓ SOCORRO A PUERTOCARRERO, Y DE LA GUERRA.

El Gran Capitán juntó su gente en Varletta, que es una ciudad en la Pulla, donde tenía los rostros en los enemigos y las espaldas a la mar, por donde podía ser socorrido anssi de gente como

de mantenimientos: entró en Varletta a 10 de Julio de 1502, y estuvo en ella cerca de nueve meses.

DE CÓMO LOS FRANCESES COMENZARON LA GUERRA.

A quince días de Agosto del dicho año comenzaron los franceses a romper la capitulación que fueron a cercar a Canosa, un lugar donde estaba por capitán de peones Pedro Navarro con otros dos capitanes con hasta 600 hombres, y el ejército de los franceses con mucha gente de pie y de caballo y muy grande artillería la cercó allí, y les dieron hasta catorce combates, y les derribaron con artillería la mitad de la muralla, y nunca les pudieron entrar, y mataron los cercados de los cercadores más de mil hombres con los combates, sin perder quince hombres de los suyos; y el Gran Capitán envió a decir a Pedro Navarro, que así por la villa ser flaca, como por no tener él aparejo para le socorrer, por estar todo el ejército de Francia allí junto sobre él, que si no se podía tener, que hiciese el mejor partido que pudiese, y que si algunos días se podía tener que él le socorrería, aunque a mucho peligro le fuese: y el dicho Pedro Navarro no tenía gana de hacer partido, sino tenerse hasta ser socorrido, y uno de los otros dos capitanes secretamente trataba partido, por el peligro que esperaban.

Y así que cuando supo esto Pedro Navarro, y vio que medio no le quedaba de se poder defender, acordó de hacer el más honroso partido que jamás ninguno hizo en esta manera: que le dejasen salir al dicho Navarro y a los otros dos capitanes con toda su gente armados por medio de su real, con sus banderas tendidas, y con sus atambores y trompetas tañendo, diciendo: «¡España, España!» y que dejasen salir a todos los del lugar que con él quisiesen ir, con toda la hacienda que quisiesen llevar, y que los que quedasen no les fuese fecho enojo ninguno. Y así salieron y fue fecho, y se fueron camino de Varleta, y los salió a recibir el Gran Capitán más de una milla del lugar, y abrazó y besó en el rostro a Pedro Navarro, y le dijo muchas palabras de honra y de amor.

Después desto, a 22 días del mes de Agosto del dicho año de 1502, pasó toda la hueste de los franceses por delante de las puertas de Varletta, y salieron a ellos algunos jinetes, y lancearon en la zaga algunos de ellos, y fueron a asentar su real en las faldas de las viñas de la ciudad, del cabo de un río que llaman Lefanto, y estuvieron allí tres días, y iban a comer uvas de las viñas, y salieron por mandado del Gran Capitán Don Pedro de Acuña, y Pero Ort de Mesina y Mosén Peñalosa con cierta gente, y atajaron hasta doscientos suyos, de los cuales no escapó ninguno, y entonces los franceses alzaron su real y fuéronse a poner por aposentos por los lugares que había por allí, y dende a pocos días partió Monsieur Obeni para Calabria.

PROSIGUE LA GUERRA.

A treinta días del mes de Septiembre fue el Despensero mayor a correr a Canosa con cierta gente, por aviso que hobo de Mosén Theodoro, capitán de los griegos, y trujo cierto ganado, y siguiendo el alcance le prendieron a él y a treinta de los suyos, y concertáronse los rescates de unos por otros, y quedaron debiendo los franceses cierto dinero, lo cual dentro de ciertos días quedaron de dar dentro de una ciudad que llaman Trana, que enviase los españoles allí por ellos, que luego se los darían.

CLXIX. DEL DESAFÍO DE DOCE A DOCE FRANCESES Y ESPAÑOLES.

Los franceses demandaron campo a los españoles que se matasen doce por doce hombres de armas sobre el derecho del Reino, porque Dios mostrase su justicia, y los que fuesen vencedores pareciese que su Rey tenía mejor justicia y acción al Reino; y así fueron señalados de cada parte doce, y salieron al campo, y eligieron de cada parte uno para jueces, y pelearon once por once, los cuales pelearon nueve horas, en que descansaron y se apartaron diversas veces, y después de los primeros encuentros cayeron a tierra cuatro franceses y un español, y de los franceses murió uno, y de los que quedaron a caballo se rindió uno, y los tres que quedaron a pie se rindieron: murieron

nueve caballos de los franceses, de los cuales hicieron reparo dentro del cual se pusieron que nunca de allí quisieron salir, de manera que cuando querían llegar los españoles a afrontarlos se espantaban los caballos de los otros caballos muertos: y así estuvieron todo aquel día hasta que la noche los despartió, y todos los españoles rompieron sus lanzas, y en los franceses había nueve lanzas cañas: dentro de tercero día el español que se rindió desafió al francés rendido, diciendo que él tuvo muy mayor causa para rendirse que no él, porque él se había rendido caído en el suelo a tres hombres armados que sobre él cargaron, y él se había rendido y estando a caballo a otro caballero solo como él: concertóse el desafío para día señalado, el español salió al campo y esperó en el campo todo el día, y el francés no osó salir, y el español hizo allí todas sus diligencias, y volvióse del campo con mucha honra.

Y acaeció que el Gran Capitán envió cierta gente a sacar cierto ganado que estaba herbajando, que era en asaz cantidad, y era dentro de donde había gente gruesa de los franceses, y he dicho hasta ochenta de caballo corredores para tomar el ganado a la parte donde estaba la gente francesa, de manera que fuesen vistos, y saliesen a ellos; y el Gran Capitán púsose en celada con quinientas lanzas, y los franceses salieron con hasta quinientos hombres de armas a los españoles corredores, y así viniendo en huida los corredores, salió el Gran Capitán con la celada y desbarató los franceses, donde fueron presos doscientos hombres de armas, y trajeron el despojo y treinta mil cabezas de ganado poco menos, con que se quedaron, y volvieron con su victoria; y esto fue a diez de Diciembre del dicho año de mil y quinientos y dos.

CLXX. DE DON DIEGO DE MENDOZA.

A diez y nueve de Enero, víspera de San Sebastián, de 1503 años, fue el Comendador Mendoza por el dinero resto del rescate, según es dicho, a Trana con quince de caballo; y acordaron los franceses de le poner una celada en el camino de cincuenta y cinco de a caballo para que le tomasen el dinero y lo prendiesen y tomasen; y fue dello avisado el Gran Capitán, y proveyó que Don Diego de Mendoza saliese con ciertos jinetes y hombres de armas a se poner en una sobre celada, y como los franceses estaban ya envueltos con el dicho Comendador, llegó el dicho Don Diego de Mendoza con la gente que llevaba, y de los cincuenta y cinco franceses mataron los cincuenta, y los cinco fueron heridos, y se acogieron a uña de caballo, y no se pudo sufrir el Gran Capitán, y fue a ver cómo se hacia con siete de a caballo, y fue a tiempo que hizo su parte.

CLXXI. DE CASTELLANETA, Y DE LO QUE ALLÍ ACONTECIÓ.

A doce de Febrero de dicho año de 1504, acaeció que en Castellaneta estaban aposentadas cien lanzas francesas, y sobre una bota de vino los franceses mataron un clérigo de misa, y del despecho desto los del lugar enviaron a llamar a Pedro Navarro y a Luis de Herrera, que estaban seis millas de allí, y que ellos les abrirían las puertas; y vinieron y entraron el lugar, y fueron sentidos, y los franceses se quisieron defender y los españoles mataron 40 de ellos, y prendieron 60, y hobieron todo el despojo, y vino sobre ellos el Duque de Nemours con mucha gente, y combatiéronlos, y los castellanos le mataron 50 hombres, y desde vido esto, volvióse, que no hizo nada.

CLXXII. DEL DESAFÍO DE LOS ITALIANOS Y FRANCESES.

A trece de Febrero del dicho año de 1503, se desafiaron trece franceses con trece italianos, y fue el concierto, que de los que destos fuesen vencidos o rendidos, o echados del campo, perdiesen por cada uno cien ducados, y las armas, y el caballo; fueron vencidos todos trece franceses y echados del campo, y pagaron el precio, y los italianos quedaron vencedores: fue de ellos capitán Jacobo Torre Fieremosta. Fízoles el Gran Capitán mucha honra, y dioles para salir al desafío a cada

uno un sayo de raso, la mitad morado y la mitad blanco, para sobre las armas.

CLXXIII. DE LO QUE HIZO EL COMENDADOR SOLÍS.

En estos mismos días fue el Comendador Solís a Cosencia, que tenían cercada la fortaleza los Príncipes y estaban con la ciudad aposentados, y entró de noche el dicho Comendador con fasta cincuenta de caballo, y púsose en la plaza, diciendo: «¡España, España!» y mató más de treinta de ellos, y prendió más de sesenta, y toda la otra gente se descolgaron por la muralla abajo. Tras esto salió Don Diego de Mendoza con cien hombres de armas y cincuenta jinetes, y púsose en una celada para la gente que salía de Visella a hacer el herbaje, y corriéronlos el campo, y alancearon los que alcanzaron y alcanzaron una ordenanza de 70 suizos bien armados, los cuales se metieron en una torre, y llegó allí Don Diego a los requerir que se diesen, y no quisieron, y combatiéronlos y tomáronlos, y despeñáronlos de la torre abajo a todos, salvo uno que enviaron con la nueva con dos cuchilladas por la cara.

CLXXIV. DE LEZCANO.

A veinte de Febrero del dicho año fue Lezcano el capitán en busca de las cuatro galeazas del Pitijuan, con su armada, y las corrió y metió en el puerto de Tranto, que es de venecianos, y prendió algunos, porque toda la gente huyó, y libró del captiverio a muchos españoles que andaban aherrojados: las cuales galeazas hacían mucho daño, porque corrían toda la costa, y quitaban todos los mantenimientos que venían al real de los españoles, y tomó las dichas galeras el dicho Lezcano, y sino fuera por no quebrar con los venecianos, no escapara hombre de los que en ellas andaban.

CLXXV. DE LO QUE HIZO EL GRAN CAPITÁN EN RENUBO.

A 22 días del mes de Febrero, Jueves en la noche, salió el Gran Capitán de Barletta y fue sobre un lugar que llaman Renubo, que está diez leguas de Barletta, y amaneció otro día, Viernes, sobre el lugar, y en llegando le combatió con el artillería casi dos horas, y luego le dieron otro combate de manos tan reciamente que le entraron por fuerza de armas, y mataron hasta sesenta hombres de armas, y prendieron a Monsieur de la Paliza y a un capitán de la gente del Duque de Saboya y con ellos hasta seiscientos hombres franceses, entre hombres de armas y archeros, tomaron mil caballos, con los cuales se encabalgaron muchos hombres del Gran Capitán, y hobieron allí otro mucho despojo: y el Gran Capitán se puso a la puerta y no dejó sacar cosa alguna de la iglesia, ni ninguna mujer, y no consintió que les ficiesen a las mujeres ninguna descortesía, y así se volvieron aquel día a Barletta con aquella victoria.

Y a seis de Marzo del dicho año enviaron a decir los de San Juan Redondo al Gran Capitán, que ellos eran muy maltratados de los franceses que allí estaban aposentados, que se querían dar a él, que les enviase algún capitán con gente, y que ellos les abrirían las puertas, y el Gran Capitán envió a Arriarán con trescientos peones, y salteólos una noche, y mató trescientos y ochenta franceses y prendió otros ciento y tomó el lugar.

Después desto, a 13 de Marzo, viniendo Pedro Navarro y Luis de Herrera de Taranto, en las Argentallas toparon con una batalla de franceses que los estaban esperando en el camino, y los desbarataron y mataron 200 y prendieron 50, y dende a doce días se topó Pedro Navarro en otro camino cerca de Villasella con el hijo del Conde de Conca, y lo desbarató y prendió a él y a otros 15 y mataron 80 de ellos: tras este desbarato fue otro que hizo el capitán Nolibá pasando de un lugar a otro con su gente, se topó con ciertos franceses y los desbarató y mató 30 de ellos.

Viniendo Pedro Navarro, y Lezcano, y Luis de Herrera de Tarento a Barletta, toparon en el camino con el Marqués de Bitonto y con el Señor Juan, su cuñado, con muy buena gente que traían, así de hombres de armas como de caballeros ligeros, que se iban a juntar y ayudar a los franceses, y

pelearon con ellos, y desbaratáronles, y prendieron al dicho Marqués de Bitonto y a otros con él, y mataron a su cuñado el Señor Juan con otros 60 hombres, y con esta victoria se vinieron al Gran Capitán.

En estos mismos días un capitán de peones, que llamaban Bernardino de Valmaseda, estaba en un lugar aposentado con su gente, con 150 hombres de pie, por veces mató más de doscientos y cincuenta franceses, y un día se halló en un paso con 33 hombres suyos y desbarató 400 franceses, y mató cincuenta de ellos, y prendió más de otros tantos. Muchas otras cosas obo y pasaron entre españoles y franceses en aquel tiempo que el Gran Capitán estuvo en Varletta, que no son aquí escritas, de que siempre los españoles fueron vencedores y los franceses vencidos.

CLXXVI. DE LA BATALLA QUE OBIERON LOS CASTELLANOS CON MOSEN DE OBENI, CAPITÁN GENERAL DE FRANCIA, Y CON LOS FRANCESES EN CALABRIA, Y LOS FRANCESES FUERON VENCIDOS,

Como los Príncipes de Salerno y Visiniano, y Rosano, y Condes de Capacho y de Melito, que todos estos estaban en Calabria, y otros Señores y Barones supieron la discordia entre el Gran Capitán y el Duque de Nemours y Monsieur de Obeni, y como llegaban gente los unos y los otros, y la guerra era rota, comenazaron de decir por Calabria: «¡Francia, Francia!» y ficiéron rebelar toda la tierra; y la primera cosa que ficiéron fueron a cercar a Terranova, y tomaron la ciudad y tomaron la fortaleza, y tuviéronla 36 días cercada, y fue por capitán el Conde de Melito. Y como el Virrey de Sicilia supo la revuelta de Calabria, fuese de Palermo para Mesina por ver si podía poner algún remedio desde allí, y no halló conque socorrer gente ninguna extranjera, y estando en esto llegó Don Hugo de Cardona, que venia de Roma con hasta 250 peones, y el Virrey había hecho otros tantos, con fasta 100 de a caballo sicilianos, pasó en Calabria; esto fue en comienzo a 6 de Octubre de 1502; y y dende a dos días llegó García Alvarez Osorio con otros 250 peones, y luego le pasó el Virrey la gente, y pasó a juntarse con Don Hugo a un lugar de Calabria que llaman Semanara, a ocho millas de Terranova, y juntóse con ellos Nuño de Campo con cierta gente, y fueron a Terranova a socorrerla. El Conde de Melito, como supo que iban, salió de la ciudad con trescientas lanzas, y pelearon un Mártes a once de Octubre y fue desbaratado el Conde de Melito, y muertos cincuenta hombres de armas de los suyos, y él fuyó y acojióse a Melito.

CLXXVII. DEL SOCORRO DE ESPAÑA.

Sabido por el Rey de España que era menester socorro en Calabria, envió a Manuel de Benavides con quince naos, en que llevó 200 hombres de armas: eran capitanes Antonio de Leyba y Álvaro, y más llevó 300 peones, y desembarcaron en Rijoles a 18 días del mes, y fallóse haber muerto por la mar hasta allí 80 caballos.

Juntóse esta gente con la de Don Hugo en San Jorge a 25 del dicho mes, y de allí se fueron apoderando en algunos lugares de la Calabria, a la cual causa hubo de venir Monsieur de Obeni de Pulla, y partió su ejército en dos partes, y vino a juntarse con los Príncipes en Calabria, y quedó el Duque de Nemours con la mayor parte de la hueste, en Pulla, el rostro al Gran Capitán.

Manuel Benavides y los otros capitanes ya dichos estando en Terranova, vino sobre ellos Monsieur de Obeni con los Príncipes del Reino susodichos y con mucha gente de franceses; y los españoles acordaron dejar la ciudad, porque era flaco lugar, y porque tenían necesidad de los mantenimientos y de otras cosas; tomaron su recuaje delante, y salieron por una puerta un Domingo de mañana, y salió la gente algo ahilada y cada uno con su recuaje; quedó en la zaga algún cuerpo de gente, y saliendo de Terranova por una puerta, entró Monsieur de Obeni por la otra, y salieron en pos de los españoles toda la gente de armas de los franceses, y como era mucha gente no los podían sufrir los españoles, y Manuel de Benavides recogió su gente y volvió sobre los franceses, en que de

aquella vuelta mataron a Monsieur de Jerani, y a otros veinte hombres, y a otro capitán, y los franceses atajaron a Gonzalo de Avalos, y lo prendieron con otros con él de los españoles; y los españoles se fueron ordenadamente para un puerto arriba que no perdieron seis hombres.

Y vínose a aposentar Manuel de Benavides a un lugar que llaman Tura, y los franceses se volvieron a Terranova, y otras muchas cosas le acaecieron en la Calabria con los franceses, que seria luengo de escribir, hasta que llegó el segundo socorro de España, que fue Portocarrero con la gente de España.

CLXXVIII. DE LA BATALLA DE CALABRIA.

Sabido por el Rey Don Fernando de España la necesidad que su gente española tenía en el Reamen, y como los franceses eran muchos más, querían guerra que no paz, y como habían rompido la capitulación de entre él y el Rey de Francia, y como la Calabria estaba en peso de perder y tornar de ellos, ordenó muy presto una armada que envió de España, en la cual envió a Luis Puertocarrero, Señor de Palma y Meser Filio por capitán general, el cual llegó en Mesina a 5 días de Marzo año de mil y quinientos y tres años, con 300 hombres de armas, y 300 jinetes, y 2500 peones: iban con él por capitanes Don Fernando de Andrada y Don García de Ayala, que murió en Cerdeña, y Alonso Nuño y Carvajal, y Figueredo, alcaide de Morón, y Fernando de Quijada; y como llegaron a Rijoles plugo a Nuestro Señor murió el dicho Luis Puertocarrero de dolencia, y fizo su testamento como hombre muy católico cristiano que él era, de la cual muerte no poco dolor dejó en todos los que con él pasaron y allá estaban de la parte del Rey de España, y dejó en su lugar a Don Fernando de Andrada, al cual luego todos eligieron aquellos capitanes por capitán general, y fue muy temido y obedecido por todos como él lo merecía, porque según su nobleza todos le tenían mucho amor y lo tuvieron en aquel acatamiento que tuvieran al dicho Puertocarrero si viviera.

Y puesto caso que Manuel de Benavides había ido primero por capitán de su gente, y fue el primero que lo eligió; y cierto el dicho Don Fernando dio muy buena cuenta de su cargo. Y luego como Monsieur de Obeni, Virrey y capitán general, supo de la gente española que era llegada a Rijoles, los envió a desafiar a batalla, y vinóse para un lugar que llaman Joya, que es a seis millas de Palma, que es un lugar donde estaba la gente castellana, y allí se concertó la batalla para Viernes de mañana 21 días de Abril, la cual los españoles no quisieron dar porque lo llevaban así mandado del Rey, y por importunidad de dicho Monsieur de Obeni la hobieron de dar, porque no tenían en cosa alguna de estimación a los españoles y les enviaba a decir muchos ultrajes, y ultrajados de su gran soberbia fue forzado de se la dar aun primeramente cuando envió a la demandar con un trompeta, le fue respondido donosamente, por deferir algunos días Fernando de Andrada para juntar consigo a Manuel de Benavides, y a Alvarado, y Antonio de Leyva, capitanes que estaban repartidos en ciertas fortalezas, y así hobieron lugar de se juntar en tres días 300 hombres de armas, y 300 jinetes y 3500 peones, y la otra gente quedó en guarda de los lugares.

Y el dicho día Viernes 22 de Abril de 1503 salieron al campo los unos y los otros, y los españoles pasaron un río, y vino sobre ellos Monsieur de Obeni con toda su hueste, que nunca los castellanos lo vierón hasta que los franceses dieron en las guardas, y los castellanos iban ordenados en esta manera: en la delantera 200 hombres de armas, a la mano derecha de ellos 300 jinetes, a la mano izquierda el peonaje, en la rezaga Don Fernando de Andrada con 100 hombres de armas y 500 peones para añadir a la parte donde fuese menester.

Los franceses se hicieron dos batallas, y echaron en la delantera 300 hombres de armas más escogidos, en otra batalla atrás otros 500 hombres de armas y luego allí con ellos el peonaje, y luego como se vieron juntos arremetieron los franceses a los castellanos los más furiosos del mundo, y fueron por semejante recibidos por los castellanos en tal manera, que presto amansaron la furia, y tan presto como fueron envueltos los unos con los otros, acudieron los jinetes castellanos sobre ellos y ficeron tanto daño en ellos que en poco espacio volvieron las espaldas a huir, así los que quedaron enfiesto de los 300 como de los 500, después de se haber encontrado, y eso mesmo el

peonaje francés se puso en huida, de manera que los castellanos hobieron la honra de la batalla y fueron vencedores, y los franceses fueron vencidos y desbaratados, y quedaron de ellos muertos en el campo dos mil doscientos hombres, y los que escaparon fueron huyendo por el campo de Joya por donde habían venido, y los castellanos fueron en pos de ellos hasta que los encerraron en el dicho lugar de donde habían salido, y allí los cercaron, y tomaron, y despojaron; y Monsieur de Obeni por se salvar tomó el camino de Melito, y Baeza de Benavides y Alvarado los siguieron hasta que se les encerró en Rocaganjito y con la gente que otro día les siguió les cercaron y enviaron por artillería a Mesina, y lo tuvieron cercado treinta días, y en fin le tomaron y prendieron, y después lo llevaron a Nápoles, desde que se ganó, y llegó allá en 11 de Julio, y lo llevó Don Fernando y puso preso en Castilnovo.

Y en dicho desbarate y vencimiento y en la villa de Joya tomaron los castellanos 600 prisioneros; así que esta batalla fue en Calabria como dicho es, hobieron los castellanos más de 800 caballos y 400 acémilas y mucho otro despojo que sería luengo de escribir, sin morir hombre de los castellanos, peón ni caballero, salvo algunos pocos heridos que se puede aquí decir sino que «*a Dómino factum est, istudet est mirabili in oculis nostris*». Esta batalla fue antes que la que hobo el Gran Capitán en la Chirinola otro día, y luego se dio la Calabria toda al Rey de España Don Fernando. Agora volveremos a contar las cosas del Gran Capitán que atrás dejamos.

CLXXIX. DE LA BATALLA QUE EL GRAN CAPITÁN OVO CON EL VIRREY DUQUE DE NEMOURS DE FRANCIA.

La batalla que el Gran Capitán hobo en Pulla con el Virrey francés Duque de Nemours fue de esta manera: El Gran Capitán estaba de asiento en la ciudad de Barletta, y salió de Barletta a pelear con los franceses un Jueves tarde a 27 de Abril año de 1503, y salió porque de pura necesidad no podía hacer otra cosa, porque el Virrey francés Duque de Nemours lo tenía casi cercado, y porque morían de pestilencia en la ciudad, y porque tenían mucha necesidad de los mantenimientos y de otras cosas, y antes desto, hallándose con poca gente y pocos dineros, el Gran Capitán al comienzo de la guerra envió sus embajadores al Emperador de Alemania Maximiliano, consuegro del Rey de España, rogándole a Su Alteza le socorriese con alguna gente, y el Emperador le envió dos mil alemanes, y con ellos un Sobrino suyo por coronel, que quiere decir capitán, y antes que enviase al Emperador envió a decir al Rey Don Fernando que enviase socorro y gente en Calabria, de donde procedió que le fue socorro de España dos veces, como dicho es, antes de la batalla de la Calabria.

Y los dichos alemanes vinieron y allegaron a diez de Abril en Monfredonia: y como el Gran Capitán lo supo, luego dio prisa en allegar toda la gente que estaba por los aposentos, y envió a llamar todos los capitanes, y recogidos todos a Varletta, así los alemanes como los españoles, salió el Gran Capitán como dicho es, de Varletta aquel Jueves tarde y tomó el camino de la Chirinola, y fueles hacer noche cave un río que llaman Lefanto, que estaba a seis millas del real de los franceses, porque ellos tenían su real asentado en el campo acerca de Canosa: y otro día de mañana, Viernes 28 de Abril, el Gran Capitán con todo su campo tomaron el camino de la Chirinola, que es una villa y fortaleza que estaba por los franceses, y estaba de allí diez y ocho millas, y fizo aquel día tan grande sol y calor, que pensaron todos ser perdidos de sed, por que en todo el camino no había poblado ni gota de agua, y hallóse que aquel día murieron treinta y dos personas del ejército de sed, que en ninguna manera se pudieron remediar porque fueron todas diez y ocho millas sin reposar, y como los franceses los vieron ir y pasar y vieron la necesidad que llevaban, y cuan cansados llegaron, acordaron de ir a dar sobre ellos.

Puso el Gran Capitán tanta diligencia aquel día, que él mismo tomaba a los hombres de pie que venían cansados y aquejados de sed, y los llevaba a las ancas de su caballo; y así hizo que hiciesen los hombres de armas, y los jinetes, y de esta manera escaparon muchos de los peones y no dejaron rezagado ninguno, y en todo aquel camino no cesó el Gran Capitán de dar con un frasco y un tazón de beber a la gente, que si esto no hiciera mucha mas gente se le ahogara. De los alemanes

aunque era toda gente de a pie no se ahogó ninguno, por que iban pertrechados entre cada dos un frasco lleno de vino y agua, que es un barril de madera. Llegó el Gran Capitán con su ejército a la Chirinola aquel día dos horas antes que fuese de noche, y la gente cansada con mas gana de descansar que de pelear, ca venían muy deseosos de se hartar de agua, y allí cabe la Chirinola están ciertos pozos, en los cuales toda la gente cargó a beber, y los franceses que estaban en la villa y fortaleza, no hacían sino tirar a la gente con la artillería a los pozos, y plugo a Nuestro Señor que toda iba por alto y a ninguno ofendieron ni mataron.

Estando la gente en esto como dicho es venia un trompeta francés sonando, y preguntando por el Gran Capitán, y el Gran Capitán, mandó que se lo trujesen; y traído le preguntó y el trompeta le dijo: *«El Virrey mi Señor hace saber a tu Señoría que ha sabido tu salida, y que te ruega que le esperes, que mañana será contigo y te dará la batalla, y de su parte y de todos los príncipes te lo digo y lo requiero»*. El Gran Capitán respondió: *«Dile a su Señoría que yo soy salido de Bartela a destruir todos aquellos que el mandamiento del Rey de España, mi Señor, no quisieren obedecer, y que si su Señoría viniere que aquí me hallará, y que yo con la ayuda de Dios, de esta tierra no me partiré hasta que vea la bandera de España sobre la mas alta torre, con vencimiento, y de esto le hago saber»*; al cual trompeta mandó el Gran Capitán dar de comer y beber, y le dio una cadena de oro y un jarro, y un tazón de plata, y con esto se fue.

Y aquí parece que los franceses engañosamente enviaron el trompeta a aplazar la batalla para otro día, pues que luego a la hora vinieron en pos del trompeta; y estando así la gente del Gran Capitán aun no bien aposentada, sonaban los tiros de pólvora de los franceses y venían las pelotas por cima del Real; luego el Gran Capitán envió treinta y dos de a caballo jinetes a ver si el Virrey venia o estaba quedo, los cuales luego volvieron corriendo, y dijeron como los franceses venían con toda su hueste muy cerca, ordenada para dar en ellos, y entonces todo el ejército de España se alborotó y puso en arma; y el Gran Capitán mandó tocar sus trompetas y tambores, y mandó poner toda su gente en orden para pelear; y mandó meter toda la gente en un circuito grande que allí estaba de tiempo viejo que solía ser viñas, y estaban allí unos valladares viejos derribados, a la parte por donde los franceses habían de venir, y mandó poner artillería a fuera de los valladares, y mandó estar la gente de armas todas juntas dentro del circuito hacia la mano izquierda, y los jinetes repartidos, la mitad con los hombres de armas, y la mitad con cincuenta estaostes griegos, a la mano derecha, y cabe ellos todos los alemanes, y en la delantera de los alemanes ochocientos estoperos de los mismos alemanes, y en medio toda la gente española delante de todos, y junto a Cindaro mandó que estuviesen mil y quinientos soldados todos con lanzas echaderas y rodela para que a la ordenanza que por allí viniese se las arrojasen todas a la par; y juntos con ellos toda la ballesteria y luego la piquería, y los alabarderos; y luego mandó que cuando los trompetas tocasen que toda la gente en su concierto fuese con ellos.

CLXXX. DE LA GENTE QUE EL GRAN CAPITÁN TUVO EN ESTA BATALLA, Y DE LA QUE TUVO EL VIRREY DE FRANCIA.

El Gran Capitán tenía de nómina, con los dos mil alemanes, cinco mil y quinientos soldados, que eran de a pie, y mil y quinientos de a caballo, que eran los setecientos de ellos hombres de armas, y doscientos archeros, y ciento y cincuenta estoperos, y cuatrocientos jinetes.

El Virrey y los príncipes del Reino que estaban con él en el campo puestos, tenían mil y quinientos hombres de armas y jinetes, y siete mil peones, en que era poca la ventaja de los unos a los otros, ca la otra gente de mas que había de los unos y de los otros guardaban las fortalezas, y los franceses pensaron que por estar la gente del Gran Capitán tan cansada y fatigada del camino que no hubiera mucho que hacer en vencer la batalla, y parece ser engaño lo que el Virrey envió a decir con el trompeta.

CLXXXI. DEL RAZONAMIENTO QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO A LOS SUYOS.

«Señores: mirad que las honras que los buenos ganan venciendo a sus enemigos, en ningún vencimiento se pueden ganar sin algún trabajo: cumple agora que todos trabajemos por vencer, porque con este trabajo acabaremos de ganar lo que mucho ya nos cuesta; tomando esperanza en nuestro Señor; que los pocos a los muchos suelen vencer con justicia, cómo nosotros la tenemos, y acordaos de la bondad de Nuestro Rey y Reina a quien servimos, y del mucho derecho que tienen a este Reino sobre que andamos y estamos; y llamad a nuestro abogado Santiago que bien podéis tener cierto que los habemos de vencer, y sus, a ellos.»

Y los franceses asomaron y por un cerro muy llano, tirando con los tiros de su artillería los mas furiosos del mundo, y toda la gente del Gran Capitán se tendió en el suelo, y los de acaballo sobre los arzones de las sillas se acostaban por que no los cogiesen los tiros de las lombardas, y allegados ya muy cerca del Real del Gran Capitán cuanto un tiro de ballesta, ya el sol se quería poner, mandó el Gran Capitán que la artillería suya jugase, la cual fue tal que hobo cañón que dio por la batalla del Virrey, y del primer golpe llevó cuarenta hombres de armas; y visto por el Virrey y Capitanes franceses el daño que la artillería les hacía, arremetieron de echo con sus lanzas en ristre en la delantera del Virrey con ochocientos hombres de armas, y en la rezaga los Príncipes del Reino, y ellos allegaron tan derechos y con tanta ferocidad que fue cosa de maravilla; y como al encuentro primero no hallaron con quien encontrar, dieron con el valladar viejo que allí estaba de primera necesidad, a do hobieron de dar lado para tornar a enrristrar y al lado que dieron, los espingarderos alemanes que eran los mayores espingarderos del mundo, que el Emperador los envió los mas escogidos entre cuantos tenía, asestaron a la batalla en que mataron muchos de los franceses.

Junto con esta batalla allegó Monsieur de Sander el cual era Coronel de todos los Suizos franceses, con todas las ordenanzas, con las cuales saltaron todos los soldados arrojando las lanzas y saltaron con ellos toda la gente del Gran Capitán diciendo juntamente *victoria, victoria*, a grandes voces; y la otra gente decían *que huyen que huyen*; y el Gran Capitán arremetió a ellos con la gente de armas muy esforzadamente, y los príncipes que traían la retaguardia atrás, entráronse por la batalla adelante peleando con su gente de armas y jinetes, y el Gran Capitán y los suyos los recibieron como convenía, y los jinetes y Estradiotes del Gran Capitán iban cerca de él, y todos pelearon y trabajaron de tal manera, y se esforzaron a vencer que los franceses no lo pudieron sufrir, y volvieron su gente y puestos en huida, la gente del Gran Capitán siguieron el alcance, aquella noche hasta su Real, y como cerró la noche, no murieron mas, ca si de día fuera no fuera maravilla no quedar hombre de ellos para que llevara la nueva a Francia que no fuera muerto o preso.

Esto fecho mandó el Gran Capitán tocar las trompetas y recoger la gente, y mandó asentar su Real donde primero se había dado la batalla y allí asentaron sus tiendas. Y Próspero Colona, Capitán, siguió aquella noche hasta el campo de los franceses, el cual se estaba asentado en la manera que el Virrey lo había dejado, con sus tiendas armadas con cuantas riquezas y joyas tenían. El Próspero, y los que con él siguieron dieron por el Real, y mataron y robaron, y ficiéron cuanto quisieron, y tomaron muy grandes riquezas, y hobieron, y trujeron el dinero todo que el Virrey tenía cogido del Reino.

Murió en la batalla el Virrey Duque de Nemurs, y su Capitán General, y murieron otros quince Capitanes y mucha gente con ellos, que adelante se dirá la suma de ella. Otro día sábado de mañana el Gran Capitán estaba el mas pensativo hombre del mundo, en non saber que había acaecido del Virrey, si era vivo o muerto, y mandó a pregonar por el Real que cualquiera que le diese nuevas del Virrey muerto o vivo que le daría cuarenta ducados de oro, en que se halló que un soldado trujo un prisionero de la Cámara y casa del Virrey, que había aprendido en el campo en las tiendas de los franceses, el cual dijo que si él viese al Duque su Señor si era muerto que él le conocería, y luego el Gran Capitán le mandó ir con dos capitanes a lo buscar, y yendo así el camarero con los dos capitanes, vido a un soldado llevar un pedazo de la ropa de brocado del Virrey, y luego lo llamó y conoció el brocado y comenzó de llorar por su señor, diciendo que su

señor era muerto; y andándole a buscar con las señas que el camarero. había dado, las cuales eran que el Virrey era mancebo de fasta veinte y un años, y de gran cuerpo y linda persona, y en la mano derecha dos anillos, y que el Jueves pasado se había bañado y raído el cabello de abajo: el cual por estas señas hallaron, con tres heridas, la una en la teta izquierda, la otra en el vientre, y la otra en la cara; y sabido por el Gran Capitán mandolo traer a sus tiendas con el cual el recibió gran dolor, y lloró mucho de sus ojos, y llorando se retrajo a una cámara de su tienda, y se puso de pechos sobre una cama llorando la muerte de tan lindo hombre, y luego mandó que lo abriesen y salasen, y mandó encender veinte y cuatro hachas de cera que ardieron mientras se aparejaron las andas para lo llevar, y mandó a Don Tristán de Acuña que lo hiciese llevar a Barleta muy honradamente; y lo ficiese enterrar en el monesterio de San Francisco; y después que esto hobiese fecho que ficiese enterrar todos los otros muertos; y el Capitán hizo ir con el cuerpo del Virrey cien hombres de armas y una compañía de soldados, y los hombres de armas llevaban todos sus hachas de cera encendidas en las manos, y al tiempo que partió el cuerpo del Virrey así en las andas para Barleta, quedó el Gran Capitán haciendo el mayor llanto del mundo de maravilla y dolor de él.

El Gran Capitán mandó saber y facer copia de los muertos que murieron de los franceses en batalla antes que los enterrasen: y dio cuenta el dicho Don Tristán de Acuña que él hizo enterrar tres mil y seiscientos y sesenta y cuatro hombres, sin los que él no vido que creía serian mas de otros cien. Murió allí Monsieur de Sander, el cual era coronel de todos los Suizos franceses; y hobieron en aquella batalla mas de mil prisioneros de los franceses, que después rescató el Gran Capitán; y luego aquel día sábado se entregó y dio la Chirinola, al Gran Capitán.

Y luego aquel sábado, otro día después de la batalla, el Gran Capitán envió a Pedro de Paz, capitán de hombres de armas que fuese en pos de los que habían escapado de la batalla francesa, el cual partió luego con doscientos hombres de armas y cincuenta jinetes; el cual anduvo tanto que llegó a Capua, y halló que habían pasado los franceses la puente por allí, y iban la vía de Gaeta, los cuales al pasar dijeron que iban a proveer la Ciudad, que tenían nueva de la gran armada de España que iba, que no osaron decir que iban desbaratados huyendo. La ciudad de Capua sabida la verdad por el capitán Pedro de Paz de la victoria del Gran Capitán, alzaron sus banderas, por el Rey de España: y juntáronse con el dicho capitán quinientos mancebos de la ciudad y fueron detrás de los franceses, y alcanzaron hasta cincuenta hombres de armas, y ciento infantes y hombres de a pie, que prendieron y mataron, y Pedro de Paz dio la presa a los Capuanos; y hobo prisionero de ellos que les valió cuatro mil ducados de rescate.

Y el Gran Capitán estuvo tres días en la Chirinola donde fue la batalla, y de allí partió para Nápoles señoreando la tierra, y de esta manera que dicha es, acaeció y mas que he dicho, en la batalla de la Pulla que hobieron franceses y españoles, donde totalmente la gente y hueste francesa fue vencida y perdida, y su capitán el Duque de Nemurs Viso-Rey por el Rey de Francia muerto con los dichos capitanes de Francia. Solo el Gran Capitán Gonzalo Fernández Capitán General por el Rey y los españoles, fueron vencedores y por maravilla que Nuestro Señor quiso hacer de los españoles no murieron sino muy pocos; la cual dicha batalla fue viernes noche a 28 días de Abril del Nacimiento de Nuestro Redentor de 1503 años, y ocho días después de la batalla de Calabria que vencieron los castellanos.

CLXXXII. DE CÓMO PEDRO DE PAZ YENDO EN SEGUIMIENTO DE LOS VENCIDOS TOMÓ EL CASTILLO EN EL GARELLANO, Y COMENZÓ A FACER GUERRA A GAETA; Y DE CÓMO EL GRAN CAPITÁN TOMÓ A MELFA, Y PRENDIÓ AL DUQUE DELLA; Y DE CÓMO SE LE DIO LA PULLA Y NÁPOLES, Y TOMÓ A CASTILNOVO.

Partió el Gran Capitán de la Chirinola Lunes primero día de Mayo, la vía de Melfa y cercola y tomola, y tomó al Duque de ella dentro el cual dióse luego con condición que lo dejasen estar en una Villa suya que se llama Trana, a él y a su mujer y fijos hasta esperar lo que el Rey de España

mandare hacer de él. Esto fecho luego pasado adelante el Gran Capitán camino de Nápoles, el dicho Príncipe de Melfa, se fue para los franceses, y dende a dos días que el Gran Capitán tomó a Melfa, se le vino a dar toda la Pulla, con las llaves en las manos, de las ciudades, villas y lugares y castillos que en ella había.

Y de allí el Gran Capitán fue sobre Nápoles, y asentó su campo en un lugar que llaman la Cherra, y de allí envió sus embajadores a Nápoles, al Regimiento y Señores, a les rogar y requerir que se diesen y alzasen banderas por España; y la ciudad acordó luego de le enviar y entregar la ciudad, con tal que les confirmase sus privilegios, y el Gran Capitán fue a Algandelo que es ocho millas de Nápoles, y allí salieron a contratar con él el conde de Matera, y los Síndicos de Nápoles, y asentaron su capitulación para entregarle la ciudad, y a 15 de Mayo entró en la ciudad el Gran Capitán con todo su campo, y le hicieron muy noble recibimiento los de la ciudad con toda la clerecía, y fue metido debajo de un muy rico paño de brocado, en sus cetros que llevaban los mayores dé la ciudad, y fueron ansí hasta donde se aposentó que fue en las casas del conde de Matalon, que son al colegio de la Capuana, y puso un alcaide que luego alzó banderas por todas las torres, diciendo *España, España*.

La gente de ordenanza se aposentó en la rúa catabana, cerca de Castilnovo; y de allí salían dende adelante cada tarde a dar vista a Castilnovo todos, y los franceses del castillo salían a escaramucear a pie con ellos, y en tal manera, y en tales lugares se ponían los españoles, que siempre los franceses iban descalabrados, cada vez que salían, y por otra parte los minaba el Gran Capitán como no lo sentían.

Domingo a 28 del dicho mes, se tomó la torre de San Vicente, la cual tomó Pedro Navarro, con sólo 30 hombres, que fue cosa de maravilla, y pasó en una barca allá y estaban en la torre cuarenta hombres con mucha artillería y apretó tan recio con ellos, y comenzó de cavar para hacer reparo por amor de los tiros, y ellos pensaban que los minaban, y dentro en cuatro oras se les dieron, y luego de allí dio tanta guerra a Castilnovo y al del hobo que no dejaba asomar persona.

CLXXXIII. DE EL CASTIL NOVO.

El Gran Capitán fizo minar el Castilnovo y nunca lo sintieron los franceses que en el había, que estaban cercados, y esto se hacia al tiempo que los cercadores les combatían y escaramuceaban con ellos, por que no lo oyesen y fue tanta la ventura y los engaños que el Capitán Pedro Navarro les hizo, que no miraron ni sintieron los franceses nada hasta que la mina fue acabada: y la mina acabada, mandó el Gran Capitán tocar las trompetas diciendo que les quería dar batalla; y había en el Castilnovo setecientos hombres escogidos de pelea, con mas artillería, municiones y bastimentos que nunca Castilnovo tuvo, ca diz que tenían recado para diez años, y los franceses como oyeron las trompetas salieron luego fuera a la Ciudad al lado del Castillo donde estaba el Gran Capitán creyendo que les quería escalar; y allí mandó el Gran Capitán que les tirasen con los pertrechos de todas partes, y como el Gran Capitán, vido que los franceses estaban embebidos en pelear, mando a todos los capitanes que retrujesen a fuerza toda la gente española: y la gente tirada afuera, mandó que le diesen fuego a la mina, y ansí que le dio fuego vino abajo un lienzo del adarve de la Ciudadela, con toda la gente que en él estaba, muy súpitamente, con un estruendo que pareció que toda la ciudad se hundía.

Arremetió la gente del Gran Capitán, y entráronse a las vueltas peleando con los franceses en la Ciudadela, y los franceses huyeron a meterse en el castillo por la puente levadiza, y los españoles les dieron tanta prisa que nunca pudieron alzar la puente ni cerrar las puertas, y todos de tropel se entraron dentro en el castillo juntos a las vueltas, el Gran Capitán, y dentro pelearon muy fuertemente, y de los primeros que entraron en el patio por la puerta del castillo, fueron cuatro que dijeron en el patio *España, España*: a los tres de ellos hicieron los franceses pedazos, y el otro escapó con seis heridas; y los españoles que por la puerta del castillo no podían entrar los viérades entrar por los adarves y por las ventanas, y aun por las picas arriba se subían, y andaban tanto por

cada parte peleando, cubiertos todos de pólvora del artillería que era espanto de lo ver; y en fin el Gran Capitán fue vencedor, y los suyos en espacio de dos horas, tornaron el castillo, y hobo en él tantos muertos y heridos que todo el patio del castillo era lleno de chorros de sangre, y había tantos brazos y piernas, y cabezas cortadas que no había hombre que no se espantase.

Y murieron de los franceses, según lo que se pudo saber, cuatrocientos o mas hombres, y de los españoles treinta no más, así heridos como quemados con pólvora; y tomado el castillo luego alzaron las banderas por todas las torres, diciendo *España, España*; de lo cual todos los de la ciudad fueron muy espantados y maravillados del gran esfuerzo del Gran Capitán, y de la gente española. Ovieron allí el Gran Capitán y su gente muy gran cabalgada, de mucha moneda, oro y plata, joyas, armas, mantenimientos, y muchos atavíos, y haciendas que otros habían allí puesto, en guarda de los contrarios del Gran Capitán, y todos prisioneros, lo cual fue en muy gran suma: a la munición no tocaron en ninguna cosa.

El Gran Capitán, viéndose así victorioso dio muchas gracias a Dios, y a Nuestra Señora, por tantas mercedes como le habían fecho, y mandó enterrar los muertos, y curar los heridos y aposentose luego en el dicho castillo. Fue tomado el dicho castillo novo como dicho es en 11 de Junio de 1503 años. Acordó el Gran Capitán dejar sitiado el Castillo del Ovo, que de los cuatro castillos no había otro por tomar, y ir sobre Gaeta, y puso por Capitán del cerco a Pedro Navarro, y dejó por Alcaide en el Castilnovo que ganó a Nuño de Ocampo un capitán, y concertó ir sobre Gaeta, y así lo hizo, ca dejó el cerco sobre el Castil del Ovo, y a buen recaudo como dicho es.

En fin del mes de Julio se juntaron Don Fernando de Andrada, y los otros capitanes de Calabria con la hueste del Gran Capitán sobre Gaeta.

CLXXXIV. DE GAETA Y SUS CERCOS QUE TUVO.

Partió el Gran Capitán de Nápoles para poner el cerco a Gaeta a 18 días de Junio, año de 1503, y fue con su campo por Aversa y Capua y otros lugares, donde fue recibido, con mucho placer y alegría y honra, y fue el día de San Juan a San Germán, el cual estaba tomado por los españoles desde el día propio que se tomó Castilnovo: y tomaronle Diego García Coronel, y Samudio, capitanes, con mil y quinientos peones; quedó entonces cerca de allá en el monasterio de San Benito en el Monte Cansino, Pedro de Medices, con fasta doscientos franceses, púsose con ellos el Gran Capitán en trato, por no se detener, que iba la vía de Gaeta, y quedaron de se dar dentro de 12 días, lo cual no cumplieron y así quedaron por entonces, que no se pudo facer mas; que iba mas en lo de delante.

Fue a asentár su campo a las viñas de Ponte Corvo a 26 días del dicho mes, ribera del río Garellano; y vispera de San Pedro se levantó el campo y pasó el dicho río, y se fue a asentar al pie de Roca Guillermo, que estaba por los franceses, los cuales se pusieron en defender, y a otro día acordó el Gran Capitán de la combatir, y sacó toda su gente y ordenó todos sus escuadrones para subir a ellos: y cuando ésto vieron los franceses desampararon la fortaleza y el lugar, y fuéronse por el cuchillo de una sierra camino de Gaeta, y abajaron los del lugar con las llaves en las manos al Gran Capitán y entregaronle la villa y la fortaleza con condición que la gente del ejercito no entrase dentro por que no los robasen, y que darían de servicio cinco mil ducados para ayuda de pagar la gente, y así se concertaron, y quedó allí por Gobernador y Alcaide Don Tristán de Acuña, y pasó el campo adelante.

A primero de Julio se fue a asentar el campo en el Burgo de Gaeta, año de 1503, y fue puesto el cerco a la ciudad, y había dentro tres mil y quinientos hombres útiles de guerra, y había mil y quinientos caballos y tenían hechos tantos reparos dentro en Gaeta y en el monte de ella, y tanta artillería asentada que no se podría decir; y era la entrada tan angosta al lugar y monte, que causaba mucho peligro, porque toda la cerca la már salvo aquella entrada que podía ser un tiro de ballesta de pie.

Tiraban al real del Gran Capitán de trece partes con su artillería, de que les facían mucho

daño, en especial antes que se asentase el artillería del Gran Capitán, con la cual después de asentada, les derribaron dos paños de la cerca, con una torre en medio, y por allí acordaron de la combatir y el día que se acordó se halló que tenía el reparo que estaba dentro, fecho mas fuerte que la muralla, y por aquello se dejó el combate; y estando en el dicho cerco vino la nueva cómo era tomado el Castil del Ovo.

CLXXXV. DE CÓMO SE TOMÓ EL CASTIL DEL OVO EN NÁPOLES.

A 11 días de Julio se tomó el Castil del Ovo y fue de esta manera. Que Pedro Navarro, que allí había quedado por capitán, les fizo una mina y les puso fuego, y cayó un gran pedazo delantero, en que cayó el Alcaide y otros treinta hombres con él, y en cayendo arremetió la gente por lo caído, y lo tomaron por fuerza de armas y hobieron allí mucho despojo de armas y ropas, dineros, vituallas y prisioneros; y dende se vino Pedro Navarro a Gaeta.

Volviendo a lo de Gaeta. Acordó el Gran Capitán con los otros capitanes de retraer el cerco por el gran daño que recibían del artillería francesa, ansí de la que tiraban de la ciudad como de la que tiraban de la armada de la mar, ca como la armada francesa de la mar era mas poderosa que la de España entonces, por eso no podía allí venir la armada del Gran Capitán, y estuvo sitiada treinta seis días y pegado el Real del Gran Capitán a la muralla, que en este tiempo hobo pocas escaramuzas, que no osaban salir; una vez que salieron hasta veinte de ellos fueron atajados por los jinetes castellanos, por ardid que dio Nuño de Mata por detrás de unos jardines; ansí que aquellos se tomaron y después no osava hombre salir, y cuantos salían no tornaba hombre de ello que no fuese tomado.

Y vinole de socorro a la ciudad mil y quinientos hombres en dos carracas y cinco galeones, a cuatro días del mes de Agosto, y a cinco días del dicho mes se retiró el real, y aquel día murió el coronel de los alemanes de un tiro de la artillería francesa, que le llevó la cabeza, y el real se retrujo a los jardines que estaban fuera del Burgo cerca de una Iglesia que se llama Santiago. Otro día se alzó de allí y fueron una milla mas adelante, camino de Castillon; y salieron aquel día Gaeta, hasta dos mil y quinientos franceses a dar en la rezaga de el campo de el Gran Capitán; y el Gran Capitán venia al apostre y tuvo su gente que no volviese ninguno hasta sacar los mas afuera del Burgo suyo, y después que los vio en el arrabal soltó hasta cuatrocientos peones, los cuales volvieron a ellos tan reciamente, que los desbarataron y hicieron poner en huida, y en el alcance mataron hasta doscientos de ellos hasta meterlos por las puertas de Gaeta. Y tirado el Real, de donde estaba se arredró cuatro millas de Gaeta, donde los franceses se estaban tan cercados como de antes y mas sin peligro el campo de España de su artillería de Francia, y no salía hombre de los franceses a comer uvas, que luego no era tomado.

CLXXXVI. DE LA TRAICION QUE HICIERON LOS DE ROCA GUILLERMO.

A 14 de Agosto los de Roca Guillermo enviaron a decir a los franceses que estaban en Gaeta, a Monsieur de Alegre, que les enviasen allí gente que ellos se les darían, y prenderían al Alcaide el cual era Don Tristán de Acuña, que sabían muy bien como otro día había de bajar a misa, y que allí lo prenderían, y se lo entregarían con la fortaleza; y así como lo dijeron se concertó: y prendieron a el Alcaide y lo llevaron al pie de la fortaleza, y requirieron a tres hombres que estaban dentro que se diesen, que si no que degollarían al Alcaide, y respondió uno de ellos que si lo dejaban de degollar por falta de cuchillo que tomasen su puñal, que les echaba, y echóles su puñal; y que si gana tenían que lo degollasen, que ni por eso se le había de dar el Castillo hasta que se lo echasen encima, y que ellos lo entendían defender y comenzáronles de tirar.

Y como el Gran Capitán supo la nueva envió allá a Pedro Navarro con mil peones a socorrerlos, y fue aquella noche por partes de la sierra y llegó a media noche a la fortaleza, y

preguntóles quien vivía y dijéronle los de adentro *España, España*, y díjoles entonces como era Pedro Navarro, y fizo su gente dos partes, y la mitad mandó que entrasen por debajo en la Villa, y él con la otra mitad entró por lo alto, de manera que de seis cientos franceses que dentro estaban, pocos escaparon de muertos o presos; y estos seiscientos franceses que allí estaban y vinieron a prender el Alcaide y tomar la villa, en la hora que allí llegaron enviaron a pedir mas gente a Gaeta, para sostener Roca Guillermo, y los de Gaeta les tornaron a enviar otros seiscientos hombres: los cuales yendo por el camino, los villanos de un lugar que estaba par del camino el cual se llama Itre supieron el desbarato que había echo Pedro Navarro en los de Roca Guillermo, y pusieronse ellos en un paso, y prendieron y mataron todos los seiscientos franceses, que iban al socorro; y con los que prendieron vinieron ante el Gran Capitán; y traíanlos atadas las manos, y muchos de ellos traían mujeres que se habían hallado aquel día al pozo peleando; y así entraron aquel día al Gran Capitán por Castellón donde estuvieron fasta cinco de Octubre.

CLXXXVII. DE CÓMO EL DUQUE VALENTINO ESCRIBIÓ AL GRAN CAPITÁN.

Murió el Papa Alejandro a 18 días de Agosto año susodicho de 1503, y el Duque Valentino, su hijo, escribió al Gran Capitán ofreciéndose al servicio del Rey de España, y envió a llamar a Próspero Colona diciendo que le quería entregar su estado, y con esto el Gran Capitán envió al Próspero Colona y con él a Don Diego de Mendoza, con muy buena gente de hombres de armas y peonaje.

Y después de la muerte del Papa Alejandro eligieron por Papa en Roma a un Cardenal muy viejo, y hobo alguna contienda en la elección entre los Cardenales, y detúvose la elección algunos días, y en cabo eligieron al dicho Cardenal, el cual se llamó Pío tercero, y murió que aun no vivió treinta días cabales; y después eligieron al Papa Julio segundo que fue el Cardenal de Vincula Sancti Petri: y la gente que llevó el dicho Próspero Colona para Roma que el Gran Capitán dio, fueron quinientos hombres de armas y doscientos jinetes, y dos mil y quinientos infantes de ordenanza, y cuando llegaron ya habían elegido Papa en Roma, ca Próspero Colona iba con su intención de dar favor al Cardenal Colona su hermano para si pudiese ser Papa. El Próspero Colona y Don Diego de Mendoza, con toda aquella gente entraron en Roma, y el Duque Valentino después de les haber entregado al Próspero lo suyo, acordó de se ir para los franceses que venían al socorro de Gaeta, y allí conocieron el engaño del Duque Valentino.

Y los españoles en Roma vido el grande socorro de Francia que venia a Gaeta y cerraron las puertas de Roma los de la ciudad que no los dejaron entrar hasta que saliesen Próspero y Don Diego de Mendoza, y así salidos de Roma se volvieron al Gran Capitán.

Partió el Gran Capitán de Castellón viernes a 6 de Octubre, y como supo la venida de los franceses y fue aquella noche al río Garellano, y otro la pasó el río y fue a Roca de Vanda, que estaba por los franceses, y así dejó gente sobre ella y se pasó otro día Domingo a San Germán, y allí se hizo fuerte.

Viernes a 13 días del mes de Octubre se juntó la gente francesa toda, así los que venían como los de Gaeta, al río Garellano. Venia por Capitán general de la gente del socorro el Marqués de Mantua, y fizose un muy gran número de gente y muy armada y con mucha artillería, porque allende de la gente francesa, venia gente de Florencia, y Bolonia, y Sena, y Mantua, y Ferrara, donde es cierto que era muy mayor ejército que no el del Gran Capitán, y toda la dicha gente junta pasó aquel día el río Garellano.

CLXXXVIII. DE ROCA SECA, Y DE LO QUE ENDE ACAECIÓ.

Asentaron los franceses cerco sobre Roca Seca a 15 del dicho mes, que es junto con el Garellano, y tenía puestos allí el Gran Capitán mil y doscientos hombres, y los capitanes de ellos

eran Pizarro, Villalva, Zamudio, Mercado y Espejo.

Y el Marques de Mantua les envió un trompeta amonestándoles que saliesen y dejaran el lugar, donde no que los haría piezas si los tomaba; esto era por que primero al pasar cuando la gente de Francia pasó por allí viniendo de Roma, les había fecho otros requerimientos que sacasen provisiones al campo, y ellos respondieron que no había provisiones allí, que fuesen a San Germán que allí se las darían; y como vieron venir el trompeta, Villalva y Pizarro salieron a él y oída su embajada: y Milla ira sacó un cordel, y con él lo ahorcaron, de un olivo, de lo cual el Marques recibió muy grande enojo de la muerte del trompeta por que era hombre a quien tenía mucho amor, y decía que no daría vida a ningún español que tomase, y acordó luego de combatirlos, y luego batió el artillería y allanóles un gran pedazo de la muralla; y luego los franceses apretaron el combate; y los españoles no tan solamente se contentaron con defender el lugar, mas salieron a pelear y ficiéronlos retraer fasta detrás de su artillería, y matáronles mas de cuatrocientos hombres, y ganáronles la artillería, y porque cargó todo el ejército y era menester mucha gente para arrancarla no la pudieron llevar, y así tornaron al dicho lugar con esta victoria, y estuvieron allí los franceses en la llana de Roca Seca impedidos con las muchas aguas que llovía, que llovió en aquel medio tiempo tantas aguas que era espanto.

Y el Gran Capitán nunca hacia sino pensar cómo les burlaría y los franceses trabajaban de dar batalla, y el Gran Capitán decía: *si me quieren aquí estoy*: los cuales nunca osaron ir donde estaba el Gran Capitán. Y otro día, después de la pelea susodicha, acordaron los franceses de tornar a combatir a Roca Seca, y súpolo el Gran Capitán que estaba ocho millas de allí, como dicho es, en San Germán, y acordó de venir a los socorrer luego si les diesen el dicho combate: y supiéronlo, y díjose por el real de los franceses que venia el Gran Capitán sobre ellos, y levantaron el real y tornaron a pasar el Garellano, y como el Gran Capitán ya venia y supo la levantada del exercito de los franceses, volvióse para San Germán donde a dos días tornaron otra vez los franceses a pasar el Garellano hacia la parte donde estaba el Gran Capitán, y fueron a aposentar a un lugar que llaman Aquino, de donde fue Santo Tomás de Aquino, que era seis millas de San Germán: y desdeque vieron que el Gran Capitán estaba de asiento, fuéronse de allí y retrajéronse hasta Ponte Corvo que estaba cuatro millas atrás, y a causa de ser el día muy lluvioso, y muy fortunoso de aguas y vientos, no los alcanzó el Gran Capitán, y no se dio batalla: que así como se supo que se movía salió de San Germán con toda la gente, y fue tanta el agua que llovió aquel día que aunque el Gran Capitán se dio priesa no pudo allegar hasta que los franceses acabaron de pasar el río, y des que esto vido se volvió a San Germán; esto fue a 21 días del mes de Octubre, y de allí envió entonces socorro a Pedro de Paz, capitán que estaba del cayo de Garellano, y envíele doscientos jinetes y por capitán de ellos a Figueredo, Alcaide de Morón, y en su compañía al capitán Carbajal, porque creyó que los franceses iban allá, sobre ellos al castillo que estaba cabe la puente, por donde habían de pasar: y el dicho Pedro de Paz, tenía sus reparos echos de la parte de Nápoles, en canto del agua con sus minas, por donde andaban, por causa de la artillería que los franceses allí habían enviado delante, la cual les daba mucha guerra y todo cuanto en el castillo tenían pasaron a las minas.

Y tenía consigo doscientos hombres de armas, y quinientos soldados del Reamen los cuales como vieron venir los franceses tan de hecho desampararon sus reparos y comenzaron a huir, que si los hombres de armas allí no estuvieran pasaran los franceses a donde quisieran; lo cual como Pedro de Paz vido huir los villanos cabalgó en un caballo y comenzó a detenerlos a palos y lanzadas, los cuales dejaron las armas y votaban a huir que no podía con ellos; tanto fue el miedo que hobieron de la mucha gente francesa, y gran artillería que vieron venir; y allí le mataron a Pedro de Paz el caballo de un tiro de artillería; y tomó luego otro trabajando por volver alguna gente, y fueron muy pocos los que volvieron.

Y llegados los franceses trabajaron de pasar la puente de piedra, y Pedro de Paz con los que tenía la defendieron muy esforzadamente, y fue cosa de maravilla que a tanta gente la pudieron defender; y con la gente que el Gran Capitán les envió, como dicho es, de socorro, se esforzaron mucho y la defendieron, y pelearon con los franceses tres días con sus noches a botes de lanzas,

sobre la puente, y siempre la defendieron hasta tanto que el Gran Capitán vino y se asentó a vista de los franceses a tres tiros de ballesta del Gareliano de la parte donde estaban los españoles y mandó a Pedro de Paz que dejase la puente desamparada para que pasasen si quisiesen los franceses; y entonces asentó bien su campo y mandó a Pedro Navarro quemase la puente, el cual fue y quemó lo que era de madera; y los campos asentados uno de un cabo del río y otro del otro, el Gran Capitán mandó asestar el artillería hacia los franceses, y tirar y así mismo hacían los franceses, donde se mataba harta gente, y fue maravilla que en cuanto tiempo allí estuvieron los campos el uno a vista del otro no murió hombre del campo del Gran Capitán de tiro de la artillería francesa, salvo un día que a causa de la gran hambre que había en el campo del Gran Capitán, toda la mas de la gente andava fuera del campo buscando provisiones para comer, y los franceses sintieron la flaqueza de la hambre y necesidad que en el campo del Gran Capitán había, y ordenaron de pasar sobre una puente que habían echo sobre galeras en lo quebrado de la puente; y pasaron a mas andar cuantos pudieron, y el Gran Capitán desde que supo que pasaban mandó tocar las trompetas y tambores, el cual se halló con muy poca gente, que en todo su campo no había de hombres de armas y jinetes y infantes cinco mil hombres, con los cuales fue a la puente, y ya habían pasado hasta cuatro mil franceses en los cuales dio y peleó con ellos en que los desbarató; y de muertos y de ahogados hobo en los franceses mas de dos mil, que por huir se lanzaban en el agua, en el río, y todo esto a vista del campo de los franceses, el río en medio. Y asestada su artillería y flechería de los franceses.

El Gran Capitán anduvo en esta pelea, peleando a pie, con una alabarda en las manos, como muy esforzado varón, y llegó hasta la puente peleando, y no cesó hasta que los hizo tornar a pasar de la otra parte, y hobo banderas de las del Gran Capitán que pasaron detrás de los franceses a la otra parte con ellos; y el Gran Capitán desde que vido la buena ventura y el vencimiento que Dios le había dado, mandó tocar las trompetas a retraer toda su gente: y al volver que se volvían disparó la gran artillería francesa, y matóles treinta hombres de ordenanza y dos jinetes y cinco hombres de armas; y luego esa noche volvió a mandar el Gran Capitán a Pedro Navarro que fuese y quemase aquella puente, el cual fue y la quemó aquella noche con toda la guardia que en ella estaba guardándola, de lo cual los franceses fueron muy espantados, y llenos de temor, y de allí en adelante no curaron de hacer mas puentes.

Y desde que el Marqués de Mantua, Capitán general de los franceses, vido la ferocidad del Gran Capitán, y de todos los suyos, y de como se metían tan sin temor en los franceses y no les temían, ni a sus grandes artillerías dijo: *«Agora creo yo que los españoles no son hombres, sino diablos, pues que pocos a muchos, ni muchos a pocos ningún temor enseñan»*; y como caballero docto y diestro en la guerra, que él era, conoció la gran prudencia del Gran Capitán, y su muy grande esfuerzo y habilidad, y la obediencia y lealtad y muy buena voluntad que todos los españoles le tenían, y vido la gran gana con que todos peleaban, conoció que era imposible a los franceses prevalecer en ésta demanda, cuanto y más por las victorias habidas por el Gran Capitán, que en recordarse de ellas no había corazón contra el Gran Capitán ni sentido que bastare, y fingió que estaba malo y que se quería ir a Roma a curar, de lo cual los franceses fueron muy mal contentos y hobieron enojo Monsieur de la Tramulla, y Monsieur de Alegre, y Monsieur de la Vite y otros capitanes, diciendo contra el Marques de Mantua que para que se havia encargado del campo si entendía dejallo: el cual respondió que el había prometido al Rey de Francia de descercar a Gaeta, y que ya lo había echo, que el no quería pelear con el Gran Capitán, ni con los españoles que ya los conocía, y con esto se despidió, y se fue en Roma, y quedaron por capitanes mayores Monsieur de la Tramulla, y Monsieur de Alegre y por Capitán general sobre todos el Marqués de Salucia, que era Monsieur de Saluces.

Antes desto el Domingo, 5 días del mes de Noviembre, había entrado el Gran Capitán en Consejo con los otros sus capitanes sobre ver lo que se debía facer sobre las muchas necesidades que había en el real, a la cual causa la gente se iba, y el parecer de todos los capitanes fue que se retrajesen atrás a la ciudad de Capua que es muy fuerte, y que allí se podía sufrir, y que allí esperasen a los franceses, o esperasen a que pasase el tiempo fortune; y respondió el Gran Capitán

después que todos habían dicho, y dijo: «Señores, lo que a mí me parece es que nunca Dios quiera que tal cosa se haga, que yo acuerdo de antes de ganar dos pasos adelante, aunque sean para mi sepultura, que tornados atrás para mi salvación y remedio: y con este acuerdo quedaron el Domingo 5 días del mes de Noviembre, un día antes de la batalla; y luego lunes 6 de Noviembre fue la dicha batalla de la puente, que los franceses hicieron como dicho es.

CLXXXIX. DE CÓMO SE TOMÓ A GAETA

Martes siguiente, a 7 de Noviembre, se pregonó la batalla en el campo del Gran Capitán contra los franceses, porque ellos la enviaron a demandar al Gran Capitán, y el Gran Capitán se la otorgó, y les envió a decir que el se profería, que hasta que toda su gente fuese pasada y toda su artillería que ningún acometimiento les faría, por ende que todos pasasen que a todos juntos quería esperar, y acometer: y los franceses no osaron pasar, y por mostrar corazón diciendo que no temían, enviaron a demandar batalla; que de antes fasta aquí buscaban por donde pasar a hacer guerra y dar batalla al Gran Capitán y pasaban por donde podían y facían mucho por pelear, y desde el Marques de Mantua se fue temían que el Gran Capitán pasase a ellos, y velábanse y guardábanse de lo cual sintió el Gran Capitán, y dende en adelante trabajó por ver si podría el pasar a ellos.

En este tiempo acaecieron muchas escaramuzas, que aquí se dejan de escribir por no facer larga escriptura, y fue una de esta manera, para en que tomen ejemplo los cobardes. El Gran Capitán había dado el cargo de una torre que está en el Garellano abajo del real de los franceses, y acaso el Gran Capitán envió a llamar a Pedro Navarro, y vino al real y dejó encomendada la torre a los que allí tenía que eran quince hombres, y el uno por Capitán, y pasaron los franceses con barca y artillería, y combatieron la dicha torre de manera que se hobieron de dar a partido los de la dicha torre que la deixasen y se fuesen, y así salieron de ella y se vinieron al real del Gran Capitán, y como se supo que venían, salieron algunos peones a recibirles y preguntáronles como venían y dejaban la torre y antes que ellos diesen razón de sí, de cómo venían, los mataron y hicieron pedazos, de lo cual mucho pesó al Gran Capitán.

El Gran Capitán pensó hacer una puente para pasar, y túbose el secreto para sí, y mandó venir muchos carpinteros de Nápoles, y mandó hacer grandes minas junto con el agua del río, y mandó traer mucha tablazos, y que comenzasen de hacer puentes debajo de tierra, por causa de el artillería. Los carpinteros comenzaron de hacer lo que el Gran Capitán les mandaba, y los franceses como oían los golpes tan grandes de los carpinteros pasaron toda la artillería al cabo donde oían los golpes diciendo que el Gran Capitán acordaba pasar por allí, y fingió tenerles miedo, y levantó el campo a mas andar dejando muchas tiendas armadas, y vino a César. Y los franceses desde esto vieron esforzaronse diciendo que huían y descuidáronse esa noche.

El Gran Capitán desde fue retirado allí y vido que los franceses no hacían tanta guarda como hacían, mandó a todos los capitanes que en anocheciendo estuviesen sobre aviso, para desde media noche en adelante que había de partir de allí el cual no les avisó de mas. Era este día Jueves 28 de Diciembre y venida la media noche mandó cabalgar a cada Capitán con su gente y que fuesen tras de él, el cual llegado a cierto lugar del Garellano, de parte de arriba de los franceses seis millas, mandó poner la puente que el llevaba ordenada, que los carpinteros habían labrado sobre maromas y maderas, sus tablas clavadas y trabadas las cuales tablas llevaban sus agujeros echos y no hacían los maestros sino asentar y clavar una con otra: y la puente echa y asentada pasó el Gran Capitán con tres mil peones, los dos mil españoles, y mil alemanes y hasta cien caballos, y siendo pasada esta gente se hundió un pedazo de la puente, y llegó uno a decir al Gran Capitán: *«Oh, señor y como somos perdidos que nuestra puente se hunde que ya no puede pasar mas gente»*, respondió el Gran Capitán sin ninguna alteración: *«Fulano, no se os dé nada que los que acá estamos los acometeremos y venceremos, y los nuestros que de aquella parte quedan irán a pasar por su puente y darán en las espaldas de ellos; y esta tomo yo por mejor señal de todas las que me podían venir, para que en mas se tenga lo que hubiéremos de hacer»*. Y luego arremetió a un lugar que estaba

junto que se llama Soy y lo tomaron, y prendieron dentro setenta hombres de armas, y arremetieron con otro lugar que se llama Castiloforte, y también tomaron en él 80 hombres de armas de los franceses.

Y luego esa madrugada, viernes al amanecer a 29 de Diciembre, antes que amaneciese, el Gran Capitán acordó de ir a dar sobre el real de los franceses, y de toda la gente que tenía hizo hacer dos batallas, y con dos banderas, y envió sus corredores delante a ver de qué forma estaba el campo de los franceses, y él siguió su camino con su gente en orden, y los corredores volvieron y dijeron al Gran Capitán como el campo de los franceses iba a vallado camino de Gaeta. Estonces el Gran Capitán dio toda la priesa que pudo a su camino hasta que los alcanzó, y fue dando a ellos y peleando con ellos hasta un lugar que llaman Mola, que está en el camino, allí acordaron los franceses hacerse fuertes con la artillería menuda, y esperar, porque aquella noche, como supieron la pasada del Gran Capitán el Garellano, acordaron de enviar el artillería gruesa por mar, en las barcas a Gaeta, y con ellas el Señor Pedro de Médicis florentin; y embarcáronse con mar en bonanza, y antes que llegase a Gaeta, una milla, levantose tan gran borrasca, que se ahogó él y cuantos iban con él, y cayó la artillería en la mar, la cual el Gran Capitán hizo sacar después.

Así, que siguiendo el alcance tras de ellos el Gran Capitán con su gente, como dicho es, se pusieron con aquella artillería menuda en defensa en aquel lugar de Mola.

CXC. DE CÓMO EL GRAN CAPITÁN LOS SACÓ DE ALLÍ Y LOS LLEVO HASTA GAETA FUYENDO, Y DE CÓMO CAYÓ DEL CABALLO.

Pensaron los franceses de esperar allí en la entrada del lugar que era fuerte, y como el Gran Capitán lo vido acordó de apearse, y con los alemanes por allí combatirlos, y la otra gente enviarla por la sierra con Pedro Navarro para que por arriba entrasen y les atajasen, para tomarlos en medio, y estando en este parecer tropezó el caballo del Gran Capitán, y dio consigo y con él una muy gran caída, de lo cual pesó mucho a todos los suyos que lo vieron, por que lo tuvieron por muy mala señal, y porfiaron con él que no combatiese con su persona; respondió a los que se lo decían: *«Decirlo por la señal de mi caída, no puede ser mejor señal, que pues la tierra nos abraza, señal es que nos quiere, y que tenemos hoy de vencer y ser señores de la tierra»*; entonces apeóse, y púsose a par de la bandera de los alemanes con unas corazas vestidas, y una rodela abrazada, y una espada en la mano y así se aderezaron los flamencos, y como los franceses lo vieron ordenar, el combate, y subir la gente por la sierra, desampararon el lugar y artillería, y comenzaron de huir camino de Gaeta, y el Gran Capitán y los suyos los siguieron y fizo tan grande agua aquel día que fue cosa de maravilla, y siguiéronlos hasta entrarlos en Gaeta, que fue mas de doce millas el alcance, en que murieron de los franceses, con los que se ahogaron en las barcas mas de cuatro mil hombres; y tornose con toda su gente el Gran Capitán aquella noche a Castellón, que es cuatro millas de Gaeta, donde se reparó y recogió toda su gente.

Otro día, sábado siguiente, salió el Gran Capitán de Castellón con toda la gente de su campo, así con los que había el día de antes peleado con los franceses, como con los otros todos que ahí no se acaecieron, y quedaron del cabo de Garellano, ca todos habían llegado así aquellos como los que habían quedado atrás, y tomó la vía de Gaeta, y algunos peones que iban delante, y entraron por el monte de Gaeta, que no hobo resistencia que se lo defendiese, diciendo *España, España*, y subieron encima de lo mas alto del monte, y pusieron una bandera encima de una torre que estaba encima, que llaman la torre de Orlando: y como el Gran Capitán, y la gente que por el camino iban vieron la bandera y la conocieron, dieron mucha priesa en llegar y asentar las estancias a la ciudad y castillo, que ya se habían recogido toda la gente dentro huyendo y asentó su campo sobre Gaeta, y mandó con mucha priesa traer el artillería para combatir la ciudad, especialmente el artillería que el día antes les había quitado, que fueron treinta y cinco piezas las mas hermosas que nunca se vieron, que eran ladrones y tres culebrinas, y los otros gerifaltes y falconetes, y con ellos mas de dos mil

caballos, y otro muy gran despojo, y el Gran Capitán se aposentó en el monasterio de Santa Catalina que está en el dicho monte, que es el mas próspero Monasterio de aquel reino: y como el artillería fue llegada, comenzó de tirar a la ciudad.

Y luego vino de la ciudad un camarero del Capitán general Marqués de Saluces en que suplicaba a su señoría del Gran Capitán le quisiese dar licencia para salir a hablarle: el cual le envió a decir que saliese que él holgaba dello; el cual salió por el postigo de una torre, y descolgado por una escala del adarve abajo, el cual salió en cuerpo y sin armas, vestido un sayo de brocado y un jubón de carmesí blanco, y fue del Gran Capitán muy bien recibido, el cual así como fue hincó las rodillas delante de el Gran Capitán llorando de sus ojos a el cual el Gran Capitán consoló y lloró con él; y después de se haber fecho las cortesías, y abrazado se tomaron mano a mano y ficieron sus conciertos, y Monsieur el marqués se volvió a Gaeta, y volvieron a asentar el partido él y Monsieur de Corso, y Santa Coloma, y el baile de Hijon, y fue que pidieron a el Gran Capitán que les diese a Monsieur de Oveni y a todos los presos que tenía de la parcialidad de Francia, y a Mala-erba y a todos los que tenía en las galeras y que le darían a Gaeta, y todos los castillos que en el reamen estaban por Francia. El Gran Capitán les respondió que a él le placía de darles lo que le demandaban, ecepto los prisioneros italianos, que estos por cosa del mundo no se los daría. Los caballeros franceses hobieron su acuerdo, y tornaron a responder que pues Dios tantas victorias le había querido dar que fuese como el quería y que no querían los italianos en su compañía, ni que Dios por mano de ellos les hiciese bien, y que quedasen fuera del partido.

Ved qué gentil pago llevaron los que fueron traidores de los italianos, y qué bien agradecidos fueron los franceses a quien por ellos se perdió, y así fueron concertados: el Gran Capitán y los caballeros franceses dieron su seguro sobre ello, y rehenes para estar por ello y cumplirlo así, y dio el Gran Capitán en rehenes a su sobrino Don Diego Fernández, y al Capitán Pedro de Paz, y de su parte de los franceses vinieron otros tantos capitanes, y sacaron los franceses por partido que a toda la gente que en Gaeta estaba, que eran mas de cuatro mil hombres de a caballo, que a todos diese el Gran Capitán salvo conducto para ir hasta Roma, el cual se lo otorgó con condición que les diesen las banderas que hablan quedado por tomar con lo cual se convinieron aunque les fue muy penoso; y esto hizo el Gran Capitán por acrecentar mas en la honra de España; y el Gran Capitán envió por todos los prisioneros franceses, y por el virrey Monsieur de Oveni que Don Fernando de Andrada y los castellanos habían prendido en la batalla de Calabria.

Y venidos todos, y dadas las banderas, y dados los seguros y salvos conductos, y destrocados los rehenes, y entregado los prisioneros y los castillos que estaban en el reino por Francia al Gran Capitán y todas las fuerzas de ellas, las carracas y galeras se llegaron al muro de la ciudad a donde el Marqués y Monsieur de la Tramulla y Monsieur de Alegre y los grandes señores de Francia se embarcaron y con ellos mucha gente francesa, en una gran carraca, y allí embarcó Monsieur de Oveni Virrey, al cual el Gran Capitán acompañó hasta allí; y desviándose un poco del Gran Capitán para entrar en la barca le dijo y demandó licencia tres veces diciendo: «*Monseñor donate mihi licenciam*»; el Gran Capitán le respondió «*Monseñor por vos la tenéis*», dos veces, y Monsieur de Oveni volvió a decir la tercera vez; «*Monseñor donate mihi licenciam*»; y el Gran Capitán respondió «*Monseñor yo os doy licencia que podáis ir en Francia libremente*», el cual cuando esto el Gran Capitán le dijo hincó la rodilla en tierra hacia el Gran Capitán, y le hizo gran mesura, y se levantó y entró en la barca, y se embarcaron todos los franceses que pudieron ir en la flota.

Y los que quedaron, quedaron haciendo los mayores llantos del mundo, temiendo la ida por tierra, y el Gran Capitán les dio cédulas de salvo conducto: y juntábanse muchos, y ponían la la carta cédula en la punta de una vara de lanza hendida, y así partieron cada uno como mejor pudo, los cuales los mas de ellos fueron despojados y muertos y destruidos, y muy maltratados de los de la tierra, y de los lugares por donde pasaban, y de gente desmandada del campo del Gran Capitán que nunca pudo poner remedio, y como ellos habían hecho mucho daño en la tierra por donde iban, los aldeanos los querían comer a bocados, de manera que bien aventurado se halló el que de ellos pudo llegar a Roma, con caballo, y aun con sayo, ca los desnudaban en cueros, y de frio, y de hambre se

morían por los caminos que era lástima de los ver, y después en Roma por los hospitales se morían muchos de los que allá llegaron de la laceria pasada, de manera que de una manera o de otra fueron todos perdidos y mal aventurados.

El Gran Capitán quedó en Gaeta descansando y holgando haciendo muchas alegrías dando muchas gracias y loores a Nuestro Señor por tantas mercedes como le había hecho y por tantas victorias como le había dado y estuvo Gaeta hasta 14 días de Enero del comienzo del de 1504, y dio la gobernación de ella, y la tenencia del castillo a Luis Herrera.

Y esto fecho fuese para Nápoles a entender en las cosas de la gobernación del Reino, y enviar gente sobre Luis Dasta que estaba en Venosa, y tenía por allí algunos lugares encontra; y el príncipe de Rosano estaba también rebelde en su tierra, y el conde de Capacho eso mismo, y el conde de Conbersano, en sus tierras así mismo estaban rebeldes. Y como el Gran Capitán llegó a Nápoles adoleció de una gran enfermedad que pensaron que oviera peligro, y Dios lo remedió y sanó.

CXCI. DE LO QUE HIZO EL GRAN CAPITÁN DESPUES QUE TOMÓ A GAETA, Y CÓMO DIO POR TRAIADORES A LOS PRÍNCIPES QUE ANDABAN CON LOS FRANCESES Y LES DIO PLAZO PARA QUE SE VINIESEN A SALVAR, Y DE CÓMO REPARTIÓ LA GENTE POR EL REINO, Y DIO A LOS CAPITANES A CADA UNO SU GALARDON, Y DE CÓMO Y QUANDO ACABÓ LA CONQUISTA.

Fue Pedro Navarro por mandado del Gran Capitán sobre el conde de Capacho, y en llegando se le dio y entregó todo lo suyo, y fuese para Roma con sus fijos y mujer mal aventurado. Luis Daste se dio también y entregó todo lo que tenía, y pasóse en Francia, y estuvo sobre él Bartolomé de Aviano.

El Comendador Solis fue sobre el príncipe de Rosano, y lo tomó a él y a otros ocho varones suyos con él; y la ciudad de Rosano dio quince mil ducados por que no entrase la gente de guerra dentro, por que no la metiesen a sacomano, dieron aquello para ayuda de pagarles el sueldo, y no fue poco acabarla con los soldados.

Suman los franceses que murieron en dicha conquista después que el Gran Capitán entró en Barleta hasta que salieron de Gaeta, que la ganó el Gran Capitán, que puede ser un año y medio, catorce mil quinientos treinta y seis en batallas, y encuentros, sin los que murieron de dolencias que fueron mas de otros tantos, sin los que mataron los villanos. Fueron presos en veces mas de seis mil hombres; y no murieron en encuentros en batallas, ni en combates doscientos hombres de la gente del Gran Capitán dejando los que murieron en el cerco de Gaeta.

Fizo el Gran Capitán Cortes en Nápoles, donde vinieron todos los grandes del reino, y por ellos fue obedecido en nombre del Rey Don Fernando Rey de España, de Nápoles Fernando III. Allí dio por pregón real por traidores a los príncipes y traidores condes que habían sido y eran de la parcialidad de Francia, y les puso término para que si en tanto tiempo no venían a obedecer al Rey de España Rey de Nápoles, que procedería contra ellos: y luego repartió la gente que tenía por el reino, y él quedó de asiento en Nápoles, y fizo mercedes a los capitanes, y a todos los españoles y italianos que con él andaban dándoles villas y castillos en tenencias a cada uno, según había servido, y de allí puso mucha justicia en el reino y fue muy amado de todos y de todas las comunidades; y sonó su fama y victorias, y hazañas entre todos los cristianos; y allí se le vinieron a ofrecer muchas provincias y reinos con muchos presentes y joyas, que le enviaron por tener su amistad y se le ofrecieron a su servicio y mandado, así que acabó la conquista de todo el reino de Nápoles, en fin de todo el año de 1503 y gobernó el Gran Capitán el reino en mucha paz y concordia y con mucha justicia cerca de tres años hasta que el Rey Don Fernando fue allá personalmente y se lo entregó en el mes de Noviembre del año de Nuestro Redentor de 1506. *Deo gratias.*

CXCII. DE LA ACCIÓN Y JUSTICIA QUE EL REY DON FERNANDO TUVO Y TIENE AL REINO DE NÁPOLES.

De la acción y justicia que el muy noble invictísimo Rey Don Fernando de España tuvo y tiene al Reino de Nápoles según lo que yo he leído, y alcanzado a saber, quise aquí escrebir por que los que no lo saben hayan placer de lo saber, y los que lo saben verán si yo digo verdad, y si en algo errare o discrepare por no haber leído la crónica de ello remítame y sométome a la verdad.

Ya es dicho como en el año pasado de 1503 maravillosamente nuestro Señor dio al Rey Don Fernando el Reino de Nápoles, según y muy mejor que él lo quería; que quería la mitad por razón de su patrimonio y acción y se contentaba con ella, y no consintió Dios Nuestro Señor sino que lo hobiese todo pues le venia. Debéis de saber que antes de estos tiempos pudo haber poco mas o menos 180 años en tiempo del Papa Alejandro IV, que imperó en Roma siete años, reinaba en Nápoles (Citrafaro), y el reino o isla de Sicilia (Ultrafaro), que era todo un reino, y se llamaba todo Sicilia, un Rey llamado Manfredo, cuyo era aquel reino de una parte y de otra; entre él y el Papa parece que hobo división o algún gran inconveniente o desconcierto, o sería por el tributo que la iglesia solía tener en aquel reino o por otro caso, y como quiera que fuese el dicho Papa descomulgó al dicho Rey de Sicilia Manfredo según está en *Faciculus temporum*, que dice en la letra o lectura de este Alejandro: «*Iste Alexander quedam Manfredum pseudo-Regem Siciliae, excommunicavit*»: y este Alejandro murio, y fue luego Papa Urbano IV y imperó cuatro años, y fue natural francés, este dicho Manfredo Rey de Sicilia por defender su reino, o por otra cosa que le fue por fuerza, o por alguna sinrazón que recibió, quisose valer por auxilio de los moros, y por ventura otro remedio no tubo según parece por *Faciculus temporum* donde dice: «*Iste Urbanus fugabit exercitu Saracenorum per cruces signatos, quem Manfredus contra Ecclesiam misserat et contulit regnum Siciliae comiti Provinciae qui fuit frater Regis Franciae, ut fugaret .Manfredum: tandem meri* como parece que Manfredo metió moros, y dicen que contra la iglesia, es de creer que no sin causa sería, y que sería contra quien le persiguiese o contra quien le quería tomar lo suyo.

Esta causa por que fue no alcancé a saber: empero en el *Faciculus* no dice cómo hubo aquel reino Manfredo, ni a quien subcedió en él, salvo que era Rey de Sicilia, por donde parece que el reino era suyo de patrimonio o justo título; del cual reino el fue quitado y privado por Carlos Conde de Proencia hermano del Rey de Francia al cual el dicho Papa Urbano encomendó la conquista contra Manfredo, el cual con la ayuda de su hermano el Rey de Francia y del dicho Papa, venció a Manfredo y a los moros, y los echó fuera de la tierra de los cristianos, y prendió a Manfredo y le tomó el reino de Sicilia *citra et ultrafaro*, y se apoderó en todo ello y mató al Rey Manfredo, y así le privó del reino y de la vida; esto dice en *Faciculus temporis*.

Y sabed que lo que acaeció en la muerte de Manfredo según oí decir que está en su crónica fue que le querían tornar el reino, y por lo defender metió los moros, y vencidos él, y ellos, por el Conde de Provenza que es Marsella, con ayuda del Papa, y del Rey de Francia, y él preso, Carlos lo hizo cabalgar en un asno deshonradamente y muy cruelmente, como al menor hombre de el mundo, no mirando que era Rey y cristiano, hizo llevarlo por la ciudad de Palermo en Sicilia ultrafaro con pregón como cuando matan a algún ladrón por justicia, y viéndose así el Rey Manfredo ir deshonradamente por las calles de la ciudad, rogó a los que lo llevaban que le diesen un plato de avellanas y almendras, y derramolas desde encima del asno sobre los muchachos diciendo: «*Muchachos, sedme testigos, como me matan sin razón y por me tomar mi reino, y como hago mi testamento y dejo y mando mis reinos a mi hija la Reina de Aragón.*»

Y estas cosas dichas, lo llevaron fuera de la ciudad, y lo mataron. Y ansí quedó la reina de Aragón, su fija, mujer que era del Rey Don Pedro de Aragón, que no tenía otro hijo ni hija, por su heredera; y el Rey Don Pedro de Aragón era muy valiente hombre, y muy diestro en armas, y de gran corazón, y de esfuerzo, y vengó muy bien la muerte de su suegro, según de él se lee.

CXCIII. DE CÓMO QUEDÓ CARLOS REYNANDO EN SICILIA, Y DE CÓMO EN SICILIA ULTRAFARO MATARON LA MULTITUD DE FRANCESES, Y DE LO QUE SOBRE ELLOS DICE FACICULUS. Y DEL PECE MARINO QUE MURIÓ EN LA CIVITA VIEJA Y DE CÓMO EL REY DON PEDRO DE ARAGÓN TOMÓ LA ISLA DE SICILIA.

Muerto el Rey Manfredo, reinó en Sicilia citra y ultrafaro Charolo Conde de Provenza, que es la provincia de Marsella, con favor de su hermano el Rey de Francia, y del Papa, y tenía muchas gentes francesas, hombres de armas y de otras suertes en guarniciones en los dichos reinos que había tomado, especialmente en la Isla de Sicilia Ultrafaro por la tener sujeta y a buen recaudo. Y los franceses, según de ellos se dice, siempre fue gente de mal concierto, y muy crueles, los cuales hicieron a los Sicilianos infinitas sinrazones, y fuerzas, y robos, y les tomaban y forzaban sus mujeres casadas y doncellas, y dormían con ellas, y los tenían tan sojuzgados, que no tenía comparación. Demás de esto, las novias que casaban con sus maridos, diz que las habían primero los capitanes franceses, que no sus maridos, la noche de la boda.

Y estando Sicilia en esta sujeción tan grande, hizo un capitán una de aquellas descortesías acostumbradas a una novia, hija de un hombre honrado, su huésped, donde posaba, que antes que la velasen con su esposo, le pidió el padre por merced que se la guardase y mirase por su honra, y no ficiese con ella la descortesía que se hacía con otras; y porque el capitán había allí recibido mucha honra y buenas obras, se lo prometió al padre de no le tocar, y antes salvar y guardar su honra, de quien la quisiese tocar; y después de velada, antes que su marido a ella tocase, aquella noche primera de la boda, se la tomó y durmió con ella, por fuerza, y el padre de la novia desdeque vido tan gran descortesía, y fuerza, sintióse tanto de ello, que se mostró perder el juicio, y fingió que se tornó loco, con discreción, maliciosa, ca diz, que era hombre muy discreto, y comenzó de decir y facer muy grandes locuras y decir muy grandes desvaríos, y consejas, así a los franceses como a los italianos y sicilianos, y fuese de ciudad en ciudad, y de lugar en lugar con una caña gruesa en la mano, por bordón, y ponía el un cabo de la caña al oído de los sicilianas, de los cuales convenía, ansí caballeros, como hidalgos, escuderos y ciudadanos, diciéndoles que para tal día ordenasen de matar toda aquella mala gente francesa, en un día cierto, y recontábales su injuria: y a los franceses ponía el cañuto y decía mil desvaríos, con que reían: y de aquí se concertó que tal día en la noche en toda Sicilia cada uno degollase sus huéspedes en la cama, quier por concierto de este, quier en la forma otra cualquiera.

Venido aquel día cada uno mató sus huéspedes, aquella noche del concierto, y otro día todos los sicilianos se pusieron en armas, y mataron todos los franceses que uno a vida no dejaron; y fizose tan milagrosamente, que nunca los franceses supieron ni entendieron el secreto, ni nunca lo descubrieron las sicilianas por que tampoco lo supieron, por las cuales se sintió mas la injuria y fizo la crueldad.

Los nobles de la Isla desdeque ficiéron el concierto de matar a los franceses, ficiéronlo saber al Rey Don Pedro de Aragón y que se acercase para tal día para les socorrer, pues que era suyo el Reino por parte de su mujer; el cual como lo supo se concertó con ellos, y fizo una armada y fingió que iba a tierra de moros, y le dio Dios tal ventura que sin se lo sentir hizo lo que quiso. Venido el día del concierto todo el reino donde había franceses, se puso en armas y mataron en una noche cada uno a su huésped los que pudieron, y otro día no dejaron francés a vida, en que murieron según la memoria dura en Sicilia sesenta mil personas de los franceses, y luego acorrió el Rey Don Pedro de Aragón que estaba allí cerca de la mar con toda su armada, y luego lo recibieron en toda Sicilia Ultrafaro por su Rey, y nunca desde entonces acá hasta hoy fue quitado de ella el real cetro de Aragón, y quedó en el Reamen de Nápoles el Conde de Provenza, y estuvo hasta el tiempo del Infante Don Alonso de Aragón y de Castilla, biznieto de Manfredo, que por el mismo título conquistó y ganó y echó y privó de la casa de Provenza y de Francia, y se volvió a la casa de Aragón cuyo era y a los herederos del Rey Manfredo.

Y volviendo a la muerte de los franceses acaecida en Sicilia, ved si tal cosa fue espantosa y milagrosa y tuvo por la crueldad, y como se pudo concertar tan hazañosa cosa entre tan gran comunidad que nunca los franceses lo supieron fasta que fue fecho, y no parece sino que fue con gran misterio que consintió Dios Nuestro Señor; y ved como fue vengada la muerte del Rey Manfredo que muy deshonorada le dieron, y esta fue una cosa de las hazañas del mundo: *non posumus dicere ni si quid fuit ira Dei*. Ved como fueron vengadas las injurias y fuerzas de las mujeres casadas y mozas, y las sinrazones y robos que los franceses habían hecho, y por sus malas cosas perdieron las vidas y los bienes, y infinitas riquezas, de caballos, y armas, y oro y plata, y dejaron ricos a los sicilianos para siempre: de aquí se dice que quedó por penitencia que un Papa les dio a las mujeres de Sicilia que anduviesen las caras tapadas por luto, por que por ellas se hizo la crueldad en los franceses, y así andan hasta agora en toda la isla, cuando van a fuera de sus casas las caras tapadas como las moras.

De la cual crueldad y muerte de los franceses, antes que fuese fecha, fue vista una terrible señal en profecía, así como algunas veces vemos antes que venga alguna persecución o pestilencia o muerte de Rey, que vemos Cometas, o Estrellas de ramos, o otras señales: dice en *Faciculus* que antes que matasen los franceses en Sicilia acaeció esto en profecía de la muerte de ellos; de un pece muy grande que fue tomado que era semejante a la figura de un león, así como aquí se sigue.

«*Piscis Marinus iz similitudinem Leonis captus fuit anno primo Martini Papae, et dabat plantus horribiles, et adductus in urbem veterem cunctis ostensus est: cum monstrum hoc, vulgo interpretante, esset signum futuri de ludii: quod et factum est; quia statim per Siciliain interfectis alieni genis, et felibus in materno utero occisas crudeliter, et obedientia caroli suz regis, et per consequens Ecclesiae receffit, et Petrum Áragonum Regem assumpsit, et multa mala secuta sunt. Et in orbe partialitas surrexit, quia Vrsini contra Hannibaldos cum sanguinis efusione pugnarunt. Item el inter Saracenos multa milia occisa fuerunt; et ideo non mirum quod patrimonium Ecclesiae patitur solito more, quia tempus est ut indicium incipiat ab ira dei. Verum carolus non longé ante Martinum obiit bené dispositissingulis, et devoté sacramentatus: Petrus vero inobedientie filius infelicitè mortuus est, ex vulnere quod in bello suscepit sicut solent mori persecutores ecclesiae quia durum est fragili homini contra stimulum recaltitrare.*»

De el Papa Martín que fue en el tiempo del Rey Don Pedro susodicho, y del Papa Honorio se escribe lo siguiente. *Martinus IV anno 8*, el cual Martín fue francés *istè Martinus excommunicavit Petrum Aragonis Regem invasorem Regni Siciliae*.

Del Papa Honorio que subcedió a Martino, dice: *Honorius IV Romanus hic predicari fecit crucem contra Petrum invasorem Regni Sicilia*. Este Honorio reinó dos años no mas; hallo yo que desde el Papa Alejandro IV y desde Urbano IV que le subcedió, que fueron contrarios al Rey Manfredo. Y Mánfredo murió en tiempo de este Urbano; pasaron hasta el Papa Martín estos Papas: Clemente, Gregorio, Inocencio, Adriano, Juan, Nicolás, que son seis Papas que pasaron en breve tiempo, que en todos estos no se leé cosa de Sicilia, por que creo que en vida de todos estos vivió Carlos Conde de Provenza y la tuvo sujeta.

Y reinó el Papa Martín en Roma después de la muerte de Carlos, y contendió como dicho es contra el Rey Don Pedro de Aragón, porque tomó a Sicilia después de muerta aquella multitud de franceses, y este Martino Papa era francés, y Honorio que le subcedió era Romano, y siguió la vía de Martino, y dieron cruzada contra el Rey Don Pedro de Aragón, porque favoreció a los sicilianos, y porque tomó el reino de Sicilia Ultrafaro como habéis oído. Empero nunca de él lo pudieron desposeer, ni desapoderaron, y de aquí nacieron muy grandes guerras entre Francia y Aragón, y Sicilia y sus parcialidades; y un Rey de Francia vino poderosamente sobre Cataluña; esto fizo porque había cruzada contra el Rey Don Pedro, y mandado del Papa como si fuese infiel o moro, y el Rey de Francia sacó y hizo sacar la señal del Oriflan de Francia, que Francia tiene, que fue dada por un Angel a Carlo Magno Rey de Francia contra los moros, y no se había de desplegar ni destender contra cristianos, y entró por Cataluña con la dicha señal tendida tomando villas y lugares, y cercó la ciudad de Gerona; y tomóla, y los franceses hacían establos y caballerizas de las

Iglesias donde tenían sus caballos, y no cataban honra ni reverencia al culto divino, ni a las imágenes de los santos; y estando en Gerona el gran Real de Francia y el Rey allí salieron del sepulcro de San Narciso que está allí, tantas moscas inficionadas de tal manera que picaron a todos los caballos de la hueste que todos murieron y quedaron a pie todos los franceses, hasta el Rey.

Y viendo el Rey de Francia este tan temeroso y espantoso misterio, conoció su pecado, y que no tenía justicia a hacer guerra al Rey de Aragón por Sicilia, y conoció que aquel misterio tan lastimero de la muerte de los caballeros, era por dos cosas, la primera porque sacaron la seña Santa del Oriflan contra cristianos, y porque no tenía justicia, y por la poca honra que los suyos habían catado a las iglesias de Dios, y envió sus Embajadores al Rey Don Pedro de Aragón, señor de Cataluña, conociendo su error, y hizo su paz con él y dejole todo lo que le había tomado, y como se vido perdido y sin caballos los hombres de armas y los otros que habían venido a caballo, temió mucho la vuelta de Francia, y demandó viaje al Rey Don Pedro para volver en Francia él y los suyos, el cual se la otorgó, y con guíaje, salió de Cataluña y licencia del Rey Don Pedro para volver en Francia, y llegado en Francia luego murió, y así fue deliberada Gerona y todas las otras villas y lugares que los franceses habían tomado en Cataluña.

En este tiempo llegó la armada del Rey Don Pedro, de Levante, cuarenta navíos y otras galeras a San Felipe cerca de Gerona, y juntose con otra armada del reino que acá estaba, y pelearon con la armada de Francia, y venciéronla, y tomáronla, y prendieron toda la gente de ella, y sacaron los ojos a muchos franceses, y enviaron mensajeros de ellos ansí con un ojo y el otro sacado, al Rey de Francia a se lo facer saber, y que llevase las nuevas como su armada de la mar era toda perdida y tomada del armada del Rey de Aragón. Todos estos inconvenientes y menguas y pérdidas hobieron los franceses en aquel tiempo en la demanda y conquista de Sicilia, por favorecer al Conde de Provenza y a los señores de ella contra Sicilia y contra los Reyes de Aragón señores de ella; y aunque el Rey Don Alonso fizo la guerra 20 años al Reamen de Nápoles, hasta que lo tomó a los del linaje del Rey o el Conde de Provenza, nunca ningún Rey de Francia quiso poner su estado a peligro sobre ello fasta los dos Reyes pasados que habéis oído en esta mi escriptura, que el uno y el otro subcedieron en el Condado de Provenza por linaje de la Baronía o por patrimonio, o por herencia de patronazgo al Rey Reynel de Nápoles y Conde de Provenza, que se movieron siguiendo cada uno de ellos su afición con tantas gentes de armas, y con tantas costas, y tantas leguas de su reino donde el uno y después el otro fueron vencidos tantas veces y por tantas maneras cuantas habéis oído, y totalmente ambos fueron espedidos y echados del reino con tanto estrago y pérdida y muerte de los suyos, donde perdieron en las batallas tanta suma de riquezas y tesoros a vuelta de mas de treinta o cuarenta mil personas que fueron muertos o perdidos en las dichas dos conquistas, sin quedar por alguno de ellos una almena en todo el reino.

Y volviendo a la antigüedad y después acá, del Papa Martino IV y de Honorio IV, que le subcedió, han sido mas de treinta Papas que ninguno parece oponerse con la casa de Aragón sobre Sicilia ni sobre el Reamen de Nápoles, en litigio, ni demanda ni municiones, ni mas al Rey Don Alonso cuando la conquistó y ganó no le fueron fechas municiones papeles ni entredichos porque hobiese de dejar la conquista; donde parece y se manifiesta la recta acción y justo título que la casa de Aragón tiene al Reamen de Nápoles. El tributo que sobre él tiene la santa iglesia de Roma, según dicen, que tiene sobre él cincuenta o sesenta mil ducados cada año, lo cual diz que los Papas han disminuido en recibir un presente cada año por ellos, y bien parece así por las escripturas y coronicas, y aun por los espantosos misterios sobre ellos acaecidos, que ninguna acción ni justicia Francia ni Provenza tiene a ello, aunque parece que el Reverendo Padre que compiló *Facculus temporis*, o debía de ser francés de natura, o de afición, porque en todo lo que en este caso escribió se muestra aficionado a Francia donde dice el Rey Manfredo.

Manfredum pseudo Rexen Sicilia excommunicavit: y en otras partes que escribió de este caso, siempre enderezó su afición a los franceses y a los del linaje de Carlos Conde de Provenza; contra los cuales se ha mostrado nuestro señor en esta demanda muy contrario, y también escribió, como dicho es, del dicho Don Pedro Rey de Aragón, porque murió en la excomunión que le puso el Papa

Martino: *Petrus vero inobedientie filius infeliciter mortuus ex vulnere quod in vello sucepit sicut solent mori persecutoris Ecclesia etc.* según dicho es; y sabed que este Rey Don Pedro de Aragón porque murió so aquella excomunión, puesto caso que el ánima fue absuelta, que cualquier clérigo en *artículo mortis* para quitar de las penas del infierno es Papa, y lo pudieron absolver, cuanto al ánima, empero no fue ninguno, osado de lo meter ni enterrar en sagrado, y su cuerpo fue depositado debajo de una escalera en su palacio en la ciudad de Manpoléy, la cual hobo con su segunda mujer, y estuvo allí depositado hasta que el Rey Don Alonso ganó a Nápoles, el cual hizo escutir el caso en la Papal Audiencia y se halló ser injusta la sentencia de excomunión en que lo compelieron, y el Papa lo mandó absolver y fue absuelto y sacado de allí y enterrado en sagrado muy honradamente.

CXCIV. DEL LINAJE DE EL REY MANFREDO DE SICILIA.

Manfredo, Rey de Sicilia, fue, padre de la Reina de Aragón, mujer del Rey Don Pedro susodicho, por quien el Rey Don Pedro y sus fijos y fijas subcedieron en el reino de Sicilia. Y este Rey Don Pedro, hobo en su primera mujer, hija de Manfredo cuatro hijas y un hijo, del cual fijo no quedó sucesión ni linaje, y la mayor hija llamada Doña Leonor, casó con el Rey Don Juan de Castilla, hijo del Rey Don Enrique, que mató al Rey Don Pedro; y la segunda hija casó en Aragón con el Conde de Urgel; la tercera casó con el Infante Don Pedro de Portugal; la cuarta con el Rey Reynel, primero de este nombre, Rey de Nápoles, Conde de Provenza, con el cual casamiento se pensó haber soldado que quedase Nápoles en aquella generación de los descendientes de allí, porque el Rey Don Pedro, si fue en su vida, no pudo mas hacer, y si no fue en su vida, parece que se fizo por haber paz y concordia Aragón con Francia y Probenza.

Y después de la muerte del Rey Don Pedro reinaron en Aragón y en Sicilia Reyes de el linaje de el Rey Don Pedro y de su mujer la fija del Rey Manfredo de Sicilia, y entiéndese que de un fijo que hobo; y después el linaje de este fijo se disminuyó y acabó que no quedó nadie de él para reinar después de pasados muchos tiempos, y fue a tiempo que los aragoneses y sicilianos quedaron sin Rey, entonces buscaron Rey de la linea mas derecha y cercana, a quien de justicia venían los reinos de Aragón y Sicilia y otros señoríos y reinos y islas a ello anejos a los fijos de Dona Leonor fija mayor del Rey Don Pedro, nieta del Rey Manfredo, y los aragoneses y catalanes, y sicilianos vinieron en Castilla, y llamaron por su Rey al Infante Don Fernando segundo hijo del Rey Don Juan de Castilla, primero de este nombre, susodicho y de la dicha Reina Doña Leonor, el cual hallaron que gobernaba a Castilla, y era tutor del Rey Don Juan segundo de este nombre, su sobrino, fijo del Rey Don Enrique su hermano, el cual en su tiempo no hobo su par entre los Reyes y grandes señores del mundo en virtudes y nobleza, y ferocidad a donde convenía, que gobernando a Castilla fizo la guerra a los moros muy cruel, y les ganó muchos lugares y fortalezas, y las villas de Zahara y Antequera y venció una gran batalla de moros; y estando en el cerco sobre Antequera que vino la casa de Granada sobre él con Infante o Infantes moros. Para ir a reinar hobo de dejar la gobernación de Castilla encomendada a la Reina Doña Catalina, madre del dicho Rey Don Juan, y él fuese a reinar en Aragón y Cataluña y Sicilia y en los otros señoríos a ello anejos.

Este fue biznieto de Manfredo hijo de su nieta; murió Rey de Aragón y Sicilia y de los otros señoríos y islas. Ovo este nuevo Rey, siendo Infante y Gobernador de Castilla en la Condesa de Alburquerque y Montalban, su mugen, cinco hijos, y dos hijas, a Don Alonso, el mayor, que le subcedió en los reinos susodichos, y demás recobró el reino de Nápoles: el segundo fue el Rey Don Juan, que fue Rey de Navarra, por su primera mujer, y después subcedió a Don Alfonso su hermano, en los dichos reinos, porque Don Alfonso no hobo hijos legítimos de su mugen: el tercero fue el Infante Don Enrique, que murió en la batalla de Olmedo, que se dio contra el Rey Don Juan; el cuarto el Infante Don Sancho Maestre de Alcántara que murió niño, el quinto fue el Infante Don Pedro que murió en la conquista de Nápoles de una lombarda. Las fijas fueron Doña María, que casó con el Rey Don Juan de Castilla segundo de este nombre, de quien el dicho Don Fernando fue tutor; la otra fue Doña Leonor que casó con el Rey Don Duarte de Portugal.

Y después de la muerte de este muy noble Rey reinó el dicho Don Alonso su mayor fijo en los dichos reinos, el cual fue casado con Doña María, fija de su tío el Rey Don Enrique de Castilla, hermano de su padre, en la cual no hobo fijos, y ella gobernó los reinos de Aragón, veinte años que duró la conquista de Nápoles, o mas, muy maravillosamente sin su marido, tanto que sonaban por el mundo sus grandes virtudes y prudencia que no hacia mengua su marido, en la gobernación; y el Rey Don Alonso su marido, hobo la victoria de Nápoles totalmente con el título de Aragón por ser, como era tercero nieto del Rey Manfredo, y estando acá en el reino de Valencia antes que fuese a la dicha conquista hobo un hijo bastardo que llamaron Don Fernando, como dicho es, y al tiempo del testar rogó a su hermano el Rey Don Juan que le dejase aquel reino de Nápoles pues que no lo había ganado, pues que él subcedía en todos los otros reinos, y el Rey Don Juan consintió y dijo que le placía, puesto caso que de justicia no le podía facer ni pudo porque fue en perjuicio de la legítima de Aragón, y Sicilia; y a esto diz que Aragón nunca consintió y pasó.

Y desque murió el dicho Rey Don Alfonso sucedióle su hermano el dicho Rey Don Juan en los dichos reinos, salvo en Nápoles que quedó a Don Fernando bastardo su hijo, y reinó en él el dicho Don Fernando hasta que murió. Y el dicho Don Juan reinó en todos los otros reinos y señorío y islas anejas a Aragón, y murió el año de 1479 anos, y sucedióle en todos aquellos reinos el ínclito y muy noble y virtuosísimo Rey de España Don Fernando que es cuarto nieto del Rey Manfredo, Rey en Sicilia, que lo fue citra y ultrafaro; los cuales reinos nuestro Señor quiso dar y dio juntamente a este Rey Don Fernando de España por la manera y forma que habéis oído; y vedes aquí como no sin causa la Divina Providencia le ha proveído de ello en estos nuestros tiempos. Sea alabado por siempre jamás, amen.

CXCV. CÓMO FUERON BAPTIZADOS TODOS LOS MOROS DE LOS REINOS DE CASTILLA.

Volviendo a hablar en las cosas que acaecieron en el año de 1502, viendo el Rey y la Reina que por muchas formas dadas por los moros mudéjares, y con los que se habían baptizado, no se podían escusar muchos daños que los moros continuamente hacían en los cristianos; habido su consejo mandaron de echo que todos los moros del reino de Granada, y todos los moros mudéjares de Castilla y Andalucía, dentro de dos meses fuesen cristianos y se convirtiesen a nuestra Santa fe Católica y fuesen baptizados, so pena de ser esclavos del Rey y de la Reina los que fuesen realengos, y los de los señoríos esclavos de los señores, y predicándoles en toda Castilla donde los había y en el reino de Granada, y cumplióse el plazo de los dos meses en el mes de Abril del dicho año de 1502. Y así de ellos convertidos de buena voluntad, y todos los mas contra toda su voluntad, fueron baptizados considerando que si los padres no fuesen buenos cristianos que los fijos o nietos o biznietos lo serian. Y aquí cesó la descomulgada mezquita del malvado Mahoma en Castilla, a la cual pusieron perpetuo silencio como a cosa muy emponzoñada, y empecible, los buenos y bien aventurados y de perpetua y gloriosa memoria Don Fernando y Doña Isabel Reyes de España.

CXCVI. CÓMO SE PERDIÓ LA NAO CAPITANA QUE TRAÍA EL NOBLE Y VIRTUOSO SEÑOR BOBADILLA, CAMINO DE LAS INDIAS POR SU DESVENTURA.

En el dicho año de 1502 acaeció que habiendo ido por Gobernador el Comendador de Lares a las Indias a la Española por mandado de sus Altezas, envió N. de Bobadilla que había gobernado después que quitaron al Almirante Cristóbal Colón; el cual dicho Bobadilla, venia en una muy gentil Nao Capitana nueva y muy singular, y traía consigo obra de ochenta hombres, en que venían hombres de bien y clérigos y traían allí mucho oro suyo, y venían en la dicha Nao según decían mas de ochenta mil pesos de oro para el Rey y Reina; y viniendo para acá obra de doscientas leguas de

la Española hobieron muy grande fortuna en la mar de un viento y tempestad que les daba en el lado siniestro; y venían con la Nao Capitana mas de otras veinte naos, que habían llevado la mucha gente de hombres y mujeres que habían ido allá a vivir y ser allá vecinos, y una noche hobieron aquella grande y temerosa fortuna, de manera que se desatinaron las unas con las otras, y dellas se volvieron atrás, y dellas vinieron acá. Y en la Nao Capitana traían el farol con lumbre, y parece que la Nao se sumió y nunca salió, y las otras perdieron la vista de la lumbre, y cada una fue por donde plugo a Nuestro Señor: las mas siguieron el viaje y vinieron a Cadiz algunas, y las otras a Portugal, y otras a Galicia, y otras se volvieron a la Española, y la dicha Capitana donde venia el desdichado Gobernador Bobadilla, que era muy gran caballero y amado de todos, mas pareció, que parece que allí donde desapareció el farol se sumió; y los pilotos y maestros discretos que allí venían siempre tuvieron aquel recelo, y algunos fueron de otra opinión diciendo que creían haber corrido al medio día a la otra parte, porque no era posible tal nao perderse así y esperáronla hasta que por tiempo se perdió la esperanza; y esto acaeció en el mes de Agosto del dicho año de 1502.

En el dicho año en el mes de Septiembre vino a Cadiz Bastida, marinero vecino de Triana Capitán y Maestre de su nao, el cual había ido con cierta armada por la mar a descubrir con licencia de sus Altezas, y había veinte y tres meses que había partido de acá, el cual descubrió por la vía que miraba al Norte por la mano derecha de la Juana, que es la tierra firme, muchas islas dejando siempre la tierra firme sobre mano izquierda y la gran mar oceána a la mano derecha, y halló muchas y grandes poblaciones, todas de paja y madera como lo descubierto; y halló una gran ciudad donde salió a tierra y fue convidado del Cacique de ella, y allí había gallinas que comieron; y allí rescataron y dieron cosas de latón y cobre y de lo que llevaban por oro; y pasado el trueque antes que el dicho Bastida saliese del puerto, que era un río que pasaba no muy caudaloso, los indios se arrepintieron y demandaron su oro, y volvieron las alhajas y cosas recibidas, y Bastida por que no se escandalizasen les dio su oro y volvieron lo que les habían dado; y desde de allí salió prendió ciertos indios, que rescató luego en la tierra de que hobo mucho oro que trujo, el cual de aquella tierra diz que es oro bajo como de florines y ay infinito de ello.

En todo lo que descubrieron había mucho algodón, y todas las cosas de aquello que descubrió y las gentes son poco mas o menos como lo otro descubierto que descubrió el Almirante. En todo lo que descubrió no hay fierro, ni cosa que se haga de él, ni lana, ni hilo, salvo algodón, ni hay teja ni ladrillo ni hombre que sepa letras salvo, toda la gente bestial sin ley y sin escriptura; y hobieron en el viaje formas; comióles la bruma los navíos, y hobo hartos que hacer en escapar y venir a la Española con un navío o dos el dicho Bastida y los de la dicha armada.

CXCVII. DEL CERCO DE SALZAS, Y DE LO QUE EL REY DE FRANCIA HIZO DESPUÉS QUE SUPO DE LAS DOS BATALLAS VENCIDAS.

Volviendo a hablar de las cosas de entre Francia y España, que por entremeter las otras cosas acaecidas no van a echo, quiero volver a decir algo de lo que acaeció entre el Rey de Francia, y entre el Rey Don Fernando de España. Luego como él vido todo su ejército de su campo que envió en Nápoles perdido con tanto destrozo de gente muerta y destrozada, y pérdida de caballos y armas y algos, hobo tanto enojo que pensó perder el juicio, y atribulóse mucho, allende del estar enfermo de las bubas, y mandó hacer la guerra a Cataluña a fuego y sangre, y envió muy gran hueste de gente y armas, y de muy gran artillería otra vez a Nápoles, encomendada al Marqués de Mantua y Monsieur de la Tramulla, y a Monsieur Alegre de cercar a Gaeta como dicho es, y había echado un sombrero en el fuego que tenía tocado en la cabeza, y dijo arderá Nápoles como este sombrero, y no dijo si Dios quisiese, y también perdió aquel campo como el otro según habéis oído.

En aquel mesmo tiempo por que de España no socorriesen al Gran Capitán, envió muy grande hueste de gente de armas y artillerías sobre Salzas, y pusiéronle cerco en tres de Septiembre del dicho año de 1502 y estuvo el cerco hasta 20 días de Octubre combatiéndola muy fuertemente que

de solos cantos gruesos fue día de echarle 537 tiros de madera que pasaron de mas quince mil pelotas, las cuales hicieron mucho daño en la fortaleza, y mucho eso mismo con picos; y como la fortaleza aun no estaba acabada de hacer, con el artillería derribaron, de que se hincharon las cabas, y hubieron lugar de llegar a picar, y en este medio tiempo le dieron algunos combates, en un baluarte que los franceses defendieron. que no estaba acabado de facer donde los franceses recibieron mucho daño; y porque los que estaban en la fortaleza era poca gente y defendiendo aquel baluarte aventuraban a perder mucha gente, acordaron de lo dejar y antes que lo dejasen metieron ciertas botas de pólvora que tenían en. una bóveda del dicho baluarte, y venidos allí los franceses otro día, halláronle desmamparado, y no del todo, y con el concierto de la pólvora que estaba fecho los de la fortaleza, diéronles lugar que lo ganasen, y. como estaba mucha gente dentro de los franceses dieron fuego a la pólvora, y reventó el baluarte por muchas partes, y murieron quemados y achocados y por armas aquel día pasados de cuatrocientos hombres de los franceses; y de esto fueron muy espantados y púsoles este engaño tanto temor que perdieron mucho del esfuerzo que de antes mostraban.

El Rey Don Fernando ya a este tiempo estaba en Gerona, con mucha gente de armas, y como supo que los franceses picaban la fortaleza partió de Gerona, y llegó a Perpiñán miércoles 18 de Octubre, y luego el viernes de mañana siguiente, sabiendo los franceses como iba y el gran poder que llevaba levantaron el cerco y comenzaron de huir; dejaron muchos tiros de pólvora y algunas tiendas y provisiones de vino; y muchos caballeros del Real del Rey fueron en pos de ellos, y alcanzaron algunos, y por la priesa que llevaban de huir, dejaron el artillería y algunos bastimentos, y dejaron los hombres heridos y enfermos que no podían ir por sí, que tenían asaz de ellos, a los cuales el Rey mandó traer a Perpiñán a un hospital y curar de ellos.

En los franceses del Real que iban huyendo algunos alcanzaron los de la hueste del Rey Don Fernando y hicieron algún daño en ellos. El jueves antes había salido alguna gente del Real del Rey Don Fernando la vía del Cola para entrar el Estaño y la mar, donde los franceses tenían hecho un castillo de madera para defender aquel paso, que es muy estrecho, que por allí entraban castellanos y aragoneses la vía de Francia a les facer muchos daños, y les habían quitado mantenimientos y tomado prisioneros, y combatiendo castellanos el dicho castillo de madera se encendió fuego en él y se quemaron mas de veinte hombres franceses de los que estaban dentro, y los castellanos y aragoneses prendieron y tomaron a los otros que estaban dentro, y dos tiros de pólvora buenos, y otros muchos menudos, y tomaron cuatro barcas que andaban por el Estaño con gente por guardia. Los franceses que alcanzaron de sobre Salzas, fueron a parar ese día que alcanzó en la noche a media legua de Salzas, pasada una puente entre la sierra y el Estaño, y del peonaje de los castellanos y aragoneses subieron muchos aquella noche a la sierra, y les hicieron mucho daño en el Real a los franceses, los cuales franceses toda aquella noche caminaron y pasaron su artillería y hacienda la mas que pudieron en salvo.

El Rey Don Fernando con voluntad que tenía de hallarse presente, por que el sábado de mañana quería que se les diese batalla, partió de Perpiñán ese día sábado, a 21 de Octubre, bien de mañana y llegó de esta parte de Locato que es un lugar o villa cinco leguas de Perpiñán dentro en Francia mas de dos leguas, y cuando allí llegó a vista de los franceses ya ellos iban cerca de media legua, y así por ir tan lejos, y algunos dentro en la sierra que se llama Desyierra Caballos, y así por esto como por el peonaje de Castilla estar muy fatigado, que como el viernes de mañana tuvieron la nueva en su Real, que estaba una legua de ahí, que los franceses se iban, no habían curado si no de caminar, y por la priesa del partir fuéronse sin provisión de pan y vino, y como llegaron cerca del Real de los franceses puesto el sol, y subieron luego a la Sierra, donde estuvieron toda la noche no hobo lugar de llevar provisión, y el sábado de mañana pelearon mucho los espingarderos con los franceses en el paso de entre la sierra, y el Estaño, y como la gente de a caballo no les socorría tan presto como era menester, no se hallando tan poderosos como los franceses, por no tener gente de a caballo, y con no haber comido ni haber agua en todo aquel camino recibieron mucha fatiga así no se pudieron todos llegar para les dar la batalla; y de esta

manera, los franceses se hubieron de ir sin recibir el pago de su atrevimiento, aunque este día les mataron los espingarderos mas de cuatrocientos hombres, y algunos jinetes castellanos que se adelantaron a escaramucear con ellos. De los de acá murieron cuatro peones, y uno de a caballo sobrino del camarero del Rey, y fueron heridos algunos así como el fijo del conde de Cifuentes, y un fijo del tesorero del Rey.

Todos los españoles quedaron muy enojados por no poder llegar a dar la batalla, que según la gana y la multitud y diestra caballería que iba, fuera maravilla escaparse ninguno de los franceses. El Rey Don Fernando se volvió este día a Perpiñán, desde que vido que franceses iban huyendo, como magnánimo y piadoso y temeroso de Dios, por ser cristianos no quiso seguir el alcance, y por que le pareció por ir huyendo que no se podría haber venganza sino de los peones, y gente sin culpa.

Volviendo a lo del cerco de Salzas, que en él mientras duró recibieron los franceses mucho daño de la fortaleza y de la gente de España que algunas veces los visitaban, y pasaron de dos mil hombres los muertos allí, sin los que mataron después que el campo levantaron, entre los cuales fue uno el Senescal de Velcapure y otros principales hombres; y de los que estaban en la fortaleza de Salzas, hobo muertos de heridas catorce hombres, y de dolencias ocho, y fueron heridos mas de setenta, los cuales todos con el Capitán y Alcaide lo hicieron muy esforzadamente, y dieron de sí maravilloso ejemplo de esforzados y famosos y hidalgos hombres.

CXCVIII. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO ENTRÓ POR FRANCIA, Y DE LO QUE FIZO Y TOMÓ.

El viernes siguiente que fueron 27 días del dicho mes de Octubre, partió de Perpiñán el Rey Don Fernando con su hueste, y fue sobre Leocata, fortaleza y Villa de Francia, y llegó sábado a medio día, y asentado su Real, la combatió con el artillería aquel día, y el Domingo siguiente hasta media noche, que se dio con partido que se les asegurase las vidas, y así los recibió; tomaron luego los peones de León el arrabal, por fuerza de armas.

El martes siguiente, treinta y uno de Octubre tomaron la Palma, que es una bonita villa; entrola un capitán Latayo, que los vecinos la habían desamparado, y tomaron dentro veinte y dos hombres lacayos que la defendían. Este día tornaron a Lire y a Cijar, y otro día siguiente, tomaron a Rocaforte, y la Trulla, y a Castil Manrra y a Franrenano y Tillaseca, y San Juan de Vari de Art; el bastimento que se tomó en estos dichos lugares, fue cosa de maravilla que pasan de cincuenta mil anegas de harina, y otras tantas arrobas de vino, y tocinos, y quesos, y cebada, y miel, y cera, y cebo, y ballestas, y armas, y pólvora, y otras muchas cosas, que fue en muy gran número el valor, que como estos dichos lugares estaban en el camino de Narbona, estaban allí recogidos aquella muchedumbre de mantenimientos y cosas para mantener el real que estaba sobre Salzas. Otros lugares tomó y entró el Rey Don Fernando de esta vez, en Francia, que aquí no son escritos, y tomara mas si quisiera, y sino fuera porque se metía el invierno llegara a Narbona, la cual le temió mucho y pensaron que fuese sobre ella, y quebraron la Puente del río de temor que no pasase; y corredores y gente del real entraron y pasaron dos o tres leguas de aquella parte de Narbona, y sacaron cabalgadas y prisioneros,

CXCIX. DEL NÚMERO Y FERMOSEDADE DE GENTE QUE EL REY DON FERNANDO LLEGÓ DE ESTA VEZ, Y TREGUAS QUE SE ASENTARON,

La gente que el Rey Don Fernando llegó de esta vez en Perpiñán, fue la mas lucida y mas hermosa que nunca en España fue vista muchos tiempos, y pasaron de tres mil hombres de armas, y fueron seis mil jinetes, y mas de veinte mil peones, y tenía de Zaragoza allá más de otros dos mil de a caballo, y la Reina Doña Isabel estaba en Aragón cerca de Zaragoza, la cual siempre hacía ir gente y mantenimientos al real y la armada del Marqués.

Y la armada que el Rey de Francia traía por la mar, era maravillosa cosa de ver. Traía cuarenta Naos, y no hacia sino ir y venir con mantenimientos, y descargaba en Colibre y donde era menester; y yendo un día de acá de Castilla parte de la dicha armada, toparon con diez y nueve fustas de moros en la costa de Cartagena, las cuales por veces habían fecho mucho daño en la costa del reino de Granada, en los cristianos, y en la costa de Valencia, y pelearon con ellas, y echaron a fondo las cinco de ellas peleando, y tomaron las catorce, en que tomaron cuatrocientos hombres moros, y muchas cosas que tratan en las fustas, y así hobieron aquella victoria sin pelear ni morir cristianos.

El Rey Don Fernando entró por Francia, como dicho es, lo que quiso, y como no halló con quien pelear, tomó los dichos lugares, y algunos mandó derribar y algunos dejó poblados, y por piedad no quiso de cien partes una hacer el mal que pudiera por ser cristianos y sin culpas; y volvióse con su victoria a Perpiñán, donde llegado, le envió el Rey de Francia sus embajadores a demandar treguas; y el Rey hizo alarde, estando ende los embajadores, donde vinieron toda su gente, que era la mas lucida del mundo, y concedió en las treguas; y en quince de Noviembre susodicho, se apregonaron en Perpiñán y en Francia, por cinco meses entre ambos reyes y sus reinos; quedaron fuera de la guerra Nápoles y las armadas de mar, que esto no entró en las treguas, porque en este tiempo había guerras sobre Gaeta, que estaba por Francia.

Y las treguas asentadas, dejó el Rey en Perpiñán entonces a Don Bernardino de Rojas, Marqués de Denia 2.000 hombres de armas, y 3.000 peones, y dejó por Alcaide de Salzas al fijo del Gobernador de Cataluña, y todo lo dejó bien proveído. El Rey se vino en Barcelona donde hizo Cortes con Cataluña.

CC. DEL ESPANTOSO TEMBLOR DE TIERRA.

En cinco días de Abril del año de 1504 Viernes Santo, entre las nueve a las diez del día, tembló la tierra en España muy espantosamente, y fue el mayor terremoto en esta Andalucía, y fue tan grande espanto que las gentes se caían en el suelo de temor, y estaban como fuera de sentido, y fue de ésta manera. Fue oído un muy grande ruido que iba por el aire, y junto con él, todos los edificios, fortalezas, iglesias y casas se estremecieron y dieron tres o cuatro vaivenes al un cabo y a otro, uno acostándose hacia medio día y otro, enderezándose, y esto pareció en las iglesias, porque estaban a la lengua hacia levante.

Y el que ésto escribió lo vido así en la Iglesia de los Palacios, y vido estremecer primeramente el Campanario y caer tierra de las paredes, y levantéme de confesar y asoméme a la puerta del Perdon, que no estaba sino dos pasos de ella o tres, la cual está debajo del Campanario, y entonces vi como todo se estremecía, y comenzó de sonar un muy gran ruido por el aire, y la techumbre de la Iglesia comenzó de crujir como si fueran por encima corriendo muchas personas, y entonces volví a la Iglesia hacia el Monumento que estaba en el Altar mayor y vi como la Iglesia se acostó mucho toda a un cabo, y volvióse a enderezar, y la tierra se bulló mucho y se estremeció: y yo así medio acostándome a un cabo y a otro, me fui al Monumento dando voces llamando a Jesucristo y a la Virgen Santa María y los que estaban en la Iglesia algunos se fueron huyendo fuera; otros hicieron como yo, y las mujeres y otros algunos no tuvieron sentidos para se mover; esto es *quod vidimus testamur*, todo pasó en poco compás de tiempo, en poco mas de cuanto dicen el *Psalmo de profundis*. No cayó en el dicho lugar ningún edificio, ni hendió: el agua de los pozos hizo gran ruido que se alzaba hasta arriba y daba gran golpe de vuelta: alguna tierra movida cayó de las techumbres y paredes.

En la ciudad de Sevilla hobo gran terremoto, y cayeron algunos edificios especialmente en la Iglesia y Monasterio de San Francisco, que cayó un pedazo de la Iglesia, y mató dos o tres mujeres luego, y fueron muchas personas, hombres y mujeres descalabrados, y fizo muy gran daño en la Iglesia, y un gran portillo, y en otras muchas partes de la Ciudad hobo muchos edificios estremecidos y hendidos, y caídos, y así mismo en otros muchos lugares de esta Vandalucía.

En la villa de Carmona se sintió este terremoto, mas que en toda España, ca fue tan terrible y

espantoso, que parecía que todos los edificios andaban en goznes, y la tierra no tenía asiento, y cayeron tantos edificios de las fortalezas, de las Iglesias y de las casas, que de aquí a cien años no se restaurarán, ni harán, y cosas quedarán en testimonio de ello, mientras la villa durare. Cayó la Iglesia de Santa María de Gracia que es el Monasterio de los frailes de San Isidro, fuera de la villa, y mató dos frailes. En la villa de Carmona, como por cada parte cayeron casas, murieron algunos, y duró allí un gran rato el terremoto, de manera que andaban los hombres y las mujeres por la villa abrazándose unos con otros, enojados, sin sentido, perdida la color, como gente de otra vida, que con el espanto pensaban que era la fin del mundo; y cesado el terremoto, buscaron y enterraron los muertos, y curaron los heridos, y quedó de daño hecho en la villa de valor de más de veinte cuentos de maravedís.

Y en algunos lugares de cerca de Guadalquivir, desde Alcalá del Rio arriba fue de la manera de Carmona, así como en Cantillana, Tozina y Palma, fue en toda Castilla, y en Medina del Campo, por donde estaba el Rey y la Reina, también fue grande espanto. Sintióse también en el África, en las partidas de allende entre los cristianos y entre moros.

Siguióse después de este gran terremoto y espantoso movimiento de la tierra, muchas fortunas y menguas que sintió España, muchos trabajos y hambres y pestilencias y muertes: y la primera fortuna que sintió España fue la muerte de la Reina Doña Isabel, que murió aquel propio año, adelante, en el mes de Noviembre: la segunda, las innumerables y muchas aguas que llovió en el invierno los meses de Noviembre y Diciembre del año de 1504, que fueron tales las aguas, que no pudieron bien sembrar, y todo lo mas de lo sembrado en España se perdió, por muchas aguas, y de aquí comenzaron las hambres, y después las secas de los años de 1506 y 1507, y el año de la gran pestilencia, el año de 1507, según adelante cada cosa se dirá donde conviene.

CCI. DE LA MUERTE DE LA REYNA DOÑA ISABEL.

Murió la Reina Doña Isabel, de gloriosa memoria, en el mes de Noviembre, año de 1504, en Medina del Campo, de dolencia y muerte natural, que se creyó recrecerle de los enojos y cuchillos de dolor de las muertes del Príncipe Don Juan y de la Reina de Portugal, Princesa de Castilla, sus fijos, que traspasaron su ánima y su corazón, y falleció de esta presente vida en edad de 56 años, habiendo reinado en Castilla veintinueve años, su cuerpo fue llevado a Granada y sepultado en la Iglesia de la Alhambra, que ella ganó, en muy honrado lugar, donde en su vida ella mandó y ordenó, con aquellas honras y obsequias que a tan excelente y bien aventurada Reina convenía.

Ahora advertid: ¡quién podrá contar las excelencias de esta cristianísima Reina muy digna de ser loada por siempre! Allende de ella ser castiza, y de tan nobilísima y excelentísima progenie de Revnas de España como por las Corónicas se manifiesta, tuvo ella otras muchas excelencias de que Nuestro Señor la adornó en que excedió y traspasó a todas las Reinas así cristianas como de otra ley que antes de ella fueron, y no digo tan solamente en España mas en todo el mundo, de aquellas de quien por sus virtudes y sus gracias y por su saber y poder su memoria y fama vive, según vimos, por escripturas, y muchas de aquellas por sola una cosa que tuvieron o hicieron vive y vivirá su memoria: pues ¿cuanto más debe vivir la memoria y fama de Reina tan cristianísima que tantas excelencias tuvo, y tantas maravillas obró y fizo Nuestro Señor reinando ella en sus Reinos? Por ella fue librada Castilla de ladrones y robos, y bandos y salteadores de los caminos, de lo cual era llena cuando comenzó de reinar; por ella fue destruida la soberbia de los malos caballeros que eran traidores y desobedientes a la Corona Real; por ella fue quemada y destruida la pésima y abominable herejía Mosaica, talmudista Judaica, que poco menos de toda España tenía inficionada, y travada con tanta osadía que en cada parte se manifestaba.

Fue muy prudentísima Reina, muy católica en la Santa fe, *sicut Elena mater Constantini*: fue muy devotísima y obediente a la Santa Madre Iglesia, contemplativa y muy amiga y devota de la Santa y limpia Religión: hizo corregir y castigar la gran disolución y deshonestidad que habían en sus reinos, cuando comenzó de reinar, entre los frailes y monjas de todas las órdenes, y fizo encerrar

las monjas de muchos Monasterios que vivían muy deshonestas, así en Castilla como en los Reinos de Aragón y Cataluña.

Junta con su marido iba a la guerra, y ganaron a los moros el Reino de Granada, que más de setecientos años los moros habían poseído. Viendo los inconvenientes y dados que procedían de los judíos y moros a los católicos cristianos, desterró a los judíos de España. para siempre jamás, y hizo convertir los moros por fuerza y tornar cristianos; todo esto y lo otro que durante el matrimonio se hizo, fue fecho por ella y por el Rey su marido, ambos conformes en una voluntad y querer, siempre desde que comenzaron a reinar, nunca uno sin el otro firmaron en los mandamientos y facimientos de sus Reinos, el Rey primero y luego la Reina; luego con él titulábanse de esta manera desde que ganaron a Granada: —Don Fernando y Doña Isabel, por la gracia de Dios Rey y Reina de Castilla, de León, de Aragón, de Sicilia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdova, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algeciras, de Gibraltar y de las Islas de Canarias. Conde y Condesa de Barcelona, Señores de Vizcaya y de Molina, Duques de Atenas y de Neopatria, Condes de Rosellón y de Cerdaña, Marqueses de Oristan y de Gociano etc.

Y en su buena ventura, y tiempo de ellos, se descubrieron y fueron halladas las Indias, por en derecho del poniente del Sol donde tanta multitud de oro se descubrió, lo cual ni en escripturas ni en memoria de hombres se halló ni pensó antes de su tiempo, que tal por allí se pudiese hallar, y ellos hobieron la victoria dello, donde acrecentaron en el Señorío de Castilla, muy gran número de renta y honra, y metieron debajo de su yugo y sujeción, gente sin número.

Fue mujer muy esforzadísima, muy poderosa, prudentísima, sabia, honestísima, casta, devota, discreta, cristianísima, verdadera, clara sin engaño, muy buena casada, leal y verdadera, y sujeta a su marido, muy amiga de los buenos y buenas, así religiosos como seglares, limosnera, edificadora de templos, monasterios y Iglesias. *Secunda Elisabet: continentis*, fue muy feroz y enemiga de los malos y de las malas mujeres.

Fue mujer muy hermosa, de muy gentil cuerpo y gesto y composición, muy celosa del pro y bien de estos reinos y de la justicia y gobernación de ellos; soberana en el mandar, muy liberal, y en su justicia justa, en el juicio siempre proveída de muy alto consejo, sin el cual no se movía. Amiga de su casa, reparadora de sus criados, criadas y doncellas, muy concertada en sus fechos, celosa de su casa; dio de sí muy gran ejemplo de buena casada, que durante el tiempo de su matrimonio y reinar, nunca hobo en su corte otros privados en quien pusiese el amor sino ella del Rey, y el Rey de ella.

Fue la mas temida y acatada Reina que nunca fue en el mundo, ca todos los Duques, Maestres, Condes, Marqueses y Grandes Señores la temían y habían miedo de ella durante el tiempo de su matrimonio; y el Rey y ella fueron muy temidos y obedecidos, y servidos, así de los Grandes de sus reinos como de las Comunidades Reales y de los Señoríos, en tal manera que vieron todos sus reinos y señoríos todo el tiempo que reinaron en paz y concordia, y mucha justicia, los bandos fenecidos, los caminos seguros, los tableros del jugar quitados, los rufianes azotados y desterrados, los ladrones asaeteados, los pobrecillos se ponían en justicia con los caballeros y la alcanzaban, y así como en la muerte del Emperador Cárlo Magno, que fue Emperador y Rey de Francia, y era muy maravilloso y cristianísimo Rey y guerrero contra los moros, justo en sus juicios; y amigo de Dios, quiso Dios nuestro Señor que se mostrasen señales en su imperio y reinos; del dolor de su muerte y de la mengua que había de hacer; así pareció que Nuestro Señor quiso mostrar señales antes de la muerte de esta tan excelente y noble y necesaria Reina, como en la del dicho Carlo Magno, según dice la escriptura, acaeció lo siguiente, según el *Fasciculus témporis*: «*Signa multa precesserunt mortem gloriosi et sancti Imp. Caroli Magni: eclipsis Solis et Lunae ultra solitum fuit: aparuit per septem dies macula nigri coloris in sole. Porticus pretiosus Aquisgrani cecidit funditus; Pons maximus Maguntiae tribus horis combustus etc.*»

Que quiere decir que muchas señales mostráronse Emperador Carlo, que fue eclipse en el sol y en la Luna, y después apareció por siete días una mancha en el Sol, negra, y un muy rico y

precioso portal, que tenía en la ciudad de Aquisgrán se cayó de fundamento y allanó; la gran puente de la ciudad de Maguncia en tres horas se quemó y ardió toda. El Emperador por aquellas señales conoció su fin y ordenó muy bien su ánima y hobo muy buen fin.

Así que se puede atribuir que por ventura Nuestro Señor en señal de la muerte de tan católica y necesaria Reina, y por la mengua que de ella se había de sentir en sus reinos, y por las tribulaciones que en ellos habían de venir después de su fin, que habían de ser muchas y muy espantosas, como lo fueron, quiso que la tierra de sus reinos y comarcas por donde su fama volaba, mostrase sentimiento y temblase como tan espantosamente tembló, y aun señaló mas, y fue el mayor espanto y daño que en España hizo en la su villa de Carmona que es villa anejada, propia de las Reinas de Castilla.

Reinó esta muy noble y bien aventurada Reina con el Rey Don Fernando, su marido, en Castilla 29 años y 10 meses, en los tiempos de los Papas Sixto cuarto, Inocencio Octavo, Alexandro sexto, Pío tercero, Julio segundo; en el cual tiempo fue en España la mayor impinación, triunfo y honra y prosperidad que nunca España tuvo en el mundo después de convertida a la fe Católica, ni antes, la cual prosperidad alcanzó por el precioso matrimonio del Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel, por el cual se juntaron tanta multitud de reinos y señoríos como dice el dicho su título, los que trujeron al matrimonio, y los que ellos ganaron mediante Dios que siempre les ayudó, y así fueron infinitamente poderosos y floreció por ellos España infinitamente en su tiempo, y fue en mucha paz y concordia y justicia, y ellos fueron los mas altos y poderosos que nunca en ella fueron Reyes.

¿Quién podrá contar la grandeza y el concierto de su Corte, los Prelados los Letrados, el altísimo Consejo, que siempre la acompañaron, los Predicadores, los Cantores, las músicas acordadas de la honra del culto Divino, la solemnidad de las Misas y horas que continuamente en su palacio se cantaban, la caballería de los nobles de toda España, Duques, Maestres, Marqueses, Condes y ricos hombres; los Galanes, las Damas, las justas, los Torneos, la multitud de Poetas y trovadores y músicos, de todas artes, la gente de armas y guerra contra los moros que nunca cesaban, las artillerías y ingenios de infinitas maneras?

Así como Roma en su Imperio floreció en tiempo del Emperador Octaviano Augusto, que fue en tiempo del Nacimiento de Nuestro Redentor que poco menos fue Señor de todo el mundo, y fueron memoradas y obedientes a su imperio en aquel tiempo noventa mil y trescientas y ochenta ciudades; dejando los otro lugares, y lo tuvo todo en paz y obediencia de Roma y suya el tiempo que vivió. Y Roma fue entonces mas triunfante que antes ni después. Así España fue en tiempo de estos bien aventurados Reyes Don Fernando y Doña Isabel durante el tiempo de su matrimonio, mas triunfante y mas sublimada, poderosa, temida y honrada que nunca fue. Así de esta muy noble y bienaventurada Reina vivirá su fama por siempre en España: *quia omnis laus in fine canitur; dicit enim Sermo divinus ne laudaveris homines in vita sua; magnifica et lauda ergo post consumacionem et periculum. Deo gratias.*

CCII. DE CÓMO GOBERNANDO A CASTILLA EL REY DON FERNANDO POR LA REYNA DOÑA JUANA, SU FIJA, Y POR EL REY DON FELIPE Y SU MARIDO, HIZO UNA ARMADA CON QUE TOMÓ A MAZARQUIVIR, QUE ES EL REINO DE TREMECÉN.

Gobernó a Castilla el Rey Don Fernando desde el mes de Noviembre del año de 1504 que la Reina falleció, hasta el mes de Mayo del año de 1506, que fue todo un año y medio, hasta que vinieron de Flandes el Rey Don Felipe, y la Reina Doña Juana, que había nacido en Castilla cuando invocados por Príncipes después de la muerte del Príncipe Don Miguel, Don Felipe y Doña Juana vinieron en Castilla. Y en este tiempo el Rey Don Fernando mandó aderezar una Armada para ir sobre Mazarquivir, allende, y facer guerra a los moros, la cual fue puesta a punto en el mes de Agosto año de 1505 en que fueron siete mil hombres, y más, en ciento y setenta navíos de velas en

que iban seis galeras, y naos, y carabelas, y fue por Capitán General de esta armada el Alcaide de los Donceles, a quien el Rey encomendó el negocio.

Y partió esta armada de Málaga, con la gracia de Dios, en primero día de Septiembre del dicho año, y con el tiempo que les echó al levante, no pudieron ir tan presto sobre Mazarquivir, y volvieron, y dieron sobre él Miércoles a medio día a 10 de Setiembre y tomáronlo y combatiéronlo por mar y por tierra, y tomáronlo viernes noche. Sábado de mañana ca dioles Dios tal victoria y buena ventura, que de los primeros tiros de artillería mataron al Alcaide Moro, y otros muchos, y les quebraron y desbarataron su artillería y hicieron gran daño en la fortaleza, y los moros no se osaron mas tener, y diéronse a partido que fuesen libres con lo que pudiesen llevar, y así entregaron la Fortaleza, y se fueron, en la cual hallaron mucho trigo y cebada, aceites y otras muchas cosas y mercaderías.

Y en el reino de Tremecén, muy cerca de Oran, está el propio Puerto de Oran, es uno de los mayores y mejores puertos del mundo. Había en la Villa y Fortaleza, obra de cien vecinos: quiso Dios maravillosamente darlo en poder de los cristianos, en la manera que dicho es, por que cuando la armada se fizo y como se partió de Málaga todo lo supieron los moros de allende, y fueron avisados de ello y pensaron que desde Málaga que en dos o tres días fueran sobre Mazarquivir, y vinieron mas de veinte mil moros, y estuvieron esperando mas de ocho días para defender la tierra, y como pasó tanto tiempo, pensaron que la armada iba a Levante, y despidiéndose se fueron a sus casas, y ellos idos, y la armada llegada luego, como llegaron, Miércoles a medio día, combatieron la Fortaleza, y a los primeros tiros, como dicho es, mataron al Alcaide moro, y tres lombarderos que tenían, y nunca cesaron el combate hasta Viernes noche, y de noche se dieron los moros, y Sábado amanecieron idos, y si aguardaran al día ya les venían de socorro tantos moros, que henchían las sierras y los montes y llanos, y no se tomara o fuera muy gran milagro poderse tomar según la multitud de moros que vinieron.

Hallaron veintidos silos llenos de trigo, y en las Atarazanas una bóveda llena de trigo, y veinte y dos tiros de pólvora mayores, sin las espingardas. Los moros no llevaron armas ningunas, que así fue en el partido. Tomada la fortaleza y villa de Mazarquivir, nunca la muchedumbre de los moros que vinieron al socorro dejaron tomar agua ni leña a los cristianos, y el viernes siguiente, que fueron 19 del dicho mes, salió la gente de Sevilla a ver si podían meter leña, y los moros vinieron a ellos, y entre unas peñas pelearon, donde los caballeros moros no podían llegar, y allí los cristianos con las espingardas y ballestas hicieron muchos mal en los moros: y fue la gente de Córdoba, con su Capitán en socorro, y juntáronse otros cristianos muchos, y echaron los moros de allí de un peñón y risco, por fuerza, y yendo tras de ellos, descubriéronse por un lugar que los moros de a caballo pudieron llegar, y allí mataron al Capitán de Córdoba, y los cristianos huyeron al Real, y los moros en pós de ellos, y mataron cien cristianos poco mas o menos, y de los moros, según lo que se supo después, murieron mas de quinientos; y los capitanes, desde esto vieron enviaron parte de la flota a Málaga, por agua y leña, con que dejaron bastecida la fortaleza y repararon la armada, y dejado a buen recaudo se volvieron a Málaga.

CCIII. DE CÓMO CASÓ EL REY DON FERNANDO SEGUNDA VEZ.

Gobernando el Rey Don Fernando a Castilla por la Reina Doña Juana su fija y por el Rey Don Felipe, hobo gran celo y envidia en algunos caballeros de Castilla, y procuraron la venida del Rey Don Felipe, y por ventura él no se moviera tan aína de Flandes a venir a reinar, pues que de allá podía reinar y mandar a Castilla si lo no cismaran y invocaran algunos de los grandes de Castilla sembrando discordias y poniendo diferencias entre él y el Rey Don Fernando su suegro de la cual causa el Rey Don Felipe estuvo en muchas cosas, por lo que la Reina Doña Isabel de gloriosa memoria mandó y ordenó en su testamento: y como el Rey Don Fernando sintió la voluntad del Rey Don Felipe dada a los caballeros de Castilla que le invocaban mas con afición de le demandar y tomar de la Corona Real que no por pro de los reinos, y conoció y supo como lo hacían venir sin

tiempo y concierto: y supo la intención con que de Flandes a Castilla se quería mover, muy ofrendado de las malicias de Castilla, no como obediente hijo como la razón le obligaba, salvo como yerno; temió de la necesidad que venido en Castilla a él le podía venir, porque él estaba enemigo con el Rey de Francia sobre los debates y guerras de Nápoles, y las treguas que tenían se cumplían a cierto tiempo que se acercaba.

Nuestro Señor que siempre le fue favorable le dio poder y gracia con que salteó la necesidad antes que le viniese, y no faltó quien le aconsejase que tomase parentesco con el Rey de Francia, y tomase por mujer, a su sobrina, hija de su hermana y de Monsen de Narbona, y el casamiento se concertó en comienzo del año de 1506 y luego fueron asentadas perpetuas paces entre el Rey de Francia y el Rey Don Fernando, y España y Francia y todos sus reinos y señoríos por tierra y por mar, y asentaron entre ambos su amistad y hermandad perpetua, de donde procedió mucho bien en toda España: y el Rey Don Fernando envió a Francia al Conde de Cifuentes por su mujer y Francia al Conde de Cifuentes por su mujer y a otros honrados caballeros y el Rey de Francia se la entregó y envió; y en el mes de Abril entró en Castilla y el Rey la salió a recibir honradamente, y se desposaron luego, y velaron en la villa de Dueñas y dende se fueron a Valladolid.

En este medio tiempo, en el dicho mes de Abril año de 1506, tomaron los cristianos que estaban en Melilla y Máximo de Rivera Capitán suyo, la villa de Cazaza, a los moros, la cual está allí cerca de Melilla, y tomarónla por concierto de un moro muy amigo del dicho Marino que se la dio de día, sin peligro y sin pelea, siendo idos los moros todos fuera, a trabajar y a otros negocios.

CCIV. DE LA VENIDA DEL REY DON PHELIPE.

En el dicho año de 1506 en el mes de Febrero o Marzo partieron de Flandes el Rey Don Felipe, y la Reina Doña Juana su mujer, para venir a reinar en Castilla, y entrados en la mar hobieron tantas fortunas que sus personas fueron muchas veces puestas en tanto peligro, pues mas despedidos de la vida que no de la muerte se vieron, y al mayor peligro socorrióles Dios Nuestro Señor, y salieron en Inglaterra, donde la fortuna los echó, y perdióseles una Nao donde venían ciertos Pajes, y mucha ropa y joyas. Estuvieron en Inglaterra mas de un mes, donde el Rey y Príncipe de Inglaterra les ficiéron mucha honra, y la Reina Doña Juana hobo con la Princesa de Inglaterra Doña Catalina su hermana, mucha consolación. Aportaron a la ciudad y puerto de Salisbre, y dende por tierra, el Rey de Inglaterra los llevó a Londres.

Partieron de Inglaterra, para venir en Castilla y aportaron a la Coruña, Ciudad del Reino de Galicia, donde fueron muy bien recibidos y se detuvieron algunos días, y el Rey Don Fernando tenía mandado y proveído en todos los puertos de Castilla y Andalucía, porque no se sabía a donde aportarían que les ficiesen gran recibimiento y servicio como a sus Reyes naturales a doquiera que aportasen; y mandó que de los Grandes de Castilla no fuese ninguno al recibimiento de sus fijos los Reyes de Castilla delante de él, porque él quería ser el primero en el recibimiento. Esto así fue voz y fama que lo mandó, empero no fue en ello obedecido, que ciertos caballeros y Grandes de Castilla el que mas podía aguijar y andar, más andaba, de manera que muchos fueron delante del Rey Don Fernando, y lo recibieron, lo cual se podía hacer muy mejor que fueran juntos con el Rey Don Fernando, pues que era su padre, y honraba a todos: y en este recibimiento se manifestaron los sembradores de la discordia que fue sembrada entre el Rey Don Fernando y sus hijos.

Según parece, el Rey Don Felipe traía sospechas desde Flandes, que el Rey Don Fernando le había de impedir o contrariar algo de su reinar, según la relacion tenía, y guarniciose de favores de los Caballeros, prometiéndoles mercedes y partidos. De la Coruña, por sus jornadas, vinieron en Benavente donde todos los Caballeros de Castilla os sus nuncios les fueron a recibir y besar las manos por sus naturales Reyes.

Y antes que allí llegasen, desde que fueron desembarcados, había habido contienda entre marido y mujer sobre regir y mandar los Reinos; que la Reina y sus parientes, y quien bien la querían, querían que mandase y firmase juntamente con el Rey, así como hacia la Reina Doña Isabel, de

gloriosa memoria, con el Rey Don Fernando, su padre; y el Rey Don Felipe, y los de su Consejo, y los que mucho se adelantaron a lo recibir, parece que consintieron en aquél Consejo que la Reina no firmase, o viendo el Rey aquella opinión, de la cual le debieran quitar, no lo quisieron contradecir, o porque algunos de ellos habían sido en lo poner en aquel siniestro, y esto se vino a purificar y acabar en Benavente, y quedó que la Reina Doña Juana no entendiese ni firmase en los negocios del regir, salvo el Rey tan solamente, puesto caso que los reinos eran de la Reina, y de su Patrimonio, y no del Rey Don Felipe, y así se hizo ese poco de tiempo que el Rey Don Felipe vivió, de donde no poca turbación y enojo a la Reina se siguió: y el Rey Don Felipe proveyó que en ninguna manera la Reina no viese a su padre; aunque viniese a su Corte, y así se hizo, y tuvo que nunca se lo dejaron ver; y el Rey Don Fernando estaba en Toro, mientras el Rey Don Felipe en Benavente.

Y dende antes de le ver fueron y vinieron los Embajadores y mediante del un Rey al otro; porque el Rey Don Fernando demandaba la mitad de lo ganado y de lo que por justicia era suyo, y lo que la Reina su mujer le había mandado en su testamento, y lo que por Bulas del Santo Padre le era concedido por su vida, y los Maestrazgos: y que se quedasen en buen hora con sus Reinos, y en fin, los Consejos del un Rey y otro se juntaron con compromisos de ambos Reyes; y vistas las divisiones y justicia que cada uno tenía, y lo que demandaba, hicieron la partición en esta manera, que el Rey Don Fernando hobiese por suyo de lo acrecentado, el reino de Nápoles, y la Reina su hija el reino de Granada, tal por tal. Y que el Rey Don Fernando tuviese por todos los días de su vida los tres Maestrazgos de Santiago, Alcántara y Calatrava, así las rentas como las fortalezas y justicias de ellas y gobernación, porque el Papa les había hecho merced de ellos a él y a la Reina Doña Isabel por sus vidas en galardón de la Santa guerra que a los moros hicieron: y por otras muchas razones que a ello ocurrieron, mandó que en sus vidas no hobiese Maestres, porque ya no había moros aquende, y Castilla estaba tan repartida en Señoríos, que el Rey y la Reina tan liberalmente como convenía a su Real cetro, no la podían sojuzgar, a causa de las datas sin medida que en ella hicieron el Rey Don Juan su padre de la Reina Doña Isabel y el Rey Don Enrique su hermano, antecesores; quedó mas que por todos los días de su vida el Rey Don Fernando llevase la mitad de las rentas de los Reinos de las Indias, de oro, perlas y esclavos, o otras cualesquiera cosas que rentasen; quedó mas que el Rey Don Fernando haya y tenga por los días de su vida en las Alcabalas de Castilla, diez cuentos de maravedís.

Y esto fecho y sentenciado por los del Consejo del un Rey y del otro, arbitros para ello elegidos, mandaron y sentenciaron que el Rey Don Fernando saliese luego de Castilla, y la dejase libre y desembarazada al Rey Don Felipe, y se fuese sus Reinos de Aragón. Luego ambos Reyes consintieron la sentencia y estuvieron por ella, y el Rey Don Fernando se movió de Toro, y se fue Benavente, y se vido y abrazó con el Rey Don Felipe, y de allí se despidió de él y de los caballeros de Castilla que allí estaban, y abrazó al Duque de Nájera, al Conde de Benavente, y a otros, en la partida cuando se despidió del Rey Don Felipe, los cuales, algunos de ellos estaban armados de corazas debajo de los sayos, y el Rey motejando dijo al Duque de Nájera; *«Duque, Dios os dé paz, no solíades vos ser tan gordo»*; y otro tanto dijo al Conde de Benavente, y a otros a lo semejante dándoles palmadillas en las espaldas; y allí en presencia de muchos Grandes echó la bendición a todos, y les encomendó que fuesen leales a su Rey, y se quitó de la cabeza un sombrero y el bonete, y quedandó en cabello se humilló a todos, y se despidió y volvió las riendas a un caballo en que estaba, y se fue y partió de Benavente, y con él el Condestable su yerno y el Duque de Alba su primo y el Conde de Cifuentes y otros Caballeros y Prelados que lo amaban, y nunca de él se habían partido: y tomó su mujer consigo, y su casa y familia, y no paró de reposo hasta que se entró en sus Reinos de Aragón; y proveyó y dejó al Duque de Alba su primo por Gobernador de los tres Maestrazgos. Todas estas cosas pasaron en el mes de Junio del año de 1506 y otras muchas acerca del dicho concierto.

CCV. DEL ALBOROTO DE LISBONA.

Año susodicho de 1506 en el mes de Abril se levantó la Comunidad de Lisboa en Portugal, estando allí el Conde de Marialba y el Obispo de Bona, contra los confesos que allí vivían que habían ido huidos de Castilla por la Inquisición, y contra los cristianos nuevos que de judíos se hicieron, y los metieron a espada; y duró el alboroto tres días en que mataron mas de tres mil personas, lo cual fue en esta manera.

En la Ciudad había pestilencia y hambre, y el tiempo estaba muy seco que no llovía, y las gentes andaban cada día en procesiones demandando agua y misericordia a Dios; y continuamente había poca devoción en los confesos y cristianos nuevos, que había en Lisboa, de cierto mucha herejía Mosaica, y Judaica, en los de ésta generación: y había puesto en aquella Ciudad de Lisboa muchos malos fueros y condiciones en favor de las rentas del Rey y perjuicio de la Comunidad, y por esto los cristianos querían muy mal a aquellos confesos y cristianos nuevos, y un fraile de Santo Domingo, que predicaba en las dichas procesiones, escandalizó mucho al pueblo, como dicho es, en su predicar, a que se levantó el Común y hicieron el dicho estrago de muertes y robos; ca así mesmo robaron lo que hallaron de los dichos confesos y cristianos nuevos, allende de matar cuantos pudieron.

Y el Rey Don Manuel de Portugal estaba de allí catorce leguas al tiempo del alboroto, y como lo supo vino hasta cerca de la Ciudad amenazando los malhechores, y envió un Corregidor, que no hacia sino tomar y ahorcar hombres, y ahorcó mas de cuarenta hombres; y desde esto vieron los de la ciudad, escandalizados se levantaron y tomaron al Corregidor, y ahorcáronlo ellos, y fue la ciudad de tal manera indignada y levantada, que el Rey por entonces requerido de su consejo, no osó mas hacer; y acercóse mas a la ciudad y con promesas la amenazó diciendo que la había de destruir y que no había de dejar piedra sobre piedra, y que la haría sembrar. de sal: y pasado el gran furor del enojo del Rey los grandes de Portugal lo mitigaron y pusieron en alguna paciencia, diciendo que no era de destruir la ciudad de Lisboa, siendo la mayor y mas honrada y rica de Portugal; y diciendo que mirase que muy mal se apagaba un fuego con otro, que dejase apagar el fuego que estaba encendido en la ciudad, así de la pestilencia y hambre, como del levantamiento y alborotos de la Comunidad, que después el daría el pago y castigo seguramente a los alborotadores y culpados, en tiempo conveniente; y el Rey hobo de tomar el consejo, y así se quedó por entonces, y aunque después tomó su enmienda de algunos, fue de muy pocos.

CCVI. DE LA MUERTE DE DON FELIPE, REY DE CASTILLA Y ARCHIDUQUE.

Murió el Rey Don Felipe en la ciudad de Burgos, de su muerte natural, en lunes 28 días del mes de Septiembre del mismo año que entró en Castilla, duró siete días en la enfermedad; fue curado por sus mismos físicos flamencos visitado y revisto; fue su mal así como pestilencial, y no tuvo remedio, ni la medicina se lo pudo dar, ni pudo otra cosa hacer salvo obedecer al Rey de los Reyes que lo crió, y pagar la deuda que al mundo trajo cuando nació que fue el morir. Murió con mucha contrición y arrepentimiento de sus pecados invocando a Nuestro Señor, habiendo recibido todos los sacramentos como católico y buen cristiano. Su cuerpo fizo la Reina su mujer meter en una tumba de metal mirrado y aromáticamente aderezado, como es costumbre depositar los grandes Reyes, y así en aquella caja lo tubo y traía donde ella andaba consigo, hasta que el Rey Don Fernando volvió a gobernar a Castilla y después fue enterrado.

Luego como el Rey Don Felipe murió, fue muy grande alboroto sin necesidad en algunos caballeros de Castilla, en aquellos donde el reposo y amor al padre ni a la hija no morava, en algunos que pensaron que ya era la consumación del mundo, y que era vuelto el tiempo del Rey Don Enrique próximo, y de su fortuna, que el que mas podía más tomaba y cada uno era Rey de su tierra, y de lo que podía tomar de la Corona Real sin querer conocer Rey ni superior, y muy bien se señalaron los mancillados de este deseo por sus obras, *quia ex abundancia cordis os loquitur*:

aunque algunos echaban la piedra y escondían la mano.

Mas Nuestro Señor en cuyas manos *sunt omnia jura Regnorum* y sabe los pensamientos y deseos de los corazones de los hombres y las aficiones injustas, no dio lugar a que ni en poco ni en mucho el propósito de aquellos se cumpliese, por constancia y clareza de los buenos, y lealtad y amor que mostraron a el padre y a la fija, y por inmovilidad que puso sobre los corazones de todas las Comunidades de Castilla y Andalucía que todos decían viva la Reina Doña Juana y el Rey Don Fernando que él volverá; y ni una almena de los realengos hizo vileza, nin consejo nin Comunidad fue escandalizado ni alborotado contra la corona. Real, lo cual mas pareció ser por Divino misterio, que por humano reposo según el aparejo había.

La Reina Doña Juana quedó preñada, la cual parió una hija dende a tres meses que el Rey Don Felipe murió, o poco menos, en Torquemada, y allí fue bautizada y le pusieron por nombre Doña Catalina.

CCVII. CÓMO EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA FUE SOBRE GIBRALTAR.

En el Andalucía el Duque de Medina-Sidonia, Don Juan, fijo del Duque de Enrique, que residía entonces en la noble casa de Niebla, siendo muy mal aconsejado como supo de la muerte del Rey Don Felipe, luego envió celada de gente a hurtar a Gibraltar, y en pos de la celada a su fijo con gran hueste de gente de a pie, y de a caballo, y los de la celada no dieron de maña en lo que les era mandado, ca no consintió Dios, y como no acertaron, llegó Don Enrique fijo del Duque, mozo de diez o once años, con la gente que llevaba y puso cerco a toda la ciudad de Gibraltar, y mandó hacer muchos requerimientos a los de la ciudad para que se la diesen, de la cual ciudad era Alcaide y de la ciudad de Jerez de la Frontera el Comendador mayor Don Garcilaso de la Vega, y él estaba en aquel medio tiempo en Castilla; y el Alcaide que allí en Gibraltar tenía puesto con la Comunidad, tenía puesto muy buen recaudo en la ciudad, y defendiéronla con su buen esfuerzo y adjutorio de vecinos; del cual cerco también por la mar con muchos navíos fue puesto, y hicieron muchos daños a los de la ciudad en sus panes, que tenían encerrados en sus cortijos, y en sus ganados, en que les echaron a perder y robaron mas de cuatro cuentos de maravedís.

Y de la chancillería que estaba en Granada enviaron a requerir al Duque alzase el cerco, donde no que invocarían sobre él toda la artillería, y esperó que no le quiso alzar, hasta que supo que toda la tierra realenga y la Casa de León, y otros muchos se apercebían para ir a descercar a Gibraltar, y el Conde de Tendilla, Gobernador de Granada le escribió que luego alzase el real, y si no que supiese por cierto que todas las gentes de la comarca en favor de la Reina y de la Corona Real habían de ir sobre él y su hueste, y después de descercado Gibraltar, que le destruiría toda la tierra. Y entonces mandó alzar el Real, y envió de Sevilla a decir que se viniesen, y así lo hicieron, y de esta vez él no salió de Sevilla que, no osaba dejar la ciudad, por que salido de ella temía quizá no le dejarían volver a entrar; y así de esta vez gastó él muchos dineros, que valía una fanega de trigo mas de quinientos maravedís, y una fanega de cebada de cuatro y cinco reales, y echó a perder los labradores y criadores de Gibraltar.

El título que tenía, que él decía, era que le pertenecía aquella ciudad, y que era suya que la había ganado su abuelo a los moros, y que el Rey Don Fernando y la Reina Doña Isabel se la habían tomado a sin razón y que el Rey Don Felipe le había hecho nueva merced de ella. Estúvose el Duque susodicho en Sevilla; hasta que pasado el mes de Enero de 1507 se salió de Sevilla huyendo por la pestilencia, y se anduvo por las partes del Axarafe de lugar en lugar, y estuvo en los Palacios del Rey cerca de Hinojos, y después en el mes de Mayo desque aflojó la pestilencia, hizo movimiento otra vez y allegamiento de gente, y pasó a Guadalquivir, y luego se publicó que iba a tomar la ciudad de Jerez que se la daban; los Caballeros y el Regimiento de la ciudad cerraron las puertas de la ciudad y pusieron guardas y se dieron a tal recaudo cual al servicio de la Reina, y de la Corona Real convenía, y a la honra del Alcaide Don Garcilaso de la Vega, Comendador mayor de

León que la tenía; y el Duque de Medina se pasó de largo a su tierra de Medina y de Vejer, y de allí envió otra vez a tentar a Gibraltar, y a requerir a la Ciudad que se le diese, que si no les destruiría panes y viñas y les faría muchos daños, y túvoles cercados, ende cabe algunos días, y los de la ciudad se pusieron en armas y defendiéronse y dijeron que ellos eran de la Corona Real, y la Reina Doña Juana era su Señora, que no gastase el Señor Duque tiempo en aquello que antes serian muertos que no darles entrada en la ciudad, y así se quedaron: y la guarnición y gente del Duque les hicieron otra vez muchos daños en sus panes, villas y ganados y desde esto vido el Duque mandó alzar el cerco, y volvióse en Sevilla y volvió por cerca de Jerez, y el Regimiento y Alcaide hicieron cerrar las puertas de la ciudad, y pusieron a ellas muchos hombres, armados, y dieron de sí muy buena cuenta, y fueron conocidos entre ellos algunos caballeros que quisieran que el Duque tomara la Ciudad, de los cuales el Regimiento no se fiaba ni fió.

Y sabido en la Corte la segunda vuelta del Duque sobre Gibraltar, Don Garcilaso vino muy apriesa a poner cobro sobre Gibraltar y Jerez, y entró en Jerez un día después que el Duque pasó de vuelta por allí para Sevilla y reformó sus fortalezas y Alcáydes de Jerez y Gibraltar, y agradeció mucho de parte de la Reina a los Consejos y Comunidades de las dichas ciudades la lealtad y buen servicio por ello fecho, y se prefirió de hacer pagar a los de Gibraltar todo lo perdido. El Duque de Medina se volvió a Sevilla, y estuvo en el Coperó y en las aceñas de Doña Urraca hasta la víspera de San Juan, porque se desabaase bien la ciudad de la pestilencia que había andado, y el día de San Juan entró con gran triunfo de músicas y trompetas, y muchos alabarderos ante él al uso de la Italia; y dende a pocos días se sintió mal, y recibidos los Santos Sacramentos, y echo su testamento en Viernes 10 días del mes de Julio se finó de su muerte natural en edad de 40 años. Nuestro Señor le quiera perdonar.

Cuando a la postrera vez el Duque se movió, se habían movido en Castilla algunos Caballeros que quisieran vuelta en el Reino, y el Conde de Lemos tomó a Ponferrada, y alzóse con ella, y quiso Dios que no hobiese compañeros, y fue cercado por mandado de la Reina y su Consejo, fasta que le dio la fortaleza. En Castilla el mas adversario que se mostró contra el Rey Don Fernando, así en la venida del Rey Don Felipe como en el recibimiento, y después de su muerte, fue el Duque de Nájera con sus sesenta años y mas a cuestas, y decían que lo causaba la enemistad que tenía al Condestable yerno del Rey por ciertos debates que siempre tenían.

CCVIII. DE LAS FORTUNAS, Y HAMBRES, Y MUERTES DE CIERTOS AÑOS.

En el año de 1503 se cogió poco pan, en Castilla y en Andalucía. El año de 1504, se cogió menos. Este año de 1504 se hicieron buenas sementeras, y en fin del año, y entrado el año de 1505, vinieron tantas aguas en todos los meses del invierno, Marzo y Abril, y tantas avenidas y tan espesas, que los vivientes no se recordaban de tantas aguas y avenidas, de manera que se dañaron los panes por toda la tierra y se afojaron, y hicieron hierba, estando puesto coto en trigo y cebada y centeno en toda Castilla por mandado del Rey Don Fernando y de la Reina Doña Isabel, desde el año de 1503, que se puso por toda Castilla fanega de trigo a 110 maravedís y la de centeno a 70 y la de cebada a 60 maravedís, y de aquí no pasasen sopena de quinientos maravedís por la fanega y el pan perdido; y por esta pena había mil cautelas. Amasaban el pan los que tenían el trigo, y pagaban a los arrieros la traída, que lo traían de unas partes en otras, y en Castilla en la Corte antes que la Reina falleciese acaeció que no pasaban el coto en Medina del Campo, y pagaban a los arrieros por una fanega de trigo 110 mrs. y 200 y 300 y aun mas de la traída; y de esta manera llegó a valer una fanega de trigo antes que la Reina falleciese, en Medina del Campo, y por aquella tierra 500 y 600 maravedises, y acá en Sevilla por aquella misma forma, y en muchas partes de Andalucía; empero, no llegó a valer tan caro como en Castilla.

El dicho año de 1505 en un cabo de él, en la sementera, sembraron con pocas aguas que hubo, y hecha la sementera vinieron algunas pocas aguas, con que los panes se criaron, y después nunca

llovió, Enero, Febrero, ni Marzo, ni Abril, y secáronse los panes sin granar; de ellos antes de espigar en los zurrone, de ellos medio espigados, y arrancábanlos por amor de la paja, y por amor de algún muy poco grano; esta fue la cosecha del año de 1506. Este año no hobo yerba, muriéronse las vacas: el coto del pan ni las formas que en él se tenían no se pudo mantener, y desde la Reina Doña Isabel falleció, no se mantuvo, y este año de 1506 que se secaron los panes sin sazón, se encareció tanto la tierra, que al rededor de Sevilla, en esta Andalucía, llegó a valer muy caro, y llegó a valer una carga de trigo en la villa de Alcalá de Guadaira, que son dos fanegas y media, a cincuenta reales, y aun a sesenta reales desde comienzo del año, porque no había pan, que se había cogido muy poco con las muchas aguas el año de 1505.

Este año de 1506 se cogió mucho pan en la Banda Morisca; conviene a saber, en Espera, Bornos, Arcos, y en todo el Obispado de Cádiz, en Villa Martín, el Zahara y en toda la Serranía de Villaluenga y en Ronda, y toda su tierra, y en todo el Reino de Granada, y en Morón, y en Olvera, Pruna y Cañete con toda aquella cordillera, y en Teba: y por la contra, en Jerez de la Frontera no se cogió pan ni en Lebrija, ni Utrera, ni Marchena, ni en Osuna, ni en Écija, ni en Córdoba, ni en Sevilla con todo el Condado de Niebla y costa de la mar, ni en toda la Sierra de Aroche, ni en todo el Maestrazgo de Santiago de las provincias de Llerena, y Mérida, ni en la tierra de Extremadura, de Trujillo, de Cáceres y sus comarcas, y cogióse arriba en algunas partes de Castilla pan, donde algo se proveían las dichas Provincias.

Despoblábanse muchos lugares; andaban los padres y madres con los hijos a cuestras, y por las manos, muertos de hambre, por los caminos, y de lugar en lugar, demandando por Dios, y muchas personas murieron de hambre, y eran tantos los que pedían por Dios, que acaecía llegar cada día a una puerta veinte o treinta personas, de donde quedaron infinitos hombres en pobreza, vendido cuanto tenían para comer.

La ciudad de Sevilla remedió de enviar por mucho pan a Flandes y a Sicilia, y mandaron a pregonar que todos los que trajesen pan a Sevilla por la parte del mar, vendiesen franco, y vino, tanto pan por la mar, que en el mes de Octubre del dicho año de 1506 se hallaron desde el Muelle de Sevilla en el Rio Guadalquivir fasta la Puente ochenta Naos de gavia cargadas de trigo, y algunas de ellas con cebada, en que había pan de Flandes y de Bretaña, y de aquellas partes y era el menor pan y de menos valor; había pan de la Berbería de tierra de moros, de las partes de África, había pan de Sicilia y de Grecia, de Negroponte, de donde se proveía toda la tierra, hasta Guadalupe y Córdoba y su tierra, y reparó las gentes, y bajaron los precios de pan; la fanega de lo de Flandes a cinco y seis reales, y a mas y a menos, según era; y lo bueno de Sicilia a nueve reales, y a ocho; y a este mismo precio se vendía también mucho trigo que vino del reino de Murcia, y de aquellas partes de lo que se había cogido el año de 1505 que se cogió por aquella parte infinito, y de lo de Grecia de los Turcos, también se vendía como el de Sicilia. Basteciose tanto la Ciudad de Sevilla de este pan, que duró en ella aquel pan de la mar todo el año de 1507.

El dicho año de 1506 vino la otoñada temprano, y sembraron los labradores; y fechas las simenteras, llovió muy poca agua; y con esa los panes crecieron, y espigaron, y estando en medio grano, vinieron en Mayo a la entrada los primeros días unas neblinas y aguas, y dañáronlos, y volvieron soles, y se secaron los panes sin sazón, que fueron nada; esto fue en Sevilla y sus comarcas, y en Jerez de la Frontera, y en Arcos, y en el Obispado de Cádiz, y en Bornos, y en Espera, y en Villa Martín y Arahál, y Morón y Osuna y Écija, y Marchena, y Teba, y Córdoba. Empero en todas estas comarcas, y ciudades, y villas, y sus tierras susodichas, y en otras muchas que sería luego de escribir, Nuestro Señor que no hiere con ambas manos, dio trigo y cebada a veta, que fue maravilla, que había en cabos diez y quince hazas juntas, y una sí y otra .no: en algunas se cogía algún pan, que del todo no eran vanas, y otras eran del todo vanas, y lo que tenían era muy poco; y de esta manera en todo cabo hobo algún pan que cogían unos la simiente, otros dos simientes, tres otros, otros cuatro. Esto como dicho tengo, fue en las comarcas susodichas de esta Andalucía. En la Sierra Morena se cogió pan. En el Maestrazgo de Santiago, vecino a la tierra de Sevilla, de muy poco que habían sembrado, se cogió mucho, conviene a saber, en Llerena, Fuente

de Cantos, los Santos, Villafranca, y sus comarcas, que son tierras mas tardías, que no el Andalucía.

Desde el año de 1502 comenzaron a haber en Castilla, quier por una. parte, quier por otras, muchas hambres, y muchas enfermedades de modorra pestilencial, y pestilencia particularmente en algunas partes de estos reinos de España hasta este año de 1507 que comenzó en el mes de Enero, luego en comienzo del año, en Jerez de la Frontera y en Sanlúcar de recio, y en Sevilla. y en toda su comarca que se encendió como llama de fuego en fin de Febrero, y murieron tantos que en muchos lugares murieron mas que quedaron, y en Sevilla fue fama que murieron mas de treinta mil personas, y en Carmona mas de nueve mil, y en Utrera mas de siete mil, y en Sanlúcar de Alpechin fue fama que murieron más, que quedaron ciento ochenta personas, y en muchos lugares del . Aljarafe murieron mas de dos veces que quedaron; y el furor y mayor fuego de esta pestilencia fue desde medio Marzo a medio Abril; y desde comenzó Mayo, comenzó de aflojar; y desde pasaron 20 de Mayo cesó que no murieron sino tal o cual de los que huyeron a los campos aunque algunos se herían, o morían eran muy pocos. Esto miré yo muy bien. Fue una pestilencia que se pegaba en demasiada manera. Murieron en Sevilla y su Arzobispado mas de docientos clérigos, con nueve o diez canónigos de la Iglesia mayor de los que no huyeron. En Alcalá de Guadaira, había trece clérigos de misa, y fináronse los doce, y quedó uno. En Utrera fallecieron cuatro clérigos de misa y todos los sacristanes, y todos los otros escaparon heridos.

Digo esto porque lo sé, que era en esta comarca donde yo lo pude de cierto saber; porque los que leyéredes podáis por aquí judicar qué sería en las otras villas y ciudades, y lugares de esta comarca; y en este lugar donde yo estuve escapamos yo y el sacristán heridos y sangrados cada dos veces, y fináronse cuatro mozos que andaban en la Iglesia, que no escapó ninguno y de quinientas personas que había en mi parroquia de este lugar y Villafranca de la Marisma, se finaron ciento y sesenta entre chicos y grandes, que yo enterré, y otro clérigo por mí que me venia a ver diciendo que yo era finado cuando estuve mal: vide y miré esta experiencia, que de los que fueron de este lugar y aunque volvieron temprano no fallecieron el diezmo de ellos ni les tocó el mal, y de los que quedamos en el pueblo no quedaron seis personas que no se hiriesen. Todas las mujeres que criaban o daban leche escaparon, y si moría una, era entre ciento; de las preñadas por maravilla escapó una. Andaba envuelta modorra con landres y los que escapaban de modorra muchos morían luego de pestilencia.

En otras pestilencias especialmente en la que vino el año de 1480 que casi fue general en España, no murieron sino muy pocos clérigos y muy pocos viejos, y por maravilla uno, ni moría persona que tuviese de antes lesiones o otra cualquier enfermedad de que estuviese fatigado, ni morían sino muy pocos de los coléricos amarillos, verdes en cóleras así hombres como mujeres; y de los gordos colorados y muy sanos fallecían los más; y este año de 1507, fue todo por lo contrario de aquello, que en los mas viejos y dolientes y de flaca complexión, y en los coléricos y debilitados fizo muy mucha mas impresión, y murieron mas que no de los otros; y así mismo fallecieron muchos letrados, Doctores, Bachilleres de todas artes, Clérigos, frailes, monjas de todos estados de la Iglesia: fallecieron infinita gente.

De la misma forma de Sevilla y su comarca, fue en el Arzobispado suyo todo, y en el Maestrazgo de Santiago y provincia de León, y Vera de Portugal, conviene a saber Fregenal, Jerez, cerca de Badajoz y toda aquella comarca y Badajoz, y Mérida, hobo un lugar que llaman Cabeza de Baca que es en la Sierra de Santa María de Tudia y es de la encomienda de León, donde huyeron muchos de aquellas comarcas en una pestilencia que hubo en aquella tierra el año de 1430 años, o allí dos años mas menos, y guarecieron allí, y nunca murieron en aquel lugar, aunque en toda la comarca murieron muy muchos, y había entonces gente en aquel lugar, y en aquella tierra que se acordaban de setenta años y mas, y nunca vieron allí morir a nadie de pestilencia, ni habían muerto. Y esta vez de este año de 1507 había memoria de 140 años que en la Cabeza de Baca no habían muerto de pestilencia, y este dicho año de 1507 murieron tantos que se hubiera de ermar el lugar.

Y comenzando de cesar la pestilencia en todas las comarcas que dichas son, así como fuego que va tras lo seco, se comenzaba de encender en los lugares mas cercanos la pestilencia, y así

entró en todo el Reino de Granada, y por toda Castilla, por donde no había andado, y así fue esta pestilencia general y universal: y fue hambre éste dicho año también, de manera que en muchas partes también de hambre se morían y así, fue gran fatiga y presura magna en toda España, que no podían valer los padres a los hijos, ni los hijos a los padres, y los vivos huían de los muertos: y los vivos huían unos de otros, los que estaban en el campo de los de la villa porque no se les pegase, y lo muertos se enterraban por dineros, que no había quien los enterrase, y los que enterraban hacían una hoya en que enterraban veinte y treinta juntos y mas.

Y fue tan gran pestilencia y hambre, que desde el tiempo de San Laureano, Arzobispo de Sevilla, que fatigó Dios a España por hambres y pestilencia, siete años, en que perecieron mas de la mitad de las gentes; nunca tal estrago de pestilencia fue ni se halla escrito en España: y según se lee en la *Summa coronica*, en aquellos tiempos la mitad de la gente de España, y aun más, murieron de hambre y pestilencia. Y fue aquella gran pestilencia el año del Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo de 575, poco mas o menos, en el tiempo de Justino, primero Emperador de este nombre y del Emperador que imperó luego tras de él en Roma, Justiniano; y de los Papas Félix IV, Bonifacio II, Julio II, Agapito I y Silverio mártir.

CCIX. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO PARTIÓ PARA NÁPOLES.

Volviendo a hablar de las cosas del invictísimo Rey Don Fernando, de lo que fizo desde lo despidieron de Castilla el Rey Don Felipe y los caballeros como habéis oído, él fue muy bien recibido en sus reinos de Aragón y Cataluña, y porque era mucha razón ir a visitar sus reinos de Nápoles y Sicilia al levante, fizo luego aderezar una muy hermosa flota de galeras y navíos y naos de armada y de fustas, estando en Barcelona, y embarcóse en ella con la Reina su mujer, y con su hermana y sobrinas las Reinas que fueron de Nápoles, y con otra muy honrada compañía de su casa y familia, y con mucha gente de armas, y partió de Barcelona a 7 de Agosto de 1506 y enderezó su vía para Nápoles por la costa de Francia, tierra a tierra, y el Rey de Francia les mandó facer muy grandes recibimientos, y de dar las cosas que hobiesen menester y muchos presentes y mantenimientos de balde, y así lo ficieron, en todas las ciudades y lugares y puertos por donde fue fasta que llegó a Génova, y allí le ficieron muy gran recibimiento: y allí le llegó la nueva de la muerte del Rey Don Felipe. su yerno; y allí le ficieron su sentimiento por él; y el Rey se retrajo ciertos días en la galera que iba, y puso luto, y mostró mucho sentimiento, y después siguió su vía de puerto en puerto hasta Gaeta, y dende a la ciudad de Nápoles, a donde le ficieron el siguiente recibimiento.

CCX. DEL RECIBIMIENTO QUE FICIERON AL REY DON FERNANDO EN SU CIUDAD DE NÁPOLES.

Entró su Alteza Domingo 1.º de Noviembre; había quatro días que estaba en la fortaleza de Castil de Lovo, esperando se concertase su entrada, que es dentro en la mar, el dicho Castil de Lobo: en este día, a las ocho de la mañana se movieron del puerto de Nápoles veinte galeras con el mas lindo tiempo del mundo, ricamente aparejadas con muchas banderas y muy ricas, enarboladas, y sin facer remar fueron todas tras la Capitana, hacia Castil del Ovo, donde Su Alteza estaba, y allí el Rey se entró en la galera Real, y entrando el Castillo tiró un tiro grueso hacia la mar, y respondieron las galeras con su artillería gruesa con piedras, y en acabando comenzó Castilnovo y Castilovo, que fue cosa para espantar. En éste medio las galeras llegaron al muelle, y al entrar, las naos que estaban en el puerto y las galeras que estaban en la ciudad dispararon tiros de pólvora, de tal manera que tremia la tierra y parecía que se quería hundir; y luego el Rey y la Reina su mujer desembarcaron, y fueron recibidos del magnífico Señor el Gran Capitán, y de todos los Grandes del Reino, y el Gran Capitán llevó a la Reina del brazo por una puente artificial que tenían fecha, que costó quatro mil ducados y mas hasta ponerla debajo de un arco triunfal, que costó quince mil

ducados, donde había infinitos cantores que como sus Altezas fueron debajo comenzaron a cantar *Te Deum laudamus*.

Allí juraron las libertades del Reino, el Rey mandó llamar al Señor Próspero Coluna y al Señor Fabricio, y al Duque de Termini, y tomó el Rey el Estandarte en la mano y lo dio al Señor Fabricio, y fizolo su Alférez Mayor de todo el Reino, y mandó al Señor Próspero Coluna que tomase a su derecha mano al Gran Capitán; y su Alteza cabalgó en un caballo blanco, con una guarnición toda chapada, y llevaba vestida una ropa rozagante de carmesí, de pelo muy rica, y llevaba un collar riquísimo y un bonete de terciopelo negro con un rubí, y una perla de las mayores que nunca se vieron. La Reina cabalgó en una hacanea blanca con una guarnición chapada; llevaba una vestidura de raso muy rica, y una capa a la francesa de manga ancha y sembrada de unos lazos sotiles de oro.

Como fueron salidos debajo del arco les tenían el palio muy riquísimo, las varas de el cual, llevaban los electos de Nápoles de rienda; y llevaban a el Rey y a la Reina los Nobles varones, en la Ordenanza. El Señor Fabricio, por consejo de algunos caballeros se puso con el Estandarte delante la guardia del Rey, y el Gran Capitán le mandó llamar y le mandó poner delante del Rey, porque cuando el Rey confirmó las libertades del reino y dio el estandarte, mandó a el Gran Capitán que en todo lo demás mandase como su persona propia. Junto con el estandarte iban los Reyes de Armas, y luego el Gran Capitán a la mano del Próspero, y después la avanguardia de 100 alabarderos, y los Embajadores del Papa, y del Rey de Francia, y luego los Príncipes del reino, y Grandes Señores del reino; y iban en el mas honrado lugar de los Príncipes Termini: los dos reverendos Cardenales Borja, y Otranto, iban detrás del palio, y así de mano en mano, de este modo fue Su Alteza por toda la ciudad, por todos cinco cejos, donde en cada cejo había 10 o 15 mujeres con sus maridos y parientes, muy ricamente ataviadas y con muchos géneros de música, y como Su Alteza llegaba a cada cejo, salían todos y todas a besarles las manos al Rey y a la Reina, y cuando llegaron a la Iglesia Mayor salieron cuantos: clérigos y frailes había en la ciudad a recibirlos con una procesión muy solemne, y allí se apearon el Conde de Melfa y Próspero, y llevaron de riendas a la Reina hasta la casa del Conde de Menea, donde todas las honradas Dueñas del Pópulo le hicieron muy honrado recibimiento, y pasaron por debajo de un arco que le tenían fecho muy rico: y en aquel y todos los otros, y la puente, como Su Alteza salía de cada uno, luego sacaban los instrumentos que llevaban y tañían, los cuales eran cuatro pares de atabales, y veinte y seis trompetas italianas y veinte y dos bastardas, con otros infinitos géneros de música, conviene a saber, cheremías y sacabuches, etc., hacían tanto estruendo que si alguna ave pasaba la hacían caer en medio de la gente.

Y el Señor Gran Capitán llevaba una ropa rozagante, de raso carmesí, abierta por los lados, enforrada en muy rico brocado, y llevaba un sayo de oro de martillo y un collar que valía mil ducados, y un joyel muy maravilloso, y sus alabarderos, y sus pajes vestidos de seda de sus divisas en torno de su persona. El Próspero Coluna y Fabricio, y el Duque de Termini salieron de una manera: ropas rozagantes de brocado, aforradas en damasco plateado, y sin ninguna cosa al cuello, porque entre los caballeros había tantas cadenas y collares, que había mas de doscientos collares y cadenas infinitas: salieron en tan buen Orden los caballeros que para en Italia fue una cosa de notar: duró tanto el recibimiento que era una hora de noche antes que Su Alteza llegase a Palacio, y encendieron tantas hachas que parecía que fuese de día, que solo el Gran Capitán sacó treinta Pajes de librea con hachas, y como Su Alteza fue en el Palacio, fue recibido de la Reina su hermana y sobrina, de la Reina de Hungría, fija del Rey Don Fernando, y de la Duquesa de Milán, el Rey las abrazó a todas con mucho amor, las cuales estaban acompañadas de muchas Damas fijasdalgo, ataviadas de mucho oro y brocados, y pedrería, donde se mostró muy bien la gran riqueza de aquella ciudad. Entraron con sus Altezas, Embajadores del Rey de Francia, y de venecianos y florentines, y de todas otras potencias de Italia; los cuales todos trujeron a sus Altezas presentes. La ciudad de Nápoles le hizo presente de todas las cosas de comer, y de gentileza, de que ellos pudieron haber, y de treinta mil ducados en dineros. El aposentamiento suyo fue donde estaban las dichas Reinas en Castil Novo.

Otro día, siguiente, el Rey cabalgó por la ciudad, y fue a la posada del Gran Capitán acompañado así con los grandes del reino y de la ciudad; y estuvo el Rey allá seis o siete meses, y mudó los alcaides y justicias y visitó todo el Reino y púsolo en muy buen concierto, y por la mucha prisa que de la Corte de Castilla le dava, la Reina, su fija, y sus parientes, que viniese a la gobernar, no se pudo allá mas detener, y aun no le vagó ir a visitar a Sicilia Ultrafaro: y dio vuelta con su flota para España: y llegando en Saona, tierra de Génova y Francia, el Rey de Francia le salió a recibir en la mar, y le convidó a comer, y le fizo gran recibimiento y muchas honras y le abrazó, y besó a la Reina su sobrina y se dieron paz, y a Gonzalo Hernandez abrazó y besó en el carrillo, y decendieron todos en tierra, y convidólos a comer, y comieron a una mesa el Gran Capitán con ambos Reyes y dio el Rey de Francia al Rey Don Fernando las llaves de la ciudad de Saona, y después de muchas fiestas y placeres habidos, el Rey Don Fernando se despidió y vino por los puertos de Marsella y Francia, y por la mar tierra a tierra, como había ido.

Y vino a desembarcar a Valencia la víspera de Santa María Magdalena, a 21 días de Julio del año de 1507 con su armada de diez galeras, y diez y seis naos, y por Capitán de ellas Pedro Navarro, al cual la ciudad le hizo muy gran recibimiento y los Grandes del Reino, el cual se detuvo allí fasta pasada la fiesta de Nuestra Señora de Agosto, y pasada la fiesta se partió para Aragón, y dende en Castilla y fue muy bien recibido y aunque a muchos pesó de su vuelta, ninguno lo osó mostrar, salvo el Duque de Nájera, atreviéndose a su edad de mas de 65 años que habla, al cual el Rey envió a llamar y no quiso venir; y le envió el Rey a decir que si no quería él que él gobernase a Castilla, que la gobernase él: y él le dijo que lo dejase en su tierra en su vejez, reposar ya, y nunca quiso venir a la Corte y el Rey mandó aderezar el artillería para ir sobre él; y desde que esto vido entregó al Rey ciertas fortalezas que el Rey le demandó y así lo amansó y puso temor a otros.

El Gran Capitán vino desde a Castilla que quedó en la Italia, no bien dispuesto, y vino con su flota, y después de desembarcado en Castilla, fue a la Corte a Burgos al cual el Rey fizo facer gran recibimiento a todos los de la Corte, y el Rey lo salió a recibir fuera de Palacio.

CCXI. DEL DESCONCIERTO QUE ACAECIÓ EN LA GENTE CON QUE EL ALCAIDE DE LOS DONCELES ENTRÓ A CORRÉR ALLENDE DE ORAN.

En el mes de Agosto del año de 1507 acaeció que el Alcaide de los Donceles, Alcaide y Capitán de Mazarquivir, partió una tarde puesto el sol, de Mazarquivir, con dos mil y doscientos hombres, en que iban ciento y cincuenta caballos, y los otros eran los soldados y gente de ordenanza, de los que habían venido de Nápoles, y eran en su mesma ordenanza, y fueron a hacer alto aquella noche a cuatro leguas de la parte de Oran, donde robaron dos lugares y mataron muchos moros, y traían gran cabalgada de moros y moras, y mas de dos mil cabezas de ganado, y llegando con su cabalgada a vista de Oran a ora de vísperas, paró allí el campo, y comieron, y bebieron, y descansaron, y pudieranse venir en su ordenanza en salvo, y no contentos, aconsejaron al Alcaide que fuese a correr a Oran hasta las puertas, y quedó el Alcaide y fue el Capitán Martín de Argote, con veinte de a caballo y con todas las trompetas a las huertas, y llegado mandó tocar, y mataron muchos moros, todos los que pudieron y hallaron, y como los moros oyeron las trompetas no quedó nadie en la ciudad que no salió, y todos los moros de la comarca venían ya en pos de los cristianos, y juntos con los de la ciudad, dieron en el Alcaide, y en los de a caballo que con él andaban, y como vieron tan gran cantidad de caballería de moros, los caballeros cristianos volvieron a huir que nunca el Alcaide los pudo detener, y nunca tanta cobardía tuvieron: y tanto temor llevaban, que no miraron como huían, y dieron por mitad de la gente de la ordenanza y la desbarataron de tal manera, que nunca se pudieron tornar a concertar, y los moros dieron la ordenanza, desde los vieron así desbaratados, y los mataron y prendieron a todos: y el Alcaide solo tuvo hasta que le mataron el caballo, y un paje suyo le dio otro en que escapó, huyendo. En que fueron muertos y presos mas de mil y quinientos hombres.

En el propio año después de esta le acaeció otro desastre; envió por agua a un Capitán llamado Samaniego, el cual llevó ciento y cincuenta hombres en una Tafutea, y una Fusta y un bergantín; y los moros de Oran les armaron, en que vinieron seis bergantines bien armados, y mucha gente por tierra, y dieron en los cristianos, y los tomaron a todos muertos y cautivos y quemaron la Tafuttea, y llevaron las otras dos barcas. Estas dos cosas de contraria fortuna, acaecieron a los cristianos y Alcaide de los Donceles, su Capitán, este dicho año de 1507, en el Reino de Tremecén, cerca de Oran.

CCXII. DEL DESBARATO QUE HICIERON LOS MOROS EN LOS CRISTIANOS QUE HABIAN PASADO CON EL ALCAIDE DE LOS DONCELES.

El Alcaide de los Donceles², Alcaide de Mazarquivir, pasó con una armada de allende en el mes de Agosto de 1508 años, en la cual llevó tres mil peones, o pocos mas o menos, y noventa y cinco de a caballo, y los peones iban en ordenanza, según suizos, eran muchos de ellos de los que habían venido de Nápoles, y partieron una noche de Mazarquivir y fueron hasta cuatro o cinco leguas dende por tierra de moros, la vía de Tremecén, y entraron y robaron tres lugares, y el postrero y mas adentro era el que llaman Gran gazon, y está cinco leguas de Oran, y tomáronlo, y traían mas de seis mil cabezas de ganado de vacas y camellos; y los cristianos estuvieron una noche en el campo, y traían gran cabalgada de moros y moras, chicos y grandes, en que decían que había mil y quinientas ánimas; y como se engorraron tanto, los moros hubieron lugar de se juntar y vinieron sobre los cristianos muy muchos, y siguiéronlos y cercáronlos, en derredor con diez y ocho banderas principales en que vino el Rey de Tremecén, y sus hermanos el Rey de Udir, capitán y Rex de aduares, que es Señor de muchas villas y lugares, en que venían once mil de a caballo, y mas de treinta mil peones, y llegando a las huertas de Oran, el Alcaide cayó mal y se amorteció, y la gente suya se desordenó a beber, y deshicieron el caracol de ordenanza y el Alcaide volvió en sí y recogió la mas de la gente que pudo a un cerro, y comenózose a facer la ordenanza, y los cristianos de la ordenanza tomaron en medio a el Alcaide y a la gente de la ordenanza, y a ochenta caballos con el que habían quedado que quince eran ya muertos en escaramuza, y en descubrir, y los moros los cercaron allí de todas partes, y no dejaron de acabar de hacer el ordenanza.

Y desde el Alcaide vido que no había remedio si no que todos estaban perdidos, salió de entre los cristianos con los de a caballo, y arremetió con su esfuerzo por medio de los moros por donde estaban siete banderas y todos los horadó, y salvóse con setenta de a caballo y aportó a Mazarquivir, y escapáronse huyendo de los peones obra de cuatrocientos hombres, y fueron cautivos obra de cuatrocientos y cincuenta, y todos los otros murieron, y así la mucha codicia desordenada los desordenó y mató, que bastaba arremeter y volverse; y así los moros recobraron toda la cabalgada, y se volvieron con su honra. El Alcaide estuvo de ésta para perder el juicio.

En el propio año después de éste le acaeció otro desastre; el dicho Alcaide envió por unas barcas de agua a un capitán llamado Samaniego el que llevó ciento y cincuenta hombres en una faturca, y en una Fusta, y un bergantín, y los moros de Oran armaron en que vinieron seis bergantines bien armados y mucha gente por tierra y dieron en los cristianos en tal manera que el Samaniego se pudiera volver salvo a Mazarquivir, y por no mostrar cobardía mandó pelear y peleó con los moros, y de los moros se recogieron tantos que vencieron a los cristianos, y los tomaron a todos cautivos y muertos, y quemaron la tafurca y llevaron la fusta y el bergantín. Estas dos cosas de siniestra fortuna acaecieron a los cristianos y los tomaron a todos cautivos en las partes de allende en tierra de África cerca de Oran, por mal recaudo o por pecados de los cristianos, ca en aquellos tiempos han de ir muy contritos de. sus pecados, y con intención de destruir los enemigos

2 Este capítulo refiere, con muy cortas variantes los mismos sucesos que el anterior; pero encontrándose así tanto en el MS. de Rodrigo Caro, como en el de la Biblioteca Colombina, no nos hemos creído autorizados a suprimirlo.
[Nota del editor de 1870]

de la fe, y no con cobdicias desordenadas, ni con soberbia, como muchos de aquellos iban en su ordenanza, diciendo, que aunque vinieran todos los moros de África no les habían miedo y podían entrar y salir en su ordenanza aunque pesase a todos los moros.

CCXIII. DE LAS LANGOSTAS Y CIGARRONES QUE HUBO.

En el año de 1508 hobo en las partes de esta Andalucía y muchas partes de Castilla tanta de la langosta y cigarrones que nunca tal fue visto por ninguno de los que fasta allí eran nacidos y vivos: y nació en comienzo del año; y antes que volase todo cuanto delante hallaba, comía y destruía, y comió y destruyó infinitas sementeras y echó a perder muy muchos labradores, y mataban la gente infinita de ella, que salían a campana repicada a ella, y por muchas que mataban y soterraban y quemaban y encilaban que fue cosa innumerable, no parecía que hacían mella; comenzó de volar por alto en el mes de Mayo, y levantabase comenzando de calentar el sol, y andaba por toda la tierra echa ejércitos como batallas, y había ejército de aquellas que duraba cuatro y cinco leguas en luengo, y en ancho dos o tres leguas, y ejército de mucho más, y de mucho menos; y todas las caras vueltas y enderezadas hacia donde habían de ir; y mientras no volaban andaban a pie todas hacia un cabo, y tenían tan clara vista que si les amagaba hombre con algo para les dar, saltaban como un ave o un animal que entiende, y de que entraba el sol impinábanse en alto, y a lugares eran tantas que hacían sombra ocupando el sol, y llevaban muy gran zumbido y sonido que era espanto, y iban a caer dos, tres, cuatro y cinco leguas, y más y menos, y donde caían caía todo el ejército junto y henchían toda la tierra panes y viñas y semillas y comían verde y seco hasta que se hartaban, y comenzaban las espigas del trigo y de la cebada por las puntas de las raspas, y después del grano así que de cuantas cosas comían salvo en las viñas no hacían daño.

Después volaban aquellas langostas y como no estaban en parte ninguna de morada, no hacían total daño, ca mucho mas daño hacían cuando andaban a salto, cerca de donde se criaban, que se criaban en las tierras secas y en los toscas y cerros pelados. Anduvo esta langosta por todas estas partes de la Andalucía, volando y barloventeando mas de dos meses y medio, de la cual muchos ejércitos se fueron y entraron en la mar y se ahogaron; y de los otros cayeron tanta en los pozos de los ganados, que hinchían los pozos y las norias, y era tanta la que entraba a beber, y se ahogaba en los pozos que inficionaban las aguas, y llevaban los ganados a beber a los ríos.

Y desdeque entró el mes de Julio, y aun antes, comenzáronse de cabalgar, así como cuando los cabrones andan en celo con la cabras, así hacían, y se mordían, y de dos a dos, y de tres a tres, y de cuatro a cuatro y cinco juntos andaban ensartados, que era una cosa fiera de mirar: y desde los primeros días de Julio hasta que toda aquella tempestad fue consumida, comenzó de ovar la tierra; hincaban el rabillo en la tierra, y allí se morían, y dejaban la simiente. Ovo ejército de ella, entero, que dejaba tres y cuatro leguas asementadas, donde murió, y hacía cada uno de ellos un capullo de hechura de un piñón, y eran todos aquellos capullos mayores que piñones, y aun como dos piñones cada uno, y eran llenos de abajo arriba de unos huevecitos como huevos de hormigas, que había en cada capullo mas de veinte y treinta huevos, y todos estos eran cigarrones. Acabóse de consumir y morir esta langosta este año de 1508 a 15 de Julio, y no pareció mas este año.

El segundo año que hobo langosta fue el año de 1509, y nació por la forma del primer año, y nació muy mucha mas y al cuarto doble, y en muy muchos mas lugares, empero como las gentes estaban escarmentadas de la otra, la ciudad de Sevilla y la ciudad de Córdoba y todas las demás villas y lugares, diéronse a tal recaudo que antes que volase, mataron sin cuento los cahices de ella por muchos conciertos, echando a cada casa que matasen tantas fanegas, y otras veces concejilmente, y todos a campana repicada, y cada uno en sus viñas y heredades, de manera que fue infinita la que murió. Vinieron muchas porcadas y cochinas de todas las tierras, y comieron tantas que salieron gordos como de bellota: y plugo a Nuestro Señor que no duró esta langosta sino hasta quince días de Mayo de 1509, y allí hicieron lo que el año antes habían fecho en Julio, y así se consumió la langosta aquel año, que nunca mas pareció, y hizo daño en lo seco, y cogiéronse

garbanzales, y melonares y hortalizas, y todas cosas que se crían de verano, que el año antes todo lo comían.

Esto me pareció escribir por cosa hazañosa, y milagrosa, acaecida en estos tiempos, porque los que vivieren y vieren otros años semejantes, no se maravillen, y lo sepan remediar.

CCXIV. DE CÓMO FUERON ABARATANDO LOS MANTENIMIENTOS, Y DE CÓMO SE TOMÓ EL PEÑÓN DE VÉLEZ.

Tornando a hablar de los tiempos, por despedir los años estériles caros y fortuneos, digo que el año de 1508 súptamente abajaron los precios del pan, por su fertilidad y por la poca gente que quedó que lo comiese; acaeció que en los postreros meses del año de 1507 volvió muy infinitas aguas, y hobo muchas avenidas en los ríos, y sembraron los labradores como pudieron y ahogáronse las sementeras por muchas aguas, y sembráronla dos y tres veces, y aun volviéronlas a sembrar, y acudió buen tiempo en los meses del verano, y aunque sembraron poco y se perdió por agua, cogióse mucho pan en toda Castilla, para según los sembrados.

La baja que fue, fue de esta manera; cuando se sembraban valía una fanega de trigo de lo mejor, en partes, un ducado, y en parte ocho reales, o nueve, poco más o menos, y la cebada a dos reales y medio, y a tres, reales y más y menos, y tubo estos precios fasta que entró el año de 1509, y fue bajando cada día más en tal manera, que antes que hobiese pan nuevo abajó el trigo hasta dos reales y medio, y aun menos, la fanega, y la cebada a 40 mrs. la fanega, y sobró infinito pan de lo de los mercaderes, en que perdieron mucha suma de dineros, y se les dañó mucho, y ficiéron de él muchos baratos. Esto fue en Sevilla, donde estaban muy grandes almacenes de él, y muchas casas llenas, y también fue en otras partes donde los mercaderes lo tenían encaramado; y la mayor causa fue como el año de 1507 se finaron la mitad de las gentes que en Castilla había, no hobo quien lo comiese.

Y no penséis que aquellos tiempos fortuneos tan solamente hobo hambre en las gentes, que también la hobo en las bestias y reses, que se murieron infinitos asnos y caballos, yeguas, y desfízose la cría de las gallinas, y aves de caza, y llegó a valer en Sevilla un par de gallinas cinco reales.

El año de 1509 vino tan fértil y tan abundoso, que se cogió en toda la tierra infinito pan trigo, y cebada, que de una fanega sembrada cogían dos y tres cahices y más.

En este año de 1508 de que he hablado no pudiendo comportar los daños que las fustas de Vélez de la Gomera venían a hacer a tierra de cristianos envió el Rey Don Fernando a Pedro Navarro su capitán de la mar con su armada a les facer guerra, el cual les tomó el Peñón que está muy cerca de Vélez, y lo pobló y puso allí guarnición de gente de a pie y de la mar, que está dentro en la mar la cosa mas fuerte del mundo, y tiene en sí buen compás, donde ficiéron casas y pueblos, donde echaron a perder a Vélez de la Gomera y a su Rey porque de allí había la mayor renta que tenía, porque el Peñón está tan cerca de Vélez que los tiros de pólvora que de él tiran dan en medio del lugar de Vélez. Y el Rey Don Fernando fizo Conde al dicho Pedro Navarro Capitán de la Armada Real de la mar, en el cual puso nuestro Señor tanto esfuerzo y gracia que les puso infinito temor y les fizo muchos daños y les ganó ciudades y villas y lugares, según diré donde conviene de sus fechos.

CCXV. DE LA VENIDA DEL REY DON FERNANDO EN LA ANDALUCÍA.

Lo que acaeció en Córdoba porque el Rey Don Fernando hobo de venir a esta Andalucía, fue por ciertos desconciertos que en ella acaecieron. Lo primero fue que estando un corregidor de la Reina en Córdoba hobo ruido entre los hombres del Obispo de Córdoba Don Juan Daza, y los del corregidor y juntóse gente en casa del Obispo y lo mismo en casa del Corregidor, de manera que

pusieron mucho escándalo en la ciudad, por manera, que un alcalde mayor que traía la vara por el Alcaide de los donceles, que es Alcaide mayor de Córdoba, hubo de entender en ello el cual se llamaba Nuño de Argote, y el Marqués de Priego Señor de la casa de Aguilar, encontrándose un día con el dicho Alcalde le dijo, que cómo traía aquella vara no habiendo pasado por cabildo, y se la tomó y quebró y fizo poner los pedazos en la picota; el cual seguía la parcialidad y favor del Obispo.

Y el caso fue sabido en la Corte, y él llamado ante el Rey y la Reina su fija, y enviaron luego sobre ello un pesquisidor el cual venido en Córdoba mandó hacer cabildo a los Veinticuatro y Consejo de la ciudad, y entrados en el cabildo un día, y estando ende el Marqués mostró las provisiones del Rey y de la Reina, que traía, y mandó al Marqués de parte de la Reina y del Rey que saliese de Córdoba luego y el Marqués le dijo que obedecía el mandamiento de Sus Altezas, y que así lo quería facer luego, y que se saliese él con él, y que vería como lo ponía por la obra en se ir de la ciudad por cumplir el mandamiento de Sus Altezas, y respondió el pesquisidor que se fuese él en buen hora que él no tenía ahí su mula para ir con él; y el Marqués le tornó a decir y pedir por merced que saliese con él, que no faltaría en que se fuese, en que el pesquisidor hobo de salir con él fuera de la Casa del Cabildo, y luego a la puerta el Marqués fizo apeaar uno de una mula, y fizo cabalgar al pesquisidor y fuéronse hablando hasta que salieron de la ciudad, y en la puente encontraron a un Alcalde de la Hermandad, hombre principal llamado Juan Esteban, y el pesquisidor ya sentía que iba preso, y como vio al Alcalde de la Hermandad, le requirió que lo deliberase y lo ficiese saber a la justicia como iba preso, y junto con esto el Marqués con buenas palabras, que quiso o no, tomó el caballo a el dicho Alcalde, y hizo cabalgar al dicho pesquisidor en él, y a el Alcalde en la mula, y mandó a ciertos de a caballo suyo, que lo llevaren preso a Montilla, y que aguijasen presto, y lo entregasen al Alcaide, y le dijessen que lo echasen en la mazmorra, y así se fizo todo, y el Marqués volvióse a la ciudad, y después envió a mandar al Alcaide de Montilla que lo soltase, y soltólo, y no volvió a la corte hasta que la corte vino, antes se fue a tierra de Don Diego López de Haro, y dende estuvo hasta que el rey vino.

De lo cual el Rey desde que lo supo hubo tanto enojo, que mayor no podía ser, y ninguno lo podía conhortar, ni aplacer, y concedió venir en persona a costa del dicho Marqués, poderosamente a lo castigar; y el Gran Capitán hobo eso mesmo sobrado enojo de lo acaecido a causa del Marqués su sobrino, y dijo al Rey: *«Señor, la Casa de Aguilar siempre fue leal, y si mi sobrino lo ha agora errado y hecho lo que no debía, mándelo V. A. castigar por justicia»*, y dijo otras muchas palabras al Rey por le amansar el enojo, y escribió al Marqués su sobrino una carta en que se contenía que decía: *«Sobrino, sobre los yerros fechos conviene que luego os vengais a poner en poder del Rey, y si esto haceis sereis castigado, y si no lo haceis sereis perdido del todo»*; y el Marqués se fue a la Corte luego y el Rey no lo quiso ver, y mandolo andar preso dos leguas de la Corte.

El Rey partió de Castilla con la gente de guarnición y de la guarda de su persona que tenía en la Corte en Burgos y trajo consigo seiscientos hombres de armas y cuatrocientos jinetes y dos o tres mil peones a la Suiza, espingarderos y archeros, y artilleros, y ballesteros, y lanceros, todos muy armados y ataviados, y puestos en acto de guerra con sus capitanes, y coroneles, y cabos de escuadras, y por sus jornadas el Rey vino a Córdoba con toda esta gente, y entró en ella en los primeros días de Septiembre de 1508: y de los culpados huyeron muchos de la ciudad, y el Rey estuvo allí dos meses o poco menos, y mandó facer sus pesquisas contra el Marqués y contra todos los culpados, y contra el Regimiento de Córdoba, y contra todos los que fueron contra el pesquisidor, y contra el Corregidor, y comenzaron de prender y facer justicia, y mataron, descuartizaron algunos, y a el Alcalde de la Hermandad que dio el caballo en que fue preso el pesquisidor Juan Esteban, desde la puente, cortaron un pie, y derribaron las casas a todos los que huyeron, y otros azotaron de los que prendieron y a muchos tomaron y secuestraron todos sus bienes, y a muchos sentenciaron a muerte, y ser cuarteados, de los que huyeron, de los cuales fueron Carcamo, Señor de Aguilarejo, y Bocanegra, que eran Caballeros ciudadanos de los principales de Córdoba.

Y él mandó facer proceso contra el Marqués, y cerrado el proceso y visto por el Rey y por su alto Consejo, el Rey dio en él su sentencia definitiva, en la que se contenían muchas cosas y cláusulas, diciendo que merecía muerte, empero que por los servicios del Gran Capitán, su tío, se la reservaba, y condenólo en destierro de Córdoba, que por toda su vida no entrase mas en ella, y quitóle la tenencia de Antequera y todas las otras cosas y juro que tenía de la Corona Real, y tomóle las fortalezas todas de su tierra, y puso Alcaide, por sí en ellas, y mandóle que no entrase en sus tierras, y fuese desterrado de ellas, tanto cuanto fuese la voluntad de la Reina su fija, y suya de él, y mandó derribar la fórtaleza de Montilla, donde el. pesquisidor fue preso, por cuanto en ella fue fecha cárcel privada, y que nunca mas fuese reedificada, y ansí fue luego fecho, que la derribaron totalmente por el suelo, y condenaron mas al Marqués en todas las costas que se habían fecho en venir desde Burgos, hasta acá con toda aquella gente, a su causa, que montaron muchos cuentos de maravedís.

El Rey se sintió mucho del Marqués, porque tenía deudo con él y lo había casado con. su prima, hija de Don Enrique Henríquez, y de otra parte estaba de él muy enojado por ciertas vistas y ligas a que se ayuntaron él y el Conde de Ureña, y el Duque de Medina, y el Conde de Cabra, quando falleció el Rey Don Felipe, a las cuales Don Luis Ponce de León, que gobernaba la casa del Duque de Arcos, Marqués de Zahara, su hijo, aunque fue llamado no quiso ir; de las cuales vistas se publicó que ellos no eran contentos que el volviese a gobernar a Castilla, y que si vieran tiempo y lugar y se hallaran tan poderosos para ello le impidieran la entrada, y de todas estas cosas el Rey tenía la información, y de que vino en esta Andalucía, se informó mejor y supo muy bien el que lo quiso bien, y quien no lo quería.

Decíase que la causa porque el Marqués tenía rígurosidad contra el Rey era porque no mató todos los moros de Sierra Bermeja, quando mataron al muy noble y esforzado caballero Don Alonso de Aguilar su padre; y fecho lo susodicho, el Rey y la Reina de Aragón y el Infante Don Fernando su nieto y toda su corte y caballería y gente, se partieron de Córdoba y vinieron para Sevilla por Écija y Carmona.

CCXVI. DE CÓMO EL REY VINO A SEVILLA, Y DE LO QUE ENDE ACAECIÓ.

Entró el Rey Don Fernando en Sevilla de esta vez con la Reina de Aragón, su mujer, y con el Infante su nieto el 28 días de Octubre, día de los Apóstoles San Simón y San Judas año de 1508 susodicho, donde les fue fecho un muy solemne y muy honrado recibimiento por la Ciudad y por el Arzobispo Don Diego Deza que lo era de la mesma ciudad, y por los canónigos y clerecía que lo recibieron con una muy solemne procesión, y la ciudad tenía fechos trece arcos triunfales de madera muy altos, cubiertos y emparamentados muy ricamente desde la puerta de Macarena por donde entraron hasta la Iglesia, y en cada uno estaba pintada y por letras una de las victorias pasadas habidas por el Rey Don Fernando, que era cosa maravillosa de ver, por debajo de los cuales arcos el Rey y todos pasaron y fueron fasta la Iglesia y dende se fueron a aposentar a los Alcázares y la mayor parte de la gente de la de armas se fueron a aposentar a Alcalá de Guadaira, y los jinetes a Alcalá del Rio, y a otros lugares de enderredor de Sevilla; los mas de los artilleros y escopeteros y gente de a pie que venida a la Suiza posaron en Utrera, y muchos se aposentaron de unos y de otros en Sevilla y en Triana.

Luego el Rey entendió en la gobernación de la Casa de Niebla y Medina, y envió a mandar a Don Pedro Girón hijo del Conde de Ureña, yerno del Duque Don Juan, que no gobernase por ciertas quejas que de él tenía, y informaciones, y porque el Rey traía en voluntad de tomar seguridad de la casa de Niebla sobre los cercos de Gibraltar de que estaba escandalizado contra ella, y por las vistas y ligas que en esta Andalucía habían fecho quando murió el Rey Don Felipe, estando en la Italia; y traía ordenado de tomar en rehenes seguridad las fortalezas de Vejer y Sanlúcar y Huelva, y antes que viniese a Sevilla las envió a demandar a Don Pedro Girón, mandándole que las entregase a Don

Iñigo de Velasco, Asistente de Sevilla; y Don Pedro de Girón tuvo manera por no las dar, de velar a su cuñado el Duque de Medina que estaba desposado con su hermana, y desde lo veló, dijo que el Duque era casado, y que él era señor de lo suyo, que a él se las demandasen, y Don Iñigo se volvió a Sevilla sin las tomar, y como el Rey fue en Sevilla después que envió a Don Pedro Girón que no gobernase, le envió a llamar a él y al Duque su cuñado a Medina, donde estaban, los cuales dilataban en la venida, y no querían venir hasta que ciertas penas que el Rey les puso, hobieron de venir, y parecieron ante el Rey.

Y el Rey recibió muy bien al Duque, y no quiso hablar a Don Pedro Girón, y luego entendieron en los negocios, y el Rey desterró a Don Pedro Girón, y le mandó que se fuese de la ciudad, y mostró muy buen gesto y semblante de amor al Duque; y de esto hobo gran celo Don Pedro Girón, porque vulgarmente se decía que porque el Duque y el Conde de Ureña habían fecho aquellos casamientos que trocaron hijo y hija por hijo y hija, con intención de liga y parcialidad, sin licencia de la Corona Real, de lo que a la Corona Real, le venia daño y inconveniente, que él requería descasar al Duque, pues era muchacho, y no de edad para mujer, y lo quería casar con una su nieta fija del Arzobispo de Zaragoza, y con este temor lo había sacado de Osuna el dicho Don Pedro Girón; y siendo el Duque de trece años, y mozuelo endeble, lo llevó a Medina, y lo hizo velar con su hermana, y como el Rey lo mandó ir de la ciudad, luego pensó lo que después hizo, y Don Pedro Girón se fue a las Cuevas esa noche del día que el Rey lo mandó ir, y el Duque danzó en el Palacio del Rey, y hobo mucho placer esa noche ante el Rey y la Reina y las damas, y se despidió bien noche, y se fue a su casa. Y estando toda la gente acostada y segura, salió Don Pedro Girón del Monasterio de las Cuevas, y pasó en un barco, y vino al Duque donde estaba en la cama, y fizolo levantar, y fue antes que se acostase, y en fin le dijo que había sabido que el Rey le quería cortar la cabeza por lo de Gibraltar, y por otras cosas, que le convenia huir con la vida, y como quiera que ello fue él lo sacó huyendo a Portugal, y llevó consigo su ayo Juan Ortiz de Guzmán; y tal priesa dieron al camino, que nunca los pudieron alcanzar, aunque salieron de la ciudad por todos los caminos con asaz priesa y diligencia por mandado del Rey.

Y luego el Rey visto esto, envió llamar a todos los Alcáydes de la tierra del Duque, y vinieron todos, salvo el de Niebla, que no quiso venir, y demandóles la fortaleza, y todos fueron obedientes, y se las entregaron, y puso en cada una de ellas el Rey un Alcaide por la Reina su hija, y por sí: y envió a Don Iñigo de Velasco, Asistente de Sevilla a requerir a el Alcaide de Niebla, y no quiso dar la fortaleza, diciendo que no podía darla sin mandado del Duque su señor, y el Rey envió a el Alcaide Mercado, para que se la demandase por autos de Justicia, al cual tampoco le quiso dar la fortaleza ni la villa; antes fizo cerrar las puertas de la villa y guardarla, y el Alcaide hizo sus requerimientos y pregones, y asignóles tiempo a los Alcaldes y regimiento de la villa en que se hobiesen de dar so pena de muerte, y al Común, eso mismo, y el Alcaide a todos apercibió y asignó tiempo, lo cual todos pasaron y desde esto vido envió a Utrera por la gente de pie que andaban a la Suiza, especialmente por los que ende habían quedado, que muchos de ellos eran idos al socorro de Arcila, que estaba cercada de moros, y fueron sobre Niebla, y una madrugada la entraron mil y quinientos hombres de aquellos suizos, y la metieron a sacomano, y robaron cuanto en ella había, y el Alcalde de Mercado entró con ellos, y prendió los Alcaldes y Regidores de la villa, y ahorcó seis hombres de ellos, porque rebelaron el mandamiento del Rey, y desde esto vido el Alcaide hizo su partido y dio la fortaleza al Rey: y la gente de la Suiza que son los peones, que entraron en la villa, se volvieron a Utrera todos, cargados de robo, y algunos que tomaron oro y plata en gran suma, fuéronse huyendo con ellos, que nunca mas parecieron.

Y siendo la villa de Niebla robada y afrentada, y desventurada, y muchos vecinos de ella perdidos para siempre sin remedio, y muchas mujeres infamadas, y no supieron por qué pecados les vino tanto mal; el Rey puso Alcaide por la Corona Real, en la fortaleza, como había fecho en las otras fortalezas, y dio el cargo de la gobernación de la tierra del Duque, al Arzobispo, y a otros ciertos caballeros de la ciudad. Todo esto acaeció en el mes de Noviembre de 1508 años, estando el Rey Don Fernando en Sevilla.

CCXVII. DE ARCILA.

En este medio tiempo que el Rey estaba en Sevilla, vino el Rey de Fez con mas de cuarenta mil moros sobre la villa de Arcila, y como los cristianos salieron a pelear y defender la villa, los moros les dieron tanta priesa, que volvieron a huir, y se metieron en la villa, y los moros a las vueltas con ellos, y los cristianos se retrajeron a la fortaleza, y hobieron hartos que hacer en se defender en ella, y los moros robaron la villa, y la aportillaron toda por muchas partes, y tuvieron cerco a la fortaleza cerca de quince días, desde el día de Todos Santos que entraron en la villa, y tiráronle muchos tiros de lombardas grandes y chicos, en que le hicieron asaz daño y la tomaran si no fuera por el Conde Pedro Navarro que acudió con el Armada Real, que se halló en la mar de hacia Oran, donde el Rey Don Fernando le mandaba entonces andar; eso mesmo socorrió luego Ramiro de Guzmán, Corregidor de Jerez, con gente del dicho lugar de Jerez y de Cádiz y del Puerto, y el Rey socorrió con la gente de armas y jinetes desde Sevilla, empero pararon los más en Jerez, y en el Puerto, y en Lebrija, y algunos pasaron hasta allá, y cuando llegaron ya eran los moros fuera de la villa, y alejados algo de ella que con el artillería de la armada Real de Castilla les dieron desde la mar y desde la fortaleza tanta priesa, que hobieron de salir de la villa, y alejarse.

Dejaron la villa muy destruida y derribada; de los cristianos no mataron ni llevaron sino muy pocos, porque se acogieron a la fortaleza, como los moros fueron fuera de la villa, luego los cristianos dieron priesa en adobar y fortalecer la fortaleza, y el Conde Navarro ni los otros que allá pasaron al socorro, se movieron de allí fasta que la dejaron defensible, y la gente de armas y jinetes, y suizos que no pasaron tampoco, no volvieron a Sevilla fasta que la fortaleza de Arcila fue adobada, y le vino gente de Portugal de refresco, y quedó a buen recaudo.

Y vuelta la gente del socorro, el Rey y su Corte se partieron para Castilla, y quedó el Gran Capitán en Sevilla, y dende a pocos días se fue en pos del Rey. El desbarato de Niebla acaeció mientras la gente era ida al socorro de Arcila, y todas estas cosas acaecieron en el dicho mes de Noviembre del dicho año de 1508.

CCXVIII. DE LA TOMA DE ORÁN.

Mandó el Rey Don Fernando en comienzo del año de 1509 ordenar y facer dos armadas; la una envió en favor del Papa, y por su mandado a Nápoles contra venecianos, porque estaban en algunas cosas rebeldes al Papa y no le querían dar las tierras que tenían de la Iglesia, y para esto porque no podía con ellos, invocó contra ellos al Rey de Francia, y al Rey Don Fernando; y el Rey de Francia fue en persona, porque se le seguía interés, que diz que le tenían a él tomadas muchas tierras del Ducado de Milán, y el Papa fizo su ejército contra los dichos venecianos por la tierra, y el Rey Don Fernando envió cinco mil hombres en ocho naos y catorce galeras; y envió la dicha armada a su Reino de Nápoles, para que de allí estuviesen al mandamiento y servicio del papa, como adelante se dirá de lo que en este tiempo acaeció en Italia.

La otra fue bien aventurada armada para allende, contra los moros del Reino de Tremecén, enemigos de nuestra Santa fe Católica, y fue una muy hermosa y grande armada, y el Cardenal de España Arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Jiménez, fraile de la orden de San Francisco, hombre de santa vida y loables ejemplos, por facer servicio a Dios gastando de sus tesoros, quiso tomar el cargo de la capitanía de esta armada, y el Rey Don Fernando se la concedió, y fueron con él ciertos Condes, y nobles capitanes, y el Conde Pedro Navarro por capitán mayor de la armada Real, debajo de la capitanía del dicho Arzobispo, y recogieron la gente en Cartagena, y allí se embarcaron y de allí partió el Arzobispo con la gracia de Dios, con toda el armada de naos y galeras, y fustas y navíos en que fueron mas de ocho mil hombres de pelea, de hombres de armas y jinetes, y infantería a la Suiza, con mucha y muy buena artillería y muchos mantenimientos, y todos de muy buena gana de pelear con los moros, por servir a Dios y acrecentar su fe católica, y

partieron del Puerto de Cartagena en diez y seis días de el mes de Mayo, año susodicho de 1509 años, miércoles con próspero tiempo y viento

Y otro día jueves día de la Ascensión de Nuestro Redentor, llegaron y tomaron puerto en Mazarquivir, el Cardenal y los Condes y capitanes dieron forma de lo que con la ayuda de Dios otro día viernes debían de facer; y otro día antes de amanecer, la infantería se comenzó a desembarcar, y a las diez del día estaban desembarcados y se ficieron cuatro escuadrones de gente de mas de dos mil hombres cada uno, toda de la infantería; la gente de a caballo no pudo tan aína desembarcar, y dábanse priesa y no con mucho concierto, y entre tanto el Cardenal desembarcó y entró en la Iglesia de Mazarquivir y hizo oración, y de allí fue a la posada y comió un poco bien depriesa con harto cuidado, y desde hobo comido cabalgó en una mula, y un Fraile suyo con él, en otra, que decían Fray Francisco Ruiz y fueron todos los suyos con él a caballo, y armados, y la Cruz delante, y salió al campo de los cristianos y santiguolos, y dioles a todos la bendición y mandó mover las batallas, y mandó que la gente de a caballo se pusiese en orden, que andaban mal ordenados a causa del desembarcar, y los moros estaban puestos en forma para pelear y muy cerca, y en los cristianos había harta tardanza en aparejarse; unos en ir tras la infantería, otros en desembarcar sus caballos y armas. Y el Cardenal mandó poner guardas en unos llanos de sierra que atraviesan entre Mazarquivir y la sierra grande de Oran, que iban a combatir; y esto proveído ya se hacía tarde y el Cardenal así por importunidad de algunos como por sentirse cansado y flaco, se volvió a Mazarquivir, y dende allí peleaba muy fuertemente, como a su hábito y orden pertenecía hincado de rodillas, y las manos alzadas, demandando a Dios Victoria, como hacía Moisés cuando era caudillo de los fijos de Israel, que oraba las manos alzadas, y cada vez que esto hacía vencían los fijos de Israel a sus enemigos y el Cardenal tenía sus atalayas emparadas, y cada hora sabía lo que se hacía en la pelea.

Los Moros tenían tomada la sierra y el paso, y el agua y eran primero hasta doce mil de a pie y de a caballo, y cada hora se allegaban mas sin el socorro que esperaban de Tremecén, y los cristianos sacaron el artillería y no toda ni aun mayor de nada, y con aquella le tiraban y facían harto daño y otros escaramuceaban con ellos por las aldas de la sierra; y así poco a poco los fueron retrayendo y cobraron tierra fasta un pilar de agua muy fermoso donde toda la gente bebió y se esforzó mucho: y dende adelante al pie de lo mas agro, cabe unos higuerales y torres en bajo de la sierra, asentaron el artillería y de allí hicieron gran daño en los moros y les pusieron gran miedo, y de allí pelearon con ellos y les tomaron la sierra por fuerza de armas, mataron muchos moros, y también recibiendo algún daño, empero muy poco. Y la sierra tomada, descubrieron sobre Oran, y los moros comenzaron de huir hacia Oran y pusieronse todos en huida, y los Cristianos siguieron en pos de ellos sin orden y concierto, derribando y matando cada uno como mas podía correr, y así la gente de los cristianos extendida, parecía mucho más de lo que era; y llamando a Dios por valedor, y a Santiago por capitán, los cristianos con tanta priesa siguieron a los moros que no los dejaron entrar en la ciudad, salvo muy pocos; del Alcaide moro acudió a su Alcazaba, y el sota Alcaide que había dejado, nunca pudo hallar las llaves de la puerta, para abrir, y así se hubo de ir; y los cristianos tomaron las puertas de la ciudad y de ellos entraron por ellas, y de ellos escalaron los muros, y tomaron la ciudad, y pelearon algo dentro especialmente en las Mezquitas y casas fuertes. Algunos de los cristianos siguieron por las huertas el alcance en pos de los moros que iban huyendo con sus mujeres y haciendas, y retornaron los moros sobre ellos, mataron veinte y tres hombres.

Y ya que estaba ganada alguna parte de la ciudad, las galeras llegaron por las marinas, y de la ciudad los moros les tiraban grandes tiros, y de las galeras tiraban a la ciudad, y de un tiro que de las galeras tiraron, derribaron la mejor pieza de artillería que los moros tenían, con que les tiraban, y salió mucha gente de las galeras por la playa, y escalaron y entraron por su cabo de la ciudad, y tomaron el Alcazaba y toda la ciudad los cristianos, antes que anocheciese: murieron de moros y moras mas de cuatro o cinco mil, y fueron cautivos mas de otros tantos. Valió el despojo y cabalgada que se tomó en Oran, según decían, mas de cuatrocientos mil ducados; fue todo sacomano, y escala franca, que cada uno fue señor de lo que tomó; y hobo hombre que tomó mas de

diez mil ducados, y los soldados, y los tambores traían las manos llenas de doblas de oro y las jugaban como si fueran blancas; había tantos moros muertos por las calles, y por los huertos de Oran, que no había quien pudiese andar por ellas, hasta que los echaron fuera.

Ovo en esta tomada de Oran grandes milagros y misterios en este santo pasaje, que así para la ida como para la vuelta, que el Arzobispo volvió, no parecía sino que él llevaba el viento que era menester en la manga, que tal cual lo quería, tal se lo daba Dios; y así lo decían públicamente los marineros; y al tiempo de combatir la sierra, estando en lo alto de ella mas de quince mil moros, pareció sobre ellos una niebla negra que los cubrió, y estando claro el día sobre los cristianos, salió un puerco jabalí muy fiero, y hobo quien dijo *a él, a él que Mahomad es*, y corrieron tras de él y matáronlo. Y estando allí los moros sobre la sierra, vinieron multitud de buitres volando, y anduvieron sobre ellos a vista de los cristianos; y aquel día al ver de los cristianos y los moros, les pareció ser mayor día que ninguno de los otros días, y así lo confesaban los moros., y algunos de ellos demandaron bautismo, de los que se tomaron cautivos. Y al tiempo que la ciudad se tomó fueron vistos por algunos cristianos dos arcos muy grandes y altos, como los arcos pluviales y los cristianos tuvieron tan grande esfuerzo y osadía, siendo mucho menos que los moros, y tan de ligero escalaron y entraron la ciudad, y por tales cabos, haciendo de las picas escalas, y unos de otros, que después de hecho, estaban en sí atónitos y maravillados cómo pudieron subir, y probaban a subir y escalar en la primera manera, y era imposible el poderlo hacer, y no lo podían hacer, porque *a Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris &c. quia manus Dómini erat cum illis*.

Tenían los moros en Oran mas de sesenta piezas de artillería y dos artilleros cristianos, los cuales ellos tenían para quemar, porque no habían hecho bien unas piezas. Redimiéronse allí, y salieron hasta trescientos cristianos que estaban cautivos, el alcrevite y mominon que tenían de artillería, valían mas de tres mil ducados. La ciudad es grande y muy gentil, y de muy singulares casas, todas de terrados y muy espesas, y las calles angostas y defensibles, y la ciudad muy adarvada y defensible, está en puerto de mar y playa; tiene muchas y muy buenas aguas, y seis paradas de molinos, y un arroyo que corría alrededor de la ciudad, tiene tantas y tales huertas que parecen un Paraíso, tiene campiña y sierra la mejor que en España puede tener ciudad.

CCXIX. DE LA BATALLA QUE OVIERON FRANCESES Y VENECIANOS.

Sabiendo los venecianos que el Rey de Francia iba en persona sobre ellos, y el Papa por la otra parte les daba guerra con su ejército y gente de guerra, contra la cual gente del Papa ellos no querían pelear, y para su defensa ficieron y allegaron un gran ejército de gente de armas y de guerra, y pusieron en él por Capitán general al Conde de Petillano, y después de él a Bartolomé de Albanio, un esforzado caballero, y estando en el Cremonés en vera de un gran río que se llama el Poo, estando con su ejército en campo por defender la pasada al ejército francés, y creían que no pudiera pasar, y en la parte por donde mejor se podía vadear tenían puesta el artillería y gran guarda, y los franceses hicieron tres puentes de madera en otra parte, muy grandes, y echáronlas al río en presencia del Rey, y pasó la gente de armas, y de guerra, y el fardaje estuvo quedo que no pasó, y como los capitanes venecianos sintieron que la gente francesa pasaba, alzaron su real.

Y por presto que se levantaron, ya era la ante guarda y caballeros ligeros de franceses con ellos, de manera que facían daño en la retaguardia de venecianos donde iba el Señor Bartolomé de Albanio, el cual, viendo el daño que su gente recibía, envió a decir al Conde de Pantano que iba en la delantera, que esperase, para que juntamente ficiesen rostro porque de otra manera se perderían, y que mas valía pelear que no ponerse en huida: y así se hizo, que volvieron sobre los franceses y hicieron daño en ellos, y los retrajeron hasta donde estaba la persona misma del Rey, y entonces el Rey esforzó su gente diciéndoles lo que en tal tiempo convenía, y él mismo entró en la batalla con ellos de manera que se volvieron las batallas unas con otras, y la pelea fue bien reñida por ambas partes, y los franceses eran muchos, y fueron vencedores, y mataron mas de ocho mil hombres de

los venecianos, y prendieron muchos, y fue preso el capitán Bartolomé Albanio con cuatro o cinco heridas, y el Rey lo quiso ver, y le mostró mucho amor, y lo mandó curar con gran diligencia y los franceses cogieron el campo donde hobieron muchos caballos, y armas, y artillería, y otras muchas cosas, y comenzaron de señorear por allí, y tomar las tiendas que los venecianos tenían en campaña. El Papa desde que supo esto en Roma, mostró mucho placer de ello, y se hicieron en Roma muchas luminarias y otras señales de alegría.

CCXX. DEL EJÉRCITO DEL PAPA.

Antes de lo susodicho, quiso Nuestro Señor el Papa Julio Segundo justificarse con venecianos, contra los cuales puso un monitorio penal, y después su Santidad, no cumpliendo con él, envió su ejército contra ellos, en que había nueve cientos hombres de armas, y mil y quinientos caballos ligeros, y seis mil peones, estos pagados, sin la otra gente de la tierra de la Iglesia, y principalmente pusieron cerco a Faenza, aunque primero tomaron ciertos lugares allí cercanos; y durante el cerco pasaron muchos reencuentros en que los venecianos hobieron gran daño, y en fin, la ciudad de Faenza, y la fortaleza se dieron al Duque de Velino, que era Capitán de la Iglesia en nombre del Papa, y habida esta victoria, luego se dieron todos los lugares comarcanos; y la Ciudad de Rávena, que era de la Iglesia hobo dos bandos, el uno se levantó diciendo *Iglesia, Iglesia*, y la parte contraria se retrajo a la fortaleza, y lo mismo hicieron en Arimono, y el Cardenal de Pavía estaba allí por legado con el ejército de la Iglesia, y los venecianos vinieron a él a le demandar partida, que dejasen ir libres los suyos con sus bienes, y que ellos querían dejar aquellas tierras a su Santidad y el dicho legado envió la embajada a el Papa, y el Papa para responder hizo congregación dos veces con todos los Cardenales, y en fin, el Papa se contentó del partido de aquello, y así se hobo de facer. Empero con todo eso, antes de acabado de concertar por parte de los venecianos se interpuso en Roma una apelación de la Munitoria que el Papa dio contra ellos *ad futurum Concilium*, y también contra venecianos se publicó con letras *More curie* la excomunión y privación y interdicto, y todo lo demás que se contenía en la Munitoria porque pasó el tiempo y no obedecieron ni cumplieron lo que mandó su Santidad.

CCXXI. DE CÓMO LOS VENECIANOS SE HUMILLARON Y ESCRIBIERON AL PAPA.

Los venecianos viéndose vencidos, y viendo que les era vano dar coces contra el aguijón, en tener al Papa contra ellos, hicieron cuenta que toda la cristiandad del mundo era sobre ellos, humilláronse y enviaron al Papa la presente carta demandando misericordia y piedad a su Santidad, en esta manera:

«Al Santísimo y beatísimo in Cristo padre Julio por la Divina Providencia de la Santa Romana Iglesia y Universal Sumo Pontífice; Leonardo, Laureano Duque de Venecia humildemente besando humildes los pies.

»Beatísimo Padre y Señor y Señor nuestro clementísimo; muchas veces nos habemos esforzado por cuantos modos y maneras ha sido posible, en especial por nuestras cartas dirigidas a los Reverendísimos Grimano y Cornelio Cardenales, y esas muchas veces repartidas, de declarar con mucha humildad y reverencia la devotísima obediencia y voluntad obsequentísima que acerca de vuestra beatitud tenemos, y también de notar la efectual ejecución por nos puesta en el restituir todas las ciudades y lugares de Roma, suplicando ser restaurados y recibidos en gracia de Vtra. beatitud: creemos nuestros humildes ruegos y voces haber llegado a vros. Santísimos oídos, y como quier que vuestra benignidad es grandísima con todo el mundo, habemos habido esperanzas, esperamos nuestro ruego haber sido oído; y porque aun de lo susodicho estamos en alguna incertidumbre, no bien en ello confirmados nos ha parecido por la presente a vuestra beatitud dirigida sin buscar otros medios con debida reverencia, notifican nuestras suplicaciones.

»Sabemos de cierto saber no a vuestra santidad en qué estado y grado se ha reducido y constituido el Estado Veneciano. Remuébanse ya las entrañas de vuestra misericordia, miémbrese que está aquí en la tierra en lugar de aquel que es mucho misericordioso, el cual nunca desecha de sí los que humildemente a su clemencia recorren, que si por ventura habemos algún error cometido, la pena traspasó todo nuestro demérito, como quier que la pena ha de ser conforme y igual al pecado, ya no queremos nuestros ruegos justificалlos, ni estar en justificación de ellos, antes confiandonos en la mucha benignidad de vuestra Santidad, cual es inmitadora de las pisadas y doctrinas de aquel que sobre todos los otros es clemente y misericordioso, séannos abiertos los mansos oídos de vuestra santidad, y use con nos presto de su misericordia, rniémbrese nosotros haber sido útiles servidores algunas veces a la Santa Sede Apostólica.

»Considere cuánto oro y sangre contra los infieles de vtros. venecianos ha sido derramada. En fin, vuelva los piadosos ojos a aquella nuestra observancia y filial piedad con la cual en todo tiempo habemos proseguido en cualquier estado y causa a vuestro servicio; por todo lo cual no nos podemos desauciar de recibir benignidad y gracia de vuestra santidad: y así habemos obedecido con tiempo y primeramente el monitorio de vuestra santidad, como habemos fecho: la mesma mano que nos fizo la llaga, esa nos cure. Sea notificada esta nuestra obediencia a todos los Príncipes cristianos por letras y breves de vuestra Santidad.

»Cesen ya las armas de cristianos contra cristianos devotísimos de vuestra beatitud, y de la Santa Sede Apostólica. Todo lo cual como es conveniente al Vicario de Jesucristo en la tierra así esperamos, y con mayor esperanza y certidumbre estará en vuestra santidad, y tanto mas cuanto de grandeza de ánimo y celo de la fe exede a todos los otros. Nosotros no esperamos ni deseamos otra cosa mas ardientemente de tornar en gracia de V. B. y serville con todas las obras a nosotros posibles, lo cual todo lo susodicho deseamos mas copiosa y abundantemente explicar en presencia y por palabras de nuestro Embajador cuando quier que entendamos ser grato a vuestra santidad. Sin miedo a ello enviaremos. Dada en nuestro ducal palacio de Venecia a 2 de Junio indicione duodecima de 1509 años. Gaspar, Secretario.»

CCXXII. DE LA TOMA DE BUGÍA.

Partió el Conde Pedro Navarro, capitán mayor de la armada real de España, de Oran, del puerto de Mazarquivir, el día de San Andrés del año de 1509, con 13 navíos, y fue derrotado a la isla Formentera que es despoblada, y está cabe Ibiza, y atendió y estuvo allí hasta el día de año nuevo, primero de Enero comienzo del año de 1510; y allí se llegaron hasta veinte y tres navíos y galeras, y de allí partieron con la gracia de Dios, y amanecieron el Sábado víspera de los reyes, sobre Bujía y entraron cuatro naos en el puerto y no pudieron entrar las otras hasta después de medio día dos horas; el primero que saltó de la nao en una barca batel para ver la disposición del puerto y de la ciudad, fue el dicho Conde y tras de él Diego de Vera, capitán de artillería y mandó tirar de las naos a la ciudad, y tiraron, y así mismo tiraban de la ciudad a las naos los moros con su artillería, y tornóse el Conde a su nao: y a la media noche fue fecho su concierto.

Salió la gente de la flota en tierra, y ficiéronse en dos partes bien armados y aderezados, y el Conde con otros Capitanes fueron a combatir por lo bajo de la ciudad, por la puerta de la mar, y la otra gente fueron por la otra parte de la sierra, y entraron por una ladera de la ciudad vieja, que está despoblada, y los unos por un cabo y los otros por otro, dieron tan gran priesa, y tan gran combate, y con tan crecido esfuerzo y concierto, que escalando la ciudad entraron y pelearon con los moros, de tal manera que los vencieron y mataron muchos, y cautivaron y tomaron todo lo alto, y bajo de la ciudad milagrosamente, y hobieron allí el Conde y todos los que con él fueron muy gran cabalgada de muy infinito valor de moros y moras, y oro y plata y ropas de seda y trigo, y cebada y acémilas y bestias caballares y lanares y armas y artillería; y hobieran mucho mas sino que el Rey se les fue, y mucha de la gente de la ciudad por una puerta o postigo que estaba en tal lugar donde no se pudo escusar su ida por allí.

Salió el Rey de Bujía llamado Adurra-Amel con su mujer legítima, hija del Rey de Túnez, y con cincuenta mancebas que tenía, y con toda su casa y con muchos turcos que tenía, que servían a la Reina y a las mancebas, que son hombres castrados, y salieron con él muchos moros y moras chicos y grandes de la ciudad, y fue el Rey con toda aquella gente a parar cuatro leguas de Bujía en una sierra, y allí hincaron sus tiendas, y les vinieron muchas gentes de moros en socorro, y se juntaron con el mucha gente en la ciudad, que estaban por los campos, que morían de pestilencia.

El combate de Bujía se comenzó en amaneciendo el propio día de los Reyes que fue en Viernes, y tres horas después de salido el sol toda la ciudad fue ganada. Fueron los nobles Capitanes que con la gente de España, la ganaron el Conde Navarro, Capitán general de la Armada, el Conde de Altamira, el Conde de Santi-Esteban del Puerto, Rui-Díaz Maldonado, Comendador de Eliche, dos hijos de Alonso Henríquez, Pedro Arias, Caballero de Segovia, Diego de Guzmán, y otros que no supe sus nombres, los cuales todos por sus personas dieron de sí buena cuenta como Caballeros de grande esfuerzo.

Esto así hecho, luego, el Conde envió un hijo de Alonso Henríquez a requerir a la ciudad de Argel que está de allí catorce leguas, que se diese al Rey de España, y que le enviasen luego los cautivos cristianos que tenían, y los de la ciudad no osaron otra cosa hacer, y así lo hicieron, y alzaron luego pendones por el Rey de España, y eso mismo hicieron otros dos lugares que estaban cerca de la mar, Tebelez y Dija que también alzaron pendones por el Rey de España.

La ciudad de Bujía fue muy grande antiguamente, según parece por sus edificios, y según de ella se dice, fue poseída y mandada de los Romanos, en el tiempo que ellos señoreaban; y dicen que en tiempo de su prosperidad que había en ella cuarenta mil vecinos, y fue convertida de la gentilica secta en cristianos, cuando la Asiria se convirtió, y ahora cuando se tomó dicen que era ciudad de ocho mil vecinos, y está toda la población a una parte, porque la cerca de lo antiguo es muy grande y tiene un castillo a la parte despoblada, que entra en la mar, para guarda del puerto, que es una costa muy fuerte y de las mas inexpugnables cosas del mundo; va desde el Adarve por la misma costa bien cinco tiros de ballesta, que todo lo bate la mar, en que hay muchas torres con sus troneras y todas con sus lombardas, que tenían los moros para defender su ciudad. Había muchas Mezquitas en la ciudad, y la mayor, bien parecía que fue Iglesia, que se hallaron en ella dos campanas antiquísimas, enterradas; y una cámara de armas antiquísimas, diferentes de las de ahora, en que había armas para la cara, como máscaras o carátulas muy diferentes a las armas defensivas de ahora, y había porras de fierro.

Estando el dicho Rey moro Adurra-Amel así huido con toda aquella gente, a seis leguas de Bujía, como dicho es, habiendo ya venido a Bujía gente de socorro fresca de Cerdeña y Mallorca, dejando la ciudad a buen recaudo, el Conde Navarro partió para allá una noche con cinco mil hombres no más, para los saltear si pudiera, y llegaron a tiempo que todos los moros Alfaquies o Almutanes llamaban al Zalá a muy grandes voces, como quien llamaba a maitines, y llegando a media legua de los moros, y oyendo aquellas voces los cristianos, pensaron que eran sentidos, y descubriéronse y tocaron al arma, y las trompetas, y los moros como oyeron y sintieron, hobieron lugar de huir, y huyeron, y los cristianos aguijaron y alcanzaron alguna parte de ellos, y mataron algunos, y cautivaron los que pudieron, y que entre muertos y cautivos chicos y grandes hobo seiscientos o mas hombres y mujeres; allí mataron dos mancebas del Rey, una prieta y otra blanca, y trujeron a Bujía trescientas vacas y doscientos camellos, y otras muchas cosas y joyas, y ropas, y murió allí el Monjuar que era el mas privado y principal hombre de casa del Rey, y el que mas mandaba en el Reino después del Rey.

Este Rey Adurra Amel no era natural Rey de Bujia, salvo tenía el reino por tiranía usurpado a un sobrino en esta manera. Murió un Rey de Bujía hermano de este Adurra-Amel y dejó un hijo pequeño llamado Muley de Abdala, y quedó Adurra-Amel su tío por tutor y curador; y después que se vido señor del reino, alzóse con él, pospuesto el temor de su conciencia, por codicia del reinar, y llamóse Muley-Adurra-Amel, y mandó quebrar los ojos al Rey Muley-Abdala su sobrino con fuego, mandándolo alcoholar con un fierro caliente, y el que lo alcoholó hobo piedad de él y guardóle lo de

dentro de los ojos y alcoholóle de manera que no se los quebró, y pegó los párpados de arriba con los de abajo y así le quedaron los ojos pegados y sanos, y no veía nada, y así lo tubo mucho tiempo preso y con guardas hasta que aquel día que se ganó a Bujía, y después de este desbarato hobo lugar de huir este Abdala y rogó a ciertos criados de su padre que huyesen con él a Bujía al Conde Navarro, y así lo trujeron, y traído le abrieron y curaron los ojos y vido y fízose vasallo del Rey Don Fernando, y comenzó de facer guerra muy cruel a los moros con otros sus parientes y criados de su padre, y diéronle posada en el arrabal de Bujía.

Esto así pasado, acaeció una grande desdicha al Conde de Altamira, que mandó a un su criado armar una ballesta para tirar, y dándosela armada soltó la ballesta y dio al Conde la saetada por tal lugar que dende a pocos días murió allí en Bujía.

Sabida por el Rey Don Fernando la victoria de Bujía hizo merced de la tenencia de ella a Don García de Toledo hijo del Duque de Alba, y fízose proveer de una armada gruesa, la cual se juntó en Málaga desde el mes de Abril del año de 1510 en adelante, y después de llegada la gente toda, tardose mucho el dicho García en embarcarse, y estuvo allí el día de San Juan, y lidió toros, y muchos de los que habían de ir en la armada, así frailes como abades y legos por la tardanza se volvieron, y no se si se hizo esta tardanza porque supo el dicho Don García que morían de pestilencia en Bujía; en fin partió de Málaga con su flota y armada con siete mil hombres después de haber estado en Málaga meses o. mas.

El Conde Pedro Navarro en este tiempo, porque Don García estaba en Málaga, dejó en Bujía gente en lo mas defensible, y no mucha, porque morían algunos de pestilencia, y fuese por la mar con su flota y armada mirando donde podía ofender a los moros, y esperando la armada que iba y llevaba Don García de Castilla, y como se tardó él fue sobre Tripol de Berbería, como adelante se dirá.

CCXXIII. DE LA TOMA DE TRÍPOLI.

El Conde Navarro con los otros nobles capitanes, y con la Real Armada de España, fue sobre Tripol de Berbería, que era siendo de moros de cuatro mil vecinos pocos mas o menos, y muy fuerte y rica, y habiendo su consejo con los Capitanes del ejército y con la famosa y esforzada gente de España que iba en la Armada, todos acordaron y fueron conformes que la combatiesen el día de Santiago con la gracia de Dios y del Apóstol Santiago, a escala vista.

Y asomó el Armada Real jueves a veinte y cinco de Julio año de 1510, día del Bienaventurado Santiago Apóstol en esclareciendo a clara vista de la dicha ciudad de Tripol, viniendo ya el ejército dos días había fuera de las naos para mas presto saltar en tierra, y ya los moros habían visto la flota, y la habían descubierto el día de antes, porque ya algunos días había que habían sido avisados y estaban apercebidos, por lo cual ellos tenían la Ciudad bien fortalecida y apercebida, allende que de si ella es muy fuerte así por tener la cerca muy alta y torneada, como por la grande barbacana que tienen con un fosado o cala de que es cercada cuanto la mar deja de cercarla; y los moros tenían muy fortalecidas las puertas y las torres con muchos tiros y artillería gruesos y menudos, y mucha munición de pólvora, y de todo lo necesario a modo de genoveses, y deliberaron de combatir a escala vista el Conde y los Capitanes no embargante toda su fuerza sin primero tirar con la artillería, aunque supieron que los moros que estaban dentro eran muchos y muy armados, y habían de defender cuanto pudiesen su ciudad o morir; y muchos moros de la comarca se habían metido dentro por salvarse, y por ayudar de defender la ciudad.

El Conde y los Capitanes hicieron su gente dos partes, y comenzaron el combate, y en tanto que combatia la una mitad a la ciudad, la otra mitad peleaba con los moros de a. caballo, y de a pie que andaban por defuera en el campo, que acudieron muchos así por estorbar el desembarcar como el combate. Quiso Dios Nuestro Señor poner por su infinita bondad tanto esfuerzo en los cristianos, que así los que combatían la ciudad como los que defendían el campo se dieron a tal recaudo, y pelearon tan esforzadamente que fueron vencedores, por manera que en dos horas entraron la

ciudad por fuerza de armas tan esforzadamente que de cierto entre los cristianos que allí se hallaron hubo muchos de tanto esfuerzo, que de ninguno de los pasados esforzados decir se podría si pudieron con tanto esfuerzo hacer mas: de los cuales algunos murieron que eran muy conocidos y amados de el Conde, de que no poca pena y dolor el recibió, por su ausencia y por morir en tan santa demanda y dejar tan maravillosa memoria. Con los otros que vivos quedaron, consortes y semejantes a estos, se consolaba y daba infinitas gracias y loores a Dios nuestro Señor y a la Virgen Santa María y al bienaventurado y glorioso Santiago.

Desde que la ciudad fue entrada en otras dos horas, fue tomada toda, y segurada matando y firiendo de los infieles, cosa espantable, que murieron sobre diez mil moros, a lo que de ello saber se pudo, y fueron muchos cautivos chicos y grandes, y muchas mujeres y tomada la Ciudad con todas sus riquezas de oro, plata, seda, pasas, bestias y armas y artillería, y trigo y cebada; y fue tanto, que no hobo número su valor, y fue bien repartido por los que lo trabajaron y ganaron; salvo las personas de cautivos que tomaron vivos, tomó el Conde para el Rey y para el gasto de la flota, y armada. Acometióse el combate con diez mil hombres cristianos y murieron diez mil moros, y murieron cuatrocientos cristianos. Fortalecieron la ciudad y hicieron a Diego de Vera Capitán del Artillería, Visorrey y Gobernador de ella, y estuvo allí el Conde algunos días y el armada, fasta que vino Don García allí desde que fue de acá de España.

Partió el Conde Pedro Navarro de Tripol con ocho galeras y una fusta y gente, por ver y mirar la isla y tierra de Algarves, que es aquende de Tripol en la mar mediterránea, setenta leguas de Tripol, poco menos, en derecho de Tunes, y es vecina a la tierra de África, y muy cercana, por ver la disposición de la tierra, para ir sobre ella, y había en la isla un Capitán o señor de la tierra Xequé, que ellos dicen, y era renegado que había sido cristiano, y natural de... al cual el Conde habló dulcemente y a los mas principales de la Isla que se diesen al Rey de España, pues ya veían que con ayuda de Dios toda aquella tierra había de ser suya; y en la isla, había dos parcialidades, y respondió el Xequé que les diese plazo y que hablaría con los de la isla y respondería: y diole plazo, y vino a responder en fin del plazo, y dijo, *«yo soy con los que no se quieren dar salvo defender»*, y con esto el Conde se volvió a Tripol a su armada, la cual ciudad de Tripol está en derecho de Sicilia, en la tierra firme de África, y hay desde ella a Sicilia, setenta o ochenta leguas de mar y está mas adelante de Túnez al levante.

CCXXI. CÓMO PARTIÓ DON GARCÍA DE MÁLAGA.

Partió Don García de Toledo, como dicho es, de Málaga, con cinco mil hombres en su armada, y aportó a Bujía para donde iba; y desde supo que morían en ella de pestilencia, no quiso él parar allí, mas dejó allí cierta parte de la Flota con tres mil hombres, y él fuese la vuelta de Sicilia: y luego aquellos que allí dejó tomaron la posesión de Bujía por Don García, y pusieron su Alcaide. Y luego Diego de Vera Alcaide y Capitán de Bujía se fue en pos del dicho Don García, y convocados llegaron juntos al puerto de Tripol con quince o diez y seis velas, a donde hallaron al Conde Pedro Navarro embarcado en el mismo puerto con toda la infantería en que había diez mil hombres, y ya el Conde habla tentado los Algarves con ocho galeras y una fusta como dicho es y esperaba el tiempo para ir sobre ellos; y como llegó el dicho Don García lo recibieron muy bien, y con muchas alegrías y tiros y músicas en las naos y flota, y el Conde y Don García entraron en una barca muy bien ataviada, y fueron a ver la ciudad de Tripol.

En esta vista se hicieron muy grandes alegrías y fiestas, y de allí tomaron agua las naos de Don García y de Diego de Vera, y de ahí fueron todos a los Algerves, y llegaron jueves noche día de San Agustín 28 de Agosto: otro día viernes mandaron los señores Don García y el Conde que todos desembarcasen las galeras y fustas, y otros bajeles pequeños, porque las naos gruesas no podían llegar con una legua a la torre que está tres leguas del Castillo, a la parte del levante, y así fue toda la gente desembarcada, y sin peligro y sin ver moros, y allí fueron fechos siete escuadrones de gente, y duraron en desembarcar y facer los Escuadrones y ordenanzas fasta medio día; y dieron la

delantera a Dionelo Coronel que le cupo por suerte, y adelante de este escuadren iba el Señor Don García, con obra de setenta hidalgos gentihombres hijos de Señores de vasallos de Castilla que habían venido con él a le acompañar y ganar honra, todos armados y a pie, y él a caballo y así iban en pos de estos todos los otros escuadrones en su ordenanza, y el Conde de uno en otro cabalgando en un caballo, proveyendo y dando orden en todo, y en los tiros del Artillería, y fue tanto el sol y el calor que aquel día fizo, que ardía como fuego, y el arena del suelo lo quemaba como ascuas de vivo fuego, así que de este fuego y de la gran fatiga que los compañeros habían pasado que había muchos días que estaban en la mar embarcados, y muy mal proveídos del comer y beber, y sobre esto fue tanta la sed que hobieron caminando en estas ordenanzas que como iban andando se caían muchos muertos de sed y calor; que no había agua donde bebiesen.

Como el Conde vido esto mandó que calasen las picas, y se fuesen su paso hasta el agua, así que fue tanta la sed y la desventura que cuando llegaron a los palmares donde estaba el agua, los escuadrones ya por una parte unos y otros por otra, iban desbaratados, y ninguno quedó que fuese en ordenanza, salvo el escuadran de Don Manrique, y estaba en la retarguardia bien media legua del palmar. Y así que Don García y aquellos caballeros que iban con él delante, y el escuadrón de Dionelo llegaron al pozo del agua, donde había cerca del pozo mas de cuatro mil moros de a pie, y obra de doscientos a caballo, los cuales se vinieron hacia los cristianos, y Don García estuvo quedo diciendo a los del escuadran; *aquí señores, a ellos*, pensando que iban allí tras de él siguiendo, metióse hacia los moros, y cuando miró no vido tras de sí sino los caballeros hijosdalgo ya dichos; y los del escuadrón, como hombres muertos de sed y de calor, mas curaron buscar agua que no de pelear y no le acudieron, y los moros arremetieron con él, y él peleando con ellos, lo mataron, y mataron con él a todos los otros, 50 o 70 hidalgos generosos que lo acompañaban, que mas quisieron allí morir con él peleando como buenos, que no escapar huyendo, perdiendo el Capitán. Viendo que Don García era muerto, el escuadrón se puso en huida, y los coroneles iban a paso, huyendo buscando al Conde, y el Conde desde vido el desconcierto, comenzó de detenellos diciendo: *volved, volved las caras*; y no los pudo detener, y desde esto vido, retrájose también él hasta la torre: y quiso Dios que los moros siguieron muy poco el alcance, excepto obra de setenta lanzas de a caballo, y ciento y cincuenta peones que atajaron la gente a la salida de los palmares. Aquellos mataron muchos cristianos, y mataran muchos mas, si quisieran, porque muchos había perdidos y sin tiento hasta venir al mar, y sí no fuera por un escuadrón de Jaime Díaz que estaba aun por salir de la mar, que se tubo, mataran los moros muchos mas cristianos.

Pedro de Luxan viendo que su escuadrón volvía las espaldas, se apeó de un caballo, y con una espada comenzó de los tener, y nunca pudo, así todos huyeron hasta la torre, y muchos en el camino yendo huyendo, se cayeron muertos de sed, y se ahogaron de calor, que no hobieron remedio; otros se tornaban locos, desatinados de calor y sed, y hacían locuras y se trasponían, como muertos, y se quedaban por aquellos arenales, y algunos que los mismos compañeros los despojaban y dejaban desnudos por muertos, y después con el frior de la noche tornaban en sí, y iban a las naos. Aquella noche se embarcaron todos los que se pudieron embarcar, y quedaron por embarcar cuatro mil hombres, poco mas o menos que daban tantas voces y gritos pereciendo de sed, que era maravilla y gran dolor oír y ver, y muchos perecieron aquella noche: otro día sábado de mañana, embarcáronse todos los que había vivos, que era cerca de cuatro mil hombres y acabados de embarcar, fue tanta y tan grande la fortuna que se revolvió en la mar de viento y ondas, que todos pensaron ser hundidos, y duró desde el sábado hasta el martes, y en el mismo puerto se perdieron muchas barcas, y de allí se partió el Conde con mal tiempo a la vela, y aquella noche se perdieron unos navíos de otros, y corrieron fortuna, y unos aportaron a Cerdeña, y otros a Sicilia, y otros a otras islas y partes de la Italia, donde la fortuna los echó.

El Conde había hecho recoger toda la gente y embarcar, como dicho es, así la suya como la del desdichado Don García, y todos revueltos en unos navíos y otros, corrieron la fortuna; y el Conde volvió después de haber corrido fortuna allí al puerto de los Algerves, y estuvo allí, y de allí se fue a Tripol con lo que quedó con él de su flota, y de la otra, donde aun en estas vueltas

perecieron muchos hombres de sed en los navíos: así que fue este un desventurado viaje, y de gran perdimiento.

Iban en la flota del Conde diez mil hombres, y en la de Don García cinco mil: así que acometieron la isla con quince mil hombres, salvo que no descendieron todos en tierra, que quedaron todos los que eran menester para guardar la flota: murieron en la manera que dicha es, según todos decían, y se pudo saber mas de cuatro mil hombres; perdiéronse muchas armas y artillería que les quedaron a los moros.

CCXXV. DE CÓMO EL REY DON FERNANDO QUISO PASAR A ALLENDE, Y DE LA CISMA, CONTRA EL PAPA JULIO.

Sabido por el Rey la muerte y desbarato de Don García, propuso pasar allende en persona, puesto caso que ya lo tenía él mucho en cuidado, y gana de pasar a allende a hacer guerra a los moros, y de la muerte de Don García recibió mucha pena y pensó con la ayuda de Dios vengarla, y mandó aderezar una grande armada real, estando en Burgos, y se allegaron en Sevilla y en Málaga, y en todos los puertos de la mar de esta Andalucía, y allegáronse infinitos mantenimientos de trigo, y cebada, y vinos y quesos, y tocinos, y armas y todas las otras cosas que eran menester, y envió por todos estos reinos de Castilla, y por los de Aragón a apereibir gente; y envió al Rey de Inglaterra su yerno, marido de su hija Doña Catalina que le enviase gente con flechas y armas del uso de Inglaterra, y le envió diez mil y quinientos hombres que vinieron en Cádiz, y él vínose a mas andar a la Andalucía, y entró en Sevilla en comienzo del mes de Febrero año de 1511, y estando allí fizo pregonar guerra con los moros de allende, que son en la tierra de África y estando él así en Sevilla muy curioso y codicioso de pasar allende cada día, entendiendo en aderezar las cosas necesarias para el viaje, publicóse que en persona pasaba su Alteza, y así era lo cierto, que pasara si no ocurriera el impedimento que ocurrió, y los pueblos y ciudades recibían mucha pena, porque pasaba en persona por los inconvenientes que podían venir en estos reinos con su ausencia, y algunas ciudades le escribieron, especialmente la ciudad de Toledo, y la de Segovia, y la misma ciudad de Sevilla, cada una su epístola, muy maravillosamente notadas, con muchos requerimientos, que no pasase en persona, sino que enviase sus Capitanes, y gente como hacían los romanos, y el Rey respondió a todos muy satisfaciendo, que en todo caso con el ayuda de Dios él había de pasar en persona.

Y estando el Rey en este tan santo propósito en Sevilla, le vinieron correos y cartas de la gran vuelta y guerra de la Italia, y como con el favor del Rey de Francia se habían levantado ciertos Cardenales, y el Duque de Ferrara, cismáticos, contra el Papa Julio por le amenguar y meter cisma en la Iglesia de Dios, y por le tomar y señorear las ciudades de su patrimonio, y eso mesmo se habían levantado y rebelado algunos caballeros de la Italia: y el Papa teniendo su ciudad de Bolonia que había ya echado de ella los tiranos, Bente Bollas, que se la tenían mucho tiempo había por fuerza, el Rey de Francia con poco temor de Dios, ayudando a los Cardenales cismáticas y al Duque de Ferrara y a otros tiranos, le dio favor y mucha gente de franceses, con que cercaron la dicha ciudad de Bolonia, y la combatieron, y la tomaron, y el Papa se retrujo a Roma, que no estaba muy lejos de la dicha ciudad.

Y el Papa tenía ordenado de hacer un Concilio, y los Cardenales cismáticos ordenaron de hacer otro con favor del Rey de Francia, en Pisa, diciendo que querían deponer al Papa, y hacer otro Papa, a uno de los dichos Cardenales cismáticos llamado Don Bernardino de Carbajal, español y castellano, que quería mal al Papa; en manera que se revolió en Italia muy gran cisma contra el Papa y contra la Santa Madre Iglesia; y el Papa envió al Rey Don Fernando en Sevilla, y a todos los otros Reyes cristianos, que le socorriesen y ayudasen a destruir aquella cisma mal aventurada que se había levantado, y enviasen favorecer la Santa Iglesia Romana: y el Rey Don Fernando como católico cristiano y hijo obediente de la Santa Madre, lo uno por la socorrer y ayudar, y lo otro porque vido mudada la disposición del tiempo para pasar en África por caso de la dicha cisma y

guerras, hobo de dejar la pasada de allende, aunque los navíos estaban a punto, y los mantenimientos llegados, y muchas gentes de los que habían de pasar, ya venidos y partidos de sus tierras para pasar, y hizo saber a todos la gran necesidad y impedimento porque se dejaba la pasada de allende.

La dicha ciudad de Bolonia que es Cámara del Papa, tomaron los franceses a diez días del mes de Mayo del dicho año de 1511, y en pocos días lo supo el Rey Don Fernando, y tubo cartas del Papa para impedir la dicha pasada de allende, estando en Sevilla, de lo cual fue muy mucho enojado, y hobo de mandar despedir las gentes: y en este tiempo aportaron en Cádiz mil y quinientos hombres flecheros ingleses, y hombres de armas, que el Rey Enrique de Inglaterra, yerno del Rey Don Fernando, le envió para la dicha guerra, a los cuales envió el Señor Don Juan de Fonseca, obispo de Palencia, a los despedir y pagar el sueldo a Cádiz, a los cuales despachó para que se hobiesen de volver quince días o veinte del mes de Junio del dicho año: el Rey se partió de Sevilla en 21 días de Junio, y no paró hasta Burgos, donde estaba la Reina Doña Juana su hija, y de allí trabajó por cuantos modos pudo por escusar la cisma, y de allí escribió al Deán y Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla la presente carta.

«EL REY.

»Venerables Dean y Cabildo de la Santa Iglesia de Sevilla: ya sabéis como por servicio de Dios nuestro Señor y ensalzamiento de nuestra Santa Fe católica, estaba determinado este verano pasado de ir en persona a la empresa contra los infieles enemigos de la cristiandad, y como teniendo para ello aparejada una muy gruesa armada, y ejército, con la cual, mediante la ayuda de Nuestro Señor, según las nuevas que entonces tenía de todas las partes de los infieles, se esperaba que se ficeran grandes cosas en servicio de Dios Nuestro Señor y en acrecentamiento de la religión cristiana.

»Nuestro muy Santo Padre me fizo saber, que le habían tomado la ciudad y Condado de Bolonia, antiguo patrimonio de la Santa Iglesia, y que algunos procuraban de poner cisma en la iglesia, exortándome y requiriéndome que por lo que la Serenísima Reina mi muy cara y amada hija y yo debemos a Dios Nuestro Señor y a la Santa Iglesia quisiese tornar por la defensión de ella; a causa de lo cual me fue forzado dejar la dicha empresa contra los infieles, y deseando que las dichas cosas de la Iglesia se remediasen sin armas, procuré juntamente con el Serenísimo Rey de Inglaterra, Nuestro muy caro y muy amado hermano y hijo, que se excusase la dicha cisma, pues su Santidad tiene convocado Concilio general para bien y reformation de la Iglesia, y sin cisura, y así mismo procuré que a la Iglesia le fuesen restituidas las tierras y patrimonios que le han sido ocupadas; y habiéndolo trabajado cuanto a humano ingenio y fuerza, y por todas las vías y maneras que han sido posibles, y habiéndose justificado la causa por parte de su Santidad muy enteramente, y no se pudiendo haber acabado la dicha restitución se ficiese, ni que se aparten de procurar la dicha cisma en la Iglesia de Dios, oyendo los clamores del Vicario de Jesucristo y de la Santa Iglesia Romana Nuestra Madre, que con mucha instancia nos enviaron a demandar ayuda para su defensión: y conociendo la mayor obligación que todos los Príncipes cristianos tenemos que es la defensión de la Santa Iglesia Romana Nuestra Madre, que con mucha instancia nos demandaron ayuda, Nos hemos declarado públicamente con Su Santidad para defensión de la Iglesia y recobramiento de las tierras que le han sido ocupadas; y para trabajar de escusar la ocasión de la dicha cisma.

»Por ende yo vos ruego y encargo que pues veis que esta es la mayor y mas ardua, y justa causa de las que se pueden emprender en favor de la Iglesia y de la cristiandad, y a esto mas especialmente son obligados los eclesiásticos que otros, queráis rogar en vuestros sacrificios y oraciones a Dios Nuestro Señor, que por su clemencia quiera escusar y remediar la cisma que algunos quieren poner en la Iglesia, y dar victoria a la Iglesia y a los que habemos tomado la defensión de ella, ordenando que de aquí adelante, tanto cuanto durare la dicha santísima empresa, se haga plegaria y oración particular cada día, y tañan a ella las campanas a la una,

después de medio día por todo el pueblo generalmente, para que Dios Nuestro Señor quiera escusar la dicha cisma y dar victoria a la Iglesia. De Burgos a 6 de Noviembre, año de 1511.—Yo el Rey.—Por Mandado de Su Alteza, Miguel Pérez de Almanza.»

CCXXVI. DEL BREVE QUE EL PAPA JULIO SEGUNDO ENVIÓ AL REY DON FERNANDO A BURGOS.

Estando el Rey Don Fernando en Burgos, vino a él un venerable Doctor llamado Guillermo Cazado, y se envió por el Papa Julio II por Embajador y Nuncio a le notificar por un Breve, y copia signada de la Bula, y sellada de la convocación del Concilio general que su Santidad tenía convocado en Roma en San Juan de Letrán: al cual Nuncio, Su Alteza mandó honradamente recibir, y cuando le fue a besar las manos y a presentar el dicho Breve le suplicó le quisiese mandar dar pública audiencia para decir su embajada, y Su Alteza se lo otorgó, y luego el Domingo adelante, que se contaron 16 días de Noviembre, año susodicho de 1511, a la hora de las ocho de la mañana fue Su Alteza a la Iglesia mayor, acompañado de muchos Prelados y Grandes y Señores de este Reino, y de muchos de su alto Consejo, y de Caballeros y de otras personas de Cortes, y allí se llegó gran muchedumbre de pueblo, y luego se comenzó una Misa muy solemne, al medio de la cual al tiempo que suelen predicar, Su Alteza se levantó de su silla, y el dicho Nuncio, presentando su Breve en presencia de todos, al cabo propuso en latín una muy solemne oración, la cual en nuestro común hablar castellano es esta que se sigue:

«Entre los otros cargos del Pontificado de nuestro muy Santo Padre Julio, Papa segundo, después de su asunción, de dos cosas principalmente siempre tuvo mucho cuidado Su Santidad, invictísimo y católico Príncipe. Lo uno que V. A. de continuo ha incitado, conviene a saber, que se hiciese la expedición contra los malvados turcos, que ha tantos años que tienen ocupados tantos reinos y provincias de los cristianos; lo otro que fuese celebrado concilio general para las ocurrencias de la religión cristiana, y para la reformation de las costumbres y de las otras cosas necesarias de ella, a cuya causa Su Santidad ha procurado de continuo con los Príncipes de la cristiandad.

»Pero viendo de una guerra y contienda nacer otra, no solamente en los Príncipes temporales por sus entrañables odios y por inducimiento del diablo, le pareció no se poder jamás hacer ningún aparejo de guerra contra los muy infieles y crueles si primero no fuesen remediadas las semejantes guerras y contiendas por vía del Concilio general, para que de esta manera apaciguadas y del todo quitadas de común consentimiento y consejo de todos los Príncipes de la cristiandad, se hiciese aquella santísima expedición, por la cual Su Santidad determinó de convocar y convocó el Concilio general; y por que entre todos los otros Príncipes de la religión cristiana, ninguno tiene mayor amor y afición que Vuestra. Católica Majestad, así porque después que comenzasteis a reinar ninguna otra cosa mas habéis procurado que de ampliar y acrecentar la religión cristiana, según lo demuestran tantos reinos y ciudades por vos restituidas a la cristiandad, como porque siempre fuisteis muy obediente hijo a la iglesia romana, y así mesmo porque de ningún otro Príncipe más ha sido ayudada la dignidad eclesiástica y la Majestad Pontificia, ni se espera que de otro será mas favorecida.

»Por tanto, su Santidad me ha enviado a V. C. M. para que yo de su parte le notifique que en el mes de primero que vendrá, se comenzará en Roma en el palacio Lateranense el Concilio general ya convocado por su Santidad, y rogase así mismo de su parte a Vuestra Católica Majestad que así mesmo como otras veces, por su benignidad ha defendido la dignidad de la Sede Apostólica, y para la defensión de ella algunas veces apercibió muy grandes ejércitos, por consiguiente ahora también, por la su acostumbrada piedad cerca de la religión, quiera dar como bueno y esforzado defensor de Cristo todo el favor oportuno para que este Concilio general sin cisma y sin escándalo, mas antes con que temor y celo de Dios todo poderoso y de la religión

cristiana sea celebrado; así porque el pueblo cristiano claramente sepa la religiosa intención y legítimas excusaciones de su Santidad y de quien haya sido impedida en estos sus santísimos propósitos, como porque sea manifiesto cuán provechosa y necesaria sea a la cristiana religión la celebración deste Concilio, y cuán pestífera y peligrosa a la salud de las ánimas, la división y riesgo de ella que a Dios plegue a quitar.

»Suplico a V. M. que mande leer en este venerable templo de Dios en alta y inteligible voz el Breve Apostólico de Su Santidad, que presenté a V. C. M. con toda su Real Corte, a la cual la Sede Apostólica envía salud y su bendición, etc.»

LO QUE DIJO AL ARZOBISPO DE TOLEDO CARDENAL.

«A vos, Reverendísimo Prelado, Arzobispo de Toledo, Cardenal de España, Prelado de la Santa Madre Iglesia; así como estáis colocado cabo el Sumo Pontífice Vicario de Cristo por vuestros merecimientos, y por acrecentamiento de la Fe Católica habéis guerreado contra los infieles tan religiosamente, aora por siguiente no dejéis de pelear por la Iglesia Romana, ni defender la unión de ella y venir personalmente a la celebración del Concilio, según especialmente sois llamado.

»Así mismo vosotros Prelados Arzobispos, que sois firmísimos pilares de la Santa Madre. Iglesia y siempre fuisteis aparejados siendo necesario derramar la propia sangre por la fe de Cristo, y por la unión de los fieles; de parte de Su Santidad sois convidados a estas santísimas y necesarias bodas, a la celebracion de las cuales ireis en su tiempo y lugar personalmente, si pudiéredes y si no enviareis personas en vuestro nombre.

»Y vosotros también Grandes, Señores, Duques, Marqueses, Condes, y otros Nobles varones y virtuosos Caballeros, así mismo varonilmente en favor de la fe con vuestro Católico y glorioso Rey, habéis habido triunfo y vencimiento de los fieles, así agora por consiguiente tomad armas como fieles Caballeros de Cristo para defender la unión de la Iglesia Romana Nuestra Madre, y reformation de los fieles de ella y defenderla y ayudarla esforzadamente, y seguid con buen ánimo a Vuestro Rey Católico, el cual yo he invocado, y rogado por parte de Su Santidad, quiera tomar a cargo la defensión de la Sede Apostólica como espero que hará, lo cual, si así lo hiciéredes que yo no desconfío, conseguiréis por ello entre los fieles de Jesucristo gloriosa fama y nombre perpetuo, y de la Sede Apostólica gracia que en su tiempo no vos podrá faltar, y de Dios todo poderoso conveniente galardón; por cuya Ley guardar, Nuestro muy Santo Padre siempre está vigilante, el cual sea bendito por siempre jamás amen.»

Oída la dicha oración o habla, Su Alteza mandó al Reverendo Obispo de Oviedo Don Valeriano Villalquarán, del su Consejo, que estaba presente, le respondiese en latín brevemente, la respuesta del cual tornada en romance es la siguiente:

«Con cuanta humanidad y atención su Católica Majestad haya oído vuestra embajada, y con cuanta obediencia y devoción haya recibido el Breve Apostólico por vos presentado, no sería a mí fácil decir; mas el fin del negocio placiendo a Dios cada día lo mostrara. Manda Su Alteza que así lo por vos elegantemente dicho, como lo que en el Breve se contiene, no solo a S. M., a los Prelados y Grandes que están presentes, mas a toda la Corte y a todo el pueblo como lo pedís sea manifiesto, subiré al púlpito y allí lo que pudiere trabajaré de lo declarar. Aguzad los oídos egregio Doctor, y Nuncio meritísimo, y lo que oyéredes, reponedlo en el armario de vuestra buena memoria, porque después de la próspera jornada lo podáis relatar a Su Santidad. Prospere Dios a los que desean obedecer la Sede Apostólica, y tener y guardar la fe sin mancilla, conservar y favorecer la única y Santa Iglesia. Amen.»

EL DICHO BREVE VUELTO DE LATÍN EN ROMANCE DECIA ASÍ:

«JULIO PAPA SEGUNDO.

»Cristianísimo en Cristo filio nuestro, salud y Apostólica bendición. El año pasado como Alfonso Estense, que era duque de Ferrara, se hobiese ensoberbecido, y alzado los cuernos contra nos y la Santa Sede Apostólica cuyo feudatario y vasallo es, y después menospreciando nuestras moniciones le hubiésemos privado consistorialmente del dicho Ducado, ni por ello diese ninguna señal de obediencia, acordamos de ir a Bolonia para que de aquella ciudad mas cercana, trajésemos al dicho Alfonso a la verdad, y debida obediencia, o librásemos tan excelente Ciudad nuestra de su tiranía para lo cual vuestra Católica Majestad habiendo sido por nos requerido envió en nuestra ayuda trescientas lanzas gruesas: también entonces mandarnos a los venerables hermanos nuestros Cardenales de la Santa Romana Iglesia, que para recuperación de tan grande ciudad fuesen con nos y nos acompañasen, y siguiesen, lo cual casi todos obedientes y prontamente hicieron, porque siguiendo Nos por las ciudades de la Santa Romana Iglesia, entraron con Nos en Bolonia, excepto cinco Cardenales, los cuales teniendo mal pensamiento en sus corazones, fueron por otro camino a Florencia; y como quier que fueron por nuestra parte, así por Nuncios como por Letras requeridos para que viniesen a nos y estuviesen presentes, y juntamente con los otros Cardenales a las deliberaciones de las cosas pertenecientes de la dignidad de la Santa Apostólica, no vinieron: más fueron a gran priesa y furtivamente por manera de decir a Pavía, y de allí a Milán, y puesto que su mala intención y mal ánimo se pudieran conocer por muchos indicios, con todo jamás fueron por nos culpados ni por escrito ni por palabra, porque nunca pensamos que habían de ser tan menguados de consejo que tuviesen pensamiento de se apartar de su cabeza, ni rasgar la vestidura del Señor, indivisible, sin costura, y traer la cisma, tan dañosa en la Santa Iglesia de Dios, que por cierto habían sido de nos benigna y honradamente tratados, y por la mayor parte acrecentados, más a todo se atreve la codicia, y la ciega y abominable ambición: atreviéronse con poca temeridad, no teniendo para ello ninguna facultad a convocar Concilio general, ni en lugar ni en tiempo conveniente, y citarnos para él; con este llamamiento usaron malamente desvergonzada mentira, por cuanto afirmaron tener poder de tres Cardenales, los cuales ni dieron para ello ni poder ni consentimiento, incitados según parece por el Rey Luís de Francia, cristianísimo, el cual, olvidándose del nombre y del oficio de los cristianísimos sus progenitores, nos quitó la victoria del dicho Alfonso contra la a nos dada por el dicho Alfonso, y apartó a Bolonia, excelente ciudad inmediata, sujeta a la Santa Romana Iglesia, alanzando de sí toda piedad y religión, y la tiene ocupada con mucha gente de armas, y la defiende so color y título de protección, según ellos dicen, y amenaza también de cercar y destruir otras ciudades de la Iglesia, si no hacemos con él la paz que él quisiere, desechando todos los otros Reyes y Príncipes de la Iglesia y cristiandad.

»Por cierto, Nos somos aparejados de abrazar la paz, y siempre se la ofrecimos, olvidando todas las injurias y daños recibidos con toda aquella paz que convenga a la dignidad de la Sede Apostólica, y que no nos aparte de la caridad y amistad de los otros Príncipes de la cristiandad, y que ponga fin a la destrucción y guerras de Italia y que no tarde y dilate la expedición contra los malvados turcos, y otros enemigos de la salutífera Cruz, que ha tanto tiempo que Nos procurarnos y deseamos. Si otra paz quiere de nos sacar, parece que no busca paz, más antes so nuestra sombra, quiere ensanchar su Señorío en Italia. Dios y todo el mundo saben habemos empleado todo el tiempo de nuestro Pontificado en reconciliar entre sí los Reyes y Príncipes católicos que estaban diferentes, en recuperar así el Patrimonio de San Pedro, y en restaurar las ciudades y otros lugares ocupados, como en el apercebimiento de la armada para tan Santa expedición, de lo cual Vuestra Católica Majestad es buen testigo, el cual por nuestra continua estación con el mismo Rey de Francia que estaba diferente, sobre grandes cosas, hizo paz, prometiéndonos de venir muy prontamente en la tal expedición con todas las fuerzas de sus reinos.

»Vedes ahora aquel Rey, que usa renombre de cristianísimo, y que quiere ser llamado principal hijo de la Iglesia, la destruye ordena de Nos hacer violencia. Los Cardenales cismáticos urden de envolver toda la cristiandad de errores, las cuales cosas habemos visto por cartas de nuestro Nuncio, y oído a vuestro Embajador que estaba en nuestra Corte, servos muy graves y muy

molestas; por ende, hijo carísimo, y muy verdadero, levantaos para defender a Nuestra muy Santa Madre Iglesia, destruir los Consejos de los Cismáticos, de los cuales dos, por nacimiento, son súbditos de V. M., porque por esto conseguiréis no menos alabanza que por las otras excelentísimas cosas por vos hechas por la exaltación de la fe católica. Vuestra Majestad sabrá de nuestro caro hijo Guillermo Cazador, Auditor de causas del Sacro Palacio, nuestro Capellán, Nos haber convocado Concilio General en San Juan de Letrán con deseo de concluir la expedición general contra los malvados turcos, y los otros enemigos de la Fe cristiana, a la cual rogarnos y exortamos en el Señor queráis proseguir con aquel celo que habéis aborrecido la cisma, y amonestéis y induzcáis a nuestro amado hijo Francisco, Cardenal de Toledo, y a los otros Prelados de estos reinos católicos, para que vengan a este Concilio que será. tan saludable a toda la República cristiana, y le deis libre licencia y seguro pasaje, sobre lo cual todo hablará más y seguro con V. M. el dicho Guillermo, al cual vos plega dar fe.

»Dada en Roma, en San Pedro Sub annulo piscatoris. Ultimo de Julio de 1511, y en el año octavo de Nuestro Pontificado.»

Y luego allí el dicho Obispo se subió en un púlpito, y antes de comenzar su sermón, en alta voz leyó los traslados del dicho Breve y de la dicha Oración del Nuncio, y consultada primero la respuesta con su Alteza, por su mandado la dio, enderezando su habla al dicho Nuncio, diciendo las palabras siguientes:

«Lo que su Alteza responde al Breve de nuestro al muy Santo Padre y a Vtra. Embajada, Reverendo Señor Nuncio, es que su Alteza ha comunicado este negocio con muchos Prelados y Grandes de estos Reinos y que su Alteza por sí, y en nombre de la Serenísima Reina de Castilla, su hija amada, y de todos sus vasallos y súbditos, y universalmente de todos sus reinos y señoríos, besan la mano a Su Santidad por el cuidado y solicitud que tiene y ha tenido del buen regimiento, gobernación y reformation de la Santa Iglesia a él encomendada, y por el deseo con que siempre procura la paz y unidad de la cristiandad, y es muy contento por sí y por ella y por sus reinos y señoríos de enviar al Concilio Lateranense, que Su Santidad convoca los Prelados y personas que le parecerá convenir; y así mismo es presto y aparejado, como católico y obediente hijo de la Santa Iglesia Romana, de poner por ella y por su defensa y amparo su Real Persona, y estado, con las de sus naturales y súbditos, trabajando cuanto posible sea que la Iglesia no sea dividida, ni lacerada, ni destruida, de su patrimonio, y que le place y es contento, como ya lo ha comenzado, de tomar las armas por ella, para esto y para que el general Concilio agora por Su Santidad convocado se celebre quieta y santamente sin cisma y sin escándalo, lo cual Nuestro Señor quiera encaminar a su santo servicio y al bien común de la Religión Cristiana, porque después de celebrado haya efecto la expedición y justa guerra contra los infieles, que por S. M. es, y ha sido tan deseada, y fuera en obra por su parte puesta si estos impedimentos y presentes calamidades no lo hubiesen impedido y estorbado.»

En acabando de decir el Obispo, el dicho Nuncio se fincó la rodillas en tierra, alzando las manos al cielo, y dando a Dios loores y alabanzas por haber hallado en su Alteza tan católica respuesta, tanta afición y devoción a la Santa Iglesia Romana nuestra Madre, en nombre de la cual se lo regraciaba y le suplicaba le quisiese dar las manos por ello para se las besar; y su Alteza le mandó levantar, y no se las quiso dar.

El dicho Obispo de Oviedo comenzó su sermón tomando por fundamento las palabras de San Mateo en el capítulo IX que dice: *Subió Jesucristo en una navecilla y navegó*; el cual Evangelio era de la Dominica que la Iglesia rezaba. Echó un solemne sermón en favor de la fe y unidad de la Iglesia, loando el propósito de Nuestro muy Santo Padre en la convocación del Concilio, para tantos bienes cuantos Dios mediante de él se esperan seguir, fizo fin dando su bendición, y de allí acabada la Misa, su Alteza se volvió a su Real Palacio acompañado de los de su Corte.

CCXXVII. DEL MONSTRUO QUE PARIÓ UNA MONJA EN RÁVENA.

En la ciudad de Rávena, en la Italia, acaeció el dicho año de 1512, antes un poco de la batalla de Rávena, que una Monja parió un monstruo espantable; conviene a saber, una criatura viva, la cabeza, rostro y orejas y boca y cabellos como de un león, y en la frente tenía un cuerno como hacia arriba, y en lugar de brazos tenía alas de cuero como los murciélagos, y en el pecho derecho tenía una señal de un Y griega: y en medio del pecho tenía letra tal X, y en el pecho izquierdo tenía una media luna y dentro una V de esta hechura, V. De lo que significaban estas letras y media luna diversas opiniones y juicios hobo entre las gentes. Tenía más debajo de los pechos dos vedijas de pelos; tenía más dos naturas, una de másculo y otra de fémica, y la del másculo era como de perro, y la de femina era como de mujer, y la pierna derecha tenía como de hombre, y la izquierda tenía. tan luenga como la otra, toda cubierta como de escamas de pescado, y abajo por pie, tenía una hechura como pie de rana o de sapo, el cual dicho monstruo nació en el mes de Marzo del dicho año de 1519, como dicho es, y vivió tres días, y fue llevado al Papa, el cual lo vido y mandó dibujarle de la manera y forma que era, y tuviéronlo en gran maravilla.

CCXXVIII. DE LAS COSAS QUE ACAECIERON MIENTRAS EL REY ESTUVO EN BURGOS, Y DE LA CARTA QUE EL REY DE TREMEZÉN LE ENVIÓ, Y DEL PRESENTE, Y DE CÓMO SE HIZO SU VASALLO, Y DE LOS CISMÁTICOS.

El Papa en Roma, después de haber enviado muchas Embajadas al Rey de Francia y requerimientos de paz, y que fuese obediente hijo de la Santa Madre Iglesia, como los Reyes cristianísimos sus antecesores, y ansí mismo de los otros Reyes y Arzobispos cismáticos, les perdonara si vinieran conociendo sus yerros; y de que no pudo de ellos sacar obediencia ni virtud, procedió contra ellos, y contra cada uno de ellos con Munitorias, y descomulgólos, y citólos, y puso entredicho en las tierras donde estaban, en toda Francia, y privólos de Reinos y Señoríos, y dignidades, y oficios, y beneficios, y proveyó a otros de algunos de ellos, y luego al comienzo de la vuelta y cisma de los Cardenales, se dijo que diez o once fueron rebelados contra el Papa, y reconciliáronse de ellos, y quedaron cinco contumaces en la cisma.

Y el más principal y capital endurecido, y mas rico y de más dignidades, a quien todos los otros acataban, y tenían por su mayor columna, y cabeza de esta cisma, y tema, era Don Bernardino de Carabajal, Español, Castellano natural de Plasencia, el cual con favor del Rey Don Fernando llegó a ser grande hombre en Roma, como lo fue; que él era Cardenal de Santa Cruz en Roma, y Patriarca de Jerusalén y Arzobispo de Rosano, y Obispo de Sigüenza en Castilla, que es el mas rico Obispado de ella; y otro fue de los dichos cinco Cardenales, ansí mismo español, que fue natural del reino de Valencia, y era en Roma Cardenal y Arzobispo de Cosenza, y ambos eran hechura del Papa Alejandro, y los otros tres eran franceses y italianos, y a todos los privó el Papa como dicho es, y en muchas partes de Francia se guardó el entredicho; en otras no, y quitó el Papa la muy principal Feria, y muy rica de la dicha ciudad de León, so el Ros que es en Francia, donde se adquiría al Rey infinita guerra, digo renta, y pasó a la Saboya a la Ciudad de Berzeles, y privó al Rey de Navarra del reino porque se juntó con el Rey de Francia, y hizo merced de Navarra a el Rey Don Fernando, y que lo entrase y tomase.

El Rey Don Fernando, desde se puso en Burgos, no cesó con muchas embajadas de requerir al Rey de Francia con la paz, y pensó desde allí por bien mitigar el fuego y guerra de la Italia. El cual aunque viejo y doliente, como tuviese hecho hábito de gran soberbia a su corazón, y con codicia de señorear el mundo, y no temiendo el resto de las señorías de los cristianos que contra él eran, en lo que tener debiera, nunca se quiso humillar, ni tomar el consejo ni las amonestaciones del Rey Don Fernando, si no que desharía y haría Papa en Roma, y el Rey Don Fernando, viendo su

contumaz y dañado propósito se declaró contra él, con todos sus Reinos y señoríos, y con los de la Reina Doña Juana su hija, por defensor de la Iglesia Romana, y estorbador de la pésima cisma, y enemigo de ella y de todos los que la procuraban, y mandó apregonar guerras con Francia y con todos los cismáticos; y envió a hacer paces con los moros de allende, por cinco años, y envió mandar al Conde Pedro Navarro que fechas las dichas paces, pasase luego en la Italia, y se juntase con Don Remón de Cardona, Gobernador de Nápoles, y con la gente del Papa para defender a Roma y recobrar a Bolonia, y las tierras de la Iglesia si pudiesen, porque la parcialidad de los franceses estaba muy pujante en la Italia, ca estaba de ellos con el Duque de Ferrara muy grande ejército, y tenía a Milán y su tierra: y por la parcialidad del Papa eran el Emperador Maximiliano, y los otros venecianos, y otros que con él hicieron liga: empero no se podían juntar sus ejércitos con el del Papa, tan aína ni como era menester, y el Conde no tardó mucho en cumplir el mandamiento del Rey, y pasó coa su infantería y gente que tenía, con que hacía guerra a los moros, en Italia, y juntóse con el dicho Don Remón, y con la gente del Papa, y comenzaron de hacer la guerra a los franceses, y eso mesmo el Rey Don Fernando mandó llamar al Alcaide de los Donceles que estaba en Oran, para que asentada la paz con los moros viniese a Burgos, y vino.

Estos dos Capitanes, llamó por hombres esforzados y diestros en la guerra, y de aquí comenzó de apereibir y allegar gente para dar guerra a Francia por la vía de Fuenterrabia y Navarra, y el Rey de Inglaterra su yerno, le envió gente ingleses, gran copia de ellos, en una armada por la mar, para ir sobre Bayona, y entonces estaba aun el Rey de Navarra no bien declarado por Francia, antes fingía que estaba al servicio del Rey Don Fernando, porque el Rey Don Fernando le había requerido muchas veces como a deudo y pariente, que estoviese de la parcialidad de la Iglesia y suya, y no de los cismáticos, porque quizás no le viniese mal, y perdiese el reino, y él se lo había prometido, y con dulces y engañosas palabras alongaba la declaración, en que después como armaban para ir sobre Bayona, allí se declaró por Francia, y dijeron que dio causa de bastecer a Bayona de gente, y armas y mantenimientos, de manera que no aprovechara ir sobre ella; entonces propuso el Rey de facer la guerra a él, y tomarle el reino, como adelante dirá, y se lo tomó por lo dicho, y porque no cumplió con él cierta capitulación que entre ambos estaba fecha.

CCXXIX. CARTA DEL REY MORO DE TREMEZEN, QUE ENVIÓ AL REY DON FERNANDO, Y SE HIZO SU VASALLO.

«En el Nombre de Dios piadoso, apiadador poderoso sobre lo visible, al muy alto y muy poderoso y esclarecido Rey mayor en el mundo, cuyo estado, linaje y grandeza es mas antigua que de ningún Príncipe, tan excelente y tan liberal, que sus obras manifiestan las obras de su Persona, que ya por el mundo son divulgadas, el cual es de mayor estimación y reputacion que ningún Príncipe, pasado de nuestro tiempo; grave para ser temido, regidor gracioso, benigno para que todos le osen demandar mercedes, Don Fernando Rey de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén y de todas partes a do envía su poder y la muy alta y muy poderosa y esclarecida Reina y Señora Dona Juana, Revna de Castilla, de León, de Granada, la más verdadera Reina y Señora de todas las que viven, por ser mejor en sus pasados de mayores estados.

»El Siervo de Dios Muley-Baudala-Abdali, Rey de Tremecén. Beso las manos de V. A. y me humillo por mi Embajador, ante vuestro Acatamiento, y pongo debajo de vuestro servicio mi persona y mi tierra, y envíos mi obediencia y mi voluntad pura para estar y permanecer en vuestro Servicio, en público y en secreto, y ténganle por ser vuestro siervo en mas que ningún Rey de los moros, por la esperanza que tengo de vuestra Grandeza, mi obediencia y la paz y concordia de V. A. comienzan agora; y por ello doy a Dios y a V. A. muchas gracias: tengo por perdido todo el tiempo que no he estado en vuestro servicio, agora prometo de conservarlo, cuanto en mí esté, plegue a Dios de poner su mano para conservarlo en V. A. de voluntad, para que reciba mi obediencia y le sea aceptada y agradable.

»Recibí una carta de V. A. que me alumbró para las cosas justas de toda paz y concordia, y

en ella vi el amor que V. A. me tiene, y la voluntad que tiene a mis cosas, en aceptar mi servicio, por lo cual doy a Dios muchas gracias, que conozco ha oído lo que le he rogado, y mas veo el efecto que esperaba, así como el dador es infinito es mi placer infinito cuando vide la carta de V. A. en que parece acepta mi servicio. Muy poderoso Señor: envío a V. A. dos cosas que le son debidas, los cristianos que estaban cautivos, y aquí se hallaron, que es cosa Santa y agradecida de Dios, para este mundo, y para el otro, que vos como su Rey justo sois obligado a pedirlo, y otro presente temporal, que como a persona Real se debe, de todos los otros Reyes menores; no es tan grande como mi voluntad, mas es señal que todo lo que queda es de V. A.

»El Alcaide Mahomad de Lubdi, es persona de linaje y de virtud, sabio y entendido en todas las cosas de generosidad, y nobleza, antiguo criado mio: por fidelísimo y de buen consejo envíele, porque para enviar ante vuestra grandeza no se podía escoger persona mas fiel: Suplico a V. A. que lo mande oyr y crea del todo lo que de mi parte le dijere, y si demás de lo que acá sabemos a V. A. pertenece otra cosa de que le podamos servir, con él me lo envíe a mandar.»

La sobre dicha carta vino al Rey Don Fernando en el mes de Enero del año del Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo, de 1512 años, Y con ellas le envió en presente las cosas siguientes: Estando el Rey en Burgos, ciento y treinta cristianos que estaban cautivos en su reino, y veinte y dos caballos, encubertados de cubiertas de grana y los botones de abajo de la barriga de oro, y a el pecho: más un juego de ajedrez de oro tabla y trebejos, y cada un trebejo atado con una cadenita de oro, con pollos recién nacidos, y una gallina morisca, india, pintada pardilla, que cantaba muy maravillosamente, y un león manso pequeño, y una doncella pequeña, blanca como nieve, y muy hermosa, de sangre Real, y muy vestida de terciopelo, y con una cadena de oro, y muchas manillas de oro, y muchas piedras preciosas, y mas sesenta mil doblas, y otras muchas cosas, lo cual todo envió con el dicho su Embajador, de Oran, y vinieron con todo ello en salvamento al Puerto de Cartagena, y dende fueron a Wargos, donde por el Rey fueron bien recibidos.

A este Muley-Baudala-Abdáli fue tomado Mazarquivir y la ciudad de Oran, que son en el reino de Tremecén tiránicamente a Azan su sobrino.

CCXXX. DE LAS COSAS, Ó DE ALGUNAS DE ELLAS, OUE ACAECIERON EN LA ITALIA EN EL AÑO DE 1512.

Volviendo a decir de las cosas que acaecieron en la Italia, o de algunas de ellas, en el año de 1511 y en el de 1512, ya es dicho en el breve del Papa como aquellos Cardenales se levantaron contra el Papa y se juntaron con el favor y voz del Rey de Francia y de las .Señorías que tenía en la Italia, y con el Duque de Ferrara, y publicaron Concilio General para cierto tiempo que se había de hacer en la ciudad de Pisa., diciendo que para reformation de la Iglesia, para el cual dieron letras invocatorias para cuantas partes pudieron, y citaron al Papa para él, y el Rey de Francia pensó por aquí tener causa de señorear toda la Italia y Roma y Nápoles y como no consintieron el Embajador y el Rey de España y los otros Reyes y Grandes Señores cristianos, en el dicho Concilio y mal propósito y dañado deseo del Rey de Francia, y de los otros Obispos y sus secuaces, y lo contradijeron y dieron por vano, y ninguno: luego el Rey de Francia hizo juntar y aparejar grande ejército con el Duque de Ferrara, y con las tierras y parcialidades que tenía en la Italia, y comenzaron de hacer guerra y tomar las tierras de la Iglesia y del Papa, y tomaron al Papa por fuerza de armas la ciudad de Bolonia, y todo su condado, lo cual el Papa había recobrado poco tiempo había de poder de los Bentibollas que mucho tiempo había la tenían tiránicamente a la Santa Iglesia Romana, y tomaron la ciudad de Breja que era de venecianos.

Y para recobrar esto, y defender lo que quedaba, y defender a Roma, reclamó al Rey Don Fernando de España y a los otros Reyes Cathólicos: y el Rey Don Fernando de España le socorrió con su ejército de Nápoles, y mandó al Virrey Don Ramon de Cardona, Gobernador de Nápoles y Capitán General de sus ejércitos, que luego socorriese al Papa con todas fuerzas, y con el Conde

Navarro, y con todos los Capitanes y gente española que allá estaba; y el Papa juntó con este ejército de España el suyo y sus Capitanes, y puso al Duque de Urbino su sobrino por Capitán General de su ejército, debajo del dicho Virrey de Nápoles, y juntos fueron a poner cerco sobre Bolonia, y puesto el cerco la combatieron con el Artillería muy fuertemente, y le derribaron por una parte los lienzos de la cerca y entraron algunos de los españoles por los muros y hallaron dentro otro lienzo o tal amparo que era imposible entralle, cuanto mas que los franceses que estaban dentro eran muchos, y la defendían muy bien, y echaron fuera a los que entraron, y murieron algunos de ambas partes, y el ejército español, y del Papa, se hizo afuera del combate, y se puso cerca de la Ciudad para darse recaudo al socorro de franceses que venía.

En esto, mientras la gente de armas y guerra que estaba en Breja vino al socorro de Bolonia, supieron la gente de venecianos que eran de la liga del Papa, como no quedaba en Breja gente de guardia: vinieron una noche y entráronse dentro, y tomáronla, pensándola defender; y teniéndola, vino sobre ellos todo el ejército y poder de los franceses, y los que estaban dentro pelearon muy fuertemente por la defender, y los franceses le dieron tan gran combate, que la entraron por fuerza de armas, y la tomaron, y metieron a saco, y mataron cuantos dentro hallaron, hombres y mujeres, chicos y grandes, clérigos y frailes, y monjas, que no quedó ninguno.

Y era Breja ciudad de más de dos mil vecinos; y de unos Monasterios de monjas que estaban fuera de la ciudad, tomaron las monjas y forzaronlas, y traíanlas por el Real como mujeres del mundo, sin ningún temor de Dios y sin ninguna piedad, como si fueran turcos, y aun peor, y decíase que mas de ocho mil personas mataron allí, chicos y grandes, aquellos crueles descomulgados y enrabiados franceses; y desde aquí cada ejército curaba de crecer y hacer mayor; y siempre había encuentros y reencuentros, y robos, y muertos, y no cesaba de arder Italia con fatigas y cuitas, y sofriciones y desventuras, como en los antiguos tiempos siempre en ella fueron.

CCXXXI. OTRA VEZ DE LA BATALLA DE RÁVENA.

Estando cerca de la ciudad de Bolonia el ejército del Papa y del Rey de España con sus Capitanes, y por Capitán General sobre todos el Virrey de Nápoles Don Remón de Cardona, aragonés español, esperando poner cerco a la dicha ciudad y pelear con el gran ejército de franceses, que no muy lejos de ahí estaba bien apercebido para socorrer y defender la dicha ciudad de Bolonia, allende de la mucha gente que dentro estaba, en la guarda y defensa de ella, y sabiendo el Rey Don Fernando en España la gran ventaja que los franceses tenían por ser muchos más, y de muy mayor la artillería, y demás la tierra y señorías de por allí, toda por ellos, envió a mandar al dicho Don Remón y al Conde Navarro, y a los otros Capitanes de secreto que no diesen batalla a los franceses, aunque se la demandasen hasta que él les proveyese de más y se lo enviase a mandar, y que en tanto dilatasen con ellos, porque los franceses eran sabidos que eran mas de treinta mil hombres en el ejército, debajo del mando y regimiento del Conde de Foix Monsieur de Narbona, sobrino del Rey de Francia, hijo de su hermana, y hermano de la Reina de Aragón mujer del Rey Don Fernando de España, y ellos no eran quince mil hombres: y para esto había enviado de Castilla, y de otras partes, gente, especialmente al Comendador Solis con dos mil infantes, que aun no eran llegados cuando la batalla se dio: y como los franceses se hallaban tan pujantes, demandaban la batalla muchas veces al dicho Don Remón, y él disimulando no la quería aceptar hasta tener mas provisión de gente, y mandado del Rey.

Y de que no la quiso dar, los franceses acordaron para sacarle de las barreras, de ir a cercar y tomar la ciudad de Rávena, que es de allí cerca, y es de la Iglesia y de su Patrimonio, la cual tenía por el Papa un Capitán llamado Marco Antonio, italiano, y como los franceses llegaron a ella, cercáronla, y comenzaron de le dar muy recio combate por todas partes; y como el ejército del Papa, y del Rey de España lo supo, partieron para ella a le socorrer todos los Capitanes con su ejército y artillería, puesto en ordenanza, y llevaba la delantera el Conde Pedro Navarro, y la rezaga el Capitán General Don Remón; y en el ejercito iban muchos Capitanes muy esforzados y muy

honrados y de linaje, así españoles como italianos; y iba el Duque de Urbino, sobrino del Papa, y su Capitán General, y iban ordenados en esta manera. En tres grandes escuadrones y el artillería a los costados. El primer escuadrón, y delantera llevaba el Conde Pedro Navarro; y el segundo escuadrón en medio llevaba Fabricio Coluna, Capitán y otros muchos Capitanes Caballeros; y el tercer escuadrón atrás, que era la retaguardia, y demás escogida gente, llevaba el dicho Don Remón, Capitán General, en el cual escuadrón llevaba dos mil infantes escogidos, y cuatrocientos hombres de armas, gruesos, muy buenos, y trescientos de a caballo, ligeros, el cual con todo su escuadrón, desde las batallas fueron juntas de ambas partes, se volvió atrás, que ninguno de ellos peleó, ni aun vido la gente francesa, y volvió las espaldas, y se fue de luengo a do quiso: y eso mismo el Duque de Urbino no peleó, antes hizo traición, que se rebeló por los franceses con su batalla.

Y como los franceses supieron que el ejército español y romano iba al socarro de Rávena, que ellos no deseaban otra cosa, alzaron el cerco, y ordenaron todo su ejército en son de dar y recibir la batalla; y fuéronse a encontrar con él primero y segundo escuadrón de los españoles, los mas furiosos del mundo, y los españoles los recibieron, y dieron la batalla, no con menos ánimos y esfuerzo, y la pelea se volvió, la cual fue tan reciamente combatida y peleada, y tan cruel por ambas partes, de pocos españoles a muchos franceses, que nunca tal fue visto, en que duró cinco horas; y en dicho rato los españoles hicieron cada uno de ellos como Héctor el Troyano hacía en las batallas en su tiempo, seis o siete mil hombres, que mataron tres mil gascones, y treinta lombardas, y veinte lanzabeches tudescos y de otras muchas naciones, y subieron dos veces toda la infantería española por cima de la infantería francesa, en nombre de vencedores, y lo fueran de cierto, si el Capitán General los siguiera, o se estuviera quedo, que no se fuera, ca en su ida dio causa, según se cree, que el Duque de Urbino rebelase, y no pelease, y que fuyesen de la batalla los que huyeron.

Y viendo el Conde de Foix, Capitán General de los franceses, y los otros Varones y Capitanes franceses tan grande estrago echo en su gente, y como los españoles andaban casi vencedores, juntáronse setecientas lanzas gruesas de hombres de armas escogidos, de hombres de linaje y sangre, y tomaron las espaldas de la infantería española, y soltaron el artillería, y diéronles por las espaldas tan gran combate que se mezclaron y metieron entre ellos por los vencer y desbaratar; y los españoles traían tan gran concierto que si no fuera por los tiros y cuartería de la artillería, ellos dieran buen recaudo de los dichos hombres de armas, aunque les entraron por las espaldas.

Y con la grande artillería, y con la fuerza de los dichos hombres de armas, y con mucha gente francesa, los españoles fueron aplacando, y con todo eso de todos los setecientos hombres de armas que entraron entre ellos, no escapó ninguno, que a todos los mataron, y con ellos al Virrey y Capitán General Conde de Foix, y otros muchos Capitanes y hombres de armas y gran sangre: y los franceses, como eran muchos, todavía venían de refresco, y como los españoles eran pocos, en comparación de los otros, y andaban cansados, los franceses los hobieron de romper, y los rompieron y desbarataron, y mataron tres o cuatro mil de ellos, aunque después se dijo que no eran tantos, y que en los alardes que se hicieron no se hallaron sino mil y quinientos, o pocos mas o menos: y fueron muertos de los franceses catorce mil hombres: duró esta cruel batalla cinco horas, y fueron los franceses vencedores con muy gran pérdida y daño de tanta gente muerta de la suya, y fueron los españoles vencidos a mucho menos daño, y por mengua de su Capitán General.

Fue esta batalla Domingo primero día de Pascua de Resurrección, después de medio día, a 12 de Abril del año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1512 años. El dicho Capitán Don Ramon, como dicho es, con todo su escuadrón y gente susodicha, sin llegar uno de ellos a la pelea ni verla de vista, porque la gente delantera tomaba mucho trecho de tierra, y con ella no podían ver la gente francesa: volvió las espaldas y se fue de allí, que no paró mas de veinte millas, y allí paro con su gente en un lugar que llaman Rémene.

El Duque de Urbino, Capitán General del Papa, ya es dicho como tampoco peleó, antes todos dijeron que se rebeló con los franceses, y se ofreció ser de su favor; y como quiera que ello fue, él ni su batalla o gente que le era sujeta, y mandada, o los que él quiso apartar que no podían ser pocos, no pelearon, antes se estuvieron quedos, y después desde el desbarato fue fecho, envió a

decir al Papa que allí estaba al servicio de Su Santidad, como obediente hijo de la Santa Madre iglesia, y el Papa le perdonó: o el dio cuenta al Papa cómo o por qué lo hizo: en fin, se disimuló, aunque aquí se puede decir que si miraran el ejemplo viejo que dice: *muerla la vida y viva la fama*, hicieran su deber y pusieran sus personas al trabajo del merecer.

Así que el Conde Navarro y los otros Capitanes que eran muchos y muy honrados y esforzados Caballeros, y de linaje, así españoles como italianos y hombres de gran sangre, y otros de la infantería, con el primero y segundo escuadrones pelearon y hicieron su deber, salvo el Capitán Carvajal, Señor de Jódar, y otros dos o tres Capitanes cobardes que volvieron las espaldas y huyeron, y no pararon hasta Roma, que está de allí cuarenta millas, los que quedaron pelearon, como dicho es, con todo el ejército francés, lo mas esforzadamente que hombres hicieron, de pocos y con poca Artillería, a muy muchos y con mucha Artillería; duró aquel día la pelea hasta la noche, y aunque los Franceses fueron vencedores y quedó el campo por ellos, no siguieron el alcance ni hicieron otra diligencia ninguna, salvo quedaron ellos en el campo aquella noche, y esto fue porque sintióse entre ellos el gran estrago de muertos de su ejército, y la muerte del Capitán General, y de otros diez y ocho Capitanes de los nobles y mayores del ejército que eran allí muertos.

Otro día lunes, segundo día de Pascua, vinieron los villanos y pageses cercanos, de donde fue la batalla, así de la parte del Papa como de los franceses, y cogieron y robaron el campo, y despojaron los muertos, donde había diez y siete o diez y ocho mil hombres muertos, donde hobieron infinito despojo de armas, de oro, y plata, y vestidos, y bestias, y otras muchas cosas que allí se perdieron de ambos ejércitos.

Aquella noche se salvaron muchos de los españoles vencidos, de la batalla, y se fueron la vía de Roma y a otras partes, donde cada uno podía y entendía guarecer, y después se fueron a rehacer con el dicho Don Remón, y guarecer, puesto caso que fueron muchos presos; muchos de los españoles y italianos en la batalla después de vencidos se salvaron como dicho es, y huyeron, de donde no se pudo salvar el Capitán General de España, y del Papa, de le ser cargada toda la culpa de dejarse vencer, que pudiendo haber la victoria no la quiso, ca pudiera él haber la victoria, aunque nunca peleara, sino que se estuviera quedo en el campo con la gente escogida que tenía en su escuadrón y retaguardia, sin menearse fuera vencedor. Esto afirmaron y dijeron cuantos quedaron vivos de ambos ejércitos, y todos los otros discretos que hubieron noticia de todo lo que aconteció en la pelea, que notaron el gran desmán que dio en irse sin causa, y sin saber si tenía razón a se ir, que considerara la honra que tenía, que era la mayor que nunca en aquella tierra tubo hombre de España, en ser Capitán General de España y del Papa, y Roma, solo esto le pusiera corazón a antes morir que moverse atrás, dejando vuelta la batalla.

En fin, los franceses que allí murieron dieron muy mal fin a sus días, que murieron todos descomulgados, y entre dichos, y malditos del Papa, por ser adversarios, y contra el Papa y contra la Iglesia; y los españoles y todos los de la parte de la Iglesia murieron absueltos y con bendición.

Los nombres de los capitanes franceses que allí murieron, de algunos de ellos, son los que se siguen: fueron los principales hombres de gran sangre y estimación diez y nueve, con el Conde de Foix, Capitán General del ejército Francés que allí murió.

El Conde Foix, sobrino del Rey de Francia.

Monsieur de Alegre, y su hijo, Monsieur de la Troche.

Monsieur de la Grotta. Estos son grandes Señores, y no quedó de los magníficos, de la hueste de estos sino Monsieur de la Pellita.

Capitanes de hombres de Armas. Mellardo, Janotto, Bonet, Mombrion, el Baron de Coses, y otros muchos de que no hubiera noticia, sin otros muchos de caballos ligeros, y de Infantería.

Estos son los Capitanes españoles que fueron muertos en la sobre dicha batalla de Rávena:

Don Jerónimo Loris, hermano del Cardenal Borja.

Diego de Quiñones Alvarado.

El Prior de Mesina.

Pedro de Paz.

Juan de Urbina.

Sancho de Salazar y otros Capitanes de Infantería, de que no supe los nombres.

Romanos capitanes muertos:

El hermano del Duque de Granina.

El Señor Juan Conde, Barón Romano.

Juan Capoché y otros Capitanes Romanos y de otras naciones.

Los Capitanes Españoles y de la parte del Rey de España y de la Iglesia y del Papa que fueron presos son los siguientes:

El Cardenal Monsieur de Médicis.

El Señor Fabricio Coluna, herido y preso.

El Conde Pedro Navarro, herido y preso.

Don Juan de Cardona, Siciliano, preso.

Hector Pinacelo, Baron Napolitano, preso.

Marqués de Pescara, Baron Napolitano, preso.

Marqués de Vitonto, Baron Napolitano, preso.

Marqués de Latea, Napolitano, preso.

Otros Capitanes de Infantería que no supe cuántos, ni sus nombres, fueron presos, a los cuales presos llevaron luego a Ferrara, y después dende a Milán.

Copia de la gente de pelea que tenía cada uno de los dos ejércitos susodichos, el día de la pelea, así de a pie como de a caballo:

Tenía el ejército francés, veinte y cuatro mil infantes, que son hombres de a pie, franceses y tudescos y gascones y italianos; y los del Duque de Ferrara.

Mas dos mil hombres de armas.

Mas, cuatro mil hombres de caballos ligeros.

Y tenía sesenta piezas de artillería.

El ejército español y de la Iglesia tenía lo siguiente:

Tenia nueve mil infantes españoles y cuatro mil infantes italianos, que son trece mil hombres de pie.

Mas setecientos hombres de armas españoles y quinientos italianos, que son mil doscientos hombres de armas.

Más tenía mil hombres de caballos ligeros españoles, y otros mil italianos.

Más, veinte y cuatro piezas de artillería.

Por aquí se puede ver la ventaja que había de un ejército a otro, que los franceses eran treinta mil hombres y los Españoles y del Papa eran diez y seis mil hombres; y de todos fueron poco más o menos.

CCXXXII. DE LA. BATALLA. QUE OVIERON LOS PORTUGUESES DE TANGER CON LOS MOROS DE ALLENDE.

Sidali Baraxi Xarax, señor de Xexue y del Garobo, de otros muchos lugares de allende en el reino de Fez, frontero de Zeuta, y el Mandarín Alcaide de Tetuán, vinieron sobre Tánger a le quemar los panes por mandado del Rey de Fez, y vinieron miércoles noche, a 16 días del mes de Junio, año susodicho de 1512, con setecientos de a caballo, y tres mil peones moros, y pusieron el fuego jueves amaneciente, y quemaron todos los panes y mucha tierra, que no hobo remedio: y Don Duarte de Meneses, Alcaide y Capitán de Tánger, salió al campo con la gente de la villa, que serian obra de ciento y setenta de a caballo, y trescientos peones, poco más o menos, bien apercebidos y armados, y aderezaron a los moros, y los moros desde que los vieron hiciéronse dos grandes batallas, y tomó la delantera el Mandarín, y la trasera Ali-Baraxe, y pensaron como era poca gente que huyeran; y los cristianos se apretaron mucho, y como vieron la primera batalla en que venia el Mandarín, y llegó cerca de ellos, arremetieron con ella, y rompiéronla luego, por medio, y derribaron y mataron

muchos de los moros, así los de a caballo como los peones, que todos los ballesteros soltaron y emplearon las saetas, y desbarataron y malpararon aquella primera batalla, y los moros que de ella escaparon luego comenzaron de huir, y los cristianos aderezaron a la otra gran batalla, donde estaba Sid-Ali-Baraxi con todo el fardaje, y como llegaron dando lanzadas en los primeros que habían ido en la primera batalla, luego todos los de segunda, comenzaron de huir, salvo algunos de a caballo que comenzaron de tener y pelear, y Ali-Baraxi fue derribado del caballo y dejado por muerto, y dejó allí el espada y la toca; y un moro que llevaba la bandera le ayudó a cabalgar en un caballo, y el moro quedó cautivo, y así escapó a uña de caballo huyendo: y el Mandarín también fue herido en la primer batalla, y escapó huyendo a uña de caballo; y como los moros todos volvieron las espaldas a huir, los cristianos los siguieron en alcance, dos o tres leguas, hasta Lacafa, en que mataron mas de setecientos moros, y prendieron y cautivaron doscientos veinte y cinco, y hobieron y cogieron gran despojo y cabalgada de muchas acémilas y caballos, y tiendas, y todo el fardaje: y las acémilas fueron mas de doscientas, y los cristianos volviendo del alcance, aun ardía el fuego por el campo, y montes, y matas, y como allegaban a donde estaban escondidos algunos moros, por no se quemar se descubrieron, y se venían a ser atados, y así prendieron muchos, en manera que la cabalgada fue grande y de muy gran valor y precio en tierra de Barax.

Desque volvieron los Capitanes moros, y contaron los que faltaban de los que hablan ido con ellos a quemar los panes, mas de mil moros hallaron menos, que habían quedado muertos y cautivos; esto se supo después de ellos, y decían que esto les había acaecido por el pecado que hablan cometido en quemar los panes; mas del mil moros hallaron menos que habían quedado muertos, y cautivos, como dicho es.

En esta batalla dieron muy grande esfuerzo un Juan de Morón, castellano, natural de Morón, que estaba estante en Tánger, criado en la frontera de Ronda, cuando era de moros, y un adalid portugués llamado Don Diego Leron Duarte, ca los mas de los portugueses eran de opinión, y Don Duarte con ellos, de no pelear, salvo guardar su ciudad; y estos dos le dijeron y amonestaron muchas veces y muy afincadamente que peleasen en todo caso, y les dijeron que con la ayuda de Dios tenían muy cierta la victoria, y como hombres que sabían mucho de la guerra, y se habían visto en muchas, conocieron el tiempo y sazón, y dieron de sí tales razones a Don Duarte, y a toda aquella gente, y tales autoridades, certificándoles que si tal día perdían, que nunca otro tal verían ni cobrarían, y que aquel día era el mas aparejado que nunca ellos habían visto para vencer pocos a muchos, y ganar mucha honra; y así fecho el amonestamiento por aquellos dos esforzados hombres, toda la batalla cobró muy gran corazón y ánimo de pelear, con muy grande esfuerzo, pelearon pocos a muchos como dicho es, y Juan de Morón mató muchos moros por su lanza, y hizo grande estrago en ellos: y de cuatro o cinco cristianos que murieron en toda la pelea, y el alcance fue él uno: ¡Dios lo quiera perdonar!

Las tiendas ambas del Barrax, y del Mandarín vinieron en la cabalgada, y en esta batalla se hallaron doscientos hombres, y más castellanos y vizcaínos, que estaban en aquel tiempo labrando la cerca de la villa, y fortaleciéndola de cantería, y albañilería; y diéronles a tres mil maravedís de parte de la cabalgada a los que menos dieron. Murieron siete cristianos en esta batalla no más.

CCXXXIII. VOLVIENDO A FABLAR DE LAS COSAS DE ITALIA.

Volviendo a fablar de las cosas de Italia, ya es dicho cumplidamente de la batalla de Rávena, desdeque pasó aquel día tenebroso de batalla que duró hasta la noche. En aquella noche murieron muchos: y todos aquellos que quedaron vivos, dejando los que fueron presos, y se fueron a juntar con la gente de Don Remón, Capitán General, y el Papa le socorrió, y envió seis mil infantes y halló por todo ocho mil infantes, y ochocientos hombres de armas gruesas, y mil de a caballo ligeros; en manera que el ejército se hizo en pocos días, y el Duque de Urbino se acercó también con su gente a el Capitán General, y comenzaron de triunfar y buscar a los franceses, y señorear la tierra y curar de cobrar las ciudades y villas de la Iglesia; y en estos tiempos vinieron de muchas partes gentes en

favor de la Iglesia, y de las gentes de España encaminadas a ello por la gran providencia y saber del Rey Don Fernando, así Alemanes como Venecianos y Húngaros, y las ciudades y villas de la Italia estaban ya tan hartas de guerras y tan enojadas y tan fatigadas de la aborrecible sujeción de los Franceses, que toda la tierra se alzó contra ellos, diciendo Iglesia y Imperio, y España, como lo cuenta la presente carta que envió el ínclito Rey Don Fernando al Arzobispo de Sevilla Don Diego Deza.

«EL REY.

«Muy Reverendo en Cristo, Padre Arzobispo de Sevilla de nuestro Consejo. Vi vuestra última letra y agradezcovos mucho lo que en ella decís; las nuevas de las batallas que hobo en Rávena, entre nuestro ejército y los franceses, no os la escribí porque nuestros Capitanes vinieron a aquella batalla contra mi expreso mandamiento y la causa por qué les mandaba por entonces no hobiesen batalla, era porque yo tenía proveídas y encaminadas tantas cosas en favor de la causa de la Iglesia, que juntándose todas, sin pelear, con la ayuda de Dios vencieran los nuestros y los contrarios habían de dejar el campo y la tierra: y por los alardes que se hicieron en las partes de la gente que quedó de la dicha batalla, es averiguado que la gente de nuestro ejército que en aquella batalla se perdió entre peones y caballeros, no llegan a mil y quinientos hombres; y del ejército del contrario sin duda murieron pasados de doce mil hombres y entre ellos sin el Capitán General, otros muchos capitanes.

«Después de esta batalla, nuestro ejército se rehizo, y mi Visorrey se partió de Nápoles en favor de la Iglesia con ocho mil infantes Españoles, y aun ochocientos hombres de armas, y mil de caballos ligeros: y por otra parte los Suizos, porque enviamos nuestro Santo Padre y yo y los venecianos, vinieron con nuestros Comisarios por la parte de Verona, por donde el Emperador mi hermano, por amor de mí les dio paso, y quedaron ya juntos con la gente de Venecianos en el ejército que han comenzado a hacer.

«La movida destos dos ejércitos ha sido esta, que la ciudad de Rávena, y todas las otras ciudades de la Romanía que estaban ya por franceses se levantaron todas, y se rindieron en la obediencia de la Iglesia, y se rindieron las fortalezas de ella al Duque de Urbino, que estaba allí con gente de la Iglesia; y Bolonia comenzaba a tratar con Su Santidad.

«Así mismo el Emperador mi hermano, hizo poner en Verona, que se la tenias ocupada los franceses, cierta gente de alemanes, los cuales echaron de allí a los franceses; luego tras de toda la gente de los venecianos con los suyos, cobraron la ciudad de Brexa. El Marqués de Mantua con mil de caballos ligeros, en nombre del Imperio entró en la ciudad de Plasencia, que es en el Ducado de Milán. La ciudad de Milán se levantó contra el Rey de Francia. En todo lo susodicho murieron alguna copia de Franceses, y toda la gente que quedaron de los Franceses se recogieron a la ciudad de Alejandria de la Palla que es hacia la parte de Aste; los de Milán dieron libertad al Cardenal de Medrando, Legado del Papa, que había sido preso en la batalla de Rávena, y ficiéron absolución general.

«Parecióme que era razón que os hiciese saber esto, para que lo hagáis saber a los de vuestra Iglesia y al Ayuntamiento de esa Ciudad, para que vean todos claramente cómo Dios Nuestro Señor cuando menos lo piensan los hombres torna por su misma causa. De Burgos a 1º de Julio año de 1519 años.»

En cuanto a lo que dice la sobredicha, Milán se levantó, y toda la Comunidad de ella, no pudiendo sufrir la sujeción de los franceses y los echaron fuera, diciendo *Imperio, España, España*. Fueron luego socorridos y asociados del ejército español, y del Papa, y quedó la fortaleza por los franceses por entonces, hasta el año de 1513 que se dio a partido, y discurriendo el ejército por la comarca, Génova se dio, y las fortalezas de ella, y se levantaron contra los franceses, y quedó la fortaleza nueva y inexpugnable, que el Rey de Francia había hecho con que creía tener sojuzgada a Francia a Génova para siempre, y el ejército de la Iglesia y español, vino sobre tierra de Florencia y combatieron una ciudad suya que se llama Prato, y tomáronla, y metiéronla a saco mano, y como

esto vilo Florencia, diose al Papa a partido, y dio luego para el ejército doscientos mil ducados, por que no la cercase; y humillóse y diose con toda su tierra a la obediencia del Papa y de la Iglesia: y luego se dieron Pisa y su tierra, a la obediencia del Papa y de la Iglesia, y Bolonia y su tierra y el Duque de Ferrara vino a la obediencia del Papa, diciendo *tibi soli pecavi*, y el Papa lo recibió y perdonó con ciertas condiciones y penitencias que le dio, y así fue toda la tierra de Italia y Lombardía quitada de la sujeción de franceses, y puesta so el yugo de la Iglesia. Nuestro Señor Dios sea loado por siempre: quedaron por ganar, que no se dieron, el Castillo de Milán y el de la Lanterna, en Génova, que es el que hizo el dicho Rey de Francia en Génova.

CCXXXIV. DE LA TOMA DE NAVARRA.

No pudiendo venir en concordia las cosas de entré el Rey Don Fernando y del Rey Don Juan de Navarra, hijo de Monsieur de Labrid, porque el Rey de Navarra era de la parcialidad de los cismáticos, y no quiso cumplir una capitulación que había entre ambos Reyes, en que diz que se contenía que había de dar paso para pasar en Francia y ciertas fortalezas, lo cual no haciendo no se podía pasar de Castilla a faces guerra a Francia; y desde el Rey Don Fernando vido que en ninguna manera se podía sacar conformidad, fizo gente para conquistar a Navarra, así como a tierra de Rey cismático y contrario de la Iglesia, y el Rey de Inglaterra su yerno, le envió por la mar con muchos hombres combatientes, y con ellos por Capitán al Marqués de Bristoles, para ayudar a hacer la guerra a Francia, así como católico y valedor de la Iglesia, y porque le tiene Francia contra razón y justicia el Condado de Guiena, que es allí frontero de Fuenterrabía y Navarra, donde son las ciudades de Bayona y Burdeos, y habían de ir sobre Bayona, si hubiera tiempo conveniente para ello, y los ingleses mandólos el Rey estar por fronteros de Francia en Fuenterrabía, y sus comarcas, y de allí hicieron asaz daños en Francia, ca quemaron y robaron muchos lugares de la frontera de Bayona, y en Navarra, de los que no se querían dar a Castilla, los cuales ingleses vinieron en España por Vizcaya en el mes de Junio del año de 1512.

Y el Rey envió desde Burgos al Duque de Alba con gente, decían que con doce mil hombres, a tomar a Navarra; y repartidos los Capitanes por el reino, algunas villas y fortalezas se tomaron por combates y otras se dieron de su grado, temiendo por no ser destruidos, y aun porque no querían mal al Rey Don Fernando, y el Duque de Alba, fue sobre la Ciudad de Pamplona, que es la mas principal y cabeza de Navarra, y se le dio; y la tomó, y entró en ella en el mes de Julio a 25 días del mes, el propio día de Santiago, y se apoderó en ella en alto y bajo, y el Rey de Navarra estaba allí primero, y desde supo que iba, no osó esperar, y se fue huyendo: y las fortalezas que mas se estuvieron, que no se querían dar, fue la ciudad de Tudela, y la fortaleza de Estella, y la fortaleza de Moniardin, y la fortaleza de Miranda, y otros; y en cabo otras se tornaron, y poseyendo el Rey Don Fernando toda Navarra, los Ingleses, o por mal sanos o por otras razones o causas que se le siguieron, o porque el Rey no entró en Francia por Bayona, se embarcaron en los puertos de Guipúzcoa, y se fueron en Inglaterra, sin licencia del Rey, y idos, el Rey Don Juan de Navarra hizo gente de gascones y franceses, y algunos alemanes soldados; y puesto caso que los puertos de entre Navarra y Francia estaban a buen recaudo, buscó por donde entró poderosamente en Navarra, con veinte mil hombres, y entró y puso cerco sobre Pamplona, y túvola cercada, y el Duque de Alba, dentro con cuatro mil hombres, veinte y siete días; y todo este tiempo el Rey estaba en Logroño, haciendo espaldas a la gente suya que estaba en Navarra, y hizo gente, y envió al Duque de Nájera con muy escogida gente al socorro del duque de Alba, y antes que el socorro fuese habían derribado un gran lienzo de la cerca de Pamplona.

Los franceses dieron un gran combate, en que no les aprovechó, y recibieron muy gran daño de los de dentro de la ciudad, en que les mataron mucha gente, y se tiraron a fuera, y sabiendo que iba el socorro, no osaron de aguardar, y se fueron alzado su Real, y los navarros naturales de la tierra, y otros de las guarniciones los siguieron a la rezaga, y al pasar de los puertos les hicieron mucho daño, y les despojaron muchos: y el Rey de Navarra, y todo su ejército fueron a punto de se

perder todos o la mayor parte de ellos, si el socorro llegara mas ahina, y los siguieron, y con todo eso perdieron el artillería mayor, trece tiros gruesos, y quedaron muertos en derredor de Pamplona, y en otras partes de Navarra, de ellos mas de dos mil hombres, y ellos mataron a un Capitán de infantería, cuando entraron, que había ido a sacar cierto ganado de entre unas sierras o puertos, con todos o la mayor parte de la gente que llevó, el cual Capitán se llamaba Valdés, y mataron con él trescientos hambres, y esto fue antes de asentarse el cerco sobre Pamplona, y fue en Valle de Ronces; y estuvo la gente que el Duque de Alba tenía en Pamplona, y estando cercados, que no comieron pan en mas de veinte días, toda la mas de la gente, salvo habas y garbanzos, y trigo cocido, carne, y otras cosas, y quemaban las techumbres de las casas para las cocer. El dicho cerco alzaron los franceses de sobre Pamplona a seis días del mes de Diciembre, habiéndolo tenido veintisiete días, y dióseles tanto lugar, que el Rey Don Fernando quería y quiso escusar muertes de gente cristiana, así corno siempre lo tuvo por costumbre.

Estando el cerco sobre Pamplona, el Delfin de Francia Monsieur de Angolema, hizo un ejército de catorce mil hombres, en que había cuatro mil suizos soldados, y envió con él al Duque de Borbón sobre Guipúzcoa, y quedóse él en Bayona, que está cuatro leguas de Fuenterrabía, y entraron por Oyarzun, y quemaron allí una racina, que es una legua de Fuenterrabía, y muchas otras caserías y herrerías, y ficiéron mucho mal y daño a la entrada y salida, matando y robando; y las gentes de los lugares y aldeas huían a los montes y a las fortalezas; y fueron sobre San Sebastián, y pusieron su campo en la Rentería, que está una legua: y de allí pusieron el cerco sobre San Sebastián, la víspera de San Andrés, a 29 de Noviembre, y como aquella villa está orilla de la mar, y la cerca cuando crece las tres partes de aquella la hacen fuerte, y no la podían quitar el socorro del agua, ni menos combatir por aquellas partes, y por donde mejor la pudieron combatir la combatieron con las lombardas, que había seis lombardas: y la combatieron tres horas, y le derribaron gran parte del muro, y la villa estaba muy menguada de hombres, que muchos habían ido en las naos con los ingleses a los llevar a Inglaterra, y otros estaban en las guarniciones y guerras de Navarra, y no se hallaron en la villa mas de cuatrocientos hombres de pelea, y estos se dieron a buen recaudo, y defendieron la villa por armas y artillería, y tiraron de la villa con una gruesa lombarda que tenían, y dio en la lombarda mas principal de los franceses con que hacían el mas daño a la villa, y quebróla, y mató treinta hombres, en que fueron algunos de los mas principales del campo, que tuvieron los de la villa por gran milagro, y luego cesaron el combate, y teniendo el socorro que venía ya por mar y tierra, alzaron el cerco el día de San Andrés de mañana; se fueron y quemaron la Rentería, donde habían asentado el campo; y Arnaniel, y Val de Parto, que son muchas cacerías, y los de la villa de San Sebastián, cuando salieron fuera, hallaron de los franceses mas de cien hombres muertos; de ellos llevadas las cabezas, las piernas: otros los brazos, del artillería de dentro, y de los de la villa no murieron sino muy pocos.

Y los franceses a la vuelta se hubieron de perder ca los vizcaínos les tornaron los puertos y pasos donde les ficiéron muchos daños, y quitaron el ganado, y mataron muchos y tornaron muchos prisioneros que destrocaron por los que ellos llevaban: y el Duque de Borbón lo sacaron por ciertos pasos de las montañas por que no se perdiese; y a este tiempo aun no era alzado el cerco de sobre Pamplona, empero dende a seis o siete días se alzó con temor del socorro, como dicho es.

En aquel tiempo del dicho cerco de Pamplona, tenía concertado el Duque Don Fernando de Calabria, sobrino del Rey Don Fernando, de se ausentar de la Corte y ir en Francia, y fue descubierta el concierto por un clérigo de Misa a quien fue revelado el secreto por los traidores que lo trataban, que eran un hombre bien rico y napolitano llamado Miser Copula, y un Comendador; y el dicho clérigo no quiso encubrir el secreto de traición contra su Rey, y díjolo al Cardenal de España, y el Cardenal enviólo al Rey, y el Rey, después de secretamente informado de lo cierto, mandó prender al dicho Miser Copula, el cual confesó la verdad, y de como dos años había que el Duque se andaba por ir, y como él traía este trato y aviso y un Comendador, amigos o criados del Duque, y luego el Rey mandó al Vice-chanciller de Aragón, fuese a la posada del dicho Duque Don Fernando, y lo prendiese y llevase a buen recaudo a Játiva: y luego el dicho Chanciller tomó

consigo hombres armados los que convenían, y lo prendió y llevó y puso preso, a buen recaudo en Játiva sin que el Rey lo viese, ca no lo quiso ver ni hablar, porque el Rey le hacía mucha honra, y nunca le faltara un gran casamiento y Señoría en estas partidas de España, y si se fuera, nunca faltaran muchas mas guerras, y fatigas a su causa en Nápoles y en la Italia, sin él conseguir el apetito de su deseo contrario a la voluntad de Dios, que quiso dar lo suyo a su dueño, como atrás es escrito. Deliberado todo el reino de Navarra del Rey Don Juan su yerno, que solía ser, y de los franceses quedó el Alcaide de los Donceles por Visorrey de él y Gobernador, el cual lo ayudó a ganar.

CCXXXV. DE LA TOMA DE NAVARRA.

Muy Reverendo en Jesucristo, Padre Arzobispo de Sevilla, mi confesor y del mi Consejo; ya creemos que sabéis como, después de Dios Nuestro Señor, Nos hicimos Reyes de Navarra a los muy ilustres Rey y Reina de Navarra nuestros Sobrinos y los pusimos en el Reino, teniendo la mayor parte del contrario, porque pretendían que aquel Reino y Señorío, pertenecía a Moser de Foix, padre del que murió en la batalla de Rávena y no a ellos, y el Rey de Francia favoreció al dicho Moser de Foix, y trabajaba con su potencia de ponerle en la posesión de aquel Reino y Señoríos, y entonces el dicho Rey de Francia nos envió diversas embajadas con grandes ofrecimientos de cosas que por Nos quería hacer, porque diésemos lugar a ello, lo cual no solamente no quisimos hacer, más con nuestro favor y gente hicimos obedecer y coronar en el dicho Reino a los dichos Rey y Reina de Navarra mis sobrinos, y declaramos que habíamos de poner nuestra persona y Estado por la defensión de ellos.

Y después estando este Rey de Francia y Nos en amistad, y siendo como somos casado con la Serenísima Reina, nuestra cara y muy amada mujer, viviendo Moser de Foix, su hermano, el dicho Rey de Francia, procuró con Nos muy ahincadamente que diésemos lugar a que con su ayuda el dicho Moser de Foix tornase la posesión del dicho Reino y Señoríos, diciendo que todos los Letrados de su Reino habían visto los títulos de su derecho, y que de justicia claramente le pertenecía el dicho Reino y Señoríos, y que Nos debíamos dar lugar a. ello, así por no le impedir su justicia como porque siendo hermano de la dicha Serenísima Reina nuestra mujer estaría siempre junto con nos, y que en caso que él falleciese sin hijos, la dicha Serenísima Reina nuestra mugen era su heredera, y sucesora, y sucedería en su Estado: diciendo que en hacer por él hacíamos por Nos: y no embargante todo esto, Nos por el amor que habemos siempre tenido a los dichos Rey y Reina de Navarra nuestros sobrinos, no solamente no lo quisimos consentir, mas nunca dimos lugar a que su derecho se pusiese en disputa, antes siempre estuvimos determinados de poner nuestra persona y estado para defenderlos en el suyo, contra todo el mundo, sin exceptar hermano ni otra persona alguna, y es notorio en España y en Francia que si no fuera porque el Rey de Francia nos vio determinado a defender las personas y estados de los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos, y los hubiera despojado de el dicho su estado.

Y no tan solamente hicimos esto por los dichos Rey y Reina de Navarra nuestros sobrinos, mas todas las otras cosas que fueron necesarias para que tuviesen, como tenían en paz y obediencia el dicho su Reino, que antes había muy grandes tiempos que siempre estaba en guerra: en pago de todo esto cuando vieron el dicho Rey y Reina de Navarra que el Rey de Francia se puso públicamente a ofender la Iglesia en lo espiritual y temporal, ocupándole su patrimonio y dividiendo con cisma la unidad de ella y viendo que nos declaramos en favor y defensión de la Iglesia, luego comenzaron a tener estrechas pláticas y inteligencia con el dicho Rey de Francia y a hablar asaz cosas en favor de lo que hacía y en disfavor de la causa de la Iglesia y de la persona de nuestro muy Santo Padre, ni mas ni menos que se hablaba en la Corte del Rey de Francia, y aunque aquello nos parecía muy mal, y lo reprendíamos, creíamos que el Rey de Navarra por ser francés hablaba aquellas cosas por favorecer el partido de los Franceses, y no por impedir lo que se hacía en favor de la Iglesia.

Y luego que Moser de Foix fue muerto, viendo el Rey de Francia la unión que se hacía en toda la cristiandad con nuestro muy Santo Padre y con la Iglesia Romana, y viendo que el Serenísimo Rey de Inglaterra, nuestro hijo, y Nos, estábamos determinados de enviar a Guyena nuestro ejército en favor y ayuda de la causa de la Iglesia, y que la entrada de Guyena por tierra por esta parte de España es muy angosta y que tiene en la frontera la ciudad de Bayona que es fortísima y está arrimada a las sierras de Navarra y de Bearne, conociendo que por la disposición de la tierra juntándose el Rey y la Reina de Navarra y su estado con el dicho Rey de Francia, sería imposible que los dichos nuestros ejércitos pudiesen tomar a Bayona, ni tener cerco sobre ella sin evidentísimo peligro, y que no podrían ser proveídos de mantenimientos; dejando las espaldas contrarias procuró de ganar por intereses a los dichos Reyes de Navarra contra Nos, no solamente para impedir la dicha empresa, mas para hacer por Navarra en España todo el daño que pudiese.

Y luego que lo supimos enviamos a decir a los dichos Rey y Reina de Navarra, que pues veían que el Rey de Francia era notorio enemigo y ofensor de la Iglesia, y el dicho Serenísimo Rey de Inglaterra nuestro hijo, y Nos tomamos esta empresa en favor y ayuda de la causa de la Iglesia para divertir la potencia que tenía en Italia, y esto era para remedio de la Iglesia y de toda la Cristiandad, y particularmente para remedio de los dichos Rey y Reina, porque saldrian del peligro en que de continuo estaban con la vecindad del Rey de Francia, que les rogábamos no quisiesen dejar el partido de nuestra Santísima Liga, y juntarse con el partido de los cismáticos, y pedímosles una de tres cosas, o que estuviesen neutrales y nos diesen una delgada seguridad para que de Navarra y Bearne no daría ayuda al Rey de Francia, ni haría daño a nuestros ejércitos, o que si querían ayudar al Rey de Francia con lo de Bearne, que está desotra parte de los Montes Pirineos, ayudasen a Nos con lo de Navarra, que está destotra parte en España, y que si querían del todo declararse por una de las partes, que se declarasen por la parte de la Iglesia y nuestra, y que haciéndolo le daríamos ciertas villas de estos reyes, que están en su frontera, y ellos las desean mucho, porque por un beneficio tan universal como placiendo a Dios Nuestro Señor se espera para la Iglesia y para toda la república cristiana de lo que se hará en esta empresa, nos habíamos por bien empleado de les dar las dichas villas, y demás de esto todos los coligados nos obligaríamos a defender siempre su estado.

Y que mirasen cuánto mas les valía tomar esto sirviendo a Dios y a la Iglesia, y respondiendo a Nos con el agradecimiento que nos deben por los beneficios que de nos han recibido, y quedando juntos con todos los Príncipes cristianos, que no por el precio y interés que les da el Rey de Francia posponer y vender lo que deben a Dios y a su Iglesia y la obligación que tienen de no estorbar lo que se hace en favor de ella y para universal remedio de toda la República cristiana, y que mirasen que no juntándose ellos con el Rey de Francia contra la Iglesia y contra los que favorecen su causa, el Rey de Francia, mediante Nuestro Señor, podrá ser brevemente traído a tales términos que dejase todas las cosas que tiene ajenas, y que para lo demás no tuviese otro remedio sino ir a pedir misericordia a los pies de Su Santidad, con lo cual la Iglesia y la Cristiandad quedarían remediadas, y cesarían las guerras entre los cristianos, y nuestra Santísima Liga podría emplearse en la guerra contra infieles, enemigos de nuestra Fe.

Y aunque los Embajadores de los dichos Rey y Reina de Navarra nos decían, que tenían por cierto que todo esto sucedería así, si los dichos Rey y Reina se juntasen con la Iglesia y con Nos, y aunque lo habemos instantísimamente con los dichos Rey y Reina de Navarra desde antes que viniesen los ingleses, y después hasta hoy esperando esto, habemos detenido la entrada de nuestro ejército al sitio de Bayona, con grandísimo gasto de los ingleses y nuestro y con no pequeño descontentamiento, porque desde 8 de junio que descendieran los ingleses, hasta hoy, han estado nuestros ejércitos gastando y esperando la conclusión de esta negociación, nunca habemos podido acabar con los dichos Rey y Reina de Navarra, que sean de nuestra parte ni que quieran ser neutrales, y siempre nos han llevado en palabras, dándonos esperanza que harían lo uno o lo otro, y por otra parte, dando de su tierra la gente y otras cosas necesarias para la fortificación y defensa de Bayona, y para que los franceses tuviesen tiempo de juntar allí toda la potencia que

ellos pueden, hasta que habemos sabido y nos ha constado que los dichos Rey y Reina de Navarra han asentado Liga con el Rey de Francia contra los que favorecíamos la causa de la Iglesia, no solamente para impedir la dicha empresa, mas para hacer en España todo el daño que pudieren, y la suma de la capitulación de la dicha Liga, vos enviamos con la presente.

Vista esta ingratitud que los dichos Reyes de Navarra han cometido para con Dios y con Nos, y no contentándose de dejar la Iglesia y quien después de Dios los hizo y defendió, mas haciéndose contrarios y enemigos de ella y nuestro, por seguir al ofensor y enemigo de la Iglesia; y habido sobre ello maduro Consejo con los Prelados y Grandes, y con los del nuestro Consejo, y con otras personas de ciencia y conciencia de estos Reinos; considerando el daño grande que se podría seguir a la Iglesia y a toda la Cristiandad si por dejar Nos la dicha empresa el Rey de Francia viéndose libre por la parte de acá, enviase toda su potencia en Italia contra la Iglesia, y que para el remedio de ella y de toda la Cristiandad es necesario y conviene hacerse la dicha empresa, ofreciéndoles toda paz y amistad si la dieren, y que si negaren el dicho paso, podemos justamente trabajar de tomarle y tenerle para seguridad de la dicha empresa, y que de esto hay ejemplo en la Sagrada Escritura; y siguiendo el dicho Consejo mediante nuestro Señor, habemos acordado que nuestro ejército entre por Navarra, para que trabaje de tomar la dicha seguridad: y porque dicho Serenísimo Rey de Inglaterra nuestro hijo, no sabiendo esto, ni aun creyendo que pudiera suceder así, no dio comisión a su Capitán General para que entrase por Navarra, quedara el dicho ejército de los ingleses en campo dentro de Guyena, no sobre Bayona, porque el impedimento susodicho no puede ser hasta tener seguridad de Navarra, pero mas acá de Bayona hasta que placiendo a Nuestro Señor, nuestro ejército haya tomado la dicha seguridad de Navarra; y toma de aquella, placiendo a Nuestro Señor ambos los ejércitos juntamente continuarán la empresa de Guyena.

El Rey y la Reina de Navarra hacen cuenta que pues por la dicha Liga está junta la potencia de Francia con la suya, nuestro ejército no será bastante para tomar la dicha seguridad; pero Nos esperamos en Dios Nuestro Señor que la tomará. De Burgos a 20 de Julio de 1512 años.

SUMA DE LA CAPITULACIÓN Y CONCIERTO DE ENTRE EL REY DE FRANCIA Y EL REY DE NAVARRA, CONTRA LA SANTA LIGA DE LA IGLESIA.

Asentaron casamiento de la hija menor del Rey de Francia con el Príncipe de Navarra. Amistad y Liga perpetua de amigo a amigo, y enemigo del enemigo.

Item que los dichos Rey y Reina de Navarra, ayudarán con todas sus fuerzas y estado al Rey de Francia contra los ingleses y españoles, y contra todos los otros que con ellos se juntaren.

Item, que el dicho Rey de Francia ayudará al Rey y Reina de Navarra para que conquisten para sí ciertas tierras y castillos de Castilla y Aragón, que pretenden, que antiguamente eran de Navarra, de las cuales de yuso se hará mención.

Item, que el Rey y Reina de Navarra han de enviar al Príncipe su hijo para que esté en poder del Rey de Francia por seguridad, y tiempo contenido en la capitulación.

Item, el Rey de Francia ha dado a los dichos Rey y Reina de Navarra el Ducado de Nemors, y hales prometido el Condado de Armeilac.

Item, hales dado veinte y cuatro mil francos de pensión, y trescientas lanzas francesas; ciento para el Rey de Navarra, y ciento para el Príncipe, y cien para Monsen de Labrit.

Item, háse obligado el Rey de Francia de pagar al Rey de Navarra cuatro mil peones tanto cuanto durare la guerra.

Item, que les ayudará con mil lanzas gruesas pagadas, y con toda la otra pujanza suya, para que los dichos Rey y Reina de Navarra, conquisten a Guipúzcoa, y a los Arcos, y a la Guardia, y a otras cosas de Castilla, y a Balaguer, y a Riva y Pisa, y otras cosas de Aragón que pretenden que antiguamente fueron de los Reyes de Navarra.

Item, el Rey de Francia, además de lo susodicho, dé al Rey y a la Reina de Navarra cien mil escudos de oro por una vez, pagados en ciertas pagas, para que hagan gente, así para ayudar al Rey de Francia, como para las otras cosas susodichas.

Item, que el Rey de Francia ha tornado a Monsieur de Labrit las tierras, y oficios y provisiones que solía tener, las cuales el Rey de Francia le tenía quitadas.

Item, de todo lo susodicho llevó Monsieur de Orval capitulaciones y escrituras firmadas, y juradas por los dichos Rey y Reina de Navarra y por el dicho Monsieur de Orval, como Procurador y Embajador del dicho Rey de Francia.

Item, para ejecución de lo susodicho, el Rey y la Reina de Navarra han mandado a todos sus súbditos de los Señoríos de Bearne y Foix, y a los del Reino de Navarra, que estén en tierra de labor, que es en San Juan del Pie del Puerto, y en aquellas faldas de Navarra, que fagan y cumplan todo lo que el Capitán General del Rey de Francia, que está en Guyena les mandáre, en servicio, favor y ayuda de él: y de la misma manera a mandado el dicho Rey de Francia al dicho su Capitán General que para ejecución de las cosas susodichas tocantes a los dichos Rey y Reina de Navarra falta con todas las gentes y poder del Rey de Francia todo lo que el Rey y Reina de Navarra les escribieren, y que entren en España y trabajen de tomar todo lo que pudieren.

Item, tiénese aviso cierto que el Rey de Francia cumpliendo el dicho asiento, ha enviado a los dichos Rey y Reina de Navarra dineros para pagar la gente.

CCXXXVI. DECLARACIÓN DEL REY DON FERNANDO SOBRE LAS COSAS Y EMPRESAS DEL REINO DE NAVARRA.

Nos el Rey de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén etc. Hacemos saber a todos los que la presente vieren: como a todo el mundo es notorio, estos días pasados viendo Nos la empresa que el Rey de Francia tornó de ocupar el patrimonio de la Santa Iglesia Romana nuestra Madre, y de dividir la unidad de ella con cisma, en tanta ofensa de Dios Nuestro Señor y daño universal de toda la Religión Cristiana, luego que supimos esta nueva, que fue estando para pasarnos en persona con nuestro ejército a proseguir la empresa contra los infieles enemigos de nuestra Santa fe Católica, sentimos de ella muy grave pesar y dolor, y poner tal fuego y guerra en la Cristiandad y impiedad en nuestra Santa fe Católica, y como esto no pudimos, por ninguna vía de negociación, requerido por nuestro muy Santo Padre que quisiésemos tornar por la defensa y remedio de la Iglesia, conociendo que esta es la mayor obligación que todos los Príncipes Cristianos tenemos, ficísmolo así, y asentamos con nuestro muy Santo Padre y con el Serenísimo Rey de Inglaterra, nuestro hermano y hijo, y con otros Príncipes Cristianos, una Santísima Liga para defensa de la Iglesia y para recobrar el patrimonio que por el dicho Rey de Francia y sus acrehentes le había sido ocupado y para destrucción de la dicha cisma; y porque pareció que para acabar lo susodicho con el ayuda de Dios Nuestro Señor, y para divertir de Italia donde la Iglesia tiene su principal Silla, las fuerzas de los enemigos, era necesario que los ejércitos del dicho Serenísimo Rey de Inglaterra nuestro hijo, rompiesen por Guania contra el dicho Rey de Francia, y para ello fuimos requeridos por nuestro muy Santo Padre, y Su Santidad otorgó indulgencia plenaria a todos los que en los dichos nuestros ejércitos fuesen a servir en la dicha nuestra empresa, y queriéndola poner por obra los ejércitos del dicho Serenísimo Rey de Inglaterra, nuestro hijo, y nuestro, por la parte de Bayona fueron por vía indirecta impedidos por el Rey y Reina de Navarra nuestros sobrinos, así con la liga que han hecho y asentado con el dicho Rey de Francia en perjuicio de la dicha Santísima Liga, como de la dicha Santa empresa, como en las ayudas que de dicho reino de Navarra y del Señorío de Bearne han permitido y prometido para la defensa y fortificación de Bayona y de Guania.

Por lo cual siguiendo el efecto de lo sentado en la dicha nuestra Santísima Liga, y para que la dicha santa empresa no se pudiese estorbar por los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos, fue necesario que mandásemos al Duque de Alba nuestro Capitán General que entrase con nuestro ejército por el dicho reino de Navarra, como justamente lo podíamos y debíamos hacer; pues de la manera susodicha los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos se oponían a la dicha empresa, y en la capitulación de la dicha Santísima Liga, fue firmado por Su Santidad, por ser así necesario, por el

remedio de la Iglesia y de la Cristiandad, que lo que por alguno de Nos los dichos confederados fuese tomado fuera de Italia de los que en cualquiera manera se opusieren a la empresa de la dicha Santísima Liga, aunque fuesen Reyes, lo pudiésemos detener; y visto que el dicho Duque de Alba, nuestro Capitán General, prosiguiendo la dicha empresa, después de habérsenos rendido la ciudad de Pamplona, cabeza del dicho reino de Navarra y otros lugares de aquel reino, y estar todo el dicho reino en disposición de hacer lo mismo, a asentado con el dicho Rey nuestro sobrino en nombre de él y de la dicha Reina nuestra sobrina, capitulación, en la cual, en sustancia se contiene que toda la empresa, causa y negocio que el dicho nuestro Capitán General prosigue contra los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos y su reino, los dichos Rey y Reina la remiten enteramente a nuestra voluntad, y disposición, para que Nos podamos disponer y ordenar, según nos pareciere, y que aquello se cumplirá y terná por los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos, sin contravenimiento alguno.

Nos, consideradas todas las cosas susodichas, y lo que va y importa al bien y remedio de la Iglesia, y de toda la Religión Cristiana, que la obra santa y impresa que habemos tomado contra los que ofenden a la Iglesia, con el ayuda de Dios Nuestro Señor pase adelante, hasta que la dicha cisma del todo sea destruida, y la Iglesia y la Cristiandad remediada, y la honra de Dios Nuestro Señor y de su Iglesia satisfecha, y porque conocemos que para seguridad de la dicha empresa es muy necesario y conveniente que el dicho reino de Navarra y las fortalezas de él estén en nuestro poder hasta que toda la dicha Santa empresa, con el ayuda de Dios Nuestro Señor sea toda acabada, declarando nuestra intención cerca de lo contenido en la dicha capitulación, que como dicho es, fue remitido a mi voluntad, por la presente decirnos:

Que nuestra voluntad es que los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos, nos entreguen y fagan entregar luego todas las ciudades, y villas, y lugares, y fortalezas del dicho reino de Navarra, y que los reciba por Nos el dicho Duque nuestro Capitán General, o las personas que él enviare a recibirlas, para que todas las dichas ciudades, y villas, y lugares, y fortalezas, y todos los súbditos y naturales del dicho reino, de cualquier estado o condición que sean, estén en nuestro poder; y a nuestra gobernación y obediencia todo el tiempo que Nos viéremos que convenga para el bien y seguridad de la dicha santa empresa, en la manera susodicha, y que después quede a nuestra voluntad y disposición el cuándo, y la forma, y manera como hayamos de dejar el dicho reino, para que de él ni por él no se pueda seguir daño a lo que fuere fecho en beneficio de la dicha Santa empresa, ni a ningunas tierras, ni súbditos de las coronas de Castilla y Aragón, ni a los súbditos del dicho reino de Navarra, ni a alguno de ellos, y fasta que Nos de nuestra voluntad fagamos dejación del dicho reino de Navarra, en la manera susodicha, todos los súbditos naturales de él sean obligados de Nos obedecer enteramente, como a depositario de la corona y reino de Navarra, y del Señorío y mando de él, so pena de caer en caso de traición, y de las otras penas en que incurren los que vienen contra la corona Real.

Otro si: declarando, más la dicha nuestra voluntad por virtud de la dicha capitulación, decimos que nuestra voluntad es, que los dichos Rey y Reina de Navarra mis sobrinos, envíen luego al Mariscal de Navarra, y al Conde de Santisteban, y a Don Julio de Beamonte y a sus hijos al dicho Reino de Navarra para que vivan en él y tengan sus tierras y bienes, porque estando a la parte de Francia no sean necesidad de servir y ayudar a los franceses cismáticos contra la dicha Santa empresa, y que por la misma causa los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos sean obligados de dejar venir a vivir al dicho reino de Navarra. a todos los otros navarros que estuvieren de aquella parte de Francia que quisieren venir en el dicho reino.

Otro si: declarando más la dicha nuestra voluntad, por virtud de la dicha nuestra capitulación, porque los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos teniendo de la parte de Francia al Príncipe su hijo, no están constreñidos so color de casamiento, o otro cualquier color, por ponerlo en manos del Rey de Francia, queremos que los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos vos entregue al dicho Príncipe su hijo, para que esté en nuestra casa real fasta que todo lo que toca a la dicha empresa en la manera susodicha sea del todo acabado, con el ayuda de Dios Nuestro Señor.

Otro sí: declarando la dicha nuestra voluntad por virtud de la dicha capitulación, decimos: que los dichos Rey y Reina nuestros sobrinos sean obligados de no consentir ni dar lugar que por el Señorío de Bearne se haga guerra ni daño directamente en los reinos de Aragón, ni dé paso, para que por allí se pueda hacer daño alguno a los dichos nuestros reinos, y para que a todos sea notoria nuestra voluntad cerca de las cosas susodichas, mandamos facer la presente, firmada de nuestra mano, y sellada con nuestro sello: dada en la ciudad de Burgos a treinta y un días del mes de Junio, año del Nacimiento de Nuestro Señor y Salvador Jesucristo de mil y quinientos y doce.— El Rey.

EL REY.

Muy Rdo. en Cristo, Padre, Arzobispo de Sevilla, mi confesor y del mi consejo; por la otra mia que va con esta, veréis el impedimento que el Rey y la Reina de Navarra nos han puesto en esta Santa empresa, que hacemos en favor de la Iglesia, y para la destrucción de la Cisma, y por causa de los dichos Reyes, creyendo que los pudiéramos atraer a lo que era razón, he detenido más de cuarenta días los ejércitos del Serenísimo Rey de Inglaterra mi hijo, gastando sin facer cosa alguna, que no ha sido pequeño inconveniente, según lo que en este tiempo con el ayuda de Dios Nuestro Señor pudieran haber hecho en Francia, y al fin visto que no pude acabar cosa alguna con los dichos Reyes, y que nos negaron el paso por nuestros dineros, y seguridad para el dicho paso, porque por su causa no se estorbase la empresa, Guiana, que fuera estorbar el remedio de la Iglesia y de toda la cristiandad, y estorbarla los dichos Reyes de Navarra, siendo como es guerra inducida por la Iglesia y en favor de ella, y haberse juntado para ella con el Rey de Francia, se hicieron factores de los Cismáticos, mandé al Duque de Alba, nuestro Capitán General que entrase con nuestro ejército por Navarra para trabajar de asegurarse del dicho reino, el cual lo puso así por obra, a los veintiuno deste mes de Julio, y ahora me ha escrito que habiendo quedado el Rey de Navarra en la ciudad de Pamplona en propósito de defenderla, estando ya cerca de ella, nuestro ejército, el dicho Rey se fue de ella, y que en asentando el dicho nuestro ejército sitio sobre la dicha ciudad, sin pasar trecho alguno de armas se nos rindió, y día de Santiago se entregó en nuestro nombre al dicho nuestro Capitán General, que como sabéis es cabeza de aquel reino.

En haberse hecho así brevemente y sin daño, ha parecido bien ser obra de la mano de Nuestro Señor; que en toda parte quiere mostrar milagro en las cosas de la Santa empresa, que hacemos en favor de la Iglesia, y para la destrucción de la Cisma, y yo envío a mandar al dicho nuestro Capital]. General que pase adelante a trabajar de tomar con el ayuda de Dios Nuestro Señor las fortalezas que están en dicho reino para la entrada de Guiana, porque son recelo y contradicción del dicho reino. Y el ejército del Serenísimo Rey de Inglaterra, mi hijo, y el nuestro puedan unidamente con la guía de Dios Nuestro Señor proseguir la empresa por la parte que vieren que mas cumple para el bien de ella. De Burgos a veintiséis de Julio, año de 1512.

El Duque de Alba, Capitán General del ejército de los españoles entró en el reino de Navarra con el dicho ejército, Miércoles veintiuno de Julio, y a la entrada mandó pregonar que los de aquel reino no hiciesen la guerra al dicho ejército, ninguno les ficiese daño, ni en sus bienes, y que pagasen llanamente los mantenimientos que tomasen, y aquel día asentó el campo una legua y media dentro del dicho reino. El día siguiente, fue a asentar el campo sobre un lugar cercado que está camino de Pamplona, Huarte, en el cual poco antes se venían a poner ciertos capitanes del Rey de Navarra, con algunas banderas de Roncaleses que es la mejor gente de aquel reino, los cuales no se metieron dentro, antes se fueron, y el dicho lugar se rindió con todo el valle. Y por estar aquel lugar en paso, el Capitán General dejó en él guarnición, conveniente para asegurar el camino de los mantenimientos.

En este tiempo la Reina de Navarra con sus hijos era ida a Bearne, que es a la parte de Francia, y el Rey de Navarra quedó en la ciudad de Pamplona, con propósito de defenderla, y envió sus capitanes y gente a un puerto áspero y estrecho donde el ejército de los españoles había de

pasar, para que defendiesen aquel paso, posponiendo que por la aspereza de la poca gente lo podría defender a mucha; avisado de todo el Capitán General, antes de mover el campo que le tenía asentado dos leguas de allí, fue con algunos capitanes a ver la disposición de aquel paso, y visto por la aspereza de él y estrechura, fue necesario que dividiese el ejército en dos partes, y con la mejor de ella puesta en orden la batalla, a la parte más áspera, y con mucha escopetería acordó de combatir aquel paso, y al mismo tiempo mandó que moviesen el artillería con la otra parte del campo, por mas abajo, cerca de una legua, porque la disposición de la tierra no sufría otra cosa, y aun para que pudiese pasar el artillería fue necesario facer el camino todo nuevo, a pala y azada, y así como la gente del ejército de los españoles movió muy ordenadamente para querer combatir, la gente del Rey de Navarra desampararon el paso de manera que el ejército de los españoles pasó sin resistencia, y sin daño alguno.

Este día el Capitán General, porque el peligro estaba en la delantera, y convenía asentar el campo en buen lugar, quiso ser en la delantera, y el Mariscal, y él fue a aposentar el campo, y dejando proveído en lo que convenía, salió a donde el artillería había de salir y no se apeó en todo el día, hasta que pasó el artillería y la trujo consigo al campo, el cual se asentó aquel día, que eran veintitrés de Julio, a dos leguas de la ciudad de Pamplona: rindiósele allí un castillo pequeño que llaman Garazon, y el dicho día se fue el Rey de Navarra de Pamplona.

El día siguiente, a los veinticuatro de Julio, por la mañana el Capitán General envió a la ciudad de Pamplona un Rey de Armas con una carta de creencia, y la creencia por escripto, para que así la mostrase: en suma, decía las causas que habían movido a su Católica Regencia para enviar su ejército a Guaiña, en favor de la causa de la Iglesia, y para la destrucción de la cisma, y las causas por qué fue necesario entrar por aquella tierra a la dicha empresa, para asegurar de ella y no para que les hacer daño alguno, pidiéndoles y requiriéndoles que le entregasen la dicha ciudad, y si así lo hiciesen, serían mirados, guardados y bien tratados, y si no que él con el ayuda de Dios Nuestro Señor, pues como Capitán que llevaba tan santísima empresa, le era lícito entrar por cualesquier tierra, que para la dicha santa empresa convenía entrar, y que él entendía entrar con mano armada en la dicha ciudad, y ir otro día a comer a ella, y tomar la seguridad que para la prosecución de la dicha empresa conviniese, y que para aposentar el dicho ejército en la ciudad, enviaría a sus aposentadores para que se juntasen con un oficial de la dicha ciudad. Porque sin escándalo se fiziese. Fecho esto, el dicho Capitán General mandó mover el ejército, camino de la dicha Ciudad en esta orden.

En la delantera, los Mariscales, con 350 jinetes.

Después el Condestable de Navarra, con 400 jinetes.

El Obispo de Zamora, con 450 hombres de armas.

Y después, Juan Núñez de Prado con 530 jinetes.

Sobre toda la dicha gente iba a la mano derecha la infantería, fecha dos escuadrones.

A la mano izquierda, entre la gente de caballo y el infantería, iba el artillería y su munición, y detrás de todo esto iba el fardaje.

En la retaguardia iba el otro golpe de hombres de armas, y jinetes, con Hurtado de Luna, y Ruy Díaz de Roxas.

Entró la infantería toda por la puente, que era hacia la mano do venia, y la gente toda de caballo por el vado, y asentóse el campo en la parte de lo mas alto, a un tiro de piedra de la ciudad.

Poco antes desto, habían salido de la ciudad cuatro Embajadores a tratar con el Capitán General, de manera, que el día del Señor Santiago, 25 de Jullio le entregaron la ciudad, en nombre de Su Católica Majestad, y se apoderó de ella como convenía. Escripto en Burgos a 27 de Julio año de 1512.

Después de lo susodicho el Rey de Navarra paró en la villa de Lumbirre, y sabiendo que el ejército de los españoles estaba para ir sobre él, porque aquella villa de Lumbirre está en passo por donde pueden entrar los franceses, por la parte de Bearne, y de Roncesvalles a España, envió el dicho Rey sus Embajadores con poder suyo bastante al dicho Capitán General para que asentase con

él lo que quisiere, haciendo cuenta que pues no podía retener el reino quería mostrar que lo dejaba de su voluntad, por dos fines: el uno porque no le tomasen a Bearne y los otros Señoríos, y el otro porque después que su Católica Majestad se hubiese aprovechado del otro reino para la dicha empresa de Guaiaina, tuviese más voluntad de restituírselo, y así los dichos Embajadores asentaron por virtud del dicho, poder con el dicho Capitán General, una capitulación, que en sustancia tiene, que toda la empresa, causa y negocio, que el dicho Capitán General proseguía contra ellos y su reino, el Rey y la Reina de Navarra lo remitían enteramente a la voluntad y disposición de la Católica Majestad del Rey, para que pudiese ordenar y disponer, según le pareciese, y que aquello se cumpliría y ternía por los dichos Rey y Reina sin contravenimiento alguno, y para seguridad que cumplirían todo lo susodicho de la manera que Su Alteza lo ordenase y mandase, se asentó que entregarían luego a Su Alteza las fortalezas de San Juan del Pie de Puerto y de Maya, las cuales el dicho Capitán General había ya enviado a recibir.

Y su Alteza, por virtud de la facultad que para ello le fue dada por la dicha capitulación, fizo una declaración de su voluntad, la cual declaración el dicho Capitán General fizo saber a los dichos Rey y Reina de Navarra para que la cumpliesen, según por la dicha capitulación eran obligados, pero Su Alteza envió mandar al dicho Capitán General, que en recibiendo sus fortalezas de aquel reino, entrase luego el ejército de los ingleses y de los españoles, juntamente en Guaiaina, con la gracia de Nuestro Dios, por la parte que fuere mas favorable para la dicha empresa, y en caso que el Rey y la Reina de Navarra no cumpliesen lo contenido en la dicha declaración, pues ya las fortalezas San Juan del Pie del Puerto y de Maya, se eran entregadas a Su Alteza, en el dicho caso, mandó al dicho su Capitán General, fuese luego a tomar a Lumbirre con el ayuda de Dios, y por tanto mandó a él no se ocupase ni detuviese más en las otras cosas de Navarra, pues ternía ya los Puertos y entradas de ella para Francia, y que ambos ejércitos juntamente entrasen en Guaiaina, que las otras cosas de Navarra, Su Alteza proveería en ellas, y las allanaría de manera que en ambos los casos los ejércitos Inglaterra y España mediante Nuestro Señor hobiese de entrar luego en Guaiaina, para la cual empresa Dios mediante, será muy provechosa Navarra, así corno no teniéndola sería muy contraria y impeditiva de la dicha empresa.

Muy Reverendo en Cristo, Padre Arzobispo de Sevilla, mi confesor: al tiempo que estaba acá el ejército de los ingleses, juntamente con el nuestro, avía de entrar en Francia como estaba acordado, el Rey de Francia juntó toda su potencia, así la que tenía en Italia, como la que tenía en Francia, y la envió a esta nuestra frontera: y vino con ella el Delfín, y otros Grandes de Francia, y todos los buenos Capitanes de guerra que les han quedado, y todos los Gentiles hombres de su casa, y demás desto dio dinero al Rey Don Fernando, y a Mosén de la Brit, para que de sus tierras fiziesen, como ficieron toda la gente que pudieron, de manera que el Rey de Francia, y el Rey Don Fernando de Navarra, juntaron en la dicha frontera todo el ejército que les fue posible para resistir a ambos nuestros ejércitos, y tan bien deliberado si los derechos nuestros y ejércitos entrasen, retirarse ellos, y esperando, pero retirándose.

Sin ninguna duda, mediante Nuestro Señor, la victoria era nuestra, pero nunca se pudo acabar con el dicho Capitán General de los ingleses, que quisiesen entrar por Bearne, hasta que a la postre me escribió que le placía, y con confianza lo haría así, pasó el Duque de Alba nuestro General con nuestro ejército, y con nuestra artillería de la otra parte de los Montes Perineos, en favor de la empresa del dicho Serenísimo Rey mi hijo: y cuando nuestro ejército y artillería fue pasada a San Juan del Pie del Puerto, que es a la parte de Francia, para salir a recibir de aquella parte al ejército del Rey de Inglaterra, mi hijo, y envió gente de caballo que los guiasen fasta donde se habían de juntar, el dicho Capitán General de los ingleses tornó a decir que no quería; y tornándole a porfiar sobre ello, dijo que quería, pero que no estaría en España veinticinco días, fasta ponerse en las naos, y que aunque se tomasen tierras en Guaiaina, no quedarían acá ni las sosternían, sino que las dejarían, y decían las gentes del dicho ejército de los ingleses que si no les diesen recaudo para que dentro de los veinticinco días se embarcasen, que quien lo estorbase se lo

pagaría.

No sabiendo esto, y que los dichos veinticinco días eran menester para solo llegar a donde la dicha empresa había de comenzar, y volver al dicho embarcadero; de manera que no queda tiempo ninguno para hacer la guerra, como quiera que sentía yo mucho por lo que tocaba a la honra y estado del dicho Rey mi hijo, y a la gloria de su nación inglesa, que todos los tiempos pasados ganó tanta honra, en los fechos de armas, y alcanzó tantas victorias, volverse así, sin hacer cosa ninguna: y también sentía que a su causa y para ayuda a su empresa, pasó en Francia nuestro ejército y artillería de la otra parte de los montes Pirineos, que de otra manera no pasara, o si hubiera de pasar sin confianza que los ingleses y ellos se habían de juntar, fuera juntado primero, mayor ejército, y aviéndolo fecho pasar, detallo allí al rostro de toda la potencia de los enemigos, y irse para hombres de honra como ellos son, parecía cosa bien extraña; empero visto que no había remedio para detener lo que la gente inglesa cada día decían y escondían cada día más, contra los españoles de la misma gente que los servían, creyendo que eran causa para detenerlos a instancia del dicho Capitán General, fue contento de les dar licencia, y mandarles dar naos para que se fuesen.

Y como los franceses supieron y tuvieron por cierto los ingleses se iban dejando a nuestros españoles de la otra parte de los Montes Pirineos, y sabiendo ellos que por la dicha empresa de Guiaina, para la cual los españoles habían pagado, el dicho Serenísimo Rey mi hijo, ponía la mitad del dicho ejército, y Nos la otra mitad, y que yéndose los ingleses quedaba solamente el medio, ejército que era el nuestro, perdieron el miedo que antes tenían y cobraron gran corazón, fícieron quema que antes que nuestro ejército pudiese pasar de esta otra parte de los montes Pirineos, se podrían tomar el medio con demasiada ventaja suya al subir de la montaña, que había buena disposición para ello, y que desbaratado el dicho nuestro ejército, podrían tomar en un día el reino de Navarra, y lo mas que quisiesen, y tenían por más fácil esta empresa, desde que el artillería nuestra que pasó nuestro ejército de la otra parte de los montes, por la mala disposición de las subidas, sabían que hasta el verano no se podía sacar de allí, y que así nuestro ejército venía sin artillería, y juntóse con este el Mariscal de Navarra que es la cabeza del uno de los dos bandos de aquel Rey o, y tenían mucha parte en él; y sus parientes viendo que los ingleses desamparaban la empresa de Guiaina y se iban dejando nuestra gente donde y dicho.

Y viendo de la otra parte junta toda la potencia de Francia, y que estaba en poder suyo y de sus parientes alguna de las fortalezas de el dicho Reino que yo había confiado de ellos, y que así mesmo estaba en el dicho Reino por el Rey Don Juan la fortaleza de Estella que es la mas fuerte y mas importante de todo el dicho Reino, porque a causa de llevar nuestra artillería de la otra parte de los montes, en ayuda de esta empresa de Guiaina., no había yo querido que se trujese artillería sobre la dicha fortaleza, y por aventura, teniendo el dicho Mariscal nuestro hecho por peligroso se reveló contra nuestro servicio y estado, y se pasó secreta y fugitivamente con algunos de sus parientes, a la parte de los franceses, y hizo rebelar las fortalezas que del havia yo confiado, y así mismo revelar la ciudad de Estella, que aunque la fortaleza estaba contraria, la ciudad estaba a nuestra obediencia, y cerca de lo de la dicha ciudad de Estella, yo proveí de tal manera que la gente que envié de presto a ella; la tomó por fuerza de armas, y la saqueó y redujo a nuestra obediencia, que los franceses, por las causas susodichas, y con confianza de los pueblos del mesmo reino de Navarra, y mayormente de los agramonteses, que son de la parte del Mariscal, y con algunos de la Val de Roncal, y Val de Salazar, de la misma parte de Agramontesa, que se levantaron por ellos, y estando poblados en los pasos y entradas de los Montes Pirineos.

Pasaron su ejército por las dichas montañas de Roncal y Salazar, con el Rey Don Fernando y con Mosén de la Palma, y con otros Capitanes franceses, y dejaron buena parte del dicho su ejército con el Delfín de Francia, y con los otros grandes Capitanes de Francia, de la otra parte de los Montes Pirineos, a la frente de nuestro ejército que quedaba allá con el dicho nuestro ejército, y el Duque de Alba fue necesario que se detuviese para acabar ciertos reparos de ramas y madera, y tierra, que se fícieron en la fortaleza de San Juan del Pie del Puerto, que es muy flaca, para que,

pues nuestra artillería no podía tornar a pasar este invierno aquellos montes, quedase allí como a quedado con alguna gente nuestra que la guardaba.

En este medio tiempo llegó Martín de Anpies, con cartas del Serenísimo Rey de Inglaterra mi hijo, por las que les mandaba al dicho su Capitán General que no partiese de acá con su ejército, y que cumpliese todo lo que yo le mandase, y yo, visto esto, y que el ejército de los franceses eran entrados en Navarra, envié a mandar al dicho Don Martín de Anpiés, que desde donde desembarcó fuese al dicho Capitán General de los ingleses con las cartas del dicho Serenísimo Rey mi hijo, y con carta mía de creencia, para que de mi parte rogase y requiriese al dicho Capitán General que volviese pues el dicho Serenísimo Rey mi hijo se lo mandaba, y no se partiese con el dicho ejército, mas antes se viniese a juntar con el nuestro ejército, pues los franceses eran entrados en Navarra, y que juntos ambos nuestros ejércitos llevarían mucha victoria a los franceses que eran entrados, yéndoles a dar batalla: con el ayuda de Dios sin darla vencerían, y que vencidos aquellos sería fecha buena parte de la empresa de Guinaína, porque los otros no serían para resistir, y mirasen que era mucha vergüenza suya, al tiempo que los comunes enemigos eran entrados, irse ellos, que si no estuvieran acá entrados y estuvieran en Inglaterra, de razón habían de venir para cuidar en este caso: y esto mismo les dejaron y requirieron de mi parte el Obispo de Sigüenza y Diego López de Avala con mis .letras, y nunca se pudo acabar con el dicho Capitán General que quisiese quedar, antes cuanto mas procurábamos su quedada, tanto mas priesa daban en su ida, y así se partieron.

Y después de ellos partidos, recibí cartas del dicho Serenísimo Rey mi hijo, de 28 días de Setiembre, y otra de mi Embajador que está con él, de 7 de Octubre, con correo propio, y luego otro día llegó un faraute del dicho Serenísimo Rey mi hijo, con otra carta suya, para mí, de 12 de Octubre, por las cuales me escribió que aunque su Capitán General y ejército, se quisiesen partir no se le dejásemos partir; antes les quitásemos los navíos, y les estorbásemos la partida. Y es cierto que aunque estas letras vinieran antes que los ingleses partieran, no fuera posible detenerlos, porque el dicho Capitán General los había tanto puesto en su partida, que ellos estaban determinados de venir a las armas con quien se lo estorbara, porque esto no habíamos de consentir, fuera imposible estorbárselo.

Y tornando a la entrada de los franceses, viendo ellos idos a los ingleses, pues estaban ya apoderados de los Montes Perineos, trabajaron de tomar al puerto, por donde habían de venir el Duque de Alba con nuestro ejército para tomarle en medio, el Delfín por una parte y ellos por otra.

El dicho nuestro Capitán General, dejando proveído de gente el reparo de San Juan, puso gente en el puerto; y subió con nuestro ejército, y pasó de esta otra parte de los Montes Pirineos, sin que a sus espaldas ni a la delantera hallase resistencia, y porque los caballos venían fatigados del estar en el campo, y de no poder a yer allá tanta cebada corno era menester, y también porque a causa del rebelión del Mariscal y de algunos de sus parientes y amigos, fue necesario proveer de gente las ciudades y villas del dicho Reino de Navarra, el dicho nuestro Capitán General se vino a Pamplona, que está cerca de las aldas de los Montes Perineos, y repartió nuestro ejército por las ciudades y villas del dicho Reino, y él quedó con la una parte de la gente en la dicha ciudad de Pamplona; y en este mismo tiempo proveímos que se pusiese sitio en forma sobre la fortaleza de Estella, y que se aprestase para trabajar de tomarla, y estando los dichos franceses con propósito de venir a socorrerla, cada día y cada hora, los nuestros le apretaron de tal manera, que se nos rindió; y así mismo se nos rindieron las fortalezas de Cabrera, y de Monjardin; y poco antes nuestra gente había tomado la fortaleza de Tafalla que se nos había rebelado.

Así que después de que todos los franceses fueron entrados en Navarra, cobramos todas las dichas fortalezas; y a este mismo tiempo entraron 2.500 franceses por la Val de Broto, que es en Aragón, en las montañas de Jaca, y venía por Capitán de ella el Senescal de Bigorra y con él Monsieur de Aste, que eran ambos de la sangre de Foix; porque supieron que de aquella parte no teníamos gente: entraron una aldea que llaman Torla, que está a la entrada del valle, que es de ciento vecinos, sin cerca ni cava, y de los de la dicha, habían mandado a los lugares de la montaña de su comarca que viniesen a socorrerlos: y estando los franceses combatiéndolos en aquel aldea,

y ellos defendiéndose llegó alguna gente de la montaña, y dieron a los franceses tan reciamente, que los desbarataron a todos y hicieron gran matanza en ellos, entre los cuales murieron los dichos Senescal de Bigorra, y Monsieur de Aste, y muchos gentiles hombres.

Viendo los franceses que por una parte ni por otra fasta agora, no han podido hacer contra Nos ni contra nuestro estado, cosa de sustancia, nin han cercado ninguna ciudad ni villa del reino de Navarra, han asentado campo una legua de Pamplona, a la falda de los mismos montes Perineos, y han venido tres veces a dar vista a la dicha ciudad de Pamplona, y todas tres veces los nuestros les han muerto gente, y les han tomado prisioneros, sin recibir los nuestros daño alguno, a Dios gracias; y cada día se mudan por allí, de una parte en otra; y publican que el Delfín que quedó en Bayona junta mucha mas gente para pasar con ella y con artillería por Bazán, a juntarse con ellos, y que han de cercar y combatir la ciudad de Pamplona, y todas las maneras, que los franceses son para hacer último de potencia, por poder de esta vez hacer alguna cosa señalada contra España, y como quiera que a causa de la ida de los ingleses nos han tomado con menor provisión de la que tuviéramos hecha, si los ingleses no vinieran acá; empero Nos mandamos juntar mucha gente para que vaya con Nos; y acabada de juntar la dicha gente, tengo acordado, mediante el ayuda de Dios Nuestro Señor, de ir en persona y darles la batalla, y yo vos haré saber lo que sucediere dello. De Logroño, a 12 de Noviembre, año de 1512.

Lo que sucedió después de lo contenido en esta carta de Su Alteza, puesto caso que atrás es dicho, que los franceses, y el Rey de Navarra prosiguieron su cerco sobre Pamplona con su campo de mas de 20.000 hombres, y estuvieron allí desde el día que vinieron, hasta que alzaron el campo, veintisiete días, y en cabo dieron un combate a la ciudad un martes a diez y ocho días de Noviembre, dos horas después de comer; y duró el combate tres horas, en que jugó tan reciamente su artillería, que en chico rato derribaron un lienzo de la cerca, y no paraban los franceses con las señas hasta subir por cima de los muros, empero los de dentro se dieron a tal recaudo que defendieron bien la ciudad, y ofendieron de tal manera a los combatientes, que en poco espacio mataron y derribaron y rendieron 800 hombres, y más, de los franceses combatientes; y de los de la ciudad murieron muy pocos, que algunos dijeron que no murieron sino tres hombres, un mozo de espuelas del Rey y dos peones; y fueron heridos algunos, en especial el Comendador Fernando de Vega, Don Pedro Manrique y Don Juan de Castilla y Villalba el Coronel, y desde aquel día no osaron más allegar cerca de la ciudad, estando allí el dicho campo; cierto es que la dicha ciudad. estuvo en muy grande aprieto de viandas, pero también los franceses pasaron gran lacería y trabajo y hambre, ca el Arzobispo de Zaragoza estaba en Sangüesa, con siete mil hombres, y les estorbaba de venir las viandas, y les tomó sesenta cabezas de ganado que les venían por el Val de Roncal.

En este tiempo el Alcaide de los Donceles y los otros Capitanes que estaban en Navarra, estaban en sus aposentos bien apercebidos. El Rey hizo provisión de gentes y mantenimientos, y envió al Dúque de Nájera por Capitán General a descercar a Pamplona con muy lucida gente, y como los franceses supieron del socorro, luego, se quitaron a fuerza, y se fueron retrayendo hasta dos legas de la ciudad, y el Rey mandó que no los siguiesen, ni acometiesen, porque eran cristianos, como Rey magnánimo, piadoso, que no quiso que muriesen tantos cristianos, como siempre lo tuvo por costumbre, y mandó que no siguiesen el alcance; con todo eso los vizcaínos y algunos naturales de la tierra, y otros así de a pie como de a caballo los siguieron, y los hicieron asaz daño, y les tornaron trece piezas de muy escogida artillería; y ellos se fueron con mucho peligro, y por muy estrechos pasos, y muchas nieves, y frior, hambre y sed que pasaron, sin hacer cosa, ni adquirir de lo que deseaban, y toda Navarra quedó por Castilla, y quedó el Alcaide de los Donceles por Capitán General de ella y guarda, con otros muchos Capitanes.

CARTA QUE EL CATÓLICO REY DON FERNANDO ENVIÓ AL ARZOBISPO DE SEVILLA DON DIEGO DEZA, QUEJÁNDOSE DEL DUQUE DON FERNANDO, SU SOBRINO.

Muy Reverendo en Jesucristo, Padre Arzobispo de Sevilla, mi confesor.—Después que el Duque Don Fernando mi sobrino vino del Reino de Nápoles a nuestra Corte, todos han visto que Nos le habemos honrado y tratado siempre en todas las cosas, con tanto amor como si fuera nuestro propio hijo; y teníamos determinado de le dar un estado, y de entender en que fuera honradamente colocado, creyendo que como él lo mostraba de fuera, así dentro nos fuera siempre fiel; y cuando desto teníamos de él mas confianza, por la causa que aparecido le daríamos, hase descubierto que desde que estábamos en Sevilla envió mucho secretamente a tratar con el Rey de Francia, y se concertó con él contra Nos y contra nuestro Real estado, y para poner por obra lo que así tenía concertado, determinó aquí en esta ciudad de irse de nuestra Corte, secreta y furtivamente a la Corte del Rey de Francia; y concertó las personas que con él habían de ir, y puso para ello postas secretas, cerca de esta ciudad, y en algunos lugares de Navarra por donde habían de pasar a Francia, y al tiempo que estaba para ponerlo por obra fueron presos por nuestro mandato Felipe Cópula, que fue el que principalmente entendió con el Rey de Francia en concertar la ida del dicho Duque nuestro sobrino, Juan de Pordona, y dos franceses, así mismo, ca huían y se iban a Francia por postas con el dicho Duque, y halláronse en poder del dicho Felipe, las cartas y escripturas que sobre ello dio el Rey de Francia, por las cuales y por sus confesiones de ellos mismos, ha parecido la traición que tenían concertada contra Nos y contra nuestro Real estado.

Y Nos viendo tanto desagradecimiento y tan gran delito del dicho Duque nuestro sobrino, habiéndonos él dado tan grande causa para ello, le habemos mandado apartar de nuestra Corte, y tratándole bien, poner tal guarda en su persona, que aunque quiera no pueda poner en obra lo que con el dicho Rey de Francia tenía concertado. Una cosa os certificamos, que nos consta que el dicho Duque, conociendo la mucha fidelidad que los varones y Universidades del nuestro Reino de Nápoles tienen a Nos y a nuestro Real estado y servicio, no osó a ninguno de ellos la dicha traición comunicar, parecionos que era razón de os lo hacer saber, para que de mi parte lo digáis a esa ciudad, no para otro efecto, sino para que sepan que Nos honrábamos y tratábamos al dicho Duque como se debe tratar a fijo, y que el trato contra Nos, y contra nuestro estado, con el enemigo de la Iglesia y nuestro, lo que habemos dicho. A 12 de Diciembre, año de 1512 años.—Yo el Rey.—Por mandado de Su Alteza, Miguel Pérez de Almansa.

CCXXXVII. DE LA MUERTE DEL PAPA JULIO II.

Murió el Papa Julio II en Roma a 20 días del mes de enero, año del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo de 1513 años, aviendo imperado en la Silla Apostólica, de San Pedro, nueve años y tres meses: murió de su muerte natural, en senectud, de 80 años, dejando el mundo revuelto, y todos los Reyes y Príncipes cristianos en guerras, y ligas y parcialidades a causa de la cisma ya dicha, de lo cual no poco sentimiento hobo el Rey Don Fernando, y todos los otros Emperadores, y Reyes, y Duques y barones de la Santa Liga de la Iglesia Romana, y aun disfavor, porque el Papa Julio era intemerato y muy magnífico, y esforzado defensor de la Iglesia, amigo de los católicos y enemigo de los tiranos y cismáticos; el cual siendo en estrena necesidad de su fin, conociendo que había de morir, invocó a los Cardenales y les dijo las exhortaciones que siguen:

Primeramente dijo: que cierto había sido muy gran pecador en las voluntades mundanas y en los pecados de la carne, y que así como él era verdaderamente malcontento y arrepentido, que pedia misericordia a Dios Nuestro Señor, que por ello no condenase su ánima ni su memoria.

Segundo dijo: que conocía que había sido causa de muy grandes guerras y muchos homicidios, y grandes disensiones de Príncipes, y que de esto se remitía a la infinita misericordia de Dios, porque él había sido forzado en hacer tales cosas a causa que cuando él fue asumpto en el Pontificado, que había hallado todo el Patrimonio de la Santa Iglesia ocupado y robado del Duque Valentín, y de Venecianos, y de otros tiranos; y que había hallado la Cámara Apostólica adeudada, en 182.000 ducados y el Palacio Apostólico todo robado y sin ninguna provisión, y todas las ciudades y tierras de la Iglesia llenas de venecianos, parcialidades, y casi rebeldes a la Santa Sede

Apostólica, y con muy poca justicia, y que él había trabajado mucho con la persona y el entendimiento, por poder pacificar, y recuperar, y cobrar, y poner en justicia todo el estado de la Santa Iglesia, sin hacer matar ninguna persona, ni tomar lo suyo a nadie sin justicia, y que desto llamaba a Dios por testigo, y por el paso extremo en que estaba.

Lo tercero, dijo y exhortó: que muy esforzadamente los Reverendos Señores Cardenales que después de su fallecimiento hiciesen la elección muy justa y santa, y criasen un Pontífice digno del Pontificado, santo y bueno, y que en la elección guardasen la ordenanza que era ordenada en su Bula, que había hecho contra las simonías y corrupciones pasadas.

Lo cuarto: exhortó a los dichos Excmos. Señores Cardenales, que trabajasen luego y siempre de estar en Roma, y tenerla en paz y abundancia y buena gobernación y justa, y que trabajasen sobre todo, que los forasteros y cortesanos pudiesen venir a Roma seguramente, sin ser robados, ni muertos, ni destruidos en las puertas de Roma, ansí como otras veces solían hacer, y que procurasen que qualquiera hombre pudiese ir y venir con las manos llenas de oro, sin peligro alguno, y que los hombres de seguida y las cabezas de los bandos fuesen tenidas con las riendas de la justicia.

Lo quinto, dijo: que dejaba a la Iglesia Romana dotes muy nobles y muy grandes ciudades, que por ningún otro tiempo habían estado en la obediencia de la Santa Iglesia, como estaban al presente, y que en todas dejaba Alcaldes y Gobernadores que son los siguientes: Simón Forli, Mola, Faenza, Rávena, Serusa, Saysina, Banonia, Rezo, Parma, Plasencia, Pesaro, y para las cobrar que le había sido forzado dar los beneficios por oficios, y que no lo había hecho por codicia ni por dar a sus parientes, mas por defender y cobrar el patrimonio de la iglesia, y que semejante causa le había inducido a crecer las monedas en perjuicio de los pueblos, y que pedía a Dios le tomase en cuenta a su ánima, su misericordia y la intención con que lo había hecho.

Sexto dijo: que dejaba en el castillo del Santo Angelo 500.000 ducados. Los 300.000 en dineros, y los 200.000 en plata y joyas, los cuales 300.000 ducados en dineros había guardado, porque si hobiese sido apremiado a huir de Roma por el Rey de Francia, que le hobiese sido menester andar mendigando, y que los confortaba a tener la muy buena amistad con el Rey Católico, muy bueno y devoto hijo de la Santa Madre Iglesia, Rey de España, y que por tal caso había mandado hacer las galeras que estaban en Ancona; de los cuales dineros dijo, que quería que fuesen los 110.000 ducados para su sepultura y 60.000 ducados para acabar su capilla, que había comenzado a hacer, y que fuesen 50.000 ducados para la fábrica de la Iglesia de San Pedro porque no cesase la obra.

Y esto dicho, pidió el Santo Sacramento de la Eucaristía; y el Cardenal de San Jorge que allí estaba aparejado para comulgarle, se lo trujo, y le pidió si perdonaba y remitía las injurias y ofensas a todos sus enemigos, y al Duque de Ferrara; y él dijo que sí, con condición que para adelante pagase enteramente el tributo a la Santa Iglesia; y ansí mismo le dijo si perdonaba a los Bentiboles y al Rey de Francia: dijo que sí, con tanto que nunca mas fuesen contra la Sede Apostólica; y ansí mismo le dijo si perdonaba los Cardenales cismáticos; y él estuvo un poco pensando, y después dijo: que como persona humana remitía las injurias que habían hecho a su persona y los perdonaba, más que como vicario de Dios y sucesor de San Pedro, que los remitía a la Justicia de Dios, porque ellos habían sido causa y principio de tantas revueltas, y males, y guerras, cuantas eran pasadas y esto dicho, sus camareros y privados le hicieron presentar un breve, por el cual pedían y querían ser absueltos de todo lo que habían negociado y administrado por Su Santidad, y por la Apostólica, y dijo que no lo quería hacer, porque si ellos habían gobernado y administrado bien y fielmente, que no tenía necesidad de quitancia, y que diesen sus descargos y le serían tomados en cuenta, y mandó romper el dicho breve; y pidiendo misericordia a Dios comulgó muy devotamente, y luego mandó venir a todos los Penitenciarios de San Pedro, y su confesor, y presentes todos los Cardenales que allí estaban con candelas blancas encendidas en las manos, se hizo dar la Extremaunción, y él mismo respondió a todo, y después de un poquito, diciendo: *In te Domine confido non confundar in aeternum sed propicius esto Dómine mihi peccatori*, pasó de la presente vida y quedó como si quedara durmiendo. Esto fue a las diez horas de la noche, a 20 días del mes de Enero año de 1513

años.

Así el Papa Julio hobo santo fin: y todo lo susodicho es verdad, y así fue escripto al Rey Don Fernando y al Nuncio de las personas de autoridad que a ello presentes fueron, y porque me pareció fallecimiento tan santo no ser razón esquivarlo de esta mi escriptura, lo asenté para memoria y ejemplo de los que desean buen fin.

Lo que acaeció al Papa Julio II, antes que adoleciese tres días, es: que él estando a la hora de medio día solo en su cámara, le apareció la Muerte muy horrible de lo cual él mucho se espantó y espavoreció, y vuelto en sí mucho, se encomendó a Nuestra Señora la Virgen Santa María, y después siendo adolecido, muchas veces se encomendaba a Nuestra Señora Santa María de Loreto, a la cual tenía mucha devoción, y le avía hecho un muy rico templo, y la misma imagen le apareció y dijo que no temiese, ca ella sería con él. Y él después desto, consolaba mucho a sus servidores y parientes, diciendo que no temiesen, diciendo que por ventura de aquella enfermedad él no moriría; mas después que vido la enfermedad mas agravada, dijo que conocía que era la voluntad de Dios que acabase sus días, y que Nuestra Señora ayudaría su ánima, y no a su cuerpo, que mucho mas le placía que en todo se hiciese la voluntad de Dios, que no otra cosa, qué él era muy contento de morir, pues las cosas de la Santa Iglesia estaban ya remediadas.

Fue el Papa Julio, Pontífice muy gran defensor de la Santa Iglesia, y amador de la justicia; plega a Dios Nuestro Señor dar descanso a su ánima.

CCXXXVIII. DE LA ELECCIÓN DEL PAPA LEÓN.

A diez días del mes de Marzo, en la noche, en cónclave en Roma, criaron los Cardenales Papa al Reverendísimo Señor Cardenal de Médicis, de la noble estirpe de Médicis de Florencia. Cúpole en suerte por nombre León X; fue electo pacíficamente, y muy bien empleada la Santa Dignidad y Pontificado en Su Santidad según la voz y loor de la virtud, habilidad, potencia, y saber de su persona.

CCXXXIX. DE LA CORONACIÓN DEL PAPA LEÓN X.

La coronación del Papa León, X deste nombre, que sucedió al Papa Julio II, se hizo a once días del mes de Abril, año del Nacimiento de Nuestro Redentor Señor Jesucristo de 1513 años, treinta días después de la elección, y fue en esta manera: Un lunes por la mañana a una hora del día, cabalgaron todos los Cardenales, que fueron veintitrés Cardenales, que residían continuos en la Corte del Papa, y todos los Patriarcas, Arzobispos, Obispos, y fueron al palacio del Papa, donde estaba, y llegados, comenzaron de tocar y sonar muchas trompetas; y salieron del palacio trescientos caballeros de caballos ligeros y muy bien armados, a modo de guerra, todos con divisa del Papa, blanco, rojo y verde, y tomaron la vía de San Juan de Letrán, y luego en pos destos, salieron cien ballesteros a caballo con la misma librea; y luego, en pos destos, salieron otros cien caballeros de los Capeletas, con la misma librea, y luego, en pos destos, salió el Barridielo, que es como alguacil mayor, con sesenta caballeros escopeteros y ballesteros, y otros tantos a pie, con sus armas enhastadas, con la misma librea, y capelos blancos, a la francesa; luego salió el Condestable de Capitolio, con otra tanta gente, y de la misma suerte, y con la misma librea y capelos blancos a la francesa.

Luego salieron catorce cursores con sus caballos, con banderas rojas en las manos, con las armas del Papa, y luego salieron diez y nueve estandartes del Pópulo Romano; y luego con ellos el Senador y Cónsules y Conservadores de Roma, y salió el Alférez mayor enmedio, con el mayor Estandarte, armado de obra de armas, él y el caballo, y todos muy ricamente vestidos de sedas y brocados, y cadenas de oro, con muchos palafreneros con muy ricas divisas y lanzones en las manos, y tras estos venia el estandarte de la Iglesia con las armas del Papa; y este ;llevaba un caballo armado en blanco, y llevaba al rededor de sí cincuenta palafreneros, muy bien vestidos de

jubones de brocado, y calzas de grana y bonetes rojos, y camisas con cabezones de oro, y cespedos boloñeses dorados en las manos.

Luego salió el Duque de Ferrara y el Duque de Urbino, muy ricamente ataviados, con fasta treinta palafreneros delante, muy ataviados. Luego salieron doce señores de Italia, muy bien en orden y muy bien armados: luego salieron veinte acaneas blancas del todo como la nieve todas del Papa, las diez con cubiertas de brocado hasta los pies, y los frenos de carmesí, con las clavazones todas de arjento : luego salieron doce mulas muy singulares de la misma suerte de las acaneas, y cada una de estas acaneas y mulas llevaba un palafrenero de rienda, que es mozo de espuelas: luego salieron los Obispos, y Arzobispos y Patriarcas, todos en caballos cubiertos de tela blanca desde las orejas hasta los pies y ellos con roquetes y pluviales, y mitras en la cabeza, y cada uno de ellos llevaba diez palafreneros muy bien vestidos con libreas.

Luego salieron los Embajadores, el de España y el del Emperador muy ricamente vestidos con sus palafreneros delante: luego sacaron el *Corpus Christi* en unas andas muy ricas y llevábanlas dos caballos, y llevaban encima un dosel de oro con cuatro varas, las cuales llevaban cuatro barones romanos principales; luego salieron los Cardenales en caballos cubiertos todos de tafetán blanco, de ellos como diáconos, y de ellos como presbíteros, según las órdenes que tenían, con mitras de damasco blanco en las cabezas y llevaban cada uno diez camareros a pie de los mas favorecidos y muy vestidos de sedas y brocados y bastones ricos en las manos: luego salió el Papa encima de un caballo blanco con una vestidura de chamebote blanco muy fino y un roquete de cambray tan delgado como el pelo de la cabeza; y una aníseta de carmesí pelo, y una estola de brocado tenida por el cuerpo, y una tiara muy rica en la cabeza, que decían que las piedras de ella no se podían apreciar, y iba debajo de un dosel de brocado con cuatro tiaras, las cuales llevaban otros cuatro barones romanos principales, y delante de él iban ochenta palafreneros suyos, con sayones de terciopelo negro, y jubones de carmesí y raso, y cofias de oro, y bonetes rojos y cintas de hilo de oro, y calzas de grana, y espadas, y puñales dorados ceñidos y tras él iban trescientos suizos de su guarda muy bien armados y con atambores y banderas.

Y de esta manera y orden caminando llegaron al castillo de santo Angelo y pasando la puente comenzó a tirar el artillería; y duró media hora que parecía que Roma se hundía, y unos a otros no se oían. Por las calles había desde San Pedro hasta San Juan, trece arcos triunfales, con tantas comedias y invenciones que era cosa maravillosa de ver; iban tantas maneras de músicas y tales que parecía ser en la gloria celestial. Tardaron mas de cinco horas en el camino, y llegados a San Juan comenzaron a hacer sus actos para la coronación y entráronse allí en San Juan de Letrán, y allí fue coronado el Papa por los Cardenales y por el pópulo Romano aquel día, con muy grandes fiestas y solenidades que serian muy luengas de escribir, y allí comieron aquel día y estuvieron el Papa y los Cardenales hasta la noche que se vinieron al palacio de San Pedro con antorchas.

Baste esto cuanto a la coronación del Papa León X, que comenzó de imperar en Roma en la santa Silla Apostólica desde once de marzo del año de Nuestro Señor Jesucristo de 1513 años.

CCXL. DE LO QUE HICIERON LOS DOS CARDENALES CISMÁTICOS DESQUE SUPIERON LA MUERTE DEL PAPA JULIO, Y DE LA ADIVERACION QUE HICIERON DE LA CISMA; Y DE CÓMO CONOCIERON SU PECADO Y FUERON PERDONADOS.

Los Cardenales Bernardino de Caravajal y Federico de San Ceberino, desde que supieron en Francia la muerte del Papa Julio, se embarcaron para la Italia y decendieron del galeon de Frei Bernardino en que fueron en Liorna para Roma; y florentines hicieron ir a Florencia y estar allí hasta ver la voluntad del Papa, lo cual fue que hiciesen penitencia y enmienda a Dios de sus grandes errores y pecados, y los recibiria a ella. Y lo que de allí sucedió fue de esta manera.—La abjuración que Bernardino de Carvajal y Federico de San Ceberino hicieron del conciliábulo y de todos actos por él fechos y aprobación de las sentencias contra ellos dadas, y la absolución que el nuestro muy

Santo Padre León, en fin de los actos susodichos le dio, en la cual solamente les restituyó los capelos y no mas, después de la penitencia pública que hicieron.

CÉDULA FIRMADA DE LOS CARDENALES, LEIDA PÚBLICAMENTE EN LA SESION PRÓXIMA PASADA DEL SACRO CONCILIO LATERANENSE.

Deseando la unidad de la Santa Iglesia Romana y la paz y sosiego de la Cristiandad, y provocar como es justo a Nuestro muy Santo Padre León X, a que use con nosotros de benignidad y clemencia, por la presente carta escripta de mano ajena y firmada de nuestros propios nombres, juramos a los Santos Evangelios y de nuestra voluntad prometernos que nos llegaremos al Sacro Santo Concilio Lateranense, como desde agora nos llegamos, así como único verdadero, y con mucha razón y por legítimas causas congregado, y confesamos que todo lo que se ha fecho del, que ha sido ordenado recta y justamente y que del y de la dicha unidad de la Santa Iglesia Romana, en ningún tiempo nos apartaremos, y juntamente con esto por las mismas causas, y de nuestra voluntad así como es dicho, juramos y prometemos que diremos y haremos todas aquellas cosas, y cada una de ellas que el mismo Santo Padre León X, a nos y cada uno de nos mandare, a la voluntad y arbitrio del cual plenariamente nos sometemos, y por mayor declaración de nuestra intención y de la devoción que tenemos a la Santa Iglesia Romana y al dicho Nuestro muy Santo Padre, y al Santo Concilio Lateranense.

Y porque no parezca que en otra manera y no con limpio corazón, ambos fecho y jurado todas las cosas susodichas y cada una de ellas, somos contentos y aun deseamos que esta presente carta sea leída públicamente en el mismo Concilio Lateranense, y en la sesion pública; de lo cual todo por esto hacemos a mejor gana, porque Nuestro muy Santo Padre León entienda que en todo tiempo habemos de ser fieles hijos y muy obedientes servidores de Su Santidad, y de la Santa Silla Apostólica, y del Santo Concilio Lateranense. La cual carta firmada de nuestros nombres, como arriba es dicho, para mayor abundamiento damos a vos, el presenté notario, y vos rogamos que sobre ello hagáis uno y muchos instrumentos públicos. Fechado en Florencia a 14 días del mes de Junio de mil y quinientos y trece años.—Yo Bernardino de Carvajal de mi propia mano lo firmé, prometí, juré, confesé, y fice: yo Basto de Villa Sayasorles de Carvajal clérigo de la diócesis de Plasencia, notario Apostólico por la autoridad Apostólica, a todo lo que dicho es, juntamente con los Venerables Varones Guillelmo de Canistos y Gonzalo Femontalico, clérigos de la ciudad de Reina y de la diócesis de Salamanca, llamados y rogados por testigos, fui presente notario, lo vi firmar y puse aquí mi nombre, y cuando fuese necesario de todo lo susodicho daré público instrumento, rogado y requerido. Ut supra.

Otra cédula fue leida en el Consistorio de Roma a alta voz de los dos Cardenales, antes que fuesen restituidos y recibidos del Papa.

Nos Bernardino de Carvajal y Federico de Santo Ceberino, en otro tiempo ciegos con la escuridad de la cisma, y alumbrados con lumbre de gracia de la divina ilustracion, conocido y descubierto el lazo de la cisma que nos tenía ligado, habiendo tratado entre nosotros con el mucho acuerdo y deliberación y para mayor cautela renunciando todas y cualesquier protestaciones que pública secretamente, y ante notario y testigos, hasta agora hayamos fecho cuyos tenores, cláusulas, para que del todo sean quitadas, queremos que aquí se hayan por especialmente expresas como si de verbo ad verbum, fuesen insertas con humilde espontánea voluntad, no por miedo, mas estando en lugar muy seguro, y en toda nuestra libertad, y con puros corazones, guiados por la divina gracia nos habemos vuelto a la unidad de la Santa Sede Apostólica, y porque conste que aquesto que hacemos con limpia intención y no fingidamente, pedimos humildemente a Vuestra Santidad y al Sacro Concilio de los Cardenales perdón de nuestros errores y suplicamos a Vuestra santidad tenga por bien de rogar por nosotros a Dios Todopoderoso, cuyo poder tiene en la tierra: así mesmo de nuestra voluntad prometemos a vos León X Sumo Pontífice. verdadero

Vicario de. Jesucristo, y por vos a San Pedro Príncipe de los Apóstoles, so pena de caer de la orden, dignidad y honra de Cardenales si por ventura a ello fuésemos restituidos, y so obligación de anatema que en ningún tiempo por sucesiones o cautela, por algún exquisito color o por otras cualesquier causas, en ninguna manera tornaremos a la cisma de que por gracia de nuestro Redentor somos librados, mas que siempre y en todas cosas permaneceremos en la unión de la Santa Iglesia Católica.

Y que si por la clemencia de Vuestra Santidad y de los Reverendísimos Cardenales, fuésemos remitidos a su orden que conversaremos con ellos benigna y pacíficamente y sin rencor ni escándalo por razón de las cosas pasadas, ni por otra cualquier causa.

Y juramos por Dios Todopoderoso y por estos Santos Evangelios que en nuestras manos tenemos de permanecer en la dicha santa unión, y cumplir todo lo que dicho és y abajo se dirá y cada una cosa y parte de ella, so pena de perjurios y de las otras penas sobredichas, aunque ha muy poco que por una cédula firmada de nuestros nombres y publicada en el Sacro Colegio Lateranense hobimos adjurado el dicho cisma, pero para mostrar mayor limpieza de nuestros corazones anatematizamos especial y expresamente el conciliábulo de Pisa y su publicación, y todas las cosas y cada una de ellas que en él se hicieron; y pronunciamos, y creemos y puramente confesamos ser todo ello vano y de ninguna fuerza, y efecto, ni valor, y ser fecho y presumido temerariamente, y por personas que para ello no tenían autoridad, y consentimos el Sacro Santo Concilio Lateranense como único y verdadero, y confesamos ser todo ello vano y de ninguna fuerza, ni efecto ni valor y ser fecho y presumido temerariamente y por personas que para ello no tenían autoridad publicada legítimamente y por legítimas causas.

Y así mismo pronunciamos, creemos y puramente confesamos que todo lo que en él se hizo y generalmente contra nuestras personas, y todas y cualesquier condenaciones y sentencias pronunciadas contra nosotros por el Papa Julio de felice recordación, Vuestro predecesor, y todas las otras cosas, y cada una de ellas fechas contra el conciliábulo de Pisa, haber sido ordenado recta y justamente fecho. Así mesmo prometemos de recibir con toda humildad, y cumplir con otra cualquier penitencia que por nuestras culpas vuestra Santidad nos impusiese. Demás desto queremos ser obligados, y por la presente prometemos so la pena sobredicha, y por las que los sacros cánones ponen contra los cismáticos, y según la más cumplida obligación y forma y estilo de cámara.

Fue leída esta cédula en Roma en el consistorio a veinte cinco días del mes de Junio del año de 1513, por los mismos que la formaron.. Jacobo Sadoletto.

COPIA DE LA ABSOLUCION DE LOS DOS CARDENALES, Y RESTITUCION FECHA A 25 DE JUNIO AÑO DE 1513, A LOS QUALES EL PAPA LEON X ABSOLVIÓ Y DIO PENITENCIA PÚBLICA Y SECRETA QUE HICIERON EN ROMA.

Por la autoridad de Dios Todopoderoso y de los bienaventurados Apóstoles San Pedro y San Pablo y nuestra voz, absolvemos de todo vínculo de excomunión y de todas las otras censuras contra vos y contra cada uno de vos por cualquiera autoridad, y por causa del cisma que agora avivasteis, o por otra cualquier causa pronunciadas o conminadas, o en cualquier manera hayáis incurrido, y por la misma autoridad vos restituimos a la unión de la Santa Madre Iglesia, y a la participacion de los Santos Sacramentos en la forma acostumbrada, y allende desto restituimos a vos, y a cada uno de vos a vuestra fama, honras, y dignidades y a los beneficios eclesiásticos que hasta aquí no hayan sido contenidos por la Sede Apostólica, y a la honra de Cardenales contra las irregularidades, incivildades, sentencias de privación y condenación, y contra cualesquier letras por razón de lo susodicho por Julio Papa II, de felice recordación, nuestro predecesor, o en otra cualquier manera, o por cualquier causa o causas contra vosotros discernidas o en cualquier manera hayáis incurrido, cuyos tenores queremos que aquí sean habidos por expresos como si de *verbo ad verbum* fuesen declarados, y vos restituimos, y plenariamente integramos a todas las cosas, y a cada una de ellas, que para expedición del presente auto son necesarias o convienen en cualquier manera,

empero sin perjuicio del término «digo del derecho» ajeno, por causa de las cosas susodichas en otra cualquier forma, adquirido, supliendo todo y cualesquier defectos que en cualquier manera en el presente acto intervengan. *In nómine Patris, Filii, Espiritui Sancto.*

CCXLI. DE LA MUERTE DEL DUQUE DE MEDINA.

En el mes de Enero año de 1513, el día de San Sebastián, a pocos días después finó en Osuna el Duque Don Henrique de Medina-Sidonia, mozo de fasta diez y seis años, yerno del Conde de Urdía, hijo del Duque Don Juan, el cual, después que Don Pedro Giran huyó con él de Sevilla a Portugal, porque no le quitase el Rey a su hermana, y después anduvo en la Corte, y a un cabo y a otro, con muchos trabajos nunca le fue bien, antes de quebrantamiento o trabajo, cogió tal enfermedad, que de que vino a reposar con su mujer nunca le fue bien, ni le pudieron dar remedio todos los médicos, de que falleció;uviéronle en Osuna encerrado, y negaron muchos días su muerte; y Don Rodrigo Girón su cuñado salió por la tierra del Duque y visitó a Sanlúcar con más de 3.000 hombres peones de caballeros, y alzóse con Medina negando todavía la muerte del Duque: y la Duquesa mujer del Duque Don Juan, como lo supo, digo que quedó madre de cuatro hijos, otros del Duque Don Juan hermano de padre del dicho Duque Don Enrique difunto, le escribió al Rey le valliese con justicia, y mandase dar la tierra del Ducado de Medina, y Condado de Niebla a su hijo Don Alonso, como heredero legítimo y mayor, y sucesor de su padre.

El Rey envió dos o tres veces mandar a Don Pedro Girón que despachase a Medina, y todo lo que tenía, y lo diese al Duque D: Alonso y a la Duquesa su madre, el cual se tuvo mas de tres meses que no lo quería dar, y llamábase Duque; hasta que en fin, temiendo el mando del Rey y el mucho daño que le viniera, si mas se tuviera, porque toda la tierra del Andalucía se apercibía para ir sobre él, la hobo de dar y entregar, aunque con una pieza sola allí, no se atrevió mas tener, porque la villa de Bejel tenía en contra, que no le obedeció, y le envió los mensageros de vacío, diciendo que no se darían sino a quien el Rey mandase. Y antes que Medina fuese entregada todas las otras dichas villas y fortalezas del Señorío de la Casa de Niebla, fueron dadas y entregadas al dicho Duque Don Alonso y a la Duquesa su madre por mandado del Rey, el cual envió de la Corte y de su Consejo, jueces y persona que todo se lo diesen y entregasen, como a hijo mayor del dicho Duque Don Juan, y sucesor del Mayorazgo de la dicha casa.

Y esto así hecho, el Rey Don Fernando quiso tomar deudo con la noble Casa de Niebla y Medina, y dio por mujer al dicho Duque Don Alonso, a Dona Ana de Aragón, nieta suya, hija de su hijo el Arzobispo de Zaragoza, el cual matrimonio se celebró en la ciudad de Sevilla en el mes de Abril, por conciertos, cartas y anillos; porque los desposados eran de menor edad de trece años; del cual matrimonio crecía mucha honra y ensalzamiento al dicho Duque y casa de Medina y Niebla.

CCXLII. DE LAS TREGUAS DE ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA.

El Rey Luis de Francia, por estar seguro de España para enviar socorro al Castillo de Milán que todavía estaba por él, envió demandar treguas al Rey Don Fernando con cautela, de la manera que otras veces lo solía hacer, por atraer así la voluntad del Papa nuevamente criado y por hacerse amigo de los venecianos y partirlos de la liga de España; y el Rey Don Fernando, puesto suso que se lo entendió, túvolo por bien y otorgó la tregua por un año, como los Embajadores de Francia lo demandaron, y comenzó de correr desde Abril de 1513.

Y avisó a su Visorey Don Fernando de Cardona, para que avisase a sus parciales de la Italia, para que siempre estuviesen a buen recaudo, y el Rey de Francia envió secretamente a los venecianos que hiciesen liga con él; prometiéndoles hermandad y amistad perpetua, los cuales no recordándose de cómo él los quería primero destruir, y no quería oír decir Señoría de Venecia, y pensó tomarles la ciudad, y ser señor delta, y lo puso por obra, como atrás se dice en este libro; cuando les venció la batalla y tomó las villas y tierras, y les quería desposeer de la muy grande

honra que tiene, más a de mil años, y así lo hiciera si no fuera por el Rey Don Ferrando y por el Papa Julio, que no le dieron lugar a ello, porque a ellos no convenía dejar criar tan gran gusano en la Italia. Y no recordándose desto y de otros muchos daños y pérdidas y injurias que de él recibieron, hicieron liga con el dicho Rey de Francia, y concierto, lo cual parece ser una cosa de muy gran ingratitud y fealdad, y de las cosas mas abominables que los Gobernadores y Duques de aquella Provincia y Señoría han fecho, de muchos tiempos acá, y no pudo ser fecha sino con muy mala y cargosa intención, y por no dar al Emperador lo que le tienen tomado y usurpado,

Y porque lo vieron en la liga de la Iglesia y de España, y la dicha Liga así hecha, luego pusieron por obra meter mas mal y guerra en la Italia de lo pasado, sino que no plugo a Nuestro Señor consentir en sus malos propósitos, y juntos dos ejércitos de muchas gente uno de franceses y otro de venecianos, cada uno por sí, para se juntar en Lombardía sobre Milán y sojuzgar la Italia, acaeció lo que la presente carta del Rey Don Fernando de España dice, y porque yo no lo podía mejor relatar que la carta de Su Alteza lo dice, acordé asentarla aquí, en esta mi escriptura.

CARTA QUE ENVIÓ EL SERENÍSIMO Y MUY ÍNCLITO REY DON FERNANDO REY DE ESPAÑA AL REVERENDÍSIMO SEÑOR DON DIEGO DE DEZA, ARZOBISPO DE SEVILLA.

Muy Reverendo en Cristo. Padre Arzobispo de Sevilla, mi confesor y del mi Consejo; ya sabéis lo que Dios Nuestro Señor hizo el año pasado en favor de la Iglesia contra los que la ofendían con armas y con cisma; después estando yo procurando la unión de la Iglesia y la paz general de cristianos y ayudando a ello Nuestro muy Santo Padre como verdadero Padre Universal de todos. El Rey de Francia creyendo que podía acabar hogaño lo que no acabó el año pasado, hizo liga con la señoría de Venecia en perjuicio de la Iglesia y de los otros Príncipes cristianos y envió a la Italia a moser de la Tramulla, su Capitán General, y a moser Juan Jacobo de Tribulcio con muy grande ejército y al mismo tiempo que ellos llegaron a Italia, con el mismo ejército salió en campo Bartolomé de Alviano Capitán de venecianos con el ejército de la Señoría de Venecia en su ayuda y favor, con propósito, según él dijo a mi embajador de tomar en medio a mi Visorey que estaba con nuestro ejército entre Parma y Plasencia, haciendo cuenta que si lo pudiesen desbaratar sojuzgarían con solas letras todo el resto de Italia

Llegan en la misma sazón nuevas al dicho mi Visorey que yo quedava muy enfermo, y que la tregua por acá era fecha con Francia, y corno Nuestro muy Santo Padre, con el santo celo que tiene a la paz general de cristianos, entonces no se mostraba con armas, y solamente atendia a procurar paz y a rogar a Nuestro Señor que en tan grandes turbaciones quisiese poner remedio, el dicho mi Visorey publicó que se quería volver con nuestro ejército, para el mi reino de Nápoles, y con esta publicación; creyéndolo así los franceses y los pueblos de Italia levantáronse por franceses las ciudades Aveste y Alexandría de la Pulla, y Génova, Milán y otras ciudades de aquel estado, de manera que al Duque de Milán le fue forzado de retraerse en la ciudad de Navarra con 4.000 suizos que tenía a sueldo y con 500 caballos ligeros, y por otra parte la gente de los venecianos había ya rompido la guerra contra las tierras de la Iglesia y contra las tierras del Serenísimo Emperador nuestro Hermano Señor; y parecía ya -a franceses y venecianos que toda la tierra era suya sin resistencia; y estando las cosas en estos términos antes que el dicho mi Visorey con nuestro ejército comenzase a retirarse para Nápoles como lo había publicado, recibió letras mías en que le mandaba lo que avía de hacer en defensa de la Iglesia y de las tierras del dicho Serenísimo Emperador nuestro Hermano, y entonces determinó de ir a socorrer al Duque de Milán, porque si aquel estado se perdiera, según lo que franceses y venecianos publicaban y avían comenzado a hacer, no estuviera seguro el estado de la Iglesia ni el del dicho Serenísimo Emperador mi Hermano, y envió a poner esfuerzo al Duque de Milán y a los que con él estaban en Navarra, haciéndoles saber su ida para socorro, y solicitar la venida de otros 7.000 suizos que habían prometido de venir a juntarse con nuestro ejército para que todos diesen en los franceses.

En este medio moser de la Trámulla, avía puesto sitio sobre Nobara con todo el campo del

Rey de Francia, y envió un trompeta a los 4.000 suizos que estaban dentro a prometerles que les daría las ciudades de Nobara, y de Como, y de 400.000 ducados, si le entregasen al Duque de Milán, los cuales respondieron que si otra vez allí volvía le harían cuartos. Habida esta respuesta, moser de Tramulla apretó aquel cerco con el pensamiento que podría tomar a Navarra antes que llegase el socorro, y batió con su artillería los muros de la ciudad de Nobara, y a cinco deste mes de Junio acabó de hacer la batería como era menester para la combatir, y aperció su gente para dar el combate el día siguiente por la mañana: a este tiempo y a mi Visorey había pasado el río Po de la otra parte a esta trayendo mucha priesa a su ida al dicho socorro, y acaeció que la misma noche entraron en Nobara por la parte de la sierra los dichos 7.000 suizos que venían al socorro.

Los franceses siendo avisados de lo uno y de lo otro, y conociendo el peligro en que estaban, acordaron de retirarse del dicho sitio, y comenzaron de retirarse a 6 de Junio por la mañana, y como los suizos que eran ya 11.000 hombres juntos los vieron retirarse, sin esperar que mi Visorey llegase, salieron todos con el dicho Duque de Milán y con la gente de caballo que allí tenía, a dar en los franceses, y apretáronlos de tal manera que les ganaron el artillería y volviéronla contra los mismos franceses, y trabóse la batalla tan recia entre ellos que duró por buen espacio; al fin el Duque de Milán y los suizos quedaron vencedores y los franceses fueron vencidos: y demás del artillería, el Duque y los suizos hobieron todo el despojo del campo de los franceses, y escriven que murieron en aquella batalla 12.000 franceses y entre ellos muchos capitanes; y de la parte del Duque y los suizos escriben que murieron 3.000 hombres, y que de la gente de armas francesa escapó la mayor parte desbaratada y mal tratada y se escapó en el ducado de Saboya.

Y luego el mismo día que se supo de la dicha victoria fueron reducidas a la obediencia del dicho Duque de Milán la ciudad de Milán y las otras ciudades de aquel Estado; por otra parte el Estado y ejército de los venecianos, como supieron la dicha rota, de donde estaba se pusieron en huida la vía de Padua y habían ya perdido parte de la artillería, mi Viso-rey con nuestro ejército conforme con los suizos atendía con la ayuda de Dios, a acabar de allanar y asentar las cosas de Italia: y aunque de todo daño de cristianos es de ayer pesar, empero no debemos dejar de dar gracias a Dios Nuestro Señor que así le haya placido responder por su propia causa. De Valladolid a 30 de Junio de 1513 años.

Habéis de saber, señores, los que deseáis saber las cosas pasadas, y tomáis placer en las leer, que desde el Rey Carlos de Francia pasó en Roma y Nápoles hasta que este mal Rey Luis, su sucesor, fue desapoderado de la Italia, y fue esta batalla, fueron tantas cosas y de tantas maneras, y tantos robos, traiciones, batallas, encuentros, reencuentros, muertes de traiciones infinitas de hombres y mujeres, ciudades, villas y lugares destruidos, metidas a saco, que fue imposible escribirse; que parece que no fue otra cosa el nacimiento deste Rey Luis de Francia, Duque que fue de Orleans, para la Italia y aun para sus Reinos de Francia, sino un Conde Don Julián para España, que de su causa mas de 100.000 hombres fueron muertos en batallas y guerras hasta año de 1513, sin él haber adquirido pacífico cosas de las que deseaba: y al tiempo que el Papa Julio murió muy pocas cosas tenía él ya de las adquiridas en Italia, salvo que tenía el castillo de Milán, que es de los más fuertes del mundo, y tenía el castillo de la Lanterna en Génova.

Y como el Papa murió hobo disfavor en la liga de la Iglesia, y toda la Italia fue comota, y los de la parte de Francia se esforzaron y los traidores se descubrieron, así como micer Sacro Moro, Vizconde que se fue huyendo de Milán a Francia con 120 hachas, digo lanzas, y 300 caballos ligeros, por miedo del. Duque y de la liga, porque se descubrió cierto trato que trajo en el cual quería prender al Duque de Milán, y darlo a franceses, y demás que se había sabido que estando él por Capitán a la guarda del Castillo de Milán, lo proveyó de muchos mantenimientos, y era él la persona de quien mas confianza el Duque tenía, allende de ser su pariente y de la principal casa de Milán; y después desto, sabida la liga de Francia y venecianos, y la gente que hacían las ciudades de Milán y Génova y sus consortes, sé publicaban por Francia sin ver por qué, como lo suelen hacer, y el Duque de Milán sintiendo aquello se salió de la ciudad, que no osó estar en ella, y proveyólo

Dios Nuestro Señor maravillosamente en darle la vitoria de la batalla susodicha; y como los franceses fueron rotos y vencidos, toda la Italia fue apaciguada salvo venecianos; y la ciudad de Milán obedeció al Duque su Señor, y después se le dio el castillo, y fue Señor de todo el Ducado, y Don Remón de Cardona, Capitán General de ejército y, de la Iglesia; con el ejército de España hizo tornar a humillar la Italia.

CCXLIII. DE CÓMO EL REY DE INGLATERRA ENTRÓ EN FRANCIA

En el primer año del Pontificado del Papa León X, en el mes de Julio año de Nuestro Salvador de 1513 años, pasó el Rey Enrique de Inglaterra en Francia, en Picardía, con 60.000 hombres combatientes, así favorecedor de la liga de la Iglesia, por hacer guerra al Rey de Francia, Capitán mayor de la cisma, con dos presupuestos, el uno por cumplir con sus consortes su debido en favor de la Iglesia y amenguar los favorecedores del cisma, el otro por recobrar algo de tres provincias que Francia tiene a Inglaterra, conviene a saber: Normandía, y Gasconia, Guiaina donde es la ciudad de Bayona, por las cuales Francia solía pagar de tributo a Inglaterra cincuenta mil coronas de oro o mas, y porque los Reyes de Inglaterra no se han hallado tan pujantes de cierto tiempo acá, para las demandar y recobrar corporalmente han pasado por este concierto, y entrado en Francia por la Picardía tornando lugares y villas.

El Emperador Maximiliano, uno de los tres principales de la Santa liga de la Iglesia, le vino a ayudar con 20.000 hombres combatientes y pusieron cerco sobre la ciudad de Turiana, y estando en el cerco a diez días del mes de Agosto vino un Embajador al Rey de Inglaterra del Rey de Escocia su cuñado, casado con su hermana, en que en la embajada dijo, que el Rey de Escocia su Señor, le requería, y amonestaba y emplazaba que luego dejase la conquista de Francia de cuya liga, y amistad, y parentesco, y parcialidad él era, y tuviese por bien de se volver a su Reino de Inglaterra, y donde no que le hacia saber que él entraría por su Reino de Inglaterra y se lo tomaría y se haría Rey del; y esto dicho por el dicho Embajador el Rey le preguntó si quería más decir; dijo que no. El Rey le dijo: *«Pues partiíos luego y decid a mi hermano el Rey de Escocia, que sepa que no por él tengo de dejar la conquista y demanda que tengo comenzada, y no temo su entrada en mi Reino como dice, y que yo confío en Dios Nuestro Señor que si en mi Reino entra, que él hallará en él tal resistencia en que yo no haré mengua, porque con tal confianza dejé en él vasallos y parientes que con ayuda de Dios darán de sí buena cuenta, y tal, en que él conocerá su yerro de haber en él entrado cuando recibiere la pena dello, y conocerá que le será venida por la descomulgada alianza que a tomado con los favorecedores de la cisma en contra de la Santa Iglesia.»*

Y con esta respuesta el Embajador se volvió en Escocia y estando el cerco sobre la dicha ciudad el Rey de Francia envió su ejército muy grande y con muchos Capitanes de la gran sangre de Francia contra el Rey de Inglaterra y contra el Emperador, y por socorrer las ciudades y tierras que iban ganando y por quitar el cerco de sobre la dicha ciudad de Turiana: y sabido por los ingleses, y alemanes, dejando recado en el cerco salieron al encuentro de los franceses una madrugada de mañana, viniendo los franceses a hilo, y tal priesa les dieron, que en chico rato los vencieron y murieron mas de 8.000 franceses y 600 lanzas gruesas, y de los ingleses y alemanes murieron hasta 300 hombres, y los ingleses y alemanes quedaron vencedores, y cogieron el campo a despojo. Fueron muertos muchos grandes de Francia, y heridos Monsieur de la Paliza, y fueron presos el Marqués de Rotelin y Monsieur Ruberto Totenil, sobrino del Cardenal de Roan, y el Capitán de la gran guardia de Francia, y Monsieur de Borsi, Capitán de los hombres de armas borgoñoneses, y un hijo de Monsieur de Moy, y otros más de 150 hombres principales: y esta batalla fue cerca de Guigara.

Esto supe por cartas de ingleses mercaderes que vinieron a Sevilla; empero en las cartas que vinieron a la Corte del Rey Don Fernando, algo difiere desto, en cuanto de esta batalla, y de los franceses, diz que murieron 500 lanzas gruesas y once o doce mil hombres de la otra gente, y que de los ingleses y alemanes murieron hasta 2.000 hombres, y esto es lo más cierto, porque así vino al

Rey por cartas; y esto así pasado, volvieron el Emperador y el Rey de Inglaterra sobre la dicha ciudad de Turiana, y estaba dentro Monsieur de Daqui con 4.000 peones, y 250 lanzas gruesas, y le requirió que se diesen, y ellos tomaron término de tres días, que si ellos no fuesen socorridos que se darían, porque no tenían que comer, ni pólvora, y pasados los tres días se rindieron, salvas las vidas, y el Rey de Inglaterra les fizo merced de los vestidos y dineros, y armas y caballos, y dejaron toda la artillería, y así la ciudad de Turiana, quedó por el Rey de Inglaterra en Picardía. Sucedió de aquí, después de la toma de Turiana, que yendo el Emperador y el Rey de Inglaterra por la empresa, pusieron sitio sobre la Ciudad de Tornay, y la Ciudad se defendió luego, y después dio a partido, y dio cierta cantidad de dinero, porque no la saqueasen; y dada la ciudad, luego se dieron las villas y lugares de su tierra, de Tornay, que así se llamaba la tierra como la Ciudad, al Rey de] Inglaterra.

El Rey de Inglaterra, fue sobre la ciudad de Ras, y fizola combatir, y derribáronla por una banda una parte del muro, y los de la ciudad se vinieron a dar al Emperador que estaba junto con el Rey, y el Emperador no quiso sino que se diesen al Rey, y el Rey no quiso hacerles partido, sino con condición que le entregasen doce hombres, cuales él señalase, los cuales le entregaron, y les mandó luego cortar las cabezas, que parece que habían hecho contra él tales cosas, porque indignado contra ellos les mandó matar, y así se dio la ciudad de Ras, y entraron en ella el Rey el Emperador con muy gran fiesta. Los alemanes querían robar la ciudad, y el Rey no lo consintió, y dioles en dinero 8.000 escudos, porque no ficiesen daño a la ciudad; los cuales el Rey mandó pagar, y se pagaron de su tesoro, y no consintió a la ciudad pagar cosa ninguna.

Fue en este ejército el número que allegaron en esta entrada, el Rey de Inglaterra y el Emperador, muy grande y muy maravilloso y temeroso a los contrarios; había en el dicho ejército y campo, 1.200 lanzas gruesas y más, y había 5.000 de caballos que lo defendían, y 60.000 ingleses a pie y 20.000 alemanes, y más 8.000 alemanes; y otros que pasaron del ejército francés al Emperador. Unos decían que porque no les pagaban bien el sueldo; otros decían que se despidieron de Francia, diciendo que no querían ser contra el Emperador su señor, a los cuales pusieron a asegurar los mantenimientos que al campo venían. La gente era tanta, que había nueva en el ejército que se gastaban cada día valor de 50.000 ducados, los cuales todos pagaba el Rey de Inglaterra, y no quería que el Emperador gastase cosa alguna, antes le daba cada mes dos cuentos para pagar su gente, todo de sus tesoros del Rey de Inglaterra, porque la demanda era suya.

CCXLIV. DEL REY DE ESCOCIA.

El Rey de Escocia, siendo de la liga de los cismáticos, teniendo de la parcialidad del pérfido Ludovico Rey Francés, y queriéndole servir, habiéndole requerido al Rey de Inglaterra su cuñado, hermano de su mujer, que dejase la empresa y se volviese, como atrás dice, envió diez mil hombres escocios que pasaron con un capitán en Inglaterra, a comenzar de hacer la guerra, al Rey de Inglaterra, y entraron en Inglaterra haciendo la guerra, y como fue sabido, los ingleses proveyeron gente con un capitán llamado Guillermo Buérnes, hombre de gran linaje, el cual peleó con los escocios, y los venció y mató muchos de ellos, y hobo y tomó mas de 400 prisioneros, y muy pocos escaparon, de todos diez mil, y así, los echó de Inglaterra.

Esto así fecho, el Rey de Escocia hobo muy grande enojo, y juntó toda su potencia y entró en Inglaterra con 40.000 hombres combatientes y más, y entró veinte o veinticinco leguas; y sabido esto en Londres por la Reina Doña Catalina Infanta de Castilla, fizo apercebir toda la tierra, y mandó salir a todos a la resistencia de los escocios, y mandó poner en armas toda la tierra por donde venían; y ella como Reina muy esforzada se puso a la resistencia, y los ingleses se juntaron y fueron al encuentro de los escocios, y les dieron batalla, y pelearon fuertemente, y el Rey de Escocia rompió la de vanguardia de los ingleses, tuvo y peleó haciendo virtud, y salió de través el Abad de San Benito, y otros caballeros con una gruesa batalla de ingleses, y como los escoceses iban vencedores matando y robando, ficiéron en ellos tan esforzadamente que los desbarataron y vencieron, y mataron y prendieron poco menos todo el ejército de Escocia, en que los muertos

fueron mas de 20 o 25.000 hombres, y los presos fueron muchos.

Y murió el cuitado Rey de Escocia y el mayor Arzobispo de Escocia, y todos los mas de los Obispos, Abades, ricos señores de Abadía y el Condestable de Escocia, y nueve Condes; otros, y veintisiete caballeros principales del Reino de Escocia, y otros muchos hombres de sangre y de cuenta, que murieron, y fueron hallados muertos cerca de su Rey, y de la gente de bien de los escocianos, por maravilla escapó uno; los que pudieron huir escaparon por los montes, de noche y de día; malaventuradamente, dejando su Rey y capitanes todos muertos; y esta batalla fue peleada todos a pié, los unos y los otros: o es así la costumbre de la tierra, o por ser la tierra muy áspera y fragosa. Y de los escocianos que escaparon de la batalla huyendo se acortaron muchos a ir por donde los ingleses se habían apeado para pelear de sus caballos, y cabalgaron en ellos, y se fueron hasta el paso del brazo de la mar por donde habían venido, que es pequeño y angosto, que parte a Inglaterra de Escocia, que a las veces se pasa por vado, y así se fueron los escocianos que escaparon de esta batalla, y la de los ingleses murieron hasta ciento veinte.

Fue hallado y conocido el Rey de Escocia muerto, entre los otros muertos al coger del campo, en la barba que traía muy crecida hasta los pechos, y en una cinta de yerro que traía ceñida a la raíz de su carne, en penitencia que le fue dada por un Papa que entonces era, porque mató a Concin, tío, o hizo matar a su padre por reinar, y fue llevado a Londres, y depositado salado en un lugar fuera de la Ciudad, y allí estuvo hasta que el Rey de Inglaterra lo supo, y suplicó al Papa León le mandase absolver de la excomunión de la Cisma, y fue absuelto y enterrado en honrado lugar en la ciudad de Londres. Fue esta gran batalla viernes a nueve días de Setiembre, a las cuatro, después de medio día; duró hasta la noche. Otro día fue hallado el Rey y conocido entre los muertos, como dicho es.

Los nobles discretos de recta intención, que a este paso llegáredes, considerad y tornad ejemplo y temed a Dios, y estad siempre en la obediencia de la Santa Madre Iglesia, y cuando os oviéredes de mover a poner en peligro, sea con mucha razón por vuestro Dios, y fe y Iglesia, o vuestro Rey, o vuestra persona y casa, y Dios peleará por vos, y no por ciegas aficiones de intereses vanos mundanos, como hizo este cuitado Rey; no miró cómo estaba fuera de la obediencia de Dios y de la Santa Madre Iglesia, y descomulgado por la cisma, y sin temor a Dios, tuvo esfuerzo en entrar contra razón y justicia en reino ajeno, donde pereció y dio infamia a su reino, y mengua que en muchos años no se rehará, y dio gloria y ensalzamiento a los de la Santa Liga dé la Iglesia; no miró que se lee que Nuestro Señor mas en las batallas que en otra cosa ninguna muestra su justicia, y así hizo aquí, que en la grandeza de la victoria mostró la justicia de su causa. Fue esta batalla el día que dicho es, año de 1513 años.

Estando el Rey de Inglaterra en la ciudad de Ras, le fue nueva de lo acaecido en su Reino de Inglaterra, y de la muerte del Rey su cuñado; y de la prudencia, diligencia, esfuerzo y sagacidad de la Reina Doña Catalina su mujer, que había puesto y fecho, en sacar la gente inglesa y en facer la resistencia a los escocianos, y en facerles dar batalla, en que fueron vencidos, de lo cual el Rey hobo mucho placer, empero mostró gran sentimiento de la muerte del Rey de Escocia su hermano; mas con todo eso, hicieron muy grandes fiestas y justas en el real, y salieron todos los caballeros muy lucidos, con muchas alegrías de las victorias, fuera de la ciudad, y con músicas acordadas, y el Rey y el Emperador y todos los grandes de su campo, dieron muchas gracias a Dios. Y todas estas cosas pasadas, el Rey ordenó de se partir para Inglaterra, y el Emperador para su tierra, y el Rey dejó en Ras 7.000 hombres de guarda, pagados por cuatro meses, y mandó hacer en Ras un muy fuerte castillo, y mandó derribar a Turriana, y partió para Inglaterra.

En el sobredicho año de 1513, en tres días del mes de Setiembre tomaron los portugueses la ciudad de Azamor. El Rey Don Manuel, yerno del Rey don Fernando, casado con su hija doña María, fizo una muy grande y muy gruesa armada, en que fueron mas de veinte mil hombres portugueses y castellanos, y envió con ella por Capitán General al Duque de Berganza, su primo. Algunos dijeron que se le dio por pena, porque había muerto a la desdichada Duquesa su mujer, hija del Duque don Juan de Guzmán Duque de Medina-Sidonia de Castilla, a sin razón; otros decían que no, sino porque era gran Señor para suplir lo que faltase en la jornada, y entrados en la mar,

hobieron buen viaje, y descindieron en tierra en la mar, en el río de Azamor, y un viernes tarde tiraron a la ciudad con el artillería, y ficieron algún daño, y los moros no se atrevieron a defender la ciudad y esa noche, se cargaron todos de las cosas que pudieron llevarse, y fuéronse por la otra parte de la ciudad, y los judíos que vivían dentro, como esto vieron, salieron algunos de los mas sabios, y de los que sabían la lengua, que habían ido de Castilla a Portugal, y trataron con el Duque, y concertaron que ellos darían la ciudad, y que los dejasen en ella por vecinos y moradores, y el Duque así se lo otorgó, y otro día de mañana enviaron a decir al Duque los dichos judíos que entrase y tomase la ciudad, que no había quien se lo defendiese, y así la entró y tomó, y, su gente robaron lo que hallaron; y también robaron los judíos, empero todo se lo hizo volver el Duque. Y el Rey Don Manuel de Portugal ganó a Azamor en las partes de la África y allende.

FIN

ÍNDICE

I.	DEL REY DON ENRIQUE.....	4
II.	DE LA DIVISIÓN QUE OVO EN GRANADA ENTRE LOS MOROS.....	7
III.	DE LA BATALLA QUE DON PEDRO PONCE DE LEÓN Y LUIS DE PERNIA VENCIERON.....	7
IV.	DE LOS BANDOS Y GUERRAS.....	9
V.	CÓMO LOS PORTUGUESES TOMARON A ARCILLA Y TANJAR.....	11
VI.	DE LA MINA DE ORO QUE DESCUBRIERON LOS PORTUGUESES.....	11
VII.	DEL PRONÓSTICO DEL REINADO DEL REY DON FERNANDO EL CATÓLICO EN CASTILLA.....	11
VIII.	DEL LINAJE DE DONDE VIENE EL REY DON FERNANDO.....	13
IX.	DEL LINAJE DE LA REINA DOÑA ISABEL.....	13
X.	DE LA CORONACION DE LOS REYES CATÓLICOS Y BANDOS DE CASTILLA.....	14
XI.	PROSIGUEN LAS PARCIALIDADES, Y CÓMO EL ARZOBISPO DE TOLEDO SE APARTÓ DE LOS REYES.....	15
XII.	CARTA AL ARZOBISPO.....	16
XIII.	SEGUNDA CARTA.....	17
XIV.	OTRA CARTA.....	19
XV.	[LOS CRIADOS DEL ARZOBISPO DE TOLEDO].....	23
XVI.	CÓMO EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL DETERMINÓ ENTRAR EN CASTILLA.....	23
XVII.	LA ENTRADA DEL REY DON ALONSO DE PORTUGAL EN CASTILLA.....	24
XVIII.	PROSIGUE LO QUE HIZO EL REY DON ALONSO EN CASTILLA.....	25
XIX.	PROSIGUEN LOS SUCESOS DEL REY DON ALONSO EN CASTILLA.....	25
XX.	DE BURGOS.....	26
XXI.	DE CASTRONUÑO Y CANTALAPIEDRA.....	26
XXII.	DE CÓMO SE GANÓ A ZAMORA.....	27
XXIII.	DEL DESBARATO Y ROMPIMIENTO DEL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.....	28
XXIV.	VICTORIA DE LOS VIZCAÍÑOS CONTRA LOS FRANCESES.....	29
XXV.	CÓMO EL REY DON ALONSO SE VOLVIÓ A PORTUGAL.....	29
XXVI.	CÓMO SE TOMÓ LA CIUDAD DE TORO.....	30
XXVII.	DE CÓMO EL REY DON ALONSO FUE A FRANCIA A DEMANDAR SOCORRO AL REY LUIS Y NO SE LO DIO.....	30
XXVIII.	DE LA TOMA DE CASTRONUÑO, Y DE CÓMO SE DIERON AL REY DON FERNANDO MUCHAS CIUDADES, VILLAS Y LUGARES, Y PUSIERON DEBAJO DE SU OBEDIENCIA A TODA CASTILLA LA VIEJA EL REY Y LA REINA, Y LOS CONTRARIOS LE VINIERON A DEMANDAR CLEMENCIA.....	31
XXIX.	CÓMO EL REY Y LA REINA VINIERON A SEVILLA, Y CÓMO FUERON ENDE RECIBIDOS, Y CÓMO EL MARQUÉS VINO UNA NOCHE A BESARLES LAS MANOS.....	32
XXX.	CÓMO EL REY Y LA REINA, FUERON POR EL RÍO A LA CIUDAD DE JEREZ, Y EL DUQUE DE MEDINA LES FIZO GRANDES FIESTAS EN SANLÚCAR, Y EL MARQUÉS EN ROTA.....	33
XXXI.	CÓMO PUSIERON EL CERCO A LA FORTALEZA DE UTRERA, Y DE CUANTO DURÓ EL CERCO, Y CÓMO LA TOMARON POR FUERZA DE ARMAS.....	34
XXXII.	DEL NACIMIENTO Y BAUTISMO DEL PRÍNCIPE DON JUAN.....	35
XXXIII.	DE CÓMO SALIÓ LA REINA A MISA, A PRESENTAR AL PRÍNCIPE A DIOS.....	36
XXXIV.	DEL ESPANTOSO ECLIPSE QUE EL SOL HIZO.....	37
XXXV.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO ENVIÓ A DEMANDAR SUS PARIAS AL REY MORO DE GRANADA, Y DE CÓMO ENVIÓ A CONQUISTAR LA GRAN CANARIA.....	37
XXXVI.	CÓMO SUS ALTEZAS PARTIERON DE SEVILLA, Y FUERON VISITANDO SUS VILLAS Y CIUDADES DE ESTA ANDALUCÍA, Y TRATARON DE IR A PONER CERCO SOBRE MÉRIDA Y MEDELLÍN.....	37
XXXVII.	DE LA BATALLA CAMPAL, QUE OVIERON EL MAESTRE DON ALONSO DE CÁRDENAS CON	

	SU GENTE Y CAPITANES, CON EL OBISPO DE ÉVORA Y GENTE DEL REY DE PORTUGAL.....	38
XXX VIII.	DEL MAESTRE DE SANTIAGO DON ALONSO DE CÁRDENAS, Y DE SUS VICTORIAS Y BUENAS VENTURAS.....	40
XXXIX.	DE LA PELEA QUE OVO EL CONDE DE FERIA, Y EL MAESTRE EN JEREZ, Y DE CÓMO EL CONDE FUE VENCIDO.....	41
XL.	DE CÓMO EL DUQUE DE MEDINA FUE DE SEVILLA PODEROSAMENTE, Y ENTRÓ EN ÉL MAESTRAZGO, Y DE LOS ROBOS QUE LOS SUYOS FICIERON, Y DE CÓMO FUERON ÉL Y LOS SUYOS VENCIDOS.....	42
XLI.	DE LOS CERCOS DE MÉRIDA Y MEDELLÍN, Y MONTÁNCHÉZ.....	43
XLII.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO FUE A ARAGÓN A LA MUERTE DE SU PADRE, QUE FALLECIÓ EN ESTE TIEMPO.....	44
XLIII.	DEL COMIENZO DE LA HEREJÍA Y DEL COMIENZO DE LA INQUISICIÓN Y DE CUANDO OVO SU IMPINACION LA MOSAICA PRAVIDAD, Y CASTIGO DE LAS CEREMONIAS JUDAICAS.....	45
XLIV.	DE CÓMO COMENZARON EN SEVILLA A PRENDER Y QUEMAR Y RECONCILIAR LOS HEREJES JUDAICOS, Y DE LA GRAN PESTILENCIA DEL AÑO DE OCHENTA Y UNO.....	47
XLV.	DE CÓMO EL GRAN TURCO VINO SOBRE RODAS Y LA TUVO CERCADA CON GRANDE HUESTE Y SOBRE ELLA EMBISTIÓ Y FUE DESBARATADO; Y DE CÓMO LOS TURCOS TOMARON A OTRANTO, Y DE CÓMO EL DUQUE DE CALABRIA LA RECOBRÓ, Y DE OTRAS MUCHAS COSAS.....	49
XLVI.	CÓMO EL REY Y LA REINA FUERON A VISITAR SUS REINOS DE ARAGÓN, Y DEL PRESENTE QUE LES DIERON LOS JUDÍOS DE ZARAGOZA.....	51
XLVII.	CÓMO CASÓ EL DELFÍN DE FRANCIA CON MARGARITA, FIJA DE MAXIMINIANO DUQUE DE AUSTRIA. REY DE ROMANOS SIENDO VIVOS.....	51
XLVIII.	DE CÓMO SE COMENZÓ LA GUERRA ENTRE LOS CRISTIANOS Y LOS MOROS.....	52
XLIX.	DE CÓMO FALLECIÓ EL REY DON ALONSO DE PORTUGAL.....	52
L.	CÓMO REINÓ SU FIJO EL REY DON JUAN DE PORTUGAL.....	53
LI.	CÓMO TOMARON LOS MOROS A ZAHARA, Y LA TUVIERON.....	53
LII.	CÓMO TOMÓ EL MARQUÉS DE CÁDIZ A ALHAMA DE LOS MOROS Y CÓMO QUIEN FUE CON ÉL Y EN QUE TIEMPO.....	54
LIII.	CÓMO EL REY DE GRANADA COMBATIÓ AL MARQUÉS Y A EL ADELANTADO, Y A EL ASISTENTE DE SEVILLA Y A TODOS LOS CRISTIANOS QUE ESTABAN EN ALHAMA.....	55
LIV.	CÓMO TORNÓ EL REY MORO A CERCAR A ALHAMA Y ENTRARON EN ELLA POR COMBATE CIERTOS MOROS.....	56
LV.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO FUE A VER A ALHAMA.....	56
LVI.	DE CÓMO EN GRANADA ALZARON OTRO REY, Y DEJARON AL REY VIEJO.....	57
LVII.	DE LA BATALLA DEL LOMO DEL JUDÍO QUE VENCIERON LOS CRISTIANOS DE UTRERA.....	57
LVIII.	DE CÓMO EL REY FUE PRIMERA VEZ SOBRE LOJA Y NO FIZO LO QUE QUISIERA.....	58
LIX.	CÓMO EL REY MULEY HACEM CORRIÓ EL CAMPO DE TARIFA.....	58
LX.	DEL DESBARATO QUE LOS MOROS FICIERON EN LOS CRISTIANOS EN EL AJARQUIA DE MÁLAGA.....	59
LXI.	DE CÓMO FUE PRESO EL REY MORO MULEY BAUDILI CERCA DE LUCENA.....	61
LXII.	DE CÓMO LOS MOROS TORNARON A TOMAR POR REY AL REY VIEJO.....	62
LXIII.	CÓMO EL REY DON FERNANDO TOMÓ A ZAHARA A LOS MOROS.....	62
LXIV.	DE LAS SIETE ISLAS DE CANARIAS.....	63
LXV.	CÓMO FUERON CONQUISTADAS PRIMERO ESTAS ISLAS.....	64
LXVI.	DE LA ISLA DE LA GRAN CANARIA, Y QUIEN Y CÓMO LAS GANÓ, Y DE SUS COSAS.....	65
LXVII.	DE LA BATALLA QUE COMUNMENTE SE DICE LA DE LA LOPERA.....	67
LXVIII.	DE CÓMO EL MARQUÉS TOMÓ A ZAHARA.....	68
LXIX.	DE CÓMO COBRÓ EL REY MORO MULEY HACEN A ALMERÍA, Y FUE DEGOLLADO SU FIJO BENAHAJITE, Y DE LA GRAN TALA QUE FICIERON LOS CRISTIANOS EN TIERRA DE MOROS.....	69

LXX.	DE LA GRAN TALA.....	69
LXXI.	DE CÓMO EL REY TOMÓ A ALORA.....	69
LXXII.	DE LO QUE HALLARON LOS MARMOLEROS.....	70
LXXIII.	DEL TÍTULO JESÚS NAZARENO.....	70
LXXIV.	CÓMO EL REY TOMÓ A SETENIL A LOS MOROS.....	70
LXXV.	DE LA HERMOSA ENTRADA QUE EL REY FIZO EN TIERRA DE MOROS.....	71
LXXVI.	DE LO QUE HIZO MULEY BAUDILI ALZAGAL POR QUE LO ALZARON POR REY.....	74
LXXVII.	DE LAS GRANDES LLUVIAS DEL AÑO DE 1485 EN LOS MESES POSTREROS.....	75
LXXVIII.	OTRA VEZ DE MUCHAS AGUAS.....	75
LXXIX.	DE CÓMO EL REY TOMÓ A LOJA Y ILLORA.....	76
LXXX.	DE CÓMO VINO LA REINA AL REAL Y LA RECIBIERON.....	77
LXXXI.	DE MOCLIN Y MONTEFRIO, Y COLOMERA. CÓMO EL REY Y LA REINA LOS TOMARON, Y DE LAS COSAS QUE AHÍ ACAECIERON.....	78
LXXXII.	DE VELEZ MÁLAGA, Y CÓMO LA TOMÓ EL REY.....	78
LXXXIII.	DEL CERCO DE MÁLAGA, Y DE LAS COSAS QUE EN ÉL ACAECIERON.....	81
LXXXIV.	DE CÓMO UNA NOCHE ENTRARON CIERTOS MOROS POR VERA DEL MAR EN MÁLAGA, Y TOMARON ALGUNOS DE ELLOS; Y EL UNO QUE DECIAN MORO SANTO, Y DE LO QUE ACAECIÓ CON ÉL, Y CÓMO PENSANDO QUE DABA AL REY ACUCHILLÓ A DON ÁLVARO, Y A LA BOBADILLA.....	83
LXXXV.	CÓMO SE DIO MÁLAGA.....	86
LXXXVI.	DE CÓMO SE DIERON MIJAS Y OSUNA.....	87
LXXXVII.	DE LA MANERA QUE SE TUVO CON LOS MOROS DE MÁLAGA, Y CON SUS BIENES, Y CÓMO VINIERON CAUTIVOS, Y DE LOS JUDÍOS, Y DE LAS COSAS DEL CERCO DE MÁLAGA.....	88
LXXXVIII.	CÓMO ESTUVIERON EN EL CERCO DE MÁLAGA LA FLOR DE GRANDES Y CABALLEROS DE CASTILLA.....	90
LXXXIX.	CÓMO EL REY TOMÓ A VERA CON TODA SU TIERRA.....	91
XC.	CÓMO LOS MOROS DE GUACIN SE ALZARON.....	91
XCI.	DE LA FERTILIDAD DEL AÑO DE 1488, Y DE LAS AGUAS DE LA OTOÑADA DEL 89. SIGUIENTE, Y DE CÓMO TOMÓ EL REY A PLACENCIA Y OVO EL MAESTRAZGO DE CALATRAVA.....	92
XCII.	DEL GRAN CERCO DE BAZA Y DE LAS COSAS QUE EN ÉL SE FICIERON, Y ACAECIERON, Y DE CÓMO LA REINA FUE AL REAL, Y DE CÓMO SE DIO BAZA AL REY Y A LA REINA A PARTIDO, Y ENTRARON EN EL PARTIDO ALMERÍA Y GUADIX Y OTRAS MUCHAS VILLAS...	93
XCIII.	CÓMO EL REY TOMÓ A ALMERÍA Y ALMUÑECAR.....	95
XCIV.	CÓMO EL REY TOMÓ A GUADIX; Y DEL NÚMERO DE LOS CRISTIANOS CAUTIVOS QUE SACÓ DE ESTA ENTRADA, Y DE LOS PARTIDOS CON QUE ESTONCE QUEDARON LOS MOROS EN LA TIERRA.....	95
XCV.	DEL CASAMIENTO DE LA INFANTA DOÑA ISABEL.....	97
XCVI.	DE LA TALA DE GRANADA, Y DE LA TORRE ROMA Y ALHENDIN.....	97
XCVII.	CÓMO LOS MOROS DE GRANADA GANARON A ALHENDIN, Y LLEVARON TODOS LOS CRISTIANOS QUE AHÍ ESTABAN CAUTIVOS; Y CÓMO SE ALZARON LOS MOROS VASALLOS DEL REY MORO BAUDILI ALZAGAL, CONTRA ÉL, Y DE CÓMO SE CARTEARON LOS MOROS DE GUADIX CON LOS DE GRANADA, Y DE LO QUE EL MARQUES DE VILLENA, QUE ERA CAPITÁN GENERAL, FIZO SOBRE ELLO.....	99
XCVIII.	DE CÓMO EL REY MORO SE PASÓ ALLENDE CON MUCHOS MOROS.....	99
XCIX.	CÓMO FUE LA INFANTA DOÑA ISABEL LA PRIMERA VEZ A PORTUGAL, CASADA CON EL PRÍNCIPE DON JUAN.....	100
C.	DEL CERCO DE GRANADA, Y DE LO QUE ACAECIÓ AL COMIENZO.....	101
CI.	DEL EJÉRCITO, DEL REAL, Y DE LOS CAPITANES, Y DE CÓMO EMPRESTÓ EL DUQUE DE CÁDIZ SU TIENDA AL REY, Y DE LOS MOROS QUE MURIERON UN DIA QUE LA REINA FUE A VER LA CIUDAD.....	102

CII.	DEL PARTIDO DE LA ALHAMBRA, Y CÓMO SE DIO GRANADA.....	104
CIII.	DE CÓMO, Y POR QUÉ, Y CUANDO EMPRESENTÓ EL GRAN TURCO BAYACETO AL PAPA EL FIERRO DE LA LANZA CON QUE NRO. REDEMPTOR JESUCHRISTO FUE HERIDO EN EL COSTADO; Y DE LA HECHURA DEL SANTO HIERRO, Y DE LAS RELIQUIAS QUE ESTÁN EN CONSTANTINOPLA.....	106
CIV.	DEL FALLECIMIENTO DE ALGUNOS GRANDES, Y DEL MARQUÉS-DUQUE DE CÁDIZ.....	107
CV.	DE BRETAÑA, Y DE CÓMO EL REY DE FRANCIA LA TOMÓ Y SE CASÓ CON LA DUQUESA..	109
CVI.	DE EL REINO DE NAVARRA, Y DE SUS COSAS Y GUERRAS, Y CÓMO REINÓ EN ÉL EL REY DON JUAN, REY DE ARAGÓN QUE DESPUES FUE, Y DE CÓMO SU FIJO DON CARLOS FUE CONTRA ÉL.....	111
CVII.	DE LA SUBCESION DE LOS REINOS DE ARAGÓN.....	113
CVIII.	CÓMO FUE EMPEÑADO PERPIÑAN AL REY DE NAVARRA, Y SUS GUERRAS.....	113
CIX.	DE EL REY DON JUAN DE ARAGÓN.....	114
CX.	DE CÓMO FUERON LOS JUDÍOS ECHADOS DE ESPAÑA.....	115
CXI.	DE CÓMO SALIERON Y POR DONDE LOS JUDÍOS DE CASTILLA.....	117
CXII.	DE CÓMO LOS JUDÍOS VIVIAN EN ESPAÑA Y DE SUS RIQUEZAS Y OFICIOS, Y DE LA FORTUNA QUE LLEVABAN.....	117
CXIII.	DE LO QUE FUE DE LOS JUDÍOS QUE ENTRARON EN PORTUGAL.....	118
CXIV.	DE LOS JUDÍOS DE LA CIUDAD DE FFZ.....	120
CXV.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO DEMANDÓ A PERPIÑAN.....	121
CXVI.	DE LA CUCHILLADA QUE UN MAL HOMBRE DIO AL REY DON FERNANDO.....	121
CXVII.	[MUERTE DEL REY DE NÁPOLES Y ENTREGA DE PERPIÑÁN.].....	123
CXVIII.	DE CÓMO FUERON DESCUBIERTAS LAS INDIAS.....	123
CXIX.	DE LA SEGUNDA ARMADA DE LAS INDIAS.....	127
CXX.	CÓMO LLEGARON A LA ESPAÑOLA, Y HALLARON MUERTOS LOS HOMBRES QUE HABIAN DEJADO.....	132
CXXI.	DE CÓMO EL ALMIRANTE FUE POR LA TIERRA A BUSCAR EL ORO A LA PROVINCIA DEL CIBAO, Y LO QUE LE PARECIÓ DE LA TIERRA, Y DE LA FORTALEZA QUE HIZO.....	138
CXXII.	DE LOS GRANOS DE ORO Y EXPERIMENTOS DE ÉL, Y DE CÓMO LOS ÍNDIOS LOS COGÍAN.....	139
CXXIII.	CÓMO FUE A DESCUBRIR EL ALMIRANTE.....	139
CXXIV.	DE CÓMO EL ALMIRANTE LLEGÓ A TIERRA DONDE LOS ÁRBOLES LLEVAN DOS VECES FRUTO, Y DEL PESCADO Y SERPIENTES QUE HALLARON Y CÓMO FUERON A LA ISLA DE JAMAICA.....	141
CXXV.	DE LA ISLA JAMAICA.....	142
CXXVI.	DE MUCHAS ISLAS QUE SE DESCUBRIERON.....	142
CXXVII.	DE LA TIERRA DONDE LOS HOMBRES COMEN PERROS, Y LOS ENGORDAN CON PESCADO PARA ELLO, Y DEL SUAVÍSIMO OLOR DE LA TIERRA.....	144
CXXVIII.	DE LA MAR BLANCA.....	145
CXXIX.	DE LOS CUERVOS MARINOS QUE VIERON, Y MARIPOSAS, Y TORTUGAS MUY GRANDES..	147
CXXX.	DE LA PROVINCIA DE ORNOPHAY Y DE DONDE EL ALMIRANTE FIZO DECIR MISA Y DEL RECIBIMIENTO QUE EL CACIQUE DE AQUELLA TIERRA LE FIZO.....	147
CXXXI.	DE CÓMO EL ALMIRANTE SE PARTIÓ DE ALLÁ Y DE LO QUE ANDUVO, Y DE CUANTAS LEGUAS PUEDE ANDAR UNA CARABELA, Y DE CÓMO APORTARON A UNA ISLA DE MUCHAS POBLACIONES, Y DEL CACIQUE QUE SE METIÓ CON SU MUJER Y SU CASA EN LA CARABELA PARA VENIR CON EL ALMIRANTE; Y DE CÓMO VOLVIÓ A LA ESPAÑOLA; Y DEL FIN DE ESTA ESCRITURA, Y DE LA MUERTE DEL DICHO ALMIRANTE..	149
CXXXII.	DE LA ISLA DE LA PALMA EN CANARIAS. DEL MAESTRAZGO DE SANTIAGO.....	153
CXXXIII.	DE TENERIFE ISLA DE CANARIAS.....	153
CXXXIV.	DE CÓMO PUSIERON DEFENDIMIENTO SOBRE LAS MULAS EL REY Y LA REINA, PORQUE SE PERDÍA LA CABALLERÍA DE ESPAÑA.....	154
CXXXV.	CUÁNDO Y CÓMO EL REY CARLOS DE FRANCIA, FIJO DEL REY LUIS DE FRANCIA,	

	ENTRÓ CON GRAN PODER EN LA ITALIA.....	155
CXXXVI.	DE CÓMO EL REY DE FRANCIA ENTRÓ EN ROMA.....	156
CXXXVII.	DE LOS REMEDIOS QUE EL PAPA PROVEYÓ DE SECRETO PARA PROTEJERSE Y DEFENDERSE DEL REY DE FRANCIA. DE LA CONFORMIDAD QUE DESPUES OVO ENTRE EL SANTO PADRE Y EL REY DE FRANCIA.....	157
CXXXVIII.	DE CÓMO EL REY DE FRANCIA PARTIÓ DE ROMA, Y DE CÓMO DON ANTONIO DE FONSECA, EMBAJADOR DE ESPAÑA, LE RASGÓ LOS CAPÍTULOLOS PORQUE SE QUITABA DE LO CAPITULADO, Y DE LAS VILLAS QUE EL REY TOMÓ Y DE CÓMO LLEVÓ CONSIGO AL CARDENAL DON CÉSAR Y AL TURCO PRISIONERO DEL PAPA, Y DE CÓMO SE HUYÓ DON CÉSAR.....	158
CXXXIX.	DE LO QUE HIZO EL REY DON ALONSO DE NÁPOLES DESQUE VIDO QUE EL REY DE FRANCIA LE ENTRABA A MÁS ANDAR EN SU REINO.....	159
CXL.	DE LA TRAICION DE LOS CAPITANES DEL REY DON ALONSO	160
CXLI.	DE LA GRAN LIGA QUE SE HIZO CONTRA EL REY DE FRANCIA, Y DE LA BATALLA QUE SE DIO EN LA MOTA ENTRE EL REY DE FRANCIA Y EL REY DON FERNANDO NÁPOLES Y GONZALO FERNANDEZ, Y DE OTRAS COSAS.....	161
CXLII.	CÓMO FUE DESBARATADO EL REY CARLOS EN LA ITALIA.....	162
CXLIII.	CÓMO FUE PRESA LA ARMADA DE LA MAR DEL REY DE FRANCIA.....	163
CXLIV.	DEL CERCO DE NOVARA Y DEL CERCO DE SALZAS.....	164
CXLV.	DE EL REY DON JUAN DE PORTUGAL.....	164
CLXVI.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO II GANÓ A NÁPOLES, Y GONZALO FERNÁNDEZ VENCIERON LA BATALLA.....	164
CXLVII.	DE LO QUE HIZO EL REY DON FERNANDO, Y DEL CERCO DE GAETA.....	165
CXLVIII.	DE UNA GRAN LLUVIA.....	165
CXLIX.	DE LA MUERTE DEL REY DON FERNANDO.....	166
CL.	DE CÓMO COMENZÓ A REINAR FEDERICO EN NÁPOLES.....	166
CLI.	CÓMO EL GRAN CAPITÁN FUE A ROMA, Y POR MANDADO DEL PAPA TOMÓ A OSTIA.....	166
CLII.	DE LA GUERRA ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA, Y DE SALZAS.....	167
CLIII.	DE LOS CASAMIENTOS DEL PRÍNCIPE Y DEL ARCHIDUQUE.....	168
CLIV.	CÓMO TORNÓ LA INFANTA DOÑA ISABEL A PORTUGAL.....	169
CLV.	DE MELILLA.....	170
CLVI.	DEL CAPITÁN DE PERPIÑAN.....	170
CLVII.	DE LA MUERTE DEL REY CARLOS DE FRANCIA.....	170
CVIII.	DE LA ESPECERÍA DE CALECUD, CÓMO SE HALLÓ.....	170
CLIX.	DE LAS REINAS DE NÁPOLES, Y DEL BAUTISMO DE LOS MOROS.....	172
CLX.	DE LA DIVISIÓN ENTRE EL REY DE NÁPOLES FEDERICO Y EL REY DE ESPAÑA.....	172
CLXI.	DEL REY FRANCIA, Y DE MILAN.....	173
CLXII.	DE CÓMO EL GRAN TURCO DESTRUYÓ A CORFÚ Y MODON.....	174
CLXIII.	DEL REY DE NAVARRA.....	174
CLXIV.	DE DOÑA CATHALINA SU HERMANA, HIJA MENOR DEL REY DON FERNANDO Y DE LA REINA DOÑA ISABEL, SU MUJER.....	175
CLXV.	DE CÓMO ENVIARON A BAUTIZAR LOS MOROS, Y CÓMO LOS DE SIERRA BERMEJA SE ALBOROTARON Y SE ALZARON, Y DE CÓMO PELEARON, Y CÓMO MURIÓ DON ALONSO DE AGUILAR, Y DE OTRAS COSAS.....	175
CLXVI.	DEL REY DE FRANCIA, DUQUE ORLIENS.....	177
CLXVII.	DE LAS VICTORIAS DEL GRAN CAPITÁN, Y DE CÓMO PARTIÓ DE ESPAÑA, Y DEL VIAJE QUE FIZO, Y DE LAS DIFERENCIAS CON LOS FRANCESES Y OTRAS COSAS.....	178
CLXVIII.	CÓMO EL GRAN CAPITÁN HIZO SABER AL REY DE ESPAÑA LAS COSAS DE NÁPOLES, Y DE CÓMO EL REY PROVEYÓ Y ENVIÓ SOCORRO A PUERTOCARRERO, Y DE LA GUERRA....	180
CLXIX.	DEL DESAFÍO DE DOCE A DOCE FRANCESES Y ESPAÑOLES.....	181
CLXX.	DE DON DIEGO DE MENDOZA.....	182

CLXXI.	DE CASTELLANETA, Y DE LO QUE ALLÍ ACONTECIÓ.....	182
CLXXII.	DEL DESAFÍO DE LOS ITALIANOS Y FRANCESES.....	182
CLXXIII.	DE LO QUE HIZO EL COMENDADOR SOLÍS.....	183
CLXXIV.	DE LEZCANO.....	183
CLXXV.	DE LO QUE HIZO EL GRAN CAPITÁN EN RENUBO.....	183
CLXXVI.	DE LA BATALLA QUE OBIERON LOS CASTELLANOS CON MOSEN DE OBENI, CAPITÁN GENERAL DE FRANCIA, Y CON LOS FRANCESES EN CALABRIA, Y LOS FRANCESES FUERON VENCIDOS,.....	184
CLXXVII.	DEL SOCORRO DE ESPAÑA.....	184
CLXXVIII.	DE LA BATALLA DE CALABRIA.....	185
CLXXIX.	DE LA BATALLA QUE EL GRAN CAPITÁN OVO CON EL VIRREY DUQUE DE NEMOURS DE FRANCIA.....	186
CLXXX.	DE LA GENTE QUE EL GRAN CAPITÁN TUVO EN ESTA BATALLA, Y DE LA QUE TUVO EL VIRREY DE FRANCIA.....	187
CLXXXI.	DEL RAZONAMIENTO QUE EL GRAN CAPITÁN HIZO A LOS SUYOS.....	188
CLXXXII.	DE CÓMO PEDRO DE PAZ YENDO EN SEGUIMIENTO DE LOS VENCIDOS TOMÓ EL CASTILLO EN EL GARELLANO, Y COMENZÓ A FACER GUERRA A GAETA; Y DE CÓMO EL GRAN CAPITÁN TOMÓ A MELFA, Y PRENDIÓ AL DUQUE DELLA; Y DE CÓMO SE LE DIO LA PULLA Y NÁPOLES, Y TOMÓ A CASTILNOVO.....	189
CLXXXIII.	DE EL CASTIL NOVO.....	190
CLXXXIV.	DE GAETA Y SUS CERCOS QUE TUVO.....	191
CLXXXV.	DE CÓMO SE TOMÓ EL CASTIL DEL OVO EN NÁPOLES.....	192
CLXXXVI.	DE LA TRAICION QUE HICIERON LOS DE ROCA GUILLERMO.....	192
CLXXXVII.	DE CÓMO EL DUQUE VALENTINO ESCRIBIÓ AL GRAN CAPITÁN.....	193
CLXXXVIII.	DE ROCA SECA, Y DE LO QUE ENDE ACAECIÓ.....	193
CLXXXIX.	DE CÓMO SE TOMÓ A GAETA.....	196
CXC.	DE CÓMO EL GRAN CAPITÁN LOS SACÓ DE ALLÍ Y LOS LLEVO HASTA GAETA FUYENDO, Y DE CÓMO CAYÓ DEL CABALLO.....	197
CXCI.	DE LO QUE HIZO EL GRAN CAPITÁN DESPUES QUE TOMÓ A GAETA, Y CÓMO DIO POR TRAIDORES A LOS PRÍNCIPES QUE ANDABAN CON LOS FRANCESES Y LES DIO PLAZO PARA QUE SE VINIESEN A SALVAR, Y DE CÓMO REPARTIÓ LA GENTE POR EL REINO, Y DIO A LOS CAPITANES A CADA UNO SU GALARDON, Y DE CÓMO Y QUANDO ACABÓ LA CONQUISTA.....	199
CXCII.	DE LA ACCIÓN Y JUSTICIA QUE EL REY DON FERNANDO TUVO Y TIENE AL REINO DE NÁPOLES.....	200
CXCIII.	DE CÓMO QUEDÓ CARLOS REYNANDO EN SICILIA, Y DE CÓMO EN SICILIA ULTRAFARO MATARON LA MULTITUD DE FRANCESES, Y DE LO QUE SOBRE ELLOS DICE FACICULUS. Y DEL PECE MARINO QUE MURIÓ EN LA CIVITA VIEJA Y DE CÓMO EL REY DON PEDRO DE ARAGÓN TOMÓ LA ISLA DE SICILIA.....	201
CXCIV.	DEL LINAJE DE EL REY MANFREDO DE SICILIA.....	204
CXCV.	CÓMO FUERON BAPTIZADOS TODOS LOS MOROS DE LOS REINOS DE CASTILLA.....	205
CXCVI.	CÓMO SE PERDIÓ LA NAO CAPITANA QUE TRAÍA EL NOBLE Y VIRTUOSO SEÑOR BOBADILLA, CAMINO DE LAS INDIAS POR SU DESVENTURA.....	205
CXCVII.	DEL CERCO DE SALZAS, Y DE LO QUE EL REY DE FRANCIA HIZO DESPUÉS QUE SUPO DE LAS DOS BATALLAS VENCIDAS.....	206
CXCVIII.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO ENTRÓ POR FRANCIA, Y DE LO QUE FIZO Y TOMÓ.....	208
CXCIX.	DEL NÚMERO Y FERMOSEURA DE GENTE QUE EL REY DON FERNANDO LLEGÓ DE ESTA VEZ, Y TREGUAS QUE SE ASENTARON,.....	208
CC.	DEL ESPANTOSO TEMBLOR DE TIERRA.....	209
CCI.	DE LA MUERTE DE LA REYNA DOÑA ISABEL.....	210
CCII.	DE CÓMO GOBERNANDO A CASTILLA EL REY DON FERNANDO POR LA REYNA DOÑA JUANA, SU FIJA, Y POR EL REY DON FELIPE Y SU MARIDO, HIZO UNA ARMADA CON QUE TOMÓ A MAZARQUIVIR, QUE ES EL REINO DE TREMECÉN.....	212

CCIII.	DE CÓMO CASÓ EL REY DON FERNANDO SEGUNDA VEZ.....	213
CCIV.	DE LA VENIDA DEL REY DON PHELIPE.....	214
CCV.	DEL ALBOROTO DE LISBONA.....	216
CCVI.	DE LA MUERTE DE DON FELIPE, REY DE CASTILLA Y ARCHIDUQUE.....	216
CCVII.	CÓMO EL DUQUE DE MEDINA SIDONIA FUE SOBRE GIBRALTAR.....	217
CCVIII.	DE LAS FORTUNAS, Y HAMBRES, Y MUERTES DE CIERTOS AÑOS.....	218
CCIX.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO PARTIÓ PARA NÁPOLES.....	221
CCX.	DEL RECIBIMIENTO QUE FICIERON AL REY DON FERNANDO EN SU CIUDAD DE NÁPOLES.....	221
CCXI.	DEL DESCONCIERTO QUE ACAECIÓ EN LA GENTE CON QUE EL ALCAIDE DE LOS DONCELES ENTRÓ A CORRÉR ALLENDE DE ORAN.....	223
CCXII.	DEL DESBARATO QUE HICIERON LOS MOROS EN LOS CRISTIANOS QUE HABIAN PASADO CON EL ALCAIDE DE LOS DONCELES.....	224
CCXIII.	DE LAS LANGOSTAS Y CIGARRONES QUE HUBO.....	225
CCXIV.	DE CÓMO FUERON ABARATANDO LOS MANTENIMIENTOS, Y DE CÓMO SE TOMÓ EL PEÑÓN DE VÉLEZ.....	226
CCXV.	DE LA VENIDA DEL REY DON FERNANDO EN LA ANDALUCÍA.....	226
CCXVI.	DE CÓMO EL REY VINO A SEVILLA, Y DE LO QUE ENDE ACAECIÓ.....	228
CCXVII.	DE ARCILA.....	230
CCXVIII.	DE LA TOMA DE ORÁN.....	230
CCXIX.	DE LA BATALLA QUE OVIERON FRANCESES Y VENECIANOS.....	232
CCXX.	DEL EJÉRCITO DEL PAPA.....	233
CCXXI.	DE CÓMO LOS VENECIANOS SE HUMILLARON Y ESCRIBIERON AL PAPA.....	233
CCXXII.	DE LA TOMA DE BUGÍA.....	234
CCXXIII.	DE LA TOMA DE TRÍPOLI.....	236
CCXXI.	CÓMO PARTIÓ DON GARCÍA DE MÁLAGA.....	237
CCXXV.	DE CÓMO EL REY DON FERNANDO QUISO PASAR A ALLENDE, Y DE LA CISMA, CONTRA EL PAPA JULIO.....	239
CCXXVI.	DEL BREVE QUE EL PAPA JULIO SEGUNDO ENVIÓ AL REY DON FERNANDO A BURGOS.....	241
CCXXVII.	DEL MONSTRUO QUE PARIÓ UNA MONJA EN RÁVENA.....	245
CCXXVIII.	DE LAS COSAS QUE ACAECIERON MIENTRAS EL REY ESTUVO EN BURGOS, Y DE LA CARTA QUE EL REY DE TREMEZÉN LE ENVIÓ, Y DEL PRESENTE, Y DE CÓMO SE HIZO SU VASALLO, Y DE LOS CISMÁTICOS.....	245
CCXXIX.	CARTA DEL REY MORO DE TREMEZEN, QUE ENVIÓ AL REY DON FERNANDO, Y SE HIZO SU VASALLO.....	246
CCXXX.	DE LAS COSAS, Ó DE ALGUNAS DE ELLAS, OUE ACAECIERON EN LA ITALIA EN EL AÑO DE 1512.....	247
CCXXXI.	OTRA VEZ DE LA BATALLA DE RÁVENA.....	248
CCXXXII.	DE LA. BATALLA. QUE OVIERON LOS PORTUGUESES DE TANGER CON LOS MOROS DE ALLENDE.....	251
CCXXXIII.	VOLVIENDO A FABLAR DE LAS COSAS DE ITALIA.....	252
CCXXXIV.	DE LA TOMA DE NAVARRA.....	254
CCXXXV.	DE LA TOMA DE NAVARRA.....	256
CCXXXVI.	DECLARACIÓN DEL REY DON FERNANDO SOBRE LAS COSAS Y EMPRESAS DEL REINO DE NAVARRA.....	259
CCXXXVII.	DE LA MUERTE DEL PAPA JULIO II.....	267
CCXXXVIII.	DE LA ELECCIÓN DEL PAPA LEÓN.....	269
CCXXXIX.	DE LA CORONACIÓN DEL PAPA LEÓN X.....	269
CCXL.	DE LO QUE HICIERON LOS DOS CARDENALES CISMÁTICOS DESQUE SUPIERON LA MUERTE DEL PAPA JULIO, Y DE LA ADIVERACION QUE HICIERON DE LA CISMA; Y DE CÓMO CONOCIERON SU PECADO Y FUERON PERDONADOS.....	270

CCXLI.	DE LA MUERTE DEL DUQUE DE MEDINA.....	273
CCXLII.	DE LAS TREGUAS DE ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA.....	273
CCXLIII.	DE CÓMO EL REY DE INGLATERRA ENTRÓ EN FRANCIA.....	276
CCXLIV.	DEL REY DE ESCOCIA.....	277